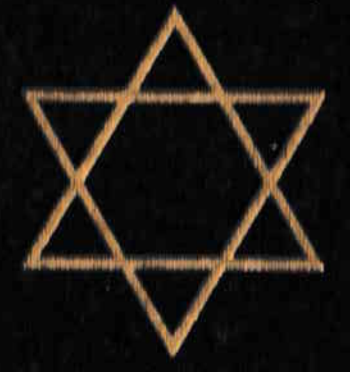

DANIEL ROPS
HISTORIA SAGRADA
LUIS DE CARALT


CON LICENCIA

Addiego - Mas de Ayala

DANIEL-ROPS

HISTORIA SAGRADA

LUIS DE CARALT, Editor
BARCELONA

Título original:
HISTOIRE SAINTE

Versión española
de
ANTONIO F. DE CORREA VEGLISON

ABRIL 1955

S. A. Horta de Impresiones y Ediciones - Alfonso XII, 8 - BARCELONA

PRIMERA PARTE

LOS PATRIARCAS

I. — LA MISIÓN DE ABRAHAM

EN la región de Sinear, en Ur,[1] capital local del Bajo Éufrates, hace unos cuatro mil años, un hombre llamado Abram recibió la visita de Dios y, sin dudar, creyó en el Verbo: «y haré de ti una nación grande, y engrandeceré tu nombre, y bendecirte he» (*Génesis*, XII, 1).

Tal es el origen que la Biblia asigna a todo este proceso histórico cuyo intérprete y testigo es el pueblo de Israel. El hecho de que una reducida tribu beduína, nómada, como tantas otras, recorriendo estepas y llanuras, diese origen a un destino tan trascendental, es un hecho esencialmente místico, tan misterioso en su esencia, tan tangible sin embargo en sus resultados, como acaso, en Francia, la misión de Juana de Arco.

Los lejanos herederos del Patriarca han de comprender que ello se salía de las leyes lógicas de la Historia, y que era una manifestación de la voluntad misma de Dios.

Nunca, durante dos milenios, este hecho místico sería puesto en duda. En los peores momentos de peligro, como en las horas de extravío, los lejanos descendientes del Inspirado se acuerdan de la promesa, para confortarse o arrepentirse. «Abraham, vuestro padre — dice luego Cristo —, se estremeció de alegría al saber que nacería en su tribu.» Sobre el acto de fe del Patriarca, establecen sus bases tres grandes religiones: el judaísmo, el cristianismo y el islam. Este episodio, insignificante al parecer, la salida de la tribu de Ur hacia

1. Todos los nombres de lugar citados en esta obra figuran en los mapas. Véase el mapa la Media Luna fértil.

los cerros de Harrán, tiene gran importancia histórica, y si bien ya nadie cree, como Renan, que Abram sea el fabuloso «Pater Orcham» que aparece en las *Metamorfosis* de Ovidio, no es menos cierto que es, como lo indica el nombre que llevará más tarde de *Abraham*, «padre de numerosa descendencia».

Por concisas que sean las frases del Génesis que refieren el hecho, bastan para que se adivine, en la determinación de Abram, la consecuencia de un drama religioso. Terah, su padre, era idólatra, «servía a dioses extraños», dice luego Josué (*Josué*, XXIV, 2); sin duda, a este dios-luna, Nanar-Sin, que representan los monumentos encontrados en las excavaciones como a un príncipe cuya barba y cabellos, labrados en piedra de color azul intenso, tienen extraños reflejos metálicos. Era el dios de las noches serenas del Asia, y la media luna, junto a él, era una de aquellas barcas del Éufrates, de pronunciadas puntas, que le servía para bogar hacia el cielo. De este culto lunar, de politeísmo mesopotámico, decide Abram alejarse cuando oye al Dios sin nombre que le dice: «¡Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré!» (*Génesis*, XII, 1). En tiempos de Judith, cuando el asirio Holofernes inquiere noticias sobre los hijos de Israel, le explican: «Este pueblo ha abandonado los ritos de sus antepasados que rendían honores a una multitud de dioses; adora al único dios del cielo, quien le ha ordenado salir de Caldea e ir a fijarse a Canaán» (*Judith*, V, 8, 9). El destino metafísico de ese pueblo, que establece el monoteísmo en la tierra, queda ya determinado por completo en el acto de aquel hombre que se dirige hacia el Norte.

No marcha solo. Este reformador religioso convence a sus parientes. Su mujer Sarai le sigue; convence también a su viejo padre, Terah, de encaminarse hacia una tierra desconocida para acudir a la llamada de un dios ignorado, y el abuelo, como para cortar todos los lazos que le unen con el pasado, se lleva consigo a su nieto Lot, nacido de otro hijo suyo muerto hace poco. ¿Cómo se operó este proselitismo? No lo sabemos. El Oriente concede amplio crédito a quienes se dicen enviados de Dios. Israel cree en varios profetas y vemos cómo en otro pueblo semita, Mahoma recibe del ángel el mandato: «¡Predica entre tus parientes! ¡Anuncia al Dios único!», y después de muchos esfuerzos, también logrará que lo escuchen. Es lícito preguntarse si, en la salida de toda aquella tribu, no hay que ver otra significación: la reacción puritana que sintieran, ante las riquezas y la corrupción de las ciudades, aquellos nómadas, los terahitas, mal asentados en Ur; la nostalgia de la vida libre en las tiendas cuyo

recuerdo no estaba aún lejano; y acaso el resultado de una de esas violentas sacudidas, tan frecuentes en Mesopotamia, que impulsaban a tribus y pueblos enteros a emigrar.

Dicha emigración, ordenada por la voluntad de Dios, aunque antaño apareciera casi en los límites confusos de la Historia como un fenómeno extraño y poco comprensible, la vemos hoy dentro de un marco bien preciso, integrada en todo un conjunto de acontecimientos que se iluminan, al cabo de más de mil quinientos años, como uno de tantos episodios de aquellos desplazamientos de pueblos que presenció varias veces la región de los dos ríos. A medida que el pico minucioso de los arqueólogos descubre bajo los «tells» de arcilla, capa tras capa, la conmovedora huella de las civilizaciones, vamos situando mejor aquel episodio en el correr de los siglos y en la evolución de las sociedades. Tal acontecimiento es un hecho místico, desde luego, pero es al mismo tiempo un suceso histórico, pues la vocación de Abram no se comprende si no se piensa en las peculiares características de la región de Mesopotamia, cuyas tradiciones varias veces milenarias han quedado, por medio de la Biblia, perpetuadas indeleblemente, por los siglos de los siglos, en la memoria de toda la raza blanca, constituyendo el acervo de la cultura occidental.

MESOPOTAMIA, CRISOL DE PUEBLOS

Cuando, hacia el año 2000 antes de Cristo, Abram salió de Ur, hacía por lo menos quince siglos que Mesopotamia tenía historia. Es uno de los dos faros que, en los albores del mundo occidental, parecen penetrar con su luz en las tinieblas de la barbarie informe; el otro era Egipto, llanura también de tierras fértiles, donde el agua vivifica la vegetación, donde el esfuerzo paciente de las generaciones da a la sociedad sus primeras bases. Fuera de estas dos regiones favorecidas, diríase que no existen más que movimientos confusos y anárquicos, con la sola excepción de Creta, pequeña isla donde se fragua la civilización más delicada.

Si se comprenden bien los principios que agruparon a los hombres en esas llanuras de los grandes ríos cuando la agricultura se impuso como labor fundamental — en otros lugares ocurrió lo mismo, en la China del Yang-Tsé o en la India del Ganges —, no cabe duda que el mismo destino rigió la historia de la región del Nilo y la de

los cerros de Harrán, tiene gran importancia histórica, y si bien ya nadie cree, como Renan, que Abram sea el fabuloso «Pater Orcham» que aparece en las *Metamorfosis* de Ovidio, no es menos cierto que es, como lo indica el nombre que llevará más tarde de *Abraham*, «padre de numerosa descendencia».

Por concisas que sean las frases del Génesis que refieren el hecho, bastan para que se adivine, en la determinación de Abram, la consecuencia de un drama religioso. Terah, su padre, era idólatra, «servía a dioses extraños», dice luego Josué (*Josué*, XXIV, 2); sin duda, a este dios-luna, Nanar-Sin, que representan los monumentos encontrados en las excavaciones como a un príncipe cuya barba y cabellos, labrados en piedra de color azul intenso, tienen extraños reflejos metálicos. Era el dios de las noches serenas del Asia, y la media luna, junto a él, era una de aquellas barcas del Éufrates, de pronunciadas puntas, que le servía para bogar hacia el cielo. De este culto lunar, de politeísmo mesopotámico, decide Abram alejarse cuando oye al Dios sin nombre que le dice: «¡Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré!» (*Génesis*, XII, 1). En tiempos de Judith, cuando el asirio Holofernes inquiere noticias sobre los hijos de Israel, le explican: «Este pueblo ha abandonado los ritos de sus antepasados que rendían honores a una multitud de dioses; adora al único dios del cielo, quien le ha ordenado salir de Caldea e ir a fijarse a Canaán» (*Judith*, V, 8, 9). El destino metafísico de ese pueblo, que establece el monoteísmo en la tierra, queda ya determinado por completo en el acto de aquel hombre que se dirige hacia el Norte.

No marcha solo. Este reformador religioso convence a sus parientes. Su mujer Sarai le sigue; convence también a su viejo padre, Terah, de encaminarse hacia una tierra desconocida para acudir a la llamada de un dios ignorado, y el abuelo, como para cortar todos los lazos que le unen con el pasado, se lleva consigo a su nieto Lot, nacido de otro hijo suyo muerto hace poco. ¿Cómo se operó este proselitismo? No lo sabemos. El Oriente concede amplio crédito a quienes se dicen enviados de Dios. Israel cree en varios profetas y vemos cómo en otro pueblo semita, Mahoma recibe del ángel el mandato: «¡Predica entre tus parientes! ¡Anuncia al Dios único!», y después de muchos esfuerzos, también logrará que lo escuchen. Es lícito preguntarse si, en la salida de toda aquella tribu, no hay que ver otra significación: la reacción puritana que sintieran, ante las riquezas y la corrupción de las ciudades, aquellos nómadas, los terahitas, mal asentados en Ur; la nostalgia de la vida libre en las tiendas cuyo

recuerdo no estaba aún lejano; y acaso el resultado de una de esas violentas sacudidas, tan frecuentes en Mesopotamia, que impulsaban a tribus y pueblos enteros a emigrar.

Dicha emigración, ordenada por la voluntad de Dios, aunque antaño apareciera casi en los límites confusos de la Historia como un fenómeno extraño y poco comprensible, la vemos hoy dentro de un marco bien preciso, integrada en todo un conjunto de acontecimientos que se iluminan, al cabo de más de mil quinientos años, como uno de tantos episodios de aquellos desplazamientos de pueblos que presenció varias veces la región de los dos ríos. A medida que el pico minucioso de los arqueólogos descubre bajo los «tells» de arcilla, capa tras capa, la conmovedora huella de las civilizaciones, vamos situando mejor aquel episodio en el correr de los siglos y en la evolución de las sociedades. Tal acontecimiento es un hecho místico, desde luego, pero es al mismo tiempo un suceso histórico, pues la vocación de Abram no se comprende si no se piensa en las peculiares características de la región de Mesopotamia, cuyas tradiciones varias veces milenarias han quedado, por medio de la Biblia, perpetuadas indeleblemente, por los siglos de los siglos, en la memoria de toda la raza blanca, constituyendo el acervo de la cultura occidental.

MESOPOTAMIA, CRISOL DE PUEBLOS

CUANDO, hacia el año 2000 antes de Cristo, Abram salió de Ur, hacía por lo menos quince siglos que Mesopotamia tenía historia. Es uno de los dos faros que, en los albores del mundo occidental, parecen penetrar con su luz en las tinieblas de la barbarie informe; el otro era Egipto, llanura también de tierras fértiles, donde el agua vivifica la vegetación, donde el esfuerzo paciente de las generaciones da a la sociedad sus primeras bases. Fuera de estas dos regiones favorecidas, diríase que no existen más que movimientos confusos y anárquicos, con la sola excepción de Creta, pequeña isla donde se fragua la civilización más delicada.

Si se comprenden bien los principios que agruparon a los hombres en esas llanuras de los grandes ríos cuando la agricultura se impuso como labor fundamental — en otros lugares ocurrió lo mismo, en la China del Yang-Tsé o en la India del Ganges —, no cabe duda que el mismo destino rigió la historia de la región del Nilo y la de

Mesopotamia. Egipto es un largo valle encajonado entre acantilados, cubierto por las crecidas bienhechoras del río todas las primaveras; y el resultado, para esta tierra fecundada, renovada, es una gran estabilidad cuya historia parece ser su reflejo. Además, en contacto con Asia, en el borde de África, Egipto no es un paso sino en la medida que lo cree oportuno; por eso no ha sido nunca una ruta de invasiones. No ocurre lo mismo con la región situada entre los ríos Tigris y Éufrates.

Entre el golfo Pérsico y el Mediterráneo, aparece en el mapa un conjunto de llanuras limitadas por un trapecio de cordilleras. Al Este lo domina el borde cortado a pico de la meseta iraniana, los montes Zagros; al Norte, el Anti-Tauro y los montes de Armenia forman una barrera impresionante; para llegar al Mediterráneo, hay que franquear el Líbano o las adustas serranías de Palestina.

En el corazón de esta región, seis o siete veces más extensa que Francia, quema el desierto, uno de los más importantes del mundo. Sin interrupción, bajo apariencias diversas, se extiende hacia el infinito por el Sur, hasta las arenas rojizas del Dahna, y, más allá aún, hasta la región pedregosa del Hadramaut. Alrededor de ese horno, la Naturaleza reserva al hombre un cinturón de tierras fecundas. Es la Media Luna fértil: sedimentos fluviales, estepas de pastos de la Siria del Norte, llanuras del Orontes y del Jordán.

Mesopotamia constituye la parte occidental más considerable de esas regiones favorecidas. Como su nombre indica — lo recibió de los griegos —, es la región de los dos ríos, *entre dos ríos*. Si Egipto es, según Heródoto, un «don del Nilo», Mesopotamia, puede decirse, es un regalo del Tigris y del Éufrates, pero no un regalo permanente, sino muy a menudo negado.

Aunque ambos nacen en los montes de Armenia, los dos ríos son muy diferentes. El Tigris, de márgenes altas, tiene corriente rápida y crecidas que comienzan en marzo y terminan a mediados de junio; muchas veces se desborda formando marismas con frecuencia. El Éufrates lleva menos agua y, como está limitado por el desierto, la va perdiendo sin cesar. Su crecida, más tardía, corre con más lentitud, cubre con mayor regularidad las riberas bajas, y esta inundación bienhechora explica por qué casi todas las ciudades están situadas no lejos de ellas. Mas el Éufrates no puede compararse con el Nilo. A muchas tierras no les alcanza la crecida, y para crear esas «aguas eternas» de las que habla Hammurabi, contemporáneo de Abram, es preciso un inmenso trabajo de canales y pantanos, todo el sistema de riegos que los hombres de hace cuatro mil años practicaban con maestría y cuyo abandono sumió a la región en la pobreza que padecía hace medio siglo.[1]

A pesar del desierto, de ese desierto donde «el calor abrasa al hombre por el día, y el frío le hiela por la noche» (*Gén.*, XXXI, 40), Mesopotamia da perfectamente la impresión de un huerto; es la región de donde procede la cebada y el trigo; donde, si hay agua, el hombre puede exigir a la tierra tres cosechas. La palmera datilera tiene un aspecto regio; se sacan de ella pasteles, miel, vino y cien clases de tejidos; el sésamo da un aceite con sabor de avellana; la higuera, frutos tan exquisitos que se los ofrecían a los dioses; la viña produce un vino que se sube a la cabeza y del tamarinto sale una goma azucarada. Se comprende fácilmente el atractivo que ejerció esta tierra afortunada sobre los pueblos vecinos.

He aquí el drama de Mesopotamia y de toda la Media Luna fértil. Esas ricas tierras son una tentación permanente para los nómadas del desierto, amenazados continuamente por la sed. Y por si fuera poco ese peligro interno, la codicia de las gentes de las montañas del Elam, Irán, Alto Tigris, y Anti-Tauro, transforman las tierras bajas en lugar de paso y granero en el que se entra a saco. Procedentes del desierto e irradiando hacia las llanuras, o descendiendo de las montañas circundantes, las emigraciones no han cesado de mezclar, en ese crisol, las razas y civilizaciones. Egipto, conmovido una o dos veces por invasiones, no tarda en recobrar el curso de su destino inmutable; Mesopotamia, en cambio, sufre la huella de todos aquellos conquistadores.

LAS CIVILIZACIONES DE MESOPOTAMIA

La primera civilización que conoció Mesopotamia fué la de un pueblo notable, los sumerios. Procedentes éstos de una región desconocida — Afganistán, Beluchistán —, durante el quinto milenio, los vemos, hacia 3500, completamente instalados en la región del Bajo Éufrates, llamada por la Biblia, Sinear. No eran ciertamente semitas. Para convencerse de ello, basta con mirar el semblante redondo

1. Véase en el mapa la Media Luna fértil que los dos ríos no se unían, como hoy, en el estuario de Chatt-el-Arab. Desde hace cuatro mil años, los sedimentos aluviales han prolongado las tierras de la costa extraordinariamente, y hoy tienen un mismo delta los dos ríos. En tiempos de Abraham, Ur estaba en la región marítima; hoy, se encuentra a más de doscientos kilómetros de la costa.

y lampiño, de nariz fuerte pero corta, de ese Gudea, sumerio típico del siglo XXV, cuyas once estatuas se conservan en el Louvre; o en el Museo Británico, la cara atractiva de aquella reina Shub-Ad que murió en Ur, hace cinco mil quinientos años, cuyas sensuales aletas de la nariz y labios voluptuosos parece que van a volver a la vida, y que, bajo la extraña corona de hojarasca metálica, encierra aún la tentación eterna y el eterno misterio femenino.

Esos sumerios fueron, para toda la Mesopotamia, los iniciadores de la civilización. De ellos salieron los métodos de riego, de plantar y construir, los grandes mitos religiosos, los principios jurídicos; algunos de los temas fundamentales de nuestro pensamiento tienen sus raíces en la tierra de Sumer. Podemos decir que desempeñaron, en la región del Éufrates, el mismo papel que tuvieron los latinos en la creación de las sociedades occidentales. Sumer no pensó nunca, como Roma, en unificar el país. Cada ciudad, Ur, Lagash, Uruk, era un diminuto estado regido por un reyezuelo, el *patesi*, vicario del dios local. Guerras demasiado frecuentes enfrentaron aquellas ciudades. Los vecinos se aprovecharon de ello; apareció la primera ola de asalto del desierto hacia la Media Luna fértil. Los recién llegados eran indiscutiblemente semitas: nariz aguileña y cabellos encrespados. Durante siglos ocuparon, en el Éufrates Medio, la región de Akkad, mantenidos a raya por las fuerzas de los patesi, y su civilización imita torpemente a la de los primeros sumerios.

Hacia el año 3000, atacaron. Durante dos siglos, asistimos a una amplia expansión semítica. Por aquel tiempo, cuando en Egipto se construyen las grandes pirámides, el rey de Akkad, Sargón el Viejo, un jardinero convertido en general, vence a los pequeños príncipes sumerios, se protege contra toda amenaza de invasión procedente de las montañas, lleva sus campañas al Elam, y luego, volviéndose hacia el Oeste, avanza hasta el Mediterráneo, donde templa sus armas y conquista «los cedros del Líbano y la montaña de plata», el Tauro. Esta expansión semita del siglo XXVIII dejará por todos los lugares algunos restos históricos; los fenicios acaso sean una de sus ramas; y se encuentran colonias semíticas de aquella época hasta en el corazón de Asia Menor, en Capadocia.

Esta conquista era precaria y los efectivos limitados. Apenas salido, el vencedor se ve obligado a regresar para reprimir sublevaciones. Naram-Sin, nieto de Sargón, no hace otra cosa durante su reinado. El imperio akkadio es tan poco sólido que vemos, poco después, aparecer la primera invasión de la montaña, la de un pueblo misterioso, el de los gutitas, cuyo paso turbará de tal modo Mesopotamia que, a merced de los desórdenes, los sumerios recobrarán cierta independencia y que, hacia 2500, en su capital de Lagash, Gudea cobrará gran importancia como soberano.

Cuando nace Abram, Mesopotamia parece un mosaico de pequeños reinos, sumerios y akkadios, más o menos enemigos, sin unidad política, pero habiendo alcanzado todos un mismo grado de cultura bajo la influencia de Sumer.

Esa civilización nos va siendo más conocida cada año. ¡Cuántos descubrimientos! ¡Cuántos horizontes maravillosos desde hace cien años, cuando a Emilio Botta, cónsul de Francia en Mosul, se le ocurrió emprender excavaciones en los montículos de la llanura! Innumerables recuerdos yacen aún sepultados, en espera del pico que, por un azar feliz, los sacará a la luz del día; el método de las fotografías de luz oblicua, inventado por el padre Poidebard, revela cada vez más sitios por explorar. Ayer, en la encrucijada del Éufrates y la ruta que seguían las caravanas de borricos, Mari, explorada por franceses desde 1934, muestra su palacio de dos hectáreas, sus templos, su torre de varios pisos y gran número de hallazgos. Si aún no se ha encontrado Agadé, la capital del gran Sargón, se puede estudiar ahora sobre el propio terreno, en las excavaciones de Ur, el lugar donde nació Abram. Desde 1922, quince siglos de historia han resucitado ante nuestros ojos; la torre del templo, surgida de las arenas que la ocultaban, muestra sus enormes cimientos; un damero de casas lo rodea; y ahora, en Londres, Filadelfia y Bagdad se pueden admirar los tesoros fantásticos de Ur, los puñales cincelados de sus reyes, los cascos de cobre de sus soldados, el cubilete de oro que se descubrió junto a la boca de un cadáver de mujer, todo un arte de belleza maravillosa.

La emigración de Abram, que nuestros padres situaban en los orígenes de la Historia, aparece ahora como un hecho relativamente reciente en el curso de los tiempos en Mesopotamia, y es evidente que muchas de las tradiciones que se llevaron los terahitas procedían de Sumer, y que los hechos y costumbres que refiere Abram son los mismos que observara en su ciudad natal, en Ur, durante su juventud.

La ciudad, para él, es la ciudad de ladrillos tal como la descubren nuestros arqueólogos; el único material de la región es la arcilla, que cuecen o secan al sol. La piedra importada se reserva para las estatuas de los dioses y para cincelar en ella las leyes del reino. Las casas se alinean, a lo largo de tortuosas callejuelas, con muros sin ventanas: según la costumbre que Oriente ha conservado, las

estancias privadas reciben sólo la luz del día por el patio central. Con su enjalbegado blanco, sus azoteas, y una higuera en un rincón del patio, las casas del Irak moderno tienen el mismo aspecto de hace cuatro mil años. De la morada que deja para seguir a Dios, Abram guardará, sin embargo, el recuerdo; en el portal, no se recibía al huésped sin lavarle las manos y los pies en una reguera que había con tal finalidad; y por eso, cuando recibe a los tres desconocidos en el robledal de Mambré, les dirá: «Que se traiga ahora un poco de agua, y lavad vuestros pies.» (*Génesis*, XVIII, 4.)

Al dejar Ur, rechaza pues las comodidades y el lujo de la ciudad, los ricos muebles incrustados, las colgaduras de seda, los trajes cubiertos de bordados, las joyas y los perfumes. Renuncia también a la burocracia minuciosa que los patesi de Sumer, desde hace mil años por lo menos, han impuesto a su pueblo, cuyos archivos llenan de ladrillos las bibliotecas, ese riguroso estatismo contra el cual se muestra hostil el anarquismo hebraico. Huye de la religión politeísta, donde las fuerzas de la Naturaleza: Enlil, el aire; Anou, el cielo; Enki, el agua fecunda, son ídolos que reclaman miel, vino y pasteles de dátiles. Y tal vez quiera escapar de ciertos usos que la religión parece haber impuesto.

En esta sociedad tan profundamente civilizada, un hecho horrible nos desconcierta: practicaban sacrificios humanos. Para honrar a los dioses y a los reyes, necesitaban a veces víctimas humanas. En el pozo de los muertos de Ur, los arqueólogos se encontraron con un espectáculo horripilante: alrededor de los cadáveres reales, completamente cubiertos de perlas, oro, lapislázuli y ágatas, se alinean veinticinco, cincuenta, setenta y cuatro servidores sacrificados. Ahí están, hombres y mujeres, oficiales, criados, incluso un burrero con sus animales, alineados como en un desfile; ninguna señal de violencia; las víctimas han debido morir envenenadas. Renan decía que la gloria de Abram estribaba en la sustitución que hizo, en los sacrificios, de un hombre por un carnero; los descubrimientos de Ur inducen a pensar que no es falso tal punto de vista.

HAMMURABI, CONTEMPORÁNEO DE ABRAHAM

UN hecho histórico pudo tener, sobre la determinación del Inspirado, una influencia más directa. El siglo XXII, es decir, el siglo que precede al nacimiento de Abram, fué testigo de acontecimientos muy importantes, de cuyo desarrollo sólo comenzamos a vislumbrar algunas luces: la aparición, en la Historia, de los arios. Procedentes de una región que identificamos mal — sin duda, el istmo continental que se extiende del Báltico al Caspio y que acaso era para ellos la primera etapa en su inmenso viaje —, llevados por motivos aun más misteriosos — carencia de víveres, cambio de clima o acaso imperialismo espontáneo —, masas de hombres que hablaban casi el mismo idioma emprendieron su marcha hacia el Sur. Hacia 2150, la emigración llega hasta la zona limítrofe de Mesopotamia, Asia Menor, Irán; volveremos a encontrar esos pueblos bajo nombres diferentes: hititas, kasitas, mitanos. Otra rama se dirige hacia Europa; en la península griega, los aqueos se instalarán cien años después.

Entonces, los desplazamientos de masas en las lejanas regiones no conmueven aún a las viejas civilizaciones. En el oasis del Nilo, los faraones tebanos, después de restablecer el orden alterado por la extraña crisis social durante la cual se hundió el Imperio Antiguo, se aprestan al magnífico desarrollo que ha de conocer el Egipto de los Senusrit. Encastillado en su isla, Minos, el rey de Creta, construye los primeros palacios de Faistos y Cnoso; come en las encantadoras cerámicas de «cascarón de huevo». Luego dos o tres siglos después, los sólidos reinos soportarán la tromba aria. Mesopotamia, más próxima a los lugares de donde surgen esos bárbaros, sufre la primera conmoción.

Es como un reflujo semita del Oeste hacia el Este, réplica de la gran extensión sargónida que había llegado al Mediterráneo. De la región de Amurú, la Siria actual, salen nuevas oleadas: los amorreos. Tal vez, bajo la presión aria, sus jefes, uno de los cuales, por lo menos, adquirió gran importancia histórica, vieron el peligro y trataron de llevar la unidad de Mesopotamia para resistir mejor dichas invasiones.

Muy curioso es el intento de Hammurabi, el más importante de estos reyes amorreos.[1] Desde hacía un siglo, sus antepasados no habían cesado de aumentar sus territorios a costa de los reyezuelos de Akkad y de Sumer. Sube al trono hacia el año 2000, continúa la obra emprendida y la completa. Quiere unificar todos esos pueblos, darles un alma y un cuerpo. Hace una revolución religiosa, desposee a los antiguos dioses y proclama la supremacía de un ídolo supremo, Marduk. Su ciudad, Babilonia, será la capital de todos los países de la

1. El cuadro que aparece al final de esta obra, indica los principales puntos de contacto de la historia sagrada con la historia de las demás civilizaciones contemporáneas.

cuenca del Eufrates. Y, a los cuarenta años de su reinado, manda grabar sus «decisiones de equidad», ese código que conserva el Louvre, el compendio de las antiguas tradiciones sumerias que aspira a imponer a su pueblo.

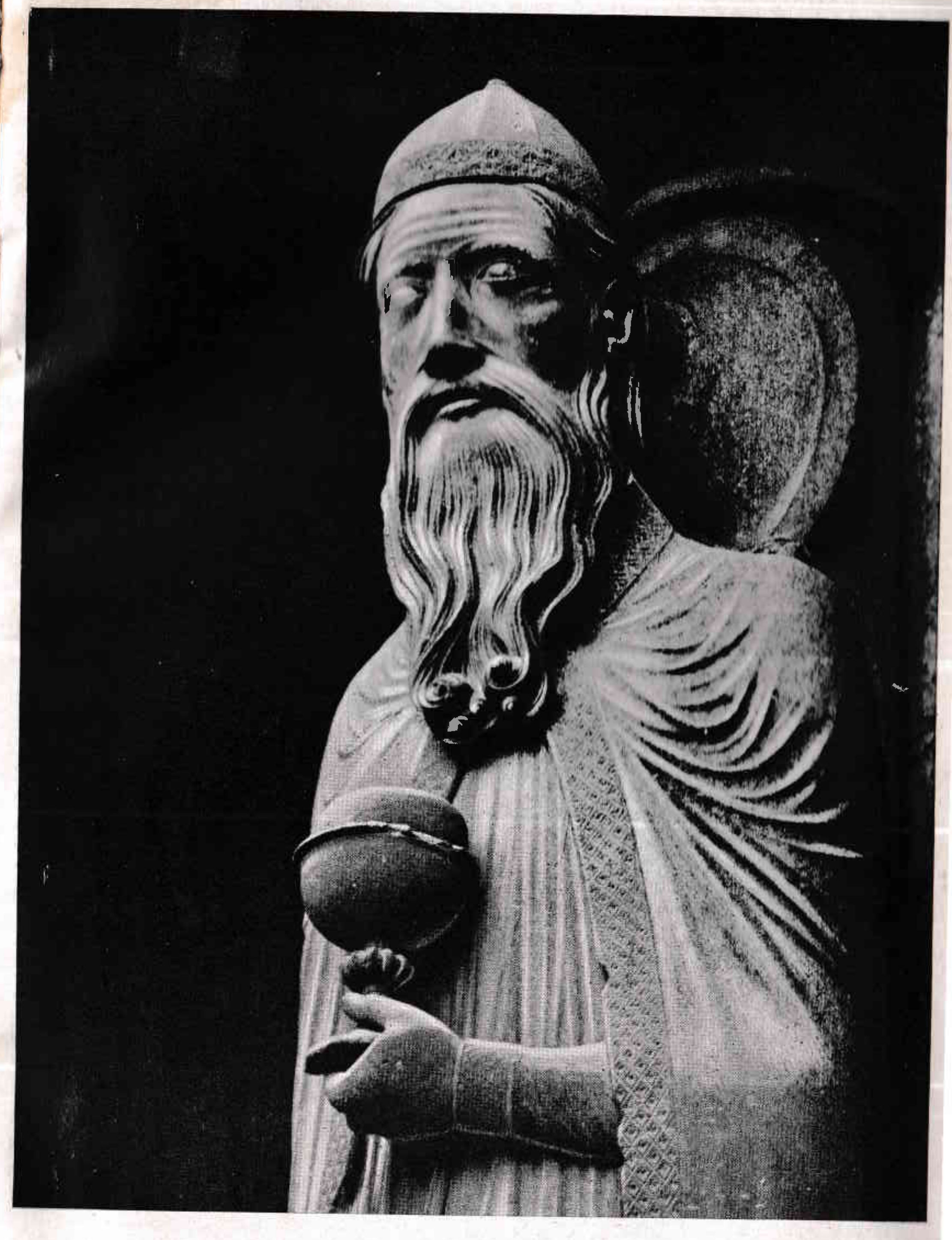
Es una tentativa napoleónica. Conquistador y jurista a la par, Hammurabi es una de las mayores figuras de su tiempo. ¿Logró lo que se propuso? En cierto modo, no, puesto que esa unidad artificiosa no pudo resistir los embates de los arios que, cien años después, saquearon Babilonia. Sin embargo, la lengua babilónica es, a partir de entonces, la lengua diplomática que se usa desde el Asia Menor hasta Egipto, y la influencia amorrea se incrusta profundamente en la historia de la civilización. Este prodigioso intento no se hizo, por cierto, sin terribles resistencias.

Larga es la lista de las ciudades arrasadas por Hammurabi. Mari no pudo resurgir de nuevo. Y apenas muerto el gran conquistador, Ur intentó sublevarse, sus muros fueron arrasados y sus habitantes deportados por el hijo del déspota.

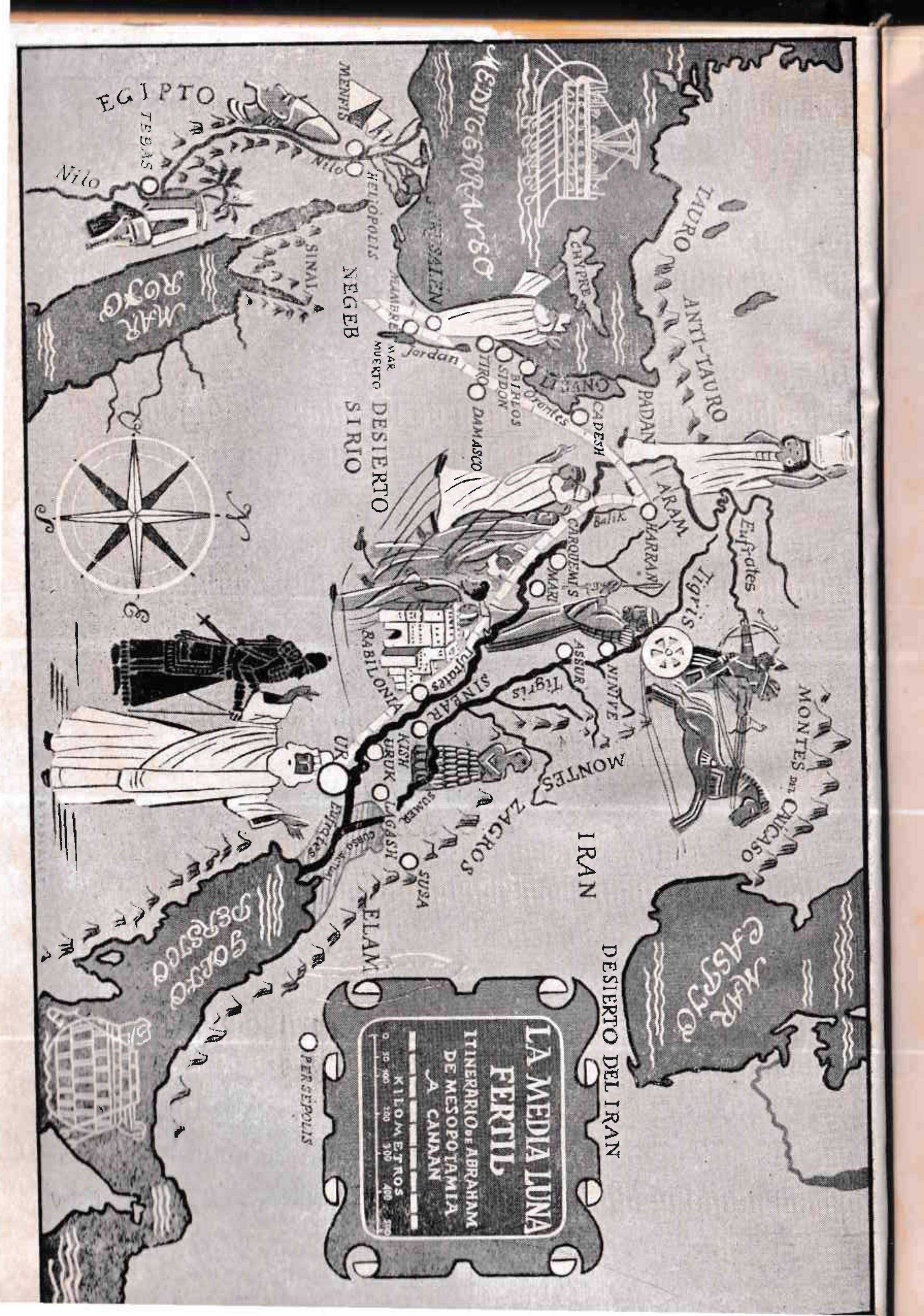
Esta política autoritaria, unificadora, insoportable, ¿influyó en la decisión de Abram de abandonar el país donde había vivido? Para convencer al viejo Terah que era conveniente salir de allí, Abram pudo encontrar poderosos argumentos en la política del rey de Babilonia. Y ¿quién sabe si la tentativa de unificación religiosa en torno al ídolo Marduk no acabó por decidir a aquél, que llevaba en su corazón la certeza del Dios único?

LA TRIBU DE TERAH EN MARCHA

EN esta sociedad cuya complicación nos es ya conocida, ¿qué lugar ocupaba el pequeño clan terahita cuya importancia histórica será tan grande? Era de origen amorreo, seguramente; Ezequiel, increpando a Jerusalén, dirá: «¡Tu padre era amorreo!» Se saca la impresión, al leer los capítulos once y doce del *Génesis*, que ese grupo de hombres era algo aparte. ¿Familia llegada hacía poco? ¿Comunidad que había conservado más vivas las tradiciones de la época cuando, en el desierto, los semitas acampaban en sus tiendas de campaña? En África del Norte existen hombres, los mozabites, pertenecientes a una especie de protestantismo musulmán, que accidentalmente viven en las ciudades de la costa, pero acaban siempre por marcharse hacia la pentápolis de Gardaia. Los hebreos conservarían



MELQUISEDECH
Estatua de la catedral de Chartres.



el recuerdo de una tradición según la cual habrían servido como mercenarios y como mercaderes en Babilonia antes de salir hacia Canaán.

Abram decide, pues, salir de Ur. Como sus lejanos antepasados vuelve al desierto. ¡Asia ha visto, desde China al Bósforo, otras emigraciones más considerables! En aquellas inmensidades, parece que los grupos humanos son llevados por el viento como las dunas de arena. Entre tantas olas agitadas en la cuenca mesopotámica, la tribu de Abram aparece como una ola muy pequeña. Y para hacerse una idea de ese desplazamiento, basta con mirar una de esas caravanas que caminan por las pistas de Siria, alargando sobre centenares de metros su hilera de camellos cansinos, y uno de esos campamentos de tiendas negras, «negras pero hermosas», como dice el Cantar de los Cantares, que los nómadas de Palmira levantan ante nuestros ojos.

¿Por dónde se efectuó esa emigración? La Biblia nos dice de Ur a Harrán, es decir, del Sur al Norte, a lo largo del Éufrates.[1] Harrán está situada en la zona de cerros que preceden al Anti-Tauro, sobre un afluente del Éufrates, el Balik. Toda esta región es un importante lugar de paso; turcos y cruzados lucharon por Edesa. Llegó a ser uno de los centros donde las caravanas descansaban; para ir de un extremo al otro de la Media Luna fértil, como el desierto es casi infranqueable, hay que cruzar forzosamente el país de Harrán. Fué como un emporio babilónico, donde se cambiaban mercancías, mitos e ideas. El gran adivino Balaam, según se cree, vino luego a Harrán (*Números*, XXIII, 7). La elección de esta ciudad se debió acaso a razones religiosas: se adoraba al mismo dios de Ur, el dios-luna, Nanar-Sin.

Es, de todos modos, un país muy acogedor para el nómada, pastor de rebaños. Bastante húmeda por las lluvias y los ríos de las montañas, esta región tiene hierba. En primavera, la flora es incluso exuberante: margaritas blancas, tulipanes color de sangre, y crocos amarillos, forman un tapiz moteado; los calveros sacuden sus matas malvas y altos bohordos con ramos color de rosa surgen por todos lados. Esta región de estepa perfumada es seca en cuanto aparece mayo, pero los rebaños no carecen nunca de pastos. Harrán, en el

1. Algunos historiadores, entre ellos M. Lods, no siguen la tradición más admitida, que asimila el Ur de la Biblia con el Ur de Sumer. Hacen observar que en el relato de los orígenes, el arca de Noé, al quedar varada en Armenia, es al Norte y no al Sur, donde hay que buscar el punto de partida de los terahitas, y afirma que los nombres de los antepasados de Abraham "parecen jalonar la ruta directa que va de Armenia a Canaán". De todos modos, Harrán fué una etapa de esta ruta.

fondo de los cerros, era sin duda, como lo es hoy, una aldea con casas de adobes enjalbegados, y sus minúsculas cúpulas — cada una es el techo de una habitación — forman como un conglomerado de bolas.

La estancia en Harrán influyó profundamente en la historia de los terahitas. Durante todo ese período de los Patriarcas, esta región, el Aram-Narahaim, el Aram Paddano, fué el país de los padres. Vinieron a buscar mujer en esa rama de la familia que quedó allí; Rebeca, Raquel, proceden de esa región. Cuando más tarde, los israelitas cuentan su antigua tradición, dicen: «Mi padre era un arameo vagabundo...» (*Deuteronomio*, XXVI, 5.) En todas las encrucijadas de su historia, vemos a esas errantes tribus; su nombre designa la gran marea de la cual los terahitas constituyen una de sus olas; irán a parar lejos, durante largo tiempo, y su lengua llegará a ser la más difundida de la región siriopalestina, la de Jesús. Su estancia en Harrán fué sin duda «como arameo vagabundo», a la puerta de la ciudad, en campamento nómada.

Era sólo una etapa. El anciano padre de Abram, Terah, muere allí. Convertido en jefe de familia, en patriarca, el Inspirado se pone de nuevo en marcha, pues sabe que no es éste aún el país donde se ha de realizar la misión de su pueblo. Se dirige ahora hacia el Sur, hacia la tierra de Canaán, la otra punta de la Media Luna fértil. Todo es normal hasta ahora. Siria y Palestina han sido siempre un camino de paso. De Norte a Sur, de Sur a Norte, las invasiones han caído sobre él, y del Mediterráneo hacia la región del Éufrates es también paso obligado. La tribu de Abram hizo como los demás pastores que iban con sus rebaños en busca de pastos. Los cananeos, poco numerosos, ocupaban sólo ciudades fortificadas, y no se oponían a aquellos trashumantes. El primer contacto con Canaán no pasó a la Historia; la Biblia no habla de ninguna relación ni guerra con sus habitantes. Mas señala un hecho de otra importancia.

En Siquén,[1] en el lugar donde el monte Garizim, del que nos ocuparemos a menudo, redondea su cumbre, Abram recibe de Dios la confirmación de la promesa y la indicación que la determina: «¡Daré este país a tu descendencia!» (*Gén.*, XII, 7.) Desde entonces, el destino de ese pueblo está ligado a aquella región. Canaán es en adelante «la tierra prometida». Mas tardarán aquellos nómadas siete u ocho siglos en asentarse: no se sabe de ningún pueblo que haya tardado tanto en fijarse.

1 Véase mapa: El Canaán de los patriarcas.

Después de una parada «al oriente de Betel, en la montaña», de campamento en campamento, el pueblo de Abram llega al extremo sur de Palestina, a ese Negeb que, desde los montes de Judea hasta el Sinaí, no son más que tristes desiertos.[1] Tienen hambre. La decisión adoptada en estos casos por los nómadas es llevar a pacer sus rebaños a los llanos fértiles; las diferencias de riquezas entre zonas próximas son uno de los motivos de aquellas emigraciones asiáticas. No lejos de allí se extiende Egipto, rico, inagotable. A pesar de que la sociedad, en el reino de los faraones, fuese más cerrada que en Canaán, muchos extranjeros lograban introducirse. Casi en la misma época, una tumba de la XII dinastía muestra toda una caravana beduina en la región del Nilo, hombres, mujeres y niños, con sus asnos, y hay textos que nos cuentan que un cierto Ibsha, con su tribu, preocupaba a los funcionarios egipcios. Los labradores de la costa de Argel no ven con menos temor a los nómadas de las altas mesetas cuando bajan, amenazando sus verdes trigales.

Durante la estancia en Egipto, ocurre un incidente que se repetirá varias veces durante la historia de los orígenes israelitas y nos abre perspectivas no sólo sobre el aspecto físico de aquellos semitas, sino también sobre la idea que tenían entonces del pecado.

Habiéndose fijado el faraón en la belleza de Sarai, la raptó. Abram, temiendo que le considerasen molesto y le hiciesen desaparecer, había declarado que era su hermana. Y esto no era completamente falso, pues era hermanastra. Favorita del rey, Sarai hizo a su «hermano» numerosos regalos. Mas el faraón, sin saberlo, era adúltero; Dios le castigó: el pecado es como una enfermedad que se puede contraer involuntariamente. El faraón, alarmado, devolvió a Sarai y mandó salir del país a toda la tribu, sin molestarla. Pensamos, al leer la anécdota, en esas gitanas, acampadas en los arrabales de nuestras ciudades, cuya belleza es fascinadora y misteriosamente maléfica, y también en el temor enigmático que siempre inspira todo pueblo errante.[2]

De todas maneras, el paso por Egipto debió ser rápido y no influyó en el pueblo de Abram, tanto como la larga estancia desde José a

1 Ciertos historiadores creen que esa marcha de los terahitas hacia el Sur fué acompañada por un desplazamiento de los sedentarios de Siria y de la Alta Mesopotamia. Sería el origen de ciertos pueblos que encontraremos en Palestina, los hurrim, perizzim, etcétera, cuando regresan de Egipto los hebreos en tiempos de José.

2 Se plantea un problema: ¿cómo podía Sara inspirar semejante pasión? Tenía entonces 65 años. Este enigma está relacionado con el de la longevidad de los patriarcas y la extraña fecundidad de que dan pruebas. Es evidente que el narrador bíblico quiso resaltar una intención divina, una rara prerrogativa concedida por Dios a sus elegidos.

Moisés. De las dos grandes civilizaciones que aparecen en los orígenes de Israel, sólo la de Éufrates dejó su huella. Abram y su tribu regresan a Canaán, a Betel. Su existencia transcurre en la tienda de campaña, en medio de los incidentes de la vida nómada.

Ahora surge una disputa sobre pastos entre dos grupos de la tribu. Los rebaños habían aumentado desde el viaje a Egipto, y Lot, el sobrino de Abram, que le había acompañado durante toda la emigración, tenía muchos también. «Y la tierra no podía darles para que habitasen juntos.» «Y hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot.» Decidieron repartirse los pastos: Lot se dirigió hacia el valle inferior del Jordán, entonces fértil como Egipto, un verdadero vergel, antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra; Abram levantó sus tiendas más al Norte, en una región de matorrales y árboles, en el robledal de Mambré, no lejos del Hebrón.

Hubo también un *rezu* y un *contrarrezu* típicos. La región del mar Muerto estaba por entonces gobernada por cinco reyezuelos más o menos sometidos a soberanos más poderosos de Mesopotamia; de un extremo a otro de la Media Luna fértil había como una autoridad centralizadora. Descontentos de sus vasallos cananeos, los reyes del Éufrates determinaron llevar a cabo contra ellos una expedición de castigo. Se cree que Hammurabi fué uno de los cuatro jefes de la expedición. Amrafel, rey de Sinear, llevó consigo aliados sumerios, elamitas e incluso hititas, es decir, del Asia Menor. En este asunto, la gente de Abram nada tenía que ver, pero habiendo vencido a sus vasallos, Amrafel y sus aliados se llevaron, con los pueblos deportados, a Lot y su tribu. Cuando lo supo Abram, preparó la *contrarrezu*. Armó a sus hombres — ¡trescientos dieciocho! — llamó tal vez a algunos aliados y siguió paso a paso a la caravana victoriosa. En Dan, cuando los de Mesopotamia se disponían a salir de Palestina y ya no desconfiaban, Abram atacó de noche, rescató a Lot y a los suyos, y rechazó a los enemigos hacia Damasco.

Así, pues, no descubrimos nada original en aquella vida nómada; las tribus de Transjordania o de Palmira llevaban, hace poco, una existencia análoga. Pero esa pequeña tribu no es igual a las demás. La promesa, el don místico, son puestos, sin cesar, en evidencia por los acontecimientos. Cuando Abram regresa, después de su victoria, al lugar donde suele acampar, llega a él un hombre, le felicita, le da pan y vino y le saluda con estas palabras: «¡Bendito sea Abram del Dios alto, creador de los Cielos y de la Tierra!» Es Melquisedech, personaje misterioso, del que nada sabemos, «sin padre ni madre, sin genealogía, que no tiene ni principio ni fin de vida», escribirá San Pablo, pero «imagen del hijo de Dios» por su nombre que significa rey de justicia y cuya ciudad, Salem, «la paz», es, como lo prueban documentos egipcios, Jerusalén. Coincidencia profética, nueva señal de Dios.

LA ALIANZA

No sabemos si Melquisedech supo que la hora decisiva para Abram iba a sonar. Un nuevo período se abre, en la vida del Patriarca, durante el cual Dios multiplica las pruebas. A este hombre, que ya no es joven, le oprime el corazón una terrible duda: ¿cómo podría existir la posteridad prometida, puesto que ni siquiera tiene un hijo y todo parece confirmar la esterilidad definitiva de Sarai? Mas Dios oye esa queja y renueva su promesa: «Mira ahora a los cielos y cuenta las estrellas, si puedes: así será tu posteridad.» Abram duda en creerlo, mas Dios insiste. Surge el drama en el alma del Inspirado, «un terror, una obscuridad profunda». ¡Le mandan creer una cosa imposible! Dios precisa. No será todo alegría y fecundidad para estos futuros hombres que saldrán de Abram: antes de gozar de la tierra prometida tendrán que sufrir, esclavizados, en tierra extranjera. Mas nacerán y mandarán «desde el río de Egipto hasta el río grande, el Éufrates». Entonces, Abram cree.

Su esposa Sarai es más escéptica, pero más práctica y encuentra una solución. La vieja ley sumeria, tal como se halla formulada en el código de Hammurabi, prevé el caso de la esposa estéril: el marido puede pedir a su mujer que elija una de sus siervas para que le dé hijos. Sarai tomó, pues, a Agar, su esclava egipcia, y diósela a Abram, y Agar concibió. La concubina, engreída, despreció a la mujer legítima y estéril. Los juristas de Hammurabi, buenos psicólogos, preveían también este caso, que no debía ser raro; la esposa tenía derecho a castigar a la orgullosa esclava, y esto fué lo que hizo Sarai, tal vez algo violentamente. Por poco, ello acarrea el fin de las esperanzas de Abram.

Agar huyó al desierto, donde, hallándose encinta, tenía muchas probabilidades de morir. Sin la intervención del Ángel del Señor, todo hubiera terminado así. Mas Agar regresó al campamento y poco después parió a Ismael. Abram comprobó que Dios podía dar un hijo a un hombre de ochenta y seis años.

Transcurrieron trece más. Abram tenía casi un siglo de edad. La anunciada posteridad ¿sería la de Ismael? No. Dios visita de nuevo a su elegido y su palabra le revela mayores promesas. No le promete sólo que de él nacerá una nación, ni que será suya la tierra de Canaán; si Abram «camina ante la Faz de Dios y es irreprochable», entre su pueblo y el Todopoderoso se creará una Alianza. Esta unción espiritual que Melquisedech, «sacerdote del Altísimo», había dado a Abram, Dios la confirma. Se establece un verdadero acuerdo entre el Invisible y el Patriarca, y este acuerdo contiene compromisos por ambas partes.

A cambio de la especial protección divina, Abram tendrá que someterse a dos obligaciones. La primera, cambiar de nombre, lo que, en todas las razas primitivas y especialmente en Oriente, es de gran importancia; el nombre no sólo designa, expresa, sino que crea, suscita. En lugar de Abram, en el cual, acaso, subsistía el recuerdo etimológico de un dios sumerio, tomará el nombre de Abraham, lo que significa «padre de una multitud de hombres». Y para hacer resaltar que Sarai no es despreciada, y continúa asociada al destino de su esposo, recibe el nombre de Sara, que expresa una idea de preeminencia, algo así como «Su Alteza».

La segunda exigencia de Dios es más extraña. Quiere que Abram y los suyos acepten la circuncisión. Es la supervivencia de uno de los ritos más viejos de la Humanidad. Lo encontramos casi por todos los sitios y en todas las épocas. Existió en la América precolombina y en Polinesia. Los egipcios lo practicaban y tal vez de ellos lo tomó Abraham. Su origen es muy obscuro. Heródoto lo atribuía a una intención higiénica. Algunos creen que se puede explicar con precisión por motivos fisiológicos. Otros ven en ello como un recuerdo de antiguos sacrificios sangrientos, o mutilaciones sagradas. Se sabe de pueblos del África negra que lo practicaban en las mujeres. Sea lo que fuere, la circuncisión cobrará una importancia considerable en la tradición de los descendientes de Abraham. Considerada como rito, es como una iniciación, sin la cual no se puede pertenecer a la raza elegida y se puede incluso decir que es uno de los obstáculos sobre el cual el cristianismo universalista chocará con el viejo judaísmo exclusivista. Su verdadero sentido es más profundo; es el signo de la alianza, la señal dolorosa de la sumisión a la voluntad de Dios; el rito no basta; «la circuncisión verdadera — leemos en el Deuteronomio — es la del corazón» (*Deuter.*, x, 16, y xxx, 6).

La alianza queda sellada. Abraham es circuncidado y con él todos los hombres de su familia. Entonces, Dios los recompensa. Una de las páginas más hermosas del Génesis es el relato de la nueva visita de Dios; parece que toda la luz de un hermoso día de Oriente y toda la promesa de un porvenir maravilloso relumbre en ella. Abraham se halla sentado a la puerta de su tienda; hace calor. Los robles de Mambré dan una sombra matizada por el reflejo de los rayos del sol. Abraham piensa o dormita. De pronto, al levantar la cabeza, ve ante sí a tres visitantes. Se dirige con premura hacia los viajeros. Les da agua para lavarse los pies. Sara hace pasteles. Ponen a asar lentamente, con manteca, la mejor ternera. En todo huésped se ha de ver, según la más noble tradición oriental, a un mensajero de los dioses; esos visitantes de Mambré son Dios y dos ángeles. El Altísimo trata al Patriarca como a un amigo; se cobija bajo su techo y le anuncia la buena nueva: Sara tendrá un hijo. ¿Duda? ¿Se ríe para sus adentros? «— Vieja como soy, ¿tendré aún ese placer? — ¿Puede sorprender una cosa que proceda de Dios?», contesta el huésped. El hombre predestinado y el Señor se desenvuelven con la mayor confianza, con una maravillosa sencillez.

A este huésped, a este confidente, Dios no le quiere ocultar que si se ha detenido un rato en Mambré es con otro propósito. Señor de promesas felices, lo es también de castigos. Sodoma y Gomorra viven bajo terribles amenazas. Dios ha decidido destruirlas por su depravación. Abraham protesta. ¿Por qué destruirlas por completo? Si Dios es el Dios de Justicia, ¿es justo castigar a seres inocentes? ¿No perdonará Dios al puñado de hombres buenos que haya en esas ciudades? Los ángeles del Señor salen camino de las dos ciudades; los reciben de mala manera. Los habitantes de Sodoma y Gomorra tenían costumbres que merecían un castigo. Y este castigo llegó, terrible. «Densas lluvias de llamas cayeron con una violencia continua, sin cesar. Los campos, los prados, los sotos quedaron abrasados. Abrasados los bosques de los cerros y sus troncos consumidos hasta las raíces. Abrasados los establos, las casas, las fortalezas y los monumentos públicos. Las ciudades se convirtieron en tumbas y cuando las llamas habían arrasado todo lo que existía sobre la superficie, penetraron en el suelo, para esterilizarlo.» Así lo cuenta Filón, historiador alejandrino, en el año 20 antes de nuestra era.

¿Atestiguaban este drama otros documentos además de la Biblia? ¿Fué sugerido por el espectáculo que ofrece el paisaje del mar Muerto, por el agua cargada de sal y de asfalto que se extiende con reflejos metálicos a lo largo de los acantilados rojizos del Moab? Toda la región está profundamente marcada por huellas volcánicas. En aquel fondo, un olor a mineral, a muerte, flota en el aire. La Biblia insiste

repetidas veces sobre la belleza y fertilidad de aquella región antes del cataclismo. La arqueología cree haber demostrado que hacia el año 2000, la región estaba poblada y cultivada; las ruinas de las ciudades infames fueron cubiertas por las aguas.

De la catástrofe, sólo escapó la tribu de Lot, porque se había mostrado humano en medio de aquellas gentes feroces acogiendo a los ángeles del Señor. Pudo huir, a través de la lluvia de fuego. Y como su mujer se volviera para ver el terrible espectáculo, quedó asfixiada por los gases deletéreos, y aquellos vahos salinos la cubrieron. Pueden verse aún, en la región castigada, obeliscos blancuzcos que parecen estatuas de sal, siluetas con grandes velos, petrificadas por la cólera de Dios.

LA ÚLTIMA PRUEBA

CUMPLIRÍASE, al fin, la promesa? Abraham pudo tener sus dudas, pues habiendo llevado a pastar sus rebaños a la llanura de Gerar, el rey de la región, Abimelech, raptó a Sara. Otra vez se repite el lance del faraón,[1] y la esposa del Patriarca tiene más de ochenta años. ¡Admirable! El narrador bíblico ha querido probar, sin duda, cuánto protegía Dios al fruto de las entrañas de Sara. Abimelech la devolvió rápidamente, y la anciana Sara poco después concibió de su esposo Abraham.

La espera fué premiada. Una alegría inmensa reinó en las tiendas de los terahitas. La criatura nacida del milagro traía consigo la garantía del cumplimiento de la palabra divina. Y en recuerdo de esa alegría, al recién nacido le dieron el nombre de Isaac, que expresa la idea de la felicidad, de la alegría. «¿Quién dijera a Abraham — cantaba su mujer — que Sara había de amamantar un niño? Le he dado un hijo a su vejez.»

El niño creció. Un incidente turbó por un momento a la tribu. Sara y Agar, la mujer legítima y la concubina, se llevaban cada vez peor. La esposa previsora pensaba ya en la herencia futura de Abraham; el hijo de la egipcia no debería disputársela al suyo. Exigió la expulsión de la esclava y de su hijo. Abraham se disgustó; la ley de Hammurabi no autorizaba tal crueldad sino en el caso de la concubina insolente, y Sara no tenía ya agravios contra Agar. Mas a

1 Los críticos relacionan dos episodios con dos fuentes, lo que puede sugerir que estamos en presencia de dos tradiciones de un mismo hecho, localizado en dos lugares diferentes.

Ismael le esperaba un gran porvenir. Dios advirtió al padre que lo dejase marchar con su madre. Se dirigieron hacia el desierto del Sur. Un peligro terrible los acechaba. El agua del odre se acabó. Por poco, el muchacho muere, pero una vez más, el Ángel del Señor acudió; no lejos de allí había un pozo que ellos no habían visto. Los descendientes de Ismael, los árabes que moran en el desierto, saben que ellos también recibieron la promesa y que por la voluntad de Dios han llegado a ser una nación grande.

Un peligro peor rondaba en torno a Isaac, que se había quedado en la tienda paterna. Por última vez, tenía que someterse a una prueba el Patriarca. Se oyó la voz de Dios: «¡Abraham!» Respondió: «Heme aquí.» Y Dios dijo: «Toma ahora a tu hijo, a tu único hijo Isaac, a quien amas, vete a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré.» (*Gén.*, XXI, 1.)

Lo mismo que en Ur, donde no había puesto la menor objeción a la orden de abandonarlo todo, Abraham no piensa en eludir la orden atroz. Enalbarda su burro, parte leña para el holocausto, llama a su hijo, y le lleva consigo.

Ese episodio, en muchos aspectos enigmático, es uno de los que mejor muestran el hilo que une las más antiguas tradiciones con el simbolismo cristiano. El hijo sobre el cual alzará el cuchillo la mano del padre, es la imagen de otra víctima. El paralelismo es más evidente aún si, como lo creen algunos,[1] la montaña de la región de Moriah es aquel monte donde, más tarde, Salomón construirá el templo: sólo un valle separaría en tal caso el lugar donde ardió la hoguera de Isaac con el punto donde fué clavada la cruz de Jesús.

Históricamente, el episodio queda situado en una perspectiva hoy bastante clara: la costumbre de sacrificar los primogénitos. Era una costumbre muy antigua y los habitantes de Canaán la practicaban indudablemente. En lo alto de Guezer, uno de los centros del culto cananeo, en torno a menhires prehistóricos, se han encontrado jarras con esqueletos de recién nacidos de menos de ocho días. Esa costumbre bárbara que, bajo otras formas, guardaron hasta una época más próxima a la nuestra los fenicios y los cartagineses, ¿era semítica o anterior? Se consideraba como el más eficaz de los ritos propiciatorios. Cuando se construía una casa, solía hacerse el horrible «sacrificio de los cimientos»; se han encontrado muchos esqueletos de criaturas pequeñas; en Megedo, el cuerpo de una joven de quince años yace en medio de las piedras sillares de un muro.

1 Otros creen que el Sinaí.

Qué pensamientos le asediaban al Patriarca cuando subía por la colina donde había de celebrarse el holocausto y cuando la tierna víctima le preguntaba con su inocencia: «Veo la leña y el fuego, mas ¿dónde está el cordero?» (*Gén.*, XXII, 8.) No era más que una prueba. El Ángel del Señor detiene el cuchillo cuando se va a hundir en la garganta de Isaac. «Habiendo alzado los ojos, Abraham vió un carnero enredado por los cuernos en una zarza. Lo cogió y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo.» La Arqueología, aclarando esa historia sublime — o tal vez planteando un enigma nuevo —, muestra entre los objetos encontrados en las tumbas de Ur, un carnero con los cuernos enredados en una zarza. ¿Antigua tradición sumeria? ¿Cambio en los conceptos religiosos, repulsa del holocausto humano? El detalle histórico es menos preciso que el sentido moral: la sumisión total del hombre predestinado a la voluntad del Altísimo.

EL FIN DE ABRAHAM

ABRAHAM había cumplido su misión. No le quedaba sino esperar la muerte, pero ésta llegó con lentitud, pues era conveniente que tan perfecto servidor de Dios viviese muy largos años. La tribu en un principio vivió primeramente en el Sur, en torno a los pozos de Bersabée, cuyo rey Abimelech, por un tratado solemne, había permitido su uso a los terahitas. Mas, entre tanto terreno de pastoreo, le atraía aquella región de monte bajo y pequeños robles donde se le aparecieron los tres caminantes divinos, en pleno día. La tribu subió de nuevo hacia el Hebrón y la vida del Patriarca terminó allí.

De aquellos largos años de vejez, nada cuenta la Biblia. Se sabe tan sólo que casó a su hijo según sus deseos y que murió su esposa. Se presentó entonces un problema. Aquellos nómadas eran extranjeros en Canaán; ¿dónde colocarían la última morada de Sara? En el país de Sumer, la familia tendría seguramente su panteón privado, semejante a los descubiertos por las excavaciones. Tal vez estuviera bajo el patio de la casa, o incluso bajo una de las habitaciones de la planta baja. Los muertos eran alineados, envueltos en una estera de junco, y a su alcance se colocaban las jarras llenas de víveres y un cubilete para beber. Ur estaba demasiado lejos, y, bajo la tienda móvil, ¿qué significación podía tener una tumba? Abraham adoptó, pues, la costumbre del país de Canaán: enterrar a los muertos en cuevas acondicionadas. Compró una de ellas a un reyezuelo hitita

asentado en el país y allí depositó el cadáver de Sara. Más tarde, cuando tenga ciento setenta y cinco años, el Patriarca descansará junto a su esposa. En esa cueva de Macpela, frente a Mambré, se alza hoy una de las más veneradas mezquitas del Islam. Fué el punto de reunión de los muertos terahitas, y si se abriese el sepulcro, tal vez encontrásemos los huesos del gran Patriarca junto a los de Isaac y junto a la momia de Jacob.

Antes de morir, Abraham había dispuesto que, de los numerosos hijos que había tenido, uno solo disfrutaría de las prerrogativas de heredero. Los hijos de las concubinas eran indemnizados; la ley sumeria así lo establecía. Aquel a quien Dios por dos veces había llamado a la vida. Investido de tal misión por esa elección, el pueblo privilegiado tenía en él un nuevo conductor. «Muerto Abraham, Dios bendijo a su hijo Isaac.» (*Gén.*, XXV, II.) La historia providencial proseguía.

II. — LA VIDA PATRIARCAL

TRES SIGLOS DE VIDA NÓMADA BAJO LA TIENDA

La muerte de Abraham no alteró en nada la vida de la tribu. Como en tiempos de su fundador, sus hijos, sus nietos y todos los descendientes, fueron nómadas durante tres siglos, desplazándose según las necesidades del pastoreo, viviendo bajo la tienda beduína. El hecho mismo de esa vida errante choca con nuestras costumbres occidentales modernas; excepto los gitanos, no conocemos tribus, como aquellas, sin raíces; no tener domicilio fijo, para nuestros viejos labradores, es un delito. El Oriente de las estepas no tiene esa idea de una vida fija por obligación. Nadie podía extrañarse de ver a los hijos de Abraham errar de Siquén a Gerar, de pozo en pozo en el Negeb. Además, la situación política de Palestina, durante esos tres siglos, explica aún mejor la gran libertad disfrutada por un pueblo de nómadas.

Por su situación, Canaán no podía sustraerse a la influencia de los dos grandes pueblos de la época: Egipto y los imperios mesopotámicos. Por el Sur o por el Norte, durante tres mil años — concretándonos a la historia — oleadas de conquistadores se sucederán, se opondrán, y en ocasiones se aniquilarán en este suelo. Ora campo de batalla, ora protectorado, por lo menos dos veces, este pequeño país encontró en el agotamiento y el equilibrio de sus poderosos vecinos, una libertad anárquica. Los siglos del Patriarcado coinciden precisamente con uno de aquellos paréntesis.

Hasta la época de Abraham, la dominación procedía del Este. De Sargón a Hammurabi, sería larga la lista de aquellos señores mesopotámicos de Canaán. La lengua babilónica y los escritos cuneiformes se usaban oficialmente en Palestina y Siria. Egipto, de vez en cuando, había intentado intervenir en estas regiones; en el siglo XXV,

el gran faraón Pepi I — contemporáneo de Gudea, el sumerio — había organizado una importante incursión. Mas a los egipcios les interesaba sobre todo la costa, y en particular, el gran puerto fenicio de Biblos que, a cambio de su papiro, les expedía madera y resina para los ataúdes de las momias: ya, hacia el año 2800, Micerino, el constructor de una de las grandes pirámides, enviaba presentes al dios semita de Biblos.

La tutela mesopotámica sobre Canaán cesó a la par que la vida de Abraham se extinguía. Mortalmente herido en el corazón por una incursión de aquellos hititas que bajaban del Anti-Tauro, el gran imperio de Hammurabi se derrumbó. Babilonia fué saqueada; sus dioses, llevados al cautiverio. Los reyezuelos de la región se sublevaron contra la capital. Y poco después, descendiendo del Zagros, los kasitas caían sobre el valle, apoderándose de Babilonia; reinaron durante siete siglos; eran semibárbaros que asimilaron poco a poco la vieja civilización; dueños no reconocidos, estaban siempre amenazados por los ataques de las gentes de la montaña.

Egipto no trató de aprovecharse de la ocasión para instalarse sólidamente en Palestina. Tuvo, sin embargo, al principio, soberanos eminentes, en los siglos XIX y XVIII, aquellos Amenhemet y Senusrit de la XII dinastía, cuyas hazañas fueron luego resumidas por los griegos en la leyenda heroica de Sesostris. Mas aquellos grandes reyes se ocupaban a la sazón en reconquistar la Nubia y llevar cuatrocientos kilómetros más allá, hasta la segunda catarata, la frontera del Estado. Se contentaron con poner un virrey en Biblos, vender mercancías a los cananeos, y nada más. Las dinastías que les sucedieron, confusas y desgarradas, conocidas por los números XIII y XIV, Neferhotep, con su cara de niña, y Nehasi, «cabeza de negro», son completamente incapaces de llevar a cabo una gran empresa política. Cuando aparezca la gran resaca de los hiksos, Egipto se verá desbordado.

En los tres siglos de los Patriarcas, Canaán no tuvo dueño. Y era tanto más fácil pasearse por aquellas tierras con los rebaños, puesto que nadie se extrañaba de ver un pueblo más en aquel suelo donde tantos se asentaban. Palestina era entonces un verdadero rompecabezas. Se mezclaban allí, con razas más civilizadas, los descendientes de los hombres de la Edad de la Piedra tallada, que habían sido numerosos en el período prehistórico: los hurrim, anakim, emim, zuzim, zamgummim, que cita la Biblia, y los refaim, cuyo nombre quiere decir «los muertos». Había descendientes de la vieja raza sumeria, acaso los perizzim, «gentes de los pueblos», que, a diferencia de las tribus nómadas de la comarca, eran cultivadores.

Existían sobre todo capas sucesivas de las expansiones semíticas que, en el transcurso de los siglos, habían barrido el país, desde los akkadios del tiempo de Sargón hasta los babilonios de Hammurabi. Clasificándolos superficialmente, encontramos a los cananeos, que parecen ser los más poderosos, y los amorreos, más o menos confinados hacia el Norte. Había también algunos hititas dispersos, como aquel a quien Abraham compró la gruta de Macpela, primeros elementos de una infiltración que aumentará. En la costa, la población estaba, si cabe, aun más mezclada: fenicios, próximos parientes de los cananeos, cretenses que venían a comprar trigo y tenían como una representación consular, y aquellos filisteos que llegarán a ser tan importantes y que por el momento no eran más que los proveedores egeos de las futuras oleadas arias. Por fin, en el interior, otros pueblos con los cuales los descendientes de Abraham se consideraban emparentados, edomitas, moabitas, amonitas, errantes como ellos, pero que habitualmente recorrían comarcas situadas más en las lindes del desierto.

El poder — si es lícito emplear el vocablo para aquellos reyezuelos — debía pertenecer a los pequeños soberanos comarcales, cuya autoridad estaba reducida a la ciudad y a unas cuantas hectáreas de terreno. Las urbes estaban bien protegidas; con murallas anchas, precedidas de una explanada, y el trazado múltiple de sus murallas demuestra ya un concepto muy avanzado del arte militar. Resguardadas tras esas murallas, las casas se apiñaban sin orden, bastante semejantes a las de los sumerios, pero eran más pobres, tenían tejados en forma de azotea o cúpulas a modo de colmena, con un hueco para la ventilación. Fuera de estos poblados, los nómadas disfrutan de toda la libertad deseada, a condición de no arrasar las tierras y no asaltar las caravanas, para apacentar sus ganados. Así vivieron durante tres siglos los descendientes del viejo Terah.[1]

1 Para situar en el tiempo la historia de Abraham, hemos adoptado la cronología tradicional, la preferida por Mons. Ricciotti. Algunos historiadores, siguiendo los estudios de la arqueología, se inclinan a admitir que la gran oleada aramea, de la cual los hebreos forman una fracción, no cayó sobre Palestina hasta 1700, y que es contemporánea a la invasión de los hiksos en Egipto.

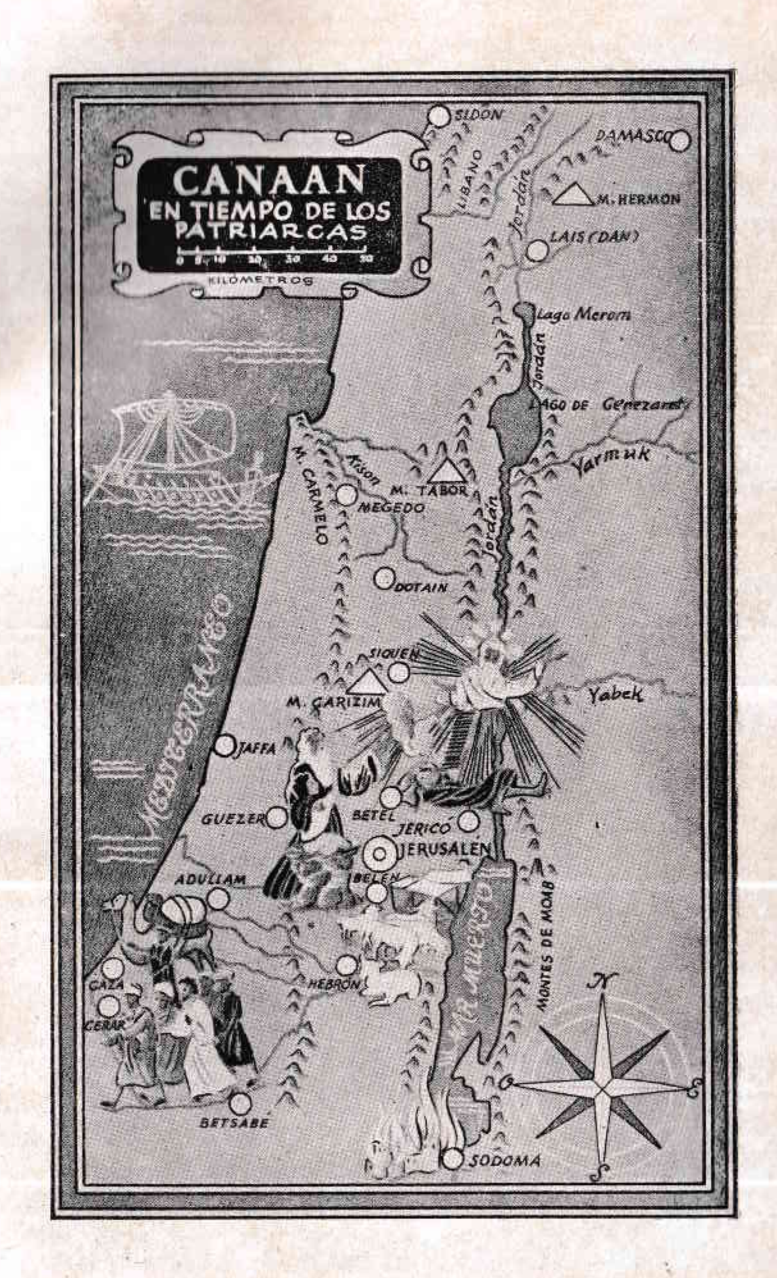
UNA ARISTOCRACIA ALTIVA

QUIEN haya encontrado en Oriente, sea en los parajes saharianos o en las estepas sirias, una de esas tribus que acampan aún bajo la gran tienda, habrá observado la altivez, la arrogancia tranquila y despectiva que los nómadas muestran hacia las gentes sedentarias. Leyendo el relato bíblico, se nota que aquellos hombres de la tribu de los Patriarcas tenían esta reserva. Con respecto a los del país, no manifestaban las intenciones sistemáticamente agresivas y conquistadoras que demostrarán algunos siglos después, cuando regresan con Moisés de Egipto; además, no eran lo bastante fuertes para tener probabilidades de vencer. Se mantienen visiblemente al margen. Sostienen relaciones corteses con los príncipes de los territorios donde acampan, y tratos comerciales con sus habitantes. Son como «extranjeros», dice Moisés (*Éxodo*, VI, 5).

No es ciertamente una casualidad el hecho de que, en sus tradiciones, contaban que Noé había maldecido a Cam, hijo irrespetuoso, antepasado de Canaán. «¡Maldito sea Canaán! Será para sus hermanos el criado de los criados.» (*Gén.*, IX, 25). Hoy, aún los nómadas de las tiendas consideran a los habitantes de las ciudades como tenderos y criados.

Incluso con aquellas tribus que llevaban semejante vida sin ser del todo de la misma sangre, no se mordían la lengua. Es curioso ver cómo el texto bíblico no pierde ocasión de contar alguna historia poco honorable sobre las demás tribus. Los moabitas y los edomitas son descendientes de Abraham, no lo niegan, pero su origen no es muy limpio; proceden de un doble incesto cometido por Lot con sus hijas, en una noche de embriaguez.

Ese particularismo aisla, pues, a los hombres de la tribu en medio de las poblaciones. Tienen sentimientos muy precisos de su superioridad y origen. Están orgullosos de ser los depositarios de la promesa. ¿Cuál es su nombre? Abraham es designado con la denominación de «hebreo» (*Gén.*, XIV, 13), lo que puede significar muy bien «hijo de Heber», un descendiente de Noé, antepasado de los Patriarcas, como también, más corrientemente, «errante, nómada», que equivale a la palabra árabe de «beduíno». Parece demasiado amplio ese vocablo para designar la tribu de los terahitas; más tarde, el texto bíblico diferencia «hebreos» de «israelitas», siendo éstos una





EL SACRIFICIO DE ABRAHAM

Según el manuscrito bizantino de Cosmas Indicopleustes, siglo VI de nuestra era. (Biblioteca Vaticana)

parte de aquéllos. El calificativo de Israel aparecerá en la historia de Jacob, sin duda cuando el grupo alcanza una conciencia más perfecta de sí mismo.

Los terahitas se presentan, en el sentido propio de la palabra, como una aristocracia, una de esas minorías privilegiadas que desempeñan una misión en el mundo mucho más importante de lo que podía suponerse por su fuerza numérica. Se conocen casos análogos en la Historia antigua de minorías eficaces: lo encontraremos en los hiksos e hititas; es proverbial el de Esparta.

Al contrario de lo que se observa tan frecuentemente, la fuerza no explica que la historia futura de los semitas de Canaán acabe por confundirse con la historia de la reducida tribu; la preponderancia de éstos es espiritual; tiene su origen en la certeza de una misión. Lo que contaba para ellos, era su filiación directa, legítima, que los unía a Abraham, el Inspirado directamente por Dios, el jefe de la tribu.

ISAAC, REBECA Y SU HIJO

Antes de morir, el gran Patriarca había tomado sus precauciones para que la pureza de la raza no se alterase. Había que evitar que el joven Isaac se dejase seducir por alguna mujer de aquellas razas mixtas de Canaán; por eso Abraham le había casado. El más antiguo de los criados recibió orden de ir al país de los abuelos, al Aram Paddano, donde una parte de la familia había permanecido. Precisamente se acababan de tener noticias recientes de Nahor, de un hermano de Abraham, cuya prole era numerosa. El criado buscaría allí novia para su joven amo.

Escena llena de encanto, de una precisión tan evocadora, que Poussin ha interpretado con tanta delicadeza. El criado llega a la ciudad de Nahor. Sus camellos doblan la rodilla cerca del pozo. Una muchacha se acerca, con el cántaro sobre el hombro; es hermosa y de porte modesto. El mensajero le pide agua; ella se apresura, «bajó su cántaro con la mano, y le dió de beber», y cuando acaba, se ocupa de los camellos y corre al pozo para subirles agua. El anillo de oro, los pesados brazaletes para los esponsales, ¿para quién mejor que para esta virgen exquisita? ¡Designio de Dios! Es Rebeca, nieta de Nahor.

La personalidad de Isaac es la menos clara de todas en la galería de los Patriarcas; incluso es completamente borrosa, pálida imagen

de su padre. Los únicos acontecimientos importantes que le conciernen parecen sacados de la biografía de Abraham. Rebeca, como Sara, es estéril y sólo cuando su marido tiene sesenta años le da hijos. Y Abimelech, tomando a Rebeca por «hermana» de Isaac, la rapta lo mismo que hizo con su suegra para su harén, pero se apresura a devolvérsela en cuanto descubre su verdadera condición.

Sin embargo, dos hechos importantes aparecen en este relato. El primero indica un cambio profundo en la vida económica de los terahitas. «Isaac sembró y recogió el céntuplo» (*Gén.*, XXVI, 12). Por primera vez, los nómadas dedican cierta actividad a la agricultura: preludio de la estabilización futura en que su vida había de desenvolverse.

Y el segundo, es la conocida rivalidad entre los hijos de Isaac, que anuncia nada menos que la supremacía sobre los demás de una parte de la tribu — la que ha sabido conservar la pureza de la raza y que será la depositaria de los dones divinos. Cuando Rebeca concibió, llevó en su vientre dos gemelos y las «criaturas se combatían ya en su seno». Era la señal, según le indicó Dios, de que dos razas enemigas saldrían de ellos: «Un pueblo vencería al otro y el mayor serviría al menor.» El primero que vió la luz era «edom», es decir, pelirrojo y muy velludo; le llamaron Esaú. El segundo fué más hermoso, y su madre le demostró una inclinación notable. Le dieron un nombre lleno de promesas, un nombre de doble sentido; como había salido agarrado al calcañar de su hermano, le llamaron Jacob «coge el talón»; coger el talón a alguien es tirarlo patas arriba, suplantarlo. Rebeca designaba así al que, según la profecía, había de vencer: Jacob, «el usurpador».

El hecho quedó plenamente confirmado por la Historia. De mayor, Esaú se instaló en una región «poblada», «vellosa» como él, con árboles — y aun hoy, en aquellos lugares, se habla del «Jebel Cheir», «montaña vellosa» —. Es la región conocida por el sobrenombre de «Edom», país rojizo; es la Idumea, amada de los poetas. Vivió como un cazador y, sin duda, poco más o menos como un salteador; en aquellas estepas del Sur, eran frecuentes las incursiones. Si su posteridad fué numerosa, ¿qué importancia histórica tuvo su pueblo? Ha desempeñado un papel borroso; en cambio de Jacob saldrán los sacerdotes del pueblo elegido. «El usurpador» suplantó al primogénito.

No olvidemos que Esaú era el mayor y las prerrogativas espirituales y materiales que llevaba consigo dicha categoría, eran tan importantes que, en el caso de mellizos, la partera le ataba al que

nacía primero, un hilo rojo alrededor del brazo. Por eso Jacob se las compuso para arrebatar a su hermano el derecho de primogenitura. No era un hombre, como su hermano, que «viviera de la espada»; era apacible, apacentaba sus rebaños y, en torno a sus tiendas, plantaba legumbres y sembraba trigo. Los medios de que se sirve para apoderarse de la primogenitura nos llevan, sin duda, a admirar más su artera inteligencia que sus virtudes de caridad y franqueza. Un día, Esaú regresaba de la caza, e imploró a su hermano que le cediera su apetitoso plato de lentejas. Jacob se aprovecha descaradamente de tal situación y niega la comida al desgraciado cazador hambriento, que es su hermano, a no ser que éste le ceda su derecho a la herencia. A este derecho jurídico añade la cualidad sagrada, haciéndose bendecir, arteramente, por su padre ciego; Rebeca, parcial más que de costumbre, cubre las manos de su preferido con una piel de cabrito, para que así semeje la pelambre del primogénito, y contribuye de este modo a arrancar engañosamente la bendición paterna.

La anécdota, en sí, no es muy moral, tiene esa sal de Ulises que tanto apreciaban los helenos, y muestra que entre aquellos nómadas se estimaba mucho que la inteligencia sutil triunfase de la fuerza bruta. Pero tiene además un sentido más profundo. ¿Cuál es la razón de esta predilección hacia un hijo sobre otro, hacia una posteridad sobre la otra? No lo dudemos: la explicación la encontramos en esos versículos donde la Biblia cuenta que Esaú se había casado con mujeres hititas y cananeas, desobedeciendo por tanto la ley fundamental de la tribu, e introduciendo sangre extranjera en la propia raza.

Aquellas alianzas «fueron amargura de espíritu para Isaac y Rebeca». Jacob, por el contrario, conservará la descendencia intacta. (*Génesis*, XXVI, 34-35.)

JACOB LUCHA CON DIOS

VEMOS que eso es lo esencial, cuando decide escoger esposa en la raza pura, y Dios confirma brillantemente que Jacob es el depositario de la promesa. Rebeca había declarado enérgicamente que estaba «hastiada de la vida, a causa de las hijas hititas» (*Gén.*, XXVII, 46); pensemos en la cólera de una judía creyente cuyo hijo quiere casarse con una cristiana. Jacob, dócil, marcha al Aram Paddano.

En el camino, una noche en que se halla dormido sobre el suelo, con la cabeza reclinada sobre una piedra, tiene un sueño. Ve una escala que desciende del cielo a la tierra; en lo alto está Dios. Y Dios le habla, confirma las promesas hechas al abuelo e incluso las precisa. Su posteridad será abundante «como el polvo de la tierra»; suya será toda aquella región, y más aún, donde se encuentren sus descendientes, una protección especial descenderá sobre ellos. Cuando despierta, el caminante está aún bajo la presencia divina; siguiendo una costumbre muy antigua en el país, levanta una piedra conmemorando el acontecimiento, un «menhir», decimos nosotros; una «massebah», según el vocablo hebreo. Aquel lugar será sagrado y se llamará Betel, la casa del Señor. Y Jacob jura que si Dios le protege en su viaje, le será perennemente fiel (*Génesis*, XXVIII, 11).

En el país de Harrán vivía Labán, su tío materno. Tenía dos hijas, Lia y Raquel; la segunda era hermosa y, en cuanto la vió en el pozo, dando agua a sus ovejas, Jacob la amó; Lia tenía ojos lagañosos. Cuando el muchacho quiso desposarse con Raquel, Labán le impuso que tomase antes a Lia; era un padre sagaz. Incluso exigió al pretendiente que trabajase gratis para él. Veinte años se quedó Jacob con Labán. Con sus dos mujeres y con dos de sus sirvientas tuvo numerosos hijos; le nacieron once hijos que formarán el origen de las tribus de Israel, y otra más, la de Benjamín, el último. Si Labán había sido astuto, más lo fué Jacob; por diversos medios en los que la habilidad priva sobre la honradez, el pastor de ganado se las arregló para aumentar su propio rebaño. Hay, sobre todo, una escena graciosa en la que Jacob logra que le prometan por salario las reses rayadas y manchadas, de menor valor, y luego se las compone, empleando un ardid inédito, para que sean muchas las que tengan rayas y manchas.

Llegó a tanto la tirantez entre Jacob y su suegro que aquél decidió huir. Mujeres, concubinas, hijos, ganados, toda la caravana se puso en marcha una noche. Labán tuvo noticia de ello al día siguiente y constató, al mismo tiempo, que sus *teraphim*, los ídolos domésticos que guardaba cuidadosamente siguiendo la antigua costumbre del Sinear, habían desaparecido. Se lanzó en pos de los fugitivos, dispuesto a exigir una explicación. En verdad, no pasó nada. Los dos hombres se reconciliaron; pero los *teraphim* no aparecieron; Raquel los había escondido en la albarda de un camello y se había sentado encima. Y Jacob reanudó su camino hacia el Sur, hacia el país de Canaán.

Entonces ocurre algo grandioso que transforma a Jacob y da al pueblo elegido su nombre. Aquel hombre que regresa a la tierra na-

tal después de veinte años de ausencia, siente cada vez mayor angustia. ¿Qué va a encontrar? ¿Consentirá el hermano antaño suplantado en dejarle ocupar de nuevo su sitio en el campamento, con sus ricos rebaños traídos del Aram Paddano?

Le señalan que avanza con cuatrocientos de los suyos. ¿Piensa atacar este temible salteador? Jacob le envía regalos magníficos. ¿Bastarán para apaciguarlo? Jacob prosigue su camino cada vez más precavido. Pasa de noche el vado del Yaboc; el encuentro es inminente.

Mas en la vida de los hombres hay horas en que la tensión de los acontecimientos corresponde misteriosamente con la de su alma. Para Jacob no se trata sólo de salvar sus bienes. La angustia que le ahoga tiene un sentido. ¿Qué ha ido a hacer al Aram Paddano? ¿Debía permanecer veinte años en tierra extranjera? Heredero de la promesa, ¿por qué regresa tan tarde al país? ¿Le será Dios fiel? ¿Es aún digno de él, simple emigrado que regresa? En las últimas horas de la noche, hasta la aurora, a solas libra consigo mismo ese espiritual combate, «tan brutal como la batalla de los hombres» — dice un poeta —, esa lucha cuerpo a cuerpo con las fuerzas del destino inmortalizadas por el famoso pintor francés Delacroix.

Cuando despunta el alba, Jacob comprende que ha evitado el peligro. El combate le ha dejado exhausto, con la cadera dolorida. Mas ha obtenido, exigido incluso, que la Fuerza invisible le bendiga, confirmándole así en su misión, y el adversario le ha dicho: «Nadie pronunciará más tu nombre de Jacob, sino el de Israel: porque has peleado con Dios y con los hombres, y has vencido.» (*Gén.*, XXXII, 24-32.)

Por eso, Israel, sucesor del luchador nocturno, peleará en la noche para salvaguardar sus certezas. Y someterá a Dios.

ISRAEL Y LA VIDA PATRIARCAL

AQUELLAS batallas espirituales fueron otros tantos nacimientos nuevos. Todo lo que en Jacob era demasiado humano — turbación, apego a las riquezas, ímpetu de las pasiones y defectos de carácter — diríase que el soplo divino lo barrió para siempre. Desde entonces sigue las huellas de su padre, se convierte en un Patriarca, como Isaac, como Abraham, y la conciencia de su misión se manifiesta en cada uno de sus actos.

La primera prueba que Dios le concede es el éxito en su encuentro con Esaú. Los hermanos se reconcilian y la tribu de Jacob emprende de nuevo su vida tradicional, la que llevaron los terahitas durante dos generaciones. Primero clava sus tiendas en la llanura de Siquén, pero un incidente brutal con los habitantes de la ciudad le obliga a marchar de allí. El hijo del rey local viola a una de las hijas de Jacob, Dina; propone tomarla por esposa, pero los hermanos de la virgen mancillada no quieren avenirse a razones; esa boda incluso sería una deshonra, una vergüenza para la raza. Se adueñan por medio de artificio de la ciudad y llevan a cabo una matanza terrible. La tribu ha de levantar el campamento.

En Betel, y luego por los cerros del Sur, Israel hace vida nómada. Allí mismo donde con los años ha de alzarse Belén, Raquel da a luz al último hijo, el fundador de la duodécima tribu. Mas ese nacimiento ha de costarle la vida; lo nota, y llama de antemano a la criatura Ben-oni, «el hijo de mi dolor». ¡Nombre de mala suerte! Jacob lo cambiará por el de Benjamín, «el hijo de la diestra», nombre venturoso. Luego la tribu regresa a Hebrón, al encinar de Mambré; allí seguía aún el viejo Isaac, que no esperaba más que ese regreso para morirse.

Betel y Mambré son los dos lugares de la promesa, visitados por el espíritu. La vida del Patriarca, de ahora en adelante, está marcada por estos dos sitios. En torno a ellos se desarrollará la historia de la tribu.

En Betel, donde hizo su voto de fidelidad, logra una conversión religiosa entre los suyos; de la estancia en Harrán, varios miembros de la tribu habían traído consigo costumbres mesopotámicas, el culto de los *teraphim,* el llevar amuletos en las orejas. Había que purificarse. Entierra Jacob los objetos idólatras debajo de una encina y levanta, al Dios único, el altar del agradecimiento. En Mambré, Jacob encuentra a su viejo padre, y cuando muere, cargado de días, a los ciento ochenta años, después de enterrarlo en la gruta familiar de Macpela no le queda ya a «Israel» sino gozar de su lenta vejez en aquella existencia tan regular, tan apacible, que el vocablo patriarcal evoca, como símbolo de tranquilidad majestuosa.

Aquel régimen de vida del originario nomadismo atormentará la memoria de Israel, cuando ese pueblo llegue a ser una gran nación. El libro de Job, para dar un ejemplo de la perfección, tomará de él sus imágenes. Les parecerá a aquellos hombres convertidos en sedentarios y labradores que eran más puros en aquellos tiempos de vida errante y pastoreo, tal vez porque estonces estaban menos ligados a los bienes terrenales y tenían una libertad total. No hay que considerar tal vida desde el punto de vista que tenemos los acostumbrados a la civilización de las ciudades. Por muy alejados que estén de nuestras ideas modernas de la comodidad, pudieron tener un lujo indiscutible y grandes atractivos. Aun hoy, en el desierto de Siria, las tiendas de los jefes, esas tiendas de seis estacas, separadas en el centro por una cortina que aisla el gineceo, son tan majestuosas como prácticas. El suelo cubierto de alfombras forma un piso blando, y sobre el hoyo y las tres piedras que serán el único resto del campamento cuando la caravana haya emprendido de nuevo su marcha, guisan suculentos manjares.

Así es uno libre. Para instalar o levantar el campamento sólo se necesitan unos cuartos de hora. Se llevan consigo los bienes, ninguna finca, toda la propiedad consiste en cabezas de ganado que caminan: cabras y corderos. Para las cargas, el asno, pero no el borriquillo de Argelia, sino un asno grande, poco más bajo que una mula, de color gris plateado y de fuerza extraordinaria. El camello es un lujo. De los rebaños, se saca casi todo; el cultivo alrededor de las tiendas no es más que una propina. Pocas veces comen carne — matar una res, es destruir un capital —; se alimentan de leche, mantequilla y frutas. Y la tela para los trajes se hace con el pelo trenzado de las cabras, que sirven también para la tela de las tiendas.

Frente a los grandes reinos centralizados y burocráticos, los nómadas de Israel tendrán siempre la misma actitud que observamos en los terahitas de Ur; a veces se sienten atraídos como por un pecado, pero en general los aborrecen. Pensar que puedan contar a los hombres, hacer un censo, les parece un atentado contra la persona y su dignidad. No quieren servir a un dueño. El jefe es el padre; la autoridad que procede de la sangre y de la experiencia se confunde con la autoridad política, y una y otra son impuestas con mucho tacto. Ese sentimiento que desaparecerá tan de prisa en las gentes de las ciudades, en los habitantes de los estados demasiado organizados, el sentimiento de la ayuda y responsabilidad mutua, es muy fuerte en la familia patriarcal. Los hermanos de Dina vengan el honor de la tribu sin admitir excusas. En medio de todas las violencias y disputas — la poligamia divide la familia en elementos a menudo rivales —, existe un ideal de comunidad; Israel lo recordará con nostalgia. Podemos decir, como Renan, que más que la tribu, la familia patriarcal fué «una escuela de orgullo, respeto y sacrificio recíproco». Imagen embellecida por la tradición; pero imagen muy significativa, tanto como un modelo o un recuerdo nostálgico.

LA HISTORIA DE JOSÉ

UNO de los incidentes de la vida nómada es el origen de la historia de José, una de las más hermosas, literariamente, de toda la Biblia; compuesta como una novela, pero con tanta fuerza en la descripción de los personajes y de las escenas, que es sin duda alguna un documento histórico (*Gén.*, XXXVII a L). Para aquellos nómadas, el problema primordial es apacentar y abrevar los rebaños: Si se acaba la hierba, hay que buscar rápidamente otros pastos; si las fuentes se secan, surge el drama. Entonces se acude a los grandes remedios: emigración hacia lejanas tierras fértiles, acaso supresión de bocas inútiles.

José era el hijo predilecto de Jacob, nacido de Raquel, la esposa adorada. Los demás tenían envidia de él por esa predilección. Y el muchacho, es preciso confesarlo, daba motivo a la susceptibilidad fraterna. ¿No solía contar sueños que había tenido y en los que desempeñaba siempre el mejor papel? Cierta vez soñó que había un haz derecho en medio del campo y los demás lo saludaban inclinándose con respeto; en otro sueño se vió en el cielo, y el Sol, la Luna y once estrellas se prosternaban ante él. Y el viejo Jacob, a pesar de regañar al adolescente por sus cuentos, conociendo el misterio de los divinos designios, meditaba sobre todo aquello en su corazón.

Un día que los hermanos mayores apacentaban los rebaños en las cercanías de Siquén, Jacob mandó a José por noticias; los pozos se habían secado. José alcanzó a sus hermanos en Dothán, más al Norte. El lugar era agreste y los hijos de Jacob no eran muy sentimentales. «¡Aquí está el soñador!», dijo uno de ellos. Y propuso darle su merecido. Rubén, el primogénito, intercedió. No es que fuera más sentimental que los demás: un poco antes había provocado un escándalo en el campamento seduciendo a una de las concubinas de su padre; pero acaso, precisamente por ello, no quería cargar su conciencia con un nuevo crimen. Aconsejó, pues, a los demás que se contentasen con arrojarlo a un pozo seco; gastarle una broma pesada. Mas durante una de sus ausencias, pasa una caravana de árabes; los hermanos sacan al desgraciado de su mazmorra, lo venden a los ismaelitas y, para explicar al viejo Jacob la desaparición de su hijo querido, le envían la ropa del muchacho teñida de sangre, como si una fiera lo hubiese atacado y devorado.

Los ismaelitas iban a Egipto, con sus camellos cargados de especias y aromas. Se llevaron a José y lo vendieron a Putifar, oficial del palacio real. Mas Jehová fué con José y «todo lo que él hacía, Jehová lo hacía prosperar en su mano» y su amo le nombró mayordomo y no se arrepintió. Pero José era hermoso y la esposa de Putifar se fijó demasiado en ello. A las proposiciones deshonestas que ella le hace, contesta el joven hebreo con palabras llenas de dignidad; no traicionará la confianza depositada en él por su dueño; no pecará contra Dios. Castidad tanto más admirable si se considera lo poco corriente que era entre aquellos pueblos de Oriente de ardiente temperamento. Por aquel tiempo — la Biblia lo narra sin recato — uno de sus hermanos, Judá, acudía a las prostitutas sagradas que se ofrecían en los arrabales de las ciudades cananeas.

Las mujeres perdonan difícilmente tales desprecios. Enfurecida, la esposa acusa a José: «¡Me ha querido deshonrar!», grita. Él huye, pero olvida su capa, de la que ella se sirve como pieza de convicción. Putifar puso al servidor infiel en la prisión real. José conserva su calma y sus virtudes en la desgracia. El jefe de la prisión se ocupa de él. Habiendo sido encarcelados por conspiración dos ministros del faraón, les ponen como criado al joven hebreo. Una mañana, los dos hombres están tristes. «¿Por qué tenéis hoy mal semblante?», les preguntó José. «Hemos tenido un sueño y no hay quien lo explique», respondieron. El interpretar sueños es frecuente en los grandes inspirados; José les predijo lo que les esperaba a cada uno: al copero mayor le perdonaría el faraón, pero al jefe de los panaderos le mandaría ahorcar. Y así sucedió.

Cuando dos años después el faraón tuvo una horrible pesadilla, el copero se acordó del joven hebreo que yacía aún en la cárcel. Lo soñado por el rey era penoso y ciertamente premonitorio. Siete vacas gordas pacían en verdes prados cuando otras siete, de feo aspecto y enjutas de carne, surgían del Nilo y devoraban a las vacas gordas. Siete espigas crecían, hermosas y llenas, y junto a ellas otras siete, menudas y abrasadas por la sequía, y el cereal malo hacía perecer al hermoso. Todos los adivinos de Egipto, horrorizados acaso al tener que predecir al faraón terribles calamidades, se negaron a decírselo. José, con la audacia de la juventud, corre su suerte. La significación del sueño está clara: después de siete años de abundancia seguirán siete años de hambre terrible. Y la realización está próxima, puesto que Dios lo ha anunciado dos veces. Sólo existe un medio para remediar el hambre: hacer reservas. El adivino, muy hábil, insinúa que

se debería nombrar un intendente, con plenos poderes, algo así como un moderno dictador de abastos.

Es el comienzo de una carrera maravillosa. La monarquía absoluta puede hacer tales cambios; el prisionero se convierte en visir y, vestido de ropas de finísimo lino, con un collar de oro al cuello y el anillo real en el dedo, marcha a inspeccionar las reservas. Tiene treinta años. Todo se realiza según lo predicho. Durante siete años, hay gran abundancia y el ministro guarda parte de las cosechas para tener reservas. Las vacas flacas pueden llegar: los silos reales rebosan del trigo de la previsión. José ha triunfado. Es feliz, rico, célebre; el rey le ha casado con una muchacha noble que le ha dado dos hijos: Efraim, «la fecundidad», y Manasés, «el que hace olvidar». Mas, ¿ha olvidado completamente?

Del Este llegan, como siempre que hay hambre, nómadas hambrientos. Entre ellos una comisión de diez hombres que piden víveres para una tribu de Canaán. Se llena de orgullo el corazón de José; sus sueños eran ciertos; prosternados ante él como los haces y las estrellas de sus sueños, ve a sus hermanos, mas ellos no le reconocen. José no se descubre. Les dará trigo porque teme a Dios. Mas para estar seguro de que no se trata de esos espías que abundan en esas peligrosas fronteras del Noreste, guardará consigo a uno de ellos como rehén. Cuando regresen, traerán al menor, Benjamín, y entonces les devolverá a Simeón. Los nómadas marchan inquietos y tanto más lo están cuando al abrir los sacos de trigo encuentran las bolsas que habían dejado en pago al visir.

¿Qué hacer? ¿Regresar a Egipto con Benjamín, aquel niño que es el favorito, el consuelo de Jacob? ¿Dejar cautivo a Simeón? Además, el hambre prosigue. Los hijos del Patriarca marchan de nuevo, llevando consigo a la criatura. En su tormento no pueden alejar el recuerdo de aquel a quien vendieron. En presencia del «hijo de su madre», de su pequeño hermano que apenas conoce, José se emociona, no puede retener sus lágrimas y se oculta para llorar. La acogida debiera haber hecho sospechar a los hijos de Jacob; éstos comen en presencia suya, y él rechaza el dinero del primer lote de víveres y los envía de nuevo colmados de víveres y regalos. Mas antes de perdonar y darse a conocer, quiere imponerles una prueba. Bajo inculpación de robo, manda detener a Benjamín. Los hermanos, criminales de antaño, que han salido fiadores del hermano menor ante el Patriarca, se ven castigados ahora con la misma pena que cometieron. El desenlace se aproxima. Judá defiende la causa de todos ante el temible ministro. Habla del viejo padre que ha quedado en su tierra

y el cual no soportará la desaparición de su último hijo. Se ofrece como rehén, como esclavo. ¡Ya es bastante! Entonces, José no pudo contenerse. Ordena: «¡Que salgan todos los demás de mi presencia!» Y dice a sus hermanos: «Soy José, el que vendisteis. Ahora pues, no os entristezcáis. Para salvar vuestras vidas me envió Dios ante vosotros.» Echóse al cuello de Benjamín y lloró, y Benjamín lloró sobre su cuello. Y besó a todos sus hermanos y abrazado a ellos lloró. Escena conmovedora, de un realismo humano patente. ¡Ahora, aprisa! ¡Que vayan a buscar al viejo padre! ¡que le lleven diez asnos y diez asnas cargados con los mejores productos de Egipto, y que le traigan al país donde su hijo es todopoderoso, a la rica tierra de los faraones!

EGIPTO Y LOS HIKSOS

Tal es la trama del relato. Mas la historia de Egipto ¿permite admitirlo? Los detalles tomados por el relato bíblico de la civilización del Nilo ¿son confirmados por la egiptología? El espíritu más crítico ha de responder afirmativamente. Los descubrimientos arqueológicos lo demuestran.

A la aventura egipcia de José se le puede fijar fecha con cierta exactitud; hemos de situarla verosímilmente en el siglo XVII antes de nuestra era; las fechas propuestas oscilan entre 1740 y 1630. En esta época, la región del Nilo conocía sucesos de los que se conservan abundantes pruebas y numerosos restos, tanto en la cronología de los faraones como en los hallazgos efectuados en las excavaciones arqueológicas.

La incapacidad y debilidad de las dinastías XIII y XIV tuvieron consecuencias dramáticas para Egipto. Atacados en el istmo de Suez, los débiles faraones de aquellas dinastías, a pesar de haberse instalado en el Delta para vigilar la frontera, se vieron anegados por la enorme riada asiática. Aquella invasión fué llamada por Manetón — historiador egipcio del siglo III antes de nuestra era — época de los hiksos, vocablo que significa sin duda «reyes pastores» o «jefes del desierto». Aquellos intrusos victoriosos inundaron todo el Bajo Egipto formando seguramente dos dinastías en las listas reales.

¿Quiénes eran? Nadie está muy seguro de su origen. ¿Semitas? El historiador judío Josefo, dieciocho siglos después, hablará de ellos llamándolos «nuestros antepasados», y añade «a menos que hayan sido árabes, como afirman algunos». Los nombres de varios de sus

jefes, Jacobel, Anatel, Hiyan, confirman la hipótesis de una raza semítica. Pero frente a sus estatuas, con sus rostros anchos y redondos, sus narices chatas, sus pómulos salientes, se duda en identificarlos con los elegantes árabes o los israelitas de fino y delgado perfil. Más probable es considerarlos como un conglomerado de tribus, donde se mezclaban todos los elementos del crisol mesopotámico y de otros pueblos, llegados de las montañas. Los hiksos formaron seguramente una aristocracia guerrera llevando a la conquista todo un lote de gentes ávidas, bribones del desierto y de la montaña, atraídos por el suntuoso Egipto.

La fecha de la puesta en marcha de aquella oleada — hacia 1800 antes de Jesucristo — corresponde a otros graves sucesos que hemos señalado ya: incursión hitita en Babilonia, conquista kasita. Es muy probable que aquella migración fuese la consecuencia — una de las consecuencias — de la conmoción de las masas arias en Asia Menor. Mientras que los mitanos, montañeses, mezclados con los arios, instalan su imperio en el Alto Tigris, y los hititas, más al Oeste, ponen el pie y emprenden su expansión, de los antiguos reinos fraccionados, salen hombres llenos de espíritu aventurero. No forman un pueblo, sino una banda, como en el Renacimiento, o durante la guerra de los Treinta Años; los hiksos son los *condottieri,* los Colleone o los Wallenstein.

Su victoria tuvo ese carácter fulminante de las guerras en que existe una aplastante diferencia de armamentos entre los adversarios. Los hiksos no sólo tenían caballos acostumbrados al combate, cosa que desconocían los egipcios, sino armas de bronce incomparablemente superiores a las de los habitantes del país del Nilo. Contra un soldado cubierto por una coraza de escamas, cuya mano aprieta una cimitarra muy cortante, y aún más, montado a veces sobre un carro blindado de metal, ¿qué puede un pobre infante casi desnudo, que no tiene más armas que una lanza y un arco? La invasión fué tan brutal, que Egipto conservó el terror de lo asiático incluso mucho después de haberlos expulsado.

¿Eran bárbaros, sin embargo? Así se ha creído hasta nuestros días. Hoy se rectifica esta opinión. Descubrimientos hechos especialmente en Jericó, muestran, en tiempos de su dominación, un arte auténtico, de violento naturalismo, que nos invita a pensar en una última época más que en un estado de barbarie. Maspero ya se había preguntado si el admirable renacer que refleja el segundo arte tebano — el de la época de Tutankamón, por ejemplo —, con sus sutiles influencias asiáticas y europeas, no se debe a la levadura extranjera

depositada y amasada, en la vieja masa egipcia, por el terrible puño de los «reyes pastores».

En los tiempos de Jacob, los hiksos reinaban indiscutiblemente sobre Egipto; y no sólo sobre él, sino sobre Canaán.[1] Un hikso, llamado Hiyan, había fundado incluso un imperio efímero que llegaba al Tigris. Se han encontrao, en Palestina, numerosos sellos grabados con nombres hiksos, y se puede leer en uno de ellos: el «dueño de los países». El desplazamiento de la pequeña tribu de Israel y su fijación en Egipto, han de situarse dentro de la amplia oleada de una gran migración. Avaris era la capital de los «reyes pastores»; para los nómadas, llegados por el istmo de Suez, estaba muy cerca. Y aquel faraón asiático, aquel invasor, extranjero en el país que gobernaba — tal vez Apopi, representado en un mango de puñal blandiendo una cimitarra impresionante —, no es extraño que se sintiera inducido a tomar, como hombre de confianza, a un asiático como él.

UN DISRAELI FARAÓNICO[2]

Ya no es posible hoy poner en duda la variedad de los detalles egipcios que colman la historia de José. Cuanto más ensancha su campo la egiptología con nuevos descubrimientos, tanto más exactos se nos aparecen los hechos e instituciones dentro de los cuales se desarrolla la Aventura. ¿Encontraremos, algún día, en un papiro, en la región del Nilo, el relato de aquella extraña ascensión al poder supremo de un visir extranjero? Se ha desenterrado el sarcófago de otro semita, un árabe acaso, que gobernó bajo un faraón hikso.

Los nombres citados en el texto bíblico han sido clasificados como egipcios. Zaphnath-Paaneah, sobrenombre dado a José por el faraón, significaría: «Dios ha hablado»; su mujer se llama Asenath, es decir, «perteneciente a la diosa Nath», diosa adorada en el Delta; en cuanto a Putifar, es, apenas deformado, el nombre egipcio «Pa-di-pa-Ra», el «ofrecido al dios Ra», al gran dios, protector del Nilo.

Mas generalmente, es el mismo tema fundamental de esta historia el que se une a lo que sabemos de Egipto, del Egipto de ayer y de

1 En la misma época, el Imperio hitita sufrió un eclipse completamente análogo al de Egipto. Los documentos se interrumpen totalmente, y después de dos siglos de silencio renacerá el poder de los reyes de Hatús.

2 Al hacer esta comparación, no olvidemos que Disraeli pertenecía a una familia de judíos conversos.

siempre. «Don del Nilo», según la conocida frase de Heródoto, la maravillosa región no sería más que un pedazo de Sahara sin aquel río, «nacido en el otro mundo», dice un himno faraónico, «y que Dios envía para alimentar a todas las provincias». Hoy, cuando se acerca el momento de la crecida, todos los empleados del servicio de aguas acechan los primeros signos. Telegrafían en seguida que el color verde de las aguas anuncia que, allá arriba, en los pantanos de Bash-al-Grazal, el agua ha comenzado a subir. Hacia el 20 de junio todo Egipto no piensa más que en su río. Las aguas crecen, se tornan rojas, vienen cargadas de fértiles barros arrancados a los montes etíopes. En los «nilómetros» se sigue la crecida del río con pasión. ¿Será favorable el dios líquido? ¿Llegará a la altura necesaria?

Para que Egipto viva, el agua ha de alcanzar un nivel bastante elevado. Luego se esforzarán en subir el preciado líquido, sirviéndose, con grandes esfuerzos, del *chadonf*, el antiguo ingenio, o de la noria de madera, el *sakich* cuyo ritmo quejumbroso, mil veces repetido, llena las noches de Egipto. Pero nada se puede contra la crecida insuficiente. Plinio, romano conciso, resume de este modo la situación: «doce codos de agua, hambre; trece, suficiencia; catorce, alegría; quince, seguridad; dieciséis, abundancia». Por eso, podemos ver en el Museo del Vaticano, la célebre estatua que representa al Nilo rodeado de dieciséis hijos. Hoy, se considera el nivel de 7,50 metros como indispensable.

Los años de las «vacas flacas», representan un período de sequía. La historia de Egipto conoce tales períodos. Una inscripción que se cree muy antigua, la «columna de los siete años de hambre», habla de una de esas calamidades: «Desde hace siete años, el Nilo no ha crecido; nos falta el trigo, los campos están secos. No enterramos a los muertos; el niño llora, el adolescente languidece, el anciano se desespera; todos, con las piernas flaqueantes, los brazos cruzados, permanecen acurrucados, postrados.» Tales pruebas han sido impuestas muchas veces a Egipto por el Nilo; en tiempos de la dinastía XII y de la XVII, una en la época romana, y, en nuestra era, una de 1064 a 1071, otra en el siglo XVII. La historia de José se refiere, pues, a una realidad climatológica precisa. En cuanto a la imagen de las vacas, acaso proceda de las vacas sagradas de la diosa Isis-Hathor, de las que se guardaba una en cada una de las siete provincias.

De aquella desgracia contra la cual nada puede, el faraón se siente responsable, según la Biblia. Es una observación justa. Los dueños de Egipto, por muy poderosos que fuesen, tenían cierto temor a aquel pueblo sometido del cual sacaban toda su riqueza. La historia faraó-

nica conoció verdaderas revoluciones sociales: una de ellas acabó con el Imperio Antiguo. Los *fiellahs*, pacientes, trabajadores infatigables, no piden más que una cosa a su dueño: la seguridad del pan. Bonaparte, con su penetrante apreciación de las cosas, observó que el Nilo impone un gobierno estricto. «Con una buena administración —dijo— el Nilo vence al desierto; pero si es mala, el desierto vence al Nilo». José fué el ministro con éxito, el hombre providencial que salvó de una situación particularmente peligrosa a un faraón extranjero, muy preocupado ante una probable revuelta. La fortuna del hebreo se explica claramente de este modo.

Todos los detalles que poseemos sobre su éxito son también característicos y muy exactos. El faraón que aparece en la Biblia, tan seguro de sí mismo y majestuoso, no era sin duda más que un descendiente de usurpadores. Sabemos que aquella dinastía de hiksos se consideraban enteramente como auténticos reyes y llevaban el *pschent*, la doble corona, blanca abajo y roja arriba, símbolo de las dos regiones de Egipto. Cuando llaman a José al palacio del rey, José «se afeita» (*Gén.*, XLI, 14), pues su barba de asiático sería un insulto a la majestad, ya que en la etiqueta egipcia sólo el faraón tenía barba, atributo de poder, y solía ser postiza, casi siempre. El collar que llevaba alrededor del cuello, como insignia de su elevación, no sólo tenía la misión de proclamar el poder; aquellas joyas eran comparadas a dioses que defendían el pecho contra todo daño, y el oro que servía para su fabricación era símbolo de indestructibilidad, eran collares representando corazones, estrellas, animales, o pesados pectorales de jaspe rojo, feldespato verde, lapislázuli, y el faraón se los puso a José.

El cargo que le da es exactamente el que en el Islam se conoce con el nombre de visirato. El Egipto faraónico era un estado eminentemente burocrático, donde millares de funcionarios vigilaban al pobre pueblo con implacable minuciosidad. Había en verdad para todos los casos y todas las tareas, desde jefes de distrito hasta escribas recaudadores, ayudados por negros que hacían pagar a palos, pasando por aquellas simpáticas prebendas que gozaban el inspector de los baños de la Reina y el peluquero depilador del Rey. En medio de aquel burocratismo perfeccionado, José tiene un puesto de excepcional privilegio. «Director de las Órdenes» y «Jefe del Servicio del Nilo» son títulos que se han encontrado; los tuvo sin duda alguna. Coinciden con la definición que dió del cargo, un faraón de la misma época, al dar posesión a un visir: «Cuidarás de que todo se haga conforme a la ley, a todos harás justicia. Serás justo, no apartarás a

nadie que pida justicia sin oírle. Tu sala de audiencia será llamada de Doble Justicia.» Tiene prerrogativas de visir: ricas ropas de lino blanco, esposa de la alta sociedad. Se pasea en uno de los carros reales, uno de aquellos carros traídos por los hiksos. Y cuando sale, unos pregoneros corren ante él gritando: *¡Abhrekh!* como en los cuentos de las Mil y Una Noches, cuando el califa aparece.

Más que los detalles materiales que entroncan esa historia en plena cronología egipcia, lo que admiramos en el relato bíblico es la exactitud psicológica de la aventura. Aquel joven israelita, repleto de delicadeza, que gusta a las mujeres, convence a los hombres, y se sirve de su encanto para triunfar en la vida, ¿no es el precedente histórico de los políticos judíos que, en los estados cristianos, alcanzan el poder? Es Disraeli, un Disraeli cuya reina Victoria era el faraón. En él se dan cualidades seguras y defectos útiles: equilibrio entre la imaginación y la prudencia, comedimiento razonable hasta en la pasión, sentido de los negocios, orgullo sereno de la inteligencia, sostenido por la seguridad de un gran destino.

No olvida nunca que, como hijo de Jacob, es el heredero de la promesa. Su actitud de casta moralidad tiene un sentido muy preciso cuando lo comparamos con el desorden sexual en boga en el Egipto faraónico. La pasión de la mujer de Putifar por aquel hermoso mozo parece ser cosa corriente en la tierra del Nilo: *La historia de los Dos Hermanos* cuenta, años después, una anécdota parecida. Se ha encontrado un poema en el cual una dama entrada en años dice a un muchacho: «Ven, acompáñame al baño. Mi camisa de lino real excitará tus deseos...» Los faraones y los poderosos del reino tenían inmensos harenes; Ramsés II tuvo ciento once hijos y cincuenta y nueve hijas; y si las reinas no tenían nada parecido, encontraban, si hemos de creer a Píndaro, numerosos consuelos. Es muy extraño ver, en aquel ambiente, al joven José permanecer puro y, una vez casado, llevar una vida de dignidad familiar. Aquella reserva tiene una significación: lo mismo en Egipto que bajo la tienda cananea, aquellos Patriarcas siguen siendo los elegidos de Dios

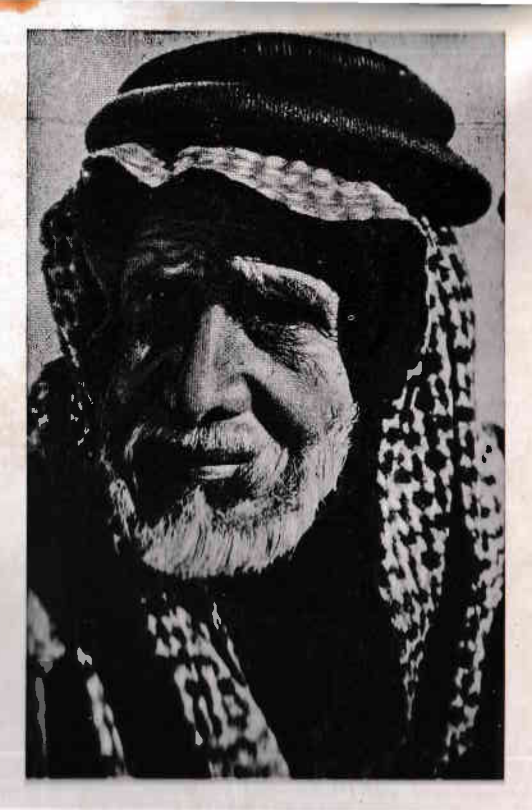
JOSÉ INSTALA A SUS HERMANOS

No es preciso insistir sobre la verdad histórica y psicológica de la historia de José. ¿Cuántos israelitas, en el curso de los siglos, habiendo triunfado en Occidente, llaman a su lado a la familia que quedó



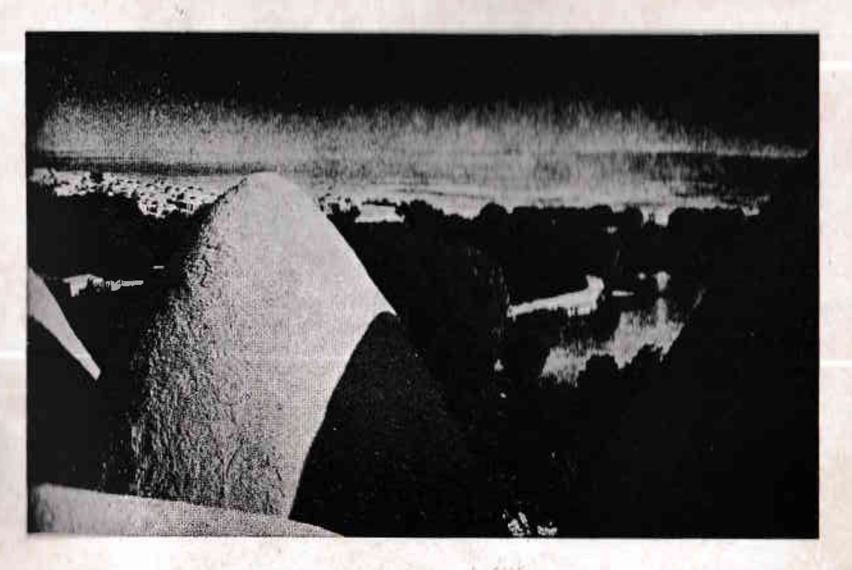
LOS SENUSRIT, FARAONES DE LA XII DINASTIA

Que conquistaron el Sudán y crearon el famoso oasis dal Fayún.



EL NOMADA

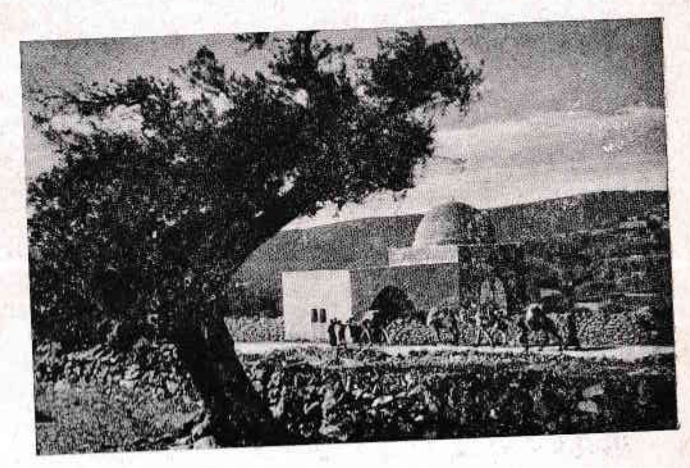
Orgulloso y noble tal como lo era en el tiempo de los Patriarcas, tal como lo sigue siendo en nuestros días.



EN EL PAIS DE REBECA



JACOB LUCHA CONTRA EL ANGEL
Capitel de Vezelay.



LA TUMBA DE RAQUEL, CERCA DE BELEN

en el *ghetto* ancestral? José logra del faraón una tierra donde puedan establecerse los suyos; llegaron todos, hijos, mujeres, rebaños y el viejo padre, ya de ciento treinta años. En consideración a José, el faraón los acogió con amabilidad y Jacob le bendijo. Salvados del hambre, los hijos de Israel se asientan en tierra egipcia; allí permanecerán largo tiempo. Ya podemos vislumbrar una de las causas que les harán insoportables tanto a los faraones como a los *fellahs:* la Biblia nos cuenta que José, a cambio del trigo que había acumulado, compró las tierras, los bienes e incluso las personas de numerosos egipcios. Sin duda, José trabajaba al servicio del faraón, pero, ¿era más popular por ello?

Jacob, mientras tanto, llegaba al fin de sus días. Había designado a José como sucesor suyo y adoptado a Efraim y Manasés. Había bendecido con solemnidd a todos sus hijos, con un largo hechizo en el cual cada una de las doce tribus se verá representada con el tiempo y leerá su destino. Judá parecía la destinada a las glorias más brillantes. Luego, murió. Y sus hijos le llevaron en suntuosa caravana hasta Macpela, para que reposara en la gruta familiar, junto a sus padres, como lo había deseado. Reconciliado con sus hermanos, José gobernó la tribu, vivió en paz y abundancia, y pudo ver hasta la tercera generación de su descendencia. Murió a la edad de ciento diez años.

Esas dos muertes sucesivas nos permiten observar un detalle revelador. José ordena a los médicos de su servicio que embalsamen a su padre y tardan cuarenta días en hacerlo; cuando muere él, le embalsaman y ponen en un ataúd. Era una costumbre egipcia adoptada, pues, por los israelitas. Heródoto nos la describe: «Los embalsamadores sacan el cerebro por los orificios de la nariz, hacen una incisión en el vientre con una obsidiana, sacan los intestinos y los lavan con vino de palma. Luego, el cuerpo es salado, puesto en natrón y por fin envuelto con vendas, y colocado en un sarcófago de madera que imita la forma humana. Abraham e Isaac fueron enterrados seguramente sin ningún preparativo, acaso doblados como los ponían los antiguos cananeos, en la posición de la criatura en el seno de su madre. Aquellos embalsamamientos tienen el valor de un símbolo; a las influencias traídas de la antigüedad mesopotámica se añaden, para el pueblo elegido, muchas otras adoptadas por ellos en la región del Nilo.

III. — LA FE Y LAS TRADICIONES

LEYENDA O HISTORIA

La epopeya de los Patriarcas, que termina con la muerte de José, nos la presentan las Sagradas Escrituras como una página de Historia, y es de fe entre los cristianos admitirla como verdadera. El ambiente en que se desarrolla y las múltiples coincidencias que observamos, le dan gran verosimilitud. Podría ser una novela histórica, situada hábilmente en un cuadro muy estudiado por un narrador que conoce su oficio. ¿Sólo eso? Considerando el estado actual de nuestros conocimientos sobre aquellos lejanos períodos, hemos de renunciar a dar los detalles que nos podrían exigir para épocas más próximas a nosotros; siempre es difícil escribir la historia, incluso la de los sucesos recientes; mas si se trata de aclarar hechos con hipótesis contradictorias, Clío pronto presta su brazo a la fantasía.

Nada hay más peligroso que intentar explicar demasiado lo que está mal explicado, querer precisar lo que, por esencia, es impreciso. Podemos, para la historia de los Patriarcas, proponer fechas aproximadas que varían según los autores. No importa que Abraham haya vivido del año 2000 al 1900 como dicen algunos, o del 2160 a 1985 según otros. Establecidas sobre una serie de deducciones lógicas, fundadas sobre la relación de las listas reales de Egipto y sobre los documentos cuneiformes, apoyándose sobre trozos de vasijas de barro, las fechas quedan sometidas a discusión y nos sonreímos cuando un cronologista afirma con seriedad imperturbable que la salida de Ur tuvo lugar en el año 2010 y que José fué vendido por sus hermanos en el año 1645. La modestia nos obliga a confesar que toda fecha anterior al siglo VII antes de nuestra era es hipotética.

Dejemos las fechas; consideremos los seres y los hechos. En esto la discusión se ha convertido hace ya largo tiempo en disputa. Para

unos, esa historia sólo tiene valor como símbolo; al parecer, bajo tal leyenda se expresa un tema de pensamientos religiosos, y se fué elaborando a través de los siglos. Abraham sería un dios-luna cuyo viaje de Este a Oeste reproduciría la migración celeste, y cuyos doce descendientes lejanos, los hijos de Jacob, serían los meses. Para otros, los Patriarcas fueron héroes epónimos de los israelitas, en la época de su formación. Lo mismo que decimos hoy el *Tío Sam* para los Estados Unidos, *John Bull* para Inglaterra y *Mariana* para la Tercera República francesa. Los nombres sugirieron anécdotas: por ejemplo, Israel, juego de palabras equivalente a «lucha de Jacob contra Dios». Algunos críticos admiten la existencia de hombres reales que se han llamado Abraham, Isaac, Jacob y José, pero afirman que en torno de aquellos personajes reales la Historia ha acumulado leyendas. Henos de nuevo en pleno campo de la hipótesis y ninguna teoría convence lo suficiente para que renunciemos, en nuestra admiración por el texto bíblico, a encontrar algún detalle descubierto por la arqueología.

Ver en la Historia la cruda ciencia de los hechos, es rebajarla. Hay una verdad humana que persuade allí donde falta el documento. Esa verdad resplandece a lo largo de toda la epopeya de los Patriarcas. Abraham, Jacob, José — Isaac no tanto —, aparecen como seres hondamente humanos que influyen en su tiempo y trazan el destino de su pueblo. Cada uno tiene su carácter, su manera de ser peculiar y hasta sus pasiones. El renacer espiritual de Jacob después de la gran crisis del Yaboq tiene todos los caracteres de una conversión. Y José aparece en su ambiente triunfal egipcio, maravillosamente analizado.

Entre los rasgos psicológicos, uno de ellos resalta sobre los demás; de él dependerá, en definitiva, todo el porvenir del pueblo nacido de Abraham. Ese carácter está tan bien marcado en el ser de aquellos Patriarcas, que en el transcurso de los siglos la raza se esforzará por mantener viva su fuerza. No podemos separar aquella epopeya del desarrollo que de ella procede; la historia de Israel es una historia progresiva, que tiene una significación y corresponde a una intención. La convicción de ser el pueblo elegido, dirigirá, a lo largo de los siglos, todos sus actos, y esa convicción ¿no se apoya sobre una afirmación mil veces repetida de que los Patriarcas fueron los depositarios de la gran promesa divina y vivieron bajo la protección de Dios y bajo su vigilante mirada, que les acompañó a través de todas las vicisitudes y de todos los peligros?

MÍSTICOS DE ACCIÓN

Los grandes Patriarcas aparecen como místicos de acción. Si ha de llamarse místico al que intenta introducir en su existencia la voluntad de Dios y su presencia — «no soy yo quien vivo en mí, sino Cristo el que vive en mí», dijo San Pablo —, Abraham, Jacob, aquellos inspirados, ¿no son precisamente místicos? Todos los Patriarcas mantuvieron con Dios esa intimidad sublime como, siglos después, Juana de Arco o San Francisco de Asís. Realistas, ciertamente, como todos los grandes místicos, «hombres y mujeres de sentido común superior», dice Bergson; capaces de actos militares y políticos, cuando es necesario, pero siempre sometidos al designio divino y sin ningún intermediario sacerdotal, casi sin ritos, en un cara a cara constante con Dios. Místicos, por tanto, pero místicos de acción; no se quedan contemplando en el aislamiento y el ascetismo; para ellos, es la vida la que atestigua, la que ora y la que contempla. Sus actos mismos son un canto de alabanza a Dios.

Nunca el narrador de la historia de los Patriarcas deja pasar la ocasión de señalar la intervención divina en la dirección de los acontecimientos. Todo lo inexplicable le es atribuído, y, muy a menudo, los hombres, sin darse cuenta, realizan sus proyectos. De Él proceden la felicidad, la fecundidad, la longevidad. Castiga tanto como recompensa a ciudades, como Sodoma y Gomorra, a hombres, como Onán. Es misericordioso y cede a los ruegos de un justo y reconforta a Jacob agotado. La fuerza de Dios se encuentra por todas partes. Ocurre que se manifiesta en un sueño, en la imaginación, o bajo aquellas apariencias angélicas que diríanse la imagen visible de ese ser invisible que el hombre no podría mirar: carismas y visiones de los grandes místicos como las experimentarán San Bernardo, Santa Teresa de Ávila, Santa María de la Encarnación y tantos más.

Entre el hombre y Dios se entablan relaciones concretas llamadas la Alianza por la Biblia. Es un verdadero pacto establecido con un ceremonial preciso, sacado de las costumbres de entonces: el que hace el sacrificio parte en dos a la víctima y pasa entre las dos medias canales. Los Patriarcas, en nombre propio y en el de su pueblo, se comprometen a mucho, pero a cambio de ello, se sienten amparados y animados por Dios.

Es admirable aquella confianza que demuestran todos en el poder supremo, el confidente y amigo. A cada momento el nombre sagra-

do es pronunciado, la oración brota de los labios del hombre. Consultan a Dios, le toman por testigo; bendecir en su nombre, es un acto sacramental, irrevocable. La presencia divina lo llena todo, en aquella región patriarcal, que durante cuatro mil años nos aparece tan viva, tan cercana a las necesidades eternas del alma.

Pocos ritos, poco culto en esa vida mística: el nomadismo no favorece en absoluto al ceremonial complicado; no se puede transportar fácilmente un templo sobre camellos. El Patriarca es un sacerdote; oficia cuando se trata de ofrecer un sacrificio, de hacer una oblación o de rogar a Dios. Las costumbres religiosas que observamos son las mismas que tuvieron muchos pueblos en sus orígenes. Suben a las montañas para implorar al poder supremo como para estar más aislados ante él, o más cerca. Las más nobles montañas de Palestina conservan aún huellas de aquellos cultos: el Carmelo, el majestuoso Hermón, y se han encontrado altares de piedra, adornados con cascabillos, semejantes sin duda al que hizo Abraham para Isaac. Erigen a veces piedras siguiendo una costumbre muy antigua, la misma que tenían, en nuestras regiones, los constructores neolíticos de dólmenes y menhires; son los *masseboths,* estelas sagradas, encontradas en Guezer formando una hilera impresionante. Veneran a los árboles hermosos, las aguas corrientes; las encinas y los manantiales ocupan un puesto preponderante en todos los sucesos.

Aquellos sencillos ritos, acaso procedentes de una tradición secular, fueron, según se cree, depurados por los Patriarcas al adoptarlos. Rechazan el fetichismo de las religiones cananeas o mesopotámicas: Si Raquel tiene o no algún *teraphim,* su marido nada sabe. Renuncian a los horribles sacrificios humanos que hacían en Sumer y que los fenicios practicaron aún durante mucho tiempo. No encontramos rastros de magia, que mancilla, por aquella época, la religión, sin embargo tan noble, de los egipcios. Y si no podemos juzgar la moral sexual de los tiempos patriarcales con nuestras ideas, el desorden y el exceso, todo lo que va contra las leyes de la naturaleza, les repugna visiblemente, y lo creen condenado por Dios. Hammurabi, en aquella época, intenta la unificación teológica como fruto de la experiencia ancestral; y, poco después, cuando el faraón Amenofis IV lleva a cabo su revolución mística, la única autoridad que invoca es la suya. Israel refleja la voluntad del Dios todopoderoso, del Altísimo.

EL DIOS ÚNICO

El Dios al que Israel se somete desde aquella época remota, es el dios único, es Dios. No se puede dudar del carácter eminentemente monoteísta de la religión patriarcal, y rozamos aquí el mayor misterio de esa historia. El pueblo nacido de Abraham aparece, en el curso de los siglos, en un momento muy preciso de los tiempos, para enseñar a los hombres —o recordarles acaso— el culto del único Dios. Todo el proceso posterior es una consecuencia.

Los Patriarcas designaban a la divinidad suprema bajo diversos vocablos, pero ninguno forma un verdadero nombre como Osiris o Athena.[1] Pues nombrar sería limitar. Dios, es *El*, sílaba muy antigua de las lenguas semíticas, próxima del babilónico *Illu*, del árabe *Allah*. ¿Qué significa en verdad? Acaso «el primero», o más verosímilmente «el poder», la causa de todo y su vida, el soplo que anima al mundo creado. Es una noción profundamente metafísica, todo lo alejada posible de la idolatría: el vocablo Elohim, utilizado a menudo, es un plural desde el punto de vista gramatical, mas se emplea corrientemente como singular, expresando así la multiplicidad de la fuerza.

No encontramos ningún rastro de politeísmo en la tradición patriarcal, y hay numerosas indicaciones que son prueba de un deseo monoteísta explícito. Cuando, por ejemplo, Labán jura «por el dios de Nahor», es decir, por una divinidad mesopotámica, Jacob responde invocando al Único. Y todos los intentos hechos por cierta crítica para descubrir un panteón bajo aquella unicidad, resultan ridículos. Los Patriarcas daban a veces calificativos a la divinidad: *El-olam,* «dios eterno», *El-roi,* «dios de la visión», *El-shaddai,* «dios que obra», o designaciones que recordaban un hecho histórico, *El-bethel* «dios de Betel», dios del sueño de Jacob, o apodos como «el terror de Isaac», o «la roca de Israel». En ello no hay más politeísmo que en la costumbre católica de designar a la Virgen María con los nombres de sus santuarios, de sus apariciones o sus calificativos;

1 Encontramos en el *Génesis* la palabra *Yahweh*, alternando con las palabras divinas *El Elohim*, *Eloah*, etc. Pero el *Éxodo* dice explícitamente que ese vocablo es de la época de Moisés (*Éxodo*, III 15). En los pasajes anteriores, el empleo de ese nombre se debe a un redactor que ha cometido un anacronismo análogo al del historiador que, al hablar de la Lutecia romana, escribiera París. Incluso se han podido distinguir en el *Génesis* dos redacciones yuxtapuestas, la una da a Dios el nombre de *El* o *Elohim*; la otra lo llama *Yahweh*.

nadie cree que Nuestra Señora de Lourdes, la Virgen del Pilar y *Regina coeli* sean tres seres diferentes.

Quedamos extrañados al comprobar que aquel pueblo de nómadas, cuyas costumbres están tan alejadas de las nuestras, aquellos hombres separados de nuestro tiempo por cuatro milenios, hayan tenido de Dios una idea tan alta y tan pura. «El Todopoderoso, al que no podemos llegar», leemos en el libro de Job. Es ya la idea de los nómadas. El Elohim encierra todo el misterio de Dios, la metafísica de la que se ha servido la civilización occidental. Nunca dijo Renan afirmación más justa que la siguiente: «Desde los tiempos más remotos, el pastor semita llevaba sobre la frente el sello del Dios absoluto.»

A propósito de ese monoteísmo, hemos de formular dos preguntas. Primero: ¿La concepción religiosa de los Patriarcas era tal como aparece en los primeros libros de la Biblia? ¿No es una imagen convencional, proyectada en el pasado por redactores posteriores? Se notan numerosas diferencias entre las formas religiosas de la época patriarcal y las de los tiempos posteriores. Puestos a modificar las ideas del pasado, ¿por qué los escritores no habrían insertado en la historia de los orígenes todo lo esencial de las creencias y costumbres de su tiempo?

La otra pregunta ofrece mayores perspectivas. ¿De dónde procedía aquel monoteísmo? Renan, en una página célebre, afirma que fué una creación espontánea de los hebreos o incluso de los semitas, resultado directo de su nomadismo. «El desierto es monoteísta; sublime en su inmensa uniformidad, reveló en seguida al hombre la idea de lo infinito.» Aplica a la religión la teoría del medio, de la que tanto gusta Taine. En verdad, el estudio de las costumbres religiosas de los semitas nómadas, de los árabes anteriores a Mahoma, por ejemplo, no confirma de ninguna manera esa teoría; por el contrario, nos muestra una exuberante floración de creencias politeístas. Nada concede en nuestros días el menor crédito a esa ingenua aplicación del materialismo histórico para explicar la aparición de una metafísica.

¿Surgió el monoteísmo que se ha impuesto luego a tantos pueblos, de la sola voluntad de Abraham, de la revelación que recibió? ¿Encontró el Patriarca bajo las capas acumuladas de ritos y tradiciones amontonadas, la tradición auténtica, la de los orígenes del hombre? Muchas teorías han sido expuestas sobre esa idea, y parecen más hermosos sueños que demostraciones. Uno invoca la tendencia del espíritu humano que, incluso entre los salvajes, concibe un ser supremo, justo y bueno. Otros comparan extrañas coincidencias. Cuando Esquilo al hablar de Zeus dijo: «Es el Éter, el Cielo, la Tierra, el Universo y lo que está más allá del Universo» ¿no pensaba en un Dios único? Renouf, el traductor del *Libro de los Muertos* egipcio, decía «que hacía más de cinco mil años, en el Valle del Nilo, el himno religioso comenzaba con la afirmación de la unidad de Dios». Un asiriólogo americano afirma que, lo mismo entre los sumerios que entre los semitas, «el monoteísmo precedió al politeísmo, y a la creencia en genios buenos y malos».[1]

La imagen grandiosa de una humanidad que creyó en Dios en la aurora de los tiempos, y luego se apartó en un momento de decadencia, y por fin va descubriéndole lentamente, con esfuerzo inmenso, coincide bastante con el esquema de los orígenes humanos dado por el *Génesis*. Abraham y su pueblo hubieran encontrado una fidelidad perdida por las demás razas. Ningún mérito le quita ni empaña la originalidad de su misión. Mas nos enseña, en perspectivas tan inmensas que nos producen vértigo, panoramas muy atractivos para el espíritu. ¿Aportan argumentos a esas teorías, las antiguas tradiciones que conservaba el pueblo de Israel sobre la Creación y los primeros tiempos de la raza humana?

EL POEMA DE LA CREACIÓN

«En el principio, creó Dios el cielo y la tierra...» Así comienza el Libro de los Libros y no hay tema nacido del hombre que haya fecundado tanto nuestro espíritu como esos once primeros capítulos del *Génesis*. La moral cristiana ha salido de él; la visión que millones de seres se han forjado y continúan forjándose de su destino, la explicación psicológica de nuestra miseria interior, la esperanza que nos sostiene, todo lo que poseemos de más decisivo, proviene de esas páginas; suprimámoslas y haremos desaparecer un inmenso capitulo del arte. Por eso no ha de extrañar que se haya intentado con pasión explicar los misterios y comparar los datos con los documentos de la Arqueología y las hipótesis de la Historia.

Una prudencia esmerada se impone en tal terreno. No se pueden negar hoy puntos de contacto que han podido establecerse entre el texto bíblico y los resultados de algunos hallazgos. Formada en los

1 Dr. Laugdon, *Semitic Mythology*, publicado por la Archaelogical Institute de Boston.

medios mesopotámicos, esa tradición es, sin duda, una mezcla de diversos rasgos. Pero llevar demasiado lejos tal afirmación y admitir como pruebas lo que a menudo no son más que analogías lejanas sería un abuso, lo mismo si se trata de negar al texto bíblico toda originalidad, como si se pretende darle bases demasiado históricas.

Los primeros versículos de esa cosmogonía son hermosos como un poema. Para describir la Creación diríase que nuestras viejas palabras familiares recobran toda su originalidad y fuerza. ¿Qué Dante pudo crear imagen más hermosa? «La tierra era informe y vacia; las tinieblas cubrían el abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.» El Dios que aparece al principio del libro es el invocado por los Patriarcas, el Creador increado de quien todo procede, y que proviene de la nada. Es el espíritu organizador que pone orden en el caos; según esa misma condición, será el Dios de justicia, a quien menoscaba todo desorden.

Se ha intentado comparar esa cosmogonía con otras; con un poema babilónico que trata el mismo tema; no son muy numerosas las semejanzas. En Egipto se supone existieron ciertas creencias que admitían un dios anterior a todo, que creó el mundo al conjuro de su voz; pero lo encontramos en la escuela de Hermópolis, que es demasiado posterior a los tiempos de los Patriarcas para que podamos suponer coincidencias más que influencias. Las posibles fuentes históricas o literarias del primer capítulo del *Génesis* permanecen aún ignoradas

Dios crea el mundo; separa la luz de las tinieblas; distingue mares y cielo; aparta la tierra de las aguas, y sobre el suelo apenas surgido hace crecer plantas; en el cielo pone los astros, en el agua y sobre la tierra aparece el animal; han transcurrido los cinco primeros días; el sexto, Dios crea al hombre, después de todo, como un remate y coronación de su obra creadora, antes de descansar.

La creación del hombre está llena de símbolos. Este ser que completa la obra divina, constituye el más extraño éxito del *Génesis* y es también el ser miserable que llevamos dentro de nosotros. Los dos extremos de Pascal se dan en él ya en potencia: «La miseria procede de la grandeza, y la grandeza de la miseria.» El hombre está hecho con el barro de la Tierra. Literalmente, «Adam» significa hijo de la «Adamah», el barro, el buen aluvión negro de las regiones de los grandes ríos, el que ha dado la vida a todo. El concepto es muy antiguo; en Egipto, también, Tem, el primer hombre, salió del barro. Pero la tradición de Israel añade que «Adam» fué «hecho a la imagen de Dios, conforme a su semejanza», y que domina a todas las

criaturas. El concepto del ser destinado a un porvenir excepcional, depositario de la imagen de Dios, ya se manifiesta entonces. Cuando Miguel Ángel, en una de sus más hermosas obras, nos muestra, en la Sixtina, a Dios dando vida al hombre tocándole con su mano, reproduce esa familiaridad, esa ternura del padre con el hijo. El mundo cristiano y, hasta cuando se olvida de ello, todo el universo occidental, conserva la certeza de ese parentesco.

El hombre no es creado solo. Dios le da una compañera. Es la mujer designada con un juego de palabras maravilloso. Ha nacido de la misma carne del hombre, «hueso de sus huesos, carne de su carne», es por lo que se llama *Ishab*, mujer, porque ha salido de *Ish*, el hombre, el varón. Así, diferenciados en cuanto al sexo, pero completamente iguales, el hombre y la mujer están unidos en el mismo destino. Al «Adam» nacido de la tierra, queda asociada «Eva», madre de la posteridad. Nada más conciso y noble como esa breve evocación de la primera pareja; de ella sale toda la psicología y toda la moral sexuales de Occidente.

¿Ha encontrado la Historia aquellos dos lejanos antepasados? Es muy dudoso. Han creído leer su nombre, bajo la forma de Aiou y Hawwa, en el escritor fenicio Sankouniaton, y acaso sobre tablillas egipcias descubiertas en El Amarna. Un sello akkadio del tercer milenio representa dos personajes, una mujer y un hombre, éste con cuernos, en cada lado de un árbol, y en seguida se ha pensado en la pareja original. Más que la documentación histórica, lo que refuerza la veracidad del texto es la verdad psicológica. Adán y Eva están frente a frente en estado de inocencia. La felicidad se encuentra entre ellos. Mas la culpa penetra en su vida y todo se descompone. El crimen aparecerá con sus hijos. Comienza el drama del hombre y se inicia con el mal y la miseria interior.

EL PARAÍSO PERDIDO

Todo el tema del pecado original lleva el sello de la verdad psicológica más profunda. Bajo los símbolos, lo que encuentra el hombre son sus esperanzas, sus temores, su destino. Adán y Eva vivían en el «jardín de las delicias», entre árboles «agradables a la vista y buenos para comer», en intimidad con los animales a quienes el hombre daba nombre, es decir, que dependían de él, según el concepto antiguo. Y «desnudos, en frente el uno del otro y sin avergonzarse», no co-

nocían otra cosa que la paz, en la naturaleza como en ellos. Cada uno de nosotros lleva consigo ese sueño maravilloso de una época virgen, más hermosa y pura que la nuestra, en la que se vivía en un mundo reconciliado, donde no todo se disolvía, ineluctablemente, en la enfermedad y la muerte, ese sueño del Paraíso que tantos pintores han tratado de materializar, y que atormenta eternamente a todos los poetas. Lo mismo a un Dante como a un Milton o a un Rimbaud.

El estado de ignorancia cesa con la culpa del hombre. En medio del jardín estaba el Árbol de la Vida, el del conocimiento del bien y del mal. Dios había prohibido comer de su fruto. Es demasiado conocido el episodio bíblico para que insistamos; bajo la imagen de la serpiente y de la manzana, bajo el relato de la tentación de Eva, lo que se vislumbra es una gran realidad psicológica del hombre, el pecado. Allí donde entra, diríase que algo se corrompe y se marchita, que se establece una ausencia y una fuerza de disgregación entra en juego y nos hace pensar en la muerte. El tema es tan hondamente humano que ha sido conocido bajo formas diversas por numerosas religiones. Constituye el fundamento del dualismo del Irán, una de las expresiones del antiguo pensamiento religioso de los arios, donde la vida es presentada como un combate del dios del bien contra el dios del mal, entre los que ha de escoger el hombre continuamente. En Egipto, el *Libro de los Muertos* está impregnado de conceptos análogos; el difunto que se presenta al juicio declara que rechaza «la mancha materna» y dice: «corazón de mi nacimiento, corazón que poseía en la tierra, no te alces contra mí ante los poderes divinos; ¡no peses!» El acusador del hombre, el que le arroja del Paraíso, es, a la par que Dios, su propio corazón, ese corazón que conoce mejor que nadie su culpa y su angustia. Adán y Eva expulsados del Paraíso son, en aquellos orígenes lejanos de la tradición occidental, la imagen dramática de la condición humana.

Desde entonces, todo se descompone. La paz paradisíaca queda rota. Eva «con ayuda de Dios tiene un hombre»; luego le nacen dos hijos. El atentado de Caín contra Abel es el primer síntoma de ese desequilibrio en que ha caído la humanidad después del pecado original, la primera guerra. En ello se ve un reflejo de las luchas entre pastores y sedentarios; pueblo de nómadas, los hebreos se sienten atraídos por el pastor Abel y no por el labrador Caín; Dios acepta las primicias del primero y desprecia las del segundo. Se cree ver en ello una alusión a los conflictos provocados en los tiempos neolíticos por la aparición de las armas de metal; los descendientes de Caín son herreros, y se conocen aún, en el desierto de Siria, tribus de armeros de las que se sospecha que practican la magia negra y con las cuales se tiene poco trato.

De Caín y de otro hijo, Set, «el sustituto» de Abel, sale, según la Biblia, la raza humana. He aquí uno de los puntos de contacto más curiosos con las antiguas tradiciones babilónicas. Los primeros hombres son representados como habiendo gozado de una longevidad muy superior a la de hoy. «Y fueron todos los días que vivió Adam novecientos cinco años.» Set, novecientos doce; Enós, novecientos cinco; Caín, novecientos diez; Mahalalcel, ochocientos noventa y dos años, y así hasta Noé, quedando en primer lugar Matusalén, con novecientos sesenta y nueve años. El relato del Diluvio interrumpe el curso normal del desarrollo humano y la nueva genealogía, nacida de Noé, tiene una longevidad bastante menos larga, y decreciente: seiscientos para Sem, doscientos cinco años para Terah.

Hay en ello, sin duda, una intención. El narrador ha querido sugerir una pérdida de fuerzas en la humanidad. Tener larga vida es señal de ser el protegido de Dios: por eso los Patriarcas viven más de cien años. Cuanto más nos apartamos de la época paradisíaca, tanto más corta es la vida, como si el fuego encendido por Dios se apagase poco a poco. Es curioso anotar que, en la tradición mesopotámica, encontramos ideas completamente iguales. Cuentan que los reyes de las más antiguas dinastías vivieron un número asombroso de años, 20.000, 70.000; después del Diluvio, aunque la longevidad de los hombres fuese aún muy larga, no lo era tanto — unos mil años — y decreció regularmente hasta el modesto centenario. ¿No estamos en presencia de un símbolo que debiera ser comentado y estudiado por las ciencias físicas y antropológicas, la medicina y la teología?

EL DILUVIO

El episodio del Diluvio es, de todo el libro del *Génesis*, el pasaje que ha sido apoyado por mayor número de descubrimientos arqueológicos, hasta tal punto que, en su entusiasmo acaso excesivo, algunos profesores anglosajones no han dudado en declarar que está «históricamente probado». De modo esquemático podemos resumirlo de la manera siguiente: Dios, percatándose de la maldad del hombre, se arrepiente de haberle dado vida y decide suprimir la estirpe humana por medio del agua; mas, en esa tierra «de carne corrompida y llena de violencia», Noé, hombre justo e íntegro, «halló gracia en los ojos

de Jehová». Siguiendo el consejo divino, construyó un barco y lo impregnó de brea: el Arca. En ella se acogió con su familia y una pareja de cada especie animal. «Todas las fuentes del gran abismo cayeron sobre la tierra, las cataratas del cielo se abrieron y fué el diluvio durante cuarenta días y cuarenta noches.» La humanidad quedó destruída; renació de Noé el justo, el último día del Diluvio, cuando el Arca quedó varada en el monte Ararat y la paloma enviada en exploración volvió con un ramo de olivo.

Un hecho preciso, climatológico, geográfico, respalda el bíblico episodio. Se encuentran huellas del mismo en tierras de Mesopotamia. Si aquellos grandes ríos tienen desastrosas sequías, experimentan, sin embargo, crecidas excesivas; el Nilo las tiene a menudo. El texto bíblico parece aludir a un fenómeno de una magnitud excepcional. En 1929, dos expediciones arqueológicas hicieron, en Ur y Kish simultáneamente, un hallazgo interesante. Habiendo descombrado las capas formadas por pedazos de vasijas y restos, se encontraron con otra de arcilla perfectamente limpia y homogénea; los obreros anunciaron que habían llegado al lodo del río; pero después de cavar en metro y medio de lodo, los arqueólogos tuvieron la sorpresa de hallar cacharros, más arcaicos aún, aunque de un estilo más fino. La capa de arcilla representaba una verdadera ruptura en la continuidad de los tiempos.

Podemos figurarnos las conclusiones que sugería tal descubrimiento. La explicación física del hecho continúa siendo de las más oscuras. Es poco admisible que una capa de arcilla de metro y medio de espesor haya sido formada sólo por los ríos, incluso ayudados por lluvias excepcionales. Algunos no han dudado en relacionar el Diluvio con aquellos enormes fenómenos geológicos que conmovieron la tierra a finales de la era terciaria, ligados con las últimas sacudidas del sistema alpino. Existía entonces una especie de Mediterráneo mundial, el Thétys, que rodeaba al mundo y del cual el Mar Negro y el Caspio son fragmentos. El Diluvio acaso fuese una marejada gigantesca y no olvidemos que la Biblia parece situar los hechos en la región caucásica, puesto que el Arca queda varada en el monte Ararat, ¡en Armenia! Son desde luego hipótesis atrevidísimas; todo cuanto de la observación podemos deducir es que, desde el punto de vista geológico, un diluvio en la región mesopotámica fué posible y hasta verosímil.

El Diluvio, tal como la Biblia lo refiere, tuvo mayor extensión. Y no podemos dejar de pensar en todos aquellos diluvios que cuentan las tradiciones de varios pueblos, el de Deucalión en la mitología

helénica, el que narran los Vedas de la India, e incluso los que se vislumbran en el fondo de las leyendas precolombinas de América o en las de Lituania. No hay que decir que el problema continúa aún sin respuesta y que la significación de esas relaciones es en extremo oscura.

Hay una comparación mucho más precisa y de una significación considerable con la tradición mesopotámica. En la epopeya más importante de Babilonia hay uno de los viejos reyes legendarios, Gilgamesh, héroe, semidiós, Hércules y Sansón sumerio, de innnumerables hazañas; lo vemos en el Louvre, en un bajorrelieve, estrangulando a un león, apretándolo con un solo brazo contra su pecho. Ese poema — escrito antes de Hammurabi — tuvo en el mundo mesopotámico un éxito comparable al de la *Odisea* y la *Ilíada* en Grecia; tenemos numerosos ejemplares, y hasta una traducción en lengua hitita. La undécima de las doce tablillas que constituyen dicha epopeya, es un relato minucioso del Diluvio. Gilgamesh, que visita al «Señor de la vida», le oye contar esa antigua historia. En muchos puntos, el texto babilónico coincide con la Biblia.

Es el mismo tema del poder divino resuelto a castigar a la humanidad destruyéndola por medio del agua. Hay también un hombre privilegiado que al ser avisado, construye un navío, «mete en él toda simiente de vida» y a toda su parentela. De las profundidades del cielo sale una nube negra: «La presa es arrancada.» En el poema mesopotámico, el cataclismo dura sólo seis días, después de los cuales el navío se posa sobre una alta montaña; envía pájaros para que exploren: «Sale el cuervo, ve que se secan las aguas; come, chapotea, grazna y no regresa.» El hombre salvado pisa de nuevo tierra y ofrece un sacrificio a la divinidad.

La semejanza es demasiado sorprendente para que se trate de una casualidad. Los detalles más precisos muestran que ambos textos tienen idéntico origen, que se inspiran en un fondo común; la forma del barco descrito es la misma, una nave con pisos; en ambos relatos se habla de la brea; las narraciones siguen la misma trayectoria. La existencia de una tradición mesopotámica sobre un cataclismo que destruyó la humanidad es cierta, mas no podríamos deducir de ahí que el Diluvio se extendiese por todo el ámbito de la tierra.

Si hemos de renunciar a la esperanza de confirmar el Diluvio con documentos extrabíblicos — según unos tuvo lugar 5.000 años antes de Cristo, 3.500 según la opinión de otros —, queda un hecho que la historia apunta. Acaso haya cerrado realmente un período legendario e inaugurado los tiempos de los que se conserva un recuerdo preciso.

Un párrafo muy oscuro de la Biblia parece insinuarlo (*Gén.*, principio del cap. VI). En él se lee que, inmediatamente antes del cataclismo, vivían en la tierra gigantes, fruto de los amores de los hijos de Dios con las hijas de los hombres. «Éstos fueron los héroes que desde la Antigüedad llevaron nombre de varón.» ¿Pertenecía a esa raza el héroe Gilgamesh? Como se ve, con esto nos adentramos de nuevo en el reino de la fantasía y de la imaginación.

LA TORRE DE BABEL

PARECE ser que el Diluvio tuvo un valor redentor, pues Dios, terminada la catástrofe, dijo a Noé que no se repetiría. Sabe que «los pensamientos del hombre son malos en su corazón», pero renuncia a un castigo tan ejemplar. Desde entonces, todo será normal en la tierra, «la sementera y la cosecha, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche se sucederán». Entre Dios y el hombre se entablaron relaciones de confianza que son como la primera imagen de promesas eternas, una alianza cuyo signo es el consolador arco iris.

Desde entonces, la humanidad comienza de nuevo a crecer y multiplicarse. Noé tiene tres hijos, Sem, Cam y Jafet. El preferido será Sem, porque es el más respetuoso; habiéndose embriagado Noé involuntariamente con el hasta entonces desconocido zumo de la vid, Sem cubre discretamente su desnudez, mientras que Cam se burla. Por eso Cam será maldecido en su posteridad, y Sem llegará a dar origen a los semitas, la raza de la que saldrá el pueblo elegido.

La Biblia insiste sobre la unidad de origen de toda la humanidad. Incluso precisa que, en aquellos tiempos felices, «toda la tierra tenía una misma lengua y unas mismas palabras». No podemos saber si en este caso, más que de un monoteísmo original, se trata de una queja conmovedora ante la división de los hombres o del recuerdo de alguna tradición muy antigua. Fenómenos de dispersión análogos a aquél, conoce varios la historia, como el que dividió a la masa aria en diversos grupos, lanzando a unos hasta la India y a otros hasta las Galias. Una imagen parecida ofrece el texto del *Génesis*.

Las razas nacidas de los tres hijos de Noé no permanecieron unidas. Bajaron «de Oriente hacia la vega de Sinear» (*Gén.*, XI, 2), se asentaron allí e hicieron una torre de ladrillos cimentada con asfalto, tan alta que parecía desafiar a Dios. Entonces el Todopoderoso



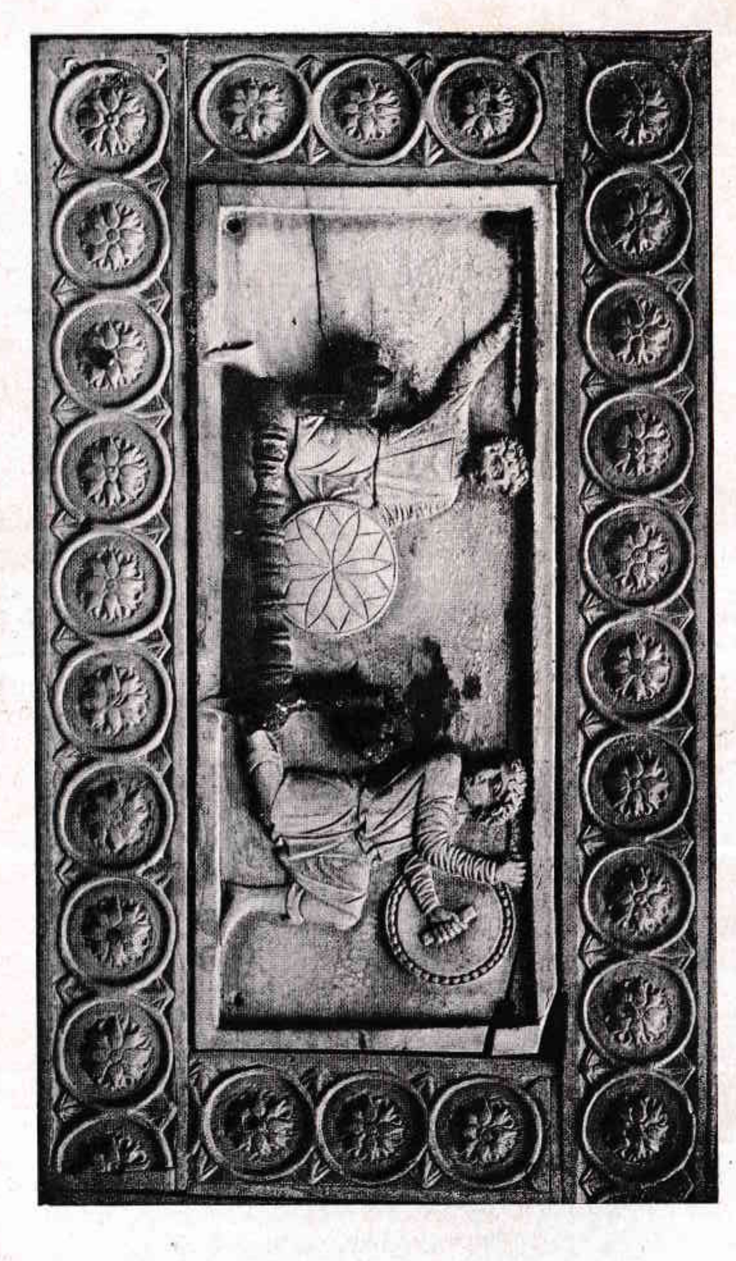
DIOS CREADOR

Detalle de una miniatura de Pol de Limburgo para el famoso *Libro de las Muy Ricas Horas del Duque de Berry*. (Museo Condé, Chantilly)



LA CREACION DE EVA

Mosaico de la basílica de Monreale. Sicilia. Siglo XII.



CAIN MATA A ABEL

Placa de marfil del siglo x. Adorno de un cofrecito del Museo de Reims.

terminó con la empresa sacrílega. Confundió sus lenguajes, y las razas, desunidas, se dispersaron sobre toda la tierra.

¿Podemos atisbar alguna realidad histórica en ese nuevo episodio? ¿La marcha de las razas hacia el Sinear, sería un recuerdo de aquel tiempo remoto en que los sumerios se instalaron en Mesopotamia? El descubrimiento de la técnica del ladrillo, cuya importancia en toda la Media Luna fértil hemos visto, está claramente señalado en el texto bíblico. Se han encontrado numerosos ejemplares de la torre de Babel: es el zigurato, la pirámide con pisos, de Babilonia: en Ur, hay restos de una construcción rectangular de sesenta y cinco por cuarenta y tres metros; el núcleo central es de ladrillo crudo y el exterior de ladrillo cocido. El monumento está formado por terrazas escalonadas, con superficies decrecientes; la primera tiene diez metros de altura; la segunda y la tercera, dos metros y dos metros cincuenta, respectivamente; la cuarta, cuatro metros. Herodoto describe de este modo el zigurato: «Una torre maciza sobre la cual se alza otra; sobre esta segunda, otra más, y así, hasta ocho veces. En la torre superior hay un santuario, con un rico y grande lecho preparado y una mesa de oro. Sin estatuas. Nadie pasa allí la noche, excepto una mujer del país, que el dios escoge entre todas sus compañeras.» Por unas rampas se llegaba a la cima, y, como eran muy empinadas, a mitad del camino había un descansillo.

El sentido religioso de este monumento es poco claro. ¿Era un observatorio desde donde los notables astrónomos mesopotámicos examinaban el cielo nocturno? Seguramente representaba también un símbolo: ¿la forma de la tierra, tal como se la imaginaban entonces? ¿o la de una montaña sagrada, recuerdo de un culto muy antiguo de los Altos Lugares? Es probable que en cada terraza hubiera jardines. Los pisos estaban de seguro pintados, los de abajo de blanco, el más alto de rojo; la capilla superior tenía tejas azules, lo que podría representar, respectivamente, el mundo subterráneo, la tierra y el cielo. Mas lo cierto es que esos monumentos magníficos eran, para los hombres de Sumer y Akkad, un testimonio de orgullo. Conocemos los nombres con que los designaban. En Babel — es decir, Babilonia, «la puerta del dios» —, los templos construídos por Hammurabi se llamaron «morada de frente altiva» y «casa que sostiene la tierra». Es el equivalente de la expresión bíblica: «una torre cuya cima se alzará hasta el cielo».

Rasgo, en esto también, de una psicología eterna: «El espíritu de orgullo ha dispersado las lenguas» escribe San Agustín; el engreimiento, la voluntad de poder separan a los hombres y provocan

las divisiones inextinguibles; con una metafísica y una moral, el viejo texto encierra una política. Otro rasgo de psicología étnica: los nómadas de la tribu de Terah, que se disponen a salir de Ur y a dejar la civilización de las ciudades, ¿no ven en el zigurato, antepasado de los grandes edificios, la imagen de cuanto desprecian y de lo que huyen? ¿La idolatría politeísta, el lujo inmoral de las grandes ciudades, las masas humanas reunidas bajo la férula de los estados burocráticos? Las viejas tradiciones se unen a la historia antigua y corroboran el hecho místico de la vocación de Abraham.

EL FONDO COMÚN Y LA NUEVA APORTACIÓN

Hoy, es indudable que los libros en que la Biblia nos cuenta los orígenes lejanos del hombre se han inspirado en una fuente común, de la cual han nacido varias tradiciones mesopotámicas. Las comparaciones han acabado con el concepto místico tan en boga antaño. Ya no son los tiempos de la crítica racionalista que pretendía haber «explicado» los misterios del *Génesis* invocando simplemente un mito solar y la capacidad de invención de fábulas que tenían los pueblos primitivos.

No comprendemos que sea una desventaja para el *Génesis*. ser la expresión hebraica de las tradiciones conservadas en Mesopotamia. Si los hechos son reales, ¿por qué no han podido ser conocidos antes que a los descendientes de Abraham se les ocurriese fijar el relato? Incluso el espíritu se satisface y conforta al pensar que en el antiguo Sumer se hablaba ya de la victoria de la luz sobre el caos, y que según cuenta, en el siglo III antes de nuestra era, el sacerdote babilonio Berosio, se explicaba la creación del hombre diciendo que la sangre de un dios había animado un cuerpo de arcilla. Hemos de formular dos preguntas: ¿Cuál es el origen de ese fondo común? ¿Cuál fué la aportación original de Israel?

Sin duda alguna, la Biblia ha recogido elementos anteriores a la llegada de los semitas a Mesopotamia. Del mismo modo que la ley y la costumbre que siguen Abraham y los hombres de los tiempos patriarcales, primas hermanas de las leyes y costumbres codificadas por Hammurabi, llevaban el sello de Sumer, las tradiciones religiosas están poderosamente marcadas por nociones presemíticas. Del gran fondo común de las literaturas religiosas cuneiformes, la Biblia sería, por los libros del *Génesis*, el capítulo hebraico.

¿Cuál es el origen de ese fondo cuneiforme? La ciencia humana sólo puede señalar un abismo poco explorado. Algunos piensan que habría de buscarse ese remoto origen, más allá del Irán, entre el Cáucaso, el Turquestán ruso y el Asia central, en una región de donde deben proceder los sistemas de escritura jeroglífica relacionados con el sumerio. Esa fuente común no sería un punto de partida absoluto, sino el resultado de un largo trabajo del pensamiento humano. También ocurre que cuanto más se avanza en el conocimiento de los orígenes de la raza aria, más se robustece la creencia en un pasado rico, en una lengua ya perfecionada desde muchos milenios, cuya sede acaso fuera el Asia central, verdadera cuna de las razas. Sir Flinders Petrie, célebre arqueólogo inglés, ha hecho incluso con este motivo una curiosa comparación. En el *Libro de los Muertos* egipcio, se lee que el sol sale por los montes de Bakhau y se pone en el Tamanou; Bakú y la península de Taman están en las dos extremidades del Cáucaso. ¿Quién sabe si aquellos lagos de fuego del *Libro de los Muertos* son igualmente las capas de petróleo del Caspio? [1]

Si se toma al pie de la letra las expresiones del *Génesis*, no sólo el origen único de los hombres, sino las leyes geográficas de su dispersión, están perfectamente explicados. Las gentes de Sem marchan hacia el Sur, las de Cam hacia el Suroeste, las de Jafet hacia el Oeste: es decir, los primeros hacia Arabia, los segundos hacia Siria, Egipto, África — los hebreos llamaron a Egipto «país de Misraim», un hijo de Cam — y los últimos hacia Europa. Todas las razas podrían reivindicar las tradiciones de los orígenes, puesto que son anteriores a la dispersión. Y las coincidencias, de las cuales se sirve la crítica antirreligiosa como arma, son más bien pruebas de la veracidad de los hechos.

No hay que exagerar el alcance de esas coincidencias. Hasta ahora no se ha encontrado un conjunto tan completo y coherente como el texto bíblico. Hemos visto que, sobre muchos puntos — la creación de Adán y Eva, por ejemplo —, no ha podido señalarse ninguna. Y sobre todo, quien lea de buena fe el relato del *Génesis* cotejándolo con los documentos cuneiformes, por interesantes que sean, verá claramente que entre ellos y el relato bíblico media un abismo.

La originalidad de la cosmonogía bíblica estriba primero en el monoteísmo riguroso que destaca en ella. En el relato del Diluvio, por ejemplo, el texto mesopotámico es politeísta, repleto de dioses que

1 No olvidemos tampoco que el monte Ararat, donde el Arca de Noé quedó encallado, está en la misma región.

intervienen para acelerar el cataclismo, o que se lamentan, sintiéndose ellos también amenazados; en cambio, el *Génesis* lo supedita todo a un Dios único. Ocurre lo mismo en los demás relatos. Las cosmogonías babilónicas atribuyen tal o cual papel a Enlil, Marduk, al dios-luna, a todo un mundo de fuerzas; en la Biblia, «el espíritu de Dios» lo hace todo. Transcurre todo como si, tornando los elementos del relato a la antiquísima fuente — ¿sumeria? ¿asiática? — los descendientes de los Patriarcas los hubieran purificado de su idolatría restituyéndolos al Dios único. Ello confirma cuanto la historia de Abraham nos ha enseñado acerca de la misión y del sentido que tenía y ha conservado su pueblo.

Un segundo elemento de originalidad parece revestir la misma importancia. Esa cosmogonía es ya historia. Desde el principio, la imagen de los siete días de la Creación, al mostrar que la obra divina se hace por etapas, sugiere al mundo, en su lejana aurora, la idea de un progreso, de un camino hacia adelante, de un destino que cumplir. Otros relatos de orígenes, los de los griegos, por ejemplo, dan la impresión de condenar a la sociedad a permanecer clavada en el recuerdo de una Edad de Oro. El *Génesis* es una promesa del futuro; su fin lógico, es la vocación de los descendientes de Sem, su particularísima elección por Dios.

Y esa cosmogonía, ¡qué poco lugar ocupa en el inmenso conjunto! Su originalidad estriba, y esto influye profundamente en toda la Biblia, en que es una historia, la más antigua de las historias, un relato de acontecimientos humanos: lo esencial para ella es el hombre. El carácter tan adecuado de la psicología que se descubre en su fondo tiene un significado menos teológico y metafísico que moral y místico. La Biblia es un libro a la medida del hombre. No es en la naturaleza ni en las apariencias donde Israel buscará a Dios, sino en la persona, hasta descubrir su imagen perfecta, el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios.

LA TRADICIÓN TRANSMITIDA

La partida de Abraham ante la llamada de Dios, la vida bajo las tiendas en tierras de Canaán, las entrevistas de los Patriarcas con el Altísimo, y luego el asombroso triunfo de José, son las tradiciones próximas que se transmiten de padres a hijos los israelitas en tierras de Egipto, donde habrán de permanecer. Y también las tradiciones mucho más remotas que explican la creación del mundo y del hombre, el drama de la vida, la lucha del bien y del mal, el origen de las razas. Aquí hay que formular una última pregunta: ¿Cómo pudieron ser conservadas, al correr de los siglos, aquellas tradiciones?

Demasiado bien hemos visto cuán poderosa fué la influencia mesopotámica en la Biblia para negarnos a admitir que tal conjunto haya podido ser transmitido por la escritura. Por lo menos desde un milenio antes de que Abraham naciese, los hombres de Sinear sabían fijar su pensamiento. Siguiendo una evolución tradicional, la escritura fué pictográfica, es decir, figurativa; cada dibujo designaba un objeto; luego fué ideográfica, en la que el signo correspondía no ya a una figura, sino a una idea; estilizada poco a poco, llegó a ser silábica; sólo más tarde apareció el alfabeto. En tiempos de Abraham ya no se practicaban las escrituras arcaicas cuya torpeza nos muestran las de Tello que están en el Louvre, o las inscripciones de los primeros faraones. Hammurabi grabó su código sobre piedra. El mundo babilónico hacía abundante uso de la escritura ya perfeccionada llamada cuneiforme.

Sobre tablillas de arcilla sin cocer, de tamaño muy variable — unas del tamaño de folio, otras apenas como un cuaderno de bolsillo —, el escriba imprimía los caracteres con un buril cuyo trazo formaba un *cuneus*. Así se escribía todo: cartas personales o de negocios, circulares, contabilidad, etc. Si era preciso legalizar lo escrito, el escriba imprimía su sello, que tenía forma de pequeño cilindro, en el cual estaba grabada una escena religiosa, así como el nombre del dueño. Cuando el ladrillo estaba escrito y seco, lo unían a otros engarzados en una vara y, si se trataba de una carta, la metían en un recipiente de arcilla, que se sellaba.

Este procedimiento tuvo un éxito extraordinario. Lo encontraremos empleado desde el Imperio hitita del Asia Menor y del actual Turquestán ruso, hasta Egipto, donde los faraones recibieron abundante correspondencia diplomática en planchas de arcilla. Gozaba la ventaja de ser indeleble, pero también tenía el inconveniente de utilizar materiales muy pesados. Traducidos en signos cuneiformes, sólo los libros del *Génesis* pesarían un quintal. El hecho de que la escritura haya sido de uso corriente, prueba que la tradición podía apoyarse sobre referencias precisas. Mas también es probable que no fuese el medio de expresión más usual.

Nuestra mentalidad de occidentales del siglo xx, habituados desde hace siglos a la escritura corriente, al papel ligero, y, más recien-

temente, a la imprenta, no concibe una transmisión de hechos que no se hiciera por escrito. Es diferente en muchos otros pueblos. La memoria fué considerada durante largo tiempo como un medio más seguro. Entre los griegos, los poemas homéricos se cantaron mucho tiempo antes de ser redactados. En Egipto, en los archivos faraónicos, se conserva la carta de un funcionario que escribe al rey: «Con esta tablilla, te envío un mensajero que se la sabe de memoria.» Los judíos recitarán de una a otra generación el Talmud, y el Corán, de Mahoma, será conservado recitado o cantado, pero no leído.

Bajo la tienda negra, en la región de Mambré, y luego en las blancas casitas del Delta, escuchando a los aedas guardianes de la tradición nacional, los lejanos hijos de Abraham transmitirán su historia. Más tarde, cuando esa tradición se fije — y antes de escribirla — la atribuirán al héroe que les condujo durante la segunda etapa de su historia: a Moisés.

SEGUNDA PARTE

MOISÉS Y CANAÁN

I. — UN CONDUCTOR DE HOMBRES

ISRAEL EN EGIPTO

Y dijo Jacob a José: «Voy a morir, mas Dios estará con vosotros, y os hará volver a la tierra de vuestros padres» (*Génesis,* XLVIII, 21). Egipto no es más que un alto en el camino. Sin embargo, la profecía tardó en cumplirse. Transcurrieron varias generaciones. «Los hijos de Israel crecieron y se multiplicaron; se hicieron poderosos en extremo y llenóse el país de ellos» (*Éx.,* I, 7).

¿Dónde residieron los israelitas? En «la tierra de Gesén», «la región de Ramsés», o «los campos de Tanis», dicen los diferentes textos de la Biblia. No se ha identificado el lugar. De seguro se trata de la llanura ondulada que se extiende desde el Delta a los Lagos Amargos. Tanis no está lejos; acaso fué el Avaris de los hiksos; Ramsés II construyó, en aquel lugar, su capital; es el valle de Uad Tamilat, región fronteriza donde parece natural que un faraón, llegado del Asia, hubiera instalado a sus asiáticos errantes. Los terrenos de pastoreo permitían criar numerosa ganadería y los cultivos alrededor de las tiendas debían crecer con facilidad. Seminómadas, semisedentarios, los hijos de Israel gozaban de vida muy agradable. De las hermosas cebollas de Egipto conservarán un grato y nostálgico recuerdo.

Todo cambió bruscamente. «Alzóse entretanto en Egipto un nuevo rey que no conocía a José» (*Éxodo,* I, 8). Los servicios prestados por el gran visir no protegían ya a la descendencia de éste. Su aumento pareció inquietante. La persecución comenzó.

Aquí aparece un hecho histórico: la guerra de independencia que los faraones tebanos de la XVII dinastía llevaron a cabo contra los «reyes pastores». Un príncipe indígena, Sequeniera el Bravc, subleva al Alto Egipto. Sorprendidos, los asiáticos vacilan, mas se rehacen. Comienza una lucha tenaz en el curso de la cual perecen tres reyes tebanos. En cincuenta años, se logra la liberación. Tomada Avaris, «la peste de Asia» es rechazada hacia sus tierras de origen, y hacen incluso una incursión por Palestina para completar la derrota de los hiksos. Como amigos de los «reyes pastores», los hijos de Israel resultaban sospechosos para los egipcios. A pesar de mantener una prudente neutralidad, fueron asimilados a «aquellos miserables extranjeros del Asia», y, cuando se marcharon sus protectores, hubieron de pagar las culpas atribuídas a ellos.

La persecución tomó al principio la forma bastante moderada del trabajo obligatorio y gratuito. Se hacían sin cesar grandes obras en la región del Nilo; muchos extranjeros, babilonios, troyanos, negros, constituían la mano de obra de los faraones. Los orgullosos nómadas fueron obligados a producir ladrillos. Una pintura mural, en Tebas, representa lo que era ese terrible trabajo. Durante todo el día, bajo el látigo de los capataces, tenían que cargar de barro los serones de junco, mezclar con tierra paja muy trillada, llenar los moldes y, por fin, alinear millares de ladrillos al sol abrasador.

Eran sólo la humillación y el cansancio. Pero este estado de cosas empeoró unas décadas después. Los egipcios, en plena evolución imperialista y nacional, se dedicaron a eliminar todos los elementos heterogéneos. Se le ocurrió primero al faraón obligar a las parteras israelitas a que matasen, al nacer, a todos los niños de Israel. Como el sistema fué ineficaz, mandó arrojar al Nilo a todos los recién nacidos del pueblo aborrecido. La raza elegida parecía condenada a desaparecer. Entonces surgió Moisés.

EL LIBERTADOR

La historia de Moisés comienza de una manera encantadora. La humanidad desea que sus grandes hombres tengan un nacimiento poco común; el gran Sargón y Gilgamesh debieron la vida, según se cuenta, a una protección especial de los dioses, como luego Baco, Perseo, Rómulo o Sigur. El relato bíblico carece de misterio y está rodeado de poesía. Una mujer de Israel no ha tenido valor para ahogar a su recién nacido. Acecha el lugar donde la hija del faraón acude a bañarse y pone al niño en una cuna flotante. La princesa se conmueve ante la frágil criatura. Recoge al niño, le da por nombre Moisés, «salvado de las aguas», y luego le busca una nodriza. ¿No hay ninguna en las cercanías? Se presenta una y es aceptada: es la propia madre de la criatura, que se las ha arreglado bastante bien.

Es importante el hecho de que el futuro libertador de Israel haya comenzado su carrera entre aquellos a quienes tendría que combatir. Aprendió «toda la sabiduría de Egipto» según los *Hechos de los Apóstoles* (VII, 22), así como su debilidad. En otros tiempos, de su infancia en la Hélade, recordará Filipo de Macedonia lo que es necesario para vencer a los griegos; Vercingetorix, antes de sublevarse, fué oficial aliado de los romanos y cenaba junto a César; y el Napoleón negro de Santo Domingo, Toussaint-Louverture, estuvo al servicio de los blancos antes de combatirlos a muerte. Moisés no aparece ni tan sencillo ni tan animado como José. Es, ante todo, un hombre de vocación. Poderoso, majestuoso como la estatua de Miguel Ángel en San Pedro, con la frente iluminada por dos haces de luz sobrenatural, pero oscuro en sus métodos hechiceros y henchido de santo furor por las causas justas.

Hubiera podido, como José, labrar su fortuna en la corte faraónica, aunque fuera a costa de una traición. Sabemos de judíos cuya apetencia de triunfo les aparta febrilmente de su raza. Moisés prefiere la misión a una carrera brillante. El primero de los Profetas siente ya en sus labios ese ardor que produce la sed de justicia. Paseándose por las obras del faraón donde trabajan sus hermanos, «observó a un egipcio que hería a uno de los hebreos. Y miró a todas partes, y viendo que no aparecía nadie, mató al egipcio, y escondiólo en la arena» (*Éx.*, II, 11, 12). Por protegido que fuese Moisés, el asesinato de un encargado de obras públicas no podía absolverse, y «el faraón procuró hacer matar a Moisés».

La tierra de Madián, donde se refugió, estaba más allá de la frontera. Al norte del golfo Elanítico, se extiende hoy una estepa pobre. En la Antigüedad, la región era más activa; se han encontrado ruinas de acueductos y presas; allí desembarcaban en tiempo de Salomón el oro de Afir. La población era semita, descendiente de Abraham y de una de sus concubinas; un sacerdote del país, Jetro, dió por esposa al exilado una de sus siete hijas. Ser padre de familia y pastor de rebaños, constituye la felicidad de Moisés. Mas en el desierto, en la soledad, aquel hombre culto, aquel cortesano, se da cuenta de su misión. El corazón de su raza late en él. Y como sus

hermanos que se habían quedado en Egipto «suspiraron y clamaron a causa de la servidumbre», el Todopoderoso oyó sus gemidos. «Acordóse de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel y reconociólos» (*Éx.*, II, 25).

Moisés recoge la misión confiada al antiguo Patriarca en la revelación de Ur. Un día que apacentaba su ganado en las inmensas soledades del Sur, tiene una extraña visión. Una zarza está ardiendo sin consumirse; cegadora como la llama amarilla de las plantas impregnadas de sal, aquella llama es semejante a la presencia de un ser sobrenatural, es la presencia del tal ser, es Dios. Moisés escucha, descalzo y con «el rostro cubierto con sus manos». Es él, y no otro, el encargado de arrancar a su pueblo de la opresión. «¿Quién soy yo», responde Moisés, «para ir a sacar de Egipto a los hijos de Israel? No tengo facilidad de palabra. ¿Qué pruebas daré a mis hermanos?»

¿Pruebas? Hélas aquí. La vara que tiene Moisés en la mano se vuelve serpiente, y tórnase de nuevo madera. Su mano se cubre de lepra que luego desaparece. Y Dios le da la señal más perentoria: le dice su nombre, como si le garantizase, Él, el inaccesible, que se pone a su disposición. Entonces Moisés obedece. Regresa a Egipto, no sin sufrir una conmoción en su alma que recuerda el combate nocturno de Jacob. Por los signos que manifiesta, el pueblo reconoce que ha sido marcado por Dios. Tiene ochenta años.

No era fácil sacar de Egipto a Israel. El faraón odiaba a los asiáticos, mas tenía necesidad de obreros. Ayudado por su hermano Aarón, a quien Dios le asocia, el inspirado trata de obtener permiso de marcha. El rey no lo concede. Queda la fuerza. No en vano Dios le ha concedido poderes milagrosos; en aquella tierra de magia se escucha a un mago: ¡Que la cólera del Todopoderoso caiga sobre Egipto!

Diez plagas se abaten sobre el país del Nilo. El pacífico José desterró la miseria de las orillas del río; el ardiente profeta la conjura. El agua del Nilo se torna color de sangre, queda infecta, y los peces mueren; las ranas lo invaden todo, hasta el lecho real; mosquitos numerosos como granos de polvo, hacen la vida imposible; luego aparecen insectos, escarabajos de todas clases, como en las pesadillas; una epidemia mata al ganado, desde los camellos hasta las ovejas; la piel de los hombres se cubre de tumores; el granizo destroza los campos, la langosta completa la devastación; durante días y noches las tinieblas sumen al país en el terror. ¿Basta? Nueve veces

el faraón ha prometido, aterrorizado, dejar que marche Israel, y después se ha vuelto atrás. He aquí la última prueba.

La Biblia presenta aquellas diez «plagas» como milagrosas. Poco importa que el agua color de sangre nos haga pensar en la crecida del Nilo que, al principio, es rojiza y fétida; que las invasiones de insectos y ranas sean frecuentes cuando el agua crece demasiado; que las langostas sean una molestia muy corriente allí, así como que esos gruesos saltamontes morados y amarillos sean los mismos de los cuales se alimentará Juan el Bautista en el desierto. Las infernales tinieblas son acaso las mismas que forman los vientos de arena; el *khamsin* mortal, y las enfermedades purulentas no son fenómenos extraños en Oriente. No por eso deja de tener importancia tal cúmulo de calamidades: en esa serie de catástrofes, todo Egipto ve «el dedo de Dios».

La décima plaga fué aún más grave y más misteriosa. El Señor pasará por la noche y matará a todos los primogénitos egipcios. ¿Podrá reconocer a los hijos de Israel? Sí, pues cada familia, la víspera por la noche habrá inmolado un cordero, esperará dispuesta para la marcha, ataviada para el viaje, y renunciará al pan con levadura de las ciudades. Sobre la puerta, pintará una señal con la sangre de la víctima que, semejante al carnero de Abraham, rescata la vida de los hijos de Dios. Aun hoy, en Siria, para proteger al huésped, se traza una marca sangrienta sobre su capa y sobre el cuello de su cabalgadura. Ha nacido la Pascua, la «fiesta del paso»; Israel la conmemorará todos los años, en memoria de aquella noche en que el poder de la muerte «pasó por encima» y obligó a la fuerza bruta a someterse a Dios.

UN PROBLEMA DE FECHAS

El pueblo de Israel se dispone a salir de Egipto. La historia plantea numerosos problemas. El gobierno minucioso de los faraones ¿conserva en sus archivos rastros de aquella estancia y del éxodo? ¿Cómo se llama aquel rey verdugo, o, lo que es igual, cuánto tiempo permanecieron los descendientes de José en la tierra de Gesén?

Ningún documento egipcio nos habla de los israelitas. Tenemos muchas pruebas de la presencia en el Nilo de semitas nómadas; un bajorrelieve nos muestra a un africano de labios gruesos y a un asiático de nariz corva ligados espalda contra espalda; el cetro de Tu-

tankamen representa, en cada punta, como si fueran dos caras de un naipe, a un negro y a un semita, representativos del doble peligro que amenazaba a la corona. Tales hechos son atestiguados desde Abraham; no desaparecerán con el éxodo; ¿se trata de los descendientes de José?

Más tarde, cuando la tradición bíblica se conozca por todo Oriente, surgirán las leyendas. Nos cuenta Manetón, historiador egipcio, que los israelitas eran «leprosos» confinados cerca de los lagos Amargos y que, cuando la derrota de los hiksos, se sublevaron y huyeron: manera de tomar al pie de la letra la expresión «lepra del Asia» con la cual se calificaba todo aquello que recordaba a los reyes pastores.

Una indicación interesante ha sido suministrada por el descubrimiento, en El Amarna, de tablillas que señalan la presencia en Egipto de un pueblo llamado *habirou.* ¿Son los hebreos? Sin duda. El Padre De Vaux afirma que, seguramente, eran semitas nómadas que pertenecían a la gran oleada aramea. El nombre de *habirou* se encuentra por casi todas partes, hasta en el Asia Menor hitita, y, si es cierto que los israelitas pertenecían a aquel conjunto étnico, no tenemos ningún motivo para creer que todos los *habirous* eran descendientes de José. El hallazgo de El Amarna tiene, pues, un alcance muy limitado.

Sin embargo, existen rastros de la presencia de los israelitas, si no en Egipto, por lo menos en la Palestina meridional, en una estela levantada por el faraón Meneptah, en el siglo XIII. Menciona las naciones vencidas por él: Canaán, Ascalón, Guezer, y termina: «Israel ha sido destruído; no queda simiente». Es la primera vez que aparece ese nombre en un texto extrabíblico. Confirma la existencia de la descendencia de Jacob. Mas, para entender el sentido exacto, habría que estar seguro de la fecha del Éxodo, y nos encontramos, para ello, en plena hipótesis.

¿Podemos averiguar la fecha, determinando la duración de la estancia en Egipto? Nuestra Biblia dice que permanecieron allí cuatrocientos treinta años, mas la versión griega de los Setenta, hecha en el siglo III antes de nuestra era, en Alejandría, incluye en ese número la época de los Patriarcas, reduciendo la estancia a la mitad. Los otros medios de cálculo son también imprecisos, como, por ejemplo, ascendiendo de una fecha casi segura, en el reinado de Salomón, para totalizar la duración de los períodos comprendidos en el texto. Recientemente se han basado en las excavaciones de Jericó, primera fortaleza conquistada por Israel en Palestina: ¿se encontrarían las huellas de aquella destrucción del mismo modo que en Troya pa-

recen verse los restos del incendio provocado por Agamenón? La discusión sigue en pie.

La historia de Egipto ¿nos indicaría algo si lográsemos identificar al perseguidor? Es difícil, pues los egiptólogos no se ponen de acuerdo sobre la manera de fechar. Unos optan por la cronología «larga», otros por la «corta»; lo cual, en la época del Éxodo, representa una diferencia de dos o tres siglos. Según se adopte una u otra, tendremos que situar el Éxodo hacia 1440 o hacia 1225. Y las perspectivas son muy diferentes. De una cosa estamos seguros: la salida de Moisés tuvo lugar bastante después de la expulsión de los hiksos; cuando Egipto, bajo los faraones de las dinastías XVIII y XIX, llegó a su máximo poderío. Intentemos representarnos el desarrollo de los hechos con cada una de las dos hipótesis.

Según la cronología larga, se trata de la dinastía XVIII. Cuando los faraones de la XVII hubieron expulsado a los hiksos, sus sucesores se dieron cuenta de que, para evitar la repetición de semejantes catástrofes, era preciso vencer al Asia en su propio suelo. Con los reyes pastores, Egipto perfeccionó sus métodos militares; tenía divisiones de carros; sus soldados estaban mejor armados, con jabalinas y espadas, y, en lugar de combatir desnudos, llevaban gorros y, en ocasiones, petos reforzados. Tutmosis I invadió Siria hacia 1530, llegó al Éufrates, y, maravillado de encontrarse con un río que corre en sentido opuesto al Nilo, grabó sobre una estela: «He visto el agua vuelta, que corría subiendo». Después de una pausa se emprenden nuevas expediciones con Tutmosis III, magnífico conquistador. Este hombre, cuyo rostro, reflejando inteligencia y valor, podemos contemplar en el museo del Cairo, lucha victoriosamente durante veinte años, de 1500 a 1480, aproximadamente. Palestina y Siria son protectorados suyos; Chipre y las islas griegas le pagan tributo. En el templo de Amón, en Karnak, la lista de sus hazañas cubre cien metros cuadrados. Después de él, la decadencia. Su hijo Amenofis II es mediocre, y, cincuenta años más tarde, Amenofis IV, el faraón revolucionario, cambia toda la política egipcia, inventa un universalismo pacifista, y deja hundirse el poderío del reino.

La Biblia nos habla de dos faraones: el que persigue a Israel y el del Éxodo. El primero sería Tutmosis III, lo que corresponde al carácter nacionalista de su política. Bajo su hijo, el grotesco Amenofis II, Moisés habría sacado a Israel entre 1450 y 1420, aproximadamente. En esta hipótesis se podría incluso identificar a la «hija del faraón». Fallecido Tutmosis I, el poder lo ejerció una regente que suplantó a su hermanastro y esposo, el insignificante Tutmosis II.

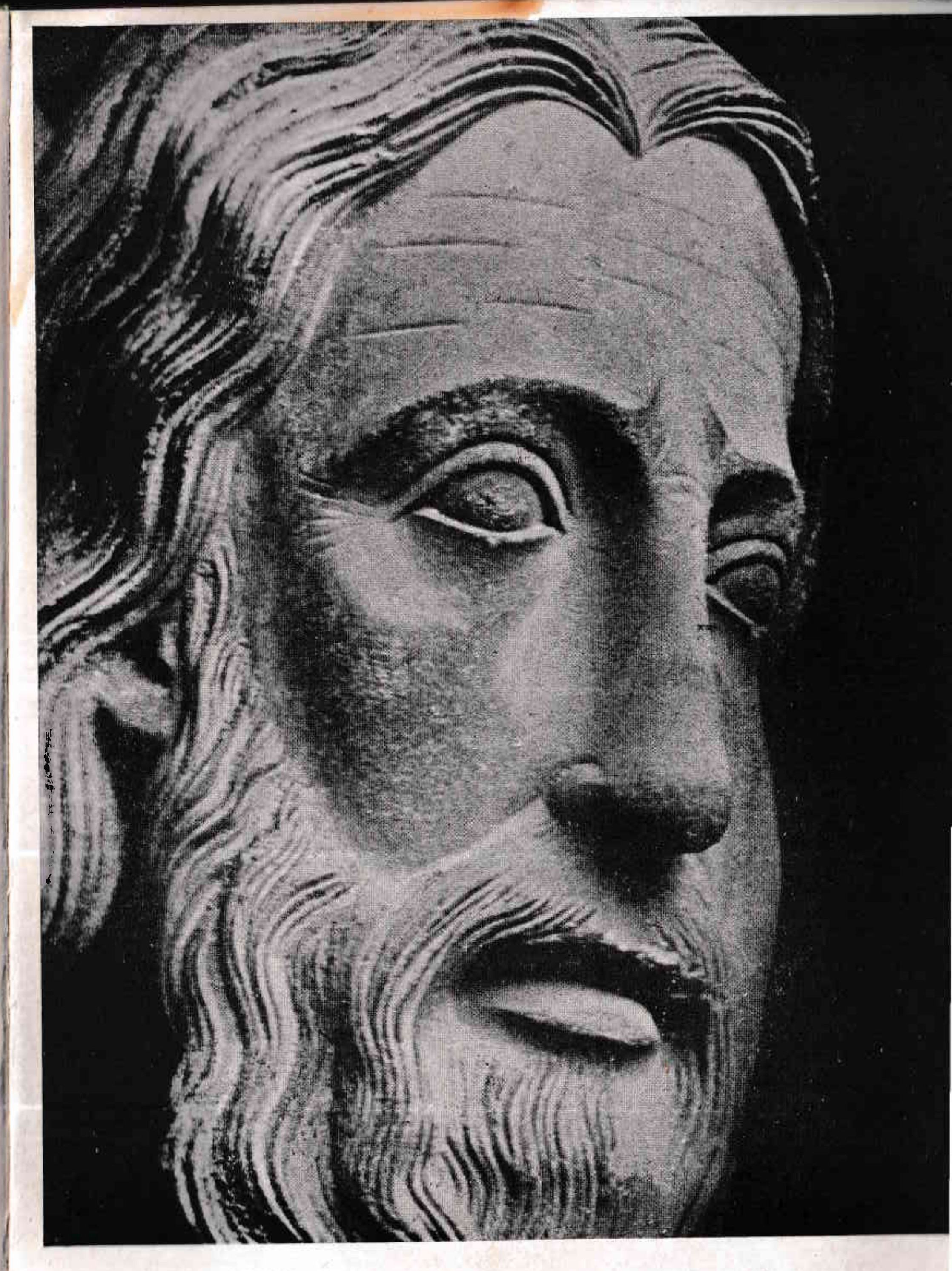
Aquella mujer bravía se llamaba Hatsepsú; se hizo representar en los monumentos llevando el *pschent* real y la barba postiza; fué ella quien construyó el templo de Dar-el-Bahari, el «magnífico de los magníficos», cuyas columnas tienen una pureza dórica; envió al país del Pount (Eritrea y Somalia) una expedición para traer perfumes. ¿Es ella la muchacha caritativa que salva al tierno israelita abandonado? Flavio Josefo, historiador judío, cuenta que Moisés, en su juventud, mandó un ejército egipcio en una guerra contra Nubia. La historia está clara: Hatsepsú salva y cría a Moisés, y le da importantes cargos. Cuando ella muere, su yerno y sucesor en el trono Tutmosis III, que la odia hasta el extremo de borrar su nombre de los monumentos, expulsa al antiguo favorito y persigue a los hebreos.

Esa seductora hipótesis tiene, sin embargo, varios argumentos en contra. Primero: ¿Por qué reducir la estancia de Israel en Egipto? ¿Acaso exageró este orgulloso pueblo el tiempo de esclavitud? Por otra parte, si el Éxodo tuvo lugar hacia 1440, los hebreos estarían en Palestina en el siglo XIII; ¿cómo es que la Biblia no señala los dramáticos sucesos que se desarrollan entonces, bajo la dinastía XIX?[1]

Después de la crisis política y religiosa desencadenada por Amenofis IV, el revolucionario, el piadoso impío Akhenaton, un faraón sin relieve puso todo en orden: es Tutankamen, cuyos tesoros funerarios, descubiertos en el año 1922, hicieron célebre su nombre. Una nueva dinastía emprendió de nuevo la ofensiva contra Siria. En aquel glacis de Egipto, Seti I hizo varias expediciones hasta el Tauro. Su hijo es Ramsés II. Curiosa suerte la de este rey, que ciertamente fué notable, pero no hasta el extremo de ser el único faraón cuyo nombre sea conocido por la humanidad. Todos han visto, en fotografías, su momia, ese viejo rostro cuya energía expresiva no ha sido borrada por el embalsamamiento. Uno de sus obeliscos adorna la plaza de la Concordia parisiense. Alto, elegante, lleno de vigor, aquel hombre conoció, durante sesenta años de reinado, todo cuanto pueden proporcionar el poder y la vida.

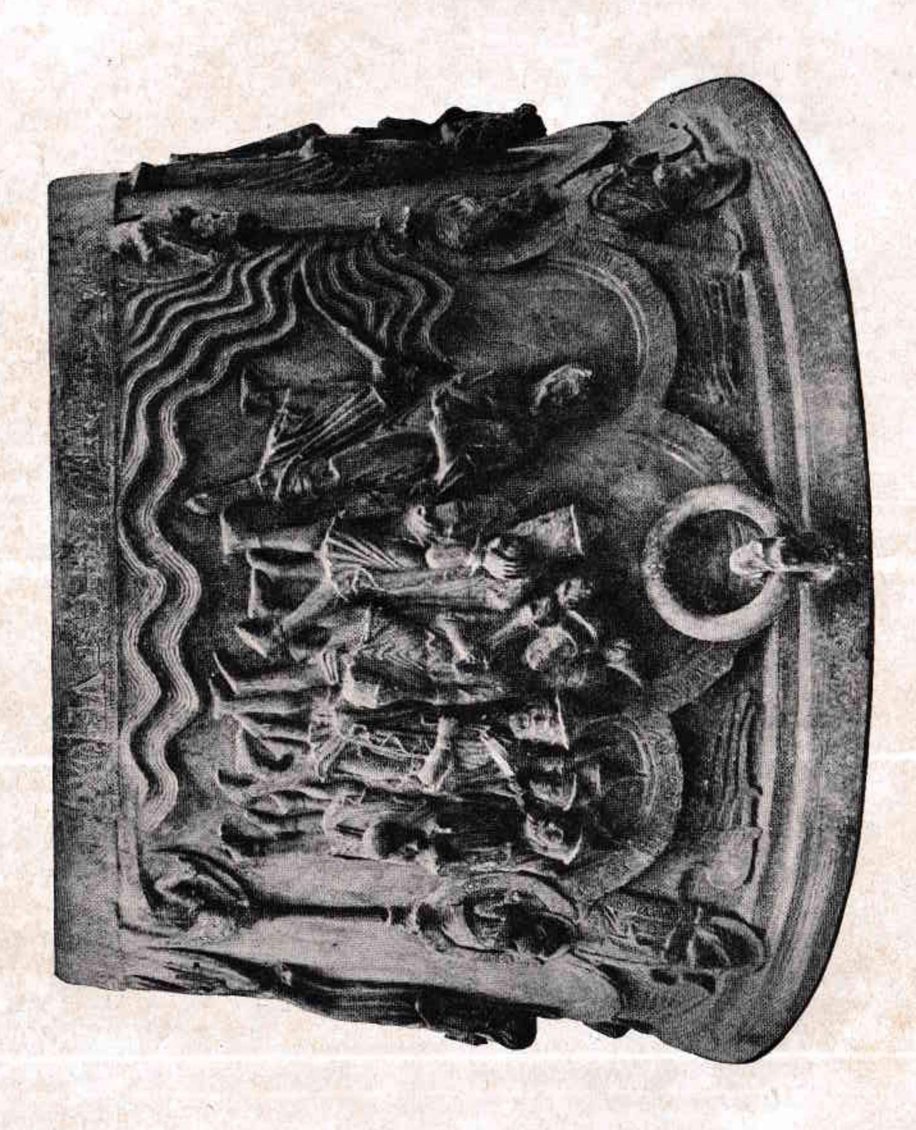
En circunstancias dramáticas, Ramsés II salvó a Egipto. Fué al principio de su reinado, en Cadesh, junto al Orontes; tenía veinticinco años. El peligro procedía de aquellos hititas que ya hemos visto en movimiento, seis o siete siglos antes. Hace poco, el vocablo «hitita» era uno de esos nombres bíblicos que se prestan a conjeturas. ¿A quién llamaban «hijo de Het»? ¿Quién era ese hitita o heteo a quien Abraham compró la gruta de Macpela? Los griegos no cono-

1 Véanse los cuadros de las dinastías XVIII y XIX.



MOISES, JEFE AUSTERO Y RIGUROSO, INSPIRADO PROFETA

Así fué evocado por un gran artista desconocido de la Edad Media. Fachada norte de la Catedral de Chartres. Siglo XIII.



EL PASO DEL MAR ROJO

En el simbolismo cristiano, el paso del Mar Rojo es considerado como anuncio profético del bautismo, salida de la tierra de esclavitud y del pecado y milagrosa entrada al país de la Gracia.

cen de ese pueblo más que la leyenda de las amazonas. Hace cien años, hacia 1835, el francés Charles Texier descubrió cerca del pueblo de Boghaz-keni, en Turquía, cien kilómetros al sur de Sinope, unas ruinas importantes, pero no hizo caso. En 1893, Chantre y Boissier encontraron, en la misma región, tablillas cuneiformes y afirmaron que se trataba de una lengua extraña, totalmente desconocida.

Por fin, en 1906, el doctor Winckler, alemán, encontró una mina de documentos: 2.500 tablillas. En 1915, el profesor checo Hrozny comenzó a leerlas y publicó una gramática. Los hititas surgían en la historia. Ahora vemos en ellos un elemento esencial de aquel mundo antiquísimo del Asia Menor, de avanzada cultura, en la que los griegos echarán sus raíces.

Su origen es ario. Sin duda llegaron de Europa por el Egeo. En sus monumentos, vemos que tenían la nariz recta en prolongación de la frente, como los helenos. Su lengua tiene alguna semejanza con el griego arcaico, como si ambos procediesen de la misma fuente. Su sistema político, establecido sobre la jerarquía de reyezuelos dominados por un «gran rey», nos recuerda extrañamente la de los griegos homéricos, cuando la expedición contra Troya, dirigida por «el Rey de Reyes». Bien situados en el corazón del Asia Menor, vigilando las rutas del Mediterráneo a la Media Luna fértil, dueños de ricas minas de hierro, lo que les aseguraba una gran fuerza de armamento, sometieron a los pueblos vecinos, a quienes sojuzgaron. Del siglo XIX al XVII conocieron un período de poderío y esplendor imperialista. Su «gran rey», que se llamaba a sí mismo «mi sol», dominó toda el Asia Menor y sus avanzadas llegaron hasta Babilonia. Luego sucedió un período de eclipse que corresponde a la dominación de los hiksos en Egipto, cuya causa es seguramente la misma que origina la decadencia egipcia. Recuperado su dominio, los reyes de Hatia emprendieron de nuevo, a partir del siglo XIV, sus proyectos de conquista. Uno de ellos, Supiluliuma, especie de Luis XIV hitita, aprovechándose de la crisis en que sumió a Egipto el místico Akhenaton, extendió su poder por todo el norte de Siria. De 1360 a 1260, la capital de Asia Menor, Hatús (hoy Boghaz-keni), fué el verdadero centro político del Oriente, el punto donde se fraguaban los acuerdos principales de las potencias. El conflicto era inevitable entre aquel pueblo joven, en plena expansión, y el antiguo reino faraónico.

Estalló apenas subió al trono Ramsés II. El viejo rey hitita, Mouatal, con tres mil quinientos carros, hizo caer en una trampa al joven faraón presuntuoso. Cortado en dos su ejército, ante Cadesh, Ramsés por poco perece. Su valor personal y el amor al botín que poseían los

hititas, le permitieron transformar la situación. El resultado quedó indeciso, lo que era mejor que un desastre. Se firmó la paz y se redactó un tratado minucioso en la lengua diplomática de la época, el babilonio. Incluso Ramsés se casó con una princesa hitita, y, con vistas a la posteridad, se hizo representar como triunfador sobre un hermoso carro arrastrado por sus dos jacas favoritas: «Alegría de la diosa» y «Gloria de Tebas».

Es inverosímil que la Biblia no mencione tales sucesos si los hebreos fueron testigos oculares de ellos. Por eso, en la hipótesis de la cronología corta, el faraón que persigue a Israel ha de ser Ramsés II. Coincide perfectamente con lo que sabemos de sus métodos, de su deseo de rechazar fuera de Egipto toda influencia asiática, y, sobre todo, su arquitectura, puesto que Ramsés II fué un maniático de la construcción, un apasionado arquitecto. No satisfecho con lo que construye, confisca y pone su nombre en los monumentos de sus antecesores; para avanzar más de prisa, manda construir imitaciones, pintura que copia a la escultura, bajorrelieves en hueco y no en relieve. Karnak y Luksor rebosan de sus obras gigantescas. Y para vigilar la frontera del istmo, construye una nueva capital, en el Delta, hacia el Este, suntuosa ciudad para la cual requisa mano de obra en todos los lugares. Sin duda, esa «ciudad de Ramsés» es en la que trabajaron los israelitas, según cuenta la Biblia; los ladrillos de la esclavitud sirvieron para aquellas enormes obras (*Éx.*, I, 11).

Valiéndonos de esta hipótesis, ya no podemos identificar a la «hija del faraón», pero más que a la autoritaria Hatsepsú, ¿no es preferible imaginarnos a una muchacha de cabellos bien peinados, de sonrisa tímida, que aprieta contra su pecho una flor de loto, como podemos ver en las encantadoras imágenes de la dinastía XIX? El faraón del Éxodo sería Meneptah, uno de los hijos de Ramsés II. Subió ya viejo al poder — ¡su padre había vivido tanto!, — tuvo grandes dificultades en Palestina y Siria, se vió obligado a emprender numerosas expediciones, y, por fin, se replegó a su tierra africana amenazada por los pueblos marítimos. Se comprende que Moisés aprovechase tal inferioridad. Por lo tanto, la fecha del Éxodo generalmente admitida es alrededor del año 1225.[1]

1 El Padre Vaux admite, para la ocupación de Canaán, la última parte del siglo XIII, lo que coloca el Éxodo en la segunda mitad del reinado de Ramés II.

LA INFLUENCIA EGIPCIA

UNA estancia de varios siglos en tierras del Nilo no podía por menos de ejercer sobre los israelitas una profunda influencia. Y, de hecho, en toda la Biblia, Egipto es continuamente evocado. Mas es casi siempre para cubrirlo de oprobios. «La protección de los faraones es una vergüenza», escribe el profeta Isaías (XXX, 3), que nos muestra a los «insensatos» egipcios, «sometidos a los nigrománticos, idólatras y hechiceros», temblando ante el Dios de Israel (XIX, I, 25). La huella egipcia tendrá que combatirla dentro de sí el pueblo elegido.

El aspecto más oscuro de la personalidad de Moisés es egipcio, así como sus dotes supranormales sobre las cuales insisten las Sagradas Escrituras. Esa «sabiduría egipcia» que aprendió, acaso fuese la ciencia esotérica tan extendida por las orillas del Nilo: al mago se le llamaba *rekh khetou*, «el que sabe las cosas». Vemos a Moisés, ante el faraón, competir en sortilegios con los brujos egipcios; en los *Cuentos Populares de Egipto*, recopilados por Maspero, los magos han de hacer prodigios tales como el separar en dos las aguas de un río, cortar la cabeza de un hombre y ponérsela de nuevo, dar vida a una estatuilla de cera que representa a un cocodrilo, volverse invisible... El recuerdo de aquellas hazañas aparecerá en la tradición griega, bajo la forma múltiple de Proteo, de quien habla Homero.

Sin embargo la gran diferencia entre la taumaturgia de Moisés y la magia de Egipto es que su fin no es someter a Dios. Los «sabios» del Nilo tratan, con sus medios secretos, de dominar a la divinidad; el hombre pecador que mereciera ser condenado, si supiese las fórmulas, escaparía al castigo: contradicción e inmoralidad en esa religión que encierra por otro lado tanta elevación. Moises, profeta de Dios, no usa de su poder más que para servirle y cumplir su misión.

Evidentemente, de Egipto tomaron los israelitas la idea de una casta de sacerdotes. El sacerdocio constituía una verdadera fuerza bajo los faraones. Agrupados en colegios riquísimos, muy influyentes en política (sobre todo los de Amón), eran los severos mantenedores de la tradición nacional. Los levitas desempeñaron hasta el extremo ese mismo papel en los destinos de Israel. Moisés pertenecía a esa tribu de Levi, que consagró al servicio divino. Tal vez era la que había conservado más puro el culto del Dios único; sirvió así de núcleo de cristalización del pueblo de Israel.

Pues no cabe duda, lo mismo en el caso de Éxodo como en el de la migración de Ur, que las más profundas causas de la marcha fueron motivos de fe. Egipto era una tierra saturada de teología, un país profundamente religioso; ¡demasiado! El proselitismo presentaba formas muy particulares; todo un panteón de aspecto animal reunía la fauna de las divinidades, el halcón Horus, la oca Geb, el cocodrilo Sebek, el toro Apis, el hipopótamo, el buitre, el áspid, y todos esos dioses semihombres, semibestias, cuerpo de mujer con cabeza de vaca, cabeza de león con rostro humano. Por encima de esa mitología, la imagen de Osiris, el dios-muerte para vencer a la muerte, aparecía infinitamente más pura.

El hecho religioso ocupaba en Egipto un lugar considerable. Los únicos monumentos construídos para perdurar eran los templos, no los palacios y las tumbas. Un siglo antes de Moisés, un episodio muy curioso se produjo: un faraón había intentado una revolución en nombre de la religión, Amenofis IV, la figura más misteriosa de todas las dinastías. Los retratos nos lo muestran como «final de raza», con su enorme cráneo, su cuello delgado que diríase soporta con dificultad la cabeza demasiado pesada; en su rostro alargado, los ojos son algo oblicuos; todo él parece consumirse con una extraña pasión. Su esposa, Nofretete, se le parece y tiene el encanto de una flor en decadencia. Sin embargo, aquella débil pareja intentó la revolución más atrevida de Egipto. Para librarse del poder de los sacerdotes, Amenofis IV destrozó a su dios Amón y proclamó a otro, Atón; él mismo cambió su nombre, que se parecía al de su adversario, por el de Akhenaton «favorito de Atón»; Tebas fué abandonada como capital y, más allá, el revolucionario mandó construir una ciudad nueva, «horizonte de Atón», ese El-Amarna donde se ha encontrado la colección completa de sus archivos diplomáticos. Todas las costumbres de Egipto fueron transformadas; los bienes de Amón secularizados y su nombre borrado de los monumentos. El arte cambió bajo influencias extranjeras, acaso fueran corrientes cretenses, y substituyó el jerarquismo tradicional por un realismo encantador.

Aquella revolución no turbó mucho tiempo el curso de los destinos egipcios. El yerno de Akhenaton, Tutankamen, volvió a los dioses de siempre; dos dinastías después, los sacerdotes de Amón suplantaron a los faraones y fueron reyes. Ese intento muestra el grado que ocupaba lo religioso en Egipto. Si no es indiscutible que Akhenaton haya alcanzado la noción de un dios único, por lo menos concibe a Atón como una divinidad suprema, a la cual las demás se someten.

Y habla de su dios con tal tono de amor, que quien tenga una ligera noción del misticismo no puede permanecer indiferente.[1]

En aquel clima saturado de religiosidad, es natural que, incluso manteniéndose aparte, Israel haya estado sometido a influencias. Algunas son puramente exteriores; lo mismo que algunos ritos fueron tomados de Mesopotamia y Canaán, encontramos, en la religión mosaica, algunos rasgos de apariencia egipcia. El Arca de la Alianza se parecerá mucho a las barcas sagradas de Amón, que los sacerdotes de Egipto llevaban en procesión; los *querubines* fueron, al principio, hombres con alas de halcón, imitadas del culto de Horus (luego adoptarán un aspecto asirio); los adornos del culto de los levitas, ropas y pecheras, tienen un origen egipcio. Poco importa: todo depende del destino que se dé a los ritos.

Hubo una influencia más profunda, que tuvo su parte buena. Se han comparado los MANDAMIENTOS de Moisés con el *Libro de los Muertos.* Sería un honor para la antigua moral de Egipto el haber ayudado a Israel a conocer la ley. Hay también relación entre el salmo CIV de la Biblia y el himno de Akhenaton a su dios; los dos hacen una alabanza mística al Creador; nada nos indica, sin embargo, de dónde partió la inspiración y si el faraón revolucionario conoció el pensamiento israelita. Mas a influencias nobles se añaden otras, que lo eran menos. La idolatría pura y simple contaminó seguramente al pueblo de Israel durante aquella larga permanencia en tierra idólatra. La pureza de la misión sólo pudo ser salvada rechazando todos los sincretismos y todos los compromisos. La región donde se hallaban los israelitas era precisamente una de esas regiones de paso donde las ideas y las razas se mezclan; en su capital del Delta, Ramsés II había construído templos a todas las divinidades, a Astarté, por ejemplo, diosa del Asia. Marchar, regresar al desierto, era alejarse de las tentaciones idólatras. Moisés, duramente, obligará a ello al pueblo que Dios le había confiado.

LA MARCHA HACIA EL DESIERTO

MOISÉS tiene la grandeza sin atractivo de los verdaderos conductores de hombres, de aquellos que, en el corazón del pueblo, imprimen un sello imborrable. Con él, dice la Biblia (*Éx.*, XII, 38), salió

1 Véase: A. Weigail, *El faraón Akhenaton y su época*, trad. franç. por H. Wild, París, 1936, y J. D. S. Pendlenbury, *Las excavaciones del Tell El Amarna*, íd.

una gran multitud abigarrada. Durante cuarenta años, los lleva por el desierto; Goethe se extraña de que semejante hombre de acción haya tardado tanto en encontrar su camino y no ve que fué el tiempo necesario para que muriese una generación, la que conoció las comodidades egipcias, y creciese otra, endurecida por las penalidades del desierto.

¿Cuántos sumaban aquellos fugitivos? «Seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños» (*Éx.*, XII, 37). Más «una gran multitud de gentes». Parecen demasiados. Diríase que es como una apuesta el hacer vivir unos dos millones de seres en pleno desierto durante cuarenta años. Se han hecho comentarios sobre la lectura del número 600, sobre el sentido del vocablo «millar». Cuando su primera acción militar importante, los israelitas no eran más que cuarenta mil. A un número de ese orden se puede reducir la indicación dada por la Biblia.

Aterrorizado por las calamidades que han asolado su país, el faraón se determina a dejar marchar a los hebreos. ¡Que se vayan en seguida, en plena noche! Huyen, llevándose sus bienes, ropas, pan sin cocer y, como recuerdo insigne, el sarcófago de José. No se van por el camino recto, que les hubiera llevado a Canaán a lo largo de la costa y que, además de cruzar por arenas peligrosas, iba a parar a la tierra de los filisteos, lo que era más temible aún. Se dirigen francamente hacia el Este, hacia Soukkoth, a lo largo del Uad Tamilat. Muchos lugares de aquel éxodo, citados en la Biblia con precisión, no han sido identificados. Etam, primera parada, acaso no estuviese lejos del lago Timpah.[1] Luego, la larga caravana da una vuelta y regresa hacia el Suroeste, en dirección a Phihabiroth, cerca de Migdol, frente a Baal-Saphon (un templo de divinidades asiáticas, sin duda); era la orden de Dios. Él en persona estaba presente y protegía a los viajeros. «Y Jehová iba delante de ellos, de día en una columna de nube para guiarlos por el camino; y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos» (*Éx.*, XIII, 21). El zigzag también lo quería Dios, para que se diesen cuenta de su poder. El faraón creyó que los hebreos se habían perdido en el desierto y pensó aprovechar la primera ocasión para darles su merecido.

Cuando los israelitas llegaron a la costa oriental de los lagos Amargos, el rey se lanzó con sus carros tras ellos. «Los hijos de Israel fueron presa de gran temor.» Y dijeron a Moisés: «¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el

1 Véase mapa del Sinaí.

desierto?» (*Éx.*, XIV, 11). Añadieron que hubiesen preferido la esclavitud a la desgracia que les acechaba. Tales reacciones serán frecuentes durante el éxodo; aquel conglomerado estaba siempre dispuesto a sublevarse. Mas el conductor permanece impasible. «¡No temáis! ¡Dios peleará por vosotros!» ¡El ángel del Señor que caminaba delante de ellos, se colocó detrás. La columna de nube que los precedía, iba luego en pos de ellos, tenebrosa por un lado, por el otro alumbrando la sombra. Y toda la noche, un viento del Este sopló de Dios y empujó las aguas por que Moisés había extendido su mano poderosa. Israel pasó entonces por el fondo seco, entre las aguas que formaban una doble muralla. Dándose cuenta de la maniobra, los egipcios se lanzaron en su persecución y penetraron, a su vez, en la zona seca; mas las ruedas de sus carros se hundieron en las arenas y el cieno; cuando intentaban desembarazarse, Moisés hizo un nuevo gesto y, al rayar el día, volviendo a su lugar, el mar cubrió al ejército del faraón.

Hace tres mil años, el brazo del Mar Rojo que termina en Suez por una playa, se prolongaba mucho más al Norte, comunicando con los lagos Amargos y acaso con el lago Timpsah. Colzoum, puerto donde se embarcaba para la India en la Edad Media, es hoy un lugar de ruinas a diez kilómetros del mar. «El mar» de las Escrituras puede ser uno de los lagos, cruzados ahora por el Canal de Suez. En esos lagos sin profundidad, el viento del Este que levanta nubes opacas de polvo — ¿era una de ellas la columna misteriosa? — puede empujar las aguas, y es cierto que el siroco de Arabia, el *gâdim*, comienza de repente y cesa bruscamente también. ¿No es el vendaval el soplo de Dios?

Con la alegría del triunfo, los israelitas aclamaron a su jefe y alabaron a Dios; María, la inspirada, hermana de Moisés, y todas las mujeres, bailaron al son de los tamboriles. Los pueblos se contentan pronto y se desaniman en seguida. Un conductor de hombres no puede contar ni con el agradecimiento ni con la fidelidad.

EL SINAÍ

LA región donde penetraron, más que un verdadero desierto, es una estepa árida. No es una región de arenas, el gran *erg* sahariano, ni el *hammada* pedregoso, región de muerte. Hay matas de hierbas grises, hasta de tamariz. En comparación con la vida regalada de

Egipto, es una dura prueba para los viajeros. En Mara, el pozo tiene agua amarga, parecida a las capas de magnesio que hay en la Argelia meridional. El pueblo protesta. El Jefe descubre plantas que hacen la bebida aceptable. Luego faltan los víveres: nuevas murmuraciones. «En Egipto teníamos ollas llenas de carne. ¡Y pan a discreción!» El gran conductor hace milagro tras milagro. Una noche, llueven codornices cerca del campamento. Al día siguiente, una capa de rocío brota de la tierra, y, cuando se evapora, queda el suelo cubierto como «de una cosa menuda, redonda» (*Éx.*, XVI, 13, 15). «¿Qué es esto?», preguntó la muchedumbre. «¡Es el pan que Jehová os da para comer!», contesta Moisés. Ese pan, es el maná, el alimento divino. «Era el maná como semilla de culandro, y su color como color de bedelio»; majada y cocida, «su sabor era como el de tortas de aceite» (*Números*, XI, 7). El desierto, tiene aún hoy, para los iniciados, alimentos misteriosos; en Siria, el *kema*, una truza blancuzca, con sabor de aguaturma, sin hojas, sin raíces, levanta suavemente la tierra; y en toda la península de Arabia, la madera de un tamariz da una substancia melosa a la que llaman aún los nómadas *man-es-sama*, «regalo del cielo». Sosegada el hambre, hubo que pensar en la sed y, golpeando la roca con la vara que Dios le puso entre las manos, Moisés hizo brotar agua pura.

A las dificultades naturales se suman otras. Unos beduínos atacan la caravana: son los amalecitas. Hay que luchar. El encuentro tuvo lugar en Rafidim. Desde lo alto de un cerro, Moisés siguió la acción, dirigida por Josué. Implorando a Dios, con la vara en alto, rechazaba, de lejos, el ataque enemigo: cuando bajaba su brazo, Amalec se sobreponía. Triunfó Israel. ¡Nueva prueba de la protección divina! Pronto se manifestó un testimonio más solemne.

Habían llegado al pie del monte Sinaí. Lugar extraño, de una grandeza fantástica, digno de ser el sitio donde se reveló el Dios de las fuerzas... Granitos azules y pórfidos purpúreos forman un universo apocalíptico donde sólo el mineral es rey. Durante meses enteros, pesa un clima seco que hace estallar las rocas, provocando derrumbamientos gigantescos. A veces, sacudiendo esa mole hasta en sus entrañas, terribles tormentas lanzan, contra los muros de los barrancos, el eco de una voz de eternidad. Sin embargo, ese lugar sin vida no estaba completamente vacío; aun hoy, hay un convento en memoria de la revelación mosaica. Desde una antigüedad muy remota, los faraones explotaban el cobre, la malaquita, las piedras preciosas. Tribus semitas apacentaban allí sus ganados. Acaso sea el viejo dios lunar Sin quien dió el nombre a la región; allí se veneraba a

una imagen divina, mezcla sin duda de la Ishtar de Akkad y de la Isis de Egipto, «diosa de las turquesas», protectora de los mineros.

«Israel acampó frente a la montaña.» La voz del Eterno llamó a Moisés para una nueva contemplación. «Así dirás a la casa de Jacob: vosotros visteis lo que hice con los egipcios y cómo os tomé sobre alas de águilas y os traje hacia mí. Ahora, pues, si diéreis oído a mi voz, y observáreis mi alianza, seréis mi pueblo elegido entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Y vosotros seréis sacerdotes, reyes y gente santa» (*Éx.*, XIX, 3, 6). «Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, lo haremos.»

Hasta entonces, Dios se había revelado a los inspirados como una amistad familiar; ahora se aparece con fuerza y temblor. ¿Dónde situaremos esa alta cima a la que trepa Moisés, ese «Horeb» de donde sale el son de una trompeta sobrehumana? Varias cumbres que sobrepasan los dos mil metros pueden disputarse el honor de ser el lugar de la aparición; una de ellas se llama hoy el Djebel Musa, «Monte de Moisés». Todo ese sistema de montes está rodeado de horror. El conductor prohibe a quien sea, bajo pena de muerte, violar la soledad divina. Luego sube, entre truenos, rayos y una espesa nube, a la montaña «humeante» y se enfrenta cara a cara con el Poder Supremo, para escuchar la voz que le dicta los Mandamientos, en los cuales se basará la ley del pueblo «sacerdote y rey»: el Decálogo. Una fe mística le sostiene en esa entrevista; la luz quedará en su rostro, y «su piel irradiará».

«Sin embargo, al oír los truenos y las trompetas, al ver las llamas y la montaña que humeaba, estremecióse todo el pueblo. — Cuéntanos tú dijo a Moisés, que bajas de allá arriba; pero que Dios no se muestre a nosotros, porque nos moriríamos. — No temáis, responde el Inspirado. Dios sólo quiere que su temor os guarde del pecado.» El pacto es establecido según los ritos que recuerdan los de los antepasados; construyen un altar, levantan doce *masseboths*, doce menhires, como antaño, uno por tribu; sacrifican víctimas y el pueblo se compromete a ser fiel. Y Moisés sube de nuevo, escoltado por Aarón y por setenta ancianos, que también ven a Dios.

Por segunda vez, el conductor de hombres desciende y, ahora, quiere sin duda probar a su pueblo. Subirá al lugar sagrado dejando a sus hombres que se gobiernen por sí mismos: los ancianos y Aarón los guiarán. Él, en su último retiro, de cuarenta días y cuarenta noches, escuchará la voz sublime; Dios le dictará, con una extrema minuciosidad, los ritos y los detalles de la Ley. ¡Que se conserven puros mientras tanto! ¡que se muestren dignos!

Mas, cuando regresa, el jefe se da cuenta de que no se puede tener confianza en la sabiduría de las colectividades; las decisiones que toman los hombres cuando se reúnen, rara vez reflejan la voluntad de Dios.

«¡ESCRÍBELO!»

En toda esa parte del relato bíblico, no podemos dejar de observar una extraña insistencia en invocar el testimonio escrito. Ya después de la batalla de Rafidim, Dios había dicho a Moisés: «Escribe esto para memoria en un libro» (*Éx.*, XVII, 14). Después de la revelación del Sinaí, ordena lo mismo: «Escribe mis palabras» (*Éx.*, XXXIV, 27). En los *Números, Deuteronomio, Libro de Josué,* aparecen indicaciones semejantes. Todo parece indicar que los israelitas, que más tarde redactarán la tradición, tendrán en las manos textos antiquísimos.

Mas, para un pueblo que salía de Egipto, de ese país donde el menor muro de templo, la más humilde tumba estaban cubiertos de signos gráficos, el hecho de escribir no sería tan sorprendente como para anotarlo. ¿No corresponde esa insistencia a una tentación? En 1905, Flinders Petrie, arqueólogo inglés, descubrió, en pleno corazón del Sinaí, en la región del Serabit, de donde sacaban los faraones las más hermosas turquesas, inscripciones curiosas, grabadas sobre una esfinge, dos estatuas de hombre y siete estelas. Provocaron vivas discusiones. ¿Tratábase de dibujos o letras? Los signos parecían pertenecer a un alfabeto incompleto, mas en el cual podía reconocerse el comienzo de las grafías modernas. Desde entonces, numerosos descubrimientos han mostrado que los primeros tanteos, de los cuales debía salir nuestro alfabeto, han de situarse en una época más antigua; algunos dicen que antes del segundo milenio. Por todas partes de la región que se extiende desde el Tauro al Sinaí, se han encontrado esas antiguas escrituras: en Ras Sahamra, frente a la isla de Chipre, hebreo arcaico, de 1450, aproximadamente, escrito según un sistema de veintisiete caracteres; en Lakhis, en el sur de Palestina, un aguamanil del siglo XIII lleva, alrededor del borde una inscripción netamente alfabética.

¿En qué consistía la invención? A las complicadas grafías que usaban en Mesopotamia, en el Asia Menor y en el Nilo — cuneiformes babilónicos, jeroglíficos egipcios o hititas — las substituyó un sistema de veinticinco o treinta signos capaces de expresar todos los matices de la lengua. El hallazgo lo hicieron hombres de genio que

descubrieron la posibilidad de reducir la sílaba a sonidos simples. Al principio se limitaron a escribir las consonantes, no las vocales, y el hebreo conservará esa laguna. Tampoco se distinguieron racionalmente las letras; al principio hubo ochenta; luego, cincuenta, y, por fin, treinta y seis. Perfeccionado con gran lentitud, el invento prodigioso había de cambiar el mundo del pensamiento.

¿Cuál era el origen de las letras? Se puede reconstituir fácilmente el camino que une nuestras letras latinas al alfabeto fenicio, pues los fenicios, maravillosos intermediarios del mundo mediterráneo, fueron los propagadores de ese nuevo método. Mas ¿de qué sistema pictográfico, silábico, tomaron los signos que fueron aislados? Los unos se inclinan por los jeroglíficos de Egipto, otros por los cuneiformes; pregúntase uno a veces si la cuna habrá sido Creta, ese reino de Minos de donde parece han salido a conquistar mundo tantos elementos de civilización. Acaso el invento, como ocurre a menudo, se haya hecho en varios sitios al mismo tiempo, siguiendo tipos diversos, que los comerciantes de Tiro y Sidón sistematizaron luego.

El hecho de que en el Sinaí haya aparecido una de las muestras más antiguas del alfabeto, induce extrañamente a dejar suelta la fantasía. Por esas inscripciones del Serabit, se posee la prueba de que existía una escritura semítica de ese tipo en aquellas tierras adonde llegó Moisés. Abandonando el modo de fijar el pensamiento propio de sus verdugos, ¿adoptaron ese nuevo método los hijos de Israel? A la revelación de la fe acaso se unió otra de la inteligencia; pero eso no es más que una hipótesis, al margen de una historia cargada de tanta significación.[1]

TENTACIONES Y SUBLEVACIONES

Moisés estaba aún en la montaña cuando Dios se lo dijo. Durante su ausencia, aquel pueblo que consideraba fiel, cayó en la idolatría, «aquel pueblo de tieso cuello», rebelde a los buenos principios, endurecido por el orgullo. El conductor baja a toda prisa, llevando las tablas de piedra sobre las cuales está grabada la Ley. En el llano, el campamento está alegre; hacen fiestas, se divierten. Y, en medio de las tiendas, se erige el ídolo abyecto. ¿Una vaca como Isis-Hator de

1 Se puede anotar que el historiador heleno Eupalemos afirma que Moisés inventó el alfabeto, pero también es cierto que comete muchos errores y tiene mucha fantasía.

Egipto? ¿Un toro semejante al que en Sumer y Akkad califican de «puro y reluciente» y que en Chipre, Rodas, y entre los hititas veneran igualmente? Aarón, hombre de fe frágil, se entrega a los deseos de la muchedumbre: substituye al Dios inmaterial y trascendente por el ídolo, por el becerro de oro; un animal de fuerte musculatura que simboliza la fuerza mejor que una abstracción salida de las nubes y dispersada con ellas.

«Enardeciósele la ira a Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y quebrólas al pie del monte. Y tomó el becerro que habían hecho, y quemólo en el fuego, y moliólo hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y diólo a beber a los hijos de Israel» (*Éxodo*, XXXII, 19, 20). Aquella apostasía merecía un castigo ejemplar. «¡Conmigo, quienes estén por Jehová!», gritó el jefe. Y los levitas se unieron a él. La rebelión idólatra fué sofocada: perecieron tres mil hombres. Fué la primera crisis sería del Éxodo: no debía de ser la última.

Sumiso de nuevo el pueblo culpable, pero perdonado, se puso al servicio del Altísimo. Dios había dado nuevas tablas de la Ley. Construyeron un templo portátil — el Arca de la Alianza — que pudiese seguir a la caravana. Celebraron la Pascua el día aniversario de la salida de Egipto. Y pusiéronse de nuevo en marcha, confiados, hacia el Norte, hacia Canaán, en larga fila bien ordenada, llevando cada «estandarte» bajo el mando de un jefe, y sosteniendo sus fuerzas con la oración.

El desierto de Faran, no lejos del golfo Elanítico, es impresionante. Las protestas, las tentativas de rebelión, empezaron otra vez. El maná es exquisito sin duda, mas a la larga, resulta escaso. De un vientre vacío sale fácilmente la blasfemia. A los reproches, el Poder Eterno responde con castigos. Cierta vez, en Taberah, se incendian las tiendas. En otra ocasión, a causa de haber comido, por gula, demasiadas codornices, cuya carne estaba algo pasada, los israelitas tienen una especie de eczema. Hasta en el seno de su familia, Moisés es criticado; Aarón y María lo combaten, y en Haseroth, el hombre de Dios ha de curar a su hermana de una lepra con la cual el Todopoderoso la castiga. De etapa en etapa, de drama en drama, la caravana llega al oasis de Cades y planta por fin sus tiendas.

Es un lugar paradisíaco en el lindero del desierto. De una longitud de ochenta kilómetros aproximadamente, cubierto por cerros pelados, no es frondoso como algunos oasis saharianos; no vemos como en Marrakech o Houggourt, bajo el susurro de las palmas, los naranjos copudos al pie de los cuales crecen en largos bancales fresas y

legumbres. El agua es escasa para que la vegetación lo cubra todo. Mas, en las hondonadas, numerosos pozos bajan hasta una hermosa capa de agua, e incluso corren por la hierba algunos riachuelos. Allí se dan árboles frutales; el riego permite cultivar cereales. La hierba abundante que aparece en primavera, esmaltada de crocos y pequeños jacintos, es un festín para el ganado, acostumbrado a la seca maleza de la estepa.

Durante más de treinta años, las tribus fugitivas permanecieron instaladas en aquel lugar. ¿Renunciaban a la esperanza de penetrar en la Tierra Prometida que ya no estaba tan lejos? No; al principio de la estancia, incluso enviaron espias a Canaán; mas los informes los sumieron en la preocupación. Sí, es un país hermoso, una tierra «donde fluye leche y miel»; ¡ved los frutos que traemos, los enormes racimos! Mas había que prepararse para las dificultades, pues las ciudades parecen fuertes y los habitantes decididos a defenderse. Otros añadieron: los moradores son monstruos, gigantes, ante los cuales los hijos de Israel «somos como langostas». La inquietud se tornó en angustia, luego en cólera. Gritaron, alborotaron, amenazaron con apedrear a Moisés y nombrar a otro jefe para regresar a Egipto. Dos de los enviados protestaron: Josué y Calab, los más sabios. Sin embargo, estuvieron al borde de la sublevación. Cayó la cólera de Dios. Amenazó con destruir aquella raza eminentemente rebelde; Moisés suplicó, imploró; Israel se salvó, prosiguió su destino, mas los culpables no penetraron en Canaán. Quedáronse en Cades y sólo cuando desapareció aquella generación, se llevó a cabo la conquista: Josué y Calab fueron los únicos que la pudieron disfrutar.

La muchedumbre, como siempre, pasa de un extremo a otro. ¡Salgamos en seguida! ¡Ataquemos a Canaán! La loca tentativa conduce a una derrota. Los palestinos rechazan a las bandas de Israel, las persiguen hasta Sephat. Israel ha de instalarse otra vez en el oasis y someterse a la decisión suprema de Dios.

El sentido histórico de aquella estancia en Cades, de aquellas rebeliones y represiones, aparece poco claro. Todo ello corresponde evidentemente al período durante el cual, Moisés, bajo su terrible puño, impone a su pueblo leyes, organización, dogmas. De Egipto salió un conglomerado; en Canaán entrará una nación. Sin embargo, aquella estancia en Cades, no sólo evoca una época de disciplina dura; diríase que está marcada de oprobio. Sobre aquellos largos años, el texto calla; en cambio, se muestra muy prolijo al relatar la salida. Mucho después, el profeta Amós acusa a los israelitas por haber sido impíos. «¿Habéis ofrecido sacrificios y presentes en el desierto du-

rante cuarenta años, casa de Israel?» (*Amós*, v, 25). Se cree que incluso el rito de la circuncisión fué abandonado durante aquel tiempo. En medio del desierto de austeras virtudes, el oasis representa el pecado y la vida licenciosa. ¿Sublevados contra Dios, de nuevo, de una manera más violenta que en los días del becerro de oro, hundidos en las llanuras de la vida fácil, o dispersados, habiendo roto la unidad nacional? ¡Quién sabe! Los redactores del Libro han corrido un velo sobre esta página sin gloria.

Incluso Moisés, el hombre de Dios, el héroe de la fe, ¿supo guardarse puro entre las tentaciones? Acaso no del todo. Lo que sospechamos no está muy claro. Un día de sequía, para apagar la sed de sus hombres, golpeó por dos veces la roca como antaño, mas se dejó llevar un momento por la duda y dijo a su pueblo: «¿Lograré hacer brotar agua de esta roca?» Para castigarlo, Dios decidió que no penetraría en la Tierra Prometida. ¡Duro castigo por un momento de debilidad humana! Las almas a quien Dios da mucho tienen obligaciones más estrictas que las nuestras, y sus culpas pesan más que las del resto de los pecadores.

HACIA CANAÁN

CRISIS, rebeliones, apostasías, todo se arregla con el tiempo. Hubo acaso una razón exterior para esa gran reunión de fuerzas de Israel que pone punto final a la estancia en Cades. El faraón Meneptah realizó, en aquella época, una cruel incursión por aquellos parajes, de la cual nada cuenta la Biblia, pero sabemos por la famosa estela del Museo del Cairo que Israel fué una de las comunidades más castigadas. Hubo que decidirse a intentar la emigración a la tierra de Canaán. El pueblo elegido se puso de nuevo en marcha, continuando su dura peregrinación a la soñada tierra prometida.

Inmediatamente al norte de Cades, los edomitas estaban establecidos sólidamente. Tenían incluso una organización centralizada bajo un rey. Moisés les pidió permiso para cruzar por sus tierras; pagarían el agua y seguirían estrictamente las carreteras. Edom desconfiaba de aquella inmensa horda en medio de sus pastos; acaso los descendientes de Esaú guardasen aún cierto rencor contra los hijos de Jacob. Hubo que dar un rodeo por el Este; llegarían a Canaán por Transjordania. Un rey indígena intentó oponerse al avance y fué

arrollado. Rodearon el Mar Muerto, siguieron a lo largo de los montes que lo dominan y llegaron al Arnon.

¡Era el desierto, aún y siempre el desierto! Faltaba el agua; el maná cansaba ya. «Aquel miserable alimento les fastidiaba.» Las generaciones pueden cambiar, las reacciones de los hombres son siempre iguales; el hambre pronto engendra revoluciones. Una vez más, Dios tuvo que castigar. Serpientes cuyas mordeduras eran ardientes invadieron el campamento. Y una vez más, el taumaturgo salvó a aquel pueblo incorregible. En lo alto de un poste, colocó la imagen de una serpiente; el que fuere mordido y lanzase una mirada suplicante hacia ese símbolo, quedaría curado. Las excavaciones han descubierto en Palestina serpientes como la que fabricó Moisés; en Guezer, un áspid de bronce, contemporáneo del incidente; en otros lugares más, otros de arcilla. Se adivina una de esas influencias locales que los israelitas padecieron tan intensamente; la serpiente era uno de los totems de la región; cinco siglos después, Ezequías destruyó aquel animal de metal, aquella reliquia de Moisés convertida en ídolo.

La guerra comienza desde el Arnon. Las tribus que estaban en las regiones del otro lado del Jordán eran de origen semítico, más o menos directamente emparentadas con los hebreos; unas, los amorreos, procedían del Norte; otras, los madianitas, del Sur; otras, casi asentadas allí, como las del Moab. Para todas, Israel era un recién llegado indeseable. Por mucho que se esfuerza Moisés en llevar una política prudente, en evitar los conflictos, no logra impedir que los pueblos se unan y recurran a todos los medios contra la horda invasora.

Un rey de Moab llegó incluso, para detener a Israel, a invocar a las fuerzas invisibles. En el Aram Paddano, tierra impregnada de religiosidad, vivía un mago, Balaam. Enviaron a buscarle. Aquel hombre conocía a Dios y lo temía. Cuando caminaba hacia el Sur, un ángel del Señor se interpuso en su camino. No lo vió y quiso pasar; mas, como en los cuentos de hadas, los animales perciben lo que el hombre no discierne: su burra reconoció al ángel y se negó a continuar. Balaam le pegó; entonces la burra abre la boca y habla. Advertido por el milagro, el mago ve al ángel. Desde entonces no pronunciará otras palabras que las que Dios pondrá en sus labios.

Costumbre antigua y universal: antes de luchar, los combatientes de Homero se insultaban con toda seriedad; y se han encontrado, en Egipto, cacharros en los que los faraones inscribían los nombres de sus adversarios, para romperlos en el curso de un maleficio. El

rey de Moab colocó al mago en lo alto de un cerro, desde donde se veía el campamento de Israel. ¡Que pronuncie palabras de execración! Mas Dios hace salir de la boca del mago lo contrario de lo que deseaban: una serie de oráculos sobre Israel, que exalta su poder y anuncian a todos sus enemigos destinos desastrosos.

Peligros más secretos pesaban sobre Israel; el hombre está más amenazado por sus debilidades íntimas que por sus peores enemigos. En el país de Moab se celebra uno de aquellos cultos eróticos que en Oriente tuvieron muchas manifestaciones. Alrededor del templo del Baal local, Baal-Fegot — del que se ha sacado Belfegor —, entre las prostitutas sagradas, Israel «se entrega al libertinaje» y las hijas de Moab lo llaman a los sacrificios de sus dioses (*Números,* XXV, 1). Arrancar a ese pueblo de su idolatría, darle conciencia de su grandeza, es verdaderamente una tarea sobrehumana. Moisés actúa. Un hombre de Israel, que se atreve a llevar una madianita al campamento, es muerto con su cómplice, de una lanzada que los clava en el suelo, por un nieto del jefe. Y Moisés lanza al pueblo elegido a una guerra de exterminio.

Cada tribu movilizó mil hombres. Sorprendidos, los madianitas fueron vencidos. Muertos sus cinco jeques, recogieron inmenso botín y prisioneros, hombres y mujeres, a millares. Moisés impuso una medida terrible. Todos los cautivos fueron muertos, incluso las mujeres, sobre todo las mujeres «que habían arrastrado a Israel a la infidelidad». Se perdonó tan sólo a los niños pequeños y a las vírgenes. El botín fué quemado por estar irremediablemente mancillado. Primer ejemplo de aquellas destrucciones sistemáticas, consecuencia de los votos, y que durante el período de Josué y de los Jueces aparecerán en gran número.

La guerra contra Madián terminaba la conquista de Transjordania hasta Yaboc. Israel tenía así excelentes bases de ataque para invadir Canaán. La misión de Moisés había terminado. No le quedaba más que morir para obedecer a Dios.

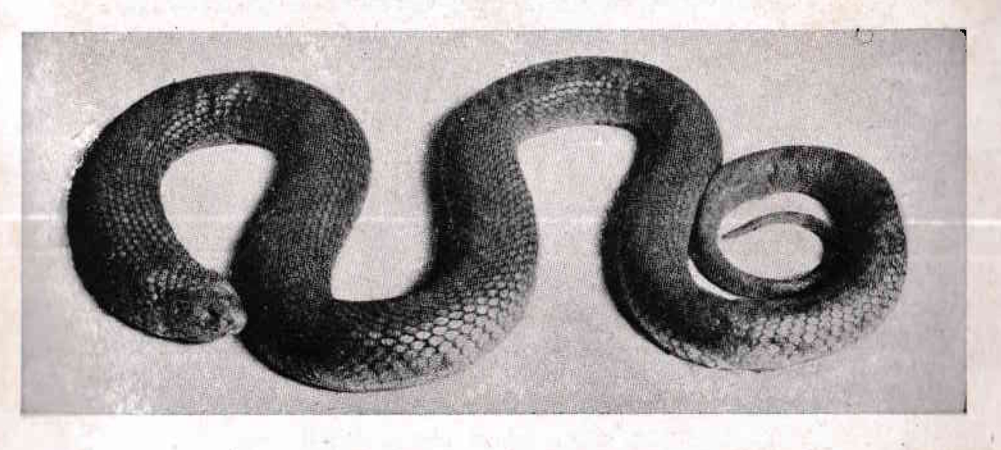
EL MONTE NEBO

En los montes de Moab, que dominan desde mil quinientos metros de altura el profundo valle por donde el Jordán vierte sus aguas en el mar Muerto, el Nebo es una de las más altas cimas. Desde la cúspide se puede dominar una gran extensión llana, el río amarillo que



AMENOFIS Y NOFRETETE

Jugando con sus hijas, bajo la protección del dios Atón



SERPIENTE DE BRONCE EGIPCIA



RAMSES II EN LA PLENITUD DE SU PODERIO
Cabeza de tamaño colosal hallada en Tebas



MOMIA DE RAMSES II
Museo de El Cairo

brilla entre sauces y juncos, mimosas en las colinas y la ciudad de Jericó. Allí subió Moisés para mirar la tierra tan deseada que no había de pisar.

Trabajó para el porvenir, sentó las bases de un verdadero código, dispuso la organización para después de la conquista, el reparto de tierras y ciudades. Aquel código, producto de la voluntad divina, lo colocó junto a las tablas de la Ley, bajo la protección del Arca. Luego entonó un largo cántico a la gloria del Altísimo, exaltó sus méritos y sus obras, bendijo a las tribus de Israel y puso sus manos sobre Josué, que había de sucederle.

«Y era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió: sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor.» Los hijos de Israel lo lloraron treinta días. Dios lo enterró, a pesar de que Satanás, según una tradición judía, cuyo eco encontramos en la Epístola de San Judas, quiso llevarse el cuerpo de su gran siervo. «Ninguno sabe su sepulcro hasta hoy» (*Deuteronomio,* XXXIV).

II. — LA LEY Y LA TIERRA

LA NACIÓN DE ISRAEL

No se conoce bien a Moisés, al hombre, a la poderosa personalidad que se esfuma tras su obra. En cambio, el sentido histórico y providencial de su acción está claro. Las tribus esparcidas por el Delta se sentían de la misma raza, mas no formaban un pueblo. Moisés las reúne, las confedera, las arrastra hacia una tierra nueva; en torno de una idea religiosa muy elevada, ata los lazos de solidaridad nacional.

La transformación de la sociedad anárquica en nación lleva consigo un endurecimiento de las costumbres e instituciones. No veremos ya la atmósfera tierna de los tiempos patriarcales. Renan se apena y no comprende que aquel cambio fuese indispensable. Moisés preserva de ese modo a los depositarios de la Promesa; entregadas a sí mismas, las tribus hebraicas hubiesen desaparecido; la nación «de cuello tieso» salvará su unidad y vivirá.

Moisés es el primero de los grandes jefes nacionales salidos del pueblo y que expresan, con sus actos, la más secreta voluntad. Descubre las bases de todo nacionalismo, el sentido de la disciplina colectiva, el rigor administrativo, el amor al suelo y la fe que arraiga en el alma colectiva la conciencia de sí propia. Y también procede de él esa intensidad de vida que animará a Israel durante el transcurso de los siglos y convertirá a los supervivientes del Gran Exilio de tropel informe y levantisco en hueste de conquistadores de la guerra santa.

Le hemos visto establecer la disciplina a través de repetidas crisis. Nunca la presenta como un fin. No proclama las virtudes del orden constituído, como un conservador, sino que, como revolucionario,

desea orden para llevar a feliz término la obra que el desorden destruiría. Toda su acción prevé el futuro y lo configura.

La organización administrativa descansa sobre la tribu. Hay doce, más una, la de los levitas, que asume las funciones religiosas y se encuentra diseminada entre las demás. Se cree que el lazo que une a los miembros es el de la sangre; cada una afirma descender de un hijo de Jacob. De hecho, la tribu es la federación de las familias que viven unas junto a otras, y que son lo bastante numerosas para defenderse en caso de ataque, aunque no demasiado, para que den abasto los pastos. Entre los hombres que las componen, existen precisas obligaciones; la principal es vengar la sangre. Si uno de los miembros es asesinado, todo el grupo queda ofendido y proseguirá la *vendetta*. El particularismo de la tribu tardará en borrarse, mas ha suscitado útiles emulaciones y una arrogancia respetable. El nómada israelita es lo más diferente del *fellah* de Egipto, esclavo que recibe palos de los funcionarios, y no se somete más que al jefe cuyo prestigio reconoce. Existe un ideal democrático que no desaparecerá nunca. Moisés ha de discutir, persuadir y castigar a los hombres. Todo su esfuerzo tiende a mantener los vínculos entre esos doce grupos esparcidos por la estepa; varias veces manda hacer el censo: los *Números;* sobre todo les da los ideales que pueden mejor mantenerlos unidos. ¿Cómo? Comprometiéndolos en la acción.

YAHWEH

MOISÉS es, en la historia religiosa hebraica, el hombre que ha revelado el *nombre* de Dios. Frente a la zarza en llamas, exclama: «He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros; si ellos me preguntaren: ¿cuál es su nombre? ¿qué les responderé?» (*Éx.*, III, 13). Y, por atrevida que fuera la pregunta, Dios no la soslayó. La importancia del hecho no se comprende bien desde el punto de vista moderno, mas la humanidad antigua ha atribuído siempre al nombre un poder misterioso, una temible eficacia. Nos quedan restos de aquella creencia; notamos que un nombre lleva consigo un carácter; decimos un Don Juan, un Tartufo; Balzac escogía con cuidado los vocablos que designarían a sus personajes; y en el Padrenuestro alabamos aún el nombre de Dios, que, según dice el Mandamiento, «no ha de ser invocado en vano».

En Mesopotamia, como en Egipto, el conocimiento del nombre era considerado como sagrado. Los antiguos filósofos griegos admiten que existe un lazo entre las cosas y su nombre. Designar, es llamar a la vida. Conocer el nombre de un dios, es tenerlo a su disposición. En la leyenda de Isis, en Egipto, vemos al dios Kâ, mordido por una serpiente, suplicar a la diosa maga que lo cure; y ella, de antemano, le exige que le diga su nombre, secreto de omnipotencia. Con lo que no comprende una sociedad como la nuestra, secada por el racionalismo, las más antiguas tradiciones han cimentado una de las bases espirituales de la humanidad.

Dios dijo a Moisés: «Yo soy el que soy». Y añadió: «Así dirás a los hijos de Israel: *Él es* el Dios de vuestros padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, quien me ha enviado a vosotros; éste es mi nombre para siempre, éste es mi memorial para todos los siglos» (*Éx.*, III, 15-16). Al hablar de sí, dice Dios: «Yo soy.» Cuando el hombre hable de él, tendrá que decir: «Él es.» Este último vocablo es el nombre de Dios, tal como lo encontramos a lo largo de la Biblia. *Él es* se decía, en hebreo arcaico, Yahweh y había que pronunciarlo *iawé;* la w tenía el mismo sonido que el sonido inglés. Así lo transcribió en griego Clemente de Alejandría. Como el alfabeto hebreo no tenía vocales, se escribía con sus cuatro consonantes Y H W H. En la Edad Media, los primeros hebraístas, al tratar de leer el tetragrama divino, se preguntaron cuáles eran las vocales y se equivocaron, creyendo que eran las de otro nombre, *Adonai* «Señor», que es el que emplea la Biblia, para alabar a Dios. El resultado es la lectura errónea, aunque arraigadamente tradicional, de Jaihovah o Jehová, adoptada por nuestros clásicos.

¿Qué significa la enigmática fórmula: «Yo soy el que soy»? Se han escrito incontables páginas sobre esa sencilla palabra. El estudio gramatical permite dos interpretaciones: Yahweh podría significar «Él es», lo que expresaría la idea metafísica del ser increado, que existe por sí mismo, que no necesita de nada ni de nadie para ser el Dios de la eternidad; o bien «Él hace ser», «Él realiza», el que crea, que suscita, que cumple sus promesas, el Dios del tiempo. Las dos interpretaciones, por otra parte, están íntimamente ligadas y no las separará la tradición de Israel.

En todo caso, la Biblia señala netamente que el conocimiento de ese nombre divino constituye un progreso. «Yo soy Yahweh — dice además Dios a Moisés —. A Abraham, a Isaac y a Jacob me aparecí como El-Shaddaï, mas en mi nombre de Yahweh, no me notifiqué a ellos» (*Éx.*, VI, 2, 3). El Shaddaï es el Dios del Poder, la

fuerza misteriosa e innominada por la cual todo se hace en la tierra. Es el Altísimo, el Omnipotente. Yahweh es, aún más, Dios en persona, el de los Patriarcas, más concreto. No podemos ocultar nuestra admiración por la profundidad metafísica que alcanza Moisés. Es una nueva etapa que hace franquear al pueblo elegido, en este terreno como en todos los demás. Y las comparaciones que se han querido establecer con las religiones antiguas no han servido más que para demostrar la incomparable originalidad del monoteísmo de Moisés. Cuando, en Egipto, Akhenaton, el faraón revolucionario, alaba a su dios Atón, reconoce que es el dueño del mundo, creador de los seres y de las cosas, organizador de todo, e incluso una realidad moral «que reside en el corazón de aquel que lo ama». Pero estamos todavía muy lejos de la visión sublime de Yahweh propuesta por Moisés.

Sin duda, sería inútil llevar demasiado lejos el análisis metafísico; los contemporáneos de Moisés no tuvieron tal vez más que una superficial intuición de las verdades inmensas que le debían. Lo que parece importante es el desarrollo que le darán las generaciones venideras y que está en potencia en el tetragrama sagrado. Dios es único por su naturaleza misma, y no por la elección exclusiva de un hombre o un pueblo, lo que le diferencia radicalmente del Marduk de Hammurabi o del Atón egipcio. Es forzosamente el Dios del Universo, de toda la humanidad, aunque sea un pueblo quien lo conozca y le sirva. Y las virtudes que le atribuyen — bondad, justicia, benevolencia — son los atributos más naturales de su carácter único, puesto que toda injusticia, toda violencia atenta contra la armonía y unidad.

A ese Dios sublime lo reconoce Israel como su Dios. Veamos, en la Biblia, los textos que nos hablan de una época muy posterior; cuando la organización nacional toma una forma mucho más rígida, la base del Estado que se invoca es siempre la misma: la alianza del pueblo elegido con Yahweh. Esa profunda convicción sella la unidad nacional. El-Elohim, Dios de Abraham, había prometido a los Patriarcas que su posteridad sería grande y Canaán le pertenecería. Frente a Yahweh, de ahora en adelante, Israel se siente con mayor dependencia: es el pueblo cuya misión es darlo a conocer y cumplir sus mandatos. Yahweh lo ha escogido entre todos y lo ha hecho salir, milagrosamente, de Egipto. Yahweh se ha revelado en el Sinaí, ha fijado las condiciones de las cuales depende su protección; repite las promesas de Elohim y anuncia un destino glorioso. De todo eso se ha dado perfecta cuenta el patriarca Moisés en aquella revelación

que evoca magníficamente la imagen de la zarza en llamas; ésa es la doctrina impuesta por su personalidad.

Observemos también en ello el carácter humano de esa teología: su punto de partida es un hecho histórico. Israel, al contrario de tantos otros pueblos, no apela a una filiación legendaria con su Dios; la revelación tiene lugar en un momento de los tiempos, transmitida por un hombre. El humanismo hebraico es, al igual que los de Atenas y Roma, uno de los tres magníficos pilares de nuestra civilización y se basa por entero en esa sencilla afirmación.

EL DECALOGO

CUÁL es el texto dado a Moisés por Dios, ese Decálogo grabado sobre las tablas de la Ley? Es un tratado de moral, el más sencillo, el más natural que existe. La Biblia nos lo ha legado en dos pasajes, el capítulo XX del Éxodo y el capítulo V del Deuteronomio; de uno a otro hay algunas pequeñas diferencias de expresión, pero ninguna divergencia. Cuatro mandamientos disponen los deberes para con Dios: «No tendrás dioses extraños ante mí. No harás para ti escultura. No tomarás en vano el nombre de tu Dios. Guardarás el *sabbat* para santificar el séptimo día.» Seis disponen las relaciones de los hombres entre ellos: «Honra a tu padre y a tu madre. No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No dirás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás ninguna cosa que sea de tu prójimo.»

Sencillez admirable. Es toda la moral natural, resumida en ese pequeño tratado de diez líneas; las más altas formas de civilización humana no lo han perfeccionado en nada, y sólo podrá ensanchar el cuadro hasta lo sublime quien, más que sobre las prescripciones estrictas, insista sobre la ley de amor, que, en definitiva, lo absorbe todo.[1]

Tan sencillo, tan humano, el Decálogo ha podido ser comparado a los tratados donde semejantes problemas son planteados. Ya hemos visto que Mesopotamia y Egipto habían ocupado un lugar predominante en la formación del pueblo de Dios. Moisés, «instruído en la ciencia egipcia», conocía seguramente los textos donde la antigua sabiduría estaba resumida. En el país del Nilo, cuando moría un hombre, su alma se presentaba para ser juzgada según sus méritos.

1 La ley de amor ya está indicada en el Levítico, Cap. XIX.

Muchas pinturas nos representan esa escena en la cual Maït, señora de la Verdad, pesa en una alta balanza el corazón del difunto ante la mirada de Osiris, mientras que la repulsiva bestia, Amait, «la devoradora», cocodrilo cruzado con hipopótamo, espera el veredicto con horrible apetito. En ese momento trágico, el hombre recitaba una defensa conservada en el *Libro de los Muertos.* Decía, sobre todo: «Yo no he deshonrado a Dios, no he regateado la ofrenda del templo. No he cometido injusticias; no he matado hombres; no he dicho mentiras. No he fornicado. ¡Soy puro! ¡Soy puro!» La semejanza es impresionante. No lo es menos con un ritual de exorcismo babilónico, en el cual el sacerdote hacía preguntas como las siguientes: «¿Ofendió a un dios? ¿Odiaba a sus antepasados? ¿Despreció a su padre y a su madre? ¿Pronunció palabras impuras, cometió acciones reprobables? ¿Se acercó demasiado a la mujer del prójimo? ¿Vertió sangre de su prójimo? ¿Hurtó su ropa? ¿Dijo sí en lugar de no? ¿Afirmaba su boca cuando negaba su corazón?»

Esas semejanzas no prueban otra cosa que la universalidad de los preceptos de Moisés. Mas el hecho de importancia primordial es que el texto haya sido dado por Dios, que provenga de una revelación. Desde entonces, moral y religión quedan indisolublemente unidas. Quien conserve intacta su conciencia está en contacto con Dios. Sin duda, la moral de Moisés y, sobre todo, la moralidad de su pueblo no alcanzan aún la elevación de los Profetas, el esplendor sobrehumano del Evangelio, mas el principio que asocia la fe en Dios con la buena conducta ya está asentado. Mosaísmo, profetismo, cristianismo, están exactamente en la misma línea. Estamos tan lejos de los magos de Egipto, para quienes el acto sagrado es independiente de toda intención moral, como de aquellos fariseos excesivos que luego tenderán a aislar las prácticas del culto hasta ponerlo en contradicción con la conciencia y el sentido común.

Al Decálogo, Moisés añadió múltiples decretos cuyo conjunto constituye el *Libro de la Alianza* (en el *Éxodo*) e inspiró evidentemente el *Deuteronomio.* La ley de Israel, el *torah,* llegará desde Moisés hasta nuestros días. ¡Qué bien se ve al gran conductor de hombres en su función de legislador! Sentado ante «la tienda de la cita» que guardaba Josué, acogía a quien tuviera con su prójimo algún conflicto que resolver. En ocasiones, entraba en la tienda y rezaba a Yahweh, que acudía a contestarle familiarmente. Con las inspiradas sentencias del jefe, se constituía una jurisprudencia, que luego fué codificada. El fondo tampoco es original; hemos comparado muchos preceptos mosaicos con las «decisiones de equidad» de Hammurabi, con las viejas costumbres de Sumer o de Babilonia, con las leyes hititas, y sacamos la impresión de que nos encontramos ante antiquísimas tradiciones de justicia que estaban en uso en toda el Asia Anterior y que ya eran conocidas por los Patriarcas.

En ese código mosaico se trata de todo, de la situación de los esclavos, de golpes y heridas, de la violación de las vírgenes, de los daños causados por los animales, ¡y de muchas más cosas! Visiblemente, todo eso está inspirado en los acontecimientos de la vida. Los desordenados artículos reflejan los incidentes de la tribu.[1] A menudo se le califica de severo y se cita la famosa ley de Talión: «Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, herida por herida, contusión por contusión» (*Éx.,* XXI, 23, 25). Era el tributo concedido a la disciplina; el «pueblo de cuello tieso» lo necesitaba. Mas ¡cuántos preceptos son, por el contrario, de una extremada delicadeza! «No hagas agravio ninguno a la viuda y al huérfano. Si prestas dinero a un pobre, no le exijas interés. Cuando siegues la cosecha, no cortarás el trigo hasta la raíz ni recogerás las espigas caídas; las dejarás para los pobres. Si tienes esclavo hebreo, al cabo de seis años lo libertarás, así como a su mujer. Si te han dejado en prenda una capa, la devolverás por la noche. Si ves al asno de tu amigo sucumbir bajo su carga, no lo abandonarás; une tus esfuerzos a los suyos para descargarlo.» ¿No apunta ya en esos preceptos la dulzura del Evangelio?

EL CULTO DE YAHWEH

Pocos ritos necesita una religión semejante. El culto es sencillo. Por reacción contra la multitud de imágenes que llenaban los templos faraónicos, Moisés prohibió representar a Dios. Una imagen, para ese pueblo aún primitivo, sería una tentación permanente de limitar a Yahweh, de identificarlo con ese objeto creado por las manos humanas. Lo mismo que los católicos hoy veneran los lugares donde se apareció la Virgen María, el centro del culto era el lugar donde Dios se manifestaba. El *arca* es «el escabel de sus pies»; cuando se presenta, bajo la tienda que guarda la caja santa, aparece entre dos querubines que la protegen. Era una caja pequeña de un metro de

1 Ciertos ritos relativos a la comida, como la manera de sacrificar las reses o asar la carne ("No cocerás el cabrito en la leche de su madre"), se referían, sin duda, a costumbres muy antiguas o a necesidades pasajeras. Dándoles una importancia extremada, Israel acabará por desvirtuar el espíritu de la ley en provecho de la letra.

largo, por sesenta centímetros de ancho, de madera de acacia, cubierta de oro. Tenía unas anillas por las que pasaban unas barras para transportarla. Sobre la tapa, una placa indicaba el lugar de la presencia divina, y los dos querubines, únicas imágenes permitidas, eran los servidores que resguardaban con sus alas al Todopoderoso. Esa arca contenía las dos tablas de piedra en que estaba grabada la ley de Dios: no representa más que la protección divina; el arca es el signo, el receptáculo de la Alianza.

El culto conservaba aún mucha sencillez patriarcal. Ofrecían a Dios las primicias del ganado y de la cosecha; hacían sacrificios como sus antepasados. Sin embargo, se habían introducido novedades. La santificación del *sabbat* comenzó al principio del Éxodo, cuando Dios derramó el maná. El sexto día, Moisés había ordenado recoger una cantidad doble, para que el séptimo fuese de completo reposo y que cada uno diese las gracias a Yahweh por sus dones. Tres veces por año, todo el pueblo se reunía para celebrar fiestas; la más solemne era la de los Azimos, la de Pascua, en recuerdo del día en que Yahweh sacó a Israel de Egipto, y del pan sin levadura que comieron aquella noche.

La innovación más importante de la época mosaica fué la creación de un sacerdocio. En tiempos de los Patriarcas, no hay intermediario entre el hombre y Dios. La organización nacional, más perfeccionada, exigía entonces que el culto fuese confiado a hombres consagrados, y no abandonado a la anarquía individual. Los sacerdotes formaron un cuerpo especializado, a la par que una guardia celosa del arca que transportaban en sus desplazamientos; eran sacrificadores y mediadores con poder, jueces instruídos de la ley, a veces hasta policías sagrados que castigaban a los infieles. Los vestidos suntuosos con los que se revestían para las ceremonias indicaban su carácter sagrado: traje de lino retorcido, túnicas de púrpura violeta o carmesí, mitras o tiaras altas, adornadas con una diadema, y sobre el pecho, un pesado pectoral «artísticamente trabajado», guarnecido de cuatro hileras de piedras preciosas, donde alternaban la esmeralda, el ópalo, el ónice y la amatista con el zafiro y el diamante. Una de sus misiones esenciales consistía en interrogar a Yahweh sobre sus proyectos. Un instrumento mal definido, el *ephod-oráculo,* ora especie de caja, ora pechera con bolsillo, les servía para sacar sortilegios sagrados, huesecillos con inscripciones, el *ourim* y el *toummin* que ellos interpretaban. En esas funciones sacerdotales se especializó una tribu: la de Leví, a la cual pertenecía Moisés. Su hermano Aarón fué el primer superior.

TIERRA DE CANAÁN

«Cuando el pueblo caminaba, la nube de Yahweh estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche en él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas» (*Éx.*, XL, 34, 38). Así caminaba ese pueblo, llevando su templo. ¿Permanecerá indefinidamente nómada? La promesa hecha a los Patriarcas, ¿no la renovó Yahweh, incluso después de las infidelidades que perdonó?

A la constitución definitiva de su pueblo, el gran conductor añade un elemento postrero. Él es quien comienza a realizar la promesa, colocando a Israel al alcance de la Tierra Prometida. Los antepasados habían llegado a ella como «extranjeros». Las doce tribus la harán suya, por voluntad divina. Ningún sentimiento mejor que ese imperialismo, puede sellar un destino común.

Canáan no es una región muy extensa. Los babilonios no la diferenciaban del Amourrón (Siria), de la cual formaba parte; los griegos la llamaron, por extensión del nombre que daban a la costa, país de los filisteos, Palestina, nombre que conservamos. «De Dan a Bersabé», del paso de Hamath al río de Egipto» (el Uad Ghazze),[1] siguiendo las expresiones corrientes de la Biblia, hay apenas doscientos cincuenta kilómetros. Por el Norte está limitada por el Ante-Líbano y, como un vigía, avanzado, el poderoso Hermon, de dos mil metros de altura, cubierto de nieve hasta la primavera. Por el Sur, de las estepas Palestinas se pasa, mediante una transición apenas perceptible, a las grandes soledades del Tih. Dejando aparte a Transjordania, Canáan tiene exactamente quince mil kilómetros cuadrados, la mitad de la península de Bretaña. Del mar al desierto no hay, a vuelo de pájaro, más que cien kilómetros, e incluso menos por el Norte. Es una faja, un lindero, entre la arena y el agua, el cuerno afilado de la Media Luna fértil.

Sin embargo, en esa reducida región parece que la Naturaleza se preocupa en variar los aspectos. Una llanura, cerros que pretenden ser montañas, una hondonada que se mete en las entrañas de la tierra; en fin, un elevado glacis de borde abrupto y cuatro bandas paralelas, donde, de Norte a Sur, el terreno y el clima presentan numerosos matices.

La llanura, en los remotos tiempos bíblicos, es apenas la Tierra

1 Véase mapa de Canaán en tiempo de los Jueces.

Prometida, ocupada en gran parte por los filisteos. La región más favorecida es la llanura de Sarón, citada por Isaías como ejemplo de riqueza, centro, hoy, en torno a Tel-Aviv, de los cultivos sionistas de la mandarina y del limón. Detrás de la costa, rectilínea, arenosa, bordeada por las dunas, donde sólo la bahía de Haifa, resguardada por el Monte Carmelo, ofrece un puerto aceptable, se extienden aluviones en que la menor gota de agua permite realizar, a la sombra de las palmeras, cultivos de jardín. Los cerros de gres esparcidos por el llano están cubiertos de viñedos. Más allá, al pie de los montes, detrás de una línea de cotas que recuerda el acantilado de la isla de Francia o de la Costa de Oro, Sephelah, disputado por Sansón a los filisteos, extiende, hasta perderse la vista, el grisáceo verdor de sus olivos.

Se sube por tres planos bastantes empinados: allí comienza el verdadero Canáan. Sobre una anchura de cincuenta kilómetros se extiende un conglomerado de montes. «Monte de Judá, Monte de Efraim, Monte Sarazim, Monte Thabor» dice orgullosamente la Biblia; no lo tomemos al pie de la letra. En Flandes, también llaman monte a la colina del Kemmel, que sólo tiene cien metros. Esas «montañas» palestinas son más bien altos cerros, que unas veces redondean su lomo y otras recortan su vigoroso relieve sobre un horizonte de pequeñas llanuras: el Thabor tiene quinientos sesenta y dos metros, el Garizim ochocientos sesenta y ocho, y el punto culminante de Canaán, el Djermaq, tiene dos mil doscientos. En general, la región forma una suave pendiente de Oeste a Este, pasada la cumbre, desciende muy pronunciadamente hacia el Jordán. Excepto la línea Norte-Sur, la sierra del Carmelo, oblicua, es la única que tiene una dirección definida en esa confusión general.

Parece que todas esas altas tierras deberían ser idénticas, pero sucede todo lo contrario. Son notables las diferencias entre la áspera y austera Judea, monótona como un canto rabínico, la variada Samaria, donde el relieve inicia pliegues y las fértiles llanuras son «promesas de trigo», y la suave Galilea, donde Cristo vivirá su existencia de hombre, al pie de los cerros poblados de cipreses

En la Historia Sagrada cada una de las tres regiones desempeñará una misión y tendrá un sentido.

Judea, tierra árida, donde a menudo falta el agua, landas de monte bajo, espinos y cardos, será siempre una región disputada por los nómadas y los sedentarios, y erizada de fortalezas — Hebrón, Jerusalén —, pero también en su óseo aislamiento, será el asilo de las rígidas ortodoxias, el país que no transige.

Samaria es una zona de comunicaciones; el relieve desciende; el llano de Esdrelon, del Jordán al mar, forma un corredor perfecto; en Megedo, libró Tutmosis III una batalla decisiva y Napoleón pasó también por allí. Esa tierra negra es fértil, está mezclada con aluviones volcánicos, recuerda regiones de nuestro país y produce trigo y frutas; en los cerros pacen rebaños de ovejas. Contactos numerosos, riquezas; los piadosos judíos añadirán herejía e inmoralidad.

En cuanto a Galilea, dividida en llanos y cerros, mejor regada, cubiertos aún hoy sus montes de bosques y sus valles de centenares de pequeños caseríos blancos, debe a su posición el ser una marca fronteriza, donde se libran numerosas batallas, por donde llegan las invasiones y en donde se mezclan los pueblos, «Galilea de los Gentiles».

Cuando, desde los montes de Judá, se mira hacia el Oeste, por encima de las grisallas de la meseta y de los bancales verdes y amarillos del llano, se ve centellear el sol del Mediterráneo; mas si se vuelve uno hacia Levante, el espectáculo es grandioso y siniestro. Se abre un foso, de bordes muy separados, uno de los fenómenos más extraños del globo. Desde el pie del Tauro hasta allá lejos, en África, la tierra, estirada por fuerzas contrarias, se ha desgarrado como una vieja tela; ese largo desgarramiento se prolonga por depresiones estrechas, el mar Rojo, los lagos Nyassa, Tanganyka, y los volcanes enormes que produjo la quebradura: Sinaí, «ras» abisinios, Kenia, Kilimanjaro. El foso por donde corre el Jordán es uno de los aspectos de aquel gran fenómeno geológico; el nivel del mar Muerto está a trescientos noventa y cuatro metros por debajo del Mediterráneo y su fondo a más de ochocientos. Aquello parecía ya tan extraño a los israelitas, que los profetas Ezequiel y Zacarías predijeron que un día la montaña se partiría en dos y que las aguas del Mediterráneo, invadiendo el valle, llenarían el foso.

Ese *ghor*, ese agujero, cuya anchura varía entre dos y veinte kilómetros, ha sido más una frontera que un punto de contacto. En una época geológica, no muy lejana, fué completamente ocupado por un lago de doscientos cincuenta kilómetros; la evaporación le ha reducido a tres capas que une el Jordán, que baja del Hermón. «Las aguas del Merom» forman un amplio estanque, rodeado de campos de habas, donde las cigüeñas, inmóviles sobre una pata rosada, acechan a los ciprinos entre las cañas. La pendiente del valle es rápida; en Dan, la altitud es de quinientos cincuenta metros; en Merom, el nivel es casi el del mar. Diez kilómetros más abajo, en el lago de Genezareth, se llega ya a los docientos metros por debajo del nivel del

Mediterráneo. En verdad, nadie lo sospecha, entre las suaves colinas, donde las bungavillas cubren con una capa violeta el blanco enlucido de las aldeas, donde el agua pura refleja las nieves del Hermón, y el menor riachuelo se adorna con adelfas, entre los campos de trigo. Es, de toda Palestina, uno de los lugares más hermosos, casi igual a un lago italiano; Herodes Antipas, en honor de Tiberio, su señor, mandará construir su capital impía, Tiberíades; Cristo hará allí milagros, apaciguará las aguas, multiplicará en sus orillas los panes y los peces, y arrojará a sus aguas los cochinillos embrujados.

El foso se ahonda aún más. Entre las blancas rocas calizas y las gredas rojas, el valle se encajona. El llano se torna más seco, casi desierto. El río, rodeado aún durante largo trecho de tamarindos y mimosas, acaba por no tener más que una hilera de alisos; región salvaje adonde el Bautista arrastrará a sus caravanas de fieles. ¡Más abajo aún! He aquí el mar Muerto, ya lámina de estaño al pie de los montes malvas del Moab, ya turquesa opaca, engastada en oro. Lo primero que conocieron los hebreos de Moisés de la Tierra Prometida, fué esa agua pesada, inmóvil, tan cargada de sal y asfalto que no soporta ninguna vida y en la que el cuerpo humano flota. Paisaje de muerte y cataclismo; tan grande como el lago de Ginebra, esa capa de agua no sirve para nada, no produce más que betunes para las momias. Nos imaginamos a la horda de los nómadas contemplando, desde el borde de las mesetas de Transjordania, por encima de las siniestras aguas, las colinas ocres de Judea, destinadas por igual al asalto por su fe y su deseo de conquista. La geografía impone a Canaán un carácter contradictorio; es un lugar de paso inevitable; del Nilo al Éufrates, nadie puede negarse a utilizarlo. Mas es muy difícil de cruzar. El valle del Jordán no tiene nada de vía de comunicación; las tierras altas no tienen más que una pista mediocre, que sube y baja; los verdaderos caminos rodean a la región: el de la costa, el de Transjordania — hoy ferrocarril de La Meca —, y de uno a otro, la ruta oblicua del llano de Esdrelón, «la ruta del Mar», de Haifa a Damasco. En medio de ese aislamiento relativo es donde transcurrirá la historia del pueblo elegido.

El terreno favorece la diseminación. Esa región variada, recortada, se presta a la oposición entre grupos; el individualismo de las tribus encontrará amplio campo. No solamente en un sentido sobrenatural está ligado a Canaán el destino de Israel.

«UN PAÍS DONDE CORREN LA LECHE Y LA MIEL»

PALESTINA es, para muchos pueblos, la «tierra santa», mas es también una región admirable. Durante el día, bajo la luz deslumbradora, las llanuras y el cielo forman masas de tono puro, azul, ocre y blanco crudo; y por la noche, en medio de los azules y los reflejos plateados, no se sabe si la claridad difusa brota del suelo o cae de las estrellas que chorrean del cielo. Como en Grecia, poco se necesita para dar a un lugar una grandeza incomparable; un ciprés en un rincón de muro, la sombra de una parra sobre el suelo rojizo, una bandada de cigüeñas posándose en el Jordán. La primavera es encantadora. «He aquí pasado el invierno, la lluvia se fué; hanse mostrado las flores en la tierra; el tiempo de la canción es llegado. Se ha oído la voz de la tórtola en el campo; la higuera ha echado sus higos, y la viña en flor da olor» (*Cantar de los Cantares*, II, 12). Detalles delicados aparecen a cada instante; la roca más seca cobija, en un hueco, una mata de anémonas rojas de corazón negro, que son de seguro los «lirios de los campos» de las Sagradas Escrituras, puesto que los comparan a los labios de la novia; y ante ese suave terciopelo oscuro sin apariencia, inclinaos y respirad su perfume: es el nardo, con cuyo aroma María Magdalena ungirá los pies de Jesucristo.

Mas belleza no es indicio de riqueza. Un campesino de la Beauce o un viticultor del Medoc, llevados a Judea o Samaria, calificaría esas regiones de desheredadas. Sin embargo, la Biblia describe con insistencia a Canaán como una tierrra fabulosa, donde «corren la leche y la miel», donde todo crece con abundancia. ¿Exageración oriental? Hemos pensado en un retroceso desde los tiempos bíblicos; en algunos lugares, en el Carmelo, por ejemplo, hoy tan pelado, se ven restos de bosques, vergeles y viñedos; por falta de cuidados, se derrumbaron los muros que contenían la tierra en las faldas de las colinas y los cultivos desaparecieron.

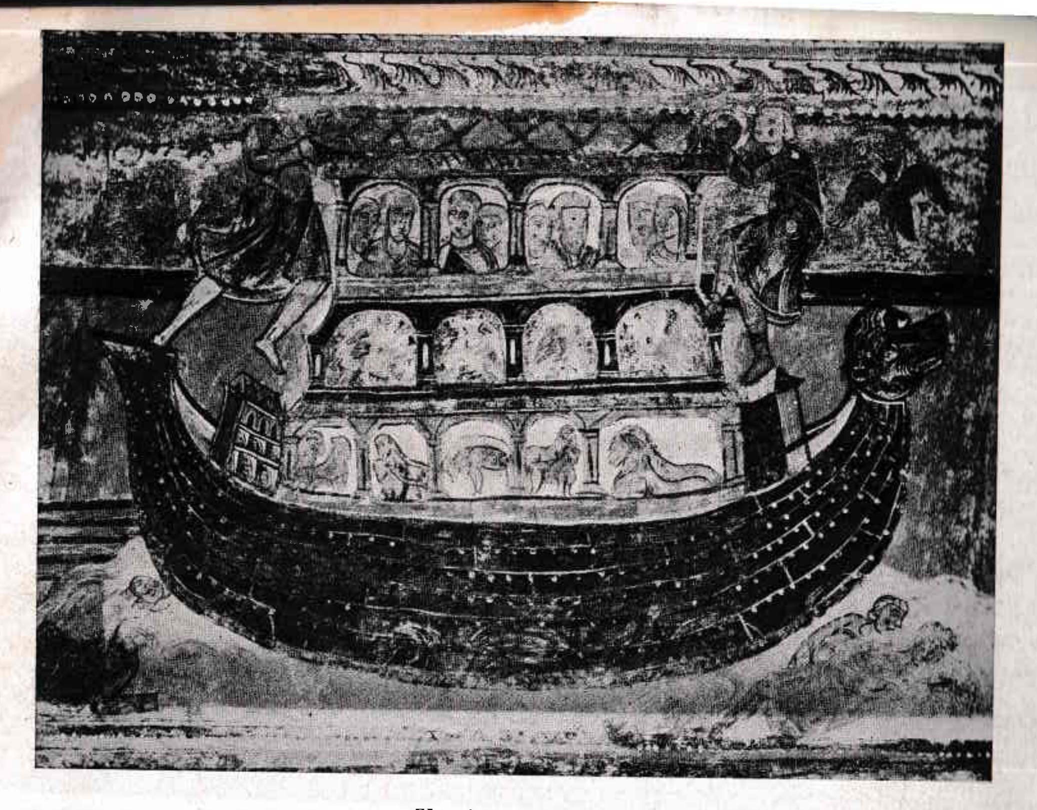
El verano es caluroso como en Grecia o Argelia; el mes de agosto tiene una media de casi 32°, y se llega a los 45°. En invierno hay días muy fríos. Es un clima sano que hace al hombre sufrido; excepto en el bajo Jordán, no hay temor de fiebres. La brisa del mar trae fresco, incluso en el verano; por la noche, los habitantes suben a las azoteas o van a su jardín para respirar el fresco, como Dios en el Paraíso, según cuenta el *Génesis* (III, 8). Y ese viento marino es el que aventó

la cebada de Booz, la noche que fué a buscarlo Ruth. Al buen influjo del Mediterráneo se opone el del desierto; de vez en cuando, un viento fuerte llega de las inmensas soledades, cargado de arena, helado en invierno, ardiente en verano; soplo de cólera, «viento de Yahweh» que lanza un velo de plomo, el que soplará a la hora de la muerte de Jesús.

El gran problema de los países mediterráneos, el del agua, no se soluciona fácilmente en Palestina. Toda la Biblia le concede una importancia extraordinaria. «Manantial del jardín, pozo de agua viva, riachuelo que vienes del Líbano», el *Cantar de los Cantares* multiplica las imágenes para alabar el líquido bienhechor. Allí no hay inundaciones como en Egipto, ni incluso como en Sinear. En cierto modo, los altivos nómadas prefieren, como dice el *Deuteronomio,* «no regar con el pie» (xi, 10), es decir, no hacer funcionar el *chadoúf,* el aparato elevador de agua. Canaán «bebe sólo las aguas del cielo»; pero, en varios lugares, bebe poco. Mientras que Siria, mucho más favorecida, recibe cerca de Beirut un metro de lluvia, que el Hermón tiene aún noventa centímetros, y los chaparrones de invierno no dan más que sesenta en Galilea y Samaria — llueve más en París —, cincuenta en Judea, y apenas treinta en el valle del Jordán. Si se tiene en cuenta la enorme evaporación — quita por día una capa de catorce milímetros al Mar Muerto, ¡casi cinco metros por año!, — esas lluvias son muy insuficientes. Los pozos, en terrenos calizos, rara vez son inagotables; es preciso multiplicar las cisternas, conservar con avaricia «el agua del cielo».

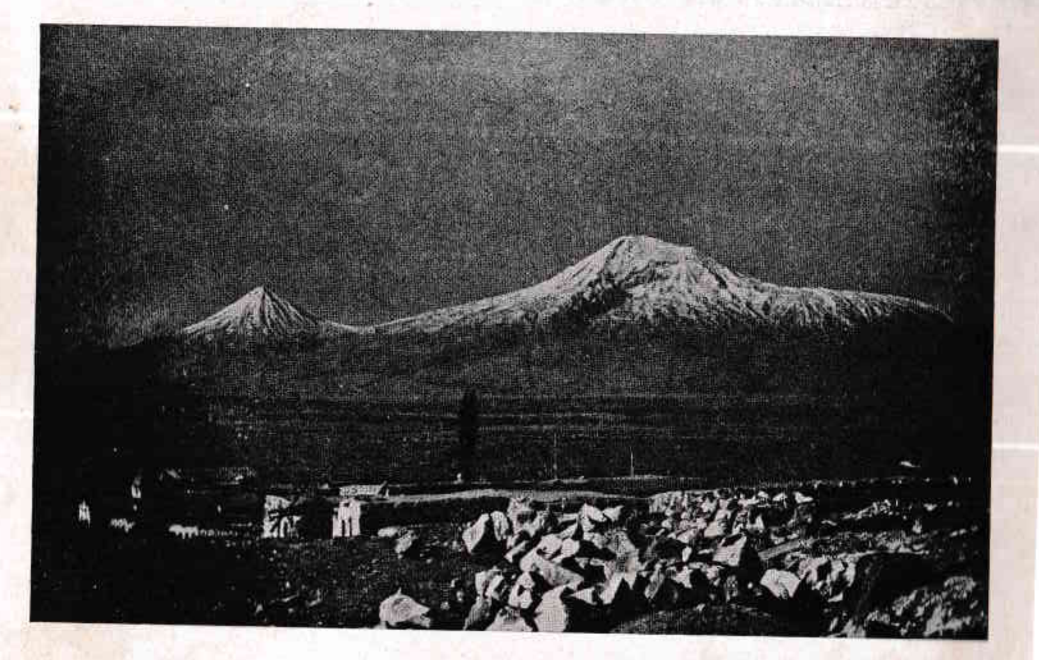
La vegetación no puede ser abundante en esa tierra sedienta. Hoy es muy diferente de como era en tiempos de los hebreos de la Biblia; numerosas plantas familiares para nosotros fueron introducidas mucho después: las chumberas, las pitas y hasta la *doura,* el alimento más corriente hoy en toda Palestina, nuestro maíz. Los bosques, que están muy pelados a consecuencia de talas estúpidas, sin duda no fueron nunca muy espesos: pinos de Alepo, cipreses, carrascas, terebintos, algarrobos y, más al Norte, en el Hermón, los cedros de exquisita fragancia, tan nobles como cuerpos de jóvenes guerreros. Si el árbol no abunda, el arbusto, oloroso y variado como en los montes de Córcega, lo llena todo: mirtos, laureles, lentiscos, retamas y jaras, regalices bajo los cuales crecen nardos, tomillos, oréganos e hinojos.

Donde hay agua, la tierra no se opone a ser labrada. Los llanos de Sarón, Sephelah, Esdrelón y Tiberíades son, hoy, de riqueza extremada. El trigo, la cebada, las habas, lentejas y sésamos crecen en



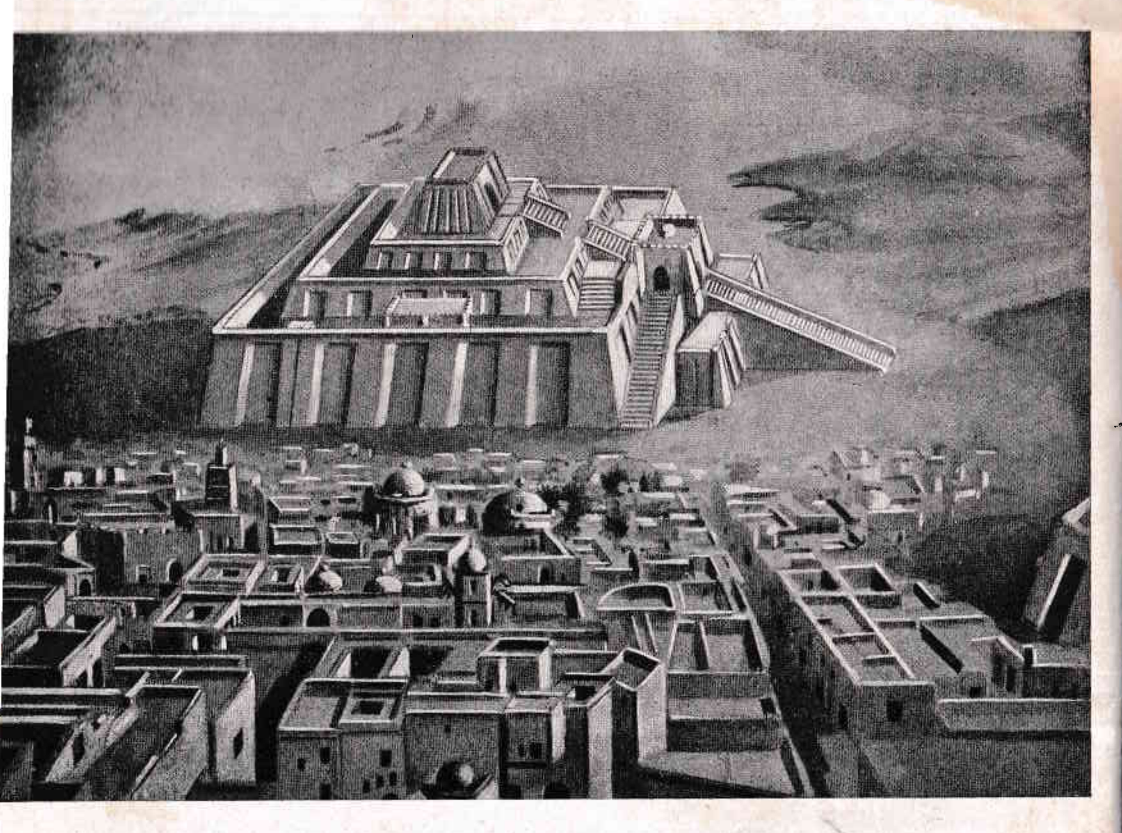
EL ARCA DE NOE

Fresco románico de Saint-Savin. Vienne (Isère).

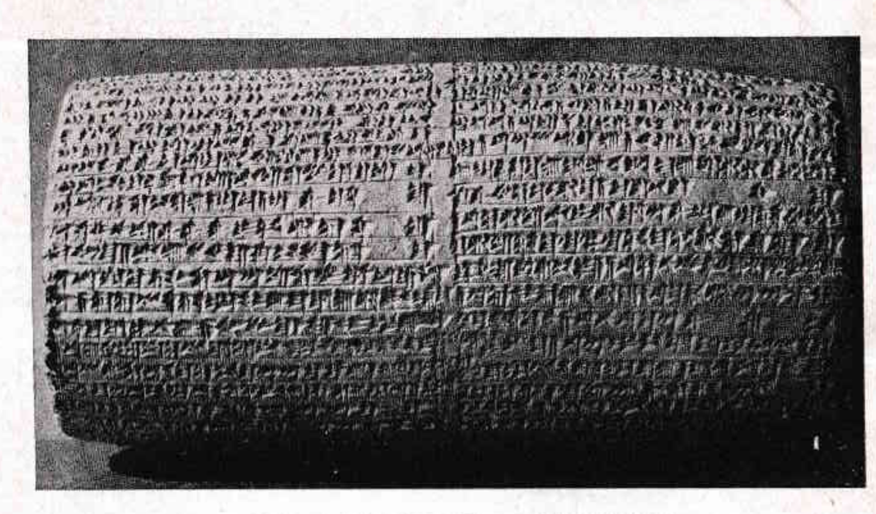


EL MONTE ARARAT

Armenia



EL ZIGURATO DE UR, RECONSTRUCCION IDEAL.



EJEMPLAR CON ESCRITURA CUNEIFORME.

Canaán desde una época muy remota, y los jardines han dado siempre frutas y vinos excelentes. Un hijo de Gedeón cuenta en un apólogo que queriendo buscar rey, los árboles ofrecieron la Corona al olivo, a la higuera y a la vid (*Jueces*, IX); el aceite cuidadosamente extraído de las aceitunas poco maduras, el vino sacado de uvas algo secadas para darle dulzor, los higos prensados en paquetes y servidos en pedazos cortados, ocupaban un lugar importante en la alimentación de Palestina. Había muchos más árboles de utilidad: palmeras, almendros, sicómoros — cuyo fruto era partido para aumentar el sabor — y nogales, de sombra fresca, tan apreciada en verano.

Región agrícola en que Israel cambiará la tienda por la casa, Canaán es también un lugar de cría de ovejas, donde el pueblo no trocará completamente el cayado por el arado. Durante mucho tiempo todavía, los aduares nómadas errarán por los cerros; los pastores caminarán con sus rebaños, llevando el cayado curvo bajo el brazo, y en la Biblia resonarán las cuatro notas agudas de su caramillo. Por la noche, guardarán los rebaños reunidos en la majada rodeada de un murete de piedras, pues rondan el oso, el lobo y hasta el león. El ganado vacuno escasea y es signo de riqueza; la mayoría tienen algunos borregos y cabras. El asno es corriente, y el caballo, introducido por los hiksos, tiene poca utilidad; se usa tan sólo para los combates.

Todo eso nos parece un bienestar modesto, no una fortuna. Por lo menos, para nuestra mentalidad de occidentales. Mas ese pueblo que acaba de recorrer, durante medio siglo, estepas, ¡con qué mirada de deseo debía de mirar esa región de pan, vino y aceite! «Leche y miel», como dicen los nómadas; se bebe mucha leche bajo la tienda y los beduínos de hoy gustan mucho de empalagosos dulces. Se repite la antigua ley del Asia: los pobres del desierto se lanzan al asalto de los valles. Los israelitas no han de parar hasta que posean Canaán.

EL PAÍS QUE HAN DE CONQUISTAR

Es una prueba de la protección divina? Cuando lo atacan, el país es presa fácil. No pertenece ya a ninguno de los grandes imperios vecinos, y ese paréntesis de la historia durará lo suficiente para que, organizado en reino, pueda Israel, durante algún tiempo, figurar como Estado. Si el Éxodo tuvo lugar hacia 1221, transcurre aproximadamente siglo y medio entre la llegada de los hebreos al borde del Moab

y la coronación del primer rey, Saúl (hacia 1040). Ese período está lleno, en todo el Oriente Medio, de importantes acontecimientos, muy favorables para Israel, y de los cuales algunos condicionan todavía hoy nuestro destino.

A raíz de la gran batalla de Cadesh, el tratado egipciohitita había hecho de Siria y Palestina una especie de Estado tapón, dividido en dos zonas de influencia. Los hititas ejercían su control hasta el alto Orontes; el faraón dominaba en el Sur. Esta situación era ya favorable; cuando se está sometido a dos amos, es fácil de usar del uno contra el otro. Los reyezuelos cananeos no despreciaban esa ocasión.

Cuando Israel, en el desierto, toma conciencia de su ser, esos dos amos desaparecen de la escena palestina. La entrada de los arios en el concierto mediterráneo es el gran acontecimiento del siglo XII antes de nuestra Era. Desde hacía setecientos años, su migración no había cesado. Llegaban en oleadas sucesivas, barriendo cada una los pueblos anteriores, aunque fueran de su propia sangre. Ocurre lo mismo que en tierras de Francia cuando el ario romano domina al ario galo, y luego el dominador se somete al ario germano; cada una a su tiempo, las oleadas hititas, frigias, troyanas, aqueas, dorias, llegan a las costas del Egeo; ese choque milenario es un espectáculo terrorífico y grandioso; no estamos seguros de que haya terminado.

Creta fué la primera víctima. En esa isla pequeña, apartada, se había desarrollado una civilización de extraña belleza. Desde que Evans, hacia 1900, desenterró las ruinas de Cnoso, ese mundo cretense aparece tan próximo que resulta difícil concebir que hayan pasado tres mil quinientos años. En un reducido fresco, un rostro de muchacha sonríe con un gesto descarado: es «la Parisiense». Los hombres con pantalones cortos, nos recuerdan a los jugadores de fútbol, y las mujeres llevan crinolinas, como la emperatriz Eugenia. Colocados maravillosamente en el corazón del Mediterráneo oriental, los reyes sacerdotes de Creta, los Minos, fundaron un imperio marítimo que dominó el Egeo, explotó el cobre de Chipre y de Rodas, y comerció con todo y con todos. De sus enormes riquezas hacían un uso inteligente; sus palacios tenían unas comodidades que no conoció Luis XIV, agua corriente en las salas de baño, alcantarillado. Los muros estaban cubiertos de encantadores frescos; delfines saltando sobre las olas, un gato acechando su presa entre las hierbas, un rey paseándose con un lirio en la mano.

Hacia 1400, una catástrofe repentina aplastó aquella civilización exquisita. En Cnoso, cada uno atendía a sus quehaceres; un escultor labraba un jarrón de piedra, albañiles preparaban cal, un lapidario hacía una marquetería; en la sala del Trono daban una recepción. El ataque fué tan rápido que lo abandonaron todo en su sitio. El fuego destrozó los hermosos palacios. Una ola aria acababa de arrasar la isla. De Creta sobrevivirán en la civilización griega, los nombres de *into* (jacinto, Corinto), los ritos religiosos y dos leyendas; según una de ellas, Minos es un rey justo que juzga a las almas en los infiernos, como recuerdo de la equidad que reinaba en Creta bajo aquellos sabios monarcas; en la otra, es un personaje feroz que, en el fondo de su palacio del Laberinto, alimenta a su monstruo doméstico, el Minotauro, con jóvenes atenienses que reclama cada año; recuerdo, sin duda, de los tiempos en que el dueño del mar obligaba a sus vasallos continentales a pagarle fuerte tributo.

Esa oleada de invasores está formada por los aqueos. Se habían instalado en Grecia en el siglo XV, colocando sus castillos como bloques enormes en cerros o montañas; Micenas y Tirinto imitaban poco a poco, torpemente, el arte de Creta; eran rudos feudales, ocupados continuamente en guerras fratricidas; Esquilo y Sófocles nos dejarán un recuerdo sangriento de ellos. Dos leones, enfrentados en la portada de uno de sus palacios, parecen rugir aún en medio de la carnicería, y, en el museo de Atenas, las máscaras de oro con que adornaban los cadáveres, conservan todavía cierta expresión de violencia y de grandeza feroz.

Creta no fué el único escenario de sus terribles hazañas.

Todas las islas griegas los vieron aparecer. En Asia Menor, ellos y otros pueblos hermanos desembarcan varias veces. En los siglos XV y XIV, el poder hitita es tan grande que los recién llegados no logran establecerse. Hacia el siglo XIII, comienzan a instalarse en las costas, y en cuanto lo han conseguido han de defenderse de otras oleadas que quieren ocupar su puesto. Las tablillas hititas de Boghaz-Keni nos hablan de esas incursiones de akhaiwas (aqueos), y se cree incluso que se puede leer en ellas Alejandro, Atrea, Andreo, Eteocles, nombres que encontraremos en la *Ilíada* de Homero.

La guerra de Troya no es más que un episodio de esa historia confusa de la invasión aria. Buscando tierras nuevas o, más probablemente, deseosos de asegurar el control de la ruta que llevaba al trigo de Rusia, los aqueos federados, al mando de Agamenón, partieron para arruinar a un pueblo de Asia Menor, los troyanos, seguramente arios como ellos, pero establecidos desde hacía algún tiempo en las proximidades de los Dardanelos. Coincidencia de la Historia: cuando Josué se disponía a lanzar sus hombres a la conquista de la

Tierra Prometida, Ulises, con unos años de diferencia, introducía en Troya el pérfido caballo...

Un acto del mismo drama arruina también el imperio hitita. Otro pueblo ario, instalado más al Sur, en Frigia, ataca a esa gran nación, que desde hacía ocho siglos dominaba en Asia Menor. ¿Habían perdido los hititas sus cualidades militares, a fuerza de mezclarse con los pueblos indígenas? ¿Poseía el atacante mejores armas? Todo aparece envuelto en el misterio. Y los griegos, por un motivo desconocido, se han burlado del rey Mita, vencedor de los hititas, dándole el nombre de «Midas», que lo transformaba todo en oro, mas a quien Apolo había puesto orejas de asno, para castigarlo por despreciar su canto. Si el detalle de los hechos queda en la sombra, lo esencial es cierto: a fines del siglo XII antes de nuestra Era, ya no existe imperio hitita; no queda más que una federación de pequeños Estados, antiguos vasallos del «gran Rey», que llevan aún con orgullo el glorioso nombre del «Hatti»; los centros son Alepo, en Siria, y Carquemis, en el Éufrates. Resistirán durante mucho tiempo los ataques sirios, hasta la ruina definitiva de Sargón II a últimos del siglo VIII. Mas, en ese momento, son incapaces de imponer su voluntad en Canaán.

En Egipto, la invasión no tuvo la violencia que vimos en Creta y Asia Menor; sin embargo, el poder faraónico recibió un golpe terrible. Los documentos nos hablan de esos Pueblos del Mar que, a partir del siglo XIII, comenzaron a aparecer ante el Delta. Procedían de una región que los egipcios llaman Kefti, acaso la misma que la Biblia designa por el nombre de Caphtor y que considera como lugar de origen de los filisteos. Formaban un conglomerado heteróclito compuesto por todos los pueblos que, en aquella época, se disputaban el mar Egeo. Había troyanos, aqueos, frigios y muchos más, hasta cretenses, probablemente. Para comprender el papel que desempeñaron los podemos comparar a los normandos. Lo mismo que ellos, llegaban montados en navíos ligeros, en cuya proa iba esculpida la cabeza de un cisne o de un animal fantástico; los dejaban en la playa y se lanzaban, en atrevidas correrías, al pillaje y a la destrucción.

No se puede dudar de que aquellos piratas fuesen arios. Lo relatado por los egipcios, lo que dice la Biblia de los filisteos, coincide exactamente con la descripción trazada por Homero de los aqueos: gigantes rubios de cráneo largo, piel blanca, ojos azules, hermanos de los germanos y de los celtas. Cuando aparecieron las primeras bandas, Ramsés II, que los venció sin dificultad, admiró tanto la prestancia de aquellos hombres que formó con ellos su guardia personal.

La situación empeoró con rapidez. Meneptah se vió obligado a combatirlos duramente y, después de él, Ramsés III tuvo que hacer frente a una verdadera marea. Dos veces, en cuatro años, entabló batallas terribles; quiere vencer a los Pueblos del Mar en su propio elemento. Logró arrojarlos de Egipto, pero gran número de aquellos piratas se instaló en la costa sur de Canaán, donde se unieron a los egeos, que, desde los tiempos de la dominación cretense, habían establecido allí sus factorías. Ese pueblo heterogéneo, con mayoría aria, fué el de los filisteos, enemigos de Israel. Egipto se vió aislado de Canaán; para poner remedio a aquella situación, hubiese sido preciso reanudar el esfuerzo tenaz de Tutmosis II o de Ramsés II. Pero éste fué el que cerró la época de los grandes faraones. Después, los señores del Nilo se convierten en reyes holgazanes, cuyos cancilleres son los sacerdotes de Amón. Un poco más tarde, a la par de la dinastía que reina en el Delta, el clero de Tebas proclama otra, la de los grandes Pontífices. La tierra de los dioses camina hacia su ruina; nada podrá apartarla de su destino.

Ni por el Norte, ni por el Sur, Canaán había de temer al conquistador. ¿Podría llegar por el Este, como en tiempos de Hammurabi? Aun no. La hora del tercer saqueador tardará en sonar tres siglos. Llegará con nombre de sangre: Asiria. El triángulo de montañas del alto Tigris fué ocupado, cuando las invasiones semitas del tercer milenio, por un pueblo de feroces guerreros. La región, adusta, le conservó su carácter de soldado. En el siglo XXV, cuando Gudea reinaba en Lagash, los asirios tuvieron algunos reyes de importancia. Luego parece que estuvieron más o menos sometidos a Babilonia. Y a continuación, vivieron al amparo del Mitauni y de los hititas. En el siglo XIII, empieza a brillar su estrella. Salmanassar es tan poderoso que su proximidad es una de las razones para que los hititas, después de Cadesh, se unan con Egipto. En el siglo XII, aparece el primero de los grandes conquistadores de Assur, ese Teglatfalasar I, que nos ha legado el relato de sus cuarenta y dos campañas victoriosas en el templo de su capital. Ora lo vemos en Armenia, ora en Kurdistán, luego deteniendo a los frigios del rey Midas cuando, después de vencer a los hititas, avanza hasta el Éufrates para atacar a Babilonia, donde acaba de derrumbarse la dinastía kasita; por fin, lo vemos llegar hasta el Mediterráneo y cortar, en el Líbano, los olorosos cedros que necesita para sus templos. ¿Pondrá su mano de hierro en las tierras que comienzan a sublevarse contra sus antiguos conquistadores? Aun no.

Los sucesores de Teglatfalasar no continuarán su obra. El sitio permanece libre en Canaán para que Israel cumpla su destino.

LOS ENEMIGOS QUE HAN DE SER VENCIDOS

No quiere decirse que el pueblo de la Promesa no tuviera ante él numerosos enemigos. La Biblia enumera una cantidad tan considerable de ellos, que renunciamos a citarlos todos. Pero, en verdad, algunos nombres no designan más que tribus o grupos muy pequeños. En general, la situación es mucho menos complicada que cinco o seis siglos antes, en tiempos de los Patriarcas, cuando apacentaban pacíficamente sus rebaños en los mismos lugares. Israel tendrá tres clases de adversarios: los pueblos que ocupan Canaán propiamente dicho; los diversos nómadas que, según la antigua ley, presionan desde el desierto en las fronteras; y los filisteos, asentados en la costa. Durante algunas generaciones, la situación se aclara, y, hacia el año 1000 antes de Jesucristo, no quedarán enfrentados en Palestina más que dos pueblos: los filisteos y los israelitas; los cananeos serán aniquilados en el transcurso de ese doble asentamiento.

Los filisteos son aquellos piratas, aquellos Pueblos del Mar que, rechazados de Egipto por Ramsés II, cayeron en la costa sur de Palestina. Sus puertos eran Asdod, Ascalón, Gaza; una tribu de la misma raza ocupaba Dor, cerca del Carmelo; pero, no satisfechos con ocupar la costa, penetraron en el interior y sometieron a la rica Sephelah. En los frescos egipcios, los reconocemos en seguida; altos, nariz recta en prolongación de la frente, piel clara — los semitas están pintados de color ladrillo —, atraen la atención por su gorro de fieltro plisado en la parte posterior, sujeto por un barboquejo atado bajo la barbilla, y coronado con una fila de plumas tiesas, apretadas, sostenidas por un galón de vivos colores. En tiempo de paz, llevaban un sencillo taparrabos con franjas; en el combate, una coraza con placas de metal, articuladas. Su armamento era importante: un escudo redondo, una larga espada y dos cuchillos que blandían con las dos manos al mismo tiempo. Así será el armamento de Goliat.

No eran en verdad bárbaros o, dicho de otro modo, no lo eran más que sus feroces primos que admiramos bajo los nombres de Aquiles y Ulises. Al contacto de Creta y de las civilizaciones del Asia Menor, aprendieron mucho. Es probable que, antes que Israel, supieran utilizar el hierro. Tal vez llevaron de su país un disco de signos extraños, encontrado en Faistos, en Creta, que parece un juego de la oca, y una de cuyas figuras representa la famosa cabeza de hombre con plumas. En tal caso, los filisteos serían los inventores de la imprenta, pues las letras de ese alfabeto han sido marcadas en la arcilla por tantos punzones como figuras hay.

Israel tendrá con ellos numerosas relaciones. No siempre relaciones guerreras. Si hemos de juzgar por las aventuras de Sansón, las muchachas filisteas tenían una conducta poco formal. Ese pueblo se mezcló, según parece, bastante de prisa con las gentes de la región, exactamente como, en Grecia, lo hicieron los aqueos con las razas primitivas; su religón se modeló en los cultos que encontramos a lo largo de la Media Luna fértil. Si hemos de creer a Herodoto, por intermedio de ellos la diosa desnuda semita dió origen a la encantadora Afrodita helénica, salida de la espuma del mar.

Para Israel, serán los filisteos el enemigo más temible, porque tenían verdaderos ejércitos, carros, una organización política estricta — análoga a las «tiranías» griegas — y estaban, como ellos, en plena expansión. Pero al Norte, al Este y al Sur pesarán otras amenazas sobre Canaán; la de aquellos beduínos, semitas de origen, que se lanzarán, por etapas, sobre las tierras fértiles. Llegada del Norte, la gran oleada aramea se organizará en Damasco. Dos oleadas llegan, hacia el Sur, a Transjordania: los amonitas y moabitas; próximos parientes de los hebreos, les oponen una hostilidad envidiosa, que paga Israel despreciando su idolatría; ese antagonismo no cesará nunca. Al Sur, Edom no perdonará a los hijos de Jacob el plato de lentejas con que se engañó a Esaú, y, nómadas feroces, atacarán más de una vez a Israel, convertido en sedentario. En fin, por el extremo del Negeb, los amalecitas, bandidos de profesión, pueblo mezclado, con campamentos inestables, hacen a menudo correrías sangrientas por el Norte.

A la par que vigilan las fronteras, han de apoderarse de la región y vencer a los habitantes. Todos los pueblos que hemos visto tan divididos en tiempos de los Patriarcas, como los cananeos, los amorreos, los perizzim, los jebuseos, se mezclaron en seis siglos. Continúa el rompecabezas de ciudades minúsculas, pero la raza se ha hecho homogénea. La Biblia les designa ya con el nombre de cananeos, ya con el de amorreos. Su densidad y poder variaba mucho según las regiones; apretados en la llanura de Esdrelón y Samaria y muy separados en Judea. Aquellos cananeos, pintados por los israelitas con colores poco halagüeños, puesto que son sus enemigos, eran en verdad más civilizados que las rudas tribus que los someterían. Las in-

fluencias cretense y egipcia dominaban desde siglos atrás. En las cortes de los reyezuelos, se vestían las mujeres a la moda de Cnoso. Los jarrones eran de alabastro, como en Egipto, o estaban decorados con flores y animales, como en Creta. El estudio de las vasijas de barro no deja duda alguna: la llegada de Israel determina una brusca decadencia; la masa se torna basta, mal moldeada; la decoración se reduce a líneas. Los objetos bonitos se los comprarán David y Salomón a los fenicios.

Israel vencerá a los cananeos para apoderarse de Canaán. Pero la ley que formulará Horacio no es nueva: «Una vez conquistada, Grecia conquistó a su vez a su feroz vencedor». Al entrar en esa tierra, los hebreos encuentran, a cada paso, y bajo los aspectos más diversos, tentaciones que conocen bien. La idolatría cananea tenía ciertos ritos que había adoptado el pueblo de Israel en tiempos de los antepasados: las piedras erigidas o *masseboth*, el culto de las alturas. Más tarde los rechazará incluso por temor a confusión con los ritos idólatras, lo mismo que renunciará a saludar al Todopoderoso con el viejo vocablo semita, *Baal*, para no nombrar al dios enemigo. La religión cananea la conocemos por las condenas horrorizadas que lanza la Biblia contra ella y por las seducciones que tuvo sobre el pueblo de Dios. Los fieles de Yahweh lucharán sin tregua contra el *Ashera*, estaca de madera fetiche, análoga a las que vemos hoy en el África negra. Anatematizarán los ritos sangrientos, los sacrificios humanos, y esos cultos obscenos que reunían en torno a los templos individuos de ambos sexos, igualmente entregados a la prostitución sagrada. El pueblo de Canaán era, de seguro, muy religioso, si tenemos en cuenta el número de ídolos encontrados en las ruinas. La diosa desnuda semita ocupaba un lugar importante. Adoraban a Baal, el señor, el dueño del suelo, bajo apariencias innumerables; la del monstruoso Moloch, ávido de víctimas quemadas vivas, que llegará a ser en Fenicia y Cartago la más célebre, no parece tener aún mucha importancia. Su diosa Astarté era la reproducción de la Ishtar babilónica, la bienhechora, la que preside la fecundidad de los rebaños, y cuyo carácter sexual se asociaba a los ritos impuros de los alrededores de los templos.

La religión cananea parece muy pobre al lado del grandioso monoteísmo cuyo mensaje recibió el pueblo elegido en el Sinaí. Mas hay que tener en cuenta las debilidades humanas, las satisfacciones muy concretas que daba. Y también, por ese hecho, para un pueblo que va a convertirse en labrador, la religión de la naturaleza divinizada aparecerá más tangible que el culto del trascendente Yahweh.

Invocarán a Baal porque es más cómodo llegar a él. El peligro interior que ya en el desierto fué tan amenazador, aumentará con la conquista y durará mucho.

Conquistar la tierra, conservarse puro, dos tareas que ha de llevar a cabo el pueblo elegido que, al borde del Jordán, se dispone al ataque. Lo que concede Dios, ha de merecerlo el hombre con su fidelidad y su valor. La batalla por la tierra y por Yahweh está empeñada.

III. — JOSUÉ Y LOS JUECES

LA EPOPEYA GUERRERA DE ISRAEL

Un gran ruido de armas, gritos, matanzas, ciudades incendiadas, y sobre este fondo de cuadro, proezas individuales: tal es la nueva página que escribe Israel en el libro de su historia. En la Biblia, *Josué y los Jueces* forman una verdadera epopeya, que en muchos aspectos nos recuerda a ese otro canto guerrero, cuyos episodios, en la misma época, se transmitían los griegos de padres a hijos y que llegará a ser, cuatro siglos después la *Ilíada*. Los conflictos modernos adoptan un carácter más hipócrita; las propagandas ocultan los antiguos odios con razones eminentemente morales. Los pueblos primitivos eran más sinceros; esos capítulos reflejan sencillamente el odio sagrado.

No es la página que más nos conmueve en las Sagradas Ecrituras, a pesar de la belleza que encierra. Hay que comprender la psicología de ese pueblo. Tiene toda la fogosidad y las contradicciones de una tempestuosa juventud; las costumbres son brutales y el apetito furioso no se deja dominar por escrúpulos. Hoy, Israel se deja arrastrar por sus instintos y al día siguiente, se prosterna humildemente proclamando su culpa; ora lo embarga el entusiasmo, ora lo paraliza el abatimiento; alternan sentimientos contradictorios: envidia, egoísmo, astucia, sentido de la fraternidad, de la fidelidad. Es un pueblo joven, empeñado en una lucha de la cual depende, con su destino, el de los valores espirituales que representa.

Además, la violencia tiene un sentido, por de pronto, militar, ya que la fama de ferocidad constituye una fuerza, pues inspira temor; los asirios y los cartagineses lo tendrán en cuenta en su estrategia. Israel, religioso ante todo, ataca a un pueblo impuro; su destrucción

sistemática es un sacrificio que ofrece a *Yahweh*, de tanto más mérito puesto que renuncia al botín: veremos, en varias ocasiones, ese *herem*, en el que, de la ciudad sacrificada a Dios por anatema, no se deja ni un hombre, ni un muro y se incendia todo sin aprovecharse de nada. En las ruinas de Jericó, los arqueólogos han encontrado, calcinadas por el incendio de Josué, lentejas, trigo, cebollas, toda clase de víveres y numerosos objetos, que no fueron llevados por los vencedores. Es una plegaria, a la par que una precaución contra el pecado, siempre agradable a Dios. (*Deuteronomio*, VII, 2; XX, 14. — *Josué*, VII, 11.)

No hay que exagerar la importancia de esto. Semejantes destrucciones fueron relativamente poco frecuentes. Y de seguro el narrador bíblico aumentó algo lo trágico, con una intención piadosa también para lograr mejor efecto literario. Los cananeos no fueron aniquilados. Hubo a veces, entre ellos y los vencedores, relaciones más cordiales. Las matanzas de cautivos, los reyes vencidos, degollados o mutilados, los engaños y las deslealtades forman el fondo normal de las guerras primitivas, de tonos violentos, lleno de comicidad sangrienta; Homero pintará algo parecido.

La guerra de conquista fué difícil. Israel, superior en número a las bandas beduínas, no vale tanto como los filisteos que tenían verdaderos ejércitos. Carecen a menudo los infantes hebraicos de lanzas y escudos, según nos cuenta el cántico de Débora. No tenían carros. Las fortalezas cananeas eran incluso formidables; los hiksos les habían enseñado el arte de construir murallas dobles, gruesas a veces de 3,10 metros, precedidas de un glacis oblicuo, que favorecía el tiro; en Bei-Shan, en Jericó, se han encontrado los *migdol*, enormes torres del homenaje que servían para proteger los silos de trigo en el centro de todo un sistema complicado de fortificaciones; se comprende que unos simples nómadas fuesen a menudo detenidos por tales murallas. Por eso, las guerras de Israel tendrán un carácter de guerrillas, con emboscadas y tretas a lo Du Guesclin, es decir, una guerra llevada a cabo por francotiradores.

Se necesita valor para ello. Israel lo tiene cuando la certeza de la protección divina le da un alma fuerte. Meditaba un día Josué, en las riberas del Jordán, cuando al alzar la vista, vió a un hombre de pie con una espada desenvainada en la mano. «¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?», preguntó en seguida. «Soy el jefe de los ejércitos de Yahweh», respondió el misterioso personaje. «Y ahora, estoy con vosotros» (*Jos.*, V, 13, 14). Por el ángel de la cólera, Israel sabe de antemano que la victoria es suya, pues Dios así lo dispone.

JOSUÉ

DESPUÉS de la muerte de Moisés, Yahweh habló a Josué de este modo: «Moisés, mi siervo, ha muerto; levántate, pues, ahora, y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel.» (*Jos.*, I, 1.) Josué era el ayudante del gran jefe, uno de los dos emisarios que fueron a hacer el reconocimiento de la Tierra Prometida, el único superviviente de la antigua generación. Tomó el mando, hizo recoger provisiones y preparó sus tropas.

En las ciudades cananeas, y sobre todo en Jericó, que era la más amenazada, se vigilaba con desconfianza esa reunión de nómadas en la opuesta orilla. Un día, descubren que dos hebreos penetraron en la ciudad; dicen que están escondidos en una de esas casas de mala fama que hay junto a la muralla. Acuden: «Ya no están aquí esos hombres», dice Rahab, la cortesana. Creen que pueden alcanzarlos en los vados del Jordán, pero es en vano. La mujer ha escondido a los espías en su azotea, y luego los ha ayudado a descolgarse por la muralla; dan un rodeo por las montañas para escapar a sus perseguidores. Rahab se ha pasado al enemigo y ha preparado su triunfo. «Yahweh, dijo ella, os ha dado esta tierra. ¡Si os salvo, juradme que me salvaréis!» Los espías prometen. Rahab pondrá un cordón rojo en su ventana y su casa no sufrirá daño. Incidente revelador del temor inspirado por Israel y de las complicidades que halla.

El campamento fué instalado frente a Jericó,[1] en la orilla izquierda. Y Yahweh anunció a Josué que iba a probar al pueblo que lo elegía como sucesor del Conductor. El primer obstáculo era el Jordán. En esa parte baja, es ancho — ochenta metros — pero poco profundo y, por lo común, fácil de vadear. Mas «el río se desborda en el tiempo de la siega» (*Jos.*, III, 15). Se precisaba un milagro como el del mar Rojo. «Las aguas que venían de arriba, se pararon como en un montón bien lejos, cerca de la ciudad de Adom; y las que descendían hacia el mar Muerto fueron partidas. Los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza estuvieron en seco, firmes en medio del Jordán, hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán; y todo Israel pasó en seco» (*Jos.*, III, 16). La ciudad de Adom es sin duda Al-Damich, a veinticinco kilómetros al norte de Jericó. Allí, corre el río entre bancos de arcilla de una altura de trece metros, que se

1 Véase el mapa *Canáan en tiempo de los Jueces.*

deslizan fácilmente. En 1927, durante un temblor de tierra, se desplomaron y cortaron el río de tal modo que la corriente fué interrumpida durante veinticinco horas. La hipótesis del movimiento sísmico no se debe desechar: «Oh, Eterno — cantará Débora —, cuando avanzaste desde los campos de Edom la tierra tembló...» y el Salmo CXIV añade: «El Jordán retrocedió; las montañas saltaron como carneros, y los collados como alegres corderitos.»

En la orilla derecha se detuvieron para reorganizar la columna. En recuerdo del milagro, Josué hizo levantar un círculo de piedras, siguiendo la costumbre prehistórica, en Galgala, antiguo santuario cananeo. Luego, para confirmar la Alianza con la sangre que Dios había reclamado a Jacob, se hizo el rito de la circuncisión, que se había descuidado en el desierto. Se celebró la Pascua en aquel lugar y, al día siguiente, el maná cesó, tan misteriosamente como había aparecido. Ya no lo necesitaba Israel; tenía los productos del suelo que le habían prometido: los tamarices de Galgala no dan hoy otro fruto sino la nieve rosada de sus flores.

Al borde del *Ghor,* Jericó alzaba su silueta altiva. Era un oasis, colocado en un collado, poderosamente fortificado, en la árida región donde Cristo ayunará cuarenta días. En el llano, crece la cebada; en el cerro no hay más que una vegetación gris sembrada de gamones; pastores solitarios, cubiertos con capas de rayas blancas y pardas, guardan sus rebaños. «La ciudad de las palmeras» era tanto más admirable por encontrarse en aquel semidesierto. Josefo, el historiador judío, alaba la excelente calidad de sus dátiles, de múltiples variedades, su deliciosa miel recogida en los cerros, su apreciado bálsamo, sus cipreses. «Quién calificase de divino a ese lugar, no se equivocaría, tan abundantes son los árboles y de raras especies.» En invierno la temperatura es tan agradable que se puede ir vestido ligeramente; en cambio Judea está cubierta de nieve. No es de extrañar que se haya desarrollado allí una civilización delicada, cuyo lujo ha sido revelado por las excavaciones.

Jericó, con sus puertas cerradas, confiada en sus murallas, esperaba que el hambre obligase a los nómadas a levantar el cerco. Josué inicia el ataque; parecía un acto de locura. Se produce un nuevo milagro. Siguiendo la orden de Dios, los sacerdotes pasean el Arca alrededor de la ciudad, tocando las trompetas. Durante siete días, repiten la procesión, como vemos en la miniatura de Fouquet; lleno de fe, todo el pueblo la acompaña, en medio de un silencio religioso. Al séptimo día, a una señal dada, los cuarenta mil pechos de los atacantes lanzan un grito inmenso. La muralla se derrumba, la ciu-

dad es conquistada. Se ha supuesto que los toques de trompeta tenían por objeto disimular la cavazón de minas. Una vez terminados los trabajos, una llamada hubiese avisado a los zapadores para que saliesen de las galerías y prendiesen fuego al maderaje, para derrumbar la muralla. Otros creen que todo se debió a una sacudida sísmica.

El terrible *herem,* el anatema religioso, cayó sobre la desdichada ciudad. Sólo perdonaron la vida a Rahab, en pago a su traición. Un israelita que violó la prohibición sagrada y se guardó parte del botín, fué lapidado con su familia y rebaños. El temor se esparció por toda la región; se iba a ver la primera consecuencia. Una tribu cananea, la de Gabaón, acudió a pedir el *aman* y se pasó al campo de Israel. Al verlo, se aliaron cinco ciudades para detener el ímpetu de los invasores y se lanzaron contra los gabaonitas que pidieron socorro a Josué. Éste llegó de noche, y atacó, de madrugada, por sorpresa. Victoria fulminante, tan hermosa que se recordó durante mucho tiempo con éxtasis. Más tarde, cuando se escriba la historia de aquellos tiempos, el redactor bíblico citará un antiquísimo poema, un poco posterior a la batalla, el *Libro del Justo:* «Josué habló así ante todo Israel: ¡Sol, detente en Gabaón! ¡Y tú, Luna, en el valle de Ajalón! Y el sol se paró [1] y la luna permaneció inmóvil, hasta tanto que el pueblo se hubo vengado de sus enemigos.» (*Jos.*, x, 13.) El tiempo parecía demasiado corto para explotar ese triunfo. Los cinco reyes aliados refugiados en una gruta, fueron sacados de ella, degollados y los cadáveres colocados de nuevo en su refugio.

Bajo semejante jefe, la penetración se hizo de prisa. Una serie de golpes de mano y de felices tretas dieron a Israel el dominio sobre numerosas ciudades: Lakhis, Hebrón, Déber y muchas más. Una incursión hacia el Sur los llevó hasta los confines de Palestina. Otra, al Norte, con una victoria cerca del lago Merón, deshizo una nueva

1 Debemos a M. Jean Bosler, director del Observatorio de Marsella, una hipótesis muy interesante que comenta el "milagro de Josué". La Biblia nos dice (Jos , X, 11) que los gabaonitas huyendo ante Israel, recibieron una granizada de piedras que caían del cielo. Las granizadas de meteoritos son a menudo acompañadas de "noches claras" (prolongación del crepúsculo hasta la aurora siguiente). El 30 de junio de 1908, una granizada de bólidos, famosa desde entonces, cayó en Siberia y a continuación hubo una prolongación insólita del día, señalada en Francia por las revistas científicas *mucho antes* que llegase la noticia de la lluvia de meteoritos siberianos. El polvo levantado en la alta atmósfera prolonga de este modo anormal el crepúsculo. Un fenómeno análogo fué señalado en 1883 cuando la erupción del Krakatoa y en otras ocasiones. Hubo, sin duda, cuando la victoria de Josué, una prolongación del día, lo que prácticamente, tiene el mismo resultado que parar al sol. Además Flavio Josefo habla de "un día prolongado". La lluvia de piedras celestes y "el paro del sol" constituyeron un único y mismo milagro, hecho por Dios a favor de Josué. La ciencia confirma totalmente el hecho sobrenatural.

coalición que permitió llegar a Israel hasta el Hermón. La conquista estaba muy lejos de ser total. En el centro del país, los cananeos permanecían en sus posiciones. Numerosos conflictos aparecían aún en el horizonte; mas la promesa de Dios comenzaba a cumplirse. Josué pensó que había llegado el momento de asignar a cada tribu la parte que le correspondiese en el esfuerzo para acabar la conquista y en el reparto de la tierra.

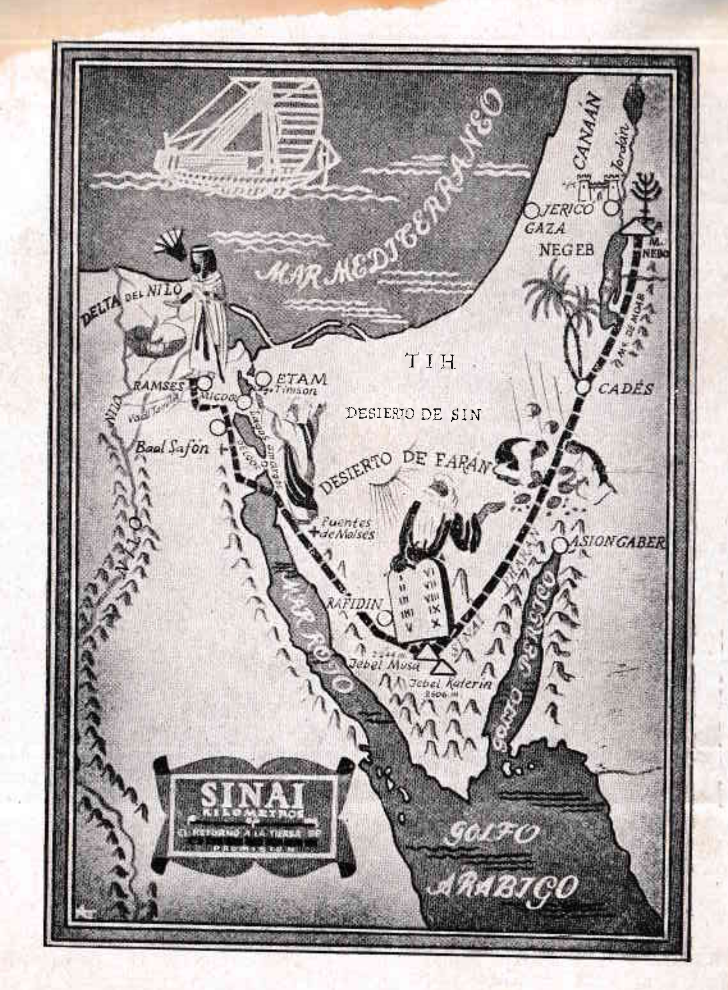
Las tribus eran trece, puesto que cada una descendía de uno de los doce hijos de Jacob, y los dos hijos de José, Efraim y Manasés, habían sido adoptados por el Patriarca. De hecho, la de Leví, por su misión sagrada, no entraba en el reparto. El centro de la región, o sea la zona de las ásperas montañas, fué dada a Judá, llamado a desempeñar un papel importante, y a «la casa de José», a Efraim y Manasés. — Una parte de esta tribu, demasiado prolífica, emigró a Transjordania con Gad y Rubén —. Las demás recibieron las tierras de los contornos. La capital religiosa del país fué establecida en Silo, en Efraim; allí se depositaría el Arca. En las grandes circunstancias, allí se reunirían las asambleas del pueblo. Mas ese nuevo lugar religioso no les hacía olvidar el lugar preferido por los antepasados, la Siquén de los Patriarcas. Allí, después del largo viaje, fué depositada en una tumba la momia de José, traída de Egipto. Fué allí donde Josué, ya muy viejo, reunió al pueblo, le recordó el significado providencial de su historia, le hizo jurar que mantendría la Alianza y erigió, junto a las encinas, al pie de las cuales Jacob enterró los amuletos impíos, una piedra que recordase aquel acto en los siglos venideros.

Josué tenía ciento diez años cuando murió. Lo enterraron en la montaña de Efraim, y, para señalar bien lo que significaba la vuelta a las costumbres antiguas que había impuesto, colocaron en su tumba los cuchillos de piedra que sirvieron para la circuncisión de su pueblo.

EL LIBRO DE LOS JUECES

SIGUIERON dos o tres siglos, cuyos hechos conocemos sólo parcialmente. Era una vida guerrera de la cual resaltan algunos episodios heroicos. Es difícil establecer una cronología, discernir una lógica. La historia de Israel se fragmenta en tantas historias como tribus hay.

Cada uno de los grupos instalados en Canaán ha de terminar la conquista de la zona que le ha sido asignada y protegerse contra





BASTON MAGICO

Talismán egipcio en forma de cuerno



TUTMOSIS III

Museo de El Cairo



AMENOFIS II

Museo de Berlín

TABLA CRONOLÓGICA DE LOS FARAONES DE LAS DINASTÍAS XVIII Y XIX

(fechas aproximadas)

XVIII

Amosis	1580-1560
Amenofis I	1560-1530
Tutmosis I	1530-1500
Tutmosis II	
Hatsepsú	1500-1450
Tutmosis III	
Amenofis II	1450-1440
Tutmosis IV	1420-1410
Amenofis III	1410-1375
Amenofis IV	1375-1360
(el faraón revolucionario Akhenaton)	
Tutankamen	1360-1350
Horenheb	1350-1315

XIX

Ramsés I	1315-1314
Seti I	1314-1290
Ramsés II	1290-1225
Meneptah	1225-1215
Amenssis	
Sipta	1215-1205
Seti II (sucede una época anárquica)	

los enemigos, que por todos lados atacan. En la mayoría de los casos, la tribu intenta luchar sola. El individualismo, fomentado aún más por la pasión de la conquista, cede rara vez — y siempre incompletamente — ante la necesidad de cohesión. Y ese anarquismo, por perjudicial que fuese, encuadraba tan perfectamente en la última aspiración de aquellos viejos nómadas, que, mucho más tarde, los redactores bíblicos terminarían el *Libro de los Jueces* con esta frase llena de pesar: «En aquellos días, no había reyes en Israel; cada uno hacía lo que mejor le parecía.» La experiencia, a menudo trágica, y es una de las cosas interesantes de aquel período, les enseñará que la unión hace la fuerza y estos siglos terminarán con un gran clamor del pueblo que reclama la autoridad de un rey.

La instalación completa en Canaán se hizo de diversas maneras. Una de ellas fué la guerra. Pero hubo también esa infiltración paciente en la cual el pueblo elegido ha sido siempre especialista; las bodas con las hijas de la región, y probablemente pactos con tal o cual reyezuelo que tomaba a su servicio una u otra tribu. Aquella conquista trajo consigo consecuencias muy importantes. El nómada se convierte en agricultor; abandona la tienda por la casa. Y, por tanto, mezclado con las razas locales, sufre profundamente su influencia, sea por la civilización en la cual progresa, sea por el orden religioso hacia el cual se siente poderosamente atraído.

Es el último aspecto del drama que más de relieve pone la Biblia y por el que más se interesa, ya que demuestra la omnipotencia de Dios. Todos esos episodios están más o menos imitados del mismo modelo. Yahweh ha dejado a su pueblo en medio de gentes idólatras «para probarlo, para saber si permanecerá fiel a sus mandamientos» (*Jueces,* III, 4). Israel sucumbe a la tentación, sirve a dioses falsos, «se prostituye», y entonces Yahweh le da un enemigo que le oprime; mas el pueblo de la Alianza se acuerda del Señor cuando cae en la miseria, suplica, implora; y Dios, misericordioso, le envía un jefe, que lo liberta. Luego vuelve a pecar, porque, como dice San Agustín, «en la desgracia el hombre confiesa sus culpas; pero cuando Dios se aleja, se secan pronto sus lágrimas».

Esos salvadores providenciales son los Jueces. En una tribu oprimida por el enemigo, un inspirado, fiel al Dios único, eleva la voz, indignado por la traición de sus hermanos. El espíritu se manifiesta donde él quiere; jefe noble de tribu o hijo de prostituta, héroe admirado por su fuerza, o mujer célebre por sus dotes proféticas, poco importa para el caso. La autoridad de este mensajero de la Omnipotencia se impone en seguida. En tiempos de peligro, le conceden un

poder absoluto; lo mismo ocurrirá en la Roma republicana cuando nombren, por seis meses, dictadores con veinticuatro lictores para detener al enemigo. Generalmente, una vez terminada su misión, esos jefes temporales de Israel dejan el cargo, conservando tan sólo un prestigio moral inmenso; sin embargo, alguno llega casi a ser rey de su tribu. El día que ese poder sea permanente, la monarquía quedará establecida en Israel, como sucedió en otros casos de la Historia.

«Jueces», en hebreo *shophêt,* corresponde exactamente al vocablo *suffeta* que servirá a los cartagineses, también semitas, para designar a sus magistrados. La palabra significa «el que protege con la justicia». Más que el jeque de tribu, menos que el soberano, forma intermediaria de la autoridad en una época transitoria, esos héroes pintorescos cumplieron perfectamente su misión, que consistía en proteger a Israel contra todos sus enemigos del exterior, así como contra los peligros internos.

LA PROFETISA DÉBORA

A la tribu de Isacar le correspondió su parte en la llanura de Esdrelón, rica tierra de negros aluviones. Mas esa región por donde pasa el «camino del mar» era la más codiciada entre todas. Ante las usurpaciones de los israelitas que, al bajar de las montañas, se infiltraban en el llano, los reyes cananeos, poderosos aún en la región norte, se unieron para resistir. Su jefe Sísara, de la región de Haifa, mandó vigilar los pasos e interceptar las comunicaciones de los hebreos. «Los caminos quedaron desiertos; y los que andaban por los caminos apartábanse por torcidos senderos. Los campos fueron abandonados» (*Juc.*, v, 6). Entonces apareció Débora.

La situación era favorable; sólo faltaban armas. La mayoría de las tribus atravesaban una crisis de desaliento, inquietas al ver que resultaba tan dura una conquista que creyeron fácil. Mas Débora, la profetisa, se consume en un ardor santo. Es célebre por su sabiduría en su propia tribu; cuando se sienta bajo su palmera, acuden a menudo para que resuelva una cuestión embrollada. Todo Israel la conoce. Y Dios habla. ¡Adelante, pues! En estos graves problemas no impera sólo la lógica; Juana de Arco se burlará también de la razón.

La sierva de Dios visita a Baraq, jefe de una tribu vecina. ¿No ha sido cautivo de los cananeos? ¿No intentará nada para vencerlos? Vacila. No se lanzará al combate sino acompañado de la profetisa, para estar bien seguro de la voluntad de Dios. Otras tribus aceptan el envío de contingentes — no todas, porque seis, sin contar la de los levitas, quedan fuera de la coalición. — En las laderas del Tabor, reúnen a las tropas: campesinos, pastores, un conglomerado heroico. En el llano del Kison, hacia Megedo, Sísara agrupa los carros de guerra.

Llegó el día señalado por Dios a Débora para entrar en combate. Llovía. El torrente llevaba gran cantidad de agua. «¡Adelante, Baraq — dijo la profetisa —, Yahweh te entrega a Sísara!» Y para castigar al jefe por su poca fe, añadió que el enemigo no moriría por su mano, sino por la de una mujer.

La tormenta de Yahweh fué particularmente favorable a Israel. «Las nubes se deshicieron en agua» y la tierra quedó encharcada, haciendo imposibles las maniobras de los carros. Sorprendidos por un doble ataque, uno de frente, y otro por detrás llevado a cabo por la tribu de Efraim, el cananeo cedió. Sus tropas se retiraron, el río arrastró muchos cadáveres. Otros grupos, animados, se lanzan contra los fugitivos. Sísara, al intentar regresar a su poblado, agotado de cansancio, se acoge a una tribu de nómadas. Una mujer lo reconoce, le da asilo, y cuando está dormido, a despecho de todas las leyes de la hospitalidad, le hunde una estaca en la sien, con tal fuerza que le clava la cabeza en el suelo. La profecía se cumplió: Sísara — ¡oh infamia! — moría a manos de una mujer.

Débora había libertado a Israel. En honor de aquella victoria, un poeta que la presenció, compuso un canto salvaje: el *Cántico de Débora,* uno de los textos más antiguos de la Biblia. Después de relatar los hechos y de insultar a las tribus que no participaron en ellos, el himno canta la gloria de los vencedores. Estrofas bravías, con tono de cólera, palpitantes del estrépito de las armas, llenas de los quejidos de los moribundos. Luego cuenta la huída y la persecución. «Golpeaban entonces, como martillos, las pezuñas de los caballos, lanzados a todo galope, a todo galope, conducidos por los más fogosos.» Por fin, el poeta imagina con ferocidad que la madre de Sísara mira por la celosía a ver si regresa de la guerra su hijo: «¿Por qué tarda tanto en volver? ¿Por qué se retrasan las ruedas de sus carros?» Había prometido traer un gran botín, una hermosa ropa de color, y por lo menos dos mozas para cada guerrero. Ironía usada también por Esquilo en los *Persas* y por los franceses en la canción de *Malbrough.*

El drama termina. La paz cubre de nuevo el campo y los pueblos de Israel. «¡Así perezcan todos tus enemigos, oh Yahweh! ¡Mas los que te aman sean poderosos como el sol cuando nace con toda su fuerza!»

LA INCURSIÓN DE GEDEÓN

AUNQUE el peligro cananeo había sido descartado casi por completo, la paz aún no estaba asegurada. Quedaba el otro peligro, el de los beduínos. Los éxitos de Israel incitaban a los nómadas a probar fortuna en aquellas tierras. Acudían de muy lejos, hasta del Negeb, madianitas, amalecitas, que continuamente estaban en movimiento dominados por la codicia. El rico llano de Esdrelón era uno de sus principales objetivos. Las expediciones subían a lo largo de Transjordania, cruzaban el río junto al lago Merón y penetraban en la zona codiciada por el paso que lleva a Yzreel. «Tan numerosos como langostas», caían en los trigos maduros, cogían el ganado bien alimentado; pocos días necesitaban para terminar el pillaje; los camellos, sobrecargados de botín, se volvían hacia el Este, e Israel devoraba su amargura.

¡Qué poco valientes eran los israelitas de esa época! Ya no estaba Débora para estimular su valor. Cuando se anunciaba la incursión, escondían a toda prisa un poco de trigo, pero nadie pensaba en oponer resistencia; en la tribu de Manasés, un jeque, Joas, cuyos dos hijos fueron muertos por los beduínos, ni siquiera se había vengado. ¿Enmasculaba a los hijos de Israel la vida sedentaria? Aquella humillación tenía un significado. Dios lo quería así. Castigaba la traición. La idolatría aumentaba. Volvían a los ritos infames; incluso Joas tenía en su casa un altar consagrado a Baal y el dios cananeo contaba cada día con más devotos. Sin embargo, en medio de su desgracia, el pueblo infiel se acordó de Yahweh, «clamó hacia él» y Yahweh eligió a Gedeón.

Era otro hijo de Joas. «Trillaba el trigo, escondido en un lagar, para preservarlo de los madianitas» (*Jueces*, VI, 11), cuando el ángel se le apareció y le dijo: «Yahweh es contigo, ¡insigne héroe!» Gedeón quedó tanto más sorprendido cuanto que se consideraba poco heroico; era un muchacho prudente, astuto, que no gustaba de exponerse a los golpes más que arriesgando un mínimo. Mas el espíritu de Dios se apoderó de él. Una noche, fué y tiró al suelo el altar idólatra, arrancó el *achera*, la estaca sagrada de Baal, la cortó en pedazos y se sirvió de ellos para quemar un toro joven de su padre en holocausto a Yahweh. ¡Gran escándalo al día siguiente! Quieren lapidar al iconoclasta; mas Joas, impresionado por la pasividad del dios ultrajado, dice con muy buen acuerdo: «¡Que se defienda Baal por sí solo!» Atrayendo de nuevo al pueblo al culto del Único, el inspirado levanta un altar a Yahweh; oye la voz del ángel que le ordena vencer a los madianitas; su prudencia se torna valor. Israel tiene un nuevo jefe.

De nuevo llegaban los beduínos para saquear la tierra de Israel. «Investido del espíritu divino», Gedeón escogió trescientos guerreros seguros, designados según un procedimiento misterioso: los que bebieron en un riachuelo como los perros y no como los hombres doblando las rodillas. Para la correría proyectada, eran precisos buenos corredores. Acecha al enemigo que, cargado de botín, regresa hacia el Este. Coloca, una noche, en tres grupos a sus hombres. Cada soldado lleva una trompeta y, en un cántaro, una antorcha encendida. A una señal, todos rompen los cántaros, cogen las antorchas y lanzan el grito de guerra: «¡Por la espada de Dios y de Gedeón!» y las trescientas trompetas despiertan a los nómadas. Cunde el pánico en la *smalah* beduína. Huyen. Gedeón los persigue, incansable. En la meseta de Galaad, su tropa, agotada, pide pan a los israelitas que tienen allí sus poblados; se niegan a ayudar a sus hermanos. No importa. Gedeón continúa su atrevida persecución. Por segunda vez, sorprende a los nómadas, los derrota, y captura a dos de sus jefes. Su victoria es completa. Regresa a la región de Yzreel, no sin castigar antes, al pasar, a los cobardes galaaditas, matando a unos cuantos, y «trilla con espinas y abrojos del desierto» las carnes de los demás.

Esa audaz campaña tuvo resultados considerables. Gedeón había vengado el honor de su tribu. Muertos los dos jeques beduínos por su propia mano, el peligro de las correrías quedaba descartado. Llegó a tanto su prestigio que le ofrecieron la corona real; primer síntoma de una tendencia, nueva para Israel, hacia una autoridad centralizadora. Gedeón era demasiado hábil para aceptar en seguida. «Yo no quiero reinar — contestó —. ¡Sólo Yahweh mandará sobre vosotros!» De hecho, tuvo, mientras vivió, todas las prerrogativas de un rey. Fué a la par que jefe de guerra un déspota pacífico de su tribu e incluso en Efraim. Tiene muchos bienes, un harén considerable, sesenta y un hijos. Fué tan grande su gloria en Israel que guardarán su recuerdo los *Salmos* y el gran Isaías lo alabará.

Aquel hombre prudente se dió cuenta de que la hora de la monarquía no había sonado. Uno de sus hijos, después de asesinar a cin-

cuenta y nueve de sus hermanos, se hizo proclamar rey en Siquén. No logró más que provocar revueltas y morir en una de ellas, con el cráneo fracturado por un pedazo de rueda de molino que le tiró una mujer desde lo alto de una torre.

LA HIJA DE JEPHTÉ

INCIDENTES semejantes como los que acabamos de relatar, batallas campales, golpes de mano, persecuciones, se repiten muchas veces en el *Libro de los Jueces.* Contamos hasta doce «jueces», muchos no son conocidos más que por su nombre y algunas frases. Cada tribu debió de tener alguno; la tradición escoge, entre todos, ejemplos para ilustrar la tesis sobrenatural del pecado, del perdón y de la intervención de Dios.

La historia de Jephte nos lleva más al Este, a la meseta de Transjordania. Es una región de estepas, pero bastante rica, en que la hierba permite criar gran cantidad de ganado y las zonas de tierra volcánica admiten cultivos. La situación étnica era extraordinariamente complicada. Los antiguos amorreos, vencidos por Moisés, conservaban aún bastantes aduares. Los moabitas y los ammonitas poseían sobre todo pastos, pero tenían que protegerlos por la fuerza. Las tribus hebraicas, Gad, Rubén y Manasés oriental ocupaban las ciudades. Todos esos pueblos emparentados, se mezclaban, se sobreponían, se casaban, disputaban. Y para completar el desorden, la gran oleada aramea no cesaba por el Norte.

Le costó mucho a Israel el defender aquella frontera. Othiel, juez de Judá, había detenido ya una incursión de arameos que, sin duda expulsados de su tierra siria por los pueblos del mar, habían llegado hasta el extremo sur de Canaán. Descendiendo de las alturas de Moab, por el otro lado del valle del Jordán, una expedición logró recuperar la región, así como la ciudad de Jericó, que pertenecía a Benjamín. Surgió un juez, llamado Ehouth, que se deshizo de los moabitas asesinando a su rey. Le mandó decir que era un enviado de Dios, y recibido por él en su cámara alta, le clavó un puñal en el vientre, con tal fuerza que «la hoja salía por detrás» y que «la grasa se cerró tras el arma».

En aquella región del Sur, como en la del Norte, la idolatría hacía estragos. Nuevamente, «los hijos de Israel cometían lo que está mal a los ojos de Yahweh». No tardó en llegar el castigo. Los ammonitas

se apoderaron, al sur del Yaboq, de excelentes pastos. Las tribus de Israel instaladas en Transjordania sintieron la necesidad de reaccionar, pero ningún hombre era capaz de dirigirlos. Pensaron en Jephté. Era un bastardo, un bribón, hijo de una ramera. Expulsado de todos los sitios, se hizo jefe de una partida de bandoleros del desierto, y saqueaba los poblados y atacaba duramente las caravanas. Dios emplea cualquier material para sus obras. El desierto había preservado a este hombre que vivía fuera de la ley de las infidelidades politeístas; servía a Yahweh y sólo a Él.

La delegación que le enviaron fué mal acogida. «¿No me habéis aborrecido, y no me echasteis de la casa de mi padre? ¿Por qué, pues, venís ahora a mí cuando estáis atribulados?» (*Jueces,* XI). Puso sus condiciones: «Si me volvéis a buscar para que pelee contra los hijos de Ammón, y si Dios me los entregare, seré yo vuestro jefe.» Se hizo un juramento solemne, en nombre de Yahweh. Jephté tomó el mando.

Primeramente, intentó negociar. ¿No se podrían fijar los límites territoriales? Había bastante tierra para Ammón y para Israel. Las negociaciones fracasaron. Jephté se dispuso a combatir. Este hombre piadoso quiso antes asegurarse de que Dios estaría con él. Hizo voto a Yahweh, diciendo: «Si entregares a los ammonitas en mis manos, a cualquiera que me saliere a recibir de las puertas de mi casa, cuando volviere de los ammonitas en paz, te lo ofreceré en holocausto» (*Jueces,* XI, 31). Y marchó contra el enemigo. Por un movimiento envolvente, la sorpresa fué completa; rechazados hacia el Sur, los ammonitas se refugiaron en los montes de Moab.

«Jephté regresó a su casa. Y he aquí que su hija salió a recibirle con adufes y danzas. Era su única hija. Y cuando él la vió, rompió sus vestidos diciendo: —¡Ay, hija mía, de verdad me has abatido! He jurado a Yahweh, y no puedo retractarme. Ella entonces le respondió: —¡Padre mío, haz de mí lo que prometiste! Que esta gracia me sea sólo concedida a mí: déjame por dos meses libre, iré por las montañas y lloraré mi virginidad con mis compañeras...»

Las almas sensibles se compadecen de esta joven víctima, que llora durante sesenta días, como la Antígona de Sófocles, por los hijos que no tendrá, y ella regresa a entregarse al cuchillo paterno. Se ha propuesto una interpretación menos violenta: sólo su virginidad fué consagrada a Dios como la de las religiosas o vestales. Mas la historia toma al pie de la letra la terrible oblación, al recordar aquellos sacrificios humanos que se hacían en Canaán, continuados por los fenicios y la inmolación por un rey de Moab de su hijo en circunstancias semejantes. Desde entonces, todos los años, las hijas de Israel conme-

morarán el aniversario de la muerte de la virgen inmolada con oraciones y lamentos que durarán cuatro días.

Jephté, mientras vivió, gobernó la región del otro lado del río; hasta impuso su autoridad a Efraim, la orgullosa «casa de José».[1] El antiguo proscrito anuncia ya los futuros reyes del pueblo elegido, sobre todo a David que se retirará, como hizo él, al desierto para encontrar su fuerza.

LOS GRANDES HECHOS DE SANSÓN

Estos diversos incidentes nos llevan hasta la primera mitad del siglo XI a. de J. C. En ese momento, los cananeos se han resignado a su destino de pueblo conquistado y, por lo menos provisionalmente, los nómadas del desierto están tranquilos. Comienza a preocupar a Israel otro enemigo tan amenazador, que después de terribles peligros, el pueblo elegido se dará cuenta de la extrema urgencia de la unidad nacional y se organizará en Estado. Aparecen los filisteos.

Desde que Ramsés III los echó de Egipto, los arios, instalados en la costa cananea, no habían cesado de extenderse. Se derramaron como una mancha de aceite en torno a la montaña, penetrando en los territorios donde la tribu de Judá cultivaba pacíficamente su cebada y en aquellos donde Dan estaba instalado, cada vez más asfixiado por la invasión continua. ¿Qué oponer a ello? Poca cosa. Israel odiaba a los filisteos, por ser hombres de raza extranjera e idólatras incircuncisos. La vieja prudencia de ese pueblo le hacía darse cuenta de que ante aquellos hombres altos, armados con sólidas espadas de hierro, montados en carros temibles, la única solución era inclinarse esperando tiempos mejores. Atropellados, quebrantados, sometidos, los israelitas soñaban con la hora de la revancha. Aún tardará. Sólo vemos hazañas individuales; ¡se alabará tanto más a los mensajeros de la liberación cuanto menos numerosos sean! Ya un cierto Shamgar, armado con una aguijada para bueyes, había hecho la vida imposible a los filisteos. Mas el gran hombre de la lucha antifilistea es Sansón, el tipo del héroe popular, repleto de fuerza y astucia,

1 Este conflicto con Efraim fué marcado por un curioso episodio. Habiendo vencido a los efraimitas las gentes de Jephté los acechaban al pasar el Jordán. Cuando llegaba un fugitivo, los soldados galaaditas le preguntaba de qué tribu era. Y como en Efraim se pronunciaba S la letra CH, los reconocían para matarlos haciéndoles decir la palabra *chimmolet*.

que mata con toda facilidad a un millar de enemigos y se deja engañar por las mujeres. Tiene algo de Hércules, del Grand Ferré y de Robín de los Bosques. Está entregado exclusivamente al servicio de Yahweh, fanático de la buena causa; ¡pero que no le pidan que obedezca a morales estrictas! Aunque combatían entre ellos, hebreos y filisteos se unían a menudo por el matrimonio. Dalila, deliciosa traidora, encarna el hechizo de aquellas lamentables uniones.

En la tribu de Dan, una pareja piadosa recibió una visita extraña. Un desconocido se acercó a ellos en el campo, no quiso darles su nombre, diciendo que era inefable. Al ofrecerle comida, dijo: «¡Mejor haríais en dársela a Yahweh!» Y cuando ardía la madera para el holocausto, el huésped sin nombre se elevó en la llama y desapareció en el cielo. Había anunciado al matrimonio que el hijo que esperaban sería bendecido por Dios y que tendrían que consagrárselo. Como símbolo de la consagración, no le cortarían nunca los cabellos.

Sansón, «el pequeño Sol», creció. Las siete trenzas de su cabellera garantizaban su fuerza, que procedía de Dios. Se hizo un gigante capaz de enfrentarse con los mayores filisteos. Nadie pudo hacerle frente; bonachón por lo común, tenía arrebatos de cólera terribles tanto como abundantes en recursos. Se enamoró de una filistea un día que cazaba leones en los llanos de Sephelah y decidió casarse con ella. El día de la boda, alegrados por los vinos, los invitados hicieron lo que era costumbre entre los arios primitivos. Se dijeron mutuamente enigmas. Como la mujer de Sansón explicase a sus hermanos de raza la clave del acertijo propuesto por Sansón, el gran héroe palurdo perdió la apuesta. No se preocupa demasiado; para pagar la deuda marcha a la ciudad vecina, mata a treinta filisteos y con el botín que recoge paga lo que debía. El incidente le distanció algo de los filisteos. Quiso ver de nuevo a su esposa y regresa al Sephelah; ¡se ha casado con otro, con uno de los que asistieron a la boda! Se venga con una broma pesada; ata zorras por parejas, les pone un hachón de paja encendido y las suelta en los trigales de sus adversarios.

Esas bromas y amabilidades dieron el resultado previsto. Los filisteos lograron que les entregaran a Sansón. Se encontraba en la tierra de Judá y aquella tribu, poco guerrera, prefería someterse a luchar. Como era buen chico, el héroe se dejó llevar, mas, apenas estuvo en poder de los adversarios, rompió sus ligaduras «como hilos de lino quemados», cogió la quijada de un asno muerto cuyo esqueleto yacía al borde del camino, mató a un millar de filisteos con esa porra improvisada y se volvió, muy contento, cantando «¡Con la quijada del

asno herí a mil hombres!» (*Jueces,* xv, 16). A partir de entonces su audacia no conoció límites; desafía continuamente a los filisteos. Un día aparece en Gaza, la ciudad más alejada, con aire burlón. Acude a casa de una cortesana. ¡Lo van a capturar! ¡Cierran las puertas de la ciudad! ¡Ni por esas! Sansón arranca las dos hojas de la puerta, sus montantes y la barra y regresa a la montaña cargado con aquel botín.

Sólo una mujer logra acabar con el santo energúmeno. Se enamora de nuevo y cae bajo el dominio de Dalila. Los filisteos le acechan cuando está con su amada. Prometen a la mujer una suma elevada si obtiene del héroe el secreto de su fuerza. Sansón resiste largo tiempo, lleno de desconfianza. Cuenta falsas causas, engaña a Dalila y a los filisteos. Por fin, aburrido por los reproches, confiesa: «La navaja nunca pasó sobre mi cabeza, pues estoy consagrado a Dios». No le queda ya a la traidora más que esperar que el pobre engañado se «duerma sobre sus rodillas», para cortarle las trenzas y llamar al enemigo. Desarmado, el gigante se revuelve furioso, como podemos verlo en una de las obras maestras de Rubens. Le sacan los ojos; ya no es más que un pelele que sirve de mofa en los banquetes.

Sin embargo, Yahweh, invocado humildemente por su siervo, le concede una última venganza. Un día que le habían llevado a una ceremonia para que se divirtieran con su debilidad irrisoria, agarró las columnas del inmenso edificio donde los filisteos se burlaban de él. Arrancó las columnas y bajo los escombros quedó sepultado con sus verdugos.

¡Destino extraño y patético el de ese héroe! Excesivo, truculento, a juzgar por un aspecto de su vida parece que se sale de lo corriente en los hombres y que procede más de la novela picaresca que de la historia. Mas, al mismo tiempo, y con fuerza de verdad extraordinaria, penetra en ese orden misterioso de la conciencia, donde cada uno de nosotros libra combates semejantes al suyo. Tanto como a los filisteos ha de vencer a la tentación secreta, al pecado. Débil como el último de los mortales, se debate en medio de las trampas que no ignoramos. Más que sus hazañas, lo que le hace grande es su sufrimiento, la belleza trágica de sus últimos instantes; a través de lo pintoresco de su historia, lo que se ve es el drama del hombre, debilitado por el pecado y elevado por la expiación.

Es hermoso que el pueblo de Israel, entonces tan sencillo aún y casi bárbaro, haya sabido interpretar, a través de ese relato de aventuras, el sentido profundo que tenían. Si no conserváramos más que las hazañas de Sansón, se limitaría particularmente el alcance de su significado: merece que meditemos sobre él de otra manera.

Quedará como uno de los héroes más célebres de la nación elegida; los aedas transmitirán su gloria de generación en generación. Históricamente, ¿fué decisiva su acción? Es dudoso. A pesar de él, después de él, los filisteos dominarán cada vez más, hasta el día en que la monarquía israelita se enfrente con ellos.

LOS DRAMAS INTERIORES

La epopeya de los Jueces transcurre por completo, según la Biblia, en una perspectiva providencial, para manifestar el poder de Dios. La historia se ve obligada a admitir que hay en ella un hecho desconcertante. Todo parecía unirse para amenazar la existencia de ese pueblo pequeño, guardián de la Promesa. La lógica disponía que, dividido por los antagonismos, contaminados por las influencias locales, se dejase absorber por la masa confusa de Canaán. No ocurrió así. Israel defiende su unidad; minoría eficaz, como ya hemos visto, imbuída de orgullo conquistador, impondrá su fuerza, su nombre, su Dios, a toda la población de Palestina y evitará los miasmas temibles que exhalaba aquel suelo cubierto de ídolos. Victoria sobrenatural, que, sin embargo, no se consiguió sin duros combates.

Mientras se desarrollaban tantos acontecimientos militares, tres dramas transcurrían en el alma del pueblo elegido. El primero procedía de la instalación en la Tierra Prometida. El nómada se hacía sedentario; el pastor se convertía en labrador. De ahí una crisis profunda que presentaba muchos aspectos. Esta existencia de las ciudades que los errantes de las estepas miraban con desconfianza, sus hijos la adoptaron y, con ella, la civilización cananea. ¡Oh!, nos parece aún muy modesta, y los más ricos de la época de los Jueces no tienen más que un bienestar relativo: algunas joyas, una manta sobre el burro, un vestido fenicio teñido de púrpura, un jarrón de Egipto son muestra de espléndidas fortunas. Gedeón, hijo del jeque, muele en persona su grano. Mas, para los ascéticos nómadas, ese lujo bastaba para descomponerlo todo.

En efecto, todo se transforma. Los dos siglos de los Jueces indican un cambio entre la anarquía de las tribus y la centralización despótica. Al final de ese período establecen usos administrativos precisos y acaso empiezan a constituirse los archivos; en los libros de Samuel el lector menos atento se da cuenta del paso de la recopilación de anécdotas morales a la crónica precisa. Con la escritura, ya muy ex-

tendida en Canaán tres siglos antes, cuando los reyezuelos enviaban al faraón aquellas cartas diplomáticas encontradas en El Amarna, acaso alfabética, aparecen el funcionario, el recaudador y el registrador. Débora establece por escrito una relación nominal de sus soldados. Numerosas muestras nos inducen a pensar que la redacción bíblica del *Libro de los Jueces* incorporó párrafos muy antiguos, acaso contemporáneos. Se ha comparado en ocasiones la época de los Jueces a una Edad Media: vemos restos de antiguas costumbres, mezcladas con lo que anuncia futuras instituciones. Ello provoca graves pesares. En el fondo más secreto del corazón de Israel subsistirá la añoranza de los tiempos pretéritos, de las estepas libres. La tierra que le ha sido dada se la imagina ese pueblo, acostumbrado al ensueño pastoral, como tierra de fatiga; era Abel el pastor, y ahora se siente Caín el labrador. El «ganarás el pan con el sudor de tu frente», le cae encima. A esa tierra, la ama con ese amor punzante, irreemplazable, que tiene el hombre por aquello que ha logrado con sufrimiento y le ha costado alguna renuncia.

El segundo drama es político. Dispersadas por todo el país, las tribus corren el peligro de separarse. Las costumbres son aún nómadas. Una emigración se organiza prontamente. Una tribu de Dan, expulsada por los filisteos, se instala en la extremidad norte de la región;[1] los «hijos de José», en tiempos de Josué, emigran hacia «el bosque»; Ruth, su marido y sus hijos, marchan hacia Moab. Hay que pensar sobre todo en el terrible particularismo que suscitaba el espíritu de tribu. Son numerosos los incidentes separatistas. Los de Transjordania, al día siguiente de las victorias de Josué, levantan un altar para hacer competencia al lugar religioso de Silo. Más tarde, los mismos se niegan a prestar ayuda a Gedeón y reciben por su egoísmo su merecido. Efraim disputa por poca cosa con Jephté y es vencido por él.

Dos anécdotas nos muestran lo que podían ser aquellas oposiciones violentas. La primera es cómica. Un tal Michas, de Efraim, había robado a su madre. Maldijo ésta al ladrón, y, temeroso de la maldición, Michas devolvió el dinero. Parte de él se aplicó a la construcción de una estatua de Yahweh — lo que era poco ortodoxo — y Michas, que debía de ser buen comerciante, organizó un culto local, muy provechoso. Pasó por el lugar un levita, y Michas le propuso que se convirtiese en el ministro del ídolo: domicilio, emolumentos,

1 La aldea de Laís, donde Abraham había salvado a su sobrino Lot tomó desde entonces el nombre de la tribu.

víveres, ropas, todo fué previsto. Y llovieron las limosnas. Cruzó por allí la tribu de Dan, que caminaba hacia el Norte. Le gustó el Yahweh de Michas, explicó al sacerdote que era mejor servir a un pueblo que a un solo hombre, se llevó por la fuerza ídolo, altar, mobiliario sagrado y, de grado, al levita, no dejando a Michas más que su impotente indignación, expresada en gritos vanos.

El segundo incidente es muy escabroso. Otro levita de Efraim regresaba a su país, llevando consigo a una de sus concubinas con la cual acababa de reconciliarse. Obligados a pasar la noche en la tierra de Benjamín, fué recibido por un efraimita allí instalado. De noche, los benjaminitas asaltaron la casa del hospitalario huésped y exigieron que le entregase al viajero. Sus intenciones, sobre las cuales la Biblia no permite ninguna duda, no pueden decirse en castellano. El efraimita se negó a traicionar el derecho de asilo, ofreciendo a cambio, a su mujer e hija. Por fin les entregaron la concubina. Al día siguiente, por la mañana, la encontraron muerta, con las manos crispadas en la puerta. El levita cortó el cadáver en pedazos, envió uno a cada tribu, pidiendo venganza. Israel «se levantó como un solo hombre». Los benjaminitas fueron degollados, excepto seiscientos guerreros que huyeron. Luego, habiendo pedido perdón, les autorizaron a raptar vírgenes en una ciudad de Galaad, para tener esposas y reconstituir la tribu.

Vemos, pues, a qué fuerza de disgregación había de oponerse la unidad del pueblo elegido. Sin embargo, la unidad se impuso. Primero, el género de vida sedentaria debilitaba el individualismo de la tribu, y lo substituía por la nueva organización de la ciudad. Los numerosos matrimonios con los pueblos de la región contribuían a limar el exclusivismo. Se acerca el momento de esa unión, impuesta por Moisés en nombre de un ideal elevado, y reconstituída por Israel, por razones muy pragmáticas.

Las rivalidades políticas no eran las únicas que amenazaban la unidad. El tercer drama, el más grave, es religioso. La instalación en Canaán corre parejas con un relajamiento espiritual indubitable. Varios son sus motivos. ¡Qué delicados son los cananeos!, pensaba el israelita. ¡Qué hermosas son sus ciudades y qué atractivas sus mujeres! ¿No lo serían también sus dioses? ¿No preservarían mejor sus cosechas que el temible Yahweh? Desde luego, no traicionarán al Altísimo, al Dios de Moisés; se las ingeniarán para darle muchos aspectos de las divinidades locales y, para empezar, le darán una forma visible, tangible, que influya en el espíritu de los mortales. Esa evolución religiosa no se logrará en un día, será lenta, segura, intro-

ducirá en el alma de Israel fermentos de descomposición, que hervirán en la época de los Reyes.

Se crea de ese modo un yahweismo popular, muy diferente a la pura doctrina mosaica. Las antiguas costumbres cananeas de cultos en las cimas, árboles sagrados, piedras erigidas, las adoptan definitivamente los israelitas; sin duda fué una gran habilidad el no desterrar bruscamente todos aquellos ritos; el papa Gregorio el Magno, recomendó a los misioneros que envió a Inglaterra «que regasen con agua bendita los altares de los ídolos», pero que no los destruyesen. Sin embargo, muchos de aquellos centros cananeos antiguos tenían un carácter muy equívoco. En torno a la *achera*, la estaca sagrada, o a los *masseboth* erigidos, las comidas rituales se convertían con facilidad en francachelas. Las sacerdotisas atraían con seducciones que no eran precisamente místicas. Era un gran peligro. Ese contagio causaba destrozos incluso en la teología mosaica. Ya no ven en Yahweh al Señor temible cuyas órdenes se cumplen, sino a un bienhechor caprichoso a quien se puede seducir con ofrendas. Le prodigan los sacrificios — en los cuales encuentran los sacerdotes su beneficio —. Baal se insinúa en Yahweh. La idolatría pura y simple progresa. Se construyen imágenes, violando formalmente el Decálogo. Se admiten las peores prácticas cananeas: Jephté, al inmolar a su hija, causa menos horror que estupor admirativo. Progresan también la brujería, la magia y la nigromancia a la cual Saúl pedirá ayuda en secreto.

De todos modos, Israel resistirá a esa tentación por doquier extendida. Al lado de ese yahweismo degradado, existía otro. Incluso en las horas de traición, el pueblo elegido recuerda que tiene una misión dada por Dios. Puede pecar, pero hay, sin embargo, infidelidades y vergüenzas a las cuales no se rebajará. El orgullo nacional mantiene su fe y cuando clama hacia Yahweh es con un corazón unánime, de nuevo digno. Fervor nacional y entusiasmo religioso corren parejas: los Jueces representan lo uno y lo otro.

La resistencia a la infidelidad encontró en Israel sus baluartes. Los levitas adquieren cada vez más importancia. Los vemos, ya reunidos en colegios en un lugar religioso, ya errando de ciudad en ciudad como mendigos de Dios, pero siempre apasionadamente apegados a sus funciones sacerdotales, al texto de la *torah*, a los ritos minuciosos cuyo secreto se transmiten. Ese sacerdocio muy ritualista defiende la integridad del dogma con un vigor feroz, inusitado en su rigor y excepcional en su supervivencia.

Ciertamente, no todos los levitas son irreprochables. Vemos algunos que, con todo cinismo, eligen los buenos trozos antes del holocausto, o se hacen pagar indecentemente. En conjunto, el sacerdote de Leví tendrá la responsabilidad tan pesada — que los Profetas denunciarán —, de reducir la religión a un formalismo, y ello será el postrer drama de Israel y lo que le cegará. Pero sin ellos, sin su resistencia porfiada, el culto del Único, ¿hubiese resistido a los tiempos de prueba?

La grandeza de Israel, en aquel tiempo, consiste en haber salvado, a pesar de la crisis y decadencias, lo que debía de ser salvado. En la Biblia vemos santas figuras, consumidas por el mismo fuego que abrasó el alma del gran Moisés e hizo resplandecer la de los Patriarcas. Ni Débora, ni Gedeón, ni Jephté son inmaculados; pero en cuanto obran bajo la mirada de Dios, ¡qué grandeza! Incluso Sansón, cuya truculencia se preocupa tan poco de la virtud, da fe del Dios al cual su nacimiento fué consagrado: sólo logran vencerle cuando viola su voto, y luego, ¡cómo se arrepiente!

Esos santos de Israel, muchos de los cuales apenas figuran en el libro, constituyen la armazón de la nación. Varias veces se habla de hombres *consagrados* a Yahweh, que tenían que llevar su cabellera intacta y no beber bebidas fermentadas: Sansón era uno de ellos. Aquellos *nazireos* mantenían así, en el corazón de la sociedad sedentaria, costumbres ascéticas nómadas. Salvaguardaban, incluso cuando sus costumbres se resentían demasiado de las violencias de la época, el ideal antiguo. El último de los Jueces, Samuel, es uno de ésos; es cosa que no carece de sentido.

SAMUEL

¡HERMOSA figura la de Samuel, corazón austero, alma llena de Dios, carácter admirable! Representando el papel ingrato de ser un intermediario entre los hombres del tiempo que termina y aquellos del mundo que quiere nacer, lo asume con la sencilla nobleza de aquel para quien la vida no cuenta nada, cuando una santa causa se halla en juego.

En Rama, aldea de la montaña, Elcana vivía con sus dos esposas. De una, Phenenna o Peninna, tuvo hijos; la otra, Anna, se desesperaba de ser estéril. Aquel hogar era rico de fe. Un día que en Silo su marido ofrecía un sacrificio, Anna penetró en el santurio e imploró a Yahweh con todo fervor. El gran Pontífice del Arca, Heli, un

anciano cansado, estaba sentado cerca de un pilar; miraba a la mujer por cuyo rostro corrían lágrimas y cuya actitud delataba una extrema turbación. Sin embargo, Anna oraba en silencio: «Yahweh, si te dignases mirar la aflicción de tu sierva, si dieses a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaría a Yahweh todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza: te pertenecerá.» Mas el sacerdote se equivocó al ver esa exaltación y sus labios que se movían sin cesar. —«¡Mujer», dijo él, «vete a otra parte a dormir tu borrachera! —No—respondió la pobrecilla—, no, no he bebido vino, ni bebida alcohólica, sino que derramaba mi alma delante de Dios. —¡Entonces—contestó Heli—, que el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho!» Su deseo fué colmado. Anna parió un hijo, y púsole por nombre Samuel, «obtenido de Dios» (*Sam.*, I).

Cuando creció el niño, Anna, fiel a su palabra, lo llevó al templo. Le dijo al sumo Pontífice el voto que había hecho y cuánta era su felicidad. Prosternada, entonó un cántico en el cual alababa a Yahweh, «el Dios que mata y da vida, al menesteroso ensalza del estiércol, guarda los pasos de sus fieles y arroja a los impíos a las tinieblas» (*Sam.*, II, 6, 9). Luego retornó a su casa y dejó allí al niño. Lo vemos crecer, vestido de lino blanco; se ponía en las ceremonias una túnica que renovaba cada año su madre. Con sus pequeñas trenzas de *nazireo* colgando por la espalda, es el tierno servidor del templo, joven presencia sonriente cerca del viejo Heli, cada día más canoso. Su pureza parecía más admirable aún porque los hijos del sumo sacerdote eran de aquellos levitas cínicos que robaban las carnes de los sacrificios y se reservaban los mejores trozos antes de la ofrenda a Yahweh.

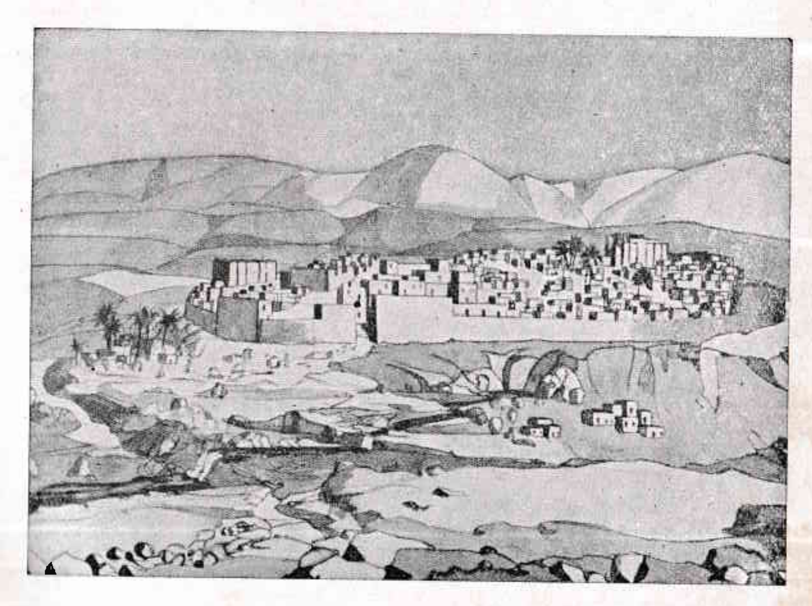
Una noche, mientras Samuel velaba junto al Arca y Heli, medio ciego, dormía, se oyó una voz. El muchacho creyó que el sacerdote le llamaba, y por tres veces acudió al aposento del anciano. Heli comprendió que Dios llamaba al pequeño. Y Yahweh dijo a Samuel: «La casa de Heli será juzgada por sus crímenes; ¡nada podrá salvarla!» El sumo pontífice se apresuró a preguntar a su joven discípulo lo que Dios le había dicho; recibió la respuesta con humildad perfecta: «Yahweh es: ¡haga lo que bien le pareciere!» Mas el castigo no recaería sólo sobre su casa.

Los filisteos se extendían continuamente. Comenzaban a introducirse en las tierras altas. Israel quiso dar la batalla decisiva. Para poner toda la suerte de su parte, los hebreos llevaron consigo al combate el Arca. ¡Horror! Cae en manos de los enemigos. En Silo, a la puerta de la ciudad, Heli esperaba nuevas del combate. Le llega un



JOSUE PASA EL JORDAN

Mosaico de la nave central de Santa María la Mayor en Roma. Siglo V.



JERICO EN TIEMPOS DE JOSUE

Reconstrucción según una pintura de Miss M. Ratcliffe, después de las excavaciones de 1932.



triste lamento; derrota, desbandada, captura del Arca, muerte de sus hijos. Desvanecido de dolor, el anciano sacerdote cae hacia atrás y se fractura el cráneo. La justicia de Dios se ha cumplido.

El joven Samuel fué el que elevó los ánimos desalentados. Poco se aprovecharon los enemigos de sus victorias. El Arca, colocada al pie de su ídolo, les preocupaba. ¿Se debía a ella una invasión de ratas seguida de una epidemia de peste? Devolvieron el sagrado objeto a la custodia de Israel, en una pequeña aldea. Samuel llevó a cabo contra ellos una feliz expedición. De vuelta a la ciudad de su padre, ejerció sobre numerosas tribus el prestigio de su virtud y su justicia. Le consultaban con tanta más confianza cuanto que poseía sorprendentes facultades videntes. Al amparo de aquel santo de Dios, Israel recuperó la confianza.

Pero no bastaba con eso. Lo que deseaban las tribus, no era ya un *condottiero* inspirado, ni un jefe espiritual, sino un verdadero soberano, que organizase la resistencia y terminase la conquista del país. «Queremos un rey — clamaba el pueblo —. Todas las naciones tienen uno. Nos gobernará, caminará delante de nosotros y nos llevará al combate.» La conciencia del pueblo se daba cuenta de lo que era indispensable. Acabarían con los filisteos, únicamente si unían todas las fuerzas. Sin embargo, Samuel dudaba. El último de los Jueces representaba aún ese ideal individualista que, durante dos siglos, reinara en Israel. A los jeques reunidos, contesta con una diatriba contra la monarquía. «¿Un rey? ¡Tomará vuestros hijos y los hará criados suyos, tomará vuestras hijas como sirvientas! Saqueará las tierras, diezmará las cosechas y rebaños. ¡Y gritaréis de júbilo ese día!»

En verdad, Samuel, ya viejo, no comprendía a las nuevas generaciones. Sentía confusamente esa falta de acuerdo con ellas. Se desarrolla un drama en el alma del santo de Rama que veía amenazado su prestigio y aumentar unas fuerzas que no ama ni comprende. Pero Yahweh habla: «¡Escucha sus voces! ¡Dales un rey!» El siervo se inclina ante la orden de su Señor, incluso sin discernir su alcance: sobre la frente de Saúl, Samuel pondrá la unción. Cuando la Historia cambia de rumbo, toda resistencia del hombre no es más que vanidad.

RUTH Y EL ALMA COLMADA DE DIOS

Si el libro de Samuel tiene la belleza austera de un drama donde están en pugna las fuerzas que rigen los siglos con nuestra efímera fragilidad, otro relato nos conmueve bastante más: la historia de Ruth, la joven moabita, a quien Dios concede esas virtudes sencillas y admirables que veneramos en su descendiente María, Madre de Jesús. Las cuatro breves páginas del relato son acaso lo más perfecto de la Biblia. En el torrente de sangre que corre por tantas páginas, es una perla del más puro Oriente. Numerosos pintores han intentado plasmar ese encanto, y Víctor Hugo, al evocar esa escena pastoral, abre sus estrofas al soplo de la noche, a los perfumes vagabundos, a todo el encanto de Palestina cuyas menores imágenes se cubren tan fácilmente de espiritualidad.

«Y aconteció en los días que gobernaban los Jueces, que hubo hambre en la tierra.» Un varón de Bethlehem, de Judá, llegó con su mujer para asentarse en los campos de Moab. Se llamaba Elimalech, y ella Noemi. Sus dos hijos casan con dos moabitas. Pasan los años. Elimelech muere y sus hijos también. Noemi decide regresar a Judea, donde, según cuentan, había de nuevo pan. Sus dos nueras le profesan un cariño tan tierno que se niegan a dejarla sola. Marchan con ella a pesar de sus resistencia. «¡Regresad — dijo besándolas — cada una a casa de vuestra madre!» Una de ellas, Ophra, se deja convencer; el porvenir dudoso en un país desconocido la preocupa sin duda; la otra, Ruth, persiste en su decisión. «Dondequiera que tú fueses, iré yo; y dondequiera que vivieses, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios.» Unidas por esa ternura, las dos mujeres emprenden el camino de Bethlehem; llegan a Judea «al principio de la siega de la cebada».

En los campos donde las cuadrillas se afanan, con la hoz en la mano, la ley exigía que no se recogiesen todas las espigas. Había que dejar para la miseria, esa parte de Dios, recogida minuciosamente por las espigadoras. Ruth, bajo los rayos del sol, se agacha hacia la tierra para alimentar a la mujer que adoptó por madre. Va al campo de un hombre rico, Booz; éste se fija en ella, pide informes. La historia de esa muchacha le conmueve; le habla, le da alimento y, durante toda la siega, la moabita espiga entre las gavillas de aquel hombre misericordioso.

Cuando Noemi sabe el nombre de ese honrado propietario, nace un proyecto en su mente. ¿No es Booz pariente suyo por parte de su marido? ¿No se le podría pedir, conforme a la costumbre del *levirato*, que ayudase a enderezar el tallo de la familia partido por la muerte? ¡Que se case con Ruth y estarán a salvo! Adorna a la muchacha, la perfuma, y la envía hacia la era, donde, con la brisa de la noche, Booz vigila a los obreros que trabajan. Cuando se acaba la faena, se acuesta sobre una hacina. Y Ruth, sin hacer ruido, se acerca y se tumba a sus pies.

A la medianoche, Booz se despierta; se incorpora; una mujer está acostada junto a él. — ¿Quién eres? — Yo soy Ruth, tu sierva; extiende el borde de tu capa sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano. — Bendita seas tú, hija mía, tú que no has ido tras los mancebos. Yo haré contigo lo que tú dijeres, pues conozco tu virtud.» Y al día siguiente, entre las aclamaciones del pueblo, Ruth es desposada con Booz; todo el amor y abnegación derramados encuentran su recompensa. Es verdaderamente, según el significado de su nombre, «la que está colmada», la que se ve dichosamente inundada de amor.

Esta encantadora historia fué escrita, muchos siglos después, sin duda cuando volvieron del exilio. Hay que señalar que el autor colocó ese relato tan lleno de nobleza en aquel tiempo confuso, preñado de pasiones violentas. En la Edad Media, en medio del desencadenamiento de la fuerza, surgen novelas como la de Tristán y poemas como el de Griseldis. Tal vez haya que ver en esas breves páginas algo más que una anécdota, evocadora de un remanso de paz en tiempos de salvajes contiendas.

Del matrimonio de Ruth saldrá ese «tronco de Jessé» citado por Isaías, que dará las flores más gloriosas, ese árbol genealógico del cual los escultores de nuestras catedrales han sacado tan hermosos temas decorativos. El nieto de Booz será padre de David (Jessé o Isaías) el gran rey; la moabita, la extranjera, llegada al país de Bethlehem por amor filial, será la antepasada de María, la madre de Cristo. Ello basta para ver en el relato otra intención que la histórica y moral.

No pretende este libro proponer, sobre los acontecimientos de la Biblia cuyo curso seguimos, algunas de las interpretaciones figurativas que han elaborado tan cuidadosamente los Padres de la Iglesia, y las cuales los cristianos actuales, demasiado racionalistas, apenas conocen. Una tradición tan antigua como el cristianismo ha visto en los sucesos de las Sagradas Escrituras, tanto como hechos, figuras por las cuales los redactores inspirados anuncian la Revelación

de Cristo o analizan las intenciones secretas del alma. El breviario conservará, en gran parte, esa actitud interpretativa, cuyo simbolismo tiene algo de fascinador.[1] Que el maná no sea solamente el alimento de Israel en el desierto, que el cordero sacrificado no represente sólo ese carnero que sustituyó a Isaac o esa res cuya sangre salvó al pueblo elegido aquella noche cuando pasó el ángel, parece de un simbolismo tan patente que nadie puede engañarse.

El libro de Ruth ¿estaría lleno de símbolos místicos? Los nombres que aparecen están cargados de significación. Elimelech es *mi Dios y mi Rey;* sus dos hijos, muertos prematuramente, son: *Dolencia y Desfallecimiento;* Noemi quiere decir *Consuelo,* Ophra que, destinada a una existencia más elevada, se retira por debilidad, es la *Coronada,* y Ruth, que lleva hasta el fin su aventura espiritual, es la *Colmada,* a la que Booz, su señor, colma con su ternura. Acaso, la anécdota, de perfume agreste, nos cuenta la aventura del alma llamada a la vida contemplativa, que ha de despojarse de los atractivos de este mundo y convertirse en amor y caridad, pero a la cual la inefable recompensa colma de una alegría infinitamente prolongada. Esta interpretación se sale de los rigores de la historia; mas, ¿quién puede decir entre tantos hechos donde la voluntad del hombre parece tener menos importancia que un designio providencial, dónde termina la crítica y dónde empieza la fe?

1 Indicamos al lector el admirable ensayo del abate Tardif de Moidrey, *El libro de Ruth* al cual ha añadido Paul Claudel, al editarlo de nuevo (Desclée de Brouwer), un largo y magnífico prefacio sobre el "sentido figurado de las Escrituras" que le da doble interés.

TERCERA PARTE

DE LA GLORIA AL EXILIO

I. — LA MAJESTAD REAL

«EN TODA SU GLORIA»

QUÉ es eso que sube del desierto como columna de humo, sahumado de mirra y de incienso y de todos los polvos aromáticos que traen las caravanas?

»He aquí la litera de Salomón. Sesenta valientes la rodean, sesenta de los fuertes de Israel. Todos ellos tienen espadas y son diestros en la guerra.

»La litera del rey es de cedro del Líbano; las columnas las hizo de plata, el baldaquino de oro. El asiento, granate oscuro, tiene por respaldo una tapicería hecha, en prueba de amor, por las doncellas de Jerusalén.

»¡Salid, oh vírgenes de Sión, y ved al rey Salomón con la corona como en el día de su desposorio, y el alma llena de gozo!» (*Cantares*, III, 6, 11).

El cuadro trazado por el *Cantar de los Cantares*, por cuyos versos se derrama la luz y el oro, no es sólo obra de hipérbole oriental, que embellece a los seres y cosas como los espejismos del desierto. En Jerusalén, hacia el año 950 antes de nuestra era, reinaba efectivamente un monarca poderoso cuya riqueza, ingentes trabajos, beneficencia y orden, de lo cual disfrutaba su pueblo, le daban gran reputación. Cuando Cristo hable de Salomón «en toda su gloria», para indicar con ello el máximo de la fortuna humana (*Math.*, VI, 29), evocará una realidad histórica. Nunca, el pueblo nacido de la Promesa conoció mejor fortuna temporal que bajo el cetro fastuoso del tercero de sus reyes.

Hacía entonces mil años que había muerto Abraham, el fundador de todo aquel edificio, en esa misma tierra donde su lejano descendiente reinaba. De la tribu errante y de la tienda al reino y al palacio, ¡cuánto camino recorrido! Salvaguardando, a través de las pruebas, esa conciencia de sí que su fe monoteísta aseguraba mejor, Israel había llevado a cabo la doble hazaña de cruzar países y siglos sin dividirse ni disolverse, y convertirse de nómada y pastor en labrador y propietario sin renegar de su fe. El hombre no logra conocerse verdaderamente hasta que atraviesa por todas las circunstancias de la vida: dolor, alegría, poder, miseria. Le faltaba al pueblo elegido la prueba del éxito, acaso, para que así pudiese darse cuenta más fácilmente de su propia fragilidad.

Tres reyes subieron al trono en el breve período — de 1040 a 935 sin duda —, durante el cual el reino de Israel contó en la historia política: Saúl, David, Salomón. Con éxitos y méritos diversos, cada uno trabajó para realizar esa obra que las circunstancias hacían indispensable: la organización del pueblo elegido en Estado. Al descubrir, como necesidad humana, esa unidad cuyas verdaderas bases eran para ellos sobrenaturales, los hebreos se dejarán arrastrar por la tentación de servirse de ella para dominar y gozar. A medida que su Estado logre mayor gloria, los gérmenes de muerte se desarrollarán en él.

Si las circunstancias llevaron a Israel hacia la monarquía, hicieron también más fácil su expansión. El enemigo, cuya presión exige la unión de las fuerzas, el filisteo, a pesar de ser aún muy peligroso y progresar, ya no lo es como antaño, cuando, ante gigantes con cascos empenechados, Israel no tenía más remedio que inclinarse. Las fuerzas están equilibradas y a la expectativa. Hacia el Norte, el peligro arameo[1] no preocupa demasiado: los reinos que se instalan desde Hermón a Damasco son aún lo bastante pequeños para que la joven monarquía israelita considere sin temor el afrontarlos. En la costa, los fenicios no piensan más que en comerciar; Biblos, el más antiguo de sus puertos, continúa exportando cedros e importando papiros;[2] Sidón, que, durante cuatro siglos, se enriqueció con el cobre de Chipre, el mármol de Paros y el hierro y los esclavos del Cáucaso, acaba de recibir un golpe terrible, dado por los pueblos del mar en tiempo de su gran invasión;[3] Tiro se aprovecha y se convierte en

1 Recuérdase lo dicho anteriormente sobre los arameos.

2 Véase respecto a los fenicios lo dicho en la Primera Parte y el mapa: la Media Luna fértil.

3 Véase Segunda Parte I.

metrópoli, beneficiándose de la carencia de imperios poderosos en Siria y Palestina.

El paréntesis de la historia se prolonga.[1] Por el Este, no hay ninguna amenaza; Babilonia cruza por un período de crisis, ruinas, miserias, inundaciones e invasiones arameas; en cuanto a Asiria, después de las victorias de Teglatfalasar I, se ha visto obligada a llevar sus fuerzas al este de la Media Luna fértil, para oponerse también a las bandas arameas, y no se rehará hasta últimos del siglo X.

Egipto continúa aletargado. La XXI dinastía está constituída por sombras de reyes; los rostros de los que conocemos nos asombran por la insignificancia y vulgaridad de sus rasgos, sus gruesos labios y su luenga nariz. Dado que los sacerdotes de Amón, en Tebas, son independientes, su autoridad se extiende sólo sobre el Delta; incluso, hacia 950, un jefe de aquellos robustos libios empleados como soldados o jornaleros, llamado Sesac, se apoderará de su trono y fundará la XXII dinastía. Ninguna influencia llega, pues, de Egipto a Canaán. Vemos, en un relato de la época, la debilidad en la cual había caído el poder faraónico por la insolencia con que tratan los mercaderes de Biblos a uno de los enviados: ha de esperar la madera que pide, discutir el precio, e incluso llegan a retener su nave; no se hubieran arriesgado a adoptar tal actitud con un embajador de Ramsés II.[2] Se diría que el mundo de aquella época apartaba los ojos de aquel rincón asiático donde el pueblo de Dios proseguía su destino. El gran fenómeno de la época aparece en otro punto, en Grecia, adonde llega una nueva oleada aria, la más destructora. Armados de una manera terrible, los dorios avanzan entre las sociedades creadas por la mezcla aqueo-egea. Corinto, Megara, Epidauro son conquistadas; arde Micenas; en Tirinto, la ciudad baja se convierte en un cementerio. «La edad de hierro», citada por Hesiodo, se abate sobre la Hélade con su carga obscura, durante dos siglos, por lo menos. Los aqueos, huyendo de las matanzas, se embarcan hacia la costa del Asia Menor, donde, en la civilización salvada de las ruinas, se fraguará la sublime poesía que, dos siglos después, cantará la voz de Homero. Parece que la Providencia aísla a aquellos reyes de Israel para hacerlos aparecer más grandes, a los ojos asombrados de la Historia.

1 Véase Primera Parte, II y Segunda Parte, I.

2 "El viaje de Uenamon", uno de los más antiguos libros de viajes de la humanidad (cf. Moret, *Reyes y Dioses de Egipto*, pág. 228).

SAÚL, EL REY TRÁGICO

REINABA una gran tristeza en la tribu de Benjamín, en Gabaa. Pesaba sobre la región la amenaza filistea; la tenaz infiltración se había transformado en conquista y ocupación; en la aldea se sentía el puño de un gobernador enemigo. Samuel era demasiado viejo para llevar a Israel a la batalla; previsores además, los filisteos habían prohibido a los herreros que trabajasen el hierro, incluso para afilar un hacha o una sierra; sin armas, ¿qué podían hacer? Lo mismo le ocurrirá a la nueva Roma con su enemigo, el etrusco Porsena.

En aquel lugar, donde parecía más pesada, podía la opresión ser combatida. Conocían allí, mejor que en cualquier otro punto, la debilidad que ocultaba la fuerza filistea, escasa de tropas y con aliados poco seguros. El sentimiento nacional era vigoroso en Gabaa. Encontró su expresión en Saúl.

Era un hombre muy alto, de quien sólo se mencionaban buenas cualidades de campesino. Mas Samuel fué avisado por Dios de que era el rey deseado. Un día en que Saúl corría por la montaña en busca de unas burras extraviadas, se le ocurrió ir a consultar al viejo vidente de Rama: aquellos inspirados no desdeñaban poner sus dotes al servicio de humildes causas. En el visitante, Samuel vió al «elegido de Dios». ¿No le predestinaba su nombre? Consagró a Saúl con una unción de aceite, le probó, por manifestaciones, que podía tener confianza en su misión, y le presentó luego al pueblo. En Mispah se reunió una asamblea de tribus según las reglas; por el mismo método usado luego en Atenas para designar a sus magistrados anuales, pidieron a Dios que se pronunciase. El nombre de Saúl fué proclamado. Israel tenía ya un rey, proclamado por la doble voluntad de Yahweh y del pueblo. Ocurría esto hacia el año 1040 antes de nuestra era.

Saúl reinó unos treinta años. Esperaban de él victorias y justificó su poder sin tardar. Habiendo traspasado de nuevo el Yaboq los amonitas, Saúl los sorprendió por detrás y los dispersó. Su hijo, el joven héroe Jonatán, asesina al gobernador filisteo de Gabaa, dando la señal de la lucha nacional. Mas ante el temible armamento del adversario, Saúl, prudente, se limita a mortales guerrillas, atrevidos golpes de mano. La situación cambia a favor de Israel, que puede alzar la cabeza. Más tarde, Saúl emprende la lucha, durante mucho

tiempo con éxito, contra Moab, contra Edom, contra los arameos del Norte, contra todos los antiguos y nuevos enemigos.

El reino de Israel le debe el haber creado el núcleo de su ejército regular. «Rodeándose de hombres valientes», el nuevo rey se crea una fuerza permanente, cosa que nunca habían tenido las tribus. Es el Carlos VII del pueblo elegido. Crea compañías, con sus cuadros de mando, «los jefes de millares y de centurias», sus fuertes combatientes, los «corredores» y sus exploradores y enlaces, los jóvenes «portaespadas». Sólo por ello, su nombre merecería pasar a la historia.

Sin embargo, al triunfar, Saúl se enfrenta, visiblemente, con resistencias. En su pueblo subsistía un partido que no aceptaba de buen grado la monarquía: Samuel no cesaba de recordar que sólo había designado un rey bajo el imperativo de la necesidad. Pronto se inicia un conflicto entre el último de los Jueces y el primero de los Reyes. Samuel reprocha en cierta ocasión a Saúl, por haber hecho un sacrificio, usurpando la función sacerdotal; en otra, el haber violado el *herem,* cogiendo botín. Saúl regresa cubierto de gloria de una incursión por el Negeb, cuando sale a su paso el viejo juez: «La obediencia es el mejor de los sacrificios y la sumisión mejor que el sebo de los carneros. La rebelión es pecado tanto como la adivinación y la desobediencia tanto como la idolatría. Por cuanto tú desechaste la palabra de Yahweh, él también te ha desechado para que no seas rey» (I, *Samuel,* XV, 23).

Aquella ruptura tiene un sentido que esclarece sin dificultad la historia. En el pensamiento de Samuel y de todos los israelitas piadosos, la monarquía tenía que ser teocrática. El señor es Yahweh, y Samuel expresa su voluntad; es inadmisible que el rey trate de hacer una política personal. Hombre de Dios es el rey, hombre de Dios ha de permanecer. Y Saúl lo era sólo a medias. La corona que ha merecido, la perderá; otro la llevará más justamente.

¡Destino trágico el de Saúl! Su caso es de los más misteriosos. Designado por Yahweh y desautorizado por él; hombre valiente, tenaz, honrado en su vida privada, y al mismo tiempo ansioso de inconfesables pasiones; confiado en sus altos destinos y conduciendo, al fin y al cabo, a su pueblo a la derrota; diríase que Dios, al elegirlo, ha dado un paso en falso. Lo que lo aclara son sus propias contradicciones. Este hombre fervoroso que viola la ley, este hombre enérgico, abatido por repetidas postraciones, este amigo de los levitas que manda degollar a un grupo de ellos, es un hombre des-

garrado, que lleva dentro de su propio pecho la angustia del drama que le oprime.

Existen, en la historia espiritual, ejemplos muy extraños de almas que han sido el escenario de las luchas de las fuerzas de Dios contra las de los abismos. El Padre Surin, gran místico francés del siglo XVII,[1] presenta la extraña oposición entre una espiritualidad de extraordinaria grandeza y fenómenos que demuestran que estaba poseído. Al referirse a él, los psiquiatras hablan de «concomitancia». ¿No le ocurrió lo mismo a Saúl? Esas naturalezas por medio de las cuales se expresa el espíritu de Dios — el delirio profético se apoderaba a veces de él —, tienen como una herida siempre expuesta a infectarse rápidamente. En un grado elevado, la poesía encierra peligros semejantes. «Un espíritu del mal llegado de junto a Dios» se introdujo en aquella alma y se burló de ella.

Ese drama parece tan sorprendente que nadie, en Israel, pensó en aprovechar la circunstancia para derribar a la monarquía, ni siquiera al soberano enfermo.

Soportaron con estupor y angustia a aquel maniático de la persecución que veía traidores por todas partes, a aquel violento cuyo delirio sólo era calmado por la música. Mas guardaron silencio: Yahweh lo había dispuesto así y realizaba sus designios por medio de otro.

UN JOVEN ZAGAL ROJIZO

El elegido por Yahweh para instrumento suyo, era un adolescente de piel blanca y cabellos rojizos. Veámoslo en la imagen exacta que de él ha hecho Verrocchio: cuerpo joven y delgado, rostro donde se reflejan la inteligencia, la audacia y la franqueza; así debía de ser el octavo hijo de Jessé. «Nacen a veces — dice Renan — en ese Oriente semítico, habitualmente duro y adusto, prodigios de gracia, elegancia y agudeza.» Y ese encanto que favorece tanto al éxito, hace olvidar incluso los pecados y los crímenes del que saca provecho. Por primera vez, un hijo de Judá iba a dirigir el destino de Israel. ¿Pensaba en él Jacob cuando bendecía, ya moribundo, a sus hijos, diciendo: «Tú, Judá, alabarte han tus hermanos; tu mano doblegará la cerviz de tus enemigos. ¡Cachorro de león, regresas harto

1 Cf. Daniel Rops. *Mistiques de France*, página 154.

del combate! El cetro no se alejará de ti ni el bastón de mando de entre tus piernas»? (*Génesis*, XLIX, 8, 12).

Mientras guardaba los rebaños de su padre, David gustaba de componer poemas, al compás de su cítara. Otro porvenir le aguardaba: ¿no significaba su nombre «el muy amado de Yahweh»? Retirado en su pueblo, Samuel gemía por las infidelidades de Saúl cuando fué avisado por Dios de que el nuevo representante de su voluntad residía en Bethlehem y que había de ir a consagrarlo. En casa de Jesé, uno por uno, los siete mayores son presentados al profeta; mas la voz de Dios no se deja oír de ninguno de ellos. ¿No queda otro? ¿Cuál? ¿Ese rubito, esa poquita cosa? Sin embargo, sobre él presiente Samuel que ha de recaer la elección. Mira aquellos hermosos ojos, aquella cara bonita». — «¡Levántate, úngelo, pues él es!», dice Yahweh. A partir de entonces, el pastor adolescente es el verdadero dueño de los destinos de Israel; pero será un secreto.

Dos tradiciones, contadas sin duda por redactores diferentes, nos refieren cómo Saúl llamó a David junto a él. Una dice que el rey, cuya angustia sólo calmaba el son del arpa, mandó venir al zagal músico. Otra, que habiendo logrado David una victoria sensacional, el soberano se sintió atraído hacia él.

Aquella victoria ha sido inmortalizada por Miguel Angel en el techo de la Capilla Sixtina. Un David delgado, montado sobre el cuerpo monstruoso de un adversario derribado, levanta el sable para cortarle la cabeza. Los filisteos, como en los tiempos de Sansón, continuaban haciendo incursiones en tierras de Judá. Saliendo de Sephelah, rechazaban cada vez más a los hebreos hacia las montañas. Sobre todo uno de sus jefes, llamado Goliat, un gigante cubierto de bronce, salía a diario para amenazar a Israel. David pidió permiso al rey para contestar al desafío. No llevará consigo ni lanza ni armadura, tan sólo el arma de los pastores, la honda; Goliat cae sin sentido: David salta sobre él, desenvaina la espada de su enemigo y regresa junto a su rey con la pesada cabeza del gigante.

Los pueblos antiguos gustaban mucho de combates singulares como éste. ¿Valen más nuestras guerras con sus grandes matanzas? Roma confiará su destino al heroísmo de los tres Horacios y, en el relato egipcio de Senuhit, un oficial del faraón se enfrenta con un hombre de Palestina. La gloria de David fué resonante. Al regresar a Gabaa, las doncellas salían a su encuentro, improvisando al son de la pandereta este estribillo de una verdad cierta, pero poco diplomática: «¡Saúl mató un millar, pero David diez millares!»

Entonces comienzan entre el rey y su joven oficial una serie de

extraños episodios. ¿Trátase sólo de envidia? ¿Es, como han creído otros, el odio de quien teme amar demasiado? Semejantes sentimientos pronto hacen destrozos en un alma tan obscura como la de Saúl. Un día, David tocaba la cítara ante él; de repente coge su lanza y la arroja contra el joven héroe; felizmente, David, ágil, se aparta. Si le asciende en la jerarquía militar, no es menos cierto que le confía misiones tan peligrosas en las que prueba a la suerte. David triunfa de todos los obstáculos con la ayuda de Yahweh. Saúl quiere humillarle prometiéndole y luego negándole, en el último momento, a su hija mayor; mas la pequeña, enamorada del hermoso vencedor, se casa con él y, poco después, logra salvarle de un nuevo arrebato de su padre. Después de muchos incidentes penosos, David huye. El hijo de Saúl, Jonathán, que le profesaba una de esas amistades admirables que nacen sólo cuando se tienen veinte años, le avisa y le ayuda a marchar. Período de vida errante durante el cual, apartado de la corte y de las ciudades, David medita en el desierto, y en *Salmos* sublimes lanza hacia Dios ese grito de confianza: «He dormido entre los leones y los hombres que vomitan llamas, pero mi corazón, oh Dios mío, es firme. ¡Acuérdate de mi vida errante! Pon mis lágrimas en tu redoma; escríbelo en tu libro. Serán luego vueltos atrás mis enemigos el día que yo clamase: ¡en esto conozco que Dios está conmigo!» (*Salmos,* LVI y LVII).

Saúl exasperado por la huída de David, lo persigue con rabia demente. Manda matar a los levitas del santuario de Nob por haberle dado asilo; se niegan a ello los soldados, por piedad; el rey llama mercenarios edomitas, que asesinan a ochenta y cinco sacerdotes. Instalado en Adullam, alto cerro aislado provisto de espaciosas grutas, David está alerta. Cuando sabe que se acerca Saúl, huye más lejos aún, hacia el mar Muerto, al desierto de Judá. Por dos veces ocurre un incidente muy significativo. En aquellas guerrillas, muchas veces, sin saberlo, los adversarios no estaban lejos el uno del otro. David descubre a Saúl dormido. No lo mata, no le hace el menor daño; una vez corta un pedazo de su manto real, otra le quita la lanza y el jarro. Respeta en su enemigo la unción de Yahweh. Incluso hoy, en el desierto es infamia matar al adversario dormido: hay que dejar junto a él un arma y marcharse. En Shakespeare, el crimen imperdonable, el del cardenal Beaufort, el de Macbeth, el del tío de Hamlet, es el asesinato de un hombre dormido.

La vida errante no le había sentado mal a David. Su prestigio de jefe de partida era tan grande que pudo casarse por dos veces con hembras ricas y bien emparentadas. Sus fuerzas, de valor probado,

estaban por entonces formadas por seiscientos hombres. Un rey filisteo lo tomó a su servicio y le señaló como residencia Sigelag, cerca de Gaza. Contra los amalecitas, multiplicó David sus incursiones victoriosas. Mas era siempre el exilio, el alejamiento de la patria.

«Samuel había muerto; todo Israel lo había llorado y lo enterraron en Rama, en su ciudad natal.» Saúl no olvidaba lo que el viejo juez le había predicho: acaso sabía que David era el designado para sucederle. Se vió obligado a abandonar la persecución, pues un peligro terrible apareció por el Norte. Los filisteos acababan de instalarse en el llano de Esdrelón con fuerzas considerables. Desde las alturas de Gilboa, Saúl los observó: «Tuvo miedo y su corazón se conmovió». ¿Estaría Yahweh con su pueblo en este encuentro? ¡Aprisa, que consulten a los hados sagrados! Nada contestan. Entonces, desesperado, no sabiendo a quien acudir para pedir ayuda, el rey toma una resolución misteriosa y temible. En Endor, al pie del Pequeño Hermón, vivía una nigromántica. Acude para consultarla. Sin embargo, había decretado medidas terribles contra aquellos que invocaban a los espíritus. Sin darse a conocer, interroga a la mujer. Entra en trance y, en su lucidez, grita: «¿Por qué me engañaste?» ¡Eres Saúl! —No temas nada, contesta el desgraciado rey, haz lo que te pido. Conjura a un muerto. ¿A quién ves? —Un anciano sube, envuelto en su manto». ¡Samuel! ¡El viejo enemigo, de cuya palabra nadie se libra! Y Samuel habla: «Yahweh ha quitado la realeza de tu mano y se la ha dado al joven David. Tú e Israel caeréis en poder de los filisteos. Y mañana seréis conmigo, tú y tus hijos...» Saúl cayó desmayado en tierra cuan largo era.

Algunos días después, David regresaba a Sigelag de una expedición en el Negeb, cuando se le presentó un hombre. Llevaba en las manos la corona real y el brazalete de Saúl. La batalla había sido un desastre. El ejército de Israel había huído ante los carros filisteos. Los cerros de Gilboa estaban cubiertos de cadáveres. Los hijos del rey habían muerto; en cuanto a Saúl, herido, se había arrojado contra su espada para no caer vivo en poder del enemigo. Una gran emoción se apoderó de David. Los vencidos son sus hermanos, el pueblo que Dios le ha confiado. Jonathán, su amigo, ha muerto, y también Saúl, el adversario por quien siente más compasión que odio. Habiendo ordenado matar al despreciable traidor que ha osado despojar el cadáver real, David toma la cítara y compone una elegía. Es el *Canto del arco,* viejo himno que cita la Biblia tomándolo a su vez de una obra antigua, denominada el *Libro del justo:*

«¡Perecido ha la gloria de Israel sobre sus montañas! ¿Cómo han

caído los valientes? Montes de Gilboa, ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, ni seáis tierra de ofrenda; ¡porque allí cayó el escudo de la mano de los héroes! Saúl y Jonathán, amados y queridos en su vida, en su muerte tampoco fueron apartados; ¡más ligeros que águilas, más fuertes que leones! Angustia tengo por ti, hermano mío Jonathán, que fuiste muy dulce; más maravilloso me fué tu amor que el amor de las mujeres...» (II, *Samuel.* I, 19, 27).

EL TRONO DE DAVID

El camino que había de llevar a David hasta la monarquía, estaba ya libre. Tenía exactamente treinta años, se sentía fuerte. ¿Había de considerar como un obstáculo al último hijo de Saúl, Ischbaal? Abner, el antiguo general del rey, hacía lo que quería de ese débil príncipe. Quedaba por obtener la aprobación del pueblo. Se logró en dos etapas. David fué primero a su tribu de Judá, a Hebrón, la vieja capital llena de un gran pasado religioso. La aclamación del pueblo le hizo rey. Es un hecho importante que la monarquía davídica coloque sus sólidos cimientos sobre aquellas tribus del Sur, aun próximas a la vida nómada, y donde las tradiciones se conservarán vivas. Durante siete años — probablemente de 1012 a 1005 —, David reina en Hebrón. Los filisteos, de los cuales continúa siendo vasallo por su feudo de Sigelag, no ven con desagrado a ese reyezuelo que se opone al hijo de Saúl. Pero pronto crece el pequeño príncipe de Judá. Estallan conflictos entre el Norte y el Sur; en uno de ellos, Abner mata a un sobrino de David, Asael, hermano de Joab. La fama de David aumenta tanto que Abner en persona, astuto como un Talleyrand, emprende negociaciones, bajo cuerda, para unir los dos reinos; no logra lo que esperaba, pues Joab, vengador de su hermano, le clava la espada en el vientre. Poco después, dos oficiales de Ischbaal traen a David la cabeza de su señor; rey que castiga a los regicidas, David los manda ejecutar. Luego, por orden de Dios, los últimos descendientes saúlidas serán entregados a los adversarios y crucificados. Sin tener ninguna responsabilidad en actos sangrientos pero necesarios, David recogerá el fruto de los mismos.

Se franquea la segunda etapa. Los jeques de todas las tribus reconocen a David como el ungido del Señor. Entonces el nuevo rey revela, con un acto, la grandeza de sus perspectivas políticas. Para dar al reino una base inconmovible, necesita una capital menos excén-

EL DECALOGO

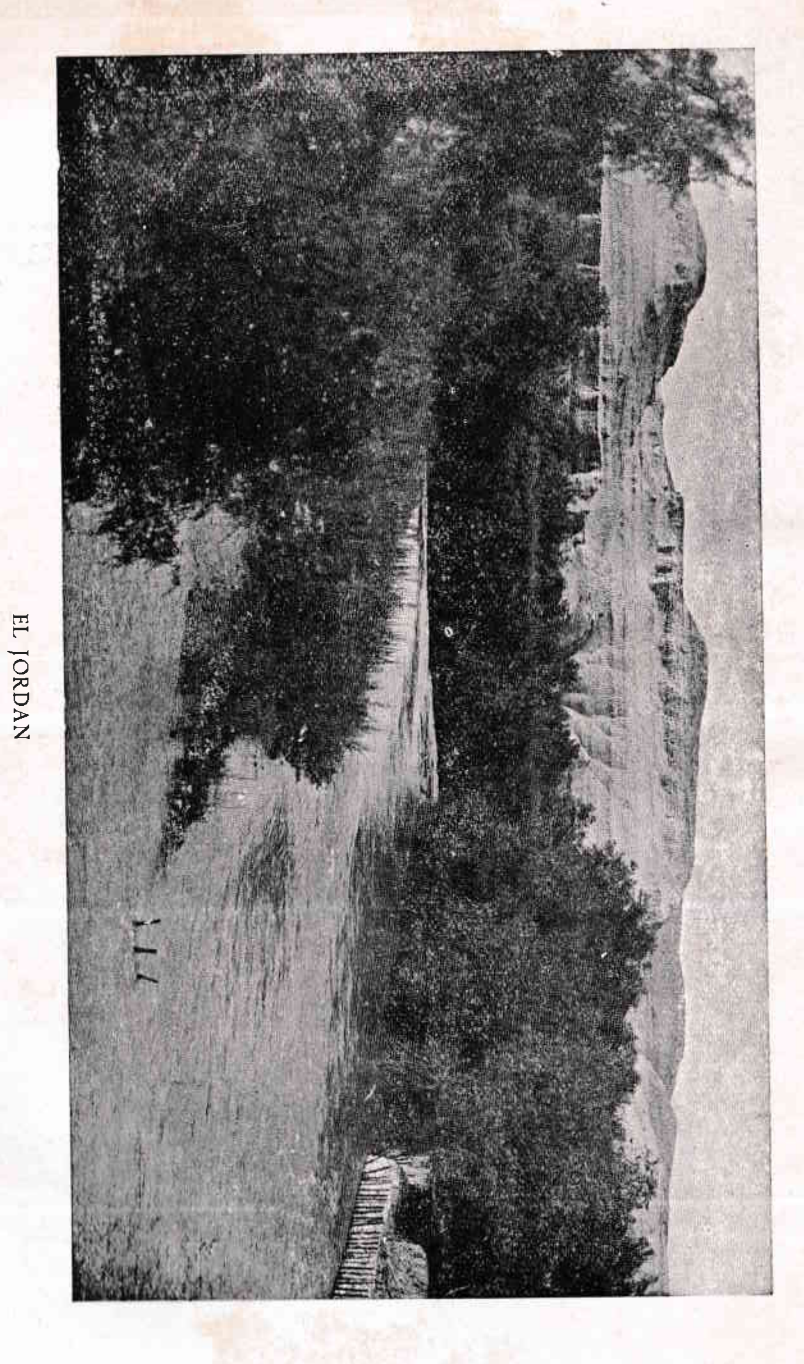
La copia más antigua conocida. Fué hallada en Egipto y está sobre papiro. (Clisé Biblia de Montserrat).



EL TETRAGRAMA SAGRADO

Entre Moisés y Aarón, dominando las tablas de la ley, aparecen las cuatro letras misteriosas: *TASS.*

Placa de plata repujada colgada de un rollo bíblico.



EL JORDAN

En el lugar donde se supone tuvo el milagroso paso

trica que Hebrón, y que sea sinónimo de victoria. Elige Jerusalén. En el cruce de los caminos que llevaban a Gaza, Jaffa, Siquén, Jericó y Bethlehem, bastante apartado para sentirse en seguridad, en el corazón de esas altas tierras que son el baluarte físico y moral de Palestina, era un lugar notable, digno del destino que David le señalaba. El pueblo cananeo que lo ocupaba, los jebuseos, había hecho de él una fortaleza. Construída sobre tres colinas, tenía su baluarte sobre la de Ofel; un reducto, Sión, ocupaba el cerro más abrupto. Los jebuseos consideraban su ciudad tan sólida que habían hecho un proverbio: «Para defender nuestras murallas, bastarían ciegos y cojos». David emprendió el ataque. Había prometido grandes recompensas a quien entrase el primero en la ciudad. Fué Joab. Se ha descubierto un vejísimo canal subterráneo que permitía a la ciudad proveerse de agua; Joab se metió por él, recorrió la parte inferior, ascendió por el pozo y sorprendió a la guarnición; hace algunos años, durante las excavaciones, un teniente inglés realizó de nuevo, sin grandes dificultades, esa hazaña deportiva.

Dueño de su capital, en 1005, el rey se ocupó en seguida de darle un aspecto nuevo. «La ciudad de David» vió llegar un ejército de obreros, toneladas de materiales. Los fenicios, grandes especialistas de la construcción, enviaron arquitectos, obreros especializados, maderas. Surgió de tierra el palacio real, y fué la admiración de las muchedumbres. El harén de David aumentó considerablemente, signo de poder al cual Oriente es muy sensible: «Le nacieron muchos hijos e hijas». Podía cantar con agradecimiento: «Dios ha tendido su mano y me ha alzado desde lo alto; del peligro de las riadas me ha salvado; me ha librado del enemigo poderoso; todo ello porque se ha complacido en mí. Porque fuí íntegro para con él, y guardéme de la iniquidad. ¡Por tanto yo te alabaré entre las gentes, oh Yahweh, y cantaré tu nombre!» (II, *Samuel*, XXII).

El éxito no le hacía desdeñar las tareas difíciles. Apenas constituída la unidad de su reino, emprendió la lucha contra los filisteos. Se habían engañado creyendo que permanecería como vasallo dócil. Ya en guerrillas, ya en batallas campales, les hace la vida imposible. Le vemos recorrer toda la región, tan audaz que sus soldados le ruegan que no se arriesgue a «apagar, si cae vencido, la antorcha de Israel». Lleva sus tropas hasta el llano filisteo. Gath está amenazada, quizá tomada. Caen bajo su dominio puertos que Salomón utilizará como bases para su flota naciente. En el Norte reconquista el llano de Esdrelón. La antigua promesa acaba de cumplirse: «¡Acordaos siempre de la Alianza! —clamaba el rey—. ¡No alabéis otro nom-

bre que no sea el de Yahweh! Fué él quien dijo a Abraham y Jacob: «Os daré como herencia la tierra de Canaán». Aquel soldado no olvidaba la parte de Dios.

Lo demostró con un gesto lleno de significación. El Arca estaba, desde la época de Heli, medio desterrada, oculta en una aldea. David la llevó a Jerusalén, ¡gran idea política! La capital se transformaba así en metrópoli religiosa. Así que los levitas llevaron el Arca a las puertas de Jerusalén, pudieron ver al rey, como un sencillo sacerdote, tomar parte en la procesión, «bailando y saltando con todas sus fuerzas». Hizo él en persona los ritos del sacrificio, prueba de que la monarquía era, frente al sacerdocio, bastante más fuerte que con Saúl.

Así se cumplió por la voluntad y la tenacidad de David, una etapa de la historia de Israel. Numerosas guerras contra los moabitas, los amonitas e incluso contra los príncipes arameos de Damasco, dirigidas casi todas por el valeroso Joab, extendieron la autoridad de David no sólo hasta las fronteras de Canaán, sino más allá, del Éufrates hasta el Sinaí. No hay que exagerar sin duda la importancia de su reino que no se parece nada a los grandes imperios de Egipto o de Babilonia; pero era la primera vez que Israel alcanzaba tal grado de poder a la par que de organización. Comenzaba a vislumbrarse una administración, con canciller, secretarios, organización de obras públicas. Se había dado un paso decisivo.

El ejército se había desarrollado mucho desde Saúl. En torno al núcleo permanente se agrupaban, en tiempo de guerra, los reclutas de las tribus. Los mercenarios filisteos formaban una fuerte guardia personal y eran «phleti» o «kreti» fieles como lo serán, con Luis XVI, sus guardias suizos; ya Ramsés II había elegido entre los pueblos del mar sus «sherdanes» y Napoleón reclutará en el Egipto musulmán sus mamelucos. Un mando selecto daba a ese ejército una eficacia extraordinaria; a la cabeza estaban los «treinta» y entre ellos los «tres», los «*gibborim* de David», cuyas hazañas se parecen a las de los pares de Carlomagno.

Tal fué la obra de David, considerable en muchos aspectos. Sin un error, sin un tropiezo, valiente como Saúl, pero, al contrario que él, profundo político, termina la unificación del pueblo, liberta la tierra y ofrece a sus súbditos esa gloria que, en el éxito, cimenta la unidad. Obra estrictamente nacional; David representa a su raza y rechaza toda contaminación. Acaso sólo los filisteos, cuya organización militar admira, influirán algo en su joven reino; encontramos en el hebreo raíces de aspecto griego que proceden de ellos. Deja una

capital y una dinastía. Comprendemos que en las horas de profunda tristeza, Israel no pueda apartar de su mente esa gloriosa imagen ni pueda imaginarse al Salvador, al Rey de la Gloria, de otro modo que con los rasgos de David.

A la posteridad que lo considera a través de las páginas tan veraces de la Biblia, la humanidad del personaje nos conmueve tanto más que su grandeza. Lo admiramos como héroe, y no dejamos de amarlo. Ciertamente, no todo es puro en él y si tiene aspectos de santidad: su amor sin reticencias hacia el Dios único, su confianza en la Providencia y su fe, no podemos olvidar que pertenece a una época bárbara en la cual ni la violencia ni la astucia eran juzgadas como acostumbramos a hacerlo hoy, con nuestras leyes y normas y con nuestra manera de ser. ¡Pero cuánta inteligencia, cuánta fuerza y gracia! Valeroso en el combate y poeta cuyos ritmos han llegado hasta nosotros, político lúcido y guerrero caballeresco, tenaz en sus proyectos, sensible en su vida afectiva, no carece para que, sintiéndole más próximo a nosotros, le amemos más, de esas debilidades a las que se cede por el lastre de la culpa original, y al tener un alma noble, se encuentra el motivo del dolor, del arrepentimiento y del perdón.

CRISIS

UNA noche en que David se paseaba por su azotea, vió a una mujer que se bañaba. Preguntó quién era. «Es Betsabé, la esposa de Urías, el hitita», le contestaron. El alma del rey no resistió a la pasión, mandóla venir y la tomó. Urías era un oficial de las legiones extranjeras; combatía por entonces contra los amonitas. Poco después, Betsabé concibió. David envió a decir a Joab: «Envíame a Urías». Acude el marido, el rey le obsequia, le embriaga a medias y le aconseja amablemente que se vaya a su casa. Desconfiado, el capitán se queda en palacio, con la guardia. «¿Qué, no pasaste la noche en tu casa? —le preguntó al día siguiente David. «Nuestros soldados están en campaña — respondió el oficial — ¿y había yo de dormir en mi casa con mi mujer?» La pasión hizo adúltero al consagrado del Señor; el temor del escándalo le tornó luego criminal.

Escribió un mensaje a Joab, y llevado por su felonía se lo confía a Urías en persona. «Poned a Urías en el lugar más peligroso del combate, decía en la carta, y desamparadle, para que sea herido y muera.» Poco después, un oficial de Joab vino a anunciar a David que

todo se hizo según su deseo. Betsabé lloró al muerto, mas entró en el harén real, donde desempeñó un papel importante.

Entonces Yahweh ordenó a un profeta, a uno de esos inspirados errantes que había en todas las tribus, que fuera a echarle en cara al rey su pecado. Nathán fué a palacio y dijo: «Habían dos hombres en una ciudad, el uno rico y el otro pobre. El rico tenía numerosas ovejas y vacas, mas el pobre no tenía más que una sola cordera, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su boca, y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno. Necesitando el rico carne para un festín, no quiso tomar de sus ovejas y vacas, mas mandó robar la oveja de aquel hombre pobre». David se encendió de furor: «¡Ese hombre merece la muerte! ¡Debe pagar la cordera con cuatro!» y Nathán dijo: «Tu eres aquel hombre, rey David. Yahweh conoce tu doble crimen. Robaste la mujer de tu siervo Urías, y a él le mataste con el cuchillo de los hijos de Ammón. ¡Tú serás castigado!» El hombre que es grande, lo es en el pecado. «Pequé contra Dios», dijo David humillándose.

El castigo profetizado por Nathán no tardó en llegar. Los últimos acontecimientos del reinado anuncian grietas en el edificio. La unidad fué amenazada y la amenaza subsistirá. En aquellos inmensos harenes orientales, las intrigas son continuas. Aquellos hermanastros rivales estaban siempre dispuestos a enfrentarse. El mayor, Amnón, había deshonrado a una de sus hermanastras; un hermano de la ultrajada, Absalón, lo mató. David rompió con su hijo y el incidente tomó pronto un cariz político. Absalón se fué a Hebrón, formó una partida, y organizó una revuelta. Sorprendido David no tuvo más remedio que huir; mientras tanto el rebelde conquistaba a Jerusalén y coronaba su victoria abusando de las concubinas de su padre. Eso perdió al joven ambicioso. Se entretuvo demasiado. El viejo rey, refugiado en el desierto, como cuando era joven, se sintió de nuevo el combatiente sin pecado. Sus mercenarios filisteos le eran fieles. El himno que compuso por entonces (Salmo III) refleja la confianza en Yahweh. Cuando Absalón se decidió a atacar, fué derrotado. Huía montado en su mula, perseguido por los «valientes de David», cuando su espesa cabellera se enredó en las ramas de un terebinto; la cabalgadura continuó su carrera, y él quedó colgado. Desobedeciendo las órdenes de David, que quería perdonar, Joab mató al rebelde; mas desesperado por esa muerte que alegre por la victoria, el rey regresó a Jerusalén con el corazón desgarrado.

Otros incidentes mostraron que, al debilitarse el poder real por la vejez, la unidad corría peligro. Un partido se formaba ya en torno

al presunto heredero. David se adelantó. Su hijo predilecto era Salomón, nacido de Betsabé; de él cuidaban, además de su madre, que era muy sagaz, el profeta Nathán, los levitas y los «gibborim». David consagró a Salomón; la sucesión quedaba garantizada.

Ya se acercaba la muerte. En vano, para calentar aquel cuerpo que se enfriaba, le trajeron una hermosa moza: Abisag, la sulamita, ella le había servido, y no la había conocido. Por última vez, el rey poeta alabó a su Dios, en un himno que parece que tiembla como un cuerpo debilitado. Murió a la edad de setenta años (975). Lo enterraron en el cerro de Jerusalén, no lejos del arca de Yahweh.

SALOMÓN, LA «SABIDURÍA»

DAVID había sido la fuerza de Israel. Salomón fué la ostentación. El primero fué soldado y conquistó su trono, luchó toda su vida y se afanó con grandes esfuerzos para consolidar su obra; el segundo, a quien todo pertenecía por privilegio de nacimiento, persiguió con apariencias su propia glorificación. Ciertamente fué un gran reinado el de Salomón, que en muchos aspectos se puede comparar con el de Luis XIV, pero el brillo de oro y piedras preciosas que cubre durante cuarenta años a Canaán (975-935 probablemente), nos oculta al hombre. Se da uno cuenta del esfuerzo de David, de sus ímpetus, pasiones y debilidades: Salomón aparece como una imagen lejana, que se alza con suntuosos atavíos ante la posteridad. Hay en él algo de nuevo rico en esa prisa por poseer todo cuanto admira. Egipto tiene carros; compra carros; Tiro, barcos, ¿por qué no va a tenerlos él? Los señores del Nilo y del Éufrates tienen en sus harenes centenares de mujeres; él reúne un millar. Y así con todo; así que ese gusto por el lujo, esa precipitación, arruinará a su reino, que se derrumbará apenas muera él.

Sin embargo, Israel le ha dado, en su tradición, un lugar privilegiado. Su fastuosa gloria sobrevive en nuestras mentes de occidentales, así como en las fábulas musulmanas. Aquel pequeño pueblo, tanto tiempo errante, que había conocido la opresión y que de nuevo y pronto había de sufrirla, le estuvo agradecido por ser él quien aseguró su gloria. Las naciones, en las perspectivas de la historia, guardan casi siempre admiración y gratitud por aquellos hombres que aun siéndoles nefastos las alzaron, sin embargo, con ellos por encima de sí misma; los franceses, por ejemplo, que admiran a Luis XIV,

a Napoleón y respetan incluso a las figuras sangrientas de la Revolución, comprenden todo esto muy bien.

El nombre de Salomón expresaba la idea de felicidad, paz y perfección. Es el rey «feliz» y el rey «perfecto». Para indicar que su reino fué un período de calma y orden, dijeron que, en un sueño, había pedido a Yahweh la *Sabiduría,* antes que otros bienes. Si tomamos la palabra en su significado oriental, indica muchas cosas. Ser sabio es poseer el conocimiento de las realidades; dicen del rey que conocía los animales y las plantas «desde el cedro del Líbano hasta el hisopo de las murallas, y todos los cuadrúpedos, los pájaros, los reptiles, los peces». Ser sabio es poseer el don de «entender los proverbios, los sentidos misteriosos, las máximas y los enigmas» (*Prov.*, I, 1, 7); encierra incluso ese poder un elemento esotérico, y el rey sabio es considerado como adivino. Ser sabio es también «conocer la justicia, la equidad y la rectitud», esas virtudes que proceden de Dios, pues «el temor a Yahweh es el principio de la sabiduría»; es, por tanto, poseer el conocimiento de Dios.

Todo ese conjunto de dotes morales e intelectuales ha sido atribuído al mayor de los monarcas. Pondrán su nombre en obras que lo manifiestan de diversas maneras: el *Libro de los Proverbios, la Sabiduría y el Eclesiastés.* «Su sabiduría sobrepasó la de todo Oriente y Egipto», dice el *Libro de los Reyes;* en los bordes del Nilo florecían también ese género de colecciones de sentencias morales; conocemos algunas preciosas, como las de Amen-Enopi, que datan de la XVIII dinastía y que no fueron desconocidas, según la opinión actual, por el redactor de los *Proverbios* bíblicos.

LOS PROVERBIOS DE SALOMÓN

De aquella sabiduría real se gustaba de dar ejemplos contando anécdotas significativas. Dos mujeres habían acudido al tribunal del rey. Vivían juntas y habían dado a luz al mismo tiempo. Una de ellas asfixió a su hijo mientras dormía y robó el de su compañera, sustituyéndole por el pequeño cadáver. No había testigos: ¿cómo averiguar la verdad? Conocemos la artimaña psicológica usada por el sabio. «Partid en dos al niño vivo — sentencia el rey — y dad una mitad a cada una.» Al oír esas palabras, la verdadera madre se estremece hasta las entrañas: «¡Dad el niño a la otra pero no lo matéis!» Este género de apólogo era muy apreciado en Oriente: cono-

como otros análogos en Arabia, en la India, en China e incluso hasta en un fresco de Pompeya. La tradición musulmana conserva otro. Tres hermanos se presentaron a Salomón: «Nuestro padre nos ha dicho al morir: sólo uno de vosotros es mi verdadero hijo; los demás son bastardos. ¿Quién ha de heredarlo?» «Que traigan el cadáver del padre — dice el rey —; que lo aten de pie a esa columna. Cada uno tire una flecha al corazón del muerto; el mejor tirador será el heredero. Uno solo, al ir a soltar la flecha, arroja el arco a tierra: «¡No, no profanaré el cadáver de mi padre!» «Todos sus bienes son tuyos — exclama entonces el rey —; porque la sangre ha hablado».

La historia, menos poética, admite en Salomón muchos rasgos de sabiduría política. La demostró en cuanto subió al trono, por la manera como se deshizo de todos sus adversarios posibles. El hijo mayor de su padre, que podía ser un rival, fué condenado a muerte por haber osado casarse con Abisag, la hermosa sulamita, lo que, según las costumbres de Oriente, era ya pretender el poder. Joab, el general de David, pereció también, asesinado por los mercenarios de la guardia. La causa fué el haber dado muerte a Abner y luego a algunos más. En verdad, aquel jefe del ejército, de carácter independiente, era motivo de preocupación.

Sabio político, Salomón lo fué también al mantener a su pueblo en la paz. Durante su reinado sólo se señala una pequeña expedición. Israel pudo «beber y comer a la sombra de las higueras y de las parras», y ello contribuyó a que se haya guardado un buen recuerdo del rey. En verdad su reinado fué un período de organización y progresos administrativos. El gobierno se perfeccionó, hubo desde entonces un verdadero visir, así como mayor número de ministros, consejeros y secretarios. El palacio tuvo su mayordomo. Y el país, centralizado, fué dirigido, a la manera de Egipto, por doce prefectos, inspeccionados por un delegado del rey.

Una de las mayores pruebas de sabiduría de Salomón fué el desplegar la fuerza para no tener que emplearla. Al ejército de Israel le hizo dar un paso decisivo al dotarle de carros. Hasta entonces, en parte por pobreza, en parte por hostilidad fanática a las innovaciones extranjeras, los hebreos no habían poseído la terrible máquina que hizo la fuerza de los faraones, de los reyes hititas y de los filisteos. Venciendo resistencias (durante mucho tiempo aún los profetas Isaías, Oseas, Miqueas y Zacarías se opondrán al nuevo ejército), hace construir carros — ¡lo menos mil cuatrocientos! —, compra caballos en Egipto y Cilicia, crea paradas en Canaán, establece, acaso para alimentar a sus ocho mil caballos, el impuesto de la «corta del rey»,

que reservaba para las cuadras reales la primera hierba. Y para nutrir aquel cuerpo escogido, la juventud hebraica dió enardecida numerosos voluntarios entusiastas.

Salomón fué, por tanto, un gran administrador; como todos aquellos que saben manejar a los hombres, utiliza para fines políticos decisiones impuestas por la necesidad. Las grandes obras emprendidas necesitaron una mano de obra considerable; vemos, en los bajorrelieves de Egipto o de Babilonia, el esfuerzo que suponían aquellas construcciones gigantescas. Salomón aprovechó la ocasión para acabar definitivamente con los cananeos, que fueron reducidos a la esclavitud y sujetos al trabajo personal obligatorio y gratuito. Más tarde, cuando esa mano de obra fué insuficiente, utilizó incluso a los israelitas, ya que, aunque los gobiernos muy ordenados, muy «sabios», tienen sin duda cosas buenas, suelen tener también otras cosas que no son muy del agrado de los súbditos.

EL REY DIPLOMÁTICO Y COMERCIANTE

DAVID fué un guerrero. Los métodos de su hijo fueron distintos; es un diplomático, un comerciante; en todos los sentidos del vocablo, negocia. En las relaciones que mantiene de igual a igual, o como medio vasallo, o como señor, con Tiro, con los arameos, con Egipto o con los príncipes de Edom, siempre prefiere la suavidad. No es seguro que, dejando crecer ciertas amenazas, sobre todo la de Damasco, haya obrado prudentemente para el porvenir con su diplomática actitud.

Egipto no mandaba en Canaán porque sus reyes habían sido demasiado débiles. La política faraónica no desechaba, sin embargo, la idea de reconquistar su glacis. Precisamente durante el reinado de Salomón el libio Sésac se apodera de la corona y funda la XXII dinastía; el peligro egipcio surgía de nuevo por el horizonte sur. La diplomacia salomónica despliega todo su talento y en el año 24 de su reinado, el rey atraía a un palacio especialmente construído para ella, a una princesa egipcia que será su esposa favorita. Como regalo de boda, su suegro, el faraón, le da Guézer, último baluarte cananeo, conquistado para él. Un semivasallaje se oculta bajo las apariencias fastuosas del cortejo nupcial: pero el honor estaba a salvo y la paz asegurada. Aquella diplomacia sabía, pues, sobreponerse a las dificultades. Lo demostró aún en dos asuntos espinosos. Al Sur, en Edom,

había regresado el antiguo rey vencido por David, tanto más peligroso cuanto que Egipto se servía de él como de un peón en su juego. Negoció tan admirablemente que aquel príncipe no fué nunca un obstáculo cuando Salomón quiso incrementar su comercio en el mar Rojo. Al Norte, en Damasco, un jefe de partida había formado un pequeño reino arameo; las relaciones entre los dos nuevos Estados no fueron muy cordiales; sin embargo, la animosidad no pasó de algunos golpes de mano.

Las principales relaciones, en las cuales Salomón puso todo su cuidado, fueron las que mantuvo con los fenicios de Tiro. Eran la consecuencia de todo un plan, cuidadosamente meditado, que tenía por finalidad el convertir a Palestina, región pobre pero magnífico lugar de paso, en un centro de comercio internacional. Hecho de gran importancia: fué Salomón quien inició el negocio en el cual le esperaba tan brillante porvenir a Israel. ¡Y por sorprendente que pueda parecernos, en aquella empresa tropezó con numerosas dificultades! Lo mismo que Richelieu al tratar de desarrollar el tráfico marítimo francés ha de vencer la indiferencia, y Colbert ha de sobreponerse a muchas resistencias para lanzar a su pueblo a los negocios, Salomón tuvo preocupaciones y atravesó crisis económicas a veces inquietantes.

¿Con qué podía comerciar Canaán? Con poca cosa: trigo, aceite y vino, en cantidad mínima. La idea de Salomón fué comprar para revender. Con los caballos, por ejemplo, cuya importación acababa de organizar, ¿por qué no exportar el sobrante? Un ejemplo cercano le indicaba lo que se podía ganar vendiendo lo que no se producía: el de los fenicios; los imitó.

Desde que hacia 2800 un grupo de semitas se instaló en la costa de Siria y poco a poco se fué mezclando con diferentes razas, como ocurre en los grandes puertos, el comercio marítimo no había cesado de prosperar. La configuración de una región carente de llanuras, donde el Líbano cae a pico en el mar, había impelido a sus habitantes a lanzarse a la mar. Los admirables cedros que cubrían entonces los montes, proveían a los astilleros de madera de gran calidad. «Cipreses para las quillas, cedros para el mástil, remos de roble, bancos de madera incrustada de marfil, fino lino de Egipto para las velas, y en el interior del navío, por todas partes, tapicerías suntuosas del Peloponeso» (*Ez.*, XXVII). Según nos lo muestra la arqueología, tienen un aspecto altanero, con su quilla redonda, muy altos de popa y proa, con su alto mástil con dos vergas de donde cuelga la vela cuadrangular y con sus dos filas de largos remos que hacían de timón. Los

mayores se llamaban «navíos de Tarsis» porque iban muy lejos, hacia esa región misteriosa que era acaso España o el Cáucaso.

Admirables marinos, sin brújula ni sextante. los fenicios tenían del mar un conocimiento prodigioso. Habían estudiado todos los detalles de las costas que seguían. Poseían de seguro, el equivalente de nuestras Instrucciones náuticas, mantenidas en secreto. Un capitán fenicio, al verse seguido por un barco extranjero, encalló a propósito para no descubrir el paso; el senado de la ciudad le felicitó e indemnizó. Víctor Bérard, en cuyos libros la inteligencia y la cultura corren parejas,[1] ha demostrado que los fenicios fueron los iniciadores de los griegos, que Homero tuvo entre sus manos, para escribir la Odisea, sus manuales de navegación, y que muchos de los relatos que nos encantan — el cíclope Polifemo o la hechicera Circe — no son más que transposiciones, deliberadamente míticas, de indicaciones geográficas precisas, que habían hecho los expertos marinos fenicios de Tiro y Sidón.

Aquellos navegantes hicieron viajes cuya audacia nos asombra. A bordo de barcos de veinte o treinta metros, resulta ya una hazaña el recorrer el Mediterráneo. Mas iban hasta las Islas Británicas, en busca del estaño de las islas «Casitérides» — las Scilly, en el extremo de Cornualles — y al Báltico, para traer el ámbar, y al Africa, ¡al golfo de Guinea! Se han encontrado en Fenicia joyas de origen irlandés, y en Stonehenge, en Inglaterra, vidrerías azules de Egipto, llevadas, sin duda alguna, por los fenicios. En varios lugares del mundo instalaron de una manera fija factorías, concesiones o verdaderas colonias. Las poseían por lo menos desde el siglo XII antes de nuestra era. Su «Cadesh» de España ha llegado a ser Cádiz; enfrente, en la costa de Mauritania, Lixos era el puerto de África. En Malta, Sicilia y las Baleares había factorías fenicias; en tiempos de Saúl nacía Utica, en la ensenada tunecina. Dos siglos después, hacia 825, la reina de Tiro, Dido, al pasar muy cerca de allí, para fundar Cartago, pedirá que le den «el terreno que se pueda ocupar con la piel de un toro» y llevará su astucia hasta cortar en tiras tan finas la piel que abarcará así una provincia.

Aquellos fenicios, eran, en verdad, gentes hábiles, y para Israel serán buenos maestros. Sus navíos atracaban en los puertos mediterráneos: bazares flotantes expuestos a la tentación de las mujeres. Vendían chucherías cosmopolitas, armas de bronce y vidrios del Nilo, perfumes de Arabia y papiros de Egipto, ánforas cretenses o de Mi-

1 *Les Phéniciens et l'Odyssée.*

cenas, platos de oro lidios o hititas, piedras preciosas, y aquellas telas de Asia a las cuales la púrpura del Murex daba tan noble colorido. Ocurría a veces que, levando anclas de improviso, el capitán se llevaba como esclavas a las hermosas clientas, pues aquellos negociantes eran piratas si se presentaba la ocasión. Todo aquello daba grandes ganancias. Ezequiel, al anatemizar las riquezas de Tiro, hará un exacto catálogo de ellas: «Tarsis llena tus mercados de plata, hierro, estaño y plomo. La Jonia y el Cáucaso te envían cacharros de bronce y esclavos. De Armenia te llegan mulas, caballos de guerra y jinetes. Arabia te da marfil y ébano a cambio de tus malas mercancías. Siria te vende rubíes, púrpura, bordados, lino fino y coral. Israel te trae trigo, bálsamo, miel, aceite y resina». Los fenicios eran los ingleses de nuestros días: marinos y negociantes, colonizadores por razón de negocios, ¡curiosa coincidencia! las *nurses* de la época eran fenicias, como la que vende, en Homero, el niño Eumeo. El alfabeto simplificado que habían adoptado se difundió por todo el mundo con tanto éxito que aun lo usamos hoy; y por estar el gran mercado del papel en Biblos, llamamos aun hoy Biblia al libro de los libros. Comprendemos que un rey sediento de gloria comenzase a imitar aquel esplendor.

Cuando reinaba Salomón sobre Israel, la gran fuerza de Fenicia era Tiro. Instalada en islotes, a muy corta distancia de la costa, había evitado la invasión nórdica. Puerto rico, colonizador atrevido, tenía sus astilleros, sus talleres de reparación, sus almacenes y sus bancos. Su rey era Hiram, que reinó aproximadamente de 979 a 946, y fué príncipe opulento, enamorado de las grandes obras y comerciante hábil. Ya David había acudido a él cuando quiso reconstruir Jerusalén. Salomón entabló con él inmejorables relaciones. Apenas coronado, Hiram le envió una embajada para felicitarle. Y luego, juego corriente en Oriente, se cambiaron enigmas con apuestas para quien los resolviera, como los que encontramos en el *Libro de los Proverbios:* «Tres cosas son insaciables; aun la cuarta nunca dice: ¡basta! El infierno, la matriz estéril, la tierra sedienta de aguas, y el fuego que jamás tiene lo suficiente» (*Proverbios,* XXX). Para sellar la amistad, una hija de Hiram entró en el harén de Salomón y, cuando llegó a Sión, el pueblo cantó el epitalamio: «He aquí los bellos atavíos, los vestidos de la princesa, los engastes de oro, las faldas matizadas y las vírgenes en pos de ella que la llevan al rey» (*Salmos,* XLV).

Hiram y los Tirios enseñaron las artes de la navegación a Israel. Salomón compró navíos fenicios, y luego mandó construir otros. Gra-

cias a las victorias de David, poseía puertos como Jaffa, Dor y acaso Acre. Imitando a sus maestros emprendió cruceros por el Mediterráneo, y en Jerusalén se quedaron atónitos al ver llegar oro, marfil y toda clase de productos exóticos, entre los que figuraban monos y pavos reales. Y creciendo su audacia con éxito, Salomón pensó eludir la intervención árabe sobre el comercio con los países de Oriente de donde procedían los perfumes y las piedras preciosas. Al fondo del golfo Elanítico, el puerto de Asiongaber[1] fué transformado en astillero y en gran almacén, bajo la dirección de marinos fenicios. Por fin, se consumó la gran hazaña, el viaje al país del Ophir.

Una flota de «navíos de Tarsis» partió hacia la tierra misteriosa. ¿Era la India, Arabia o Madagascar? En los nombres de diversas mercancías se han creído encontrar etimologías sánscritas. Aquellos viajes a lejanas tierras impresionaban la imaginación de los pueblos antiguos; la «faraona» Hatsepsú[2] se había cubierto de gloria al enviar cinco barcos al país del Pount, a «las escalas del Incienso», cuya «ruta nadie conocía, excepto los dioses». De Ophir, las naves de Salomón traerán sobre todo sándalo y piedras preciosas. Emplearon madera roja de olor delicioso para el templo de Yahweh y para el palacio del rey. Sin duda porque los fenicios cesaron en su papel de guías, no se hicieron más expediciones después de Salomón. «Ya no llegó más sándalo a Canaán, ni se ha visto hasta este día» (I, *Reyes*, x, 12).

Así, a las riquezas que le procuraba su comercio, aquel rey negociante añadió, a los ojos de su pueblo, ese prestigio misterioso que es propio de Oriente y por el cual se sentirán atraídos Alejandro, César y Napoleón. Una imagen gloriosa se grabó en la memoria de los hombres. Un día llegó a Jerusalén una reina extranjera, atraída por la gloria de Salomón. Llegó de Sabá, la lejana Arabia, con un cortejo brillante, con gran acompañamiento. Sus camellos traían oro, aromas, piedras preciosas. Cambiáronse enigmas, lo que permitió admirar su sabiduría, y se marchó de nuevo colmada de «todo cuanto podía desear». Escena suntuosa, digna de los faustos italianos del Renacimiento; así la vemos en Arezzo, pintada por Piero della Francesca.

1 Véase mapa: Sinaí.
2 Véase Primera Parte, III.

EL CONSTRUCTOR

Por su habilidad en los métodos comerciales, el tercer rey de Israel fué el más opulento de los príncipes. En su tiempo «no se hacía caso de la plata, tan corriente como las piedras; la madera de cedro era tan abundante como los sicómoros de Sephelah» (I, *Reyes*, x, 27). Aquella magnificencia era una necesidad política; en cuanto Israel se convirtió en monarquía, era preciso que su recuerdo ocupase un puesto entre los demás príncipes de su tiempo. ¡Mas cuántos peligros traía consigo! Aquel rey que se forma poco a poco siguiendo el ejemplo de los autócratas del Éufrates y del Nilo, a quien llaman «Mi señor» o «Ángel de Yahweh», ante el cual los cortesanos murmuran: «La ira del rey es mensajero de muerte; en la alegría del rostro del rey está la vida» (*Proverbios*, xvi, 14), ese hombre exaltado por el poder ¿no caerá en la tentación de ceder a la rebelión contra Dios? No tardaremos en ver soberanos infieles. Si un harén repleto es signo de poder, el redactor del *Eclesiastés* dirá muy claramente sus peligros en las estrofas vengadoras que dirige a Salomón: «Has entregado tus riñones a las mujeres, las hiciste dueñas de tu cuerpo. Tu gloria fué mancillada, tu lecho profanado; por eso la cólera ha caído sobre tus hijos y el lamento sobre tu lecho» (*Ecl.*, xlvii). Y por grande que fuera la riqueza del rey, no era tanta como para pagar sus deudas a Hiram, y tuvo que cederle veinte ciudades que el otro aceptó además con disgusto.

La causa de aquellas dificultades financieras es la misma que afligirá a Luis XIV al morir: «He amado demasiado la construcción», podría decir Salomón, como lo confesó el Rey Sol. Pero construir, construir en grande, construir suntuosamente era también una necesidad para el joven Estado de Israel. La glorificación de Dios, la del monarca y la del pueblo eran todo uno. Casi arruinándose, Salomón había llegado a considerar indispensable construir una casa digna de Yahweh y de su propio poder. A David, que pensó en ello, el profeta Nathán le había dicho que aun no era el momento. En la historia santa, el nombre de Salomón quedará unido a la construcción del templo, de ese templo que, incluso destruído, será el centro de amor y esperanza para el pueblo de Israel en la desgracia, y es unido por un lazo misterioso al cuerpo de Dios vivo por el simbolismo cristiano: «Destruid ese templo — dirá Cristo — y lo reconstruiré en tres

días». Derruído y luego reconstruído, el templo de Salomón es como la prefiguración de la Resurreción del Salvador.

La Jerusalén[1] actual se halla emplazada en una planicie cerrada al Sur por dos cerros, uno al Oeste ocupado por la ciudad moderna, otro al Este dividido en tres plataformas, el Begertha, el Moriah y el Ofel. Este último avanza en triángulo entre el Cedrón y la pequeña hondonada, hoy cegada, del Tiropaeon, y fué el único ocupado por David. Sión, la ciudad de Salomón, se asentó en el Moriah, donde quedan grandes recuerdos religiosos.[2] ¿No fué allí donde su padre recibió de Yahweh la orden de consagrarlo a él, el elegido del Señor? El cerro rocoso fué picado, aplanado, escuadrado con enormes obras; un muro de contención construído a media ladera logró en la cima una plataforma mucho mayor. Josefo, el historiador judío, dice que las piedras estaban unidas con plomo. Y ante esos bloques (o, por lo menos, ante lo poco que queda en la base de las construciones de Herodes), acuden aún los hijos de Israel a lanzar lamentos desgarradores que han dado a esas ruinas el nombre de «muro de las lamentaciones». Hoy, el Moriah es esa grande explanada de 490 metros por 321, donde se alza la obra maestra del arte musulmán, la cúpula de la Roca, llamada equivocadamente «Mezquita de Omar».

El templo que había de alzarse sobre el terraplén así formado glorificaría a Yahweh; tenía que ser digno del Altísimo. Además, Salomón tenía el sentido de lo grande. Su esposa egipcia podía, al hablarle de los majestuosos templos de Egipto, proponerle modelos dignos, y en Fenicia, había visto monumentos de arte sobrio y rico. El rey de Israel pidió ayuda a su amigo Hiram. Se concertó un tratado: a cambio de trigo, cebada, vino y sobre todo aceite — aceite de olivas vareadas y no caídas, según se concretó —, Hiram enviaría oro, madera y obreros especializados. La piedra que la construcción requiere se sacaría de allí donde se hallara abundante.

En seguida se convirtió Jerusalén en una verdadera colmena: ciento cincuenta mil obreros, bajo la férula de tres mil seiscientos vigilantes, se afanaron allí. El arquitecto fenicio que trazó los planos de ese edificio, se inspiró de seguro en los monumentos semitas que se veían a lo largo de la Media Luna fértil. Terminado después de siete años de esfuerzos, el Templo salomónico tenía noble aspecto. Por una rampa se accedía a un primer patio, rodeado de una muralla, donde el pueblo gustaba de permanecer. Una segunda muralla

1 Véase el croquis: Jerusalén en tiempos del rey Salomón.
2 Véase Sacrificio de Isaac. Parte Primera, I.

delimitaba el atrio de los sacerdotes donde los levitas celebraban el culto. Allí estaba el altar de los holocaustos, con fuego perpetuo y sobre cuatro grupos de tres bueyes de bronce cada uno, estaba el «Mar de Bronce», inmenso depósito para el agua de los sacrificios, que simbolizaba, acaso, como en los templos de Babilonia, el «abismo», el océano original. Ante el alto pilar que indicaba la entrada del santuario, se alzaban dos columnas de bronce de diez metros de altura cada una; ambas tenían un mote, una «Lo hará estable» y otra «En él la fuerza».

El templo propiamente dicho no era demasiado grande. Al lado de una catedral parecería una modesta iglesia de pueblo. No tenía más de once metros de ancho, y su longitud total no llegaba a cuarenta. Pero su suntuosidad hacía olvidar su pequeño tamaño. Las más hermosas maderas del mundo, el sándalo, el cedro, el ciprés, revestían sus muros y cubrían los suelos. Por las rejas de madera y las profundas ventanas, penetraba una luz tamizada que arrancaba destellos a los oros de las paredes del altar y de los candelabros. Se dividía en dos partes: en una, el lugar sagrado, los sacerdotes ofrecían diariamente los panes de la proposición, cuidaban de las luces de los diez candelabros de siete brazos y quemaban el incienso en el altar de los perfumes. Un rico velo bordado de púrpura, violeta y oro, sobre fondo inmaculado de lino de Egipto, ocultaba una puerta: la de la Cámara Santa, donde, en silencio y en completa obscuridad, estaba el Arca de la Alianza, bajo la protección de dos querubines de madera de olivo chapada de oro, cuyas alas llenaban lo ancho de la piedra y podían resguardar a Dios si se le antojaba presentarse en aquel lugar. Una vez por año penetraba en ese augusto tabernáculo, solo, el Gran Pontífice.

¿Hasta qué grado fué aceptado ese suntuoso edificio por un pueblo que no conoció hasta entonces más templo que una tienda? Es lógico pensar que hubo oposiciones. Mas el rey, que trabaja para su gloria, piensa sobre todo en la posteridad; las generaciones futuras venerarán al Templo, y el acto, tan importante, realizado por David, de traer el Arca a Jerusalén, quedará plenamente confirmado: a partir de entonces fué la única capital religiosa en la que latió el corazón del pueblo.

Salomón hizo muchas otras obras. Su palacio estaba formado por numerosos edificios y rodeado por una muralla que era al mismo tiempo la del primer patio del templo; las principales partes eran: «la Casa de Madera del Líbano», construída con troncos de cedro y adornada con escudos de oro, gran salón de reunión y ceremonia; el

«vestíbulo de las columnas», más pequeño, acaso salón de espera, al lado de «la Casa de la justicia y del trono», donde estaba, en lo alto de seis escalones, rodeado por doce leones, el trono de marfil del rey. el palacio comprendía dos edificios, uno destinado al harén real y el otro para la esposa egipcia, que tenía derecho a honores especiales. Sería erróneo pensar que el régimen se preocupó sólo de construir edificios religiosos o suntuosos. Se llevaron a cabo numerosos y útiles trabajos. La ciudad de Guézer, destruída al tomarla el faraón, fué reconstruída, así como varias otras ciudades que habían sufrido igualmente los rigores de las guerras. Salomón construyó, en las fronteras del reino, fortalezas como la de Megedo, cuyas cuadras han sido descubiertas por los arqueólogos. Numerosos silos y depósitos de víveres fueron colocados en las carreteras hasta en el camino que conduce a Petra.

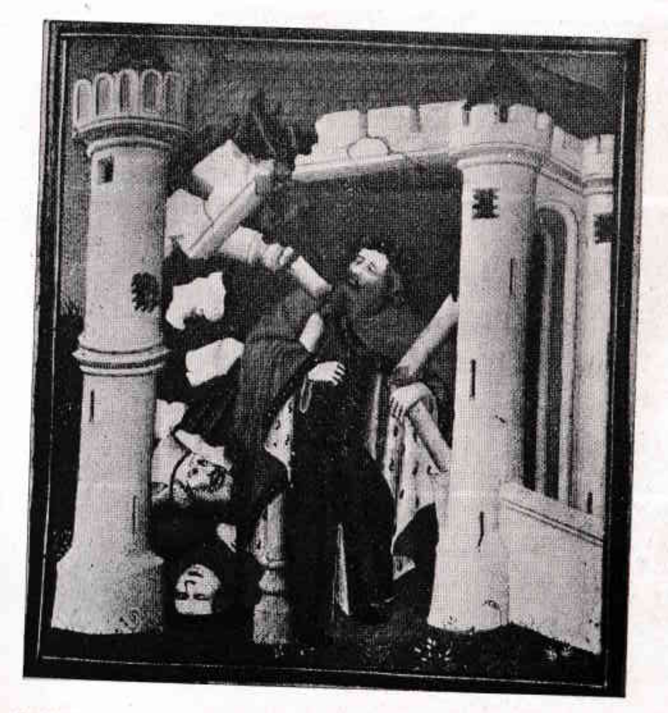
Obras admirables y actividad prodigiosa, sobre todo si se piensa en la antigüedad de aquel reino, en la debilidad numérica del pueblo. Renunciamos a valorar el esfuerzo que supuso la construcción de aquellos gloriosos monumentos. Keops, Kefren, los faraones constructores de las pirámides fueron odiados durante mucho tiempo. Numerosos síntomas prueban que al final del reinado de Salomón, un inmenso cansancio encorvaba las espaldas de sus vasallos. Los últimos tiempos de Luis XIV ¿no fueron ensombrecidos por el mismo sentimiento? Lo mismo que olvidamos el peso de los impuestos para no considerar más que la belleza de Versalles, Israel olvidó las severas requisas y los golpes de los vigilantes de las obras, para no recordar más que aquel día de gloria, cuando al consagrar el Templo al Todopoderoso, Salomón, intérprete de todo su pueblo, oró así. «¡Yahweh, Dios de Israel, no hay más Dios que tú en el cielo ni en la tierra!» (II, *Crónicas,* VI, 14) y cuando, en medio del resplandor de su rayo que quemaba a las víctimas del holocausto, Yahweh respondió.

LA GLORIA DE LOS REYES

El halo de gloria formado en torno a un personaje es un hecho histórico. Carlomagno, el sabio emperador «de la barba florida» de la *Canción de Roldán,* vive igualmente en nuestra memoria como terrible soldado de largos mostachos que mandó matar a diez mil sajones; y Napoleón, que labró en persona su propio mito, es hoy inseparable de las hermosas imágenes que inspiró a Víctor Hugo.



SANSON CAPTURADO
Rubens, Munich



SANSON DERRIBANDO EL TEMPLO CON LOS FILISTEOS
Miniatura del *Boccacio* de Juan Sin Miedo.
Principios del siglo XV.



DAVID EN SU JUVENTUD

Famosa escultura del Verrocchio con la que el arte renacentista italiano ha rendido homenaje al joven héroe de Israel.

De David, la Biblia hace tres retratos. En el *Libro de Samuel* le vemos como joven aventurero, bendecido por Dios, pero cubierto de sangre; en el *Libro de los Reyes,* como modelo de soberano, ejemplo que sirve de comparación con los demás; en las *Crónicas,* idealizado en tal grado que desaparecen sus crímenes y tiene más de mito que de hombre. Se ha querido conservar el carácter piadoso y sagrado de aquél por quien Israel conquistó la fuerza, a través de tantos combates. Las tradiciones judía y cristiana afirman que compuso numerosos *Salmos;* se hicieron otros después de él, durante siglos, y pensaron que lo mejor sería atribuírselos todos. La Iglesia, hoy, cuando reza, extrae de esa tradición davídica algunos de sus más admirables cantos.

Muy merecidamente, la gloria se apoderó de Salomón en vida. Muerto el rey, los sacerdotes que le debían el Templo — su modo de ganarse el pan —, se esforzaron en glorificar su imagen hasta hacerla inaccesible. Se olvidaron los defectos del régimen y las debilidades del hombre. Todo el texto de las *Crónicas* es un cuadro en el cual se da demasiada importancia a la preocupación de la construcción. Insisten sobre su «Sabiduría». El *Libro de los Proverbios,* llamado a veces «Sabiduría de Salomón», encierra dos colecciones de máximas (de V a XXII, 16 y de XXV a XXIX) que podemos atribuir, en conjunto, al gran rey o a su época; el resto se puso más tarde bajo su nombre. Ya no se admite que el soberano haya escrito ese *Eclesiastés* donde se aborda el conocido tema: «¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!»; atribuyéndole ese amargo opúsculo, de resignada y limitada filosofía, se quería sin duda mostrar adónde conduce el exceso de bienes, gloria y placeres. En cuanto a la *Sabiduría,* ese admirable ensayo donde se expresa una doctrina tan profunda de los fines últimos del hombre, es obra de un judío alejandrino que vivió poco antes de nuestra era y que no desconocía la filosofía griega.

Entre todas esas atribuciones, queda una que nos conmueve extrañamente; ese corto poema de encantadoras imágenes, que no ha cesado de endulzar el corazón de las generaciones humanas. *El Cantar de los Cantares* está escrito en una lengua posterior, por lo menos, en tres siglos al hebreo de Salomón. ¿Sería una transcripción tardía de una obra auténticamente salomónica o sólo una atribución literaria? Es un poema de amor, sencillamente. La Sulamita (¿es la sulamita Abisag?), encantadora muchacha, morena y negra como las «tiendas de Kedar», ha sido llevada «a los aposentos del rey». Pero su amor permanece fiel a aquel que en las estepas, allá donde saltan las gacelas y las ciervas, «apacenta su rebaño entre las anémo-

nas». Se entabla entre los dos amantes, de alma a alma, un diálogo repleto de poesía, en el que los vientos de la noche llevan todos los perfumes de Oriente. Una noche, la Sulamita duerme, mas su corazón vela. Voz del Amado: «¡Ábreme, hermana mía, mi amiga, mi paloma, inmaculada mía!» Descorre el cerrojo con sus dedos perfumados de mirra. Mas aparecen los guardas y la vuelven al harén: «¡Hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, decidle que muero de amor!» Entonces, defendiendo su causa ante el rey, el muchacho exclama: «Para él tiene infinidad de mujeres y doncellas; para mí, sólo hay una paloma...» La generosidad del rey les devuelve el uno al otro, y hacia el desierto, apoyada en su amado, marcha la Sulamita, abandonando las riquezas del palacio donde lo halló todo menos amor.

¿Se ha querido referir sólo una buena acción real? Como ya hemos visto en el *Libro de Ruth*, es probable que al sentido narrativo se sobrepongan símbolos místicos.[1] Oriente gusta mucho de esos juegos profundos. La «Sulamita» es la «perfecta», como Salomón es el «acabado». El drama de amor, ¿no sería el drama de Israel que ha de abandonar el fausto monárquico y retornar al desierto para encontrar de nuevo el sentido de su misión? ¿No sería también el del alma fiel que renuncia a las riquezas para unirse con «aquel que es todo encanto, manantial del jardín, pozo de agua viva», amor «fuerte como la muerte», Dios? Y en el esposo que acude, lleno de vigor juvenil, para devolver la libertad a la tierna cautiva, ¿cuántos místicos cristianos, como San Bernardo, en sus más hermosos comentarios, verán en él al Mesías, al Libertador? Con la imagen del rey opulento, amigo de las magnificencias profanas, vemos asociado a Aquel por quien el espíritu de renuncia ha penetrado en el mundo: y ello es más justo de lo que parece, si pensamos en la significación providencial de toda esa historia, y su fin, que es Cristo.

1 No insistimos más sobre el sentido espiritual místico del *Cantar*; creemos, en efecto que temas de ese orden no han de entrar en una obra histórica como ésta. Más, para evitar toda falsa interpretación, indicamos, una vez más, que todo texto que figura en el canon bíblico, siendo inspirado, no puede tener significación última más que la espiritual y la idea de reducir el *Cantar* a un simple cuento de amor, no tiene sentido. La gran idea de la Alianza es la evidente alusión del encantador poema, como sucede con el profeta Oseas o con el Salmo XLV.

Agradecemos aquí los consejos de M. Robert, ilustre profesor de Sagradas Escrituras del Instituto Católico de París, por su importante trabajo de hermeneútica sobre estos temas.

II. — GÉRMENES DE MUERTE, PROMESAS DE VIDA

LA REALEZA MÍSTICA

El orgullo precede a la ruina y la vanidad a la caída» afirma uno de los *Proverbios* (*Prov.*, XVI, 18). Apenas muerto Salomón, su reino se disloca. Su esplendor inicia una época de desorden y decadencia, que terminará en un derrumbamiento vertiginoso. En ese fracaso póstumo, tan rápido, ven los Inspirados, como el redactor del *Ecclesiastés*, el castigo legítimo de las culpas reales; porque Salomón pecó, «la cólera cayó sobre sus hijos». Añade la historia, a esa explicación fundamental, otras causas de decadencia que llevaba en sí la monarquía hebraica.

La realeza nació de un designio providencial. Yahweh la estableció. Deseada, por razones humanas, por el pueblo, que ejercerá además una especie de fiscalización sobre sus soberanos, fué consagrada gracias a Samuel. Saúl fué ungido en nombre de Yahweh. Luego Dios substituyó por el joven pastor al rey indigno, y fué Él también quien ordenó al viejo David que consagrase a Salomón, prefiriéndolo a sus demás hijos. Ese carácter religioso, del cual Bossuet ha deducido, por grandiosa analogía, la política de los reyes de Francia, impone al soberano obligaciones muy precisas. Ungido por el Señor, su representante en la tierra, ha de dar el ejemplo, ante todo, de una fe inconmovible. Su misión es gobernar como lo haría Yahweh, con una justicia casi divina.

Es importante el papel religioso de la monarquía israelita. Incluso el desgraciado Saúl sirvió útilmente a Yahweh. Si la dispersión en tribus hubiese continuado, la piedad hubiera terminado por dividirse en devociones locales, atraída por cada grupo. Al unirse, la nación salva ese peligro y prosigue la gran tradición de Moisés. David, al traer el Arca de la Alianza a Jerusalén, da a la unidad

nacional su símbolo más manifiesto. El trono de Yahweh, el lugar donde se revela, está de nuevo en el corazón del pueblo, en lo que es por entonces su capital. Encerrada por Salomón en las tinieblas de la cámara santa, participa del misterio del Dios invisible; desaparecerá poco a poco ante el Templo, construído para cobijarla, convertido en «la casa de Dios», y cuando, al regresar del exilio, construyan de nuevo el augusto edificio, se convertirá en el centro de un culto que aumentará hasta tal grado que no necesitará tal símbolo, y el tabernáculo permanecerá vacío.

Sin embargo, igual que los reyes de Francia, cuyo carácter místico tampoco puede ser puesto en duda, los reyes de Israel no son verdaderamente sacerdotes. El rey no pertenece a la tribu de los levitas ni a cualquiera de esos colegios de profetas que llevan a través del país las palabras de Yahweh. E incluso cuando se apodera de él el espíritu de Dios, causa sorpresa Los ministros del culto continúan siendo los levitas, cuya organización es minuciosamente descrita por el *Libro de las Crónicas*. Son treinta y ocho mil, de los cuales veinticuatro mil son verdaderos sacerdotes, y los demás, escribanos y jueces, cantores y guardianes del Templo. Divididos en veinticuatro familias, desempeñan también tareas culturales. La rama que procede de Aarón goza de una prerrogativa; a la cabeza de ese numeroso sacerdocio, el Sumo Pontífice es el supremo sacrificador, único que penetra en el tabernáculo. Los sacerdotes tienen el derecho exclusivo de tocar el «efod oráculo» y los «hados sagrados» que expresan la voluntad de Dios. Asumen en general la misión de realizar los holocaustos y de ocuparse del incienso y de las abluciones. Sin embargo, los reyes presentan algunos caracteres netamente sacerdotales; ocurre a veces que sacrifican por sí mismos las víctimas, como los Patriarcas en los tiempos del desierto; tres veces por año, queman aromas en el altar de los perfumes; presiden las grandes ceremonias en las que el pueblo se reunía en el atrio. Parece entonces que la gloria real deriva su luz de la gloria divina. Vestido de púrpura bordada y precedido de quinientos guardias, cada uno de los cuales lleva un escudo de oro, el rey avanza entre los *rinna* y *terua,* aclamaciones litúrgicas que señalan los *Salmos;* mientras tanto, las trompetas lanzan sus notas estridentes y el hedor denso de las carnes quemadas se alza, con el humo, del altar de los holocaustos.

Esa asociación íntima de la majestad real con la majestad divina llevaba en sí muchos peligros. En tiempos de Moisés y de los Jueces, Yahweh dirige a su pueblo directamente. La teocracia es absoluta. Los jefes no son más que mandatarios transitorios y dóciles de la

voluntad divina. Con la monarquía, el carácter cambia; es una monarquía mística, teocrática, pero monarquía al fin y al cabo. Por decirlo así, Yahweh ha delegado en un hombre parte de sus poderes. Representante de Dios cerca del pueblo y del pueblo ante Yahweh, el rey participa de la majestad divina, e incluso en un Salmo (XLV, 7), la frase «¡oh, divinidad! ¡Elohim!» es para el rey. Los reyes, a pesar de estar consagrados, siguen siendo hombres. ¿Qué sucedería si entre su naturaleza humana y su misión sobrenatural estallara un conflicto?

LAS FIDELIDADES

DAVID Y SALOMÓN fueron creyentes que vivieron en el amor y temor de Yahweh. Su psicología religiosa es, por otra parte, muy diferente. Se nota en David una fe sencilla, casi ingenua, que no excluye ciertos pequeños cálculos, ni caídas brutales en la tentación del pecado, mas que perdona toda culpa por la profundidad de su confianza en la misericordia suprema. El *Eclesiástico* lo ha retratado maravillosamente: «En todas sus empresas, ha venerado al Santo, al Altísimo; con palabras de alabanza, de todo corazón, ha cantado los himnos y amado al que lo hizo.» La devoción de Salomón es más altiva; tiene algo de oficial. Vemos en él al hombre que baja la frente bajo el peso de su miseria interior ante la majestad divina, menos que al poderoso monarca que hace aparatosos sacrificios en honor de otro monarca, el de los Cielos. Mas el uno y el otro ocuparon un puesto considerable en la historia religiosa de Israel.

Aunque sólo una parte de las colecciones atribuídas por la tradición fueran verdaderamente obra suya, no en balde los nombres de los dos grandes reyes están asociados a aquellos monumentos de la fe humana. Nunca ha dado la poesía hebraica obras más puras de arte que algunos *Salmos,* y nos asombramos de la profundidad alcanzada por ciertos *Proverbios*. Esa lengua violenta, llena de color, comparada por Renan, al sonido de un trombón de cobre rasgando el aire con algunas notas agudas, esa psicología intuitiva que encuentra en seguida el rasgo tópico, el detalle significativo, esa expresión concisa y rica a la par, que cubre con imágenes las abstracciones, todo se asocia para dar a tales obras una belleza literaria a la cual permanecemos aún hoy sensibles. Los sentimientos allí expresados son los que comprende eternamente el corazón del hombre.

«Tú, cuya gloria cantan hasta en lo más alto del cielo los labios

de los niños; tú, que fundaste la fortaleza para hacer caer al enemigo y al que se venga. Cuando veo tus cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste...

»¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿Y el hijo del hombre, para que te preocupes? Le has hecho poco menor que los ángeles y coronástelo de gloria y de lustre. Hicístelo enseñorearse de las obras de tus manos; todo lo pusiste bajo sus pies» (*Salmo* VIII).

Miseria y grandeza del hombre frente a Dios. ¿Encontrará Pascal frases más hermosas?

Sería injusto no apreciar la extensión y profundidad del pensamiento religioso que debemos a los Reyes. No le han hecho franquear, sin duda, una etapa tan importante como la de Moisés, mas han contribuído a orientarlo por un camino al final del cual estará el universalismo cristiano. Yahweh permanece como Señor Supremo; Creador, Dios de las fuerzas y de la Naturaleza. Continúa siendo el Dios nacional, celosamente reivindicado por el pueblo elegido, tan estrechamente apegado al suelo de la Tierra prometida que no se le pueden ofrecer sacrificios fuera de esa pequeña región donde Israel realiza su voluntad. Es ese Dios, tan próximo, tan vivo, del cual se habla como de una persona, que llena el pensamiento de los salmistas y los colma de amor. Si cantamos aún los *Salmos* para rezar al Eterno, es porque a través de la divinidad particularista parcial, que conduce a Israel hacia su destino, la personalidad de Dios se había ya revelado en sus auténticos caracteres.

La idea de la justicia divina hace entonces progresos. Si protege a su pueblo, Yahweh tiene para con él un rigor justo. Diríase que él también aplica la ley mosaica del talión: ¿David manda matar a Urías? Tres de sus hijos serán asesinados. Bajo el peso de esa justicia, Israel dobla la espalda, pero sabe también que el hombre puede arrepentirse y entonces la divina equidad se torna misericordia.

Avanza también otra idea de destinos fecundos. Yahweh aparece cada vez más como infinitamente superior a todos los demás dioses nacionales que adoran los pueblos vecinos. Más que superior, *Él es;* ellos, no son. En la Antigüedad clásica, un jefe que se dispone a atacar a un pueblo enemigo trata de conciliarse a sus dioses y los implora; no quiere tenerlos en contra. En Israel no hay ninguna huella de ese sentimiento. Los demás dioses son ídolos a los que desprecian e incluso despojan, sin temor a su cólera. Las victorias de David y la magnificencia salomónica debieron convencer aún más al pueblo elegido de la omnipotencia de Yahweh. Y se puede pensar, ampliando este concepto, que aquellos grandes genios llamados David y Salomón presentían el alcance sublime que señalará un San Pablo al comentar el Evangelio, para quien la religión nacional es el primer paso hacia la religión universal «en la cual ya no hay ni judío, ni griego, ni circunciso ni incircunciso». En varios textos de la época de los Reyes, la intención mesiánica es evidente, y de David a su descendiente Jesús, la cadena del espíritu no se rompe.

El progreso es también manifiesto en el orden moral y en sus relaciones con la religión. Hemos visto cómo, al asociar la fe y la moral, el pensamiento hebraico había hecho avanzar decisivamente al espíritu humano. Será el tema favorito de los Profetas; los Reyes tienen ya cada vez más conciencia de ese lazo. «Hacer justicia y equidad es para Yahweh más agradable que los sacrificios» (*Prov.*, XXI, 3). Aquí se anuncia de nuevo el mensaje evangélico, y la idea que tenían de la monarquía y de los castigos que por su culpa sufrieron, prueba que tales nociones penetraron profundamente en la conciencia del pueblo hebreo.

No perdamos de vista esas profundas fidelidades que supo conservar la monarquía hebraica en la época de sus mayores representantes. Si hubo culpas que merecían castigo, aquellas fidelidades lograron que la cólera de Dios no excluyese el perdón. Cuando llegue la época del desorden y de la ruina, notaremos que, durante cuatro siglos, sin interrupción, la descendencia de David conservará la corona, mientras que, en el otro reino, se sucederán nueve dinastías. Y veremos en ello una prueba de la bendición divina; en recuerdo de David, que había sido fiel, «nunca se apagará su lámpara en Jerusalén».

LAS TRAICIONES

Un extraño párrafo del *Deuteronomio* (XXII, 14, 20), el código donde leemos lo mejor del pensamiento de Moisés, indica las condiciones que ha de tener el rey que Yahweh pondrá en Israel. «Ha de ser uno de vuestros hermanos y no un extranjero. No tendrá numerosos caballos. Ni oro, ni plata en abundancia. No poseerá muchas mujeres, lo que pervertiría su alma. Su corazón no se alzará por encima de sus hermanos.» Ese ideal de una monarquía sencilla, ascética, fraternal, lo encontramos en la época de Saúl, el cual, entre campaña y campaña, se ocupaba de sus tierras y tenía por cetro la lanza de los guerreros. Es también la de David, aunque, poco a poco, aparece la separación entre la austera tradición y el soberano de Jerusalén.

Con Salomón, la separación se convierte en abismo. El lazo familiar, tan poderoso antaño, y del cual, en verdad, no era más que una prolongación el lazo nacional, se afloja notoriamente con la costumbre del harén repleto de mujeres. El rey se separa del pueblo y reina desde lo alto de su opulencia y orgullo. «Su corazón se alza por encima de sus hermanos.» La abundancia de oro, el aumento de poder, traen consigo sus acostumbradas consecuencias desmoralizadoras. El ideal fraterno y nacional es substituído bien pronto por una sociedad dura, en la cual el rico explota al pobre, la venalidad progresa y la pureza espiritual de la raza está comprometida por toda clase de contaminaciones.

Las culpas de David son pecados de hombre, de un hombre arrastrado por la sangre y que cede. Le vemos amar a Betsabé, y la pasión criminal que le lleva hacia ella nos conmueve. En Salomón, es muy diferente; no vemos en él una inclinación sentimental. El amor al oro, la magnificencia y el orgullo están continuamente presentes en su vida, pervirtiendo así su indiscutible grandeza. Adivinamos en torno suyo un mundo de intrigas y violencias, disimuladas por la etiqueta. Y le vemos ceder a las tentaciones que el representante de Yahweh había de combatir.

David tuvo siete esposas; las de Salomón serán decenas, acaso centenares. Hace colección de bellezas exóticas; la fenicia, con sus pesados adornos, sus enormes pendientes y su tez morena; la egipcia, hija del más poderoso de los reyes, acompañada de numerosas sirvientas, con todos sus estuches de joyas, copas preciosas, frascos de perfumes; y muchas más, hititas, moabitas, edomitas, pelirrojas y morenas, incluso hijas de enemigos probados de Israel, como esa amonita cuyo hijo, Roboam, sucederá al gran rey.

Lo más grave del caso era que cada una importaba sus costumbres, su fe y sus dioses. La política conciliadora de Salomón no podía oponerse violentamente a esas importaciones de herejía. Como la mayoría de esas bodas tenían un valor político, era casi imposible negar a la nueva esposa que elevase un templo a sus ídolos nacionales. ¡Salomón, el delegado de Yahweh en la Tierra, el constructor del Templo, el unificador de Canaán, da víctimas y paga sacerdotes para todos los Moloch, Kamosh, Amón-Ras de sus esposas! Era un espectáculo casi paradójico. Enseñan aún en Jerusalén, no lejos del Monte de los Olivos, un «Monte del Escándalo» donde, según el *Libro de los Reyes* (II, XXIII, 13), se alzaban los altares construídos por Salomón «a Astarté, abominación de los sidonios, a Kamosh, suciedad de Moab, a Milkom, horror de los amonitas».

Tal es el terrible peligro introducido por el fausto real en el corazón de Israel. Todo el esfuerzo realizado desde Moisés para arrancar al pueblo de sus tendencias idólatras, está en peligro de ser anulado. Ya no se trata de esos «baals» locales, cananeos, cuyo aspecto bonachón y modestos poderes reducían su prestigio. Son divinidades extranjeras, traídas por todas las modas. A medida que se desarrollen las consecuencias lógicas de esa traición inicial, veremos a Israel caer en crisis cada vez más graves. La invasión de las divinidades fenicias, en tiempos de Jezabel, será la causa de acontecimientos terribles. La fuerte voz de Elías, gritando a Acab su infamia, denunciará precisamente el drama en que se debatía el pueblo infectado por su culpa: «¿Vacilaréis siempre? Si Yahweh es Dios, seguidle; si lo es Baal, corred tras él.»

La posteridad, que atribuirá a Salomón la fórmula *vanitas vanitatum,* expresará una verdad profunda. Ese reino fastuoso hizo menos por el progreso del bien y de la verdad que por la satisfacción de las vanidades reales. Se volverán polvo: es natural.

LAS LÍNEAS DE MENOR RESISTENCIA

El germen mortal introducido en Israel por esa tolerancia infiel era aún más peligroso porque había, en el organismo del reino, predisposiciones inquietantes. La historia discierne, en el edificio, líneas de menor resistencia.

La monarquía había sido aceptada un poco forzadamente; incluso aquellos que creían que era una necesidad, la miraban a menudo con horror. ¡Recordemos los juicios de Samuel! Pese a que era absoluto, hemos visto que el monarca procede también de la voluntad popular y como, en los regímenes autocráticos, la rebelión es prácticamente el único medio para pedir una reforma, será considerada como legítima. Los profetas de Dios incitarán a la rebelión contra el rey ungido del Señor.

Veremos cosas de mayor gravedad. A la par que el movimiento profético toma incremento, se esparce una idea que estaba en germen en la concepción moral de la religión: Yahweh sólo se ocupa de Israel cuando éste procede con justicia. Poco le importan la grandeza e incluso la existencia de una nación, por privilegiada que sea; lo que desea es bondad y equidad. Si es infiel, el pueblo de la Promesa lógicamente ha de perecer. ¿De qué sirve la monarquía? Se afana

por la grandeza nacional. Dramática contradicción, cuyas trazas vemos en los documentos de Salomón y que un día hará exclamar a Oseas : «¡Díte rey, en mi furor!, dijo Yahweh» (*Oseas*, XIII, 11).

Incluso lo más brillante que podían hacer los reyes por Yahweh, se volvía contra ellos, a los ojos de los estrictos observadores de la ley. ¿Un templo? ¿Habían tenido un templo en tiempos de Moisés? ¿No eran más puros en la pobreza de las tiendas que entre el oro de los atrios sagrados? El viejo ideal nómada, siempre vivo en el corazón de Israel, indignábase ante el lujo de importación, ante aquellas solemnidades de esplendores paganos. Y la historia, al confirmar esos juicios, nos enseña que esas riquezas del Templo serán la causa de las incursiones egipcias, filisteas y caldeas; ¡hasta un rey de Israel las saqueará escandalosamente! ¡Gérmenes de muerte, mucho más que promesas de vida, son esos piadosos tesoros!

A estas profundas causas de disgregación se unían otras más inmediatas. Ante todo, no cesaba de aumentar el descontento contra los impuestos y el trabajo gratuito. Se vislumbraba una crisis social. ¿Para qué trabajan los equipos de leñadores, los canteros de la montaña, los remeros de las galeras de Asiongaber? Para permitir que vivan, en plena orgía, un rey, sus mujeres y su familia, y para mantener a los poderosos. El salto hacia adelante en la civilización, en tiempos de Salomón, había aumentado desmesuradamente la distancia entre pobres y ricos. La gran propiedad crecía a costa de la pequeña. «¡Ay de los que juntan casa con casa, y allegan heredad a heredad!», clamará Isaías (v, 8). Y, mostrando con un dedo vengador a esas mujeres fastuosas de los favorecidos de la fortuna, les anunciará una época de angustia y podredumbre ya que «Dios arrancará el lujo de los anillos, los soles y las medias lunas, y los pendientes de las orejas, los brazaletes y los velos, las diademas, las ajorcas de los tobillos y los cinturones, las cajas de perfumes, los ricos vestidos de gala y las túnicas vaporosas...», todo el conjunto de la elegancia y el pecado.

Aquellos odios no deseaban más que cristalizar en rebelión. En tiempos de Salomón, un incidente revelador anunció graves crisis futuras. Cierto Jeroboam, de la tribu de Efraim, fué colocado por el rey como superintendente de las obras de la nación. Hijo de una pobre viuda, llegado sin ayuda ninguna a ese elevado puesto, cedió a la ambición y preparó una sublevación cuyo carácter social no puede ser puesto en duda. Ese rebelde es un Espartaco de Israel. Encontró apoyos muy significativos. Un inspirado, llamado Ahías, que realizaba una agitación antimonárquica en la región de Silo, sostuvo a los revolucionarios. Anunció incluso a Jeroboam que el rey opresor, infiel a Yahweh, no gobernaría el pueblo elegido con sus hijos, y rasgando su vestido en doce pedazos dió diez al sublevado, anunciando con ello el cisma de las tribus. Jeroboam no tuvo éxito en su empresa y la guardia salomónica reprimió su movimiento; mas refugiado en Egipto, esperó su hora, es decir, la muerte del rey.

Ese episodio revela aún otra grieta, la de mayor gravedad, y que será la causa del derrumbamiento de todo el edificio. Jeroboam era un hombre de Efraim, esto es, de una de las tribus del Norte, con relación a Judá. El Norte codiciaba el Sur. La orgullosa «casa de José», Efraim y Manasés, vieron con acrimonia apoderarse del mando a la insignificante tribu de Judá. La centralización real iba contra las viejas tendencias anarquistas de las tribus. Los benjaminitas se indignaron porque a la muerte de Saúl el trono saliese de ellos. Y David tuvo que reprimir sublevaciones separatistas, la de su hijo Absalón, la de un cierto Seba, de la tribu de Benjamín. De hecho, todo era como si Israel y Judá fuesen dos grupos étnicos próximos, pero diferentes, unidos temporalmente por la voluntad y el puño de los reyes, y cuyos profundos deseos tendían a separarlos. Todas esas causas de disgregación van a entrar en acción cuando, en el desencanto de una vejez opulenta pero lúgubre, muere el que creyó dar a Israel el poder por haberlo cubierto de sándalo y oro (935).

LA ESCISIÓN

Roboam sucedió a su padre de modo legítimo. Pero el hijo de una amonita era medio extranjero, y sobre todo, era un imbécil que estaba rodeado de jóvenes locos. Las tribus del mediodía lo aceptaron sin rechistar; pero las del Norte aprovecharon la ocasión para poner condiciones. Cuando el nuevo soberano fué a Siquén, el antiguo santuario patriarcal, para asegurarse de los sentimientos que tenían, encontró allí delegaciones para exponer quejas. Y, mal presagio, el portavoz de los descontentos era el revolucionario Jeroboam, que había regresado de Egipto en cuanto supo el fallecimiento del rey.

Con un poco de habilidad, el joven rey hubiera podido salir de ese mal paso. Pero dió pruebas de una completa falta de inteligencia. Lo que le pedían no era inadmisible. «Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora disminuye tú algo la dura servidumbre de tu padre, y el yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos»

(I, *Reyes,* XII, 4, 5). Roboam no tiene ni siquiera la excusa de haber cedido a un arranque de mal humor. Se tomó tres días. Consultó a los ancianos que fueron consejeros de su padre, quienes le dijeron que con algunas buenas promesas todo se apaciguaría. Mas pidió también consejo a los muchachos de su edad que, como es natural, se inclinaron por la violencia. Pareciéndole bien su opinión, Roboam pronunció ante el pueblo el siguiente discurso: «Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo añadiré peso a vuestro yugo; mi padre os hirió con látigos, mas yo os azotaré mucho más» (I, *Reyes,* XII, 14).

No hubo que esperar mucho tiempo el resultado de esa inhábil política. El viejo canto revolucionario que corría por las tribus del Norte, desde los tiempos del segundo rey, resonó por las colinas. «¿Qué parte tenemos nosotros con David? ¡No somos de su heredad! ¡Israel, a tus tiendas, a tus tiendas! ¡Y tú, David, provee ahora a tu casa!» Quizá no estaba todo perdido, pero Roboam cometió el mismo error de Luis-Felipe cuando, para dominar a los parisienses, confió sus tropas a Bugeaud, a quien acusaban (falsamente, por cierto) de las matanzas de la calle Trasnonain. Envió al jefe de obras públicas, el cómitre supremo, el hombre culpable del aumento de los impuestos. Fué lapidado y el motín se convirtió en revolución. Roboam se apresuró a subir a su carro y regresar a Jerusalén. Durante algunos días alimentó la fantasía de reconquistar el Norte con las armas, pero renunció a ello. La escisión quedaba consumada el mismo año de la muerte de Salomón, en 935.

Mientras el Sur, fiel al hijo del rey legítimo, se constituía en pequeño Estado, reducido al terreno de Judá, al cual se unieron diversos elementos de las tribus de Benjamín y Simeón, las diez tribus del Norte proclamaron rey a Jeroboam, el antiguo rebelde, el antimonárquico. La historia gusta de esas ironías. El nuevo soberano se apresuró a señalar su independencia respecto del otro, estableciendo un culto a Yahweh en sus propias tierras. «Habéis subido demasiado a Jerusalén — dijo a sus gentes —. Ahora, ¡he aquí a vuestro Dios, el que sacasteis de Egipto!» Y fabricó dos becerros de oro que colocó uno en Dan y otro en Betel. Luego, temeroso acaso de la obstrucción que pudieran hacerle los levitas, servidores del templo salomónico, nombró sacerdotes a hombres que no eran de su tribu.

Sin duda no pensó, al obrar así, en crear un cisma. Los «becerros» eran considerados como la representación de Yahweh, por una sencilla condescendencia rendida al gusto de las muchedumbres hacia las imágenes. Aún más, en el reino del Norte afirmaban que eran las gentes del Sur las que se habían apartado de la comunidad nacional. «¡Oh, Yahweh, escucha la voz de Judá, y hazlo volver a su pueblo!» Desde el comienzo del reino septentrional, apareció en él el mal que había de infestarlo: el virus de la herejía extranjera, la contaminación sincretista. Jezabel no está lejos con su cortejo de ídolos.

Ante el derrumbamiento tan brutal de la obra monárquica, que, de tumbo en tumbo, y de crisis en crisis, llegará a su completa desintegración, no podemos impedir que nos embargue un sentimiento de tristeza. Y sin embargo, esa decadencia puede tener un sentido sobrenatural, que Renan, poco sospechoso de interpretar la historia sagrada desde el punto de vista providencial, ha indicado en una página pertinente.[1]

«El porvenir religioso de Israel dependía de la libertad profética. Esa libertad, completamente inconciliable con la existencia de un gobierno regular, esa libertad que hubiese perecido, sin duda alguna, en un Estado fuerte, el reino josefita, a pesar de las luchas terribles, la conservó siempre. Jerusalén, por otra parte, capital de un territorio sumamente restringido, se vió reducido a ser una cabeza sin cuerpo. Impotente en el orden político y militar, se convirtió en ciudad exclusivamente religiosa. David, que no pensó más que en construir una ciudad bien pertrechada, edificó, en verdad, una ciudad santa. Salomón, creyendo levantar un templo a la tolerancia, construyó la ciudadela del fanatismo. El palenque cerrado fué preparado para una de las luchas más sorprendentes de la historia. Todos los vientos se ponen de acuerdo para hinchar las velas del que cumple un mandato divino. Lo que han hecho contra él se torna a su favor, pues lo que han hecho contra él, suprimiendo su egoísmo, le fuerza a replegarse a su misión sagrada. Si la obra de Salomón hubiese tenido éxito, la fuerza de Israel se hubiera disuelto en las orgías de los jóvenes locos que rodeaban a Roboam y hoy no se hablaría ya de Israel y Judá más que de los pequeños reinos efímeros que existieron y desaparecieron en las regiones vecinas. La atrevida separación de los josefitas destruyó el destino vulgar y aseguró el porvenir trascendente de Israel.»

— Si el grano no muere... — dirá Jesús.

1 *Historia del pueblo de Israel*, II.

EL TERROR ASIRIO

HUMANAMENTE, aquella escisión era la peor locura, en las circunstancias en que se encontraba Canaán. No se podía ir más claramente contra la corriente de la historia.

Hay, en el curso de los siglos y de las civilizaciones, momentos en que parece producirse un fenómeno de ensanche fatal. El cuadro de la actividad humana aparece entonces como demasiado pequeño. Con guerras, conquistas o revoluciones, el diminuto círculo se rompe y se establecen grandes conjuntos, hasta que un día, divididos por fuerzas internas, se desmigajan y comienza un nuevo ciclo. Así vemos a Grecia pasar de la ciudad a las federaciones y luego al imperio macedónico; Roma, cuyo origen se debe a una unión de aldeas, agrupa en torno suyo a centenares de pueblos, y llega a ser el sinónimo de mundo mediterráneo. En Francia, del feudo al reino, la evolución fué análoga, y hoy, en Europa, de grado o por fuerza, las naciones caminan hacia un internacionalismo, impuesto ya por la economía.

En el Cercano Oriente, hacia mediados del siglo X antes de nuestra era, después del paréntesis de la historia que había permitido a los reyes de Israel edificar su hermoso hogar, está próxima la época de los grandes imperios.

Después de varios siglos de desórdenes, la Media Luna fértil deseaba la paz, por cara que fuese. Los nuevos amos que se sucedan, se la darán, pero ¡a qué precio! Los antiguos imperios tuvieron algo de patriarcal y de familiar. Un Hammurabi, en su intento de unificación, era como un Carlomagno; con los asirios y los persas, entramos en la era de los rigores estrictos, de los regímenes magníficamente organizados, que anuncian ya a nuestros grandes Estados modernos. ¿Qué pueden hacer los dos pequeños reinos de Canaán, contra ese proceso histórico que les lleva a la ruina?

El gran peligro llegará del Norte. Egipto, que está rehaciéndose y tiene de nuevo empuje, interviene en su glacis tradicional; volveremos a ver faraones en el Jordán. Mas ya no tienen el poder de los Ramsés II y Sesostris; aunque constituyan un apoyo a veces vacilante en la resistencia contra fuerzas temibles, serán, con su incierta política, más nocivos que útiles a los reinos del pueblo elegido.

Además, comenzaba a alzarse una potencia contra la cual nadie podrá. Asiria sale de las confusas revueltas que hubo después de la

muerte de su soberano Teglatfalasar, casi al mismo tiempo en que se divide el reino de Salomón.

En el siglo IX, con Asurnasirpal II, del cual poseemos tantos monumentos e inscripciones, reanuda su política de expansión: el Mediterráneo ve aparecer soldados con cotas de mallas y lórigas, con casco cónico, cuyo aspecto anuncia, por una extraña anticipación, a los normandos de Guillermo el Conquistador, tal como los vemos en la tapicería de Bayeux. Los siglos VIII y VII marcarán el apogeo del poder asirio, con aquellos «Sargón» que, tomando de nuevo con orgullo el nombre del gran conquistador del tercer milenio,[1] someterán a Babilonia y extenderán su imperio por toda la Media Luna fértil y mucho más allá, del Irán a Etiopía; los Sargón II, los Senaquerib, los Asurbanipal, cuyo poder y fausto, tomando aspecto legendario, llegarán a ser los de Sardanápalo en Grecia. En las ruinas de Korsabad, el impresionante palacio es prueba de su gloria. Los reyezuelos de Canaán pueden creerse dueños de su tierra; el verdadero señor, en potencia, es el hombre de barba rizada, de erecta tiara que imita al casco, que, al bajar de las montañas del Alto Tigris, ha impuesto a toda Mesopotamia el más terrible de los yugos.

Los asirios fueron siempre soldados valerosos. En el siglo IX, su ejército era el mejor de su tiempo. Tenía cuerpos especializados para toda clase de operaciones: infantería pesada de choque, con coraza y cascos, cazadores ligeros, rápidos, cuerpo de zapadores entrenados para derribar las murallas de las ciudades y para llevar torres móviles contra las fortificaciones. Los ríos no eran un obstáculo para aquellos conquistadores: cada soldado llevaba en su espalda un pellejo que, una vez hinchado, le servía de canoa neumática. Sobre todo, resultaban temibles sus carros; eran pesados, estaban bien construídos para resistir los choques y proyectiles y llevaban una dotación de tres hombres, dos de ellos muy armados.

Una fama trágica y justificada precedía al avance de aquellos soldados y, merced al terror, la guerra resultaba a menudo inútil. Ningún pueblo dejó unido a su nombre tal suma de horrores. Mutilar, cegar, empalar incluso, eran los menores males que los reyes asirios infligían a los vencidos; ocurría a menudo que los hiciesen desollar vivos para cubrir con sus pieles las murallas de las ciudades ¡y se vanagloriaban de ello! «He cogido al rey enemigo, escribe

1 La elección de ese nombre es significativo. Lo mismo que Napoleón toma de los emperadores romanos gran parte de su simbolismo y dice: "Carlomagno, nuestro glorioso antecesor".

Asurnasirpal, con mi propia mano. Tres mil guerreros fueron pasados a cuchillo. Los numerosos prisioneros fueron, unos echados al fuego, otros cegados, a muchos les corté las manos, la nariz y las orejas. Con las cabezas cortadas hice un montón y colgué muchas en las cepas de las viñas».

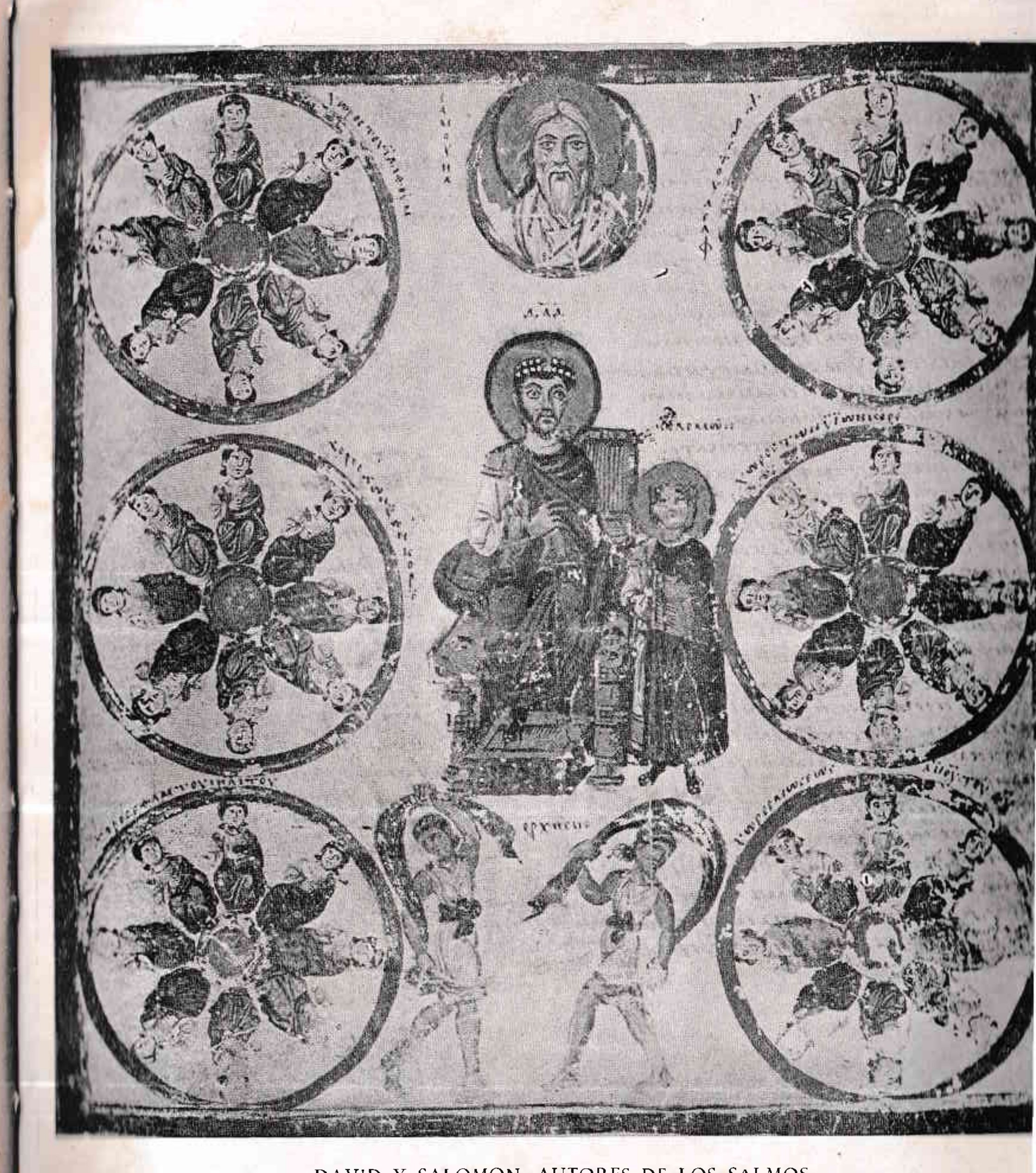
La gloria de Asiria será efímera. No se construye nada perdurable sólo sobre la fuerza y el terror. Coloso con pies de barro, el imperio de los sargónidas se hundirá de prisa. Pero antes de desaparecer, habrá levantado, en la historia de Israel, la espada de la cólera. Instrumento de Yahweh en sus designios, Assur será poderoso «hasta que el Señor haya llevado a cabo su obra», como lo había anunciado Isaías.

EL DRAMA ESPIRITUAL

DESGARRADO en dos, y en seguida inserto en la esfera de acción del ciclón asirio, a la par que presa del tormento espiritual que sufre con particular violencia un pueblo religioso, Canaán comienza a vivir siglos de dolor. De esos tres dramas, será el último y el que lo explica todo, aquel que ponen de manifiesto los textos bíblicos. Si el reino dividido perece, si los soldados de Assur devastan los valles de Israel, es que el pueblo elegido mereció ser castigado por su infidelidad. La perspectiva sobrenatural se impone aquí, con una evidencia conmovedora. Los sufrimientos, las crisis, las derrotas, nada son, sino consecuencias; lo esencial es el drama espiritual que da una grandeza sublime a esa decadencia y hace de ella uno de los monumentos cumbres de la historia humana.

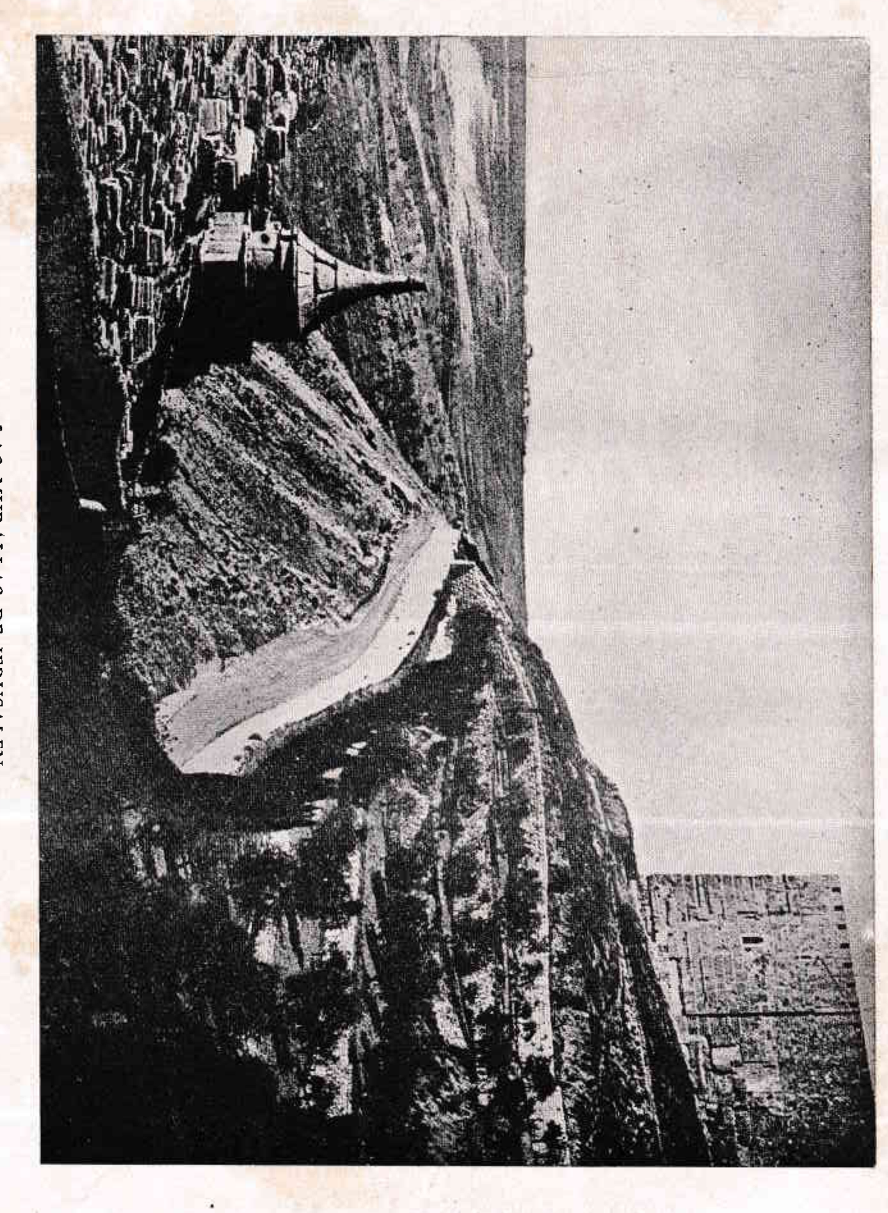
El pueblo de la Promesa se verá, durante siglos, sometido a la tentación que le llega de todas partes. La idolatría crece en el mismo suelo donde el culto de la Naturaleza hace erigir los *ashera,* las estacas sagradas, los *masseboths,* los menhires. Sale del palacio real donde las influencias paganas del harén llegan a ser tan poderosas que el culto de Yahweh se verá a veces anulado. Acude con las hordas asirias, pues la religión del vencedor tiene prestigio sobre los vencidos. ¿Cómo podría ese pueblo, que había luchado siempre contra sí mismo para mantenerse puro, escapar a esa múltiple contaminación? Es humano que ceda, que «se prostituya», como dicen los Profetas.

Entonces, las muchedumbres acuden a las ceremonias orgiásticas. En torno a los templos de Baal y Astarté, el perfume impuro de las



DAVID Y SALOMON, AUTORES DE LOS SALMOS

Miniatura tomada del manuscrito bizantino del siglo VI llamado de Cosmas Indicopleustes, conservado en la biblioteca del Vaticano.



LAS MURALLAS DE JERUSALEN

Coronadas por las altas colinas de Ofel y Sión.

prostitutas sagradas atrae a los hombres. Los becerros de oro de Jeroboam logran éxito. Jezabel y Atalía disponen de muchos fieles para sus ídolos tirios. Todo puede convertirse en motivo de adoración; el propio culto de Yahweh se infecta de prácticas sospechosas; adoran la serpiente de bronce, reliquia de Moisés, como a Dios, como si fuese el Poder.

La grandeza de Israel consiste en no haber sucumbido por completo a esas tentaciones. La existencia nacional del pueblo elegido estaba apegada a su fe, al huraño monoteísmo que supo conservar. Si hubiese desaparecido esa fe, todo se hubiera hundido con ella y hoy no hablaríamos de Israel más que de los amalecitas o del reino de Edom. La fidelidad se salvó porque hubo hombres que, en ambientes diversos y con métodos diferentes, resistieron porfiadamente a la invasión de la herejía.

Esa resistencia tuvo dos aspectos principales que podemos conocer, genéricamente, como el de los levitas y el de los Profetas. En los medios sacerdotales, la fidelidad a Yahweh era, en el fondo, profesional; lo que no quiere decir que no fuera sincera. Los servidores del Templo luchan contra las corrientes de idolatría, manteniéndose firmes en el atrio, multiplicando los sacrificios y quemando muchos aromas en el altar de los perfumes. Reacción natural de las doctrinas amenazadas es el persistir en el ritualismo. Tal actitud tenía nobleza y los levitas han prestado un servicio a Israel conservándole el recuerdo de su gloria hasta en los más apurados trances. Mas desembocó en un rígido formalismo, cuyas funestas consecuencias veremos en seguida.

Otros elementos resistían tratando de romper con lo que creían era la causa de todo el mal: el aumento del lujo, el enriquecimiento del pueblo convertido en terrateniente. Cierto Jonadab, hijo de Recab, funda, en el siglo IX, una secta ascética a la cual da esta estricta regla: «No beberéis vino, ni edificaréis casa, ni sembraréis sementera, ni plantaréis viña, ni la tendréis; mas moriréis en tiendas y sobre la tierra donde estéis, viviréis como extranjeros» (*Jeremías*, XXV, 7). Curioso intento el de esos recabitas (existen aún); mas ese retorno a las costumbres nómadas, ese «naziréat» rígido iba en sentido inverso a la evolución histórica que había fijado a la tierra al pueblo elegido.

Lo comprendieron algunos hombres, tan opuestos al ritualismo levítico como al puritanismo errante de los recabitas, pero en quienes aparece la más pura aspiración religiosa: los Profetas.

LOS PROFETAS

ENTRAMOS ahora en el capítulo más grandioso de la historia de Israel. Todo el Antiguo Testamento se apoya sobre tres bases: Abraham, que recibe la promesa y de quien todo procede; Moisés, que da al pueblo elegido los medios de sobrevivir; los Profetas que, aclarando el mensaje providencial, formulan la verdadera misión de Israel.

Hacía tiempo que, entre los hebreos, se notaban individuos dotados de extraños poderes. Les llamaban, en los tiempos antiguos, «los videntes». Conocían lo que estaba oculto para el resto de los hombres Débora perteneció a esa categoría, y también Samuel, a quien iban a pedir consejo para todo, ¡incluso cuando perdían su burra! El poder de la adivinación llegó a ser profesional, por decirlo así, y existían verdaderos colegios de adivinos. Incluso algunos, yendo más lejos, en vez de permanecer encerrados en su esfera, se remontaban a grandes principios. Combatían, defendían, atacaban. Sucedía que, inspirados por el «espíritu divino», se ponían a proferir palabras misteriosas, advertencias, presagios, amenazas. En algunos de esos grupos de inspirados estallaban a veces delirios colectivos, y en medio del desencadenamiento de la música, acaso bajo el efecto de ciertas drogas, aquellos portavoces del «espíritu» se deshacían en discursos. Invitamos a pensar cuánta impostura y mercantilismo podían intervenir en tal institución. Esos «profetas» profesionales llegaron a ser a menudo falsos profetas, y, Cristo lo dirá, será difícil diferenciarlos de los verdaderos.

Sin embargo, en esa tradición, no siempre muy pura, en esos medios mezclados, surgieron las personalidades religiosas más poderosas y admirables de aquel tiempo, los llamados *Profetas*, que hablan realmente en nombre de Dios. Ellos mismos se diferencian de los demás, de las cofradías más o menos de tipo derviche que tanto abundaban. «¡Yo no soy ni profeta ni hijo de profeta!», exclama Amós (*Amós*, VII, 14), queriendo decir con ello que no lo toma como profesión.

La era profética comienza en la época de los Reyes, es decir, cuando el culto de Yahweh pasa por los peligros que hemos visto: entonces llaman «profeta» a los hombres de época anterior que hablaron en nombre de Yahweh, como Moisés o Samuel, pero por extensión del concepto. Durante el reinado de David, el profeta Natán anuncia al rey el castigo que recibirá por su adulterio. En vida de Salomón, Ahías, rasgando su manto, predice a Jeroboam la división del reino. En el siglo IX, el espíritu profético se manifiesta con las poderosas personalidades de Elías y Eliseo, encarnizados adversarios de la idolatría. A partir del año 800, y durante tres siglos, ese espíritu animará a todo un grupo de hombres extraordinarios, entre los cuales figura uno de los mayores genios de la humanidad, Isaías; los profetas llamados *escritores*, porque poseemos en la Biblia un testimonio escrito por ellos, son: los cuatro *mayores*, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, y los doce *menores*.

Son tipos aislados, no conformistas, hombres guiados sólo por la pasión de lo absoluto. Pertenecen a todos los medios y su psicología es muy variada; Amós es un boyero, un proletario culto pero que conserva el tono revolucionario; Oseas, un rico campesino de tierno corazón; Isaías pertenece a las clases dirigentes y conoce las interioridades de la política; Sofonías pertenece nada menos que a la familia real y Jeremías es hijo de sacerdote. Mas se parecen mucho, porque conciben todos su misión de la misma manera. Israel los ve pasar, rodeados por un atroz pintoresquismo; vestidos con una piel de animal o una capa de pelo de cabra, viven con la mayor sencillez. No respetan ninguna de las convenciones mundanas. A las damas de la corte, maquilladas y perfumadas, Amós les grita: «¡Vacas de Basán!», lo mismo que diría hoy un golfillo: «¡P...!» Ezequiel les anuncia que pronto serán violadas. Jeremías, para predecir la dominación caldea, se pasea por las calles enalbardado como un asno. E Isaís se pasea desnudo para dar a entender en qué estado se verán los israelitas durante los días de cólera. Sin embargo, les rodea el temeroso respeto de las muchedumbres. Los reyes extranjeros — hasta los asirios — son sensibles a su prestigio. No les gusta oír lo que dicen, pero se dan cuenta de que una fuerza temible habla por ellos.

Una palabra resume verdaderamente lo más esencial de su poder, palabra con la que se les designa: los *profetas*, que en el griego son los que «hablan en nombre de alguien». Son los portavoces de Dios. Comienzan todas las profecías con un: «¡Dice Yahweh!», o un «¡Oráculo de Yahweh!» A pesar suyo, su boca profiere horrores: «Si el Señor habla, ¿quién no profetiza?», dice Amós. Y Jeremías: «Yahweh, me ha seducido y lo ha consentido. Eres más fuerte que yo y me has vencido. Soy blanco de burlas, pues siempre que abro la boca proclamo exterminio y catástrofe, y he gritado: ¡No, ya no quiero más! No me acordaré más de Él, ni hablaré más en su nombre. Mas hay en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos, trabajé por sufrirlo y no pude» (*Jeremías*, XX, 7, 9).

Su estilo, acabamos de verlo, está animado por la fuerza incomprensible que los embarga. Como en todos los inspirados, sean árabes, griegos o romanos, toma la forma rítmica de la poesía.

No escriben por escribir. Son hombres de acción y lo que dicen no sirve más que para extender su influencia. Su doctrina no se expresa jamás en lo abstracto; reaccionan frente a las circunstancias, como ardientes polemistas. De esas frases dictadas por la necesidad surge una poesía sublime de la cual proceden hasta nuestros días los mayores poetas se llamen Dante, Shakespeare, Rimbaud o Claudel.

He aquí el misterio. Esos hombres fueron inspirados directamente por Dios. Nadie admite ya, como la escuela materialista de antaño, que sean casos psicopatológicos. M. Lods[1] escribe con mucha cordura: «Sería preciso desconocer el testimonio de la historia, olvidarse del caso de Pablo, Mahoma, Lutero y Pascal, para sostener que la inclinación al éxtasis es incompatible con un juicio sano y vigoroso.» Como en los grandes místicos, el secreto de los Profetas no se reduce a las apariencias más o menos extrañas bajo las cuales se presentan ante nosotros. Éxtasis, visiones, no son otra cosa que signos. Dios se manifiesta en ellos siguiendo leyes que no alcanzamos; tienen, ellos también, su «noche oscura», como San Juan de la Cruz. Comprobamos los resultados del hecho profético sin comprender su mecanismo; en un mundo donde el hombre normal no penetra, sentimos toda la grandeza de algo muy misterioso y temible.

EL ESPÍRITU DE PROFECÍA

En aquella sociedad israelita de la época de los Reyes, amenazada por las peores dolencias espirituales, penetran los Profetas como el bisturí en la carne. Son, y con mucho, el elemento más eficaz de resistencia de todo lo que opone el pueblo elegido a las fuerzas de disgregación. Nada les detiene. No se doblegan jamás. Por eso provocan contra ellos feroces resistencias. Jesús dirá, en una alocución célebre, a los hebreos de su tiempo: «Sois los descendientes de los asesinos de los Profetas...» (*Mateo*, XXIII, 29). Un párrafo de la *Epístola a los Hebreos* (XI, 36) habla también de los suplicios que sufrieron los

1 *Los Profetas de Israel*, pág. 64. — Al citar aquí el párrafo de M. Lods, apoyado en la observación psicológica, no pretendemos colocar en el mismo plano las experiencias místicas indiscutibles, como las de San Pablo, y las que se atribuyen a Lutero o Mahoma.

Profetas «lapidados, despedazados, torturados», decapitados con espada, o por lo menos encarcelados. Su testimonio es por tanto análogo al de los mártires y por razones semejantes. Al hablar en nombre de Dios, se colocan francamente frente a la sociedad y al conformismo. Al afirmar que los ritos no son nada comparados con el esfuerzo moral y espiritual, parece que atacan los privilegios de una religión cuyo ritualismo tenía tanta importancia. Los poderes, los sacerdocios y los Estados tratan duramente a los rebeldes del espíritu; tienen sus razones para temerlos.

Si miramos en conjunto la religión de los Profetas (teniendo en cuenta los matices que resultan de las diferencias individuales y de una evolución de siglos), no podemos menos de sentir admiración por la extensión que dan al viejo monoteísmo hebraico. Desde luego, muchos de los elementos que desarrollan existían en germen y no rompen con la línea espiritual, como tampoco romperá Jesús: «No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla»; podrían decirlo también los Profetas. Han iluminado ese monoteísmo moral, a cuyos lentos progresos hemos asistido a través de los siglos y en ello estriba su misión histórica fundamental.

Para ellos, Yahweh no sólo es el Dios único, el ordenador, el creador de todas las cosas; es sobre todo el Dios interior, aquel cuyo verdadero templo es el corazón del hombre y que no conoce más que la exacta justicia. Esa afirmación basta para que rompan con sus contemporáneos. ¿Qué? El Dios de Israel, el que condujo a su pueblo desde Egipto, el que les ha manifestado una continua predilección, Yahweh, ¿podría abandonar a sus hijos y repudiarlos? Sí, responden los Profetas, porque Israel ha sido infiel, no sólo materialmente, sino en espíritu, pues ha violado la justicia y el amor. Esa idea del castigo y de la destrucción del pueblo elegido era un escándalo intolerable; pero, a riesgo de sus vidas, los Profetas mantenían su posición; la ruina de Israel ¿no era la mejor prueba de la universalidad del Omnipotente?

Para ellos, continúa siendo Israel un pueblo privilegiado, y repiten incluso, muy a menudo, que Dios ha multiplicado los beneficios a su favor. Pero mientras se creía que Yahweh debía mostrar una notoria parcialidad, los Profetas se atrevían a decir que la elección divina impone más deberes que derechos. Amós declara en nombre de Dios: «A vosotros sólo he conocido de todas las familias de la Tierra; por tanto os castigaré por todas vuestras iniquidades» (III, 2). Las desgracias terribles que ven en el porvenir serán castigos: Assur será «el látigo de Yahweh». Su mano cae equitativa-

mente sobre todas las naciones que merecen un castigo, y todas sucumbirán cuando les llegue el momento.

Dios dirige el universo entero. Nada se le escapa. Está por encima de todo, es superior a toda criatura, indescriptible, excepto a través de las imágenes asombrosas como las de la visión de Ezequiel, y trascendente. Es, sobre todo, el Dios santo, «tres veces santo», según Isaías. La justicia es su voluntad; la equidad, su elemento. Todo lo que ataca al derecho le ofende. Amós, Isaías, Miqueas, y muchos más, repiten que el verdadero culto que hay que rendir a Dios es el ser justos. «Odio, aborrezco vuestras fiestas; no encuentro placer en vuestras solemnidades. ¿Qué me importan vuestros holocaustos y las gordas terneras que inmoláis? ¡Evitadme vuestros himnos bulliciosos y el son de vuestras arpas! ¡Antes corra el juicio como las aguas y la justicia como impetuoso río!» (*Amós*, v, 21, 24).

En la justicia divina ya se nota el carácter superior de la equidad, que consiste en ser misericordiosa. La caridad de Jesús está en potencia en el mensaje profético. Hasta en su legítima cólera, Dios se retiene por piedad: «Mi corazón se revuelve dentro de mí, inflámanse todas mis conmiseraciones, no ejecutaré el furor de mi ira y no enviaré a Efraim su destrucción; porque Dios soy, y no hombre» (*Oseas*, XI, 8). Y Yahweh, por voz de Jeremías, grita: «Vuelve, oh rebelde Israel; no haré caer mi ira sobre vosotros: porque misericordioso soy y no guardaré para siempre enojo» (*Jer.*, III, 12).

En esa concepción existe una inmensa esperanza. No, exclaman Jeremías y Ezequiel, no es cierto el refrán que dice: «por haber comido los padres agraz, los hijos tendrán dentera». Cada uno es responsable de su persona y será juzgado por sus propios actos. Si la expiación es suficiente, Yahweh perdona. Cuando los israelitas apuren la copa del dolor, Dios «esparcirá sobre ellos agua limpia y serán limpiados de todas sus inmundicias» (*Ezequiel*, XXXVI, 25), él «os quitará el corazón de piedra, y os dará corazón de carne» (íd., 26), ¡y pondrá en vosotros su propio Espíritu!

¿De dónde sacan los Profetas ese concepto admirable? Se han hecho comparaciones de detalle, por ejemplo, con la sabiduría de Amen Emopi el Egipcio, cuando dice: «El hombre es arcilla y paja, pero Dios es el albañil». O con tal papiro donde se lee esta hermosa fórmula : «A quien alimente la miseria, el Dios lo recompensará.» Los temas de la moral más elevada se encuentran insinuados abundantemente en la historia de la humanidad. Lo que hace la grandeza de los profetas de Israel, es que, varios siglos antes que Confucio y Buda, y de una manera que podemos decir única, han realizado

por completo la síntesis ya indicada por Moisés, de la moral con la religión. A pesar de toda su inteligencia, no lo lograrán del todo los griegos; el mensaje profético prueba con ello su inspiración.

Y lo que los griegos no supieron descubrir, y fué afirmado con frases grandiosas por los Profetas de Israel, es la necesidad de dar al mundo, tal como camina, un sentido moral. Ante la injusticia, la violencia triunfadora y todos esos escándalos que forman la historia, los Profetas son hombres que no se resignan nunca. En tanto que la Antigüedad clásica conserva, en su mayoría, el desprecio por la desgracia, los Profetas enseñan el respeto. Cuando hablan de los «pobres de Dios», de los «débiles de la tierra», de los «oprimidos», emplean palabras de una infinita misericordia. El espíritu de pobreza habla por sus labios. Cristo, al celebrar entre bienaventuranzas la de los «pobres de espíritu», se sitúa en la misma línea, y no hubiera existido el socialismo en la Tierra si aquellos fanáticos de la equidad no hubiesen lanzado sus gritos de protesta.

¿Cómo penetró ese mensaje en la sociedad a la cual iba destinado? En el transcurso de los siglos, los Profetas tuvieron, sucesivamente, tres actitudes. Los primeros que aparecen sólo tienen el encargo de amonestar, de poner en guardia contra las tentaciones manifiestas; si peca Israel, llegará el castigo. Como ejemplo, anuncian desgracias personales, como las que se abatieron sobre David para hacerle expiar.

La infidelidad aumenta, se hace general; el pueblo entero peca, por tanto, todo el pueblo sufrirá castigo. Desde entonces, la voz terrible profetiza la catástrofe. No hay remedio, no se librará de ella Israel. Actitud desconsoladora, escandalosa para los ojos de los hombres: excusamos casi las violencias de que fueron víctimas los Profetas al pensar en la indignación que debieron de provocar. Cuando Canaán, cercado por las peores amenazas, busca su salvación, debía de ser horrible oír burlarse a Isaías o Jeremías: «¿Para qué? El asirio, el babilonio no son más que instrumentos de la cólera divina. No escaparéis a vuestro destino; ¡expiaréis!, ¡sufriréis!, capitulad en seguida, es lo más acertado...» Algunos historiadores han admitido que los Profetas fueron pagados por el enemigo para desmoralizarlos. Tal actitud no puede comprenderse más que si se ve en ello la intención que aparece, renunciando a interpretar la historia del pueblo elegido según las normas humanas. En el sufrimiento expiador, Israel se ha encontrado de nuevo y si aquellos sucesos catastróficos no hubiesen ocurrido, es más que probable que ese carácter único se hubiera perdido.

Cuando la fuerza bruta, al poner en práctica las decisiones divinas, haya hundido en la miseria al pueblo de la Promesa, es esa misma promesa lo que los Profetas le recordarán. Les hablarán de la predilección de Yahweh, de su amor, probado por los castigos. Mas junto al yahwismo nacional, espiritualizado por la prueba, aparecerán como los campeones de la verdadera religión; «la Ley y los Profetas» no serán ya separables. Mientras tanto, en su mensaje de esperanza, se revela una imagen que, ya en tiempos de David, había comenzado a vislumbrarse: la del Mesías, Salvador de Israel.

La existencia de los Profetas está estrictamente limitada en el tiempo. Aparecen y desaparecen. Un día, el *Salmo* (LXXIV) gemirá: «Ya no hay Profetas. Ya nadie sabe las cosas.» Acaso porque dijeron cuanto debían notificar. Se acercaba esa brillante luz que anunciaran. Mas habían salvado el alma de Israel, quemada por la sed del pecado, «fuente de agua viva» en la cual la humanidad no cesa de humedecer sus labios.

III. — EL REINO, DIVIDIDO CONTRA SÍ MISMO [1]

SENTIDO DE UNA DECADENCIA

Hay, pues, dos reinos. Al Norte, gobierna Jeroboam en los dos tercios de la herencia salomónica. Posee más habitantes y mayores riquezas que el nieto de David, recluído en el mísero Judá, y el usurpador parece tan legítimo que a su reino le llaman Israel. Pero más vale un corazón de fuego y un cuerpo delgado que un gran organismo amorfo.

Judá es pequeño, escondido en sus ingratas montañas; mas su población formaba un bloque bajo una dinastía ilustre, en torno a una capital venerada. Amenazado en su llano por Aram y Assur, sin centro natural ni jefes indiscutidos, «Israel» conoce la más honda crisis y será el primero en caer.

Esa ruptura es la señal de la decadencia. Si el reino hubiese tenido varios Salomones, ¿quién sabe la fuerza que hubiera alcanzado? Mas la división y las revueltas que provocó, así como las amenazas que atrajo sobre Canaán tal debilitamiento, lo llevaron a un retroceso. Los progresos materiales conseguidos en el siglo X se esfumaron; desapareció la influencia del pueblo elegido sobre sus vecinos. Durante siglos — dos y medio en el Norte, cerca de cuatro en el Sur — caminan inexorablemente hacia la muerte envueltos en desórdenes, guerras civiles e invasiones extranjeras.

He aquí uno de esos triste períodos en los que parece que el río de la historia pierde sus aguas entre bancos de arena y detritus; a la sencillez majestuosa del relato sigue una espantosa complicación, la cual aumenta con la identidad de nombres en los dos reinos. Siente uno deseos de abandonar a sus disputas sangrientas a todos

1 "Todo reino dividido contra sí mismo, perecerá", dijo Jesús (*Mateo*, XII, 25).

los Joram, Joás y Ocozías de Israel y Judá. Sin embargo, entre ellos, se advierten algunas personalidades notables por la fuerza de sus crímenes o por la grandeza de un esfuerzo casi desesperado. Erguidos en medio de ese mundo podrido, descubrimos a los Profetas, testimonios de un espíritu que no muere.

Ello constituye uno de los signos más manifiestos que muestran la efectividad de la promesa divina. Esa decadencia es para el pueblo elegido una ocasión de grandeza. No era su destino el convertirse en una de esas potencias que dominan tierras. Salomón, en su fausto, iba acaso contra las corrientes de las intenciones más secretas de la Providencia. A medida que Israel ve disminuir su fuerza temporal, su supremacía espiritual se afirma en el futuro. Bajo la amenaza de muerte que siente pesar sobre él, el reino dividido contra sí mismo quiere preservar la conciencia de sí y hace un inmenso esfuerzo para recoger, redactar, publicar, esparcir los textos que reflejan su alma. Debemos ciertamente gran parte de la Biblia al celo de los hombres que vivieron en aquellos revueltos tiempos.

Las peores épocas tienen sus testigos sobrenaturales, almas puras que, acaso, detienen la cólera de Dios al borde de sanciones irrevocables. Cuando estallan las guerras de religión, Ignacio de Loyola funda su santa milicia, y durante las violencias de la Fronda, San Vicente de Paúl descubre su camino de caridad. En la época de la división del antiguo Israel, la piedad se expresa en términos conmovedores. Prosiguiendo la obra de David, continúan redactando Salmos. Acaso la miseria temporal contribuía a afinar ese sentimiento de confianza en Dios que aparece en ellos. En una imploración de una dulzura exquisita, el alma pide consuelo: «busca a Dios», sabe que no se encuentra más que en la postración y humildad, a la hora en que «se habla muy bajo en el fondo del corazón» — «como cierva que bebe en los arroyos de agua viva, así mi alma bebe en ti ¡oh, Dios vivo!» (*Sal.* XLVII, 1). «Aunque ande por el valle de las sombras, nada temeré si vienes conmigo» (*Sal.* XXIII) —. Por haber sembrado simientes que han dado fruto hasta nuestros días, ese período de decadencia merece que lo consideremos como una de las épocas más esenciales de la historia de la humanidad.

Y ello aparece tanto más claro si lo colocamos en el cuadro de la historia general. Cuando un Isaías se dispone a lanzar sobre el mundo sus palabras geniales, nada es comparable a él en ese universo donde se sitúan los hechos. Para encontrar dignos términos de comparación con los grandes profetas, hemos de ir hasta la India, donde Buda (hacia el siglo VI) propone a las muchedumbres su moral excelente y su metafísica negativa, o hasta las mesetas del Irán, donde Zoroastro, al reformar la antigua religión aria, crea un dualismo dramático. ¿Qué ocurre en los demás lugares? ¿El gigantesco desarrollo de Asiria? ¿Qué ha dejado a los hombres ese feroz soldadote, que creció demasiado de prisa y se derrumbó en seguida? Grecia está aún en el limbo; Esparta, bajo el legendario Licurgo (siglo IX), elabora el régimen de cuartel que veremos en los tiempos clásicos; Atenas, donde ya se ha operado la fusión étnica que será la causa de su éxito en el gran siglo, camina, a través de varias crisis y de numerosos regímenes, de los reyes a los eupatridas, de los arcontes a los estrategas, de Cilón a Dracón (siglo VII) y a Solón (siglo VI), hacia lo que formará la base de su grandeza: su democracia; pero nada hay, espiritualmente hablando, comparable al mensaje del pueblo elegido, y si la colonización helénica prepara entonces (del siglo VII al VI) el marco en el cual se desarrollará el pensamiento humano, en ese momento no piensa más que en ganar dinero y en hacer comercio marítimo. En cuanto a Roma, perdida en la bruma de las fábulas, desde esa fecha hipotética de 753 en que Rómulo trazó con su arado el surco sagrado, se muestra muy humilde, en pugna con enemigos amenazadores, que buscan ya porfiadamente su destino. ¿Quién podría, en la aldea de Numa Pompilio, Tulio Hostilio, Anco Marcio y Tarquino, adivinar a la futura reina del mundo, en la cual, precisamente, el germen espiritual depositado por los Profetas encontrará el terreno apropiado para engrandecerse con Cristo?

LAS REINAS IDÓLATRAS

SEPARADAS por enemistades mortales, las dinastías de Israel y Judá no supieron comprender que arriesgaban mucho al combatirse. Comenzó una guerra que duró cincuenta años. Una severa experiencia debiera haberles advertido el peligro. Hacia 930, Sesa, el faraón libio, que acababa de fundar la XXII dinastía, hizo de nuevo su aparición en Canaán, en parte para defender su frontera nórdica y en parte para vengarse de los reyezuelos hebreos que, por el matrimonio de Salomón, habían emparentado con sus desatados predecesores. No satisfecho con tomar Jerusalén y saquear, además del Templo, los famosos escudos de oro de «la casa de maderas del Líbano», avanzó sin escrúpulos por las tierras de Jeroboam, su antiguo protegido. Luego, los dos protagonistas del cisma mueren y la guerra

continúa. En el reino del Norte comienzan las crisis palatinas: Nadab, hijo de Jeroboam, es muerto por el usurpador Baasa, cuyo hijo cae, a su vez, asesinado. El asesino Zambri dura exactamente siete días: no tiene otro recurso que el de morir después de incendiar su palacio, donde le tiene cercado uno de sus generales (886).

Ese rebelde se llamaba Amri; era un hombre sensato y enérgico. Su dinastía (¡la cuarta en cincuenta años!), fué una de las mejores del reino del Norte. Decidió hacer las paces con Judá. Era un acto de prudencia. Si Egipto era menos amenazador, en el Norte el reino de Damasco adquiría una fuerza inquietante. Los arameos estaban en plena expansión: uno de sus grupos funda principados hasta en el golfo Pérsico; en la frontera noroeste de Israel, Ramoth, plaza fuerte de Galaad, acababa de caer en su poder; Amri, oponiéndose a ellos, adquirió prestigio, pues en los textos asirios su reino siempre es designado con su nombre «país de Amri». Adquirió aún más al dar a su Estado una capital. Hasta entonces había sido errante. Compró una colina, maravillosamente escogida para resistir los asedios y allí construyó su ciudad, Samaria. Sus muros de sillería aun subsisten, dibujando, alrededor de un patio central, una fila impresionante de alcobas. En suma, Amri reanudó la política de Salomón; su influencia debía extenderse bastante lejos en la región de Palestina; se ha encontrado cerca de Arnon una estela en la que un reyezuelo moabita, Mesa, cuenta los grandes sucesos de su reino; confiesa que por entonces «Amri dominaba a Moab».

¿Era para imitar también en eso a Salomón o se sentía llevado por las mismas razones que su predecesor? Entabló con Fenicia relaciones muy amistosas y su hijo Acab se desposó con la hija del rey de Tiro, Jezabel. Cuenta una leyenda que el día que llegó la princesa tiria al palacio, un cuervo emprendió su vuelo, llevándose una caña; fué a parar a Italia y la plantó, anunciando que allí crecería el pueblo enemigo que esclavizaría a todo el país de Israel: Roma. Con Jezabel entraba en Samaria un principio de división. Era una mujer enérgica y, en algunos aspectos, notable. Tuvo mucho ascendiente sobre su marido. Con ella, llegaba la afición al lujo, la industria y el comercio; se pusieron a construir mucho. Las moradas se convirtieron en esos «palacios de marfil donde la música de cuerda encanta al corazón», que mencionan los *Salmos,* y repletos sin duda de aquellos objetos tan delicadamente labrados, de vasijas de perfumes en forma de mujer, de frasquitos de cosméticos, placas de peines y marfiles que se vendían por toda la Media Luna fértil. Sobre todo, traía consigo, la fenicia, sus dioses, los Baals detestados, el

Melkart de Tiro, la Astarté y sus sacerdotes, casi novecientos, dice la Biblia, que comían a su mesa, y cuyos ritos frenéticos, incisiones sangrientas en la carne viva, movimientos y éxtasis, escandalizaban a los fieles de Yahweh. Aún peor, no satisfecha con pedir simplemente un lugar para sus ídolos, Jezabel quiso darles el primer puesto y empezó la persecución.

No ha de extrañar que el esposo de esa hereje sea poco alabado en la Biblia. «El impío Acab» (875-853) vale mucho más que su reputación. Continuando la política de su padre, tuvo a raya a los arameos de Damasco mediante furiosos combates. Luego, unido momentáneamente con ellos en una liga antiasiria, llevó diez mil hombres y dos mil carros a la batalla de Gargar, en 853, en la que el omnipotente rey de Asiria, irrumpiendo desde Carquemis, no logró más que un resultado confuso y tuvo que replegarse. Por fin, queriendo recuperar Ramoth de Galaad, que tenían los arameos, fué alcanzado por una flecha en pleno vientre y murió en pie, negándose a abandonar el campo de batalla y encharcando con su sangre el fondo de su carro. Pero la tradición hebraica le agradece poco sus victorias; en ese rey lujurioso y escéptico no brillaba la llama de la vida; estaba en los labios de su enemigo, el profeta Elías.

Elías era una especie de ermitaño huraño, cubierto con pieles de cabra y acostumbrado a los más duros ascetismos. Procedía de las estepas de Galaad, surgía del desierto donde le alimentaban los pájaros del cielo; su lema era todo un programa: «¡Yahweh es Dios!» Este testigo del Eterno se alzó contra la pareja real idólatra y anunció el castigo. Entonces, llegaron esos «días de Elías» de los que habla San Lucas (IV, 25) «cuando el cielo se cerró durante tres años y medio». La región se murió de sed; refugiado en Sarepta, cerca de Sidón, Elías esperaba su hora; vivía en casa de una pobre mujer que lo había acogido por caridad y a la cual multiplicó milagrosamente el aceite y el trigo, y resucitó a su hijo. Cuando juzgó suficiente la prueba, el Profeta reapareció ante el rey.

Acab, impresionado, aceptó un torneo entre los sacerdotes de Baal y el profeta de Yahweh. En el Carmelo construyeron dos altares y prepararon las víctimas; ¡que cada uno de los dioses se las arregle para demostrar su poder! Los idólatras bailan, gritan, se cortan las mejillas. Nada ocurre. «Gritad fuerte — se burlaba Elías —, acaso vuestro dios está meditando o está ocupado con algún asunto, a menos que esté de camino o durmiendo» (I, *Reyes,* XVIII). A su vez, se acerca a los altares, reza a Yahweh, y el «fuego del cielo cae y consume el holocausto, la madera, las piedras y la tierra». Los sectarios

de Baal van a parar a la cárcel; y por la noche, «una pequeña nube, del tamaño de la palma de la mano», aparece sobre el mar, anunciando la gracia divina.

Furiosa, Jezabel intenta matar a Elías. Huye éste al desierto de Negeb, y luego va a Damasco, donde su prestigio es tan grande que el rey arameo se hace consagrar por él. Al mismo tiempo, ungió a Jehú como futuro rey de Israel y escogió como sucesor suyo a Eliseo.

Así, frente a la idolatría se mantenía esa imponente figura. No sólo pretendía defender el monoteísmo, sino también la justicia de la que Yahweh era fiador. Acab y Jezabel deseaban la viña de Nabot; como éste no quería cedérsela, encontraron un falso testigo y lo condenaron a muerte. Entonces, el espíritu de Dios sopló sobre Elías, que reapareció, vengador. Cuando Acab penetraba en el viñedo robado, el terrible Profeta lo llamó, le echó en cara su iniquidad y le predijo su castigo: su dinastía desaparecería, y él sería muerto. En cuanto a Jezabel, los perros callejeros se repartirían los despojos de su cuerpo.

Así era Elías, que parecía vivir con la llama de Dios. ¿Podía morir semejante hombre? Un día que caminaba con él en la ruta de Jericó, su discípulo Eliseo vió, de repente, ante ellos, un carro de fuego tirado por caballos incandescentes; y «Elías subió al cielo en un torbellino» (II, *Reyes*, II, 12). En los días de la Transfiguración, acudirá con Moisés para hablar a Cristo, símbolo vivo de la fe que nada teme.

La venganza divina no tardó en dar sus frutos de castigo. Acab ha muerto, sus sucesores son mediocres. Los arameos de Damasco asedian a Samaria, y se trata en vano de recuperar Ramoth. El reyezuelo moabita, Mesa, se subleva y hay que hacer una expedición hasta Kerak, su capital. Un abrumador malestar pesaba sobre Israel; el general Jehú sacó partido de ello y tomó el poder (842). Estaba apoyado por los fieles de Dios, por todos aquellos que atribuían a la cólera divina las desgracias del pueblo. Estaba con él Eliseo, sobre quien «se había posado el espíritu de Elías», que, como él, tenía dotes milagrosas, resucitaba a un muerto y curaba de la lepra a un soldado de corazón puro. Aquella revolución tomó un carácter netamente religioso. La nueva dinastía fué la de los vengadores de Yahweh.

Jehú, sin avisar, deja el ejército y se presenta en Yzreel, donde el rey de Israel recibía precisamente al de Judá. Sorprendidos, los soberanos salen a su encuentro. «¿Es la paz, Jehú? — ¿Qué paz mientras dure la prostitución de tu madre Jezabel y sus numerosos sortilegios?» Fué una matanza terrible. Eliseo, en nombre de Dios, había ordenado matar a toda la casa de Amri, y su orden se cumplió al pie de la letra. Hasta Ocozías, rey de Judá, resultó muerto. Poco después fueron abatidos numerosos partidarios de Baal.

Jezabel tuvo el fin predicho por Elías, mas lo aceptó con dignidad. Al saber la llegada del vencedor, aquella mujer que no era joven se ocupó de «pintar y adornar su rostro, para reparar el irreparable ultraje de los años», como dirá Racine. Se asomó a la ventana y acogió a Jehú con gritos de «¡Asesino!» «¡Tiradla!», gritó el nuevo rey. Fué a estrellarse contra las losas; su sangre salpicó hasta los muros: los caballos pisotearon su cadáver y cuando se decidieron a enterrarla no quedaba de ella más que «la terrible mezcla, de la que habla Atalía, de huesos y carnes destrozadas, y arrastrados en el barro, pedazos llenos de sangre y miembros espantosos que se disputaban los perros para devorarlos». La palabra de Elías se cumplía. Yahweh, en Israel, lograba una espléndida victoria.

Poco después, el partido del verdadero Dios alcanzaba otra parecida en Jerusalén, sobre otra reina idólatra. ¿Qué había sido del pequeño reino del Sur durante esos acontecimientos? Desde que se hicieron las paces con el Norte, Judá representaba más o menos el papel de satélite de su poderoso vecino; asociada a las guerras emprendidas por Samaria, en frecuente contacto con la dinastía de Israel. Sin embargo, el culto de Yahweh permanecía intacto; bajo Josafat, el cuarto rey (873-849), incluso hubo una tentativa de acercamiento a las reglas estrictas; pero en Jerusalén, como en Samaria, el virus de la idolatría había penetrado. Josafat casó a su hijo Joram con la hija de Acab y Jezabel, Atalía, y con ella, Baal y Astarté llegaron triunfantes a Sión.

Atalía era verdaderamente una mujer extraña, y Racine tiene razón al hacer que uno de sus seguidores la califique de «reina ilustrada, intrépida, muy por encima de su sexo débil». Se impuso a su marido; cuando éste murió, fué la regente de su hijo Ocozías. El día que supo la tragedia del Norte, la sublevación de Jehú y la muerte de su hijo, temiendo que se sirviesen contra ella de uno de los hijos del rey, dió la orden de matarlos a todos. Dueña del trono, gobernó bien, en cierto sentido; su política fué firme en las fronteras y muy afortunada.

Mas la idolatría, dejando de ser tolerada como en tiempos de Salomón, tendió a convertirse en oficial, y «el amor a la religión fué tratado como rebeldía y sedición» (Racine).

El partido de los fieles era aún demasiado poderoso. Estalló un

motín, organizado por los levitas. De las matanzas, pudieron salvar a un tierno infante, Joas.

Cuando tuvo siete años, la conjura yahwista se sintió preparada. Parece ser que entró en la conspiración el ejército. Valiente, Atalía acudió al templo y fué expulsada violentamente. Apenas en la calle, fué rodeada por *seides* armados, y momentos después, «el hierro le hizo expiar los horrores de su vida». Tanto en el Sur como en el Norte, vencía Yahweh.

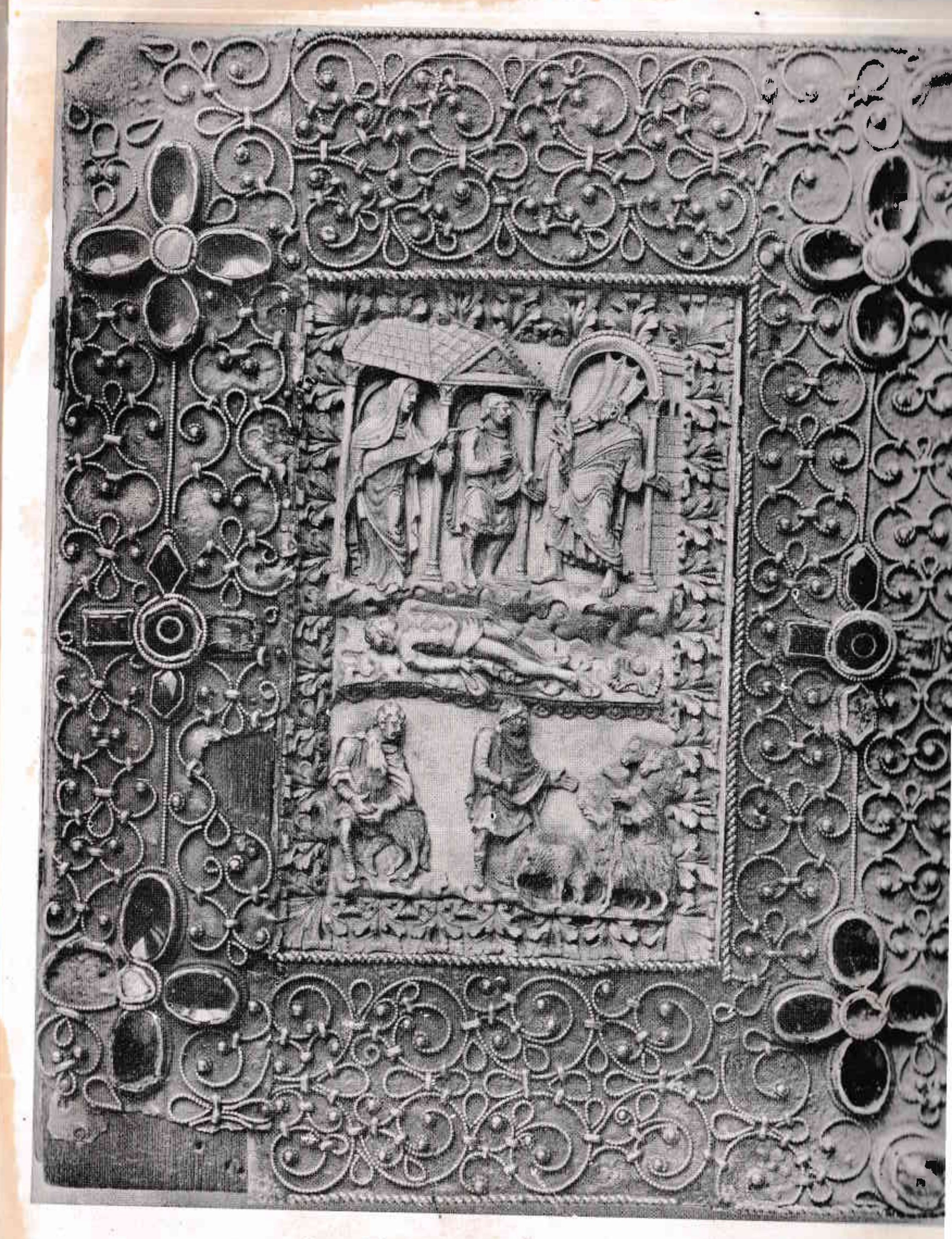
AMÓS, OSEAS, JONÁS

PERO no pareció mostrar satisfacción por ello. Jehú, para oponerse a Damasco, se entendió con Asiria y le pagó tributo; no tuvo suerte. Habiéndose vuelto Assur hacia el Este, Israel recibió, sola, el choque de los arameos. Jehú fué batido por completo, y Joas evitó que entrasen a saco en Jerusalén ofreciendo al vencedor todos los tesoros del Templo. ¡Pobre hombre ese Joas en quien tantas esperanzas fueron puestas! No satisfecho con haber causado a Judá tal humillación, cayó de nuevo en la idolatría; acaso más por debilidad que por malicia, pues le atraía también el culto de Yahweh, como lo demuestra el haber organizado su economía y reparado los edificios sagrados. Despreciado y aborrecido, fué asesinado por los suyos. Poco después, estalló una guerra entre Israel y Judá, y Jerusalén fué tomada.

La primera mitad del siglo VIII fué más apacible y fecunda. Se señaló en los dos Estados por el reinado de dos reyes excelentes. En Judá, Osías gobierna durante cincuenta años (789-738): conquistada la región de Edom, se reanudó el comercio con el mar Rojo; numerosos trabajos incrementaron la agricultura, pues el rey «amaba a la tierra» (II, *Crónicas*, XXIX, 10). El culto de Yahweh era preponderante, aunque a los recintos paganos acudiesen aún las masas populares.

Bajo el robusto poder de Jeroboam II (784-744), Israel vivió días felices. Damasco, turbado por intrigas palaciegas, no era peligroso por aquel entonces; a Asiria no le interesaba el Mediterráneo. Todo el antiguo territorio fué reconquistado. El comercio con la costa recibió nuevo impulso.

La afluencia de oro tuvo las acostumbradas consecuencias. La desvergüenza cundió entre los opulentos burgueses de Samaria; se per-



EL PROFETA NATAN REPROCHA A DAVID SU ADULTERIO
Placa de marfil de la encuadernación de la Biblia de Carlos el Calvo. Siglo IX.

LOS CUATRO PROFETAS MAYORES

Fresco de Matteo Giovanetti, de Viterbo (siglo XIV) en el Palacio de los Papas de Avignon. Con la aparición de los Profetas se abre una nueva página en la historia de Israel. Nuevos progresos espirituales, decisivos, en medio de una crisis histórica cada vez más grave.

dió la fe y la sociedad se volvió lo que es siempre, cuando, según Péguy, «el dinero es rey y ocupa el puesto de Dios», dura, injusta, inhumana. Entonces aparecieron de nuevo profetas, los primeros cuyas palabras nos han llegado directamente, que eran terribles luchadores.

Amós era un hombre del pueblo, que vivía de la cría de rebaños y de la recolección de los frutos del sicomoro; no era un inspirado profesional, según indica con mucho cuidado. Yahweh habla como ruge el león, y el Profeta se pone en camino para proclamar su mensaje. Todo parecía feliz en Israel; la muchedumbre acudía incluso en peregrinación a los antiguos lugares santos de Betel, Golgaia y Bersabé. Retumba la voz del Profeta. Con estilo grandioso, semejante a los cantos de los funerales, se compadece de la próxima ruina de Israel. Amenazas terribles salen de sus labios: el temblor de tierra, la peste, la sequía, las invasiones de los enemigos rapaces que deportarán al pueblo, saquearán los santuarios, todo desaparecerá en medio de un horror incontenible y el oráculo de Dios callará.

Cronológicamente, Amós es el primero de los profetas escritores y anuncia a los demás. Su estilo será copiado por los restantes. La culpa, el castigo, el ataque asirio, a todo asistimos, e incluso a la futura gloria de Judá, «ese mísero pueblo de David», destinado a excelsas glorias.

A ese fanático, lo compara Renan a un polemista de extrema izquierda. Hay algo de verdad en ello. Lo que Amós reprocha más a sus contemporáneos es su espantosa dureza, la injusticia social, la opresión del pobre por el rico. A Yahweh, Dios de equidad, le importan poco los sacrificios. ¿Qué hacen los hijos del pueblo elegido? «Tumbados sobre lechos de marfil, sobre divanes, alimentados de corderos y terneras muy gordas, juguetean al son del arpa, beben vino en grandes copas, se perfuman con delicados aceites y no se estremecen ante la llaga abierta en el costado de José» (*Amós*, VI). Ya pueden acudir a todos los santuarios, que su pecado les sigue. «Porque tienen costumbres infames, el padre y el hijo visitan a las mismas prostitutas» (*Amós*, II), y sobre todo porque son inhumanos. «Venden la justicia por dinero, al pobre por un par de sandalias. A los débiles, les reclaman hasta el polvo que cubre sus cabezas. Apartan de su camino a los desgraciados...» (*Amós*, II). Una sociedad construída sobre tales cimientos está condenada a perecer; el injusto no puede vivir, como «no pueden los caballos correr sobre la roca escurridiza ni los bueyes arar en el mar». Se impone una sola conclusión, una sola lección moral: «Odiad el mal y amad el bien, res-

taurad la justicia ante la puerta, y acaso Yahweh, el Señor omnipotente, tendrá piedad» (v).

Nos preguntamos qué efecto habrá producido la aparición de semejantes personajes. Sin duda, al principio, los consideraban como energúmenos. ¿Y cuando las circunstancias parecían darles la razón? Apenas muerto Jeroboam II, comienzan de nuevo las crisis: sublevaciones y crímenes; y la amenaza asiria aumenta bruscamente en el horizonte. Oseas fué entonces el mensajero de la cólera. Lo que más les reprocha a los israelitas es su infidelidad religiosa, su «prostitución» a los falsos dioses. Se casa con una «mujer de prostitución», gesto simbólico del que gustan tanto los inspirados, y a los hijos que tiene de ella les da estos nombres significativos: «No amado» y «No eres mi pueblo». Como Amós, repite que los sacrificios no tienen ningún valor; lo que cuenta es «el conocimiento de Dios» (*Oseas,* VI, 6). Tiene algo de gran místico ese hombre que habla de Yahweh con palabras que no serían desautorizadas por una Lydwina o una Gertrudis. Lo mismo que muchos místicos, emplea un vocabulario de amor humano, hasta carnal, para expresar su amor a Dios. Lo ve por todos sitios. ¿Preferís la política a la oración, construís fortalezas, criáis caballos de guerra? ¡Insensatos! El terrible asirio os vencerá, si Dios no lo detiene. ¿Confiáis en los reyes? ¿Qué desean? Poder y grandeza. ¿Cuenta eso? Sólo la fe en Dios es importante. ¿Qué se puede esperar de un pueblo en el que florece la idolatría, se adora a los Baals y se acude a recintos paganos? «Ese becerro fabricado por un obrero» que se adora en Samaria, «repugna» al Profeta. Y siempre la misma conclusión lógica: «¡Vuelve a Yahweh, oh Israel, pues tu impiedad será causa de tu caída!» (XIV, 2).

A través de esas palabras fulminantes, apunta una esperanza. Israel, en su angustia, encontrará a Yahweh. Dios «hallará a su corazón» (II, 16); «la compasión divina responderá» (XI, 8). Después de las desgracias, los fieles regresarán de Egipto y Asiria y vivirán en sus moradas. A esa promesa de supervivencia y redención se agarraban, para consolarse, los fieles de Yahweh, los que tomaban en serio las amenazas de los profetas.

En aquellos medios piadosos, contaban la sorprendente aventura, impregnada de comicidad popular, de Jonás, el profeta que vivió en el vientre de un pez. Ese hombre recibió de Dios un día la orden de ir a Nínive, capital de los asirios, para anunciar a ese pueblo feroz que él también sufriría su castigo. Poco animado a llevar a cabo semejante experiencia, Jonás se embarcó rumbo a Tarsis, «huyendo de Yahweh». Una terrible tempestad, marca visible de la cólera divina, sacudió la nave. La tripulación, asustada, al saber la culpa de Jonás, lo arrojó al mar, y en seguida se calmaron las olas.

Pero Dios quiere la conversión del pecador y no su muerte. Un enorme pez se tragó a Jonás y le dió asilo en sus entrañas durante tres días. El Profeta imploró a Yahweh. Cantó los *Salmos* que sabía; Dios se apiadó y «el pez vomitó a Jonás». Entonces, lleno de valor, marchó a Nínive, y en sus calles anunció la próxima destrucción. Creía que el furor divino caería en seguida sobre la ciudad, pero Dios le dió una visión más justa de sus proyectos. En la sangrienta Nínive, ¿no había niños inocentes y animales que no tenían culpa? En ese curioso relato, que se redactará mucho después, pero que corrió como tradición por Israel, ¿no vemos como un mensaje de esperanza? Ese Dios que arrancó a Jonás de una muerte segura, que incluso tuvo piedad de los asirios, ¿no tendería al fin y al cabo, una mano de perdón a su pueblo? En la desgracia, Israel vivirá con esa esperanza.

EL FIN DE SAMARIA

En 745 sube al trono de Asiria un rey emprendedor, Teglatfalasar III. Dueño de Babilonia, donde se ha hecho coronar con el nombre de Foul, con el cual le designa la Biblia, se siente atraído por las regiones mediterráneas. No faltarían ocasiones para intervenir en Siria y Palestina; el aumento de poder de Nínive sumía a los pequeños Estados vecinos en una crisis política particularmente favorable a los designios de un conquistador. En Samaria, como en Jerusalén, la opinión se divide en dos; los asiriófilos, admiradores de la fuerza de los reyes mesopotámicos, no conciben otra diplomacia que la de someterse totalmente al enemigo; pero, frente a ellos, se alza un partido asiriófobo, que pretende utilizar contra Nínive a los faraones, sin tener bien en cuenta la debilidad en que se encontraba por entonces un Egipto dividido en dos o tres dinastías rivales y decadentes. Estaban con el Nilo o con el Éufrates, igual que, en tiempos de la Liga, en Francia se defendía a Inglaterra o a España.

Menahem, después de tres revoluciones y tres asesinatos de soberanos en un año, reinaba por fin en Samaria. Optó por someterse al asirio, y Teglatfalasar lo contó entre sus tributarios. Su hijo lo imitó; pore los tributos reclamados por Nínive eran pesados; un militar, Faceo, se puso a la cabeza de los descontentos, dió fin a la séptima dinastía de Samaria al matar al rey, y cambiando de política, reunió

fuerzas contra Assur. El rey de Judá, invitado a formar parte de la coalición, se negó, pero decidieron darle su merecido. Bloqueado en Jerusalén, alocado, habiendo sacrificado en vano, en holocausto, al Baal Moloch fenicio, a su joven hijo primogénito, atacado al mismo tiempo por el rebelde Edom que le arrebataba los puertos del golfo Elanítico, y por los filisteos, salidos de su modorra, Achaz, descendiente de David, cometió el imperdonable acto que sería la causa de la ruina de Canaán: pidió ayuda a los asirios.

No tardó en llegar. Teglatfalasar cayó sobre la débil coalición, aplastó a Damasco y barrió la Palestina. El asirio le costó caro a Achaz de Jerusalén, que tuvo que pagar tributo: «fué para él una carga, no un libertador» (II, *Crónicas*, XXVIII, 20). Pero más caro aún le resultó a su adversario. El reino del Norte perdió toda Galilea y Transjordania, y se vió reducido a las montañas de Samaria. En su propia capital, Nínive colocó un hombre fiel a su política, un cierto Oseas que era considerado por sus súbditos como traidor. Cuando Teglatfalasar III murió, Oseas, dejándose arrastrar por la opinión, cambió de política e hizo una alianza con Tiro y Egipto contra Asiria.

Los salvajes guerreros de cotas de mallas aparecieron de nuevo. Salmanasar bloqueó a Tiro en su islote y se volvió contra Samaria. Egipto no envió ni un carro. Oseas intentó transigir, fué apresado y encadenado. Los antiasirios se encerraron en la ciudad, que resistió heroicamente durante tres años. En el curso de esa lucha, Salmanasar murió y fué reemplazado por uno de sus generales, Sargón II, el gran Sargón del palacio de Korsabad. Agotada, Samaria sucumbió.

En sus crónicas autobiográficas, Sargón cuenta lo siguiente: «El primer año de mi reinado, conquisté, Samaria. Deporté a veintisiete mil doscientas noventa personas, cogí sus carros para mi ejército y cobré tributos. A las gentes del país, que estaban en mis manos, les hice vivir en otro lugar, les puse mayordomos para gobernarlos y pagaron impuestos como las gentes de mi pueblo». Los reyes de Asiria practicaron mucho, en efecto, esa política de deportación, y se ha dicho que la terrible mezcla y la nivelación hecha por ellos, permitieron el fácil establecimiento en la Media Luna fértil de los futuros imperios babilónico, griego y romano. Los deportados de Samaria fueron instalados cerca de Harrán (¡cruel ironía, en el país de Abraham!), o en el Éufrates Medio y al pie del Zagros.[1] En la tierra que dejaban estableciose un conglomerado de pueblos traídos de las cuatro esquinas del imperio asirio; al culto de Yahweh se unieron, en Galilea y Samaria, veinte idolatrías. Así se formó esa raza de «samaritanos» que aborrecerán los judíos de los tiempos de Jesús.

1 Véase: Mapa de la Media Luna fértil.

El pequeño reino de Judá asistió aterrorizado al derrumbamiento de Israel. Salvado provisionalmente de la catástrofe, asume desde entonces un papel que no está en proporción con la pequeñez de su territorio. En él, sólo en él, arde la llama de la fidelidad. Hacia él vuelven los ojos los pueblos angustiados, oprimidos por el asirio. Su nombre designará de entonces en adelante, y por un empequeñecimiento de la historia, a todo el pueblo elegido, a las gentes de Judá, a los judíos. Y por su parte, dándose cuenta del sentido sobrenatural de la tragedia de Israel, hará un esfuerzo admirable para dar a su fe unas bases firmes con la obra de Ezequías e Isaías.

ISAÍAS Y SU TIEMPO

ERA el año de la muerte de Ozías; en Judá, la prosperidad era general. Un hombre de Jerusalén, llamado Isaías, meditaba en el Templo (*Isaías*, VI). Tuvo un éxtasis y se le apareció Dios. Serafines, ángeles con seis alas, «los ardientes que han de consumir al pecado, estaban ante él y decían alternativamente: «¡Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios de la fuerza y toda la tierra está llena de su gloria!» Temblando al ver la faz del Altísimo, gime Isaías una oración: «¡Maldición! ¡estoy perdido! No soy más que un hombre de labios mancillados, uno entre tantos de todo un pueblo de labios impuros...» Pero uno de los Serafines voló hacia él, con un ascua del altar en la punta de unas pinzas, que rozó con él a la par que decía: «Tu iniquidad es borrada, tu pecado redimido». Y la voz del Señor resonó: «¿Quién será mi mensajero? — ¡Heme aquí, enviadme!», respondió Isaías sin dudar. — Entonces, vete a mi pueblo y dile: «¡Oíd, pero no entendáis! ¡Mirad, mas no tengáis inteligencia! ¡Endurécele el corazón, hazle sordo, tápale los ojos, para que no vea ni oiga, y no se convierta!» — «¿Hasta cuándo, Señor?», preguntó el Profeta. — «Hasta que las ciudades sean devastadas y se queden sin hombres, las casas deshabitadas y la tierra yerma y desierta. Mas luego, lo mismo que de la encina y del teberinto cortados sale un retoño, del tronco de Israel crecerá una simiente santa». Así nació la vocación de aquel que, en aquellos años decisivos de la historia, encarnó la conciencia del pueblo elegido y trabajó más que ninguno por su porvenir.

Isaías tiene una personalidad magnífica. Pertenece, sin duda nin-

guna, a las clases dirigentes, está muy al corriente de las cosas políticas y es un hombre de acción de visión penetrante. Es, además, un inspirado, un místico, la prueba viva de que puede estar uno habitado por el espíritu y ser muy eficaz en el terreno práctico, como lo será Juana de Arco o Santa Teresa de Ávila. Tiene éxtasis y visiones; se entrega a actos escandalosos para llamar la atención de la muchedumbre; cura al rey, como taumaturgo, con higos y extrañas cataplasmas, cuyas recetas se han encontrado en las tablillas sirias de Sas-Shamra y que son aún utilizadas por los beduínos; como adivino, anuncia el povernir con una precisión prodigiosa; como mago de Dios, se atreve a pedirle un signo. La lengua empleada por él tiene tal esplendor, que incluso traducida al castellano nos sorprende aún como la de un maestro indiscutible. Da al hebreo su perfección clásica. «El pensamiento y la lengua — dice Renan — alcanza en él ese grado, más allá del cual parece que se parte la lengua o el pensamiento se encuentra cohibido.»

Los libros que llevan su nombre constituyen un conjunto que, partiendo de su época, anticipan el porvenir en terribles visiones, anunciando la ruina de Jerusalén, el exilio y el regreso. Mucho se ha discutido sobre su autenticidad. Los críticos no católicos tan sólo le atribuyen la primera parte que se refiere a su tiempo, y creen que la segunda es de otro profeta, «el segundo Isaías» que hubiera vivido a finales del exilio. Algunos los dividen incluso en varios «terceros Isaías». La Comisión bíblica de la Iglesia católica atribuye todo ello al gran Profeta.

Amós había insistido sobre la justicia de Dios que castiga a los ricos egoístas. Oseas, sobre el amor de Dios, herido por la traición. Isaías revela a plena luz el poder divino. «Yahweh será exaltado por el Juicio.» Es el santo, el glorioso, el trascendente. Si el pueblo lo desconoce, es rebelde. Las verdaderas virtudes que ha de tener el hombre son la fe y la obediencia. «Si no creéis, no subsistiréis!» (VII, 9). «En la inquietud y la confianza está vuestra fortaleza» (XXX, 15). Aceptarlo todo sin reservas y poner la confianza en Dios, tal es la consigna única del gran Profeta: su eco ha llegado hasta el corazón del mundo cristiano.

¿Qué pueden esperar los pueblos que han desencadenado la rebeldía? «Alimenté hijos, los crié y ellos se han alzado contra mí; el buey conoce a su amo, el asno, el pesebre de su dueño, pero Israel no ha sabido, no ha querido comprender. ¡Ah, nación pecadora, llena de iniquidad! ¿Adónde herirte, si continúas tus rebeldías? Todo lo tienes enfermo: el corazón y la cabeza, desde la planta de los pies

hasta la frente» (*Isaías*, I). Los castigos caerán sobre la raza infiel. Esa viña que no da más que agraz, será arrancada. Samaria recibirá su castigo, y en sus soledades «cada uno morderá la carne de su brazo». Asiria, instrumento de Dios para su venganza, será vencida a su vez, a causa de su orgullo feroz. Las demás naciones pecadoras también perecerán: Moab, Edom, Egipto y Tiro, «cuyos mercaderes eran príncipes y cuyos traficantes eran poderosos de la tierra» (XXIII). ¡Que no se regocije Jerusalén! Si no es Asiria quien ha de hacerla expiar — su espada se apartará de Sión —, el pecado traerá otra venganza. Aparecerá otra potencia que ejecutará la orden de justicia.

¿No se puede nada contra esa fatalidad? Sí. «Cesad de hacer el mal. Buscad la equidad; apartad al opresor, haced justicia con el huérfano, defended a la viuda. Y aunque vuestros pecados fueren rojos como el carmesí, Yahweh los tornará blancos como la nieve.» Pero Israel no oirá, no comprenderá. Será preciso que caiga en la extremada miseria predicha para que sólo entonces, después de arrepentirse, su alma sea perdonada. Un servidor de Dios aparecerá en el pueblo; se alza por oriente «aquel cuya justicia encuentra los pasos» (XLI). El opresor del pueblo elegido es barrido por una potencia «llegada del Norte»; Babilonia cae. La Alianza de Dios con su nación preferida es restablecida. Yahweh dice a los cautivos: «¡Salid!»; a los que viven en las tinieblas: «¡Venid al día!» (XLIX), y la voz de los Profetas: «¡Despierta, despierta! ¡Arriba Jerusalén! ¡sacude el polvo que te cubre y desata tus cadenas! Ya bebiste bastante en la copa de la cólera de Dios.»

Esas palabras cayeron en Israel como truenos. Al mismo tiempo, en los campos del Sur, otro profeta, Miqueas, lanzaba amenazas semejantes, denunciando a los potentados que no cesan de pensar en rapiñas, que comen la carne del pueblo y trituran sus huesos, y concluía: «El pecado de Judá pide venganza. Sión será arada como un campo, Jerusalén, montón de ruinas, y el monte del Templo será invadido por los matojos.»

Sin duda alguna, bajo la influencia de ese movimiento profético, el rey Ezequías, nieto de Ozías e hijo de aquel Achaz que había inmolado su hijo a Baal, «hizo lo que es justo a los ojos de Yahweh». Fué de seguro inteligente, piadoso y activo. Lanzó una llamada al patriotismo hebreo, reunió en torno suyo varios restos del reino del Norte; a menudo, desde entonces, le llaman «rey de Israel». Creó una comisión (habla de ella el libro de los *Proverbios*, XXV) para fijar las tradiciones que con la caída de Samaria podrían perderse. Atacó sobre todo a la idolatría que mancillaba aún el culto de Yahweh.

Se quitó del templo el altar asirio construído por Achaz. Se persiguieron las estacas sagradas y los *masseboth,* que recordaban el antiguo paganismo. Los recintos paganos fueron destruídos y su culto sospechoso prohibido. Incluso a la serpiente de bronce, recuerdo de Moisés, que fué objeto de latría, la hicieron añicos.

Aparece, pues, Ezequías como el campeón del yahwismo más auténtico; fué asimismo un soberano enérgico que previendo que un día Asiria amenazaría a Judá, como había destruído a Samaria, se preparó contra toda eventualidad. Reunió un tesoro de guerra y almacenó armas. Las murallas fueron reparadas y se construyó un nuevo túnel para asegurar mejor el abastecimiento del agua, en caso de asedio; es ese subterráneo de la piscina de Siloé, que aún existe, y en el cual se han descubierto unas curiosa inscripción, legada por los ingenieros que lo perforaron.

Las circunstancias parecían muy favorables. El asirio estaba empeñado en una lucha con un príncipe arameo, Merodach-Baladan que, instalado junto al golfo Pérsico, se había apoderado de Babilonia. Ese recién llegado empleaba maneras muy corteses con Ezequías, enviándole una embajada. Estaba en negociaciones con Egipto donde el poder acababa de ser conquistado por una nueva dinastía, la XXV, formada por los etíopes. Isaías, solo o casi solo, vió el peligro. No creía en esa liga, ni en ninguna diplomacia; la única fuerza de Israel estribaba en creer en Dios. Tenía demasiada razón. Senaquerib, nuevo rey asirio, rechazó a Merodach-Baladan, arremetió contra occidente, venció a los pequeños Estados mediterráneos, uno tras otro, a Sidón, Ascalón, Lakish (mostrándonos profusamente sus victorias en sus bajorrelieves) y luego cayó sobre Jerusalén. Atemorizado, Ezequías envió un tributo al vencedor, pero Senaquerib exigió la completa rendición; entonces Jerusalén intentó una suprema resistencia.

Entonces, en el año 701, ocurrió un hecho extraordinario en el cual vió Israel la mano de Dios. «Cogido como el pájaro en su jaula», según la fórmula asiria, Ezequías tenía pocas probabilidades de escapar a su suerte. Mientras tanto, Taharca, faraón etíope, hombre valeroso, cuyo enérgico rostro reflejaba una audacia tranquila, avanzó desde el Sur. Isaías, que no había cesado de afirmar que la catástrofe no ocurriría por entonces, había dicho la verdad. «El asirio no penetrará en la ciudad, se volverá por el mismo camino que trajo» (II *Reyes* XIX, 32). Una noche, «el ángel de Yahweh hirió, en el campo asirio, a ciento ochenta mil hombres. Por la mañana eran cadáveres» (II, *Reyes,* XXXV, 36). Herodoto, que escribió doscientos años después, cuenta esta historia de una manera que confirma al texto bíblico y habla de una irrupción de ratas que desarmó a Senaquerib, cuando llegaba al Delta. El mal con el que castigó el ángel a los asirios era la peste, azote de Dios.

Isaías, en medio de la alegría de esa sorprendente victoria, siguió mostrando semblante de dolor. Gimiendo sobre las desgracias de Israel, que preveía para un porvenir cercano, no cesaba de decir a sus compatriotas que no eran más que muertos aplazados: «¡Comamos y bebamos, pues mañana moriremos!», murmuraba. Ezequías, hombre piadoso, aceptaba sus palabras, porque temía a Dios; pero cuando muere, Manasés cambiará de política; una tradición judía refiere que este rey impío martirizó, aserrándolo por la mitad, al mayor de los profetas de Israel. Isaías dejaba tras él, no sólo la traza fulgurante de su palabra, sino a un grupo de discípulos fieles, de rescatados, que, cuando se cumpla la voluntad divina, formarán el retoño prometido. Así pues, ese hombre genial, al disociar, por primera vez al individuo de su grupo, al presentar la salvación individual, sembraba el germen del esplendor futuro del pueblo elegido: a la religión nacional, substituye lo que será la comunidad de las almas fieles, lo que llegará a ser la Iglesia.

EL APOGEO DE NÍNIVE

Al rey piadoso le sucedió un rey impío. Manasés adoptó una política contraria a la de su padre; después del milagro de 701, la infidelidad de Judá escandaliza. Podía tener varias razones. Primero, el joven soberano sube al trono a la edad de doce años, y es probable que su advenimiento hubiera coincidido con la toma del poder por un partido hostil a los levitas, amigos de Ezequías. Luego, con el tiempo, se borró el recuerdo del resplandeciente beneficio de Yahweh; corta es la memoria de los pueblos. Además, el milagro era incompleto, puesto que Assur no había sido destruído e incluso era más poderoso que nunca.

El largo reinado de Manasés (689-641) coincide, en efecto, exactamente con el apogeo de Asiria, de la cual el pequeño reino de Judá era vasallo. El episodio de 701 no tuvo como consecuencia la pérdida de Palestina, de la cual continuaban siendo señores feudales los reyes de Nínive. Hasta su muerte, Senaquerib ejerció su intervención sobre Jerusalén; tranquilo por ese lado, dirigió todos sus esfuerzos hacia Babilonia, que estaba en continua rebeldía, y hacia 689 la arrasó.

Cuando murió víctima de una conjuración cortesana tramada por sus hijos, que refiere alegremente la Biblia, su sucesor, Asaradón, hijo de una babilonia, reconstruyó la ciudad. Por las fronteras del Norte comienzan a aparecer las hordas de cimerios y de escitas que irrumpirán en toda la Media Luna fértil cincuenta años después; Asaradón los contuvo; al Oeste, los pequeños reyes, entre los cuales estaba Manasés, se mantenían tranquilos, es decir, que pagaban tributos. En Egipto, los faraones etíopes dieron de nuevo prestigio a la Corona. El poderoso asirio se dirigió contra ellos, subió a lo largo del Nilo hasta Menfis; media victoria tan sólo, pues Taharca, refugiado en sus montañas, esperaba el momento de tomar el desquite.

Entonces aparece el mayor de los reyes de Assur, uno de los más célebres conquistadores de la historia: Asurbanipal (668-626). Cuando murió su padre, su hermano mayor había subido al trono de Babilonia, dejándole Nínive. Soldado incansable, gran organizador, eterno vencedor al que habría que admirar si no hubiese dejado tras sí tal reguero de sangre y tantos gritos de terror, Asurbanipal lucha sin cesar en todas las fronteras de su imperio. Reanuda la expedición a Egipto, se apodera de Tebas, la antigua capital, que nunca más se repondrá completamente de las heridas que le infligió. A su hermano mayor, que había formado contra él una amplia liga de elamitas, egipcios, sirios y arameos (a la cual Manasés se adhirió imprudentemente), Asurbanipal lo asedia en Babilonia y, sabiendo qué fin le espera, el vencido se quema y quema a los suyos dentro de su palacio. Uno por uno son vencidos los conjurados; Manasés sale librado con algunos meses de cautividad, con cadenas en las muñecas y anillas en los labios. Hacia el Sureste, los reyes de Elam, a pesar del valor legendario que vemos aún en los rostros de las estatuas de su época, tuvieron que someterse, y Susa, su capital, fué horriblemente saqueada. Asurbanipal era dueño y señor de la Media Luna fértil y de sus contornos.

A la gloria de las armas quiso añadir la de la civilización. El pueblo asirio, cuyo solo nombre rezuma sangre, dejó un arte a menudo magnífico, del cual se han encontrado numerosas muestras en las excavaciones. La dinastía de los sargónidas y el reinado de Asurbanipal en particular, conocieron una floración abundante. Korsabad, su ciudad-palacio, es una obra maestra de arte colosal, con su terraza de diez hectáreas, sus numerosos patios, sus muros espesos de tres metros y sus seis mil metros cuadrados de bajorrelieves. Los ladrillos esmaltados sobre los cuales el polvo azul del lapislázuli brilla con un reflejo incomparable, estaban adornados con mil flores y animales

estilizados. En las puertas de los palacios, genios, toros alados y leones agazapados montaban una guardia feroz. Maravillosos animalistas, que saben representar una cabeza de caballo, unos canes cazando, la famosa leona herida o el león vomitando sangre del British Museum, los escultores asirios logran siempre una expresión de verdad y sencillez, que no será superada por nadie. Se comprende que tal prestigio haya cegado a los reyezuelos de Canaán. En el concepto antiguo, el éxito de una nación es prueba del poder de sus divinidades.

A todas las razones que tuvieron los israelitas, en continua lucha entre la atracción del verdadero Dios y la de los ídolos, para deslizarse hacia el politeísmo, se añadía el deseo de complacer al vencedor y de que le fuesen favorables sus dioses. Por eso Achaz, cincuenta años antes, asombrado de haber visto un altar asirio, se apresuró a ordenar la construcción de uno en el templo de Sión. Fué mucho peor en tiempos de Manasés. No sólo los Baal y Astarté reaparecieron, sino que los cultos astrales de Mesopotamia recibieron una nueva consagración. Empezaron a adorar a Shamash, al sol, a Asur, al rey de los dioses, al ídolo de la flecha y al disco alado, a Ishtar, la gran diosa asiria; la «reina de los cielos» vió multiplicarse sus adoradores. En el mismo Templo de Salomón, se consagraron altares a esos falsos dioses; los atrios acogieron oficialmente a la prostitución sagrada que era practicada en Babilonia en gran escala. ¡Qué bajo había caído el pueblo de Yahweh! La costumbre fenicia de echar al fuego, en honor de Baal-Moloch, a criaturas jóvenes, adquirió terribles proporciones. Manasés ofreció a uno de sus hijos y se consagró un lugar «para quemar niños y niñas» que nombraron «el valle de la matanza» (*Jeremías*, VII, 31). En ningún momento de su historia, había alcanzado Israel tal grado de ignominia.

LA REFORMA DE JOSÍAS. LA RUINA DE ASIRIA

SIN embargo, existía una oposición. Se adivina más que se discierne claramente, en el reinado de Manasés, una resistencia profética. Cuando, después de dos años de reinado impío, el hijo del rey infiel fué asesinado, le sucedió su nieto Josías (639-609). Era un niño de ocho años. El partido de Yahweh se apoderó del poder, sin duda por medio de una revolución popular. Durante treinta años de reinado, «Josías hizo lo que es justo a los ojos de Dios y caminó por la ruta

de David, sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda» (II, *Crónicas*, XXXIV).

El nuevo reinado indica, pues, una vuelta a los preceptos del yahwismo y, al mismo tiempo, puesto que la idolatría era, en gran manera, signo de sumisión a Nínive, un renacer nacional. El templo de Salomón fué limpiado de las idolatrías que le deshonraban. Contra los viejos fetiches cananeos, las estacas sagradas y los menhires de los lugares paganos, se hizo una campaña de destrucción. Hasta los cultos provinciales de Yahweh fueron suprimidos en beneficio del único templo de Jerusalén y los sacerdotes de aquellos pequeños altares vinieron a aumentar el personal del único lugar santo que debía subsistir en tierras de Canaán.

Josías llegó audazmente hasta las tribus del Norte, donde dominaba en principio Asiria, para proseguir su tarea destructora de ídolos.

Mientras preparaban el Templo, se hizo un descubrimiento sorprendente. Según el relato del Libro de los Reyes, el sumo pontífice Helcias encontró el *Libro de la Ley* que se había perdido. Se lo leyó a Josías, el cual, con su corazón piadoso, se espantó al comprobar que «sus padres no habían obedecido las palabras de ese libro». A continuación llevó a cabo una profunda reforma religiosa. Según la tradición, ese rollo descubierto en un rincón del Templo, es el Deuteronomio. ¿Quiere indicar la Biblia, bajo una forma simbólica, que en tiempos de Josías se decidieron a aplicar los principios mosaicos? ¿o habla de una de las ediciones hechas por Ezequías y que se despreciaron en los días turbios de Manasés? Se imponía una reforma legislativa ; Isaías había denunciado «esas desgraciadas leyes que están hechas para negar la justicia a los débiles» (*Isaías*, X); casi en la misma época, la plebe de Roma se retira al Monte Sagrado para exigir que se redacten leyes y para arrancar la justicia a la arbitrariedad de los potentados; y las reformas de Solón en Atenas insisten sobre todo en la redacción de las leyes sociales.

El sentido de la reforma, en todo caso, está claro. Apoyándose en los principios que el genial antepasado, Moisés, había establecido, pero que un pueblo aun próximo a la violencia salvaje no ponía siempre en práctica, Ezequías y los sacerdotes que lo rodean espiritualizan los viejos conceptos y los antiguos ritos y extraen el contenido humano. Intentan hacer menos dura la vida social; la obligación de dejar en el campo espigas para los espigadores, es recordada con su sentido de delicada caridad; el séptimo día de descanso, conmemoración que impone la regla mosaica, está asociado a la necesidad que tiene el obrero de descansar. Buena parte de las enseñanzas de los

Profetas entraba en la ley. En torno a ese núcleo se unirán los elementos tradicionales y el conjunto llegará a constituir la Biblia.

La importancia de la reforma de Josías es por tanto considerable. Permitiría al pueblo elegido cruzar por los peores momentos de su historia sin perder ninguna de sus tradiciones esenciales. ¿No encerraba esto algún peligro? Al oponer la letra fijada al espíritu siempre renovado — «Nada añadiréis a mi palabra y nada suprimiréis», dice la ley (*Deut.*, IV, 12) —, ¿no prepararon para más tarde, el drama en el que el pueblo de la Escritura se volverá sordo a toda enseñanza viva, y al Evangelio?

Esa vuelta a la estricta ortodoxia tenía también su sentido político; confesemos que fué posible por las circunstancias políticas. Asiria caminaba hacia su ruina con la misma velocidad que llevaba al alcanzar la cúspide de su poderío. Numerosos peligros la acechaban.

En la masa poco coherente del inmenso imperio, sólo esperaban una ocasión para sublevarse numerosos elementos; Babilonia, en particular, que recordaba su antiguo esplendor y que cobijaba a numerosos núcleos de resistencia contra los asirios podía, en cualquier momento, servir de base a nuevos ataques. En el lejano protectorado de Egipto, las fuerzas nacionales se habían rehecho y reorganizado. La rápida incursión de Asurbanipal no sirvió más que para librar las tierras del Nilo de sus dueños provisionales de la XXV dinastía; los etíopes regresaron a sus montañas y desde entonces miraron hacia el Sur; encontramos aún descendientes de aquellos faraones exóticos en Ruanda, distrito próximo al Congo belga, donde existe aún el culto a la vaca, como en los tiempos de Isis-Hator. Les sucedieron los príncipes de Sais; nombrados virreyes por sus lejanos señores, se independizaron. Merece esa XXVI dinastía que la saludemos con un recuerdo henchido de emoción. Aquellos Psamético, aquellos Nekao, hallaron por última vez, el sentido de la grandiosidad faraónica. A pesar de ser poco poderosos, se atrevieron a desarrollar una gran política. Uno de ellos, Nekao II, envió barcos fenicios costeados por él para explorar las costas de África. Su arte, flor tardía, repleto de combinaciones sutiles, realista y poético, prepara esa floración que llenará de obras de arte de gran valor la isla de Filae. Egipto está de nuevo dispuesto a desempeñar su papel en la Media Luna fértil.

Existía algo más grave para Asiria. De nuevo se pusieron en movimiento las grandes oleadas de invasiones arias. Por aquel entonces, en el otro extremo del mundo mediterráneo, la tierra de Francia recibía de seguro las tribus que formarían la Galia. En las mesetas del Irán y del Elam, dos pueblos arios, los persas y los medos, estaban

establecidos desde hacía trescientos años. Acababan de adquirir conciencia de su personalidad con la reforma religiosa de Zoroastro. Por entonces, los medos dominaban y su ciudad Ecbatana hacía las veces de capital. Y lo peor era que no eran más que la vanguardia de unas inagotables bandas de bárbaros. Cimerios, treros, bitinios y sobre todo los terribles *achkenaz* de la Biblia, los escitas. Asurbanipal, como hará Roma con el tiempo, utilizó primero a los bárbaros; atacado por Fraorta, rey de los medos, la primera vez consiguió vencerlos él solo. La segunda vez, amenazado por Ciaxares, hijo de Fraorta, llamó para que le ayudaran a los terribles jinetes, antepasados de los kurdos. Fué tanto como indicarles el camino.

Numerosas hordas de las cuales aún habla con terror Herodoto, descendieron del Cáucaso, barrieron sin hacer diferencias la Media, Asiria y la Media Luna fértil. En Palestina instalaron guarniciones, como la de Beisham, que luego se llamó Escitópolis. Llegaron al Delta donde Samético los mantuvo a raya, y luego se retiraron, tan de prisa como habían llegado, al mismo tiempo que moría el gran Asurbanipal (625).

Aquellos sucesos mostraron cuán frágil era la dominación asiria. La ruina de Nínive, anunciada por los profetas de Israel, llega con una rapidez sorprendente. Los sucesores de Asurbanipal fueron mediocres. Un general a sus órdenes, Nabopolasar, se instaló en Babilonia y se comportó como un señor feudal insolente. Cuando le enviaron a detener a Ciaxares y a sus bandas, que, una vez más, descendían del Zagros, se entendió con el adversario. Y, los dos juntos, marcharon contra Nínive. Después de uno duros ataques, cayó la gran capital y fué destruída tan completamente que, durante veinticinco siglos, se ignoró hasta su emplazamiento. El último rey de Assur se suicidó lanzándose a las llamas (612). Así desaparecía el terrible pueblo, el látigo de Dios. «Cuando terminares de devastar, te devastarán; cuando terminares de saquear, te saquearán» había proclamado Isaías (XXXIII).

La ruina de Nínive era, en el sentido más político del vocablo, providencial para Jerusalén. La alegría hizo estremecer el corazón de Josías. Este descendiente de David aparece entonces como digno de su antepasado por su valor ya que no por su habilidad. Se alza en su diminuto feudo, tan altivo como Salomón en su gloria. ¿Qué ocurrirá? El final del asirio, ¿es la salvación?

Había por entonces dos tendencias en Judá: las distinguimos perfectamente en los profetas, que por aquella época, alzan la voz. La primera es la de un nacionalismo exaltado, que cree que han vuelto

los días de gloria. La encarna Nahum; Yahweh, al destruir Nínive, muestra a su pueblo que le ha perdonado. «Yahweh es bueno, conoce a aquellos que en la angustia confían en él» (*Nahum*, I, 7). Reconciliado y perdonado, Israel puede recobrar la confianza. La otra tendencia era pesimista, la de Jeremías y Sofonías. Yahweh ha destruído a Assur, mas ¿significa ello que ya no hay que temer a ningún adversario? ¿Ha expiado, en verdad, sus pecados, Judá? Está bien el texto de la ley, pero no significa nada si el corazón del hombre no se reforma. «La hipócrita Judá no ha vuelto a Dios de todo corazón» (*Jeremías*, III, 10). Por el Norte llegará otra calamidad: un destructor del pueblo semejante al león; será castigada «Sión, la hermosa, la voluptuosa» (VI). Llegará el día de Yahweh, «día de cólera, día de angustia, día de ruina y desolación, de tinieblas y oscuridad, de nubes y de brumas densas. ¡Trompetas! ¡Alarma en las ciudades fortificadas y en las almenas! Los hombres caerán en la angustia; el polvo empapará su sangre y su carne se convertirá en estiércol» (*Sofonías*, I).

Ciego en su loca esperanza, Josías esperaba que Dios lo recompensase. Mas no era en lo temporal donde fructificaría su obra. Un grupo de asirios se había refugiado en la región de Harrán. Nekao II, con gran sentido del equilibrio político, quiso ayudarles para que Babilonia no los aplastase. Avanzó hacia el Norte a través de Canaán. «¡Alto, por aquí no se pasa!», gritó el reyezuelo de Jerusalén. El faraón insistió con suavidad, pero Josías se mantuvo en lo dicho. En Megedo se entabló la batalla: el rey hebreo no pudo hacer más que dejarse matar con honor. Poco después, en Carquemis, los babilonios rechazaban a Nekao, que regresó a Egipto. El sacrificio del último jefe nacionalista de Israel no sirvió de nada. El príncipe real que mandaba el ejército de Babilonia se llamaba Nabucodonosor...

BABILONIA Y JEREMÍAS

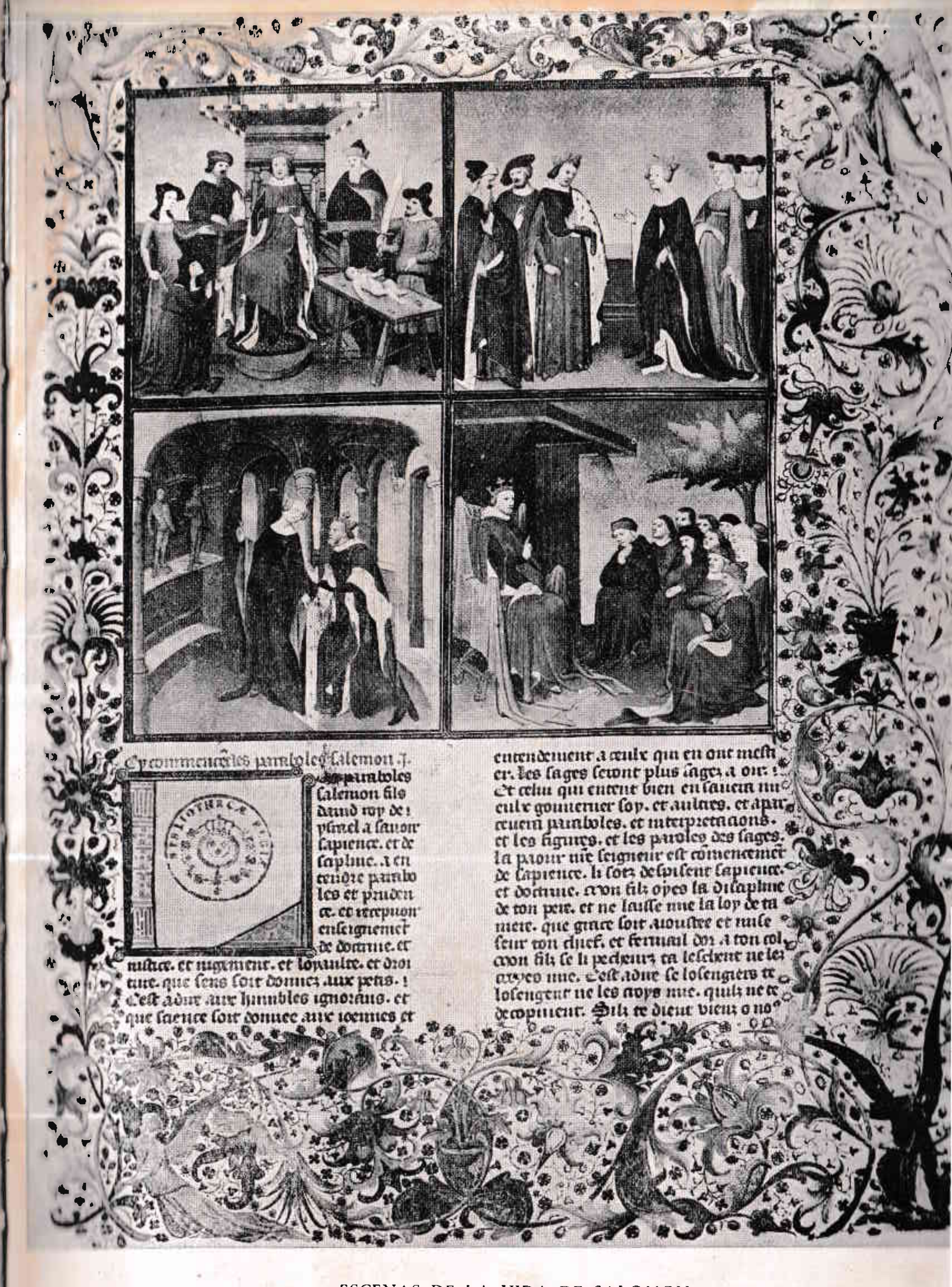
El nuevo dueño del mundo fué tan temible como el anterior. Babilonia era de nuevo el centro político de la Media Luna fértil. Mas si la dinastía neobabilónica, la última de raza mesopotámica que conoce la historia, brilló con el extraordinario esplendor que a menudo poseen las civilizaciones antes de desaparecer para siempre, nada había cambiado en aquellos Estados satélites que giraban en la órbita del sol. Nabucodonosor II (604-562) pesaba tanto como Asur-

banipal. Sus métodos de guerra eran tan crueles como los de aquél. El peligro acechaba a Judá.

El derrumbamiento de los sueños nacionalistas del desgraciado Josías trajo consigo una grave crisis para el pequeño reino. Sus hijos se disputaron el trono y uno de ellos, Joaquín, logró que Egipto lo encumbrase al poder. Cuatro años después, Nabucodonosor llegaba a Canaán y entraba en Jerusalén. Entre ambas fuerzas, el desgraciado despojo de Israel va a dar bandazos como barco sin timón. La confusión religiosa siguió el malestar político. ¿No era lógico? Acababan de ver al más viejo de los reyes llevar a su nación a la catástrofe: ¿Qué hacía, qué podía Yahweh? ¡Ah!, decía el pueblo, ¡en tiempos de Manasés y de los ídolos había felicidad! Y ahora, cuando somos de nuevo fieles, soportamos el hambre y la espada enemiga. Volvieron, pues, a las divinidades extranjeras. En las calles de Jerusalén se vió a los hombres, a las mujeres y a los niños ofrecer dulces a la «Reina del cielo», la Ishtar mesopotámica. «Columnas solares» se alzaron en las encrucijadas. Según el profeta Ezequiel, en los mismos atrios del templo, los fanáticos del dios vegetal fenicio, Tammuz, el Adonis de los griegos, lanzaba lamentos rituales para conmemorar su muerte e invocar su resurrección; mientras tanto, en las cámaras del edificio sagrado, otras sectas incensaban ídolos de animales siguiendo la costumbre de Egipto. Y si se encontraban hombres que llevasen en la mano un ramo, se podía afirmar que eran adoradores del sol naciente

Es abrumador el ver caer continuamente a ese pueblo en su ignominia. El drama de Israel, en el transcurso de los siglos, es el drama de un alma: iluminada por la gracia, concibiendo netamente la ley bajo la cual ha de vivir, mas alternativamente turbada por la fiebre del poder o por la desesperación, camina hacia la puerta estrecha, con un paso que conocemos bien. Vencido una vez el pecado, sigue en la brecha continuamente; en la lucha espiritual, el triunfo nunca es definitivo y el gusto por lo peor amenaza siempre hasta el alma de los mayores santos.

Jeremías fué el hombre encargado de la tarea sobrehumana de advertir a Israel en ese último instante. Hijo de sacerdotes, es menos tribuno que Amós o Isaías, pero sus gritos y gemidos tienen una sonoridad única, humana y religiosa a la par. Es un hombre bueno, tiene un corazón tierno, un alma cuya profundidad se revela en todo. No tenía empeño en asumir esa temible misión y Dios tuvo que forzarlo. Para obedecer al Altísimo, lo sacrificó todo: no se casó ni tuvo familia; nunca se le vió en los regocijos públicos; parece «insensi-



ESCENAS DE LA VIDA DE SALOMON

Miniatura de la Biblia de Pierre Le Manjeur. Siglo XIV. 1. El juicio de Salomón. 2. La reina de Saba. 3. Salomón inducido a la idolatría por una mujer. 4. La sabiduría de Salomón.



TEMPLO DE SALOMON
Reconstrucción según los trabajos de Vogüé.

ble como un muro». Y sin embargo, en su alma se desarrolla un drama, que nos cuenta con una sinceridad conmovedora. ¡Le acusan de traidor, a él que ama a su patria por encima de todo! ¡A él que quisiera amar y ser amado lo cubren de oprobios! ¡Que se haga la voluntad de Yahweh! Su misión es hablar y hablará.

Como escritor no se puede comparar a Isaías; sus metáforas son más vulgares, su soplo menos ardiente, mas es incomparable cuando vocea las desgracias de su pueblo, esos dolores que de antemano siente en su carne viva. «¡Mis entrañas! ¡Mis entrañas! ¡Sufro en lo más recóndito de mi corazón! Tengo temblores y ya no puedo callarme. Oye, alma mía, el son de la trompeta y el grito guerrero. Todo dice: ¡ruina sobre ruina y país destrozado! ¡Por tierra mis tiendas, de un golpe; por tierra las banderas! ¡Ah!, ¿hasta cuándo en mis ojos, la visión del estandarte, y en mis oídos, el sonido de las trompetas?» (IV, 1, 21). El Dios de Isaías era el Señor del poder al cual no se ofende impunemente; la religión de Jeremías es más interior, más adaptada a nuestra angustia común; su Dios es el que descubrimos en la miseria y que nunca está más cerca que cuando nos hundimos en lo profundo de la desgracia.

El gran servicio que prestó Jeremías a Israel no consiste en haberlo traído Jeremías al camino del bien; ello no era posible; era preciso que la voluntad de Dios se cumpliese y llegase la expiación. Lo sabía además: «¿Puede un etíope cambiar el color de su piel y una pantera borrar sus manchas? Así tampoco podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal» (XII, 23). Mas al hablar como lo hizo, permitió a su pueblo, en la hora de la catástrofe, ver en ella la mano de equidad de Dios, y encontrar en el arrepentimiento su salvación.

¿Qué reprocha a Jerusalén? No más de lo que le han echado en cara los otros profetas. Ser infiel: «el haber introducido abominaciones en la casa donde el nombre de Dios era invocado» (VII, 30), haber adorado ídolos de madera, «de plata extraída en Tarsis, de oro de Ophir, cubierto de púrpura violeta» (X, 9). Ser inmoral: «país repleto de adulterios» (XXIII, 9), «de corazón astuto y corrompido» (XVII, 9). Perseverar en la injusticia social, violar cínicamente las leyes mosaicas, por ejemplo, la que prohibe el tener toda la vida como esclavo a un israelita. En esos numerosos pecados habrá de ver el pueblo elegido la causa de sus desgracias.

Por eso, en medio de las complicaciones políticas en las cuales la desgraciada Judá ha de abatirse, la actitud de Jeremías es de una sencillez extremada. El más fuerte es Nabucodonosor; por tanto él

es quien representa la voluntad de Dios; por consiguiente, lo único acertado es someterse. Humanamente, es un derrotista; espiritualmente, salva el porvenir. A cierto Hanaya, que había vaticinado la ruina inminente de Babilonia y la liberación de Israel, Jeremías lo combate ferozmente y le trata de falso profeta. A los partidarios de Egipto, que constituían un partido poderoso, les recuerda cómo Nekao huyó después de Carquemis: «Egipto es una hermosa ternera, pero el tábano del Norte la picó» (XLVI). Se oprime el corazón ante el espectáculo de ese hombre honrado que anuncia sin cansarse la derrota, porque ve más allá de la realidad inmediata. Babilonia será la espada de Dios. Samaria ha recibido «sus cartas de divorcio». Yahweh repudiará lo mismo a la hipócrita Judá. «Jerusalén se convertirá en un montón de piedras y una guarida de chacales y las casas quedarán solitarias» (IX, 10). Y no en provecho de Babilonia, que a su vez, verá castigado su orgullo y a quien Dios dice: «Me sirves de martillo; como arma de guerra, contigo aplasto a los pueblos. Mas te devolveré todo el mal que haces...» (LI), — no por la gloria de nadie en la tierra sino en el solo nombre del Todopoderoso. Cuando el castigo se haya agravado e Israel haya comprendido su alcance, la misericordia aparecerá de nuevo; y para manifestar su esperanza, en pleno Judá, allí, en aquel país al cual anuncia tantas calamidades, Jeremías compra una tierra.

Se comprende que semejante actitud acarrearía al hombre de Dios cóleras terribles. Redactó sus oráculos y envió a su secretario, Baruch, para que se los leyera a Joaquín, y el rey, loco de furia, rompió el rollo y quemó los pedazos en el brasero que tenía para calentarse. Al mismo tiempo, otro profeta, llamado Urías, fué martirizado por decir cosas parecidas. Jeremías fué arrojado a una cisterna vacía; no se atrevieron a dejarlo morir, porque era demasiado célebre en Israel, pero tuvo que expatriarse durante algún tiempo.

La historia demuestra que tenía razón el inspirado y no los políticos. Cuando Nabucodonosor se alejó, Joaquín y sus partidarios se acercaron a Egipto. De nuevo se esboza una liga contra el mesopotámico. Jeremías había anunciado a Joaquín el fin que le esperaba. Sería muerto y no recibiría ni siquiera las honras fúnebres: «tendría le sepultura del asno». Nabucodonosor supo lo que se tramaba contra él. Envió primero una columna que devastó la región. Y luego, en 597, acudió personalmente. Muerto Joaquín, exactamente como anunció el Profeta, su hijo Jeconías se rindió. Fué desterrado a Babilonia con su madre, su corte, los notables, los oficiales y los artesanos: primera deportación de Judá. Nabucodonosor, creyendo que el escarmiento era suficiente, sentó en el trono a uno de los suyos, a un hijo de Josías, Sedecías, y se volvió al Éufrates.

EL FIN DE JERUSALÉN

«QUOS VULT PERDERE...» La fiebre nacionalista se apoderó de Judá con más fuerza que nunca. Hablábase de una sublevación de Elam contra Babilonia; no faltaban charlatanes optimistas que esperaban el milagro. Los minúsculos estados de Siria-Palestina concentraron contra el terrible felino de Babilonia una alianza de ratón. Nekao, a quien le bastó una lección como la de Carquemis, se negó a dar su apoyo a aquellos manejos; su sucesor Psamético II, a pesar de algunas vacilaciones, continuó la misma política; pero un nuevo faraón, Hofra, se dejó vencer en 588 por esa locura contagiosa y envió fuerzas a Tiro para hacer de la ciudad fenicia una base de operaciones contra Nabucodonosor. En Jerusalén, el último descendiente de David representaba su papel de matón con una seriedad cómica: Sedecías era un pobre hombre, de corta inteligencia, de carácter mediocre, cuyo destino podríamos considerarlo cómico si no supiésemos en qué tragedia se hundió su ruin esperanza.

No era Nabucodonosor un amo que se dejase provocar. Su respuesta fué inmediata. El mismo año en que se fraguaba la coalición, llegó a Orontes (588). Algunas divisiones tuvieron a su cargo el bloquear a Tiro que, en su islote, resistirá trece años, antes de sucumbir; luego se dirigió contra Judá, para dividir la liga destruyendo la fortaleza central. Jerusalén fué cercada y comenzó el asedio.

La resistencia de la pequeña Judá fué digna de su historia. Colocada en lo alto de un cono, la ciudadela de David no se tomaba fácilmente. Repleta de millares de hombres refugiados de los campos, la guarnición no carecería ni de armas ni de víveres. Nadie pensaba, sin duda, que se pudiera vencer al ejército caldeo, mas, ganando tiempo, acaso darían al faraón ocasión de llegar o, ¿quién sabe? a Dios de repetir el milagro de 701. Perseguido, amenazado, Jeremías proseguía solo predicando su derrotismo sobrehumano. Por un momento, brilló de nuevo la esperanza: el ejército de Egipto fué visto en las estepas de Idumea, y Nabucodonosor, modificando sus posiciones, salió a su encuentro. Fué acaso entonces, cuando Habacuc, en un hermoso diti-

rambo, alabó al Dios vencedor «que viene de Idumea y Faran, ante el cual camina la muerte».

¡Esperanza frustrada! Sólo Jeremías no se había equivocado. «¿Para socorreros ha venido el ejército de faraón? ¡pero regresará a Egipto! Los caldeos aparecerán de nuevo; ¡lucharán contra la ciudad, entrarán y la quemarán!» (*Jeremías*, XXXVII, 7). Vencidos o comprados, los egipcios se volvieron en efecto por donde habían venido; el asedio de Jerusalén se reanudó más tenaz aún. El hambre y la epidemia hicieron estragos: las *lamentaciones* de Jeremías ofrecen un cuadro impresionante de aquellos días de horror. Con «la piel pegada a los huesos, seca como madera», los defensores «se caían en las calles de inanición»: «la lengua de los lactantes se pegaba de sed al paladar», y se veía a las madres «asar a sus hijos para comérselos». La peste era tan grande que gritaban: «¡Apartad, he aquí un impuro! ¡no lo toquéis!» Por fin los caldeos lograron abrir una brecha y se dió el asalto final.

Fué espantoso. Podemos imaginarnos la violencia de esas hordas feroces que esperaban desde hacía dieciocho meses. «Las mujeres y las vírgenes fueron deshonradas; los jefes ahorcados; la faz de los ancianos no fué respetada» (*Lam.*, V). El templo y el palacio saqueados, el incendio lo consumió todo, y de la ciudad santa no quedaron más que ruinas humeantes. Sedecías, que había huído con los suyos, fué perseguido y capturado. Nabucodonosor mandó que le trajesen al rebelde y ante él hizo degollar a todos sus hijos, y para que esa visión de horror fuese el último recuerdo que guardasen sus pupilas, lo cegó: era costumbre de los reyes asirios; Sargón se hizo representar clavando su lanza en los ojos de un vencido. Ordenó una deportación en masa. La aristocracia del país fué enviada a Mesopotamia. Eso ocurría en 586, tres siglos y medio después de la muerte de Salomón.

Al principio, Jeremías, confundido con un grupo de cautivos, fué liberado por orden especial de Nabucodonosor, que le consideraba mucho. Mas, poco después, arrastrado por unos fugitivos que huían a Egipto, fué martirizado por ellos, sin duda porque continuaba diciendo crueles verdades y no compartía las ilusiones de los que creían que el destierro sería muy corto. En Jerusalén, un hombre honrado, Godolias, que toleraban los babilonios como gobernador de las regiones conquistadas, hizo lo que pudo para suavizar los sufrimientos del pueblo, pero un fanático lo asesinó. Estallaron algunos desórdenes esporádicos, que fueron sofocados por un funcionario caldeo con una nueva deportación.

Sobre las rutas de la Media Luna fértil caminaba de nuevo el pueblo de la Promesa, como en los días de Abraham, pero no ya con fe y esperanza, sino con miseria y abatimiento. Numerosos bajorrelieves de Asiria y Babilonia nos dan una idea muy exacta de esas lamentables caravanas. Los unos iban, atados en grupo, bajo la vigilancia de soldados con casco cónico; incluso algunos, con las manos atadas atrás, en la espalda, o con una anilla en el labio, como vil ganado. Y los demás, triste rebaño como el que vemos en todos los éxodos, con sus trastos amontonados en carros, y encima los niños y los ancianos, se arrastraban indefinidamente bajo un sol de plomo.

No sería en el poder y la gloria donde Israel vería cumplirse la promesa divina, pero la terrible prueba estaba henchida de significación. Al perder su tierra, el pueblo de Canaán se convierte en ese fermento espiritual que, mezclado a la masa de las naciones, le dará tanta grandeza, pero también tanta amargura. La historia de Israel termina; comienza la de los judíos.

Y en el dolor, la raza enlodada en el pecado, se vuelve fiel, y gime ese salmo inolvidable con el cual consolamos nuestras angustias (CXXIX, *De profundis*):

«Desde el fondo de los abismos, oh, Señor, a ti clamo. Señor, oye mi voz. Estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica.

»Si mirases a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse ante ti? Pero cerca de ti admiramos el perdón. A causa de la Ley, tengo confianza en ti.

»Mi alma se reconforta con tu promesa; tengo confianza en tu Palabra. Mi alma espera a Yahweh más que los centinelas a la mañana.

»Porque en Yahweh hay misericordia y abundante redención con él. Y Él redimirá a Israel de todos sus pecados.»

CUARTA PARTE

JUDAISMO Y MESIANISMO

I.—EL EXILIO Y EL RETORNO

BABILONIA, «LA SOBERANA DE LOS REINOS»

En la primera mitad del siglo VI antes de nuestra era, Babilonia fué la capital de Oriente La división del imperior ninivita fué, en 612, la señal de un brusco desarrollo de todos los Estados ocultos por la sombra del coloso de Assur. El Mediterráneo y el Asia Anterior prosperaban.

Era cuando «bajo el más hermoso cielo que conocen los hombres» (Herodoto), las ciudades de Jonia, Éfeso, Mileto y Samos, enriquecidas con la venta de tapices, telas y vinos, se daban una vida lujosa y voluptuosa, repitiendo, más que las rudas epopeyas de Homero, las elegías de Alceo o Safo. En las mesetas cercanas, los descendientes de los sherdanes, [1] los lidios, gobernados por una dinastía vigorosa, conquistaban tierras pacientemente: las ciudades helénicas se convertían en sus vasallos; su capital, Sardis, era un gigantesco bazar, uno de cuyos barrios tenía el nombre publicitario de «Buen rincón»; y su rey Creso, al cubrir de oro el santuario griego de Delfos, se granjeaba más que amistades políticas, una fama que ha llegado hasta nosotros. Incluso en Egipto, el renacimiento observado bajo la XXVI dinastía se prolongaba con Amasis, hombre inteligente y delicado, helénico de espíritu (569-526), y cuyo reinado, si hemos de creer a la crónica, no careció de atractivo; ¿no decía que no gobernaba más que hasta mediodía porque un arco no ha de permanecer continuamente tenso? ¿No destituyó a jueces que lo absolvieron

1 Los sherdanes habían constituído la guardia de Ramsés II.

cuando era joven, ante sus protestas de inocencia, porque con ello demostraron su estulticia? En los bordes del cuadrilátero iraniano, en los hermosos valles donde crecen rosas, árboles frutales y pastos para caballos, los medos de Ciaxares (625-585) y de Astiages (585-553) se crecían; después de la victoria sobre Nínive, todo el norte de la Media Luna fértil cayó bajo su dominación; el río Halys los separaba de los lidios, desde la batalla librada en sus márgenes el 28 de mayo de 585, cuando un eclipse de sol, anunciado por Tales de Mileto, llenó de terror a los adversarios; y, en su oscuro vasallo del Sur, el persa Ciro, los reyes de Ecbatana no veían aún al hombre del destino.[1] Hasta en el lejano occidente, grandes Estados reunían brillantes riquezas. Cartago, heredera de las glorias fenicias, multiplicaba sus factorías de Bizerta a Cerdeña, de Trípoli a las Baleares; Marsella, en plena expansión, colonizaba Córcega; el misterioso pueblo etrusco — los tirrenos de entonces — dominaba Italia y el mar Tirreno, que conserva su nombre; Siracusa, bajo la dirección de sus tiranos, se disponía a hacer competencia a esas potencias marítimas. Mas nadie conocía una aldea italiana, entonces bajo el dominio etrusco, que luego los vencerá a todos.

A todos aquellos florecientes Estados les sobrepasaba Babilonia, «soberana de los Reinos», como decía Isaías (XXVII, 5). Del golfo Pérsico a los cerros de Harrán, y por Siria hasta Egipto, ejercía su influencia con todos los matices de la autoridad, del protectorado o de la dominación. Nabucodonosor gozaba de un prestigio semejante al de Asurbanipal o al de Sargón. Tan temido como ellos por sus sangrientas violencias, se hacía admirar más porque el fastuoso verdugo amaba el arte.

La gran Babilonia no sólo nos es conocida por las minuciosas excavaciones llevadas a cabo, desde 1899, por los arqueólogos alemanes, sino también por los antiguos. Herodoto, Diodoro, Estrabón, Quinto Curcio guardaron de ella un recuerdo maravilloso; y la vieron tal y como vemos nosotros Versalles, como ciudad que había perdido su rango de capital y cuyo esplendor no era ya más que un reflejo. ¿Qué no habría sido en los días de Nabucodonosor, cuando este príncipe, en la cúspide de su poderío, amontonaba allí sus tesoros?

Era de planta cuadrada, cortada en diagonal por el Éufrates. Una muralla de veinticinco metros de anchura, con una torre exenta cada dieciocho metros, dotaba a la ciudad de una coraza inviolable; las fortificaciones de Constantinopla, de las cuales quedaron asombrados nuestros cruzados francos y Villehardouin, o la gran muralla de China, deben de parecerse a aquel gigantesco aparato militar: un hombre tardaba quince horas en recorrerla. Allí donde penetraba en la ciudad la vía sagrada, reservada a las procesiones y a los triunfos, la Puerta de Ishtar alzaba sus torres macizas, adornadas con cerca de seiscientas figuras de animales fantásticos. Sobre el río, un puente de cinco arcos; aún se ven los siete pilares, grandes barcas de ladrillo cubiertas de piedras, cuya tajamar corta la corriente. Los templos gigantes, los ziguratos, torres con gradas, llevaban orgullosamente nombres antiguos: «morada de frente altiva» y «casa que sostiene al cielo y a la tierra». En las terrazas con paramento de greS, cal y basalto, los palacios cubrían varias hectáreas con sus aposentos y patios. Y bajando de grada en grada hasta las orillas del Éufrates, los «jardines colgantes» alineaban sus árboles raros, traídos de lejanas regiones, sus escaleras y sus cascadas, y bajo las sombras de las bóvedas, los aposentos ofrecían frescor en verano.

1 Véase mapa: los Imperios.

A ese mundo brillante de riquezas llegó la miserable caravana de los «restos de Israel». El contraste es doloroso; mas del poderoso imperio y del pequeño pueblo vencido, uno sólo sobrevivirá, y no precisamente el que deslumbraba con su esplendor. Poco queda de Babilonia, devastada por numerosos vencedores; algunos ladrillos esmaltados, sellos cilíndricos, pequeños objetos. Algo más queda de Israel. Cuando Nabucodonosor imprimía en arcilla su hermoso sello grabado que representa dos íbices encabritados luchando, para firmar el decreto de deportación de un pueblo insignificante de Canaán, ¿cómo hubiese podido sospechar que, si su nombre pasó a la historia, fué precisamente por ser el vencedor de Jerusalén y su providencial verdugo?

LOS DESPOJOS DE ISRAEL

ISRAEL fué dividido en tres partes. No contemos los restos de Samaria que se disolvían en el crisol mesopotámico o acababan de envilecerse con todas las bastardías e inmigraciones. Tratemos solamente de Judá.

Una parte de los habitantes había permanecido en Canaán, pueblo sin importancia, formado por campesinos y pastores y una ínfima minoría de ricos, en los cuales Babilonia podía confiar. La existen-

cia era penosa. «Comían su pan a riesgo de su vida» (*Lamentaciones*, v, 9); las partidas nacionalistas y las tropas caldeas se batían por toda la región; las ciudades, y sobre todo Jerusalén, devastadas, ofrecían un aspecto lúgubre; y Edom, «aprovechándose de la calamidad, pasaba a cuchillo a los hijos de Israel» (*Ezequiel*, XXXV, 5). En esa tribulación, algunos abandonaban a Yahweh, acusándole de impotencia; otros inclinaban la cabeza y murmuraban: «Si la corona ha caído de nuestra cabeza, ¡ay de nosotros, es por haber pecado!» (*Lam.*, v, 16). Conmemoraban con ayunos el aniversario del incendio del Templo; cantaban llorando las *Lamentaciones* de Jeremías; sobre la roca sagrada donde se alzara el altar del Señor, los fieles depositaban sus ofrendas. La Historia volverá a encontrar esas gentes en la tierra de sus padres; después del regreso, se unirán de nuevo a los expatriados.

Otros se perderán para siempre, como los que hemos visto huir hacia Egipto, llevándose a la fuerza a Jeremías. Siria y el Asia Menor recibieron a otros. Es la primera manifestación de ese gran fenómeno misterioso e inquietante que es la dispersión judía, la *diáspora*. Marchaban para encontrar bajo otros cielos, una vida más tranquila; gentes acomodadas compraban tierras, y, detalle interesante, no mostraban aún preferencia por el comercio y la banca. En la isla de Elefantina, situada en medio del Nilo, bajo la primera catarata, frente a Asuán («Siena», en griego), se han encontrado, hacia 1904, sesenta rollos de papiros que formaban los archivos de una colonia judía asentada por Psamético II; eran soldados, mercenarios del faraón, que vigilaban, a la par que la frontera de Egipto, la ruta de Etiopía y las canteras de la admirable sienita con que está hecho el obelisco de la Concordia. Parece ser que, en aquellos medios de emigrados voluntarios, que no padecían sufrimientos, la vida espiritual decayó rápidamente. Volvían al argumento de siempre: la desgracia ha caído sobre nosotros, prueba de que Yahweh no es omnipotente; ¡volvamos a la Reina del Cielo! En Elefantina, los mercenarios habían levantado un templo a Yahweh, lo que está en oposición con sus principios, pero en él veneraban también a Amon-Ra, y el dios único de Moisés estaba escandalosametne emparejado con una divinidad femenina.

El germen de vida, el que un día clavará sus raíces en Canaán, lo llevaban consigo los exilados. ¿Cuántos eran aquellos desgraciados? Aquí llegamos al misterio de esa historia. De los cien mil que aproximadamente tenía Judá, marcharon algunos millares: de cuatro mil seiscientos a diez mil, dice la Biblia, indicando, seguramente, con

ello, a los hombres en edad de llevar las armas; con las mujeres, ancianos y niños, debían de llegar a unos veinticinco o treinta mil, como máximo. El destino espiritual de la humanidad, el porvenir del monoteísmo pesan sobre esos pocos hombres; menos aún, tan sólo sobre algunos fieles que sabían lo que significaba aquel drama y no desesperaban.

Al principio, su suerte fué espantosa. Como todas las grandes obras, las de Nabucodonosor exigían una gigantesca mano de obra, e Israel de seguro alineó, como antaño, en Egipto, ladrillos bajo el látigo de los capataces. La vitalidad de este pueblo se manifiesta entonces de extraña manera. Jeremías, en una carta muy prudente (*Jer.*, XXIX) les aconsejó que pensaran en un destierro bastante largo, de setenta años profetizó, y por tanto que construyeran casas, crearan hogares y trabajasen. Si consideramos a la colonia judía medio siglo después de la catástrofe, ¿qué vemos? En el Éufrates Medio y en el cantón de Nipur prosperan maravillosamente unos pueblos israelitas. Los pobres exilados tienen millares de esclavos. Han amasado fortúnas enormes, como la de aquellos banqueros Murasha, cuyos libros de cuentas han sido encontrados y que tenían clientes hasta en lo más remoto de Persia. Con el dinero adquieren influencia política, y el sucesor de Nabucodonosor, Evilmerodach, tiene atenciones para con ellos, hasta el extremo de poner en libertad al antiguo rey Jeconías; por la historia de Daniel sabemos que tenían entrada en la corte. Habían transformado su honorable destino en una vida muy aceptable.

Ese enriquecimiento debía de tener, además, gran importancia cuando llegara la hora del regreso. Los magnates de Babilonia financiarían la nueva instalación en Canaán, lo mismo que harían los banqueros griegos de Constantinopla con la sublevación de los Kleptos y Palikares, o los Rothschild con el sionismo contemporáneo.

Sin embargo, sería erróneo creer en una lenta destrucción del pueblo elegido en medio de las riquezas mesopotámicas. Ganaban dinero, no sufrían ya materialmente; mas no por eso dejaron de sentir la angustia del exilio ni la desesperación por la patria perdida. Ese sentimiento conmovedor se expresa en uno de los más hermosos *Salmos* (XLVII): «En las orillas de los ríos, en Babilonia, estábamos sentados y llorábamos; colgadas estaban nuestras arpas de las ramas de los sauces, y recordábamos a Sión. — Nuestros carceleros nos pedían himnos y cánticos; nuestros verdugos, estribillos alegres. «¡Cantad, decían ellos, una de vuestras canciones!» ¿Cómo habíamos de cantar, en tierra extranjera, el cántico de Yahweh? — ¡Si alguna

vez te olvido, oh Jerusalén, que se paralice mi mano derecha, que mi lengua se pegue al paladar! ¡Si dejo de tener el pensamiento lleno de ti y si no consigo elevarte a la cima más alta de mi álegría!»

Consciente de que su religión era su más sólida armadura, el pueblo elegido realiza en el destierro un notable esfuerzo de fidelidad. Los ritos de Yahweh fueron practicados con todo rigor: la circuncisión, el descanso del sábado, la conmemoración de Pascua. Los sacerdotes, que ya no tenían templo, puesto que el culto sólo podía celebrarse en Tierra Santa, vivían rodeados de respeto. En torno a ellos, se agruparon los fieles y sus lugares de reunión se convertirán en sinagogas. Para enseñar la Ley se formará una verdadera casta de juristas, «escribas», celosos mantenedores de rigurosos preceptos.

Sobre todo, la lección sembrada por los Profetas al precio de tantas penalidades daba su fruto. En el destierro, el pueblo elegido había visto el castigo de sus pecados y se decidía a expiarlos. El «retorno» tan deseado era ante todo una vuelta a Dios: en hebreo, como en castellano, el juego de palabras está lleno de sentido. Mientras que los restos de Samaria se dejaron absorber por el suelo mesopotámico, los de Judá se mantienen firmes. Jeremías había profetizado esa penitencia, y en Isaías ¿no estaba la explicación decisiva de ese drama? En su omnipotencia, Yahweh quiso dar a su pueblo un destino particular, convirtiéndole en la «luz de las naciones». Israel será su testigo, su servidor; le será confiada una misión divina. La nación desgraciada, desgarrada, sufre por una causa que no alcanza a comprender. El pequeño grupo de desterrados no podrá perecer, puesto que tiene en depósito, él sólo, la doctrina del Dios verdadero; un día, asombrados, los reyes, las naciones, le verán encumbrado; sabrán por él lo que ignoraban aún, y de él procederá la salvación del mundo. De ese modo se ve Israel en su derrota: su misión providencial adquiere un nuevo alcance.

EZEQUIEL

Ezequiel fué el tercero de los grandes Profetas y el más notable de los guías que dirigieron a Israel durante la cautividad. Formó parte, en 597, de la primera expedición de deportados, con el rey Jeconías. Hijo de sacerdote y animado del espíritu profético, llevaba en él las dos corrientes que podían mantener viva el alma de Israel. Era un hombre extraño, austero, fanático: la visión de los horrores

en que se hundirían los enemigos de Israel le llenaba de alegre frenesí. Sin embargo, fué él quien, en nombre de Yahweh, formuló la frase misericordiosa: «No me alegro con la muerte del impío; pero que se arrepienta y viva» (XVIII, 23). Fué un gran poeta, de la clase fantástica y trágica de Edgar Poe, William Blake u Hölderlin. Sus visiones aparecen escritas en términos alucinantes y, en su propia vida, multiplica los gestos simbólicos, quemándose la tercera parte de sus cabellos, picando otra tercera parte con una espada y dispersando el resto, como imagen del destino de Israel.

Un día en que estaba a la orilla de un río, le llegó por el aire como una capa de fuego. Una masa deslumbradora, semejante al metal en fusión, lanzaba rayos, y el Profeta supo que Yahweh estaba allí. Un carro extraño, con ruedas como torbellinos, y figuras misteriosas donde la imagen del hombre se mezclaba a la del toro, el águila y el león desfilaban en aquel éxtasis. Bajo la bóveda del cielo, de cristal brillante, se alzaba un trono de zafiro y las alas de los ángeles batían, haciendo un ruido de catarata: «¡Arriba, hijo del hombre! —dijo una voz—. ¡Te envío a los hijos de Israel! Es una nación rebelde; no los temas. Pero tú, hijo del hombre, ¡obedece! y come lo que te voy a dar.» Ezequiel se tragó el rollo que una mano le tendía desde el cielo, y le supo tan dulce como la miel. Entonces, imbuído de ese mensaje divino, abandonó lentamente su éxtasis y se fué a anunciar al pueblo lo que le habían encargado que le dijera (*Ez.*, II, 15).

Su misión de profeta consistió ante todo en traer a sus compatriotas al sentido. Por aquel entonces, Jerusalén no había caído aún, y las más locas esperanza animaban a los desterrados. Eran propagadas por falsos profetas que no lograban más que atraer sobre ellos y sus hermanos las represalias caldeas. Ezequiel se esforzó en acabar con los espejismos; Jerusalén será destruída, todo lo prueba: sus pecados, que no han sido redimidos, la continuación fatal de la historia. Mientras no se alcance la necesaria intensidad del castigo, continuará la dispersión. Que los deportados no cuenten más que consigo mismos y con Aquél que rige los destinos de Israel.

Al mismo tiempo que Sedecías intentaba una vana y suprema sublevación, Ezequiel, que acababa de perder a su mujer, «delicia de sus ojos», no se ponía ni siquiera de luto, reservándose para otra desgracia, porque le dominaba la visión de la imágenes de las catástrofes inminentes. «En el duodécimo año de su cautividad, el quinto día del segundo mes, llega un fugitivo de Jerusalén y dice: «La ciudad ha sido tomada» (XXXIII, 21). El Profeta, saliendo de su mu-

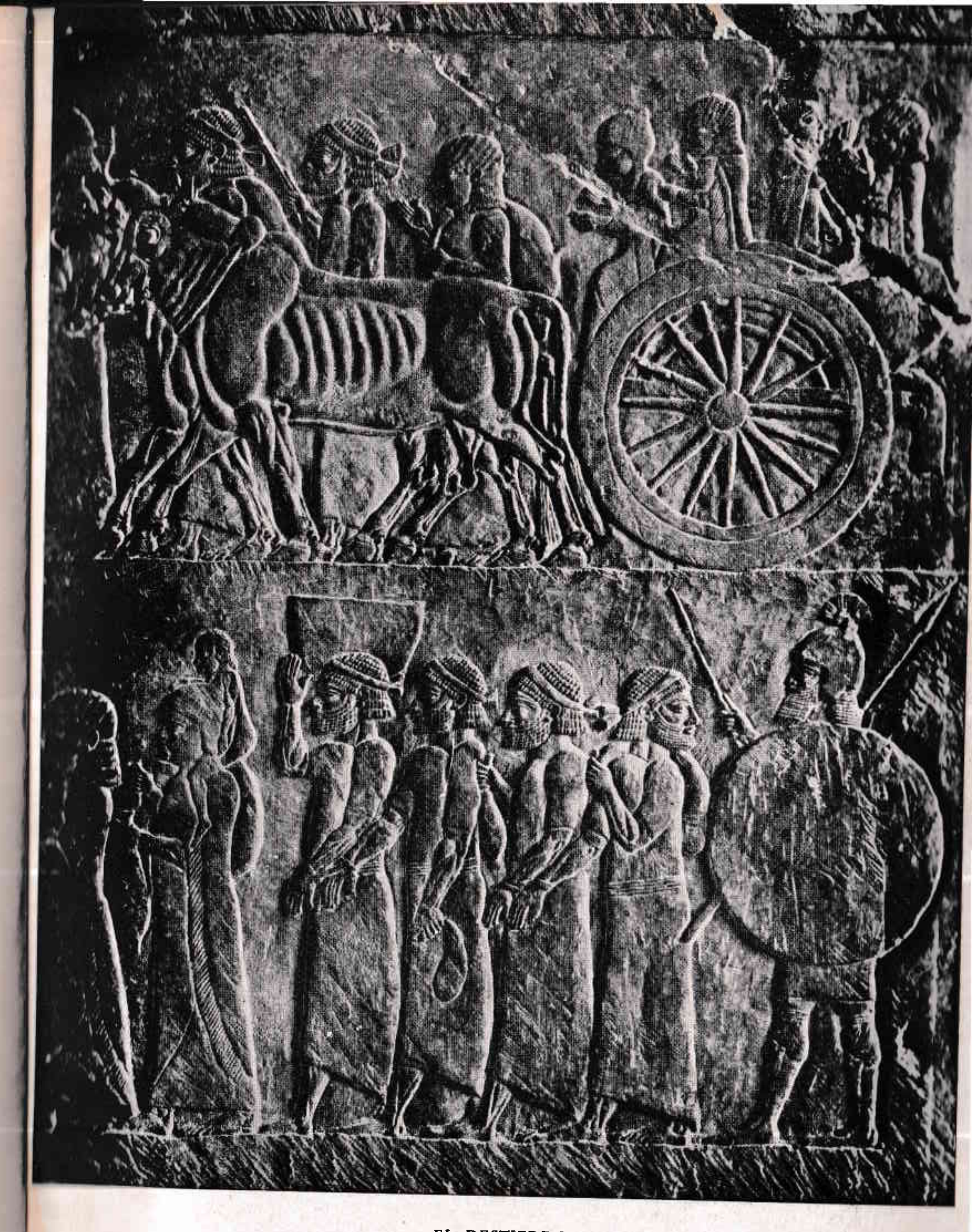
tismo, de su «noche obscura», se levantó, y comentó el suceso para enseñar al pueblo su sentido sobrenatural.

Desde entonces se derrumbó toda esperanza humana. Llegaron grupos de nuevos deportados, y a aquellas multitudes abrumadas de angustia, comenzó Ezequiel a predicarles una palabra nueva. De repente, el pueblo del «cuello erguido» inclinó la cabeza. Estaba dispuesto a aceptar la enseñanza profética. Durante veinte años, el obstinado consolador le habla de su grandeza pretérita y de las Promesas divinas de las cuales Israel continuaba siendo el beneficiario. Mantiene viva la conciencia nacional y preserva para el porvenir unas fuerzas que, en la estéril nostalgia del pasado, se hubiesen debilitado y agotado.

De los pecados pasados no disimula nada y los recuerda sin cesar; pero ya no se habla del pecado, sino de la redención. Adquiriendo plena conciencia del drama de la caída y de la rehabilitación, el espíritu judío lo coloca a partir de entonces en el centro de sus conceptos religiosos; toda su vida espiritual quedará iluminada y la teología de San Pablo continuará la línea de Ezequiel.

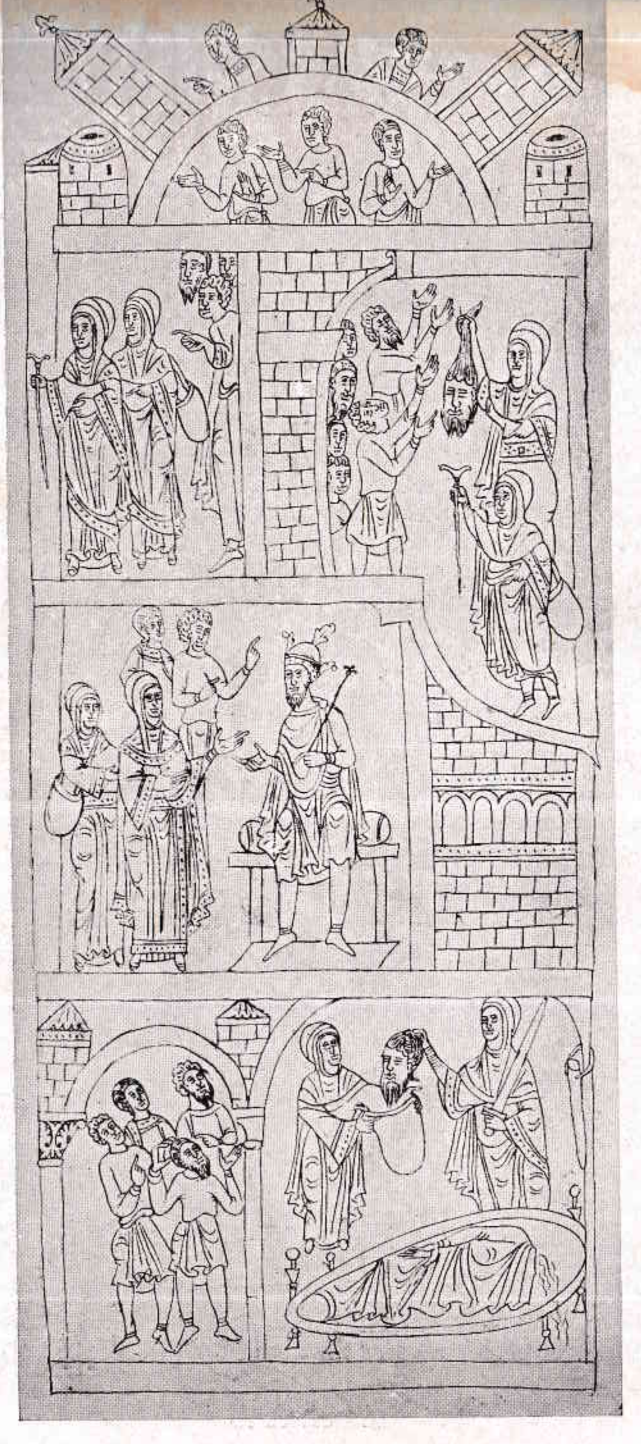
La admirable idea, ya indicada por Isaías y Jeremías, de la responsabilidad individual, ocupa entonces en él un lugar esencial. Le dedica un capítulo entero (XVIII) e insiste siempre en ella. La exacta justicia de Dios, si castiga a las naciones, como todos los Profetas han dicho, tiene en cuenta los esfuerzos de cada uno. Lo mismo que Jeremías, al protestar contra el proverbio que dice: «Los padres han comido agraz y los hijos tendrán dentera», él explica: ¡No; el hijo del impío no será castigado por los pecados de su padre! ¡No; las virtudes de los antepasados no protegen a sus descendientes infieles! Cada uno es responsable, por sí y de sí. A cada cual Dios le da su amor y le ofrece la oportunidad de su salvación. La salvación está aún considerada, sin duda, en una perspectiva limitada a la tierra, pero es una salvación personal; la religión individual progresa. Y si insiste menos que Jeremías en ponderar la miseria interior del hombre y su necesidad de consuelo, Ezequiel revela la gracia divina y el don que cada cual recibe de ella.

A partir de entonces, bajo la influencia de todas estas fecundas ideas, el alma de Israel desterrado vuelve a la vida. La antigua ley, la *Torah,* de la cual sólo se llevaron algunos fragmentos escritos, pero que conservan en el fondo de la memoria, recobra su vigor y se ocupan de su texto. Ezequiel añade nuevas interpretaciones. Aunque profeta, es decir, expresión del espíritu de Yahweh, conoce, como sacerdote, la importancia de los ritos y de la liturgia y da normas



EL DESTIERRO

Relieve contemporáneo de la cautividad de Babilonia, en el que se representa una población deportada en masa por los soldados vencedores.



HISTORIA DE JUDITH
Miniatura de la Biblia de Noailles

concretas sobre sus modalidades. Es el tercer aspecto de aquella personalidad tan rica: se torna legislador y jurista; prepara, para el porvenir, la constitución de la comunidad de los fieles.

Así que, cuando todo parecía perdido, apareció un hombre que aconsejó a Israel que no cayese en la desesperación. La llama sobrenatural que ardía en su alma mantenía vivo el fuego sagrado de la misión nacional. Ni por un instante el pueblo cautivo dudó de que, con la gracia de Dios, al borrar sus pecados, pudiese regresar a su tierra devastada y reconstruir un Paraíso (XXXVI).

Las sorprendentes visiones reflejadas por el gran Inspirado eran otras tantas promesas. Cierta vez, hallándose en éxtasis, vió un llano recubierto de huesos secos; por orden de Yahweh, el espíritu se posó en aquellos lamentables esqueletos; creció la carne, la piel se tendió de nuevo, y en medio de un entrechocar de armas resucitaron los muertos (XXXVII). Arrancado igualmente de la muerte, el pueblo elegido reconstruiría su Templo. Otra vez, Ezequiel describía en sus visiones ese santuario futuro: estaría apartado de las ofensas humanas, en la santa colina, rodeado por las moradas de los justos, admirable, casi inaccesible, pero de sus alturas se despeñaría un río de agua viva para colmar la sed de las regiones desérticas donde el mar Muerto extiende sus aguas plomizas (XL y siguientes). En otra ocasión, evocaba las pruebas supremas, cuando Israel, de vuelta a la Tierra Prometida y perdonado, tendría que soportar la invasión de las fuerzas diabólicas de Gog y Magog que, semejantes a los escitas, acudirían al galope de sus caballos; mas, por designio de Dios, el enemigo vencido se pudrirá en el suelo, e Israel, salvado, verá la faz de Dios (XXXVII-XXXIX). Lo que había que considerar en adelante era la faz de Dios. El reino de Dios se aproximaba. La comunidad de los rescatados había de esperar la llegada del Mesías, el que ha de colmar la gloria, y Jerusalén, cambiando de nombre, debería llamarse: «¡Dios está presente aquí!» (XLVII).

LA EJEMPLAR HISTORIA DE JUDITH

Los pueblos angustiados necesitan figuras en las que puedan reconocerse engrandecidos. Por eso, en sus sufrimientos, Israel se acogió no sólo a las imágenes grandiosas de Ezequiel, sino a los relatos ejemplares que acaso pertenecían a un antiguo patrimonio y que incluso procedían de tradiciones internacionales esparcidas por toda

la Media Luna fértil, pero que tuvieron, para el pueblo elegido, una significación muy particular y a los que dió un elevado sentido espiritual.

Contaban la historia de Judith, la mujer que, en medio de la desesperación y la cobardía de los hombres, encarnó por sí sola la resistencia, y cuya grandeza de alma dispersó, con ayuda de Dios, el poder de los enemigos. Encolerizado, Nabucodonosor envió un ejército a Palestina para castigar a sus vasallos por negarse a pagar el tributo, pero el sumo pontífice Eliacin les infundió valor al persuadirlos de que multiplicaran los ayunos y las oraciones y de que dejaran obrar a Dios. La ciudad de Betulia, que estaba sitiada, parecía abocada a una destrucción irremediable: el enemigo había cortado el acueducto. Ya hablaban de rendirse, cuando una mujer se presentó ante los jefes de la ciudad y les propuso que le permitiesen una última experiencia; era una viuda rica, hermosa, pero de gran santidad. Aceptaron y rogaron a Dios que la ayudase; «lavó su cuerpo, se ungió de mirra, peinó su cabellera, se tocó con un turbante, se puso sus vestidos de fiesta, sus collares, sus pendientes, sus anillos», y marchó al campamento del general enemigo. El bárbaro la recibió con cortesía llena de segundas intenciones placenteras. Después de hacerle esperar algunos días, la hermosa visitante se dignó cenar con él. La alegría del festín, los buenos vinos, los encantos de la convidada embriagaron al soldadote; y quedándose solo con Judith, se durmió. La hija de Israel no dudó; cogiendo una espada que estaba colgada en un columna, se acercó al lecho, cogió por los cabellos al beodo y lo decapitó.

Al día siguiente, desde lo alto de las murallas, mostraron a los soldados la cabeza de su jefe, y, aterrorizados, el ejército huyó perseguido por todas las tribus de Israel. «Alabad al Señor al son de los panderos — cantaba Judith —. Assur llegó del otro lado de las montañas creyendo que podía devastar un país. Mas el Señor Omnipotente lo ha cubierto de ignominia: ¡lo ha entregado a las manos de una mujer, y ha sido vencido por ella!» Luego, probablemente hacia 350, cuando fué redactada la narración de este glorioso episodio, se perdieron los detalles exactos: Nabucodonosor, «rey de Asiria», encarnaba siempre la fuerza bruta, pero llamaron al general muerto por Judith, Holofernes, nombre de un soldado persa, del cual nos habla Diodoro de Sicilia, y que vivió por lo menos cien años después.

LA EJEMPLAR HISTORIA DE TOBÍAS

CON ayuda de Dios, el débil podía vencer a la fuerza: ¿de qué no era capaz Yahweh? En la historia de Tobías, el espíritu popular veía pruebas de promesas providenciales. Un profundo sentimiento de caridad adorna de dulzura esa historia fantástica; Claudel, al sacar de ella una moraleja,[1] observa que equivale a la aplicación de la palabra evangélica: «Allí donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy en medio de ellos», y la conclusión que se desprende es que «Dios es amor». A ese pueblo desgraciado, que necesitaba tanto sentirse unido, le daba ánimo este relato en que los vivos y los muertos, los hombres y los ángeles viven con sencilla fraternidad.

Entre los cautivos llevados a Nínive, cuando cayó Samaria, estaba un justo llamado Tobías. Era casado y tenía un hijo que se llamaba como él. Este perfecto servidor de Yahweh nunca había adorado a los becerros de oro; todos los años iba a Jerusalén y ofrecía al Invisible las primicias y los diezmos de sus bienes. En la cautividad, contrariamente a tantos de sus compatriotas, conservó intacta su fe, y habiendo obtenido un puesto junto al rey, se sirvió de su influencia para ayudar a los deportados. Con un valor digno de alabanza, enterraba los cadáveres de sus hermanos muertos por los verdugos de Assur.

Sin embargo, Dios probó a su siervo. Un día, mientras dormía, le cayó en los ojos estiércol de golondrina. Ciego y arruinado, les oía decir a los que le rodeaban: «¿Qué ha sido de tu esperanza?» Y él los reprendía: «No habléis de ese modo, pues somos hijos de santidad y esperamos la vida que Dios ha prometido a aquellos que le guardan siempre su fidelidad». Su mujer, que tenía mal carácter, le insultaba. Mas él, empeñado en su amor a Dios, instruía a su hijo: «Honra a tus padres vivos y muertos; ten siempre presente a Dios en tu pensamiento; no consientas nunca el mal, obedece al Señor. Da limosnas, no apartes los ojos de los pobres; si eres rico, da mucho y eso será amontonar un tesoro; sé puro y humilde; paga bien a tu servidor; a nadie hagas lo que no te gustaría que te hicieran; y bendice siempre a Dios».

La santidad tendría su recompensa. Tobías había prestado antaño una fuerte suma a un lejano pariente, que vivía allá arriba, en las

1 Historia de Tobías y Sara.

mesetas de los medos, en Ragés. ¿Por qué no iba su hijo a cobrar aquel dinero? El viaje era largo y peligroso. Precisamente, sucedió que un extranjero de buen aspecto se ofreció a acompañar al muchacho hasta su destino: era, con apariencia humana, el arcángel Rafael, uno de los siete que están ante Dios. Encantado, el joven Tobías llamó a su perro y marchó con su compañero. Al cruzar el Tigris, un pez enorme se lanzó sobre él, pero su camarada le enseñó a cogerlo por las agallas y a sacarlo del agua; con ello tendría buena comida para el camino. La hiel y el hígado había que guardarlos: eran productos mágicos que alejaban a los demonios y curaban a los enfermos.

En Ecbatana, por donde habían de pasar los dos caminantes, una joven israelita estaba desesperada. Se llamaba Sara. Se había casado siete veces y siete veces había visto morir a su marido, arrebatado por el demonio Asmodeo, celoso de los amores humanos. Rogaba a Dios que la ayudase. Conducido a su casa por el ángel, el joven Tobías, que por casualidad era primo suyo, le propuso casarse con ella. El padre de la muchacha, temiendo tener que llorar la muerte del octavo yerno, dudaba. Y Asmodeo rondaba ya... Pero, quemando el hígado del pez, Rafael ahuyentó al demonio. Sara y Tobías se casaron y, mientras tanto, el ángel fué a cobrar la deuda de Ragés.

Los tres regresaron a Nínive. El viejo Tobías, atormentado por la larga ausencia, salió a su encuentro. «Y el perro corrió hacia él como para anunciarle la noticia y alborozado movía su cola.» Fué una tierna reunión bañada con lágrimas. Siguiendo los consejos de su compañero, el joven Tobías frotó los párpados de su padre con la hiel del pescado y en seguida se abrieron a la luz del cielo. Faltaba pagar al amable guía. En cuanto el anciano abordó la cuestión, el misterioso compañero se dió a conocer: Dios lo había enviado para ayudar a un siervo suyo que estaba apurado, y esfumándose en el aire, desapareció aquella sombra tutelar, como se representa en el cuadro de Rembrandt.

En torno a esta novelesca historia se han hecho comentarios e interpretaciones. Los teólogos y exégetas se han preguntado si había que tomar al pie de la letra los elementos de magia que contiene. Hay hechos misteriosos, pero el escritor bíblico los atribuye a la voluntad de Dios. Algunos, y entre ellos algún católico, creen que se trata de un relato popular sin carácter histórico. Otros, partidarios de la interpretación simbólica, ven en Sara el alma humana, perseguida continuamente por el demonio, pero que libera el joven salvador asociado a la imagen del pez.

La Historia aclara que el redactor, muy posterior al relato tradicional, escribió muchas inexactitudes: habla de Ragés en el siglo VIII, cuando fué edificada en el III; confunde a Salamanasar con Sargón, y comete diversos errores geográficos. Ello no tiene gran importancia. Lo principal es que el episodio revela la piedad popular, la elevada moral del viejo Tobías, el hondo sentimiento de respeto para con los muertos y la fidelidad a las leyes divinas e indica también influencias extranjeras muy curiosas. La demonología estaba muy desarrollada en Asiria y Persia, el exorcismo muy en boga; el hígado tenía propiedades mágicas e incluso se han encontrado hígados de arcilla o bronce que servían a los aprendices adivinos para adquirir conocimientos de su oficio; el demonio Asmodeo, terrible enamorado de Sara, es el Aesma-Daeva de los persas, el diablo de la lujuria; Ragés era un centro religioso importante del mazdeísmo iraniano; conocemos en Mesopotamia, Irán y la India, el tema del muerto agradecido al que le dió sepultura; y hasta el simpático perro — cosa rara en la Biblia — hace recordar que en Persia ese animal era casi sagrado y que aquellos que lo trataban mal sufrían castigos infernales. Mucho debe la historia de Tobías a las influencias extranjeras, mas Israel le puso su sello y su esperanza. Wagner se ha inspirado en el ciclo francés de la Tabla Redonda y del Grial para muchos de sus dramas, pero ¿dejará por eso de tener su obra carácter germánico y de ser original?

LA EJEMPLAR HISTORIA DE JOB

Ocurre lo mismo con las más admirables de las historias ejemplares narradas por la Biblia, la del santo hombre Job. Era tradicional seguramente desde hacía mucho. El personaje vivió, según decían, en tiempo de los Patriarcas, cuando José caminaba hacia Egipto, cautivo de los rapaces miembros de una caravana. Ezequiel lo citaba junto a Noé y, en el relato de Tobías, se evocaba su nombre. Desde luego, su dramática aventura pertenecía a un folklore que no era exclusivamente hebraico; existe, en la literatura babilónica, el cuento del justo que sufre; en la egipcia, el diálogo del «cansado de la vida con su alma» y en la India, el *Markadeya Purana* narra la hermosa conducta del rey Hariscandra, que abrumado por las peores desgracias, sufre sus males con heroísmo y recupera todo lo que había perdido. Podemos incluso imaginarnos el lugar por donde

penetró tal tema en Israel: la Biblia nos presenta a Job y a los suyos como «orientales», y en la región de Hauran, al este de Galaad, donde las tierras volcánicas permiten mucha cría de ganado, se ven en la entrada de los pueblos montones de inmundicias sacadas de los establos, que queman para hacer abono, y en donde, por la noche, se acogen los pordioseros para que el calor de las cenizas les proteja durante las claras noches de helada. Acaso de origen internacional, la historia de Job no deja de expresar el más alto grado de la espiritualidad judía; lo comprendió el poeta genial que, después de la cautividad, hacia 550, sacó de ella los pensamientos y los ritmos que aún nos conmueven.

Cuando en los pueblos del Éufrates evocaban al santo hombre, no es descabellado pensar que vieran en él la más hermosa lección de esperanza. Es muy probable que muchos temas de metafísica y moral que también encontramos en dicha historia, sean posteriores, y debidos al pensamiento del maravilloso redactor: en particular, el de la recompensa del bien y del mal, en la otra vida.[1] Mas, en sus líneas generales, exaltaba la fe de un pueblo que, fuera cual fuera su miseria, se elevaba sobre ella y colocaba su esperanza en la infinita misericordia de Dios.

Un día que los espíritus del cielo estaban junto al Omnipotente, el ángel caído, Satán, «el adversario», al que ofende toda felicidad humana, se unió a ellos, y Dios lo llamó. — «¿Te has fijado en mí servidor Job? No hay hombre en la tierra más íntegro, recto y alejado del mal.» — «¿No teme a Dios por nada?», preguntó el ángel negro. «¡Lo preservaste de todo! La obra de sus manos, ha sido bendecida por ti. Sus rebaños llenan la región. Mas toca a sus bienes y veremos si no te maldice.» — «Pues bien, inténtalo, dijo Dios. Ya juzgaremos.»

Entonces se abatieron sobre Job todas las calamidades. Su enorme ganadería fué robada por los ladrones. Un rayo hizo arder su majada. El viento del desierto, soplando en tromba, derribó su casa, sepultando a todos sus hijos. Mas Job no se rebeló. «Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo moriré. Yahweh me lo había dado todo, Yahweh me lo ha quitado, ¡que su nombre sea alabado!» Rabioso, Satán hizo más aún. Le hizo padecer una lepra repugnante. Job se enterró en un estercolero del pueblo, rascándose sus llagas con un casco de vasija de barro. Su mujer, esa arpía que ha pintado Alberto Durero volcando sobre el santo hombre un cubo de basura,

1 Volveremos a insistir sobre este aspecto; cf. el último capítulo.

le decía: «¡Maldice a Dios y muérete!» Sus amigos le decían que para recibir tales castigos, era preciso que hubiese cometido grandes pecados. Y él, descorazonado, llamando a la muerte, confesaba que a los ojos de Dios nadie es justo. Mas bajo las burlas y las risas, permanecía fiel. A veces salía de sus labios un grito desgarrador: ¿por qué los impíos vivían felices y él sufría tanto? Pero en seguida, comenzaba de nuevo su oración de confianza: «Si sus pasos se habían apartado del recto camino, si sus manos se habían mancillado», Dios sabría medir el peso de sus penas y aceptarlas como expiación de sus pecados. Y decía a su Señor: «Sé que lo puedes todo, que ningún designio excede a tu poder. Condenado, me arrepiento sobre el polvo y la ceniza.» Tenía esperanza.

Entonces, restableciendo a Job en su primer estado, Dios le devolvió catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil pares de bueyes y mil burras; tuvo de nuevo siete hijos y tres hijas, Paloma, Perfume y Afeite, las tres encantadoras. «Y Job murió viejo y colmado de días.» Así, en la penitencia y ganando nuevas oportunidades, el resto de Israel podría alimentar a su alma con una misma esperanza.

LOS MILAGROS DE DANIEL

Cuando esa esperanza cesó de ser una quimera, los desterrados pudieron contarse mutuamente las hazañas milagrosas del último Profeta, del más extraño, al que rodea una nube de fuego. No conocemos a Daniel como a Isaías, Jeremías y Ezequiel, por sus propias confidencias. Leemos su vida en un relato hecho en tercera persona, y en texto difícil, del cual una parte fué escrita en hebreo, otra en arameo, en los siglos III y II, y la última en griego. Su propio nombre plantea problemas; en Ezequiel (XIV, 14, 20 y XXVIII, 3) tenemos la impresión de que existió, en tiempos muy remotos, un personaje del mismo nombre, acaso ese «Danel» de quien unas tablillas fenicias de Ras Sahamra nos relatan prudentes hazañas. Históricamente, el «libro de Daniel» plantea serias dificultades: Baltasar no sucedió a Nabucodonosor, el cual además nunca estuvo loco, si bien uno de sus sucesores, Nobonida, lo estuvo durante siete años; Darío, el Medo, vencedor de Babilonia, es desconocido, y no es el gran Darío, que era persa y reinó de 522 a 485 (Babilonia cayó en 593). Críticos no católicos han sostenido que Daniel fué un personaje mítico, inventado en el siglo III o II; San Jerónimo califica de «fábulas» algu-

nos de los episodios de su vida; la mayoría de los exégetas católicos admiten que se trata de hechos que tienen gran parte de verdad, mas sobre los cuales la imaginación ha fantaseado más o menos en detrimento de la exactitud histórica.

Sin embargo, a través de los extraños episodios de los cuales es el héroe, no podemos negar que aparece lleno de vida. Su personalidad «se mantiene», como diría un crítico literario. Tal como lo vió Miguel Ángel, joven y ferviente y de aspecto grave, así lo vemos nosotros en la Biblia.

Formaba parte de un grupo de pajes de Nabucodonosor (?), había sido criado en su palacio y aprendía la «literatura de los caldeos». Pero como era un joven judío piadoso, se negaba a comer las carnes de los animales que no habían sido matados según el rito mosaico, lo que no le impedía, nutriéndose de legumbres, tener un buen aspecto, pues Dios le protegía. La primera vez que manifestó su misión profética fué en el asunto de la casta Susana y de los viejos lúbricos. Una muchacha, cuyo nombre quería decir «anémona», era como la flor de Israel: hermosa, virtuosa y respetada por todos. Dos desgraciados ancianos, habiéndola contemplado en su jardín, le hicieron innobles propuestas, y como ella las rechazara, la acusaron públicamente de adulterio. La habían visto, ellos en persona, con su cómplice; por ser más ágil que ellos, el muchacho había huído, pero la mujer estaba presa y merecía la muerte. Cuando conducían al suplicio a la inocente víctima, el joven Daniel, lleno del espíritu de Dios, gritó. — «¡Estoy seguro de la inocencia de esa mujer! Hijos de Israel, revisad el juicio; Susana es víctima de falsos testigos.» Encargado de revisar el proceso, separó a los dos acusados. — «¿Bajo qué árbol — preguntó — has visto el adulterio?» — «Bajo un lentisco» — contestó uno. Pero el otro dijo que al pie de una encina. Y los dos fueron lapidados.

La sabiduría antigua iba acompañada de dotes extrañas. El sabio Profeta explicaba los sueños como José el Faraón. Nabucodonosor lo llamó para que interpretase uno que le inquietaba mucho. Una inmensa estatua con cabeza de oro, brazos de plata, muslos de cobre y pies mitad de hierro y mitad de arcilla, se derrumbaba bajo el efecto de una pedrada lanzada desde los montes; simbolizaba los reinos que se sucederían en Mesopotamia. De antemano, Daniel anunciaba a Ciro, a Alejandro, a Roma y la ruina final de todos. Lleno de admiración, el rey lo colmó de honores, pero muchas adversarios acechaban. En cierta ocasión, acusan de lesa majestad a sus más íntimos amigos por haberse negado a adorar la imagen del monarca; y

los condenan a perecer abrasados por las llamas; otra vez, logran sus adversarios que lo arrojen al foso de los leones. Mas Dios protege a su intrépido servidor; bajo el poder del Profeta, el fuego se torna suave caricia, y en la hoguera, los muchachos, indemnes, alaban la gloria del Creador; y los leones, dóciles como animales domésticos, se tumban a los pies de Daniel. Y el rey, padeciendo un mal misterioso, vivió loco siete años, paciendo la hierba de los prados.

No sólo con aquellos hechos misteriosos alimentaba su esperanza el pueblo de Israel. Daniel, con visiones análogas a las de Ezequiel, le anunciaba el fin de sus penalidades, el regreso al país de la felicidad, el perdón divino y la salvación. Dentro de sesenta y nueve «semanas de años», nacerá el gran liberador de Israel; un «ungido», un «mesías», que «acabaría con los pecados, desterraría la iniquidad y aportaría la justicia eterna», pero cuya «vida sería cortada». Visiones grandiosas en las que el Hijo del hombre subiría a la gloria, después de que los cuatro vientos del cielo soplaran tempestuosos y los cuatro animales simbólicos salieran de la mar. Llegaría el gran Justiciero, aquel cuyo trono se rodearía de llamas; un río de fuego correría ante él, millares de servidores estarían a sus órdenes y los libros serían abiertos.

A través de esas imágenes admirables, los redactores verán las promesas que leemos aún, y encerrarán en ellas la metafísica sublime del juicio más allá de la vida y de la salvación por la pasión de Cristo. Volveremos sobre ese concepto. Pero Israel, en la cautividad, esperaba sobre todo la promesa de su próxima liberación.

Una noche en que Baltasar, que había sucedido a Nabucodonosor en el trono de Babilonia, asistía a un banquete con sus mujeres y concubinas, bebiendo el vino en las jarras sagradas del Templo de Sión, aparecieron unos «dedos humanos frente a los candelabros y, sobre la cal de las paredes, el rey vió una mano que escribía. Se le mudó el color; sus ideas se alteraron. Sus rodillas temblaron» (*Daniel*, v). Llamó a los adivinos y astrólogos. Nadie se atrevió ni supo explicarlo. Una reina sugirió que llamasen a Daniel, a cuya ciencia acudió Nabucodonosor. El profeta de Dios llegó y habló.

Las tres palabras trazadas sobre la pared blanca eran: *Mane, Thecel, Phares*. Contado, pesado, dividido. «Dios ha contado tu reino y le ha puesto término. Pesado en la balanza, eres ligero. Tu reino se lo repartirán los medos y los persas.» Así lo interpretó Daniel. Aquella misma noche, Babilonia era asediada y ocupada, y Baltasar moría asesinado.

LA CAÍDA DE BABILONIA Y LA GLORIA DE CIRO

Cuando la cautividad, pensar en el derrumbamiento de Babilonia parecía una quimera absurda: cincuenta años después, la Historia lo convertía en una probabilidad. La disgregación del Imperio caldeo fué tan rápida como la Nínive: no se impone impunemente sólo por la fuerza un dominio que no está justificado por ningún servicio; no se domina sin peligro a veinte pueblos sin que vean en todo adversario del Estado a un liberador. La sucesión de Nabucodonosor fué fecunda en crisis y revoluciones. Su hijo Evilmerodach reinó dos años y fué asesinado por un cuñado suyo. Éste dejó una situación tan confusa que su hijo sólo pudo mantenerse en el trono cuatro meses. Una revolución, fomentada por la casta sacerdotal, puso en su puesto al hijo de una sacerdotisa, Nabonida, que fué el enterrador del gran reino babilonio (556). Era un extraño personaje: letrado, artista, místico, un sacristán coronado. Se desinteresaba de los asuntos políticos y sólo se preocupaba de los cultos y ritos. Ora se iba durante años, arrebatado por una piadosa locura, a meditar a un lejano oasis, haciendo imposible con su ausencia la conmemoración de la fiesta nacional del Año Nuevo, ora, para reunir en Babilonia a todos los grandes dioses de Mesopotamia, mandaba quitar los ídolos de los santuarios, exasperando a las poblaciones. En Harrán, su región de origen, el viejo dios lunar Sin conoció un renacimiento de la veneración que se le había tenido, mas los astros en los cuales creía no fueron favorables a ese soberano lunático y su hijo Baltasar no pudo, por más esfuerzos que hizo, normalizar la situación.

No era el momento de trocar la espada por el pebetero de incienso. Un peligro acababa de aparecer por el sureste de Mesopotamia: los persas acababan de realizar la unidad del Irán en provecho suyo. En un lejano distrito del Imperio medo, un feudatario, Aquemenes, casi se había independizado hacia 570; su nieto Ciro, genial aventurero, tuvo la audacia de desafiar a su señor. Odiado por su crueldad y traicionado por sus tropas, Astiages se hundió en 552. La Media Luna pasó bajo la tutela de Persia. Fundaron una nueva capital: Pasargada. En treinta años, el Imperio aqueménida convierte a la Media Luna fértil, del Asia Menor a Egipto, en el mayor de los imperios que se habían conocido, hasta el día en que tropezando contra el más despreciado de los obstáculos, aquel gigante doblará la rodilla en Maratón, Salamina y Platea.

La fecha de 552 señala un gran momento de la Historia. Los arios ya tienen jefes en esos campesinos fuertes, jóvenes y fecundos, ambiciosos pero humanos. Los dos pueblos hermanos, medos y persas, habían alcanzado un alto nivel de civilización. Poseían una religión cuya belleza moral no puede ser negada. Estaba en su juventud la doctrina, que a través de muchas transformaciones había de entrar en tantas almas en el curso de los siglos; que encontraría el ejército romano en el culto de Mitra; que practicarían los grandes reyes sasánidas de Persia hasta las invasiones árabes; por la cual las herejías maniqueas y, más tarde, en cierto modo, el catarismo de los albigenses, penetrarían en plena sociedad cristiana; y cuyos preceptos siguen aún hoy los parsis de Bombay. Zoroastro, el reformador — el Zaratrustra de Nietzsche —, acababa de hacer su revolución religiosa. Las guerras que llevó a cabo Ciro tuvieron ciertamente un carácter religioso, y su política acusa la notable influencia de una doctrina profundamente humana.

En la época de los aqueménidas, la religión persa, que ya no era la de Zoroastro en su pureza (el reformador fué sin duda monoteísta), era esencialmente dualista. La vida es el teatro de la incesante guerra entre el bien y el mal. Cuando Ormuz creó el mundo, Ahriman entró en él como una mosca y lo infectó. La miseria del mal bulle desde entonces tanto en la tierra como en el corazón del hombre, y hasta el día supremo en que, en una inmensa hoguera, desaparezca toda creación, la batalla prosigue entre las fuerzas de la luz y las de las tinieblas. Era desde luego peligrosa una metafísica que acaba por condenar como irremisiblemente mancillada a toda la creación, y los albigenses «puros» que practicarán el suicidio sagrado habrían de ser su consecuencia lógica. Mas comparada al politeísmo mitológico de los griegos o a los cultos de la magia babilónica, estaba muy por encima de ellos. Ormuz era considerado como un dios invisible, que no puede ser representado por ninguna imagen: «dios de vida, de pureza, de verdad». Los ritos eran muy sencillos, como los de hoy en la India de Bombay o en las orillas del Caspio. Adoraban a la llama inmaterial que salía de las piras de maderas olorosas. Sacerdotes o magos, vestidos con lino y tocados con tiaras, hacían los sacrificios y las libaciones con un licor sagrado, el *homa*. Todo lo que era impuro estaba prohibido y para que la carne corrompida de los muertos no contaminase la tierra, el agua y el fuego, no eran ni sepultados, ni arrojados a los ríos, ni quemados, sino abandonados en las Torres del Silencio, donde las aves de rapiña se encargaban de ellos.

Tal como la vemos formulada en el *Avesta,* el libro sagrado de los persas que no fué recopilado hasta principios de nuestra era, la moral de aquel pueblo parece muy elevada. Lo era ciertamente en tiempos de los aqueménidas, pues el griego Herodoto, poco sospechoso de ser amable con los adversarios, habla de ella con respeto. ¿Qué pedía Ormuz? Que le ayudasen a vencer a Ahriman, defendiendo todo cuanto hay de bueno en la tierra y combatiendo lo malo. La pureza interior, la bondad, la lealtad, eran apoyos que se daban al dios perfecto contra el inmundo: a esa moral religiosa tan noble deberá Israel su salvación.

Cuando Babilonia se hunde, cambia algo más que un poder político: cambia el concepto de la vida. Todo se modifica en el inmenso dominio por donde los aqueménidas extienden su poderío. El arte lleva la traza de esas transformaciones. A las macizas construcciones, de gusto colosal, que se habían edificado desde los tiempos de Sumer y Akkad, añaden los persas un elemento nuevo en aquellos lugares, la columna. Pasargada y Persépolis han guardado para la arqueología ruinas grandiosas, llenas de armonía. Columnas de delgados fustes, bases minuciosamente labradas y capiteles formados por las partes delanteras de toros adosados, alzan sus hileras en salones inmensos, a los cuales sólo se pueden comparar los grandes hipóstilos de Egipto. Menos realista que la de los animalistas asirios, la escultura persa posee, en mayor grado, el sentido de lo decorativo; se mezcla con la arquitectura con una facilidad que sólo encontramos en los grandes templos de la India e Indochina. Substituyendo la arcilla con un compuesto de cal, cuarzo y pedernal machacado, los ceramistas persas hacen, sobre ladrillos barnizados, cuadros agradables como esmaltes: plantas misteriosas de tallos estilizados, animales extraños, grifos, bisontes alados; esta decoración a base de colores rutilantes cubre las inmensas paredes de los palacios.

El *Friso de los arqueros,* en el Louvre, da exacta idea de este arte deslumbrante y minucioso; con turbantes verdes, botas pardas, largos trajes de color crema con cuadros ocres y verdes o amarillos con flores de esmeralda, llevando al hombro el arco blanco y, en la mano, la lanza con pomo de plata de la guardia real, dan perfectamente la idea de una fuerza irresistible, segura de sí misma. Aun a través de las frases de un enemigo como Esquilo, la grandeza persa aparece ya tal como era, en potencia, cuando Ciro dió su golpe de Estado: la de un pueblo gracias al cual va a progresar la civilización.

Tan pronto como se adueñó del Irán, Ciro comenzó sus conquistas. El destino que impone a los reyes del Asia «proseguir las luchas por las cuales se derrumban las murallas» y «al hijo aumentar la prosperidad del padre» (Esquilo) se apodera de los aqueménides y no los abandonará. Creso, rey de Lidia, inquieto por los avances persas, intentó formar una liga contra Ciro con Amasis de Egipto y con Esparta. ¿No le había anunciado la pitonisa de Delfos que «destruiría un imperio»? No cabe duda de que es el suyo. Vencido por dos veces y bloqueado en Sardes, el rey del oro debió su salvación a la moral persa y no, como cuenta la leyenda griega, a la intervención de Apolo. Ciro empuja hacia el mar y amenaza a las ciudades griegas; Mileto se entrega, las demás son conquistadas y toda el Asia Menor queda sometida al rey ario. ¿Se volverá contra Babilonia el único adversario digno de ella? «Ese héroe favorecido por la suerte era un sabio», dice Esquilo. Da un rodeo, guerrea desde las regiones del Caspio hasta las orillas del Índico. Y luego, en 540, juzga que la situación está madura. Nabonida está en plena locura. Ciro desciende del Zagros.

Baltasar, que gobierna en nombre del rey loco, ha de esforzarse en mantener el orden. En el rompecabezas formado por pueblos medio sometidos, las traiciones son frecuentes. Un gobernador babilónico de la región del golfo Pérsico, Gobrias, se pasa al campo enemigo. Vencidos en el Tigris, los babilonios se encierran en su capital. La creían inexpugnable, pero cayó en quince días (539). Herodoto, historiador crédulo, cuenta que los persas desviaron el curso del Éufrates, para entrar por el cauce seco. Es más probable que Ciro tuviese cómplices en la plaza; una de sus inscripciones dice claramente: «Todas las gentes de Babilonia, todo Sumer y Akkad, los grandes y hasta los gobernadores, se inclinaron ante mi, besándome los pies y regocijándose de mi dominación.» Babilonia, que había dominado con el látigo, cayó; el dueño del mundo era, a partir de entonces, el ario llegado de las montañas, con turbante blanco, traje bordado y que creía en un Dios justo y bueno.

De él dijo Isaías: «Yahweh ha tomado a Ciro por la mano derecha para derribar a sus pies a las naciones, para abrir ante él las ciudades y hacer que las puertas no le sean cerradas» (XLIV). Pero el Profeta también había anunciado: «Ciro, mi pastor, llevará a cabo mi voluntad. Dirá a Jerusalén: ¡sé reconstruída! y al Templo: ¡sé edificado!» Con la angustiada esperanza de ver realizada esa promesa, Israel aclamaba al rey de los persas como a un liberador.

EL DECRETO DE CIRO

Se cumplió lo imprevisible. Ciro autorizó «al resto de Israel» a regresar a su país. Alguien ha supuesto que esta benévola medida tendría el sentido de una atención particular del adorador de un dios trascendente y moral para con un pueblo de fe monoteísta. Mas no es necesario el hacer intervenir ese sentimiento. Su doctrina empujaba a Ciro a la clemencia y su interés también. La dominación persa no fué la de una potencia de presa que explotase sin pudor a los vencidos. Rígido, minucioso, muy administrativo, no dejó por eso de dar a los pueblos sometidos cuanto, con la libertad, podía conciliarse con el orden y la seguridad del Estado. Además, el pueblo persa, del cual Herodoto nos dice que era «muy inclinado a adoptar las ideas de los demás», pensó probablemente en atraerse a los dioses de los vencidos mostrando respetuosa sumisión a sus ceremonias religiosas.

Ciro contó en persona cómo se abstuvo de destruir los templos babilónicos, más aún, cómo «hizo poner de nuevo en su lugar, en su eterna morada», a los ídolos de Marduk y otros dioses que Narbonida, en su exceso de celo, había arrasado. No se portó de modo distinto con los judíos; si hemos de creer a Josefo, acaso tuvo noticias de las profecías que le concernían y deseaba representar en la Historia un papel honorable y providencial. En todo caso, aquel a quien Isaías llegó a llamar «ungido del Señor» y «mesías» no decepcionó a Israel.

En 538, el gran rey firmó un decreto, completado por una circular administrativa. La Biblia ha conservado esos dos documentos en el *Libro de Esdras* e incluso, si la memoria judía los ha embellecido algo, el tono y las fórmulas protocolarias muestran bastante la verdad del conjunto. «Así — dice Ciro, rey de los persas —, Yahweh, el dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra. Me ha ordenado construirle un templo en Jerusalén, en Judá. — ¿Cuál de vosotros es de su pueblo? Sea su Dios con él. Y vaya a Jerusalén, de Judá, y edifique la morada de Yahweh, rey de Israel. — Que acudan a socorrer al resto de su pueblo en cualquier sitio donde estuviere. Se le entregará dinero, oro, trajes y ganado. También ordeno que se den presentes al pueblo elegido de Dios, que está en Jerusalén» (*Esdras,* I, 2, 4).

Un grito de entusiasmo se alzó en los pueblos cautivos. ¡Todo se cumplía según la Promesa! ¡Los Profetas habían anunciado la verdad! ¡Oh, día de alegría! Aquel pueblo miserable, «aquella paja trillada y triturada» encontraba de nuevo su porvenir. Todo le parecía bello, hasta el duro camino que había de seguir. «¡El desierto se alegra, el árido suelo tiembla! Se cubre de narcisos. Todo lanzará gritos de fervor. Potencia del Líbano, esplendor del Carmelo y de Sarón. ¡Vamos a ver la gloria de Yahweh, el esplendor de nuestro Dios!» (*Isaías,* XXXV).

Y luego, al evocar esas horas conmovedoras, repetirán un salmo de alegría (CXXVI): «Cuando Yahweh trajo a los cautivos de Sión, parecía que estábamos soñando. Nuestros labios no cesaban de reír y nuestras gargantas no se cansaban de lanzar constantes gritos de júbilo.»

ESTHER

Organizaron la marcha, mas no todos los hijos de Israel se decidieron. El hecho es demasiado humano para extrañarnos. Marchar, era abandonar o vender a poco precio las tierras y las mercaderías, arruinar una situación, dejar afectos entrañables. Josefo, sin rodeos, confiesa que, si muchos se quedaron en Babilonia, «fué sobre todo para no perder sus bienes». Permanecieron, pues, en Mesopotamia colonias judías que se esparcieron por todo el Imperio persa, semejantes exactamente a las que existen en nuestros días en Europa o América. Algunos cultivaban tierras, otros eran banqueros — como esos Murasha, cuya fortuna era enorme a finales del siglo V — o se dedicaban al comercio. Los documentos de la época prueban también que algunos llegaron a altos puestos oficiales: inspectores de los censos del canal, asentistas de impuestos, gobernadores del tesoro de Susa. Existe, en la Biblia, un libro conmovedor cuya lectura sugiere la idea de que, ya por entonces, existía un antisemitismo análogo al que llena la historia de Europa.

En el siglo V, Jerjes reinaba en Persia; era nieto del gran Ciro, aquel cuya enorme flota se hundió en Salamina, vencida por las trirremes de Temístocles. Es al que llaman Racine Asuero, forma latina del hebreo Achashwerosh, que es la traducción del persa Akshayarsa, de donde sacaron los griegos Xerxes. Este mediocre estratega era más experto en mujeres que en soldados y demasiado inclinado a ocuparse en asuntos de harén. Para renovar sus esposas, man-

dó un día que raptasen en todo el imperio «hermosas vírgenes jóvenes». En el grupo se hallaba una judía encantadora, Esther, pupila y sobrina de un hombre santo y sabio, Mardoqueo. Admirada por el rey, llegó a ser reina. Adquirió influencia sobre su marido, se rodeó de jóvenes compatriotas — Racine imaginará un Saint-Cyr dirigido por una Esther-Maintenon — y Mardoqueo, hábil, pensó en sacar partido de la situación.

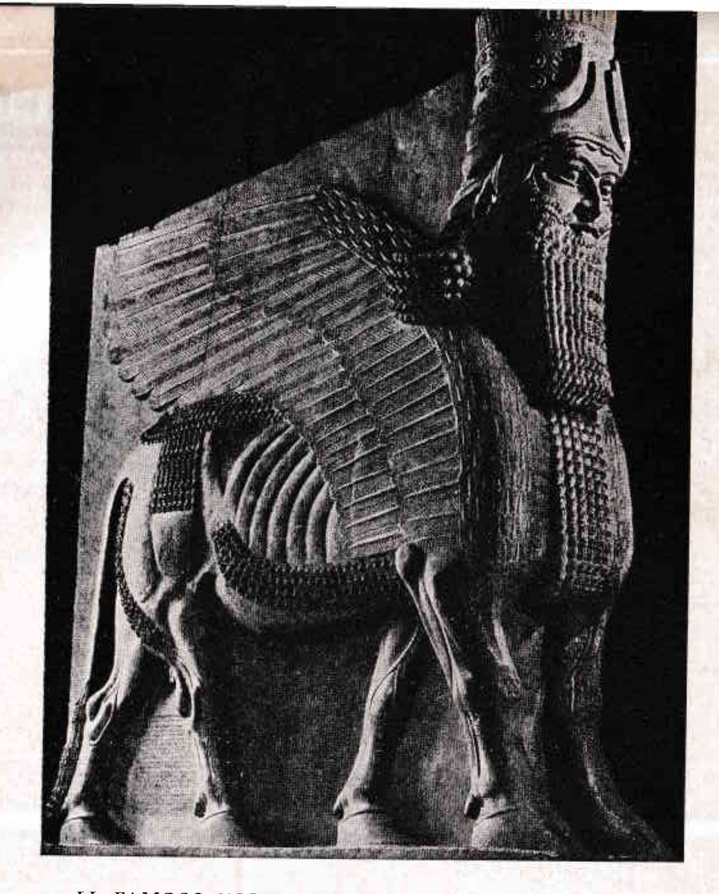
Había aconsejado a su sobrina que no revelara su origen. Y él, con cautela, se acercaba a los contornos del palacio, «a la puerta del palacio». Incluso en cierta ocasión prestó al rey un notable servicio: por casualidad tuvo conocimiento de una conspiración, y previno al monarca por medio de Esther y lo salvó.

Pero en torno a Asuero, un visir poderoso alimentaba contra los judíos un odio inextinguible: era Aman. Probablemente descendía de un rey amalecita cortado en pedazos por Saúl (I, *Sam.*, xv, 32, 33) y, más personalmente, tenía sus razones para tener envidia de Mardoqueo. Persuadió al monarca de que llevase a cabo un gran pogrom de «ese pueblo que vive aparte, obedece a sus solos principios y es rebelde a las leyes reales»; el mismo día, todos los judíos del imperio serían asesinados. Apareció un decreto anunciando el exterminio y Aman sorteó el día en que había de aplicarse.

Mardoqueo actuó. Mandó a decir a su sobrina que el destino de sus hermanos estaba en sus manos. Su elevación tenía una explicación providencial. «Pensadlo bien; ese Dios no os ha recogido para servir de vano espectáculo a los ojos de Asia... Para usos más nobles, reserva a sus santos» (Racine). Iría al rey, le diría a qué raza pertenecía y le suplicaría que perdonase al pueblo de Israel.

Al mismo tiempo, Asuero al releer, por casualidad, en la crónica diaria de su reinado, el relato del servicio prestado por Mardoqueo, se extrañaba de que no hubiese recibido ninguna recompensa. Mandó a Aman que se presentara. «¿Qué he de hacer para honrar a un hombre que me ha sido fiel?» Persuadido de que este exordio anunciaba para él excelentes promesas, el visir respondió: «Ese hombre recibirá un manto del monarca y montado en un caballo de las caballerizas reales, con una diadema en la cabeza, desfilará por las calles de la ciudad». — «Está bien — dijo Asuero —. Te encargo que rindas esos honores a Mardoqueo el Judío.»

Salvados de la matanza por la intervención de Esther, los judíos se tomaron, forzoso es confesarlo, una cruel venganza. «Hirieron con la espada a todos sus enemigos; fué una matanza y una destrucción.»



EL FAMOSO TORO ALADO CON CABEZA HUMANA
Siglo VIII *antes de Jesucristo*. Palacio de Sargón II, en Korsabad.



LEON DE BRONCE
Hallado en las ruinas de Korsabad.

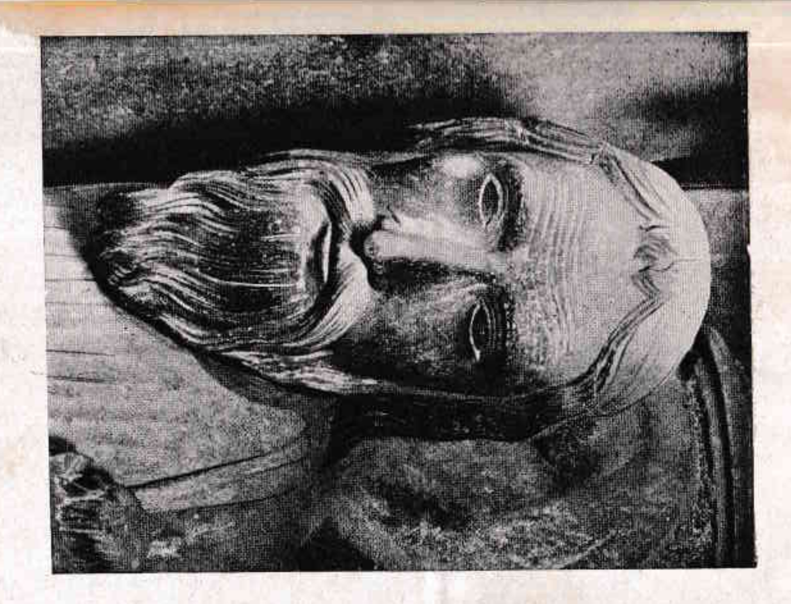
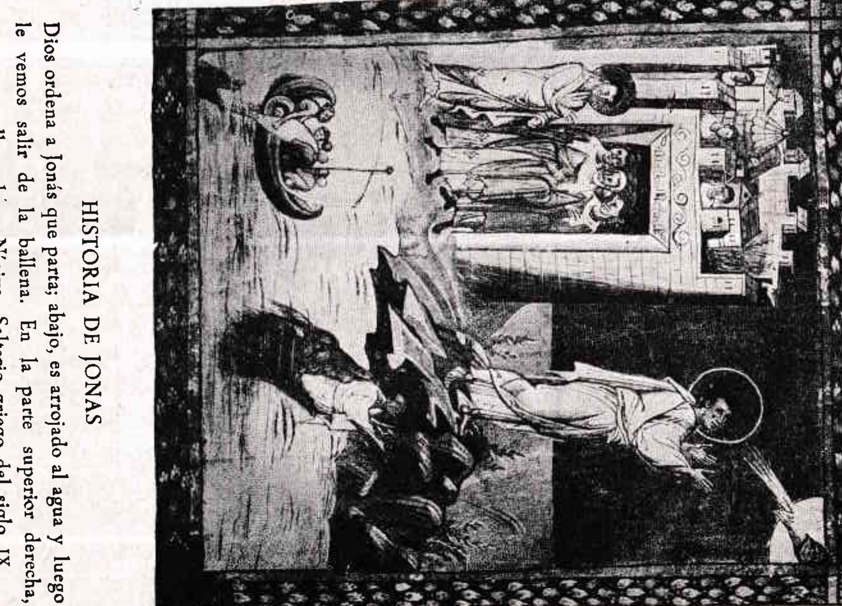


FIGURA DEL PROFETA ISAIAS
Fachada de la catedral de Chartres



HISTORIA DE JONAS
Dios ordena a Jonás que parta; abajo, es arrojado al agua y luego le vemos salir de la ballena. En la parte superior derecha, aparece llegando a Nínive. Salterio griego del siglo IX.

Obtuvo Esther del rey que el contra-pogrom se prolongase veinticuatro horas más. Aman y todos sus hijos perecieron.

Este relato, que prueba la protección divina sobre Israel, presenta interés histórico porque nos muestra las reacciones de los pueblos frente a las colonias hebraicas que intentaban permanecer apartadas del común. Prueba asimismo que tenían relaciones con los judíos que habían regresado al país, puesto que el mensaje de confianza, llegado de la lejana Persia, fué recogido por la tradición de Israel, e incluso se atribuyó a la conmemoración de esa victoria la fiesta de los «Pourim», de esos «hados» que Aman había consultado y se habían vuelto contra él.

EL RETORNO

Sin embargo, se habían marchado los peregrinos del regreso, las gentes de gran fe que, sostenidas por una esperanza sobrenatural, lo arriesgaban todo, lo abandonaban todo, para volver a Sión. ¿Cuántos eran? Según diversas cifras de la Biblia, se puede admitir que unos treinta mil, lo que parece mucho si se piensa que es la cantidad máxima que podía tener el grupo de cautivos cuando salieron de Judá: ello probaría también que en el cautiverio Israel se multiplicó. Salieron en convoyes sucesivos, dirigidos por personalidades religiosas o políticas: el sumo pontífice Josué dirigió a un grupo; un hijo del rey Jeconías, Zorobabel, a otro; fué ese príncipe judío al que nombraron los persas gobernador, pues, según dice Herodoto, «tenían la costumbre de respetar a los hijos de los reyes y de devolverles la corona, aunque hubieran sido combatidos por sus padres». Entre los años de 537 a 522 hubo, seguramente, una serie de emigraciones judías y la Tierra Prometida se pobló de nuevo.

No sin dificultades ingresaron de nuevo los desterrados en la sociedad palestiniana. Durante los setenta años de ausencia, ocurrió que muchos campos y casas fueron ocupados por algún israelita que se había quedado en la región, o por algún extranjero, edomita o moabita, que se había infiltrado aprovechando la guerra. ¡Dichoso aquel que encontraba su tierra en barbecho y no tenía más que darle un poco de sudor! Como para demostrar claramente a su pueblo que, incluso en la clemencia, les esperaba aún un inmenso esfuerzo, Yahweh no facilitó las cosas. El profeta Ageo lo dice: «Contaban con mucho y aquello se redujo a poco (I); el orín, el añublo, el granizo destrozaron las cosechas (II)». El paso de los ejércitos persas de Cambises,

yendo a atacar a Egipto, provocó los inconvenientes habituales de los trabajos gratuitos y de las requisas. Pero no se dejaron abatir. Más que la satisfacción personal, contaba la gloria de Dios. Trajeron de Babilonia los utensilios sagrados devueltos por el Gran Rey. ¡Construirían el Templo!

«Hasta el día en que fué fundado el Templo de Dios — dirá luego Ageo — el trigo no llenó las trojes; la higuera, el olivo, la granada, la viña, nada produjeron. Mas a partir de aquel día, todo fué bendito» (II).

EL TEMPLO RECONSTRUÍDO

QUÉ significaba reconstruir el Templo? Según el concepto religioso introducido por los Profetas, el verdadero templo de Dios es interior, su santuario está en el corazón de los santos. Quizá fuera preciso repetir con el Dios de Isaías (LXVI): «El cielo es mi trono, la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa podríais construirme que no haya hecho mi mano, como todas las cosas? Mas he aquí a quien mis ojos miran: al miserable, al corazón partido, al que tiembla cuando hablo.» Hubiese sido pedir demasiado a este pueblo si le hiciera renunciar a todo signo tangible de su esperanza; las naciones necesitan leyendas, viven tanto de los mitos como de las realidades. El simple espectáculo de las ruinas del Templo les sumía en el desconsuelo. ¿No había llorado Isaías sobre «la santa casa, la morada de gloria donde los antepasados alababan a Dios, consumida por el fuego»? (LXIV). La opinión pública exigía esa reconstrucción, por difícil que fuese. Y lo era extraordinariamente. Siete meses después del regreso, comenzaron los trabajos con todo entusiasmo. Dieron dinero a los canteros y carpinteros y asimismo «comida y bebida y aceite a los sidonios y tirios, para que trajesen por mar, hasta Jafa, madera de cedro del Líbano» (*Esdras*, III, 7). Josué y Zorobabel pusieron la primera piedra en una ceremonia donde la serena alegría de los jóvenes se mezclaba a las lágrimas de los viejos que recordaban el pasado. Pronto comenzaron las dificultades. El dinero traído de Babilonia se acabó. Absorbidos por la faena individual, por la preparación de sus campos, de sus moradas, los judíos no podían aportar mano de obra para la reconstrucción. Las relaciones con los vecinos se agriaban: los samaritanos, que se las daban de hermanos de los hebreos que habían vuelto, ofrecieron su apoyo; la altiva Judá, al despreciar la ayuda de esos mancillados medio idólatras, se enfadó

con ellos, y estallaron escaramuzas. Por todas esas razones hubo que tomar una decisión amarga: cesaron los trabajos. La decepción fué dolorosa. Algunos dudaron que Yahweh fuese aún el guía de Israel. El fervor de los primeros tiempos del regreso se tornó en un materialismo práctico: construyeron casas y se dejaron arrastrar por los egoísmos codiciosos. Durante quince años — 535-520 — pareció que la promesa había sido vana. Pero Dios velaba y los profetas se disponían a hablar de nuevo.

Mientras tanto, murió Ciro. En 529, diez años después de su entrada triunfal en Babilonia, al entablar combate con las tribus escitas en la frontera norte de su Estado, desapareció. ¿Cómo? La muerte de ese gran aventurero es uno de los misterios de la historia. Herodoto, repleto de anécdotas, cuenta que cayó en poder de Thomiris, reina de los masagetas, cuyo hijo murió por culpa suya, y que después de cortarle la cabeza, la arrojó a un jarrón lleno de sangre, exclamando: «¡Puesto que te gusta tanto, bebe!» Pero Jenofonte lo hace morir de enfermedad y Ctesias a resultas de una herida.

Su hijo Cambises (529-522) realizó la hazaña de apoderarse de Egipto. Era un hombre sombrío, de resoluciones violentas: inquieto por las intrigas urdidas por su hermano Smerdis, lo mandó matar; luego, lleno de remordimientos, mantuvo a su vista la imagen del asesinado. Buen general, llevó de prisa la expedición del Nilo, se apoderó del Delta, logró corromper a los mercenarios griegos al servicio del faraón y bloqueó en Menfis al desgraciado Psamético III, que cayó en un combate supremo. Egipto tuvo desde entonces dinastía persa. Los últimos tiempos de Cambises fueron amargos; una campaña en Libia, entonces cartaginesa, y otra en Etiopía, fracasaron. Un aventurero que pretendía hacerse pasar por Smerdis resucitado, conmovió al Imperio. El espíritu de Cambises se turbó: mandó matar, al azar, a muchos de sus allegados, entre ellos su hermana Roxana; en Egipto, hirió sacrílegamente con un puñal al buey Apis, encarnación de Amon-Ra; y su muerte se debió de seguro a su neurastenia.

Le sucedió Darío I (522-485), primo suyo lejano. Mas esta elección, preparada por un partido político, indispuso a otros, y hubo sublevaciones. En Babilonia, un supuesto hijo de Nabonida se proclamó rey. En Susa, un señor feudal hizo lo mismo. Darío se vió obligado a librar diecinueve batallas para dominar la agitación: del Cáucaso al Índico, «sus ejércitos no tuvieron tarea digna de su gloria», dirá Esquilo, y la célebre inscripción de Behistún nos cuenta, sobre una inmensa pared rocosa, sus expediciones. Luego, organizó

minuciosamente el imperio, y desde lo alto de su formidable trono, miró con creciente cólera a las ciudades griegas, a las miserables aldeas que se atrevían a adquirir cierta influencia en su feudo marítimo, el Egeo.

Aquellos lejanos sucesos, en el inmenso imperio del cual Judá era un ínfimo cantón, tuvieron su repercusión en Jerusalén. Las revueltas que conmovieron al poderoso edificio indujeron a pensar que aquellas construcciones políticas de los hombres eran frágiles y que, en su ruina futura, Israel podría recuperar su libertad. Ello fué la causa de que nuevos grupos de judíos abandonasen Babilonia y regresasen al país, haciendo una útil aportación de dinero. Ageo y Zacarías, los profetas del momento, expresaron los sentimientos que embargaban por entonces a las almas fieles.

En ocho extrañas visiones, Zacarías opone a los grandes imperios que caminan hacia una ruina irremediable, la gloria creciente de Israel: ora habla de los jinetes montados sobre caballos rojizos, alazanes y blancos, que recorren toda la tierra, ora de los herreros celestes que derriban naciones en los cuatro puntos cardinales, ora del libro del juicio que vuela por encima del mundo y lleva maldiciones a los pueblos paganos. Pero Jerusalén, mientras tanto, crecerá: Yahweh será para él como una muralla de fuego; llegará un enviado para medir los cerros y preparar las obras; crecerán dos olivos, el sacerdote y el rey, y cuando haya hecho penitencia y recobre su fervor, se le quitarán las ropas manchadas y llevará una veste blanca.

Por entonces, empezó a hablar Ageo. Reprocha a sus compatriotas su indolencia. El templo no se alzaba aún. «¿Es para vosotros tiempo de morar en vuestras casas de madera, estando esta casa en ruinas? Subid al monte, y traed madera, y reedificad la casa; y pondré en ella mi voluntad, y seré honrado, ha dicho Yahweh» (I, 8). Como en los grandes días de Jeremías y Ezequiel, la palabra profética tuvo inmediata repercusión. «Yahweh despertó el espíritu de Zorobabel, el príncipe, y de Josué, el sumo pontífice, y de todo el pueblo». Y se pusieron de nuevo a trabajar.

Ocurrió entonces un incidente significativo que prueba que la reanudación de la construcción iba acompañada de ciertas miras políticas. El Imperio persa se preocupó. El funcionario, el sátrapa del cual dependía Judá, pidió explicaciones, sin duda avisado por la vigilante envidia de Samaria. Respondieron invocando el decreto de Ciro. Los archivos de los aqueménidas estaban al día; Darío encontró el decreto de su gran predecesor y lo confirmó concediendo incluso subsidio a Israel y advirtiendo a los samaritanos que se callasen en lo sucesivo, si no querían ser «colgados de sus vigas» y ver sus casas «convertidas en estercolero».

En cuatro años y medio terminaron el Templo. Salomón tardó siete años. Pero el nuevo santuario era una parodia del primero. «¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su primera gloria, y cual ahora la veis? ¿No es ella como nada ante vuestros ojos?» (*Ageo*, II, 3). Conservaron el aspecto general, los dos atrios, el tabernáculo. Pero tuvieron que hacerlo humilde: en lugar de los diez candelabros con siete brazos, hubo sólo uno; las hermosas maderas de sándalo no perfumaban ya las cámaras sagradas. Ya no era el lugar donde, en toda su fuerza, un pueblo orgulloso de sí se alababa a sí mismo glorificando a Dios. En su sencillez, podría llegar a ser el centro de piedad donde una comunidad de fieles se sentiría de acuerdo con una divinidad más pura, cuyo verdadero culto estriba en un esfuerzo interior del alma y se inclina con amor sobre «los corazones afligidos».

El reino de Israel no renacerá ya: lo reemplaza la comunidad judía. Y, como con intención simbólica, el templo que acaban de reconstruir permaneció vacío. El de Salomón guardaba el Arca que ya no existía, pues había sido quemada en aquellos días de catástrofe, o, según la leyenda, escondida por Jeremías en una gruta desconocida del monte Nebo. Le convenía a Yahweh, el dios inmaterial, un templo desprovisto de símbolos. Ya no era en los recuerdos del pasado, por queridos que fuesen, donde Israel había de tomar su fuerza, sino en el porvenir que Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel — e incluso luego Zacarías — le indicaron y donde aparece la imagen «del Rey que llega a ti, justo y protegido por Dios» (*Zacarías*, IX, 9), de ese Rey que entre gritos de júbilo penetrará en Jerusalén.

II. — LA ÉPOCA DE LOS GRANDES IMPERIOS

MIENTRAS CRECEN Y SE DERRUMBAN LOS IMPERIOS

TRANSCURREN cinco siglos desde la terminación del Templo hasta el nacimiento de Cristo, pero casi nada dice de ellos la Biblia. De ese largo período, sólo nos cuenta algunos sucesos del principio, y luego, mucho más tarde, las hazañas guerreras de los Macabeos. Es como si, de la historia moderna de Francia, no tuviésemos más que una crónica del reinado de Carlos VII y un relato de la guerra de 1870. Parece como si los redactores bíblicos quisieran indicar, con ese silencio, que en los años de espera, hay que tener menos en cuenta los acontecimientos que la vida interior del Pueblo elegido.

Sin embargo, en torno al cantón donde comienzan de nuevo a vivir los desterrados, la Historia teje una serie de brillantes episodios. Durante esos cinco siglos, Grecia, en la plenitud de un triunfo único, da al espíritu sus imperecederas lecciones, y luego se derrumba, arruinada por los propios abusos de la inteligencia, el particularismo y el huero amor por las palabras. Son los siglos en que la monumental monarquía persa, ya humillada por la Hélade de las ciudades, ve surgir frente a ella, para su ruina, la Hélade imperial, dominada por un conquistador invencible cuyos triunfos juveniles preparan para la civilización un terreno maravillosamente labrado. Son los siglos durante los cuales el legionario, conquistador de provincias, como un campesino que ensancha su campo, muestra su casco y su jabalina en todas las costas del Mediterráneo, y con tantos reinos destruídos constituye la unidad romana. Aquellos grandes sucesos repercuten en el pequeño estado de Palestina; mas la única respuesta que da es intentar proteger contra ellos, mucho más que una libertad política ilusoria, la fe que le da vida.

El verdadero drama de esos cinco siglos está en la feroz resistencia que opone Israel a todas las fuerzas de estatismo, unificación y sincretismo que intentan reducirlo. Si cede, perece; lo sabe y a pesar de capitulaciones pasajeras propias de la naturaleza humana, resiste bien. Parece que toma poca parte en la historia, porque en verdad su única historia es la de la fe. Pequeño Estado religioso, perdido entre inmensos imperios, los ve crecer y hundirse uno tras otro, y él, sin más arma que la oración, sobrevive a todos. En el mundo suntuoso y miserable de la sociedad grecorromana, en que el orden exterior va acompañado de crisis profundas, Israel es como un islote de seguridad. El indispensable exclusivismo que le rodea, limita incluso su desarrollo espiritual y obstruye su porvenir.

El final de ese período no hay que buscarlo tampoco en los destinos temporales del pueblo judío, sino en la imagen sublime del Hijo del Hombre, en la cual se lograrán todas las virtualidades de la larga historia de Israel y se hará la revelación por cuyas primeras etapas había avanzado el Pueblo elegido. Y en esos cinco siglos se elabora la decisión por la cual el pueblo de la Promesa, rebelde al nuevo mensaje, se niega a darle su sentido definitivo y se prepara a estrellarse contra el árbol de la Cruz.

Carlos Péguy, en sus famosas estrofas de *Eva,* ha descrito a Cristo heredando todo un pasado inmenso, las conquistas de Alejandro, los pensamientos de Platón, las reglas de Aristóteles, «los restos de Roma» y «un mundo ya viejo». Seamos justos con esa pequeña comunidad judía de los cinco últimos siglos: sin ella, sin su resistencia arisca, fanática, lo mejor de la herencia no se hubiese transmitido.

EL IMPERIO PERSA

El Imperio persa, al cual pertenecía ya Palestina, era un Estado maravillosamente organizado. Desde la costa egea al Himalaya, del desierto del Sahara al mar de Aral, en un territorio de tanta extensión como seis o siete veces Francia, reinaba un señor único, el Gran Rey. Veinte naciones, antaño antagonistas, se veían sometidas a la paz: monarca por derecho divino, investido en su poder por Ormuz, el Rey de los Reyes, dirigía todo desde una de sus capitales: Persépolis, Susa, Pasagarda. Un gran fausto rodeaba la majestad del príncipe: trono de oro, cetro de oro, traje medo con grandes mangas, alta tiara cuajada de piedras preciosas. Su reinado era despótico, pero de un despotismo bienhechor, después de tantos siglos de matanzas.

Una religión si no única, por lo menos dominadora, aunque tolerante: el zoroastrismo. Una lengua oficial: el arameo, la más hablada en la Media Luna. Un estatismo estricto, que imponía a cada cual una existencia disciplinada para el mejor servicio del rey. Una jerarquía administrativa que, desde los hijos de los nobles, criados en la corte con vistas al servicio público, hasta los más elevados señores, «comensales» y «parientes del rey», asignaba a cada uno su puesto exacto.

El Imperio estaba dividido en provincias — de veintiocho a treinta —; cada una tenía a su frente un sátrapa, las más de las veces pariente del rey, casi soberano de la región que gobernaba y con derecho a declarar la guerra, aunque sujeto a obediencia por toda una serie de minuciosas precauciones. Junto al sátrapa, vigilándole atentamente, estaban el secretario-canciller y un general que dependían del poder central, y los tres eran controlados a su vez por inspectores supremos, «ojos y oídos del Rey». Magníficas carreteras cruzaban el inmenso territorio, con destacamentos militares, fortalezas en todos los puntos estratégicos y continuos correos; en diez días se corrían las 350 leguas que separan Susa de Sardis. Por todas partes había guarniciones preparadas. Pero también, por todos los lugares, se veían recaudadores de impuestos, que exigían al pueblo egipcio 120.000 medidas de trigo, a Cilicia 365 caballos de lujo, a la Media 100.000 borregos y 400 mulas, y aportaban al tesoro imperial el equivalente a mil millones de francos oro.

Siguiendo el ejemplo de los reyes de Lidia, el soberano persa hizo acuñar monedas, los dáricos, en los que estaba representado tirando con el arco: tenían curso en todas partes.

Podemos admirar esa obra magnífica. Bajo Darío I, Oriente vivió días prósperos. Los cultivos mejoraron, se plantaron árboles, se trazaron canales y se crearon cotos de caza. Y sabemos, por su correspondencia, que el rey estaba atento a impedir abusos de poder y que siempre escuchaba cualquier recomendación justa.

En tiempos de Darío I (522-485) llegó el imperio a su apogeo. Mas ya podía vislumbrarse la causa de su ruina. No es provechoso para los pueblos acostumbrarse a eliminar todo riesgo y toda iniciativa. El Estado persa no era inhumano en el sentido que lo había sido el de Assur, tirano feroz, pero lo era por el desprecio en que tenía a la persona humana, reducida a un papel de engranaje. Todo dependía, en definitiva, del rey. ¿Qué sucedería cuando éste fuese una medio-

cridad? La gran aventura de las guerras médicas, en las que, por dos veces, los formidables monarcas serán vencidos por unos cuantos miles de hombres decididos, nos demuestra dos verdades históricas: que la muy rígida disciplina del Estado no es comparable, en las batallas, a la fuerza de un pueblo libre que combate por su derecho, y que los grandes imperios nacidos de la guerra y entregados a una expansión continua, se tambalean en cuanto no pueden progresar. En 490, en Maratón, y en 480, en Salamina, Atenas obliga al coloso a detenerse. Ciento cincuenta años después, llevando la invasión a tierra asiática, Alejandro, jefe de los griegos, se enfrentó con el descendiente debilitado del gran Ciro, el honrado Darío II, y en Gránico, el imperio del Rey de los Reyes desaparecerá.

NEHEMÍAS Y LOS MUROS

DURANTE dos siglos, desde el regreso de la cautividad a las victorias de Alejandro, Palestina vive bajo la dominación persa. Provincia de una satrapía, tiene un gobernador nombrado por Susa y escogido entre el pueblo judío de acuerdo con un método practicado aún en los protectorados. Mas tiene también un verdadero jefe nacional, al que se atribuye una autoridad real, el Sumo Pontífice (nombre utilizado desde entonces); frente al poder, representa a la comunidad judía; los ancianos del pueblo, la aristocracia sacerdotal, constituyen progresivamente en torno a él un senado que llegará a ser el *sanedrín.*

Por poco documentados que estemos sobre los sucesos de ese período, tenemos la impresión de que Israel no fué desgraciado bajo aquellos lejanos déspotas, pero que, sin embargo, hubo sus más y sus menos entre ellos y él. Recordando su esplendor pasado, el Pueblo elegido no estaba tan agradecido por haberle sido devuelta su tierra, como pesaroso de haber perdido la libertad.

Dos incidentes muestran el esfuerzo de la comunidad judía para reforzarse material y moralmente; a cada uno de ellos están asociadas dos grandes figuras: Nehemías y Esdrás.[1] Y quiere la suerte que del uno y el otro tengamos una verdadera autobiografía.

1 Se plantea aquí un delicado problema de cronología, que nos limitamos a indicar: según los textos bíblicos, que forman los Libros de *Esdrás* y *Nehemías*, fragmentos, sin duda, de un gran conjunto prolongado por las *crónicas*, es difícil determinar el puesto que ocupan en la cronología esos dos personajes. Se admite, hoy, que Nehemías precedió a Esdrás en su misión. Pero de todas formas son contemporáneos.

Continuaban derruídos los muros de Jerusalén como al día siguiente del saqueo de 586. ¿Podían permanecer en tal situación, a merced de todos los bandidos del desierto? Cuando se creyó debilitado al persa, después de las derrotas de Jerjes, los judíos nacionalistas pensaron en reconstruir las fortificaciones de la ciudad. Iniciaba Artajerjes su reinado en medio de las revueltas corrientes en las sucesiones persas. Empezaron las obras. Todo marchaba bien cuando, de nuevo, el odio de Samaria lo echó todo a perder. Avisado por sus funcionarios que le presentaban a Jerusalén como ciudad de la que había que desconfiar, Artajerjes dió la orden de parar los trabajos. El sátrapa local quiso hacer méritos y, poco después, llegó a las colonias judías de Mesopotamia la noticia de una nueva desgracia acaecida a la ciudad santa: «sus murallas habían sido arrasadas y sus puertas quemadas» (*Neb.*, I, 3).

Ocurría eso en 446. En verdad, la crisis por la que cruzaba Israel en ese momento era más grave que lo que representa la anécdota de las murallas derruídas. Había algo podrido en el pueblo de Dios. Los Sumos Pontífices hacían fortuna cobrando los tributos para el rey persa, o instalaban a sus familiares como banqueros en el atrio del Templo. Aquellos descendientes inmediatos de los seguidores de Ezequiel se unían a mujeres extranjeras. El culto decaía: llevaban al altar animales de desecho, muestra de piedad que no costaba mucho. En la corte del Rey de los Reyes, un judío creyente ocupaba un puesto de copero. Cuando le llegaron aquellas noticias, Nehemías se turbó. Su señor notó la tristeza de su favorito y le preguntó la causa. Aprovechándose de la ocasión, Nehemías suplicó que le enviasen a Jerusalén, «la ciudad de los sepulcros de sus padres», con plenos poderes para ponerlo todo en orden. Artajerjes consintió. Al fiel copero le dió un rescripto concediéndole el gobierno de Judá, órdenes de requisas de materiales de construcción y una escolta de guardias. Nehemías llegó a Jerusalén en la primavera de 445.

Este hombre — al que por muchas razones hemos de tener por eunuco — demostró un valor y una energía notables. Primero hizo lo que más apremiaba. Fué por la noche, con algunos fieles, a inspeccionar las murallas derribadas. Y luego, de repente, con una celeridad pasmosa, hizo trabajar a todo el pueblo. A cada familia, a cada gremio le fué asignado un trozo de la obra. Todo fué tan de prisa que los adversarios se sintieron desconcertados; cuando reaccionaron, Nehemías estaba ya preparado; sus obreros «trabajaban con una mano y con la otra empuñaban la espada». Había trompetas dispuestas para dar la voz de alerta si se acercaba el enemigo.

En cincuenta y dos días, se terminó toda la reconstrucción. Jerusalén pudo entonces mirar con tranquilidad a sus vecinos.

Y en aquel esfuerzo, no sólo levantó Nehemías el muro de piedra, sino también la fortaleza moral, tan amenazada. Llama a él a todos aquellos que se sentían atraídos por el ideal de los Profetas. Los escoge de pura raza de Israel, sin contaminaciones extranjeras. Toma medidas contra los matrimonios mixtos, causas permanentes de infiltraciones paganas. Expulsa del Templo a los mercaderes profanadores. E incluso hace una reforma social, aplicando valientemente un hierro candente a esa antigua llaga de las sociedades antiguas, la cuestión de las deudas, obligando a los ricos a abandonar su rapacidad. Habiendo purificado así a su patria y restablecidos los preceptos, Nehemías podía desaparecer. «¡Ah, acordaos de mí, Dios mío, para mi salvación!», escribe en las líneas de su autobiografía. Había contribuído, además, a revelar al pueblo a aquel cuya acción completaría la suya, Esdrás.

ESDRÁS Y LA LEY

Era un escriba y también pertenecía a las colonias judías que se habían quedado en Mesopotamia. No se parecía en nada a Nehemías, que tenía santos y terribles arrebatos, y que daba puñetazos a los enemigos de Yahweh. Esdrás es sabio y reposado, jurista y teólogo. Toda su larga vida — murió a los setenta y cinco años — está dominada por una sola preocupación: la Ley. ¡La *Torah!* Sería el armazón moral y el paradigma de Israel. Y la tradición judía respetada por Esdrás tanto como por los grandes Profetas, coloca bajo su nombre una etapa esencial de su destino espiritual: cuando el texto de la Ley se convirtió, para el Pueblo elegido, en base de toda su existencia. Contaron que dictó milagrosamente noventa y cuatro libros santos, de los cuales veinticuatro eran públicos, «para ser leídos por los dignos e indignos», y setenta secretos, «reservados a los sabios únicamente». Y si ello pertenece a la fábula, la Historia nos muestra al escriba leyendo al pueblo la Ley, comentándola con un celo incansable, obligando, con Nehemías, a todos los jefes, ancianos, sacerdotes y a toda la muchedumbre, a jurar solemnemente fidelidad a los santos preceptos y estableciendo, en fin, esa dictadura del Libro que será tan característica en el régimen de la comunidad judía.

¿Qué significa exactamente ese episodio del escriba babilonio acudiendo a Jerusalén para establecer el reino de la Ley? Algunos críticos lo explican de la manera siguiente: en los medios teológicos habrían redactado, en esa época, los textos antiguos, reuniendo las versiones, y sería esa edición la que producía gran emoción al ser leída en la ciudad santa. La cosa es posible: Pisistrato, en Atenas, un siglo antes, quiso unir su gloria a una edición de Homero. Hay que tener en cuenta que el uso del arameo alejaba a la masa del pueblo del antiguo texto hebraico: se imponían traducciones y comentarios. En todo caso, es evidente que después del apostolado de Esdrás, el Libro ocupó un lugar desconocido hasta entonces: se ha supuesto que era el resultado de una maniobra sutil del partido de los sacerdotes y se han creído hallar, en la redacción de la Biblia, las trazas de algunas correcciones sacerdotales. Mas hay que juzgar el hecho con un criterio más elevado: cuando el profetismo desaparecía en Israel, cuando cesaban de sonar las grandes voces, el texto sagrado recogía la herencia e integraba el mensaje en una forma definitiva, cuya autoridad se impondría a todos.

No sólo se consagró Esdrás a las reglas abstractas de la Ley; a la par que erudito era hombre de acción. Se dedicó a problemas concretos y los resolvió. Por ejemplo, sobrepasó a Nehemías, que había condenado los matrimonios con extranjeras, y los anatematizó. Fomentó el nombramiento de una comisión, que examinó los casos, y exigió el repudio de la mujer exótica y de sus hijos. Nehemías había reconstruído los muros de piedra, mas en torno a Israel, para mantenerlo intacto, Esdrás estableció la «barrera de la Ley», tras la cual crecerá el exclusivismo judío.

Esas duras reformas no se hicieron sin crisis. Debían de existir en Jerusalén, como en todas las ciudades, gentes tibias, hábiles y equilibradas, que encontraban beneficioso mostrarse acomodaticios en lo referente a la austera Ley. Tenemos la prueba de esos sentimientos en un grave episodio: el cisma de los samaritanos. Hasta entonces, el pueblo bastardo, aunque tenía envidia de Jerusalén, se había sentido ligado por fidelidades religiosas. Ciertamente, ponía muchos reparos a esas fidelidades, pero al adorar a Yahweh bajo la apariencia de un becerro de oro. no creía Samaria que obraba mal, y el monoteísmo se sentía atraído por las divinidades vecinas. Después de la reforma, la cuestión se embrolló. Un grupo de sacerdotes de Judá, opuestos a la tendencia Nehemías-Esdrás, se marchó, llevándose una copia de la Ley. Fueron a Samaria y los recibieron con alborozo. Pronto en el monte Garizim, desde donde se divisa el admirable panorama del Hermón y de las sierras de Galaad, y hacia

el Oeste, el reflejo del mar entre las colinas rojizas, se alzó un templo: Siquem aparecía como la rival de Sión. Fué el motivo de un odio inextinguible; el *Eclesiastés* hablará de «la nación infame que vive en Siquem» y Jesús, al citar como ejemplo la caridad del Samaritano, asombrará a sus auditores. Quedan hoy un centenar de esos cismáticos; viven junto al emplazamiento de la antigua Siquem, allí donde Vespasiano mandó construir su «Flavia Neapolis», Naplusa.

LA BIBLIA

DESDE entonces, la comunidad judía es el pueblo de la Biblia, el «guardián de la Promesa», como dijo San Pablo; y a partir de Esdrás los textos recopilados tomaron su forma definitiva, bajo la cual los leemos hoy.

Josefo, el historiador judío del primer siglo, considera que es para su pueblo un título de gloria el poseer «no obras múltiples y llenas de contradiciones», sino un conjunto único al cual pueden continuamente referirse. Ese conjunto, «al cual se aproxima uno con reverencia», es el libro de los libros, el libro por excelencia; en griego *biblos, la Biblia.* Y, por curioso camino, ese vocablo griego nos lleva a las tierras de Levante, puesto que *biblos* procede de *Byblos,* la ciudad fenicia, gran mercado de papiros desde la más remota antigüedad. Si llamamos «biblia» a nuestro libro santo, es porque hace cinco mil años en un puerto sirio se vendía ya al mundo el papel egipcio.

El Antiguo Testamento, es decir, la parte que se refiere a los tiempos anteriores al nacimiento de Cristo, se formó de una manera progresiva en el curso de los siglos. Hemos estudiado las sucesivas aportaciones. Moisés comenzó por dar lo esencial de la Ley. En torno a ese núcleo fundamental, íntimamente ligado a él por los acontecimientos, se agruparon relatos históricos que utilizaban documentos muy antiguos. Luego, añadieron los Profetas sus enseñanzas: vimos cómo Jeremías reunió sus oráculos en un volumen. Por fin, por su valor espiritual, otros textos se integraron en ese conjunto, obras de poetas y sabios, tales como el *Libro de Job* o el *Cantar de los Cantares,* mientras que una inmensa corriente de fervor místico, que duraba siglos, elaboraba los *Salmos.* Esa formación se extiende, pues, en un tiempo considerable, un millar de años poco más o menos.

Se plantean tres problemas más. Primero, el de la transmisión. ¿Cómo fueron conservadas esas tradiciones tan antiguas? Hemos visto[1] que el uso de la escritura es atestiguado entre los hebreos desde los más remotos tiempos; que Moisés, Josué y Samuel son representados en actitud de escribir, que en la época de los reyes existía una verdadera cancillería. Hay que recordar la importancia que tiene la memoria entre los pueblos antiguos.[2] Podemos por tanto admitir que la historia de Israel fué conservada por la tradición oral y por textos que fijaban por lo menos lo esencial. Se comprende que esos dos modos de transmisión expliquen ciertos errores o imprecisiones que pueden hallarse en el texto; la repetición de memoria deja la puerta abierta a muchas modificaciones; la escritura hebraica, que carece de vocales, da pie a muchas confusiones. (Por ejemplo, la raíz *dbr,* según la vocales que se le atribuyan, significa: discurso, peste, hablar, pasto, santuario.) En tiempos en que se respetaba menos que ahora el texto, pudo haber algunos sensibles cambios sistemáticos bajo la influencia de tales o cuales transmisores.

Se plantea ahora el segundo problema: ¿en qué momento fué fijado ese conjunto de tradiciones, que participaba de la movilidad de la vida? Fué precisamente en el período al que nos ha conducido nuestra historia. Tanto en los círculos de Babilonia, como en Jerusalén o Alejandría, del siglo V al I antes de nuestra era, se prosiguió el trabajo de redacción. Sucesivamente, aplicaron a la Ley, a los Profetas y a otras tradiciones lo mejor de la ciencia histórica de la época. Utilizaron textos antiguos; incluso a veces los unieron con cierta torpeza, sin molestarse en armonizarlos. El contenido esencial mosaico era transmitido igualmente, pero las expresiones podían variar. Por eso, en el *Pentateuco,* advertimos tres fuentes: la más reciente, que designan a menudo por la letra P, parece haber sido redactada según el criterio de los Sacerdotes; otra es llamada «fuente J», o Y, porque a Dios se le llama Yahweh; parece ser que la más antigua es la que se nombra Elohim, la «fuente E». Hecho este trabajo de síntesis, el texto presentará mayor solidez y resistirá mejor toda transformación.

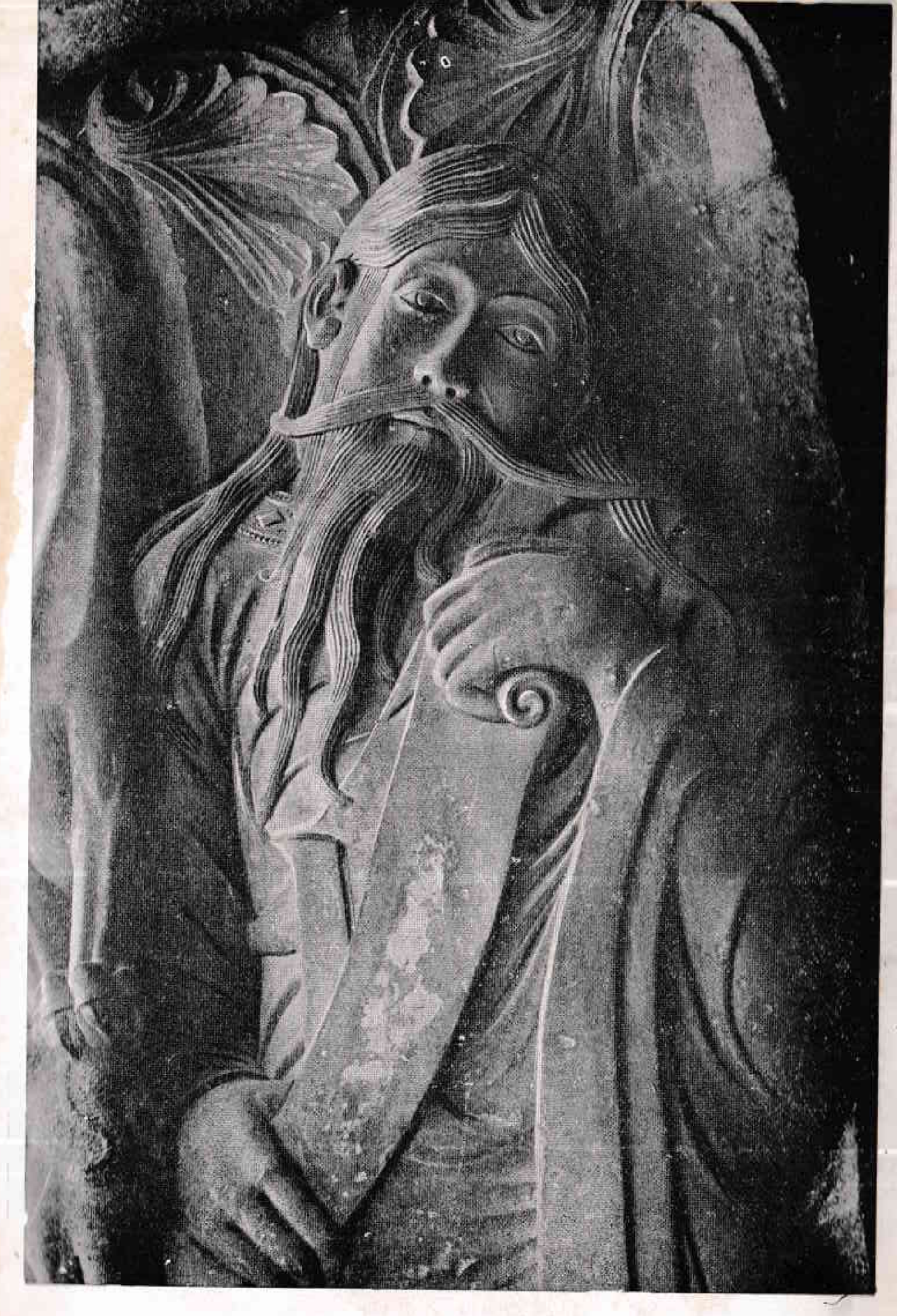
En fin, el tercer problema es éste: ¿cuándo se impusieron esos textos somo sagrados, obligando al pueblo a cumplir sus preceptos? Hemos visto con cuánta dificultad lograba Moisés hacer respetar algunos simples preceptos y cuán frecuentes son, en el curso de la his-

1 Véase Capítulo Primero de la Segunda Parte.
2 Véase Capítulo Tercero de la Primera Parte.

toria, la infidelidades de Israel a su Ley. Veneraban el recuerdo de la revelación mosaica, conservaban los viejos textos en los archivos, mas ello no constituía aún, lo que significa el vocablo griego regla, medida, modelo, un *canon*. A partir del siglo VII, con los esfuerzos de Josías, y después del famoso «descubrimiento», la Ley comienza a asumir ese papel. Esdrás, en el siglo V, al cabo de doscientos años de esfuerzos y meditaciones en la tribulación, impone al pueblo entero el Libro santo, como salvaguardia suya. En el curso de los siglos siguientes, el canon fué determinado, es decir, la colección de los libros considerados como fundamentales e inspirados por Dios. Hacia el año 150 antes de Jesucristo estaba establecida la lista en líneas generales.

El canon bíblico, tal como la Iglesia católica lo definió en 1546 en el concilio de Trento, está formado por cuarenta y cinco libros del Antiguo Testamento. Los cinco primeros forman el *Pentateuco*, y son los fundamentos de la Ley: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio; luego siguen los libros históricos: Josué; Jueces, Ruth, dos de Samuel, dos de Reyes, dos de Crónicas, Esdrás, Nehemías, Tobías, Judith, Esther, dos de Macabeos. Los libros poéticos y sabios comprenden: Job, los Salmos, los Proverbios, el Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, la Sabiduría y el Eclesiástico. En la cuarta sección tenemos los Profetas, los cuatro mayores: Isaías, Jeremías (con Baruch), Ezequiel y Daniel, y los doce menores. El canon judío, seguido por los protestantes, admite sólo treinta y nueve libros, sin contar el de Tobías, Judith, la Sabiduría, el Eclesiástico, Baruch y el segundo de los Macabeos, y la clasificación es algo diferente: La Ley (sólo el Pentateuco), los Profetas (incluídos Josué, los Jueces, Samuel y los Reyes, considerados como «profetas anteriores»), y por fin las demás Escrituras.

Esas diferencias dejan intacto un acuerdo de principio sobre el hecho esencial de que la Biblia es un «libro inspirado». ¿Que qué hay que ver en ello? «La inspiración — ha dicho León XII en la encíclica *Providentissimus Deus* — es un impulso sobrenatural por el cual el Espíritu Santo excitó y empujó a los escritores sagrados y les asistió mientras escribían, de tal forma que conservaban exactamente, referían fielmente y expresaban con una certeza infalible cuanto Dios les ordenaba y sólo lo que Él les mandaba.» Esa sabia y penetrante definición — *un impulso* — asigna en la elaboración su lugar respectivo a la inteligencia y a la voluntad humana y al poder divino. Corresponde ciertamente al concepto que tenían los judíos cre-



UN PROFETA
Escultura de la fachada de la iglesia de Moissac



LA INSPIRACION PROFETICA

Los profetas eran directamente inspirados por Dios. Esta noción es la que nos ha mostrado Thierry Bouts al presentarnos al Angel del Señor hablando a Elías, dormido en el desierto. Detalle del cuadro titulado *La Cena* (1464-1468) que se halla en la iglesia de San Pedro de Louvain.

yentes, para quienes, como dice San Pablo, «toda la Escritura fué de inspiración divina».

Cae fuera de nuestro tema el considerar en qué medida la inspiración divina está de acuerdo con la exactitud histórica. Si el crítico, que ve en la Biblia un documento, puede someter los hechos a la criba de su análisis, no por eso llega a la verdad dogmática. El texto que leemos se considera expresamente como obra de Dios, mas por intermedio de los hombres: ello explica los detalles fabulosos o las formas narrativas, diferentes de las nuestras, y de las que en vano presumimos. En sentido inverso, las teorías seudocientíficas del «concordismo» que, hace medio siglo, pretendían conciliar los datos de la Biblia con los de la geología, astronomía o biología modernas, no han pasado de ser vanas glosas.

Para dar al texto bíblico todo un sentido y alcance, es preciso tener en cuenta a los hombres que formularon la palabra divina. El concepto que tenemos hoy de la Historia procede de los griegos: Tucídides se parece a nuestros contemporáneos. Oriente tenía otros puntos de vista. Entre el pasado, el presente y el futuro, parecía menor la diferencia; un profeta que anunciaba el porvenir porque era profeta era creído como si evocase hechos que se podían comprobar. El *midrasch,* el apólogo cuya misión era enseñar, utilizaba la historia con gran libertad (Tobías o Judith son ejemplos de ello). Ello no quiere decir, en absoluto, que por eso no fuese cierta la lección religiosa.

Hay que tener igualmente en cuenta el carácter progresivo de la enseñanza divina en la Biblia. Todo ocurre como si Dios hubiese querido educar poco a poco al Pueblo elegido, y, por medio de él, a la humanidad. El concepto del Omnipotente y de la ley moral no han cesado de ampliarse. Los siglos de Israel presentan un progreso regular en la historia religiosa, y un ascenso espiritual constante. La Biblia es, pues, el testimonio de una *revelación;* no es, como dicen tantos críticos librepensadores, una especie de leyenda teológica de Israel; su contenido está en la Historia y es historia; pero no es plenamente comprensible más que en la perspectiva sobrenatural en que se sitúa, partiendo de un hecho místico, la vocación de Abraham, y tendiendo a una elucidación completa del misterio humano, al cual llama San Pablo *finis enim Legis, Christus* (*Rom.,* x, 4), el fin de la Ley, Cristo. Si encontramos escoria en el Antiguo Testamento, en vano la buscaríamos en el Evangelio.

La obra fundamental de esa comunidad judía, que contemplamos tan raquítica entre ingentes imperios, su título de gloria imperece-

dero, es el haber perpetuado, y puesto al alcance de todos, las tradiciones y los valores religiosos de los cuales era depositario su pueblo. Es probable, seguro, que los haya encerrado en formas estrechas, duras y moldeadas por un exclusivismo lleno de peligros. Mas imaginemos, por un instante, que no hubiese existido esa pequeña comunidad, que hubiera sido absorbida por la masa pagana; ¡qué tesoro de belleza, vida espiritual e inteligencia hubiera perdido la humanidad!

DE ATENAS A ALEJANDRO

CONSIDEREMOS en tal perspectiva el trabajo literario, histórico y teológico, al cual se consagran los escribas de Israel: aparece como uno de los grandes momentos del espíritu humano, aun independientemente de su significación sobrenatural. Y ello induce a hacer con mayor justicia las comparaciones sugeridas por la Historia. El siglo v antes de nuestra era está dominado por la radiante imagen de Atenas. Victoriosa de los persas, cerebro y corazón de la liga marítima de Delos, que transforma al mar Egeo en un lago helénico, es la ciudad prestigiosa, «la escuela de Grecia», como dice Pericles, y una de las obras más acabadas de todo cuanto la inteligencia puede dar al hombre. Sea la tierra donde Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Sócrates y Tucídides aportan a nuestra común grandeza obras inmortales, o sea la ciudad exaltada de genio que, sobre la alta colina, construye a la diosa de la razón vigilante su maravillosa jaula, el Partenón, todo ello no debe hacernos olvidar que en el mismo momento, en un pequeño cantón de Judea, se componía un texto cuya riqueza espiritual vale tanto como la de los trágicos y los filósofos, y que Fidias y Pericles son los contemporáneos de Nehemías y Esdrás.[1]

Además, por resplandeciente que sea el «milagro griego», no puede disimular que ese esplendor que nos encanta no es más que un aspecto de una realidad humana, que tenía otro, doloroso y trágico; que los trabajos forzados de millares de obreros, en las minas del Laurión y en las canteras del Pentélico, pagaban cara esa belleza; que el desprecio de la vida humana era normal en una «democracia» que se apoyaba sobre la esclavitud; que el pensamiento religioso de ese pueblo tan inteligente, con excepción de una aristocracia espiritual poco numerosa, esa mitología sin metafísica ni moral, estaba muy lejos de tener el valor de la fe del más humilde servidor de Yahweh.

1 Esdrás llega a Jerusalén cuando Sócrates, en Atenas, bebe la cicuta (399-398).

En verdad, Atenas y Jerusalén encarnaban perfectamente las dos actitudes contrarias del espíritu: la que pide a la inteligencia sola la explicación del mundo, de la vida y del hombre, y la que, para esa elucidación suprema, se apoya sobre la fe. En el siglo v, esas dos experiencias corren muy lejos la una de la otra y se ignoran por completo; llegará un momento en que se enfrenten en el drama de los Macabeos; la Historia preparó el encuentro con un largo rodeo.

Sabemos que la gloria griega del siglo v caminó rápidamente hacia la ruina. La Hélade gloriosa llevaba en sí gérmenes de muerte: la división de las ciudades y su insuperable envidia. Apenas habían logrado entenderse, cuando el Asia llamaba a sus puertas; apenas restablecida la paz, comienzan de nuevo las estériles rivalidades. Atenas, que representa al mismo tiempo una gran potencia y un gran pensamiento, no piensa más que en sacar provecho para sí de la victoria. Sus aliados la odian; Corinto y Esparta le tienen envidia. Veintiocho años después de Salamina, estalla una nueva guerra y la raza más civilizada del mundo se dispone a matarse mutuamente. Es la guerra del Peloponeso (431-404), horrible, inexplicable. Atenas, en poder de los demagogos, se lanza a la más loca aventura. Complicado por odios interiores entre autoritarios y demócratas, el conflicto llega a ser bárbaro. Mas ¿quién ve el verdadero sentido de ese drama, el agotamiento progresivo de la raza griega que muere, los atenienses en las canteras de Siracusa, los espartanos en la isla de Esfacteria o en vanas expediciones? Después de sesenta años de matanzas, la muerte de Epaminondas en el campo de batalla de Mantinea (362) tiene un valor simbólico: en verdad, lo mejor de la sangre griega corrió en vano.

Mientras tanto, en una región lejana, hacia el Norte, ha crecido un pueblo: Macedonia. A las antiguas virtudes que le dió el suelo, Filipo añadió lo que había recibido de los griegos. Aprendió de ellos la manera de vencerlos. Ha sonado la hora de la ineludible unidad; el patriotismo de Demóstenes es noble, pero arcaico y está en desuso. El verdadero heredero de toda Grecia es el jefe de la temible falange, el padre del mayor conquistador que haya dado la historia; es Filipo, padre de Alejandro.

Entonces comienza la sorprendente aventura, la más admirable sin duda que haya vivido un mortal. Un muchacho, colmado por todos los dones que pueden dar conjuntamente la belleza, la fuerza,

el genio y la inteligencia, coge todo un mundo en su manos. Aureolado por una gloria que parece sobrenatural, doblega a su voluntad pueblos y espacios, destinos y acontecimientos. Si hay una existencia que recuerde la verdad eterna de que la Historia no es el desarrollo de ciegos automatismos, ni el resultado de azares obscuros, sino que la forman los hombres y lleva la huella que le pusieron, es la de un adolescente por quien la violencia necesaria no fué nunca considerada como la finalidad ni la medida de la acción y cuyas hermosas victorias fueron el fruto y la promesa del pensamiento.

Alejandro era griego, profundamente griego, de una Grecia amplia cuyo prodigioso poder de irradiación presentía mejor que nadie. Alumno de Aristóteles, iniciado por él tanto en la grandeza de la idea como en la idea de grandeza, educado por él en las estrictas disciplinas morales, hizo de un golpe lo que los particularismos no habían permitido nunca llevar a cabo a las pequeñas ciudades. Unidos por él en el proyecto de vengarse en Asia de los ultrajes de Darío y Jerjes, los griegos van a sembrar en un campo inmenso un grano que, sin Alejandro, se hubiera secado entre las rocas de sus colinas.

Cuando Alejandro, a los veinte años de edad, sucedía a su padre (336), las profundas causas de debilitamiento que llevaba consigo el Imperio persa habían llegado a tal grado que ya no bastaban ni los paliativos ni las buenas voluntades. Bajo Artajerjes II (405-358), la extrema debilidad de la corona aqueménida se había hecho patente cuando los diez mil mercenarios griegos de Jenofonte, salidos con Ciro el Joven para vencer al Rey de Reyes, pudieron, después de su derrota, regresar tranquilamente a través de todo el Imperio, de Mesopotamia al Egeo, en esa gloriosa retirada narrada en *La Anábasis*. El contemporáneo de Alejandro era Darío III (335-330), hombre hermoso, serio, caballeresco, modelo de hijos y esposos, mas en quien el noble sentimiento de la dignidad real no corría parejas con la energía.

En esa masa amorfa, Alejandro penetra como una cuchilla. Le bastan treinta y cinco mil hombres. Después de saludar a Aquiles, su modelo, en los altares de Troya, el joven jefe va de victoria en victoria; cada combate señala una etapa de conquista. En Gránico, se le entrega el Asia Menor; en Iso se apodera de todas las rutas de la Media Luna fértil. La invencible Tiro es conquistada en siete meses. En los bordes del Nilo, acogido como liberador, se corona con el *pschent* faraónico, funda, en momento genial, Alejandría, y se hace saludar como hijo de Dios y señor del Mundo por los sacerdotes de Amón. Con una sola batalla, la de Arbelas, conquista toda Mesopotamia. Sucesor del Gran Rey, dueño de todo el Imperio por una serie de asombrosas incursiones a través del hielo de la montaña y del fuego del desierto, sobrepasa todo límite en las márgenes del Índico, donde las cargas furiosas de los elefantes de Poro no vencen su tranquilo valor.

Esa obra militar no es para él más que un medio. Lo que desea, lo que ve en el porvenir, es la unidad del mundo, un universo cuya vitalidad helénica, fecundando las masas inertes del Asia, llevaría a cabo, mejor que la dominación de uno solo, el reinado de un inmenso pensamiento humano. «Por eso — dice Plutarco —, sabiendo que había sido enviado por los dioses para ser el árbitro de todos y para reconciliar a los hombres, quiso que todos mirasen al mundo entero como una patria única.» Y, para añadir a su figura la sombra conmovedora de un destino truncado, sucumbe en plena juventud, a los treinta y dos años, sin haber conocido de la vida más que lo que magnifica al hombre. Esa epopeya rozará la historia judía por un lado. En el curso del verano de 332, cuando iba a Egipto, Alejandro cruzó la tierra de Canaán. Es probable que pasara por la costa, donde Gaza le ocasionó algunas molestias. Flavio Josefo, al repetir una tradición judía, pretende que penetró en Judea, y que en los alrededores de Jerusalén, el Sumo Pontífice, revestido de sus ornamentos, salió a su encuentro y le saludó como al destructor de la potencia persa, anunciada por el Profeta. El joven guerrero se mostró muy benévolo; garantizó a Israel el ejercicio de sus leyes e incluso hizo un sacrificio en el templo de Yahweh. Se cree hoy que se trata de una fantasía, inventada por los judíos para hacer méritos, más tarde, ante los reyes, sucesores del macedonio.

Mucho más importante que la anécdota es el hecho histórico. A partir de entonces, al Imperio persa sucede la dominación helénica. Y en el nuevo mundo, creado por prodigiosas conquistas, la comunidad judía ha de jugar de otro modo su partida, defendiendo su alma contra nuevos peligros.

EL IMPERIO HELENÍSTICO

DESPUÉS de haber pensado en mantener la unidad imperial bajo la ficción de una regencia, los generales de Alejandro lucharon salvajemente entre sí, y diecisiete años después de la muerte del gran

conquistador, en 306, su Estado quedaba definitivamente fragmentado.

Antígono, en Macedonia, pretendía ser el único que tenía derecho al título real, pero no dominaba más que la península griega, donde fracasó la última sublevación ateniense; sus sucesores, los antigónidas, con escasos recursos, pero jefes nacionales de un pueblo pequeño, formarán la coraza del mundo griego contra los bárbaros del Norte y permitirán el desarrollo de una notable civilización, a la cual debemos la *Victoria de Samotracia* y la *Venus de Milo*.

En Egipto, los ptolomeos lágidas, pretendiendo reemplazar a los faraones, vivirán menos para la gloria y la gran política que para el comercio, el dinero y los placeres que procura, de los más nobles a los más bajos. Apoyados en un sistema estatal cuya perfección jamás ha sido superada, ni siquiera por los incas, expertos en llevar hacia sus arcas las riquezas del Nilo, pasarán tres siglos en un lujo mal avenido con la moral, entre filósofos y cortesanas, en medio de asesinatos palaciegos, pero legando, sin embargo, al mundo el Museo de Alejandría, el Faro, la *Versión de los Setenta* y la descendencia de Platón. De esa civilización decadente, Cleopatra será la flor suprema, atrayente y emponzoñada.

Los descendientes de Seleuco, el más valeroso de los lugartenientes de Alejandro, reinarán, en principio, sobre todas las tierras de Asia. De hecho, su dominación se limitará pronto a la Media Luna fértil, teniendo como capitales Seleucia, en Mesopotamia, y Antioquía, en el Orontes. De las tres dinastías, sólo ellos tendrán el sentido de una política amplia. Contarán incluso con un gran hombre, Antíoco III. Mas no podrán evitar que se desprendan provincias de su territorio: la Bactriana, en la Alta Asia (el actual Turquestán ruso), y el Ponto y Pérgamo en Asia Menor. Sobre todo, tendrán la desgracia de ser un obstáculo para el futuro dueño del mundo, el implacable romano. Su huella se descubre aún en el Asia actual, donde las comunidades sirias cuentan los años desde la fecha en que los seléucidas inauguraron su reinado, en el 312 antes de Cristo.

No hay que dar importancia a esas divisiones políticas ni siquiera a las continuas revueltas de que Oriente será teatro hasta el día en que, treinta y un años antes de nuestra era, Augusto impone la paz. Más que los acontecimientos, lo que cuenta en esto es la historia de una sociedad que, en muchos aspectos, recuerda la nuestra. Ya no es la de las pequeñas ciudades, la de los Estados de modestas dimensiones; es un universo engrandecido en el que Europa, Asia y África se sienten asociadas, donde el hombre amplía su visión, donde el comercio se internacionaliza, donde se opera la síntesis de elementos complejos, de restos de todas las civilizaciones destruidas, Nínive, Babilonia, Egipto, Lidia, Persia, materiales heterogéneos que cimenta el helenismo que extiende por todas partes su pensamiento y su lengua. Entonces se hablaba griego del Indigo a Marsella, del Cáucaso a los oasis del Sahara. En lo más remoto de la Bactriana se deja sentir esa acción unificadora, cuya influencia se extenderá, por allí, hasta China. No es un imperio en el sentido político del vocablo, sino el imperio de una forma de civilización, el imperio helénico.

Para comprender la violencia llena de odio que opondrá Israel a las seducciones del mundo helénico, hay que empaparse de su encanto seductor. Ninguna época — excepto la nuestra — conoció semejante animación, semejante intercambio de cosas, de seres e ideas: Alejandría, que contará un millón de habitantes, es una aglomeración ingente, con anchas avenidas, con un puerto repleto de navíos internacionales, cuyos jardines públicos muestran colecciones de fieras, y cuyo museo, con su biblioteca de siete mil volúmenes, sus vitrinas de historia natural, su observatorio, sus Facultades y sus Academias, es el centro indiscutido del pensamiento mundial; Antioquía, junto al Orontes, entonces navegable, es un mercado que atrae las caravanas de toda el Asia; los navíos griegos y fenicios traen a las radas de Seleucia Piérica y de Latakiyeh los productos del Mediterráneo. Pérgamo, capital de un pequeñísimo reino, es un hogar brillante de las tradiciones griegas, cuyo gimnasio superpone, en la ladera de su colina, tres pisos de terrazas, una para los niños, otra para los alumnos mayores, y la tercera para los estudiantes, y cuyos bibliotecarios, para librarse del papiro de Egipto, inventan el «papel de Pérgamo», el pergamino. Ese mundo en plena ebullición rodea a la roca de Israel con una agitación febril. A todas esas tentaciones, lujo, inmoralidad, cosmopolitismo, filosofía platónica, poesía de Teócrito, matemáticas de Euclides, ha de sustraerse el espíritu judío. Las civilizaciones de sumo refinamiento y de inteligencia superior mezclan de manera inextricable lo mejor y lo peor, lo que exalta al hombre y lo que lo degrada. Es muy difícil determinar lo que se puede admitir y lo que hay que rechazar.

El mundo helénico tuvo en la Historia un papel importante. Se nota que es, como el nuestro, una transición. Está cuajado de crisis. Tiemblan los cimientos de la sociedad; los conflictos sociales, con huelgas y revoluciones, vienen a sumarse a las luchas políticas. Se desarrolla un drama moral de múltiples aspectos, cuyos síntomas son la superstición, el apetito de gozo, el descenso de la natalidad,

la propaganda anticoncepcional, el puesto excesivo concedido a la mujer que, liberada del gineceo, asume tareas viriles o disuelve a la sociedad bajo su influencia. Hasta el arte se disgrega y si, en Pérgamo, en la *Gigantomaquia,* o en Alejandría Lágida, muestra aún las más hermosas cualidades técnicas, substituye demasiado la fuerza creadora por la agitación y el efectismo. Sin embargo, ese universo brillante y podrido, al mezclar pueblos y naciones, preparó el camino para la unificación futura. Roma, al creer que lo domina se dejará absorber, pero le dará su armazón política. Y entonces estará preparada la tierra para otra sementera.

LA RESISTENCIA AL HELENISMO Y LOS MACABEOS

ENTRE el mundo helénico y la comunidad de Israel, la oposición es total. Chocaba su concepto de la vida. Las mismas palabras, para un griego o un judío tenían un significado muy distinto. La libertad, para uno, era la de una ciudad algo anárquica, donde el hombre pretendía hacer su voluntad y adorar a todos los dioses que le diese la gana; para otro, era el derecho a someterse a una Ley infinitamente rígida, obra de un Dios único, sin igual. La sabiduría era, para el griego, la ciencia que, por medio de la inteligencia, aumenta el conocimiento; para el judío, era la veneración y la fe, el temor a Dios. Los dos pueblos que por entonces hacían más por el porvenir humano, se desconocían profundamente. No hay influencia griega en la Biblia, salvo en la muy tardía *Sabiduría,* y se asombra uno de la ignorancia de los historiadores antiguos respecto a los judíos. Manetón, el egipcio, no cuenta más que fábulas como la que pretende que Israel procede de una tribu de leprosos; Polyhistor cree que Moisés es una mujer; Eupolemio supone que Abraham fué un gigante que construyó Babilonia y Posidonio cuenta que el tabernáculo era un asno. Sin embargo, por apartada que se mantuviese de las influencias helénicas, la comunidad judía se sentía cercada. Las antiguas ciudades filisteas eran griegas; griega era también la vecina Siria; y en Jerusalén incluso todo un partido preconizaba que se imitase a los que, por entonces, representaban la flor de las civilizaciones.

Después de la muerte de Alejandro, Palestina le correspondió a Ptolomeo y durante veintitrés años fué egipcia. Como en los primeros tiempos, bajo los tres primeros Lágidas, fué feliz y permaneció tranquila; los únicos incidentes fueron los que opusieron una familia

de sacerdotes, los Oníadas, que detentaban la soberanía sacerdotal, a una familia feudal, los Tobíadas, que, desde su feudo de Amón (se han descubierto las minas de sus fortalezas), intervenían continuamente en la ciudad santa. Bajo Ptolomeo IV (221-203), la situación empeoró; muy apasionado por la teología, ese faraón griego se empeñó en hacer la unidad de sus Estados por medio de la religión. En una atrevida síntesis, mezclando los rasgos de Osiris y Dionisos, los Lágidas hicieron un dios grecoegipcio, Serapis, cuya leyenda de muerte y resurrección no carecía de belleza. Bajo el pretexto de que otro nombre de Dionisos, Sabazios, se parecía mucho a Sabaoth, Ptolomeo IV intentó identificarlo con Yahweh. Mas se encontró frente a una vigorosa resistencia y parece ser que no insistió.

Por la fuerza no podía penetrar el helenismo en Judea, sino más bien mediante múltiples infiltraciones. Si el pueblo, en general, con su instinto que no engaña, permanecía rebelde a las contaminaciones del pensamiento griego, los ricos, los poderosos, hasta la clase sacerdotal, se dejaban atraer por su prestigio. El helenismo de los Lágidas era bastante indolente; cuando Palestina caiga bajo la dominación seléucida, el problema se planteará de manera más apremiante.

En 223 subió al trono de Siria un soberano de primer orden: Antíoco III; por su energía mereció el sobrenombre de «el Grande» que le dieron los antiguos, y si tuvo la desgracia de topar con Roma, hizo cuanto pudo para conjurar su destino. Con él, la Historia recuperó en parte el estilo de Alejandro. Reanudó la vieja política de todos los dueños de la Media Luna fértil, y decidió arrebatar Palestina a Egipto. En el año 200, junto a las fuentes del Jordán, en un lugar llamado Panión porque en la montaña habían hecho grutas y nichos consagrados al dios Pan, aplastó al ejército lágida. Diez años después sufrió el terrible desastre de Magnesia (190), en el que Roma le quitó todos sus territorios del Asia Menor. Pero sus descendientes conservaron Palestina.

Bajo la dominación de esta ambiciosa dinastía, la propaganda griega adquirió en Jerusalén una fuerza nueva. Usando de todos los medios para insinuarse, los griegos tuvieron pronto a su favor un verdadero partido. O mejor dicho, hubo dos partidos helenófilos, el uno de tendencia egipcia y el otro partidario de Siria, pero los dos admiradores de las modas, pensamiento y elegancia de los griegos. A esos judíos helenizados, los judíos piadosos se opusieron con una violencia feroz: ¡Violaban la ley! ¡No se sometían a la circuncisión! ¡Fomentaban los juegos atléticos en los que se descubrían las desnudeces! Ya bajo Seleuco IV (187-175) se produjo un gran escán-

dalo; este rey, incitado por el partido de los Tobíadas, envió a su ministro, Heliodoro, para saquear los tesoros del Templo de Jerusalén; pero tres ángeles del Señor, uno de ellos a caballo, se lanzaron contra él y le impidieron cometer su sacrilegio. Delacroix, en uno de los grandes lienzos de San Sulpicio, ha pintado maravillosamente este combate angelical.

Fué peor con el advenimiento de Antíoco IV (175-163). Este príncipe extravagante, que pasaba del estoicismo al epicureísmo, de la altiva majestad a un cinismo vulgar, hubiese merecido que, con un juego de palabras irónico, cambiasen su título real de Epifano («dios manifestado») por el de Epimano («el loco») que le sentaba mejor... Con el pretexto de unificar sus Estados, se lanzó al avispero palestino. Los judíos piadosos vieron en él «el ser devorador, el injusto con púrpura, el cruel, el vástago del rayo». Teniendo que acudir a Jerusalén a causa de una de las numerosas querellas entre judíos helenistas, expulsó al sumo pontífice Onias III y puso en su lugar a su hermano Jesús que, en seguida, tomó el nombre de Jasón Antioqueo, rebautizó a la ciudad de Jerusalén con el nombre de Antioquía y emprendió la construcción de un gimnasio. Ello fué la causa de una crisis violenta, que mostró a Antíoco IV la necesidad de emplear otros métodos.

Precisamente, acababa de sucederle una desagradable aventura. Cuando se disponía a apoderarse de Egipto, los romanos, sus amigos romanos, le prohibieron con áspera orden que diese un paso más. Conocemos la escena. Popilio Lenas, enviado del Senado, acudió para comunicar al Epifano que abandonase la región del Nilo: «Déjame pensarlo», dijo el rey. Con la punta de su bastón, el romano cruzó un círculo alrededor del griego. «¡Piénsalo aquí!» Antíoco IV se inclinó. Mas sacó la conclusión de que a partir de entonces era preciso dar a toda costa a sus estados una sólida armazón griega para resistir el peligro romano. Llegó furioso a Jerusalén y violó el Templo; dirigiéndose al tabernáculo, cogió los tesoros que contenía, los candelabros y el altar de oro. A millares murieron los judíos piadosos. Puso en Sión a un gobernador militar. Los muros, los muy amados Muros de Nehemías, fueron destruídos. Mandó construir una ciudadela griega junto al Templo, guardada por una poderosa guarnición. Y, por fin, el 15 de diciembre de 167 fué entronizado en el mismo Templo esa «abominación del desconsuelo» que había profetizado Daniel, el ídolo de Zeus Olímpico, sin duda bajo los propios rasgos de Antíoco. Se prohibió la lectura de la Torah, celebrar el Sabat y hacer la circuncisión a los recién nacidos. Era una típica persecu-

ción religiosa, la primera que registra la Historia. Contra la impía tiranía se alzó el pueblo de Israel.

Al principio hubo resistencias individuales. Unos, para no violar la Ley, encontraron en lo hondo de su corazón el viejo ideal patriarcal y huyeron con su ganado a la estepa; les llamaban los «piadosos», los *hassidim*. Otros llevaron más lejos su heroísmo. Contaron, con admiración, en Israel, el martirio del santo anciano Eleazar, que «obligado, con la boca abierta a la fuerza, a comer carne de cerdo», prohibida por la Ley, la escupía, y prefirió el suplicio para no dar mal ejemplo (III, *Macabeos,* VI). Y también el sacrificio de una madre cuyos siete hijos, obligados a violar la Ley, se dejaron torturar, desde el mayor al más joven, un niño, que les animaba a soportar la muerte antes de apostatar (II, *Macabeos*, VII).

Luego, bruscamente, esas resistencias pasivas y dispersas se agruparon en un haz temible. Surgieron hombres; toda una familia, la de los Macabeos, proveyó de jefes al partido antihelénico. Entretenido en el Éufrates, donde los terribles partos, escitas llegados de las orillas del Caspio (aquellos cuyas flechas lanzadas, al retirarse, por encima del hombro son proverbiales) le daban grandes preocupaciones, Antíoco IV no pudo oponer a la insurrección todas sus fuerzas. Fué la última página de gloria de Israel.

Se volvió a ver, como en tiempos de David, florecer la hazaña, y el heroísmo tornarse contagioso. En Judas Macabeo —«Judas Martillo», igual que se dice de Carlos Martel—, que dió su nombre a la familia, la epopeya hebraica tuvo una de sus más hermosas figuras, y los judíos entusiastas cantaron su gloria: «Fué semejante al león en cada uno de sus actos, al león que ruge al lanzarse sobre su presa» (I, *Mac.*, III, 4). Uno de sus hermanos, Eleazar Abarón, «adquirió nombre inmortal» por un hecho de armas poco corriente: al descubrir, en la pelea, al elefante cubierto con los arneses reales, llegó hasta el animal, le hundió su espada en el vientre y murió aplastado.

La sublevación comenzó por la del padre, Matatías, que, en la aldea de Modín, mató a un judío apóstata y al inspector griego que trataba de obligarle a que hiciese sacrificios a los ídolos. En torno a él se agruparon muchos fieles y comenzó la caza de griegos y renegados. Desde 166, bajo el mando del tercer hijo de Matatías, Judas Macabeo, comenzó una guerrilla implacable. El gobernador fué vencido y muerto, y cuatro ejércitos de socorro sufrieron sucesivamente la misma suerte. En dos años, el soberano sirio se vió obligado a cambiar de método. Devolvió a los judíos su libertad religiosa. Judas regresó a Jerusalén, purificó el Templo derribando el altar idólatra,

reformó el sacerdocio e hizo reunir de nuevo los libros santos dispersados por la persecución (164).

Ese éxito no pareció suficiente a los exaltados que tenía Judas en sus tropas. El Akra desafiaba siempre a la ciudad santa. ¡Había que pensar en la independencia política! Era más difícil. Judas Macabeo obtuvo aún victorias, pero fué vencido, y salvado sólo por la muerte de Antíoco Epifano y los disturbios que estallaron. Habiendo tomado de nuevo las armas, obtuvo un último triunfo sobre «el elefantarca Nicanor», pero acorralado, por fin, en los cerros próximos a Jerusalén, con pocas tropas libró un combate supremo para defender el honor, y en él murió.

Dos de los hermanos del héroe le sucedieron en el mando: Jonatás y Simón. El pueblo, asombrado por los resultados obtenidos por esa familia, no concebía que se eligiese un jefe que no perteneciese a ella. Aun subsistía un poderoso elemento helenófilo, pero la generalidad de la comunidad formaba un bloque en torno a los Macabeos: Jonatás y Simón fueron elegidos cada uno a su turno sumos pontífices. La guerra antigriega prosiguió; pero los nuevos jefes no fueron sólo soldados como Judas. Emplearon la diplomacia. Llegaron incluso a pedir ayuda a Roma, cuya sombra, por entonces, comenzaba a cubrir el Oriente: no obtuvieron más que buenas promesas. Se aprovecharon sobre todo de las incesantes querellas que desgarraron el reino seléucida. Nombrado gobernador de Judea, y de hecho príncipe casi independiente, Jonatás se apoderó hasta de Jafa en 147, teniendo así una salida al mar. Cuando pereció, en una de esas intrigas en las que era tan experta la corte de Antíoco, fué Simón el que llegó a la meta de sus esfuerzos: en 142, el rey Demetrio II abandonó la ciudadela de Akra, que fué destruída, y reconoció la independencia judía. La comunidad era de nuevo un Estado libre. Se acuñaron las primeras monedas judías. Y Simón, nombrado «Gran Sacerdote hereditario», fué reconocido como etnarca de Judea, y si no tomó el título de rey (sin duda por respeto a la descendencia de David), tenía todos los poderes. En verdad, aparecía una nueva dinastía: se la llama de los Asmoneos, a causa de un obscuro antepasado de Matatías (lo mismo que en Francia llaman merovingia a la primera dinastía, por razón del mítico Meroveo).

Parecía, pues, que lo que se había propuesto el antihelenismo estaba plenamente conseguido. Pero sus éxitos desviaban a Israel de su camino. La verdadera finalidad de sus esfuerzos desde el regreso de la cautividad, fué la preservación de su alma. La libertad política no podía ser más que una garantía para la otra, la única que tenía

valor, la religiosa. Al triunfar en el terreno temporal, los sucesores de Judas Macabeo se entregaban a las mismas tentaciones que quisieron combatir. Llegaban a ser soberanos orientales, como los demás, príncipes elegantes, con relaciones con las cortes helénicas. Era un debilitamiento, el principio de una infidelidad. Y la consecuencia inmediata fué un cambio de posiciones. Los *hassidim*, los fieles, baluarte de la resistencia, se apartaron cada vez más de aquellos jefes sospechosos; se colocaron aparte, se aislaron y entonces los llamaron los «separados»; *fariseos*. Y fué el otro partido, el defensor de una religión menos rigurosa, el que interpretó la Ley con un criterio condescendiente, el que gobernó al pueblo y cuyos miembros fueron designados como *saduceos*.

Este nuevo problema aparece claramente planteado cuando, al ser asesinado Simón por un traidor, le sucedió su hijo Juan Hircano (134 a 104). Después de estar sometido algún tiempo al seléucida Antíoco VII y de pagarle tributo, se aprovechó de su muerte para recuperar toda su independencia, y en seguida se lanzó a una política de expansión. Su reino, en pocos años, se hizo mayor que el de David; de Idumea a Escitópolis, y hasta en Transjordania, impuso su autoridad. Practicó una política de judaización sistemática, en diversas ocasiones hizo circuncidar a los vencidos, envió numerosos colonos a Galilea y, para saldar cuentas pasadas con los samaritanos, destruyó el templo del monte Garizim. Este hombre, que se hacía pasar por el adalid de la idea, pagaba a sus mercenarios extranjeros con el dinero robado en la tumba de David y prohibió al pueblo seguir las reglas y prescripciones de los fariseos. Se puede decir de ese rey poderoso, lo mismo que de Salomón, que su gloria, únicamnte temporal, carecía de bases espirituales sin las cuales todo es frágil y está destinado a perecer.

Tal era la situación hacia el año 100 antes de nuestra era. Pero ya todas esas rivalidades de pequeños príncipes, de sectas y partidos semejaban agitación de hormigas bajo la bota dispuesta a aplastarlos. A una embajada enviada por Juan Hircano para pedir ayuda contra el seléucida, Roma respondió que intervendría cuando fuese su hora. Esa hora pronto llegaría y la comunidad judía tendría un nuevo amo: el campesino latino, de gruesas cejas y mirada dura, ante el cual todo el mundo mediterráneo se inclinó durante dos siglos.

ROMA Y EL IMPERIO DE ORIENTE

Los acontecimientos que convirtieron a una aldea del Tíber en dominadora del mundo son demasiado conocidos para que insistamos en ellos. Indiquemos tan sólo algunas equivalencias de fechas que tienen su importancia.

Cuando regresaban los judíos de la cautividad, Roma no era más que un pequeño principado sometido a la dinastía etrusca de los Tarquinos. La revolución aristocrática de 509, con la cual se liberó de ese yugo — y que fué promovida, según la tradición, por el ultraje hecho a la virtuosa Lucrecia —, es contemporánea de la reconstrucción del Templo de Jerusalén. A partir de entonces, la entrada en la palestra del poderío romano se hace con una prodigiosa rapidez. En la primera etapa, en el siglo v, la República romana se organiza y establece su dominación sobre los pueblos de la Italia Central, latinos, volscos y etruscos: la Ley de las Doce Tablas (450) se promulga casi al mismo tiempo que Nehemías reconstruye los muros de Sión, y la toma de la fortaleza etrusca de Veies (406-395) corresponde en el tiempo a la reforma religiosa de Esdrás. En una segunda etapa, Roma conquista Italia: se libra, de mala manera, de la amenaza de los errantes galos, y de las tenaces incursiones de los montañeses samnitas; vence a la gran ciudad griega de Tarento y rechaza, a pesar de sus elefantes y de su audacia, al caudillo Pirro, hacia sus montañas del Epiro. Entonces, espoleada por sus conquistas, intenta transformar el Mediterráneo en un lago romano, el *Mare nostrum*, y, en consecuencia, tendrá que intervenir en Oriente.

Aquellos acontecimientos históricos, que tenemos tendencia a considerar aisladamente, en verdad no cesaban de influir recíprocamente los unos sobre los otros. El mapa diplomático era tan complicado en el siglo III antes de nuestra era como en nuestros días. Ya en el v, Cartago, aliada de los persas, sufrió un colapso cuando las victorias griegas debilitaron a Darío y Jerjes. Si en el IV, Roma pudo proseguir su paciente esfuerzo, fué en gran parte porque el mundo entero miraba hacia Oriente con Alejandro. En el III, cuando estalla la guerra a muerte que permitirá a Roma destruir Cartago, el conflicto repercutirá en Oriente. En la primera guerra púnica (264-241), el espartano Jantipa manda el ejército cartaginés. Durante la segunda (218-201), el antigónida Filipo V de Macedonia sostiene a Aníbal contra Roma y, cuando, vencido, el jefe púnico se ve obligado a salir de su patria, se refugia bajo la protección de los monarcas helenos. Antíoco III es empujado por él a la guerra contra la potencia amenazadora, y es Prusias, rey de Bitinia, quien, a causa de su traición, obliga a envenenarse al gran cartaginés.

Roma se ve, pues, atraída hacia Oriente casi sin desearlo. ¿Podía resistir a los espejismos de esas fantásticas regiones, de esas civilizaciones de suprema inteligencia? Se lanzó con su acostumbrada energía y bastaron cuatro guerras para afianzar allí su planta. En Cinocéfalos (197), la estrategia de la legión supera la célebre táctica de la falange: Macedonia se rinde. En Magnesia, cerca de Esmirna (190), el seléucida Antíoco III es vencido a su vez. Sublevada por Perseo, Macedonia intenta liberarse, pero su derrota en Pidna (168) entrega todo el reino a Paulo Emilio, que lo divide, a la vez que somete a Grecia y gran parte del reino de Pérgamo; por entonces comenzaba, en Judea, la gran sublevación antigriega de los Macabeos. Por fin, en 146, fracasa el último esfuerzo helénico. Oriente cae inexorablemente bajo la égida de los hijos de la Loba, mientras Cartago, vencida por tercera vez, agoniza bajo los golpes sin piedad de Escipión Emiliano (146).

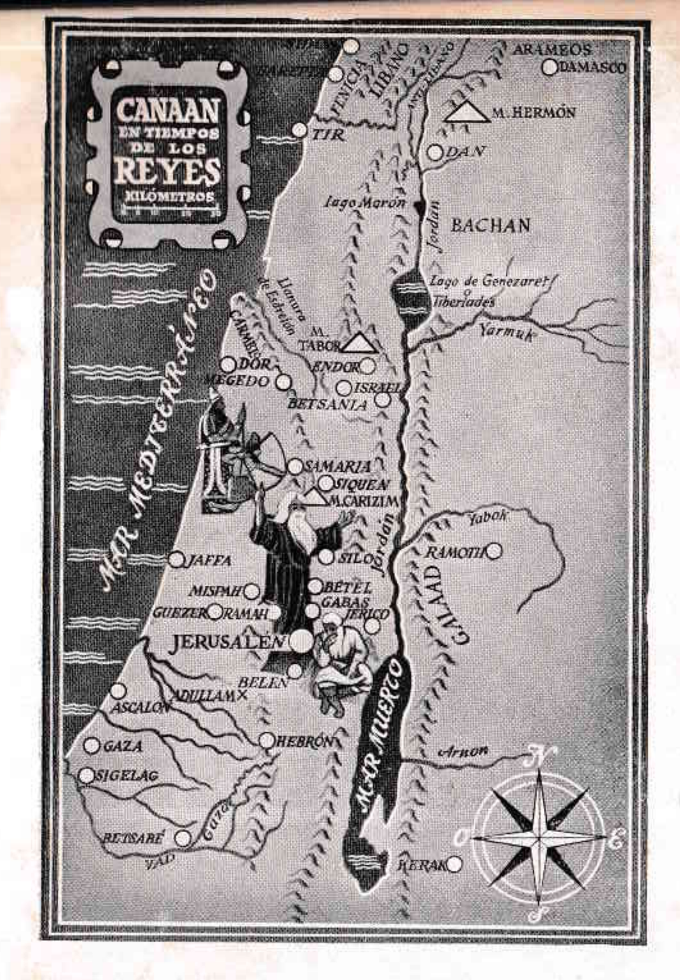
En el año 100 antes de Cristo, el imperio de Oriente está ya en manos de Roma. Lo que queda de los herederos de Alejandro, los restos de los seléucidas y ptolomeos, no pueden menos de gravitar en su órbita. El hecho, en lo que atañe a la historia sagrada, tiene suma importancia. Cambia el nombre de los amos de Judea: persas, lágidas, seléucidas, romanos, pero la tutela sigue siendo pesada. Mas el contacto de los romanos con el Oriente tiene grandes consecuencias. Desde el punto de vista de Roma, fué sin duda una calamidad el ir hacia el Este antes de haber romanizado el Occidente, cuyas nuevas regiones de África, Galia y España hubiesen permitido prosperar a aquellos campesinos. Roma, atraída por aquellas brillantes civilizaciones, sufre el encanto maléfico. Las antiguas virtudes no resistirán. «¡Bien se han vengado, legándonos sus vicios!», dirá Juvenal. Su laboriosa población se agotará, arruinada por la competencia del trigo oriental y la excesiva esclavitud. Roma perecerá, al fin y al cabo, a causa del virus oriental. Pero, imponiendo en el Mediterráneo entero, y en particular en Asia, la unidad de su disciplina, habrá preparado, sin darse cuenta, un terreno de expansión magnífico para los temas religiosos que el pequeño pueblo de Israel meditaba piadosamente. Ese mundo, agrandado por Roma, es el futuro mundo cristiano.

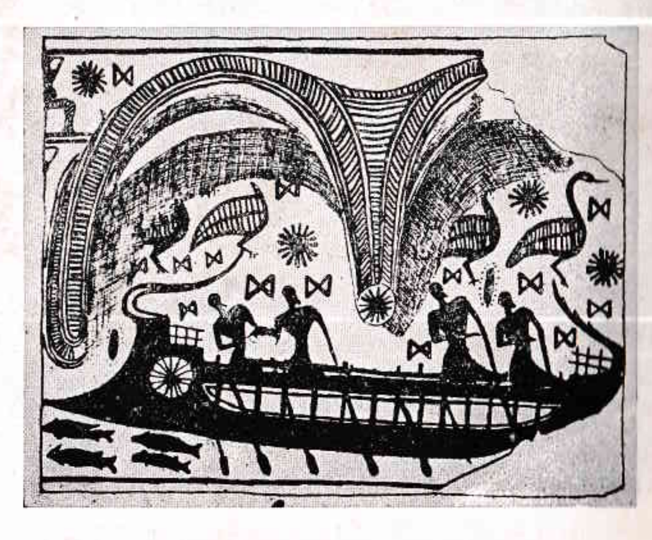
LA INQUIETUD RELIGIOSA EN EL MUNDO ROMANO

Esta acción de Oriente sobre Roma influyó poderosamente sobre su alma y su espíritu. Pueblo realista y de realizaciones, carecían los romanos de la curiosidad por las cosas secretas y las verdades eternas, y por ese estremecimiento interior sin el cual no se puede hacer nada importante. Recibieron de Grecia y Oriente el gusto por la ciencia, el germen del arte, su primera literatura y, más aún, una preocupación religiosa, que penetró muy hondamente. En Occidente impusieron su modo de sentir y pensar, así que el druidismo galo no sobrevivirá a la conquista; pero en Oriente fueron transformados.

Ni en Grecia ni en Roma, podía la religión oficial colmar las aspiraciones de un alma piadosa. El politeísmo ateniense, con sus fábulas ingeniosas y sus divinidades protectoras de la ciudad, podía a lo más interesar a la inteligencia y mantener el patriotismo. El culto romano, frío y prosaico, subordinado a la política, no pretendía más, con su estricta ejecución de los ritos, que asegurar al Estado la protección divina. La multiplicidad de templos, el aumento de estatuas en las encrucijadas, no engañaba a nadie. En Grecia, el ateísmo había comenzado en el siglo VI: Jenófanes de Colofón declaraba categóricamente que no creía en dioses que hacían cuanto es censurable en los hombres; en el V, los sofistas confesaban sin rodeos que eran escépticos y, a pesar de las reacciones violentas de la doctrina oficial, como en 395, que obligó a Sócrates a beber la cicuta, aumentaba la desintegración religiosa. En Roma, la resistencia fué más larga, pero desde el fin de las guerras púnicas, se nota su decaimiento. Claudio Pulquer arroja al agua a los pollos sagrados para que no indiquen desgracia. Marcelo, para estar seguro de no ver presagios, corre, bromeando, la cortina de su litera. Y conocemos la frase de Juvenal: «¡Ni los niños creen ya que haya manes, un reino subterráneo, ranas negras en la Estigia y un barquero con un bichero, que en una sola barca hace pasar tantos miles de hombres!»

Mas sería falso admitir que semejante religión fué suficiente para todos. Existían ciertamente almas que buscaban gimiendo una respuesta a los grandes problemas. Parte de esa aspiración espiritual iba hacia la filosofía. Platón llevó a sus discípulos al Bien supremo, Aristóteles encontró el primer motor, pero ni uno ni otro formularon un Dios en el sentido religioso del vocablo. Cuando en el siglo IV,





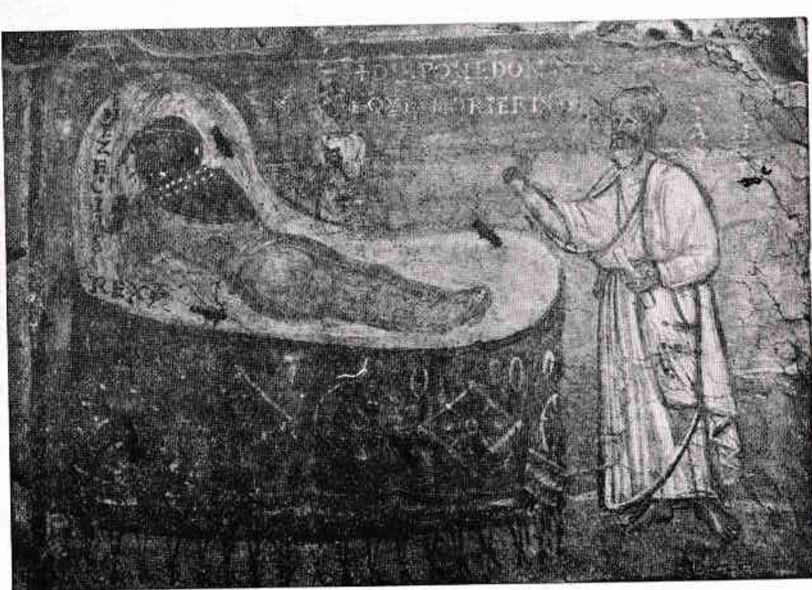
BARCO GRIEGO DEL SIGLO VIII

Dibujo tomado de una crátera funeraria



LA MUERTE DE ATALIA

Arrastrada por los cabellos, es sacada del templo por orden del gran sacerdote. Miniatura del *Boccacio* de Juan Sin Miedo. Siglo XV.



ISAIAS ANUNCIA A EZEQUIAS SU MUERTE PROXIMA

Fresco del siglo VIII, en Santa María la Antigua. Roma



EL PROFETA DANIEL

Miguel Angel. Capilla Sixtina



TOBIAS, EL ANGEL Y EL PERRO

Capitel románico de Besse



Pirrón aconseja la abstención de todo deseo, de todo querer; cuando Epicuro aconseja la sumisión a la llamada de la Naturaleza; cuando los estoicos exaltan la tensión del alma que hace al hombre un igual de los dioses, más que resolver el problema religioso, se le elude. Transformado, conmovido por la acción de los misterios orientales, el viejo paganismo encontró un fervor.

Siempre fué el mundo oriental un crisol donde se mezclaron cien cultos diferentes. Al ponerse en contacto con él, Roma los encontró, adoptó y esparció por todo el inmenso imperio conquistado por sus legiones. Las religiones orientales entraban en el hombre de muchas maneras, por lo peor y lo mejor de él. El atractivo turbador de los misterios, el esplendor de las ceremonias, los éxtasis que nacen de una extrema tensión interior o, más prosaicamente, gracias a las bebidas embriagadoras, las ceremonias equívocas de carácter sensual, todo estaba en ellas, pero también vemos cómo se colma la esperanza de un dios humano que se pueda amar, cómo se formula una moral de penitencia, capaz de devolver al alma su pureza perdida, y cómo se asienta por fin la esperanza en una vida de ultratumba y una eterna beatitud.

Esa invasión de los cultos orientales comenzó en cuanto Roma entró en relación con ellos y adoptó distintos aspectos. Unas veces se intentó renovar los viejos personajes del Panteón romano inyectándoles la sangre del misticismo oriental. Baco, convertido de nuevo en Dionisos, toma del extraño dios de Tracia sus leyendas y promesas; mas esa irrupción del misterio fué tan violenta que hubo terribles escándalos como el que, en el siglo II, adscribió a la palabra *bacanal* el sentido que hoy le damos. El viejo Hércules romano se transformó, bajo la influencia de las ideas pitagóricas, y tomó, poco o mucho, el aspecto de un libertador, de un salvador. Mas tarde, los dioses exóticos se colocaron junto a las viejas divinidades del Capitolio.

En el 204, cuando la amenaza de Aníbal, la diosa negra de Frigia, que llamaron luego Cibeles, fué llevada a Roma; un milagro, según dicen, señaló su llegada, pues al embarrancar el navío que traía su estatua, bastó con que una vestal atase a su cintura un cabo de la nave para ponerla a flote; y se esparció esa mística violenta, muy popular, que a veces exigía de sus adeptos el sacrificio de su virilidad, los colegios de sacerdotes cuyo gorro frigio ha llegado a nosotros como símbolo de libertad, y esas ceremonias estáticas en las cuales, entre gritos, invitaban al hermoso Atis, bajo las apariencias de un árbol, a que renaciese a la vida eterna. Luego surgieron las divinidades egipcias, el Serapis inventado por los ptolomeos, que, del anti-

guo culto de Osiris, tomó la imagen del dios justo, muerto para vencer a la muerte, y asociar a los hombres a su inmortalidad, e Isis su esposa, en quien, a pesar de todas las contradicciones, vieron sobre todo a la iniciadora moral que veneraban con duro ascetismo, y que prometía la salvación; se edificaron sarapeos y templos de Isis en todo el mundo romano y por todas partes se vió celebrar en otoño la ceremonia «de la invención de Osiris», entre cantos fúnebres y súplicas. Asia envió luego nuevas oleadas: las Astarté fenicias; las Afrodita de Siria; la Dama de las Fieras, de Anatolia; la diosa sirena de Ascalón; el Adonis muerto y resucitado de Biblos; todos aquellos Baals y Baalits que, desde hacía tanto tiempo, vemos que asedian la fe de Israel, se lanzaron a través del mundo romano, y con ellos, lo peor que hay en la baja religiosidad de las masas, superstición, inmoralidad, fetichismo y rituales sangrientos, y lo que la aspiración metafísica puede dar de más elevado al hombre. De aquellos dioses asiáticos, tendrá un porvenir brillante Mitra, el joven héroe divino de los persas, que por la mezcla de pueblos que hizo Alejandro, comenzó a extenderse y fué propagado con fervor por el ejército romano; su drama personal hacía de él una víctima; su metafísica y su moral, hijas de la doctrina iraniana, eran hermosas, y su culto, con su bautismo con sangre de toro, tuvo pronto numerosos adeptos.

Toda esa multiplicación de mitos, ritos y cultos parece sospechosa. El sincretismo que caracteriza a los tres últimos siglos anteriores a nuestra era, nos desconcierta. Admitimos con dificultad que Estratonice, mujer de Antíoco I, venere a Apolo en Delos, reconstruya el templo de Atergatis en Siria y se afilie en Esmirna a una secta egipcia. Lo que es preciso discernir en ese gran fenómeno, es la inquietud religiosa que indica la vibrante llamada a una fe consoladora, a una certeza sobrenatural. Las doctrinas oficiales, por pobres de léxico e insuficientes de contenido, serían muy pronto desdeñadas por el pueblo. Apareció la salvación del alma como lo único esencial, por equívocos que fueran los medios empleados para lograrla. El historiador alemán Gustavo Droysen, uno de los eruditos del pasado siglo que más estudió la evolución de los pueblos de la Antigüedad, dejó escrito acerca de ese drama espiritual una frase profunda: «El acto más grande del paganismo fué el de consentir su propia disolución.» En aquellas tierras tan profundamente conmovidas, en aquel revuelto ambiente donde con tanta facilidad y menor tarea de captación fué posible esparcir las semillas de semejante amasijo de dogmas y ritos de tan opuestas tendencias, es donde la propaganda apostólica para el conocimiento de la Verdad sembrará el Evangelio. Ello es muy significativo.[1]

LA DISPERSIÓN JUDÍA

Un tercer hecho que tendría en el porvenir tan grandes consecuencias como la organización por Roma de un imperio y la conmoción espiritual que siguió a las orientales, fué la dispersión judía. Iniciada en el momento de la caída del reino, continuada al regreso de la cautividad, adquirió, durante los cinco siglos que precedieron a Cristo, una importancia considerable. Tuvo muchas causas que pueden resumirse en una: el continuo desorden que conmovió por entonces a todo Oriente. Los judíos eran llevados como prisioneros de guerra y asentados en tierras lejanas; Antíoco el Grande tenía en su ejército judíos aprehendidos por los romanos y llevados por ellos a Italia. En ocasiones, la victoria les hacía expatriarse, como aquellos mercenarios judíos de Alejandro que recibieron tierras en Mesopotamia. Mas a menudo fué el deseo de hacer fortuna lo que impulsó a los judíos a salir del suelo sagrado; en aquella época se desarrollaron sus instintos comerciales y apareció ese tipo, desconocido hasta entonces, del judío capaz de hacer dinero con todo y cuya verdadera patria es su libro de cuentas.

Muy pronto, se multiplicaron esos judíos de la dispersión — de la *diáspora,* como decían los griegos —. El libro de los *Oráculos sibilinos* dice a Israel: «¡Toda la tierra está llena de ti y hasta el mar!» Flavio Josefo declara que sería «difícil encontrar una sola ciudad donde no hubiera judíos». Y San Agustín cita esta reveladora frase de Séneca: «Las costumbres y los hábitos de esa raza perversa se han propagado por todos los países.» Verdaderamente, encontramos sus huellas por todas partes. En Egipto, hacia la era cristiana, serán un millón, y dos de los cinco barrios de Alejandría estarán ocupados por ellos. Los encontramos en Lidia y en Frigia, como colonos de Antíoco III; en Sardis, donde logran que les concedan un territorio para ellos; en las islas griegas, en ese Delos que

1 Hay que indicar que en nuestras costumbres y en nuestro vocabulario, encontramos trazas de esas religiones orientales. Nombres como *Isidoro* (regalo de Isis) proceden directamente de ellas. Algunas de nuestras fiestas coinciden en fecha con las ceremonias paganas "bautizadas" (el 25 de diciembre era la fiesta del "Sol invencible"). Nuestros nombres de meses proceden de la astrología oriental, asi como vocablos como *jovial* o *lunático*.

fué la capital religiosa del culto helénico, construyeron una preciosa sinagoga; pronto Roma los verá multiplicarse y cada legión preparará, con sus conquistas el camino al comerciante de Judá.

Sin embargo, así dispersada por el mundo, la raza de la Promesa no se dejó absorber. El persa, el griego y el romano conceden a los judíos una posición privilegiada. Forman comunidades que, aceptadas por el poder político y sometiéndose a él, recaban derechos especiales, sobre todo el de juzgarse por sí mismos. Cada una se gobierna democráticamente, eligiendo «senadores», un presidente y los funcionarios encargados de la administración. Mas esa comunidad civil es ante todo una comunidad religiosa. Tiene su centro oficial, la sinagoga, sala de oración donde se estudia la Ley, donde aprenden los niños, donde se celebran los procesos, donde se toman las decisiones; construída en el estilo del país donde se halla, está rodeada por toda una serie de anejos que hacen de ella el centro de la vida judía, desde los salones hasta las piscinas. El jefe elegido es el *rabino*, rodeado de diversos sacerdotes, de un *lector* de la Torah, de un *traductor*, de un sacristán.

Aquellas comunidades se consideraban partes integrantes del pueblo de Judá. El Estado romano accede incluso a que se sometan teóricamente al jefe de Palestina. Jerusalén sigue siendo objeto de veneración unánime y millares de peregrinos — incluso millones, dice Josefo — acuden para celebrar la Pascua. Desde los veinte años, todo judío, encuéntrese donde se encuentre, paga un tributo anual al Templo: «dinero sagrado» que una comisión lleva solemnemente y que es protegida por la ley romana. Hacia la lejana Sión se vuelven para orar.

Dos de esas colonias judías debían marcar con mayor fuerza su paso por la Historia: las de Alejandría y Roma. Cuando el gran macedonio fundó su ciudad, atrajo a los judíos garantizándoles los mismos derechos que a los griegos. Prosperaron y contribuyeron mucho al éxito rápido del gran centro comercial. Se helenizaron más o menos, y en aquella comunidad alejandrina se hizo la primera versión de la Biblia a lengua extranjera. Una tradición apócrifa cuenta que el rey Ptolomeo II (285-247), para enriquecer su biblioteca, pidió al Sumo Pontífice de Jerusalén que le enviara una comisión de sabios para que hicieran la versión del Libro Santo. Encerrados en celdas, los 72 ancianos terminaron, en 72 días, 72 traducciones que coincidieron milagrosamente. De ahí, redondeando números, el nombre de *Setenta* dado a esa versión. No es más que una fábula, pues la obra se efectuó en siglo y medio y fué muy desigual, según el valer de los tra-

ductores. Mas, dando lugar a los no judíos a que conociesen el texto sagrado, los Setenta ejercieron una acción profunda y contribuyeron poderosamente a difundir las ideas de la religión de Israel.

En Roma, donde se instalaron más tarde, no tardaron los judíos en formar un gran núcleo. Cicerón habla de su cohesión, de su sentido de comunidad y de su espíritu emprendedor, pero se lamenta de que tanto dinero romano sea exportado por ellos a Jerusalén. César los protegió tanto que a su muerte lanzaron gritos de pena; Augusto será benévolo con ellos. Luego, tendrán sus catacumbas, donde enterrarán a los muertos; en las paredes podemos ver aún símbolos judíos, candelabros de siete brazos, armarios para la Torah. Situados en el mismo corazón del poderío romano, se esparcirán con él, y encontraremos sinagogas por todas partes donde pasen las legiones de los césares.

Entre aquellos grupos judíos y las poblaciones que les dan asilo, ¿qué relaciones se establecen? ¿Qué influencias? Parece ser que la helenización o la romanización fueron mínimas. Exteriormente, el judío se adaptaba: hablaba griego o latín y vivía como un alejandrino o un romano. Pero no pasaba de eso. Las apostasías eran poco frecuentes; sabemos de matrimonios judeogriegos, pero hubo pocos. En el plano intelectual se reprodujo el fenómeno ya señalado cada vez que el espíritu judío estuvo en contacto con una nación de gran cultura: el de extraer de ella elementos para dar nueva vida al antiguo fondo nacional. Por eso Filón, judío de Alejandría, hará en el siglo I una fusión muy sagaz entre la religión de su pueblo y la metafísica del *Logos*, que le llega de la tradición platónica.

En sentido inverso, si los judíos se mostraban reacios a la influencia de los pueblos en que residían, ¿cómo los consideraban aquéllos? La respuesta no es sencilla; pues vemos desarrollarse un proselitismo judío, durante los siglos anteriores a Cristo, al mismo tiempo que aumentaba un antisemitismo característico. Esa raza, que vivía aparte, cuyo desprecio por los idólatras era demasiado patente y cuyas aspiraciones individuales eran incomprensibles para la inmensa mayoría de los griegos y romanos, no tardó en suscitar irritación, desconfianza y odio. En Alejandría se crea un verdadero foco de antisemitismo, que sembró por el mundo las peores fábulas y las más pérfidas calumnias contra el pueblo de Yahweh. Apión, el gramático alejandrino combatido por Josefo, y Apolonio de Rodas, son verdaderos profesionales de la guerra contra los judíos. Y hay gentes serias que cometen extraños errores acerca de Israel: Cicerón habla de su «bárbara superstición»; Tácito les cubre de torpes injurias; Juvenal

les acusa del peor sectarismo. Podemos imaginarnos lo que era por entonces la opinión de las masas. ¿Adorar a un Dios único, sin imágenes? ¡Vamos! Su dios verdadero era un asno, si no era un cerdo: la prueba está en esa repugnancia por comer la carne de ese animal. ¿Comen pan sin levadura? ¡Es que al principio era pan robado! Muy sospechosas también sus reuniones secretas. ¿No se entregaban a ritos nefandos? ¿No sacrificaban a su horrible dios víctimas humanas? Todo lo de ellos inquieta al burgués romano; su olor, del cual hablará Marco Aurelio; su perpetua agitación, su astucia, y, en cuanto a la circuncisión, no es difícil imaginar las burlas obscenas que hacían a costa de los «desollados».[1]

Sin embargo, los temas espirituales de que Israel era depositario, comenzaron a esparcirse. En el mundo grecorromano, atormentado por la inquietud religiosa, hubo pronto hombres y mujeres en gran cantidad dispuestos a descubrir la grandeza de la religión en espíritu, de esa pura aspiración hacia un Dios invisible, en quien la Bondad y la Justicia encuentran su ejecutor. La propaganda judía fué intensa. Mientras en Jerusalén rechazan a los samaritanos, en la *diáspora* buscaban conversiones. Se fomentaba el proselitismo personal, de individuo a individuo. Se elaboró toda una literatura destinada a dar a conocer el ideal judío a los paganos; Josefo, el historiador, fué un ejemplo de ello y también en aquellas circunstancias fué cuando en el primer siglo antes de nuestra era se escribió el libro de la *Sabiduría,* admitido por la Iglesia católica en su canon. Las sinagogas se convirtieron en centros de reunión para todos aquellos que estaban desconcertados por la profunda crisis social, moral y espiritual en que estaba sumido el mundo. A pesar de los poderes públicos, que pronto se opondrán a tal propaganda, penetró en todos los ambientes, desde los patricios hasta los más humildes, y sobre todo en gran número de mujeres. ¿No dijo Isaías que Israel se alzaría por encima de todas las naciones y que acudirían a él, al servidor de Yahweh?

Mas ese proselitismo conservaba en lo hondo los caracteres del exclusivismo judío. Para entrar en la comunidad, había que aceptar todos los preceptos, el legalismo rígido y la circuncisión. Ello detenía a muchos. Por eso se formó una clase de semiconversos, de los «que temían a Dios» y que, sin formar parte de la comunidad judía, adoptaron su fe; el centurión del Evangelio fué sin duda uno de ellos.

1 Al leer un cristiano las ignominias del antisemitismo romano, no puede olvidar que semejantes calumnias acompañarán en sus orígenes a las persecuciones.

Ese proselitismo era noble e introducía ciertamente en la sociedad pagana elementos de grandeza; mas no era aún el magnífico universalismo del apóstol, para quien no habrá «ni griego, ni judío, ni circunciso ni incircunciso».

Por tanto, cuando nació Cristo, la diáspora judía había preparado a sus fieles el terreno para la acción: con la palabra, en las dispersas comunidades, y también con el sacrificio y el martirio, pues el antisemitismo abrirá la puerta de las persecuciones.

HERODES

MIENTRAS tanto, Roma, en su marcha hacia Oriente, llegaba a la frontera de Judea: en el 63 antes de nuestra era, el legionario pisa la Tierra Prometida.

Los descendientes de los Macabeos no habían cesado de decaer. Todo lo que había hecho la fuerza de los antepasados era traicionado: el ideal nacional, con turbias maquinaciones políticas; el ideal religioso, con la depravación y con las más horribles violencias. El conflicto entre saduceos y fariseos se convertía en guerra civil. Un hijo de Juan Hircano, Alejandro Jano (103-76) tomó el título de rey, conservando el de sumo pontífice; fué tan violenta contra él la revuelta farisea, que la reprimió por el terror; y la imagen que se conserva de ese déspota feroz es la que le recuerda en un banquete, rodeado de sus concubinas, y ante él en la terraza del palacio, seiscientas cruces, cargadas de víctimas, ante las cuales, casi expirantes, los verdugos matan a sus hijos y mujeres. Bajo la reina Alejandra Salomé (76-67) triunfaron los fariseos, y aprovecharon la ocasión para establecer sólidamente su influencia en el sanedrín, la asamblea de los antiguos, que constituía el consejo del sumo pontífice, y para introducir en ella a los Doctores de la Ley, perdidos en bizantinismos, que serán los peores enemigos de Jesús.

A partir del 67 se precipita la decadencia. Los dos hijos de Alejandra, Hircano II y Aristóbulo II, luchan entre sí ferozmente. El idumeo Anticipater, gobernador de su provincia en nombre de Israel, interviene en el conflicto; hasta los árabes de la lejana Petra surgen ante Sión, donde está cercado Aristóbulo. Ha llegado la hora que esperaba Roma para tomar cartas en el asunto. Aquello no durará mucho.

Pompeyo se hallaba en Oriente. El que había de terminar misera-

blemente, vencido por la espada de César, estaba en plena gloria. Acababa de hacer su campaña contra los piratas que saqueaban los navíos y amenazaban con sumir a Roma en el hambre. Mitrídates, el rey del Ponto, el último príncipe helénico que había heredado el valor de Alejandro, perseguido hasta Crimea, se vió obligado a suicidarse; no pudiendo envenenarse, por haber acostumbrado su cuerpo desde hacía mucho a todos los tóxicos, se hizo degollar por un soldado. Siria era provincia romana. Cuando lo llamaron los reyezuelos fratricidas de Jerusalén, Pompeyo aprovechó la ocasión.

Refugiados en el Templo, los partidarios de Aristóbulo intentaron una desesperada resistencia. Los legionarios cegaron los fosos, instalaron sus ballestas e hicieron avanzar sus torres móviles. En el otoño del 63, el hijo del antiguo dictador Sila penetraba el primero por la brecha. Hubo luego una matanza causada menos por los romanos que por el odio entre saduceos y fariseos; algunos sacerdotes fueron muertos en el altar. Y Pompeyo, espada en mano, emocionado y devorado por la curiosidad, descorrió la cortina del tabernáculo, penetró en el obscuro santuario y no encontró nada.

Palestina fué gobernada directamente por Roma. Con ello, sin duda, ganó mucho: carreteras, acueductos, termas, monumentos, fueron las consecuencias de la paz romana. Mas los judíos empezaron a desconfiar de esa prosperidad material, por la amenaza que hacía pesar sobre su fe un amo poderoso. Apareció un estado de resistencia latente, de desconfianza, y esos sentimientos se exasperaron cuando Roma nombró jefe de Israel a Herodes de Edom.

Constituyó verdaderamente un desquite de Esaú sobre Jacob, al cabo de tantos siglos: y acaso fué el signo de que se acercaba el momento en que Israel terminaría su misión. El idumeo era hombre del desierto, casi bárbaro, con mezcla de sangre judía y árabe, un amo que Judá debía odiar por principio. Pero, de padres a hijos, aquellos salvajes demostraron ser excelentes diplomáticos. Comprendieron dónde estaba el porvenir, y Roma no tuvo mejores amigos que ellos. Antipater, que gobernó en el reinado del muy débil Hircano II, siguió con celo la política romana, acompañó a César, en el 47, cuando el vencedor de las Galias cruzó por Judea para dirigirse a Egipto — hacia Cleopatra... —, consiguiendo de él el título de ciudadano romano y una importante rebaja de los impuestos, y ayudando a los legionarios a reprimir una pequeña sublevación nacionalista de Israel. Su hijo Herodes siguió la misma política, incluso durante la gran crisis de la invasión de los partos, que amenazó tan terriblemente a Roma en Oriente, cuando todo parecía conjurarse

contra los hijos de la Loba. Conservó el último de los reyes asmoneos su corona por favor de los caucásicos. Se obtuvo el resultado apetecido. En el 40, Marco Antonio y Octavio, que estaban aún unidos, festejaron en Roma a su «amigo» Herodes y lo reconocieron como rey. Reinó treinta y siete años (hasta el año 4 antes de nuestra era).

Extraño personaje ese Herodes, el magnífico, el odioso Herodes. Capaz de las peores bajezas, pero mostrando en ocasiones un gesto noble, un cierto sentido de la grandeza, es, en verdad, un bárbaro que no conserva más que las apariencias y el oropel de una civilización que no comprende bien. Pero ¡qué inteligencia!, ¡qué diplomacia! Cuando reina, Roma está en plena crisis; César cae bajo los golpes de Casio, que ocupa su lugar; Marco Antonio, enemigo de los asesinos, gobierna luego, para verse pronto suplantado por Octavio. Herodes, cuya política permanece unida a Roma, se las arregla para continuar en buenas relaciones con todos aquellos ambiciosos. Es una hazaña que merece ser admirada. Después del combate naval de Accio, en las costas griegas, donde la flota de Octavio infligió cruenta derrota a la de Marco Antonio, y cuando Octavio se aproxima victorioso a Oriente, el cambio de alianza efectuado por Herodes, antiguo amigo de Antonio, es digno de un Talleyrand o de un Federico II. Si ese tirano no fuese más que un diplomático y un jefe militar que, a pesar de la pobreza de sus recursos, ensanchara su reino hasta Transjordania y hacia el Norte, podríamos admirarlo. Mas hay algo en él que desde muchos puntos de vista nos inspira horror.

Una sola pasión rigió esa vida: la pasión del trono, el loco deseo de reinar; y, como los mismos métodos que empleó para mantenerse legitimaban todas las rebeliones, cada vez más inquieto y receloso, acabó por vivir en un delirio de desconfianza, en una atmósfera digna de Macbeth. Su propia familia es la que recibe los primeros golpes; entre sus diez mujeres, Mariana, la más amada y por la que se considera heredero de los macabeos, puesto que es asmonea, perecerá, serena y despreciativa, a la menor sospecha; sus hijos la seguirán a la tumba, y cuando sólo le quedan algunos días de vida tendrá aún la suficiente fuerza para mandar ejecutar a otro hijo. Tenía razón Augusto cuando decía con un juego de palabras griego: «¡Más vale ser el cerdo de Herodes que su hijo!» — *uios*, hijo; *us*, puerco —, pues, como servidor de Yahweh, Herodes no comía la carne prohibida.

Se comprende que los mismos métodos fueran aplicados amplia-

mente a todo aquel de quien se sospechaba que tenía veleidades de oposición. Hubo algunos intentos de sublevación durante su reinado; cada vez corrió un río de sangre. ¿Podía obrar de otra manera? ¡Quién sabe! Los judíos le odiaban; sin el temor, de seguro que se hubiesen sublevado. Es el círculo vicioso del despotismo. Herodes no podía tener otra máxima que el *oderint dum metuant*. Cuando Cleopatra subyugó a Marco Antonio, Herodes, muy astuto, dió al romano este breve y juicioso consejo: «¡Mátala!» Y cuando la fascinadora egipcia intentó seducirle a él, la esquivó y pensó acaso, algún momento, en deshacerse de ella, para al mismo tiempo librar a su amigo y cambiar el rumbo de la Historia.

Sin embargo, ese bárbaro sanguinario tuvo aspectos más simpáticos. Hasta en una ocasión se sintió humano. Cuando reinaba el hambre en Palestina, en el año 25 antes de nuestra era, condonó los impuestos, vendió los objetos de su palacio e hizo comprar trigo en Egipto para dárselo a su pueblo. Es un personaje complejo; después de mandar ejecutar a su muy amada Mariana, el recuerdo de la muerta no le abandonó ya; la llamaba por su nombre en el palacio que parecía desierto por su ausencia y ordenó que se hablase siempre de ella como si viviese. Esos actos de aquel verdugo demuestran que acaso tenía corazón.

Su amor por las hermosas construcciones y por el urbanismo en grande no es menos extraño. Tuvo el sentido de la construcción, útil o suntuaria. Las fortalezas que edificó o reconstruyó estaban sabiamente situadas; por ejemplo, Maqueronte, más allá del mar Muerto, y el Herodio, cerca de Belén, que debía ser su tumba. Samaria, reconstruída por él con el nombre de Sebasta, muestra aún hoy ruinas importantes, y el puerto de Cesárea, que era mayor que el de El Pireo, es hoy una buena escala. Bajo su mando, Jerusalén recibió nuevos adornos: construyó un teatro, un anfiteatro y un hipódromo, y organizó juegos con fieras y gladiadores para divertir al público. Una fortaleza, a la que dió, en tiempos de Antonio, el nombre de Antonia, dominó a la ciudad santa con sus tres grandes torres y su profusión de mármoles. Y sobre todo — y esto debía ser, pensó él, el testimonio de su grandeza —, ordenó empezaran a reconstruir el Templo.

El edificado en tiempo de los persas, en verdad era muy mezquino. ¿No debió Salomón su gloria al prestigio de su templo? El idumeo reunió al pueblo, le explicó sus proyectos y calmó su desconfianza. Diez mil obreros trabajaron en él y, en menos de diez años, quedó terminado. El santuario era muy parecido al de Salomón,

pero los edificios exteriores sobrepasaban y con mucho a los suyos; con muros de contención y con terraplenes, obtuvo una superficie doble. Tres atrios, escalonados, rodearon al santuario: el de los gentiles, encuadrado por pórticos; el de las mujeres, donde las israelitas podían penetrar, y por fin, el atrio de los sacerdotes donde estaban el altar y el mar de bronce. En esa construcción no se escatimó nada de lo que daba grandeza al arte helénico. Las ciento sesenta y dos columnas del pórtico meridional, llamado *real*, eran tan gruesas que se precisaban tres hombres para abarcarlas. Los ornamentos, el mobiliario sagrado, todo era de materiales costosos: una viña de oro decoraba el santuario y el candelabro de siete brazos — el que vemos en el arco de triunfo de Tito — era una obra maravillosa.

Sin embargo, los judíos no se dejaban conquistar por esas atenciones y liberalidades. El idumeo de manos sangrientas les seguía pareciendo odioso. Se indignaban de que participase económicamente en las obras de templos paganos en Accio, Sidón, Damasco y hasta en Atenas. Los fariseos le acusaban en voz baja de aspirar a ser divinizado, y cuando mandó colocar, sobre la puerta del Templo, una inmensa águila de oro, la indignación fué general; ¿no era ese pájaro un símbolo disfrazado del propio rey? Por instinto, la comunidad se resistía a la romanización, lo mismo que a la helenización de Epífano. En víspera de su ruina, Judá, altiva, petrificada en el amor a su Ley, rechazaba todo cuanto iba contra ella.

El fin de Herodes, si hemos de creer a Josefo, fué digno de su vida, por el horror que lo rodea y su terrible pintoresquismo. Una enfermedad de las entrañas se apoderó de él; un ardor continuo y un hambre insaciable lo torturaron; de su cuerpo salía el pus mezclado con gusanos. Mandó que lo llevasen a las fuentes de Calírroe, con la esperanza de que el agua caliente sulfurosa le aliviaría: se desmayó en cuanto tomó el primer baño. Medio loco, atormentado por los fantasmas de sus víctimas, a los que no tenía ya fuerzas para alejar por la noche, agonizó con un frenesí atroz, ordenando que después de su muerte matasen a todos los judíos más importantes del reino, para que por lo menos hubiera quien llorase su muerte.

Así fué el último de los personajes de Israel; se le ha llamado a veces «el Grande» y merece, en cierto modo, ese título, por su inteligencia, su valor y su habilidad para sacar el mejor partido de sus mediocres posibilidades. Mas es significativo que esta última figura sea espantosa, horrible caricatura de Salomón. Después de él, su reino, repartido entre sus hijos, caminará rápidamente hacia la ruina total, que consagrarán, en el año 70 de nuestra era, el fracaso de la

última sublevación judía y la toma de Jerusalén y su destrucción por Tito.[1]

Cuando Herodes agonizaba en medio del odio universal, respiraba ya en Egipto un niño, que tuvo que huir de Palestina para escapar a las amenazas del déspota, y ese niño llevaba el mensaje del amor. Jesús había nacido,[2] y el Evangelio nos mostrará a Herodes ordenando matar a los recién nacidos para librarse del eventual rival. Los acontecimientos de ese reinado, y todos los que siguieron, ya no tienen más interés que el humano e histórico; el significado se encuentra en otro sitio. Cuando los judíos, en un esfuerzo supremo, intenten sacudir el yugo romano, ya habían escogido aquello que condena su mensaje a la esterilidad, y la mirada del mundo ya no se posará en aquella colina donde, por la acción implacable del transcurrir de los siglos y el abandono de los suyos, se derrumba el Templo, sino sobre ese otro monte, muy cercano por cierto — sólo los separa un valle poco profundo — , donde, entre dos ladrones, como un vulgar malhechor, el Mesías de Israel había muerto crucificado para redimir al Mundo, en un gesto sublime de amor a todos los hombres.

1 Finalizando en el nacimiento de Cristo la presente obra, indicamos al lector el segundo volumen de esta Historia Sagrada, *Jesús en su tiempo*, para cuanto concierne a la suceción de Herodes.

2 Sabemos que la fecha del nacimiento de Cristo en el año I de nuestra era (754 de la fundación de Roma) es resultado de un error. Es posterior de cuatro años, por lo menos, a la fecha exacta. Jesús debió de nacer hacia el año 6 antes de nuestra era.

III. LA VIDA INTERIOR DE LA COMUNIDAD

EL ALMA JUDÍA EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Los imperios caminaban hacia sus destinos; pero, más o menos amenazada por esas enormes potencias, más o menos agitada por crisis internas, la pequeña comunidad judía proseguía su silenciosa meditación y ahondaba en su conocimiento de Dios. Más que los acontecimientos de la historia política, es esta vida interior la que va a ocuparnos. En el mundo moral y espiritual que se elabora en esos cinco siglos habrá de actuar Cristo; las oposiciones que encontrará tienen su raíz en las especulaciones judías de aquella época; los hombres que encontraremos en su camino, aquellos fariseos y saduceos que cita el Evangelio, serán tal como, durante siglos de espera, vamos a encontrarlos.

La Biblia nos permite penetrar profundamente en el alma judía de los últimos tiempos. Si los históricos son como hemos visto muy incompletos, tenemos, en cambio, los magníficos testimonios de todos esos textos de moral y vida espiritual que fueron redactados después de la cautividad. Algunos fingían tener relación con un tema muy antiguo y se colocaban incluso bajo el amparo de un autor ilustre; pero expresan todos los sentimientos de la comunidad y de sus familias dispersadas. El *Libro de Job,* el *Eclesiastés,* el *Eclesiástico* y la *Sabiduría* son los principales, y a ellos hay que añadir un gran número de Salmos. Encontramos también abundantes indicaciones en obras llamadas *apócrifas,* que la Iglesia no ha incluído en su canon y que se dividen en tres categorías: las «al margen de la historia», como el *Libro de los jubileos,* el *Martirio de Isaías,* la *Carta de Aristo,* el *III Esdrás,* el *III Macabeos;* obras de moral y de poesía, *Salmos de Salomón, Odas de Salomón, Oración de Manasés, IV Macabeos;* y por fin un género muy apreciado en los últimos tiempos por el

espíritu judío, el apocalíptico, que ha dado el *Libro de Enoch*, la *Ascensión de Moisés*, el *Testamento de los doce Patriarcas*, los *Libros Sibilinos*, el *IV Esdrás* y el *Apocalipsis de Baruch*, tan admirado por La Fontaine. Las fuentes laicas no son menos apreciables, en particular Flavio Josefo, que fué contemporáneo de Cristo, y que, a pesar de sus jactancias, llena, en lo concerniente a los hechos, las lagunas de la Biblia en sus *Antigüedades judías*, y nos informa sobre la psicología de sus compatriotas y adversarios en su *Contra Apión*. Por fin, la enorme masa de la literatura rabínica nos permite curiosas confrontaciones; sabemos que se divide en dos grandes partes; los *Targums*, o traducciones comentadas de la Escritura, y los *Talmuds*, que son su interpretación; las dos más célebres colecciones talmúdicas son la de Jerusalén y la de Babilonia, una y otra divididas en *Michna*, o exposición doctrinal, y *Gemara*, o procesos verbales de discusiones sobre la doctrina.

No ocultamos nuestra admiración por la gravedad y el fervor que aquellos judíos de los cinco últimos siglos ponían al discutir cosas inefables. Esa enorme actividad literaria nos introduce en un diálogo permanente en el cual se plantean los grandes problemas y se debaten las soluciones, y que tiene por exclusivo objeto la búsqueda de la verdad y de la certeza.

Se manifiestan los temperamentos más diversos y se enfrentan las tesis más dispares. Cuando, después del regreso de Babilonia, un poeta desconocido pero genial se apodera del tema tradicional de Job para con él hacer el libro que lleva ese nombre, imprime en su obra toda la angustia de un alma. Que el justo sea desgraciado y el criminal permanezca sin castigo, esos dos grandes escándalos del espíritu humano, forman el centro de su meditación. La larga discusión entre el santo anciano y sus amigos muestra el flujo y el reflujo de todos los sentimientos que nos acosan cuando meditamos sobre aquellos misterios. ¿Puede consentir un Dios de justicia, en ese mundo que gobierna, los horrores de que somos testigos? La respuesta de Job será la más sublime que se pueda imaginar: una confianza absoluta, desinteresada en el Maestro, y la recompensa que Dios le concede al fin es una satisfacción dada al espíritu judío de la época, que necesitaba recibir esa compensación en la tierra; en verdad, Job nos aparece ya recompensado por su santidad misma, por su amor a Dios.

Encerrado en el problema de la retribución, que no tiene otra solución que la metafísica, y en la consideración de la vida eterna, el espíritu judío advertía ya toda su dificultad. El *Libro de Job* habla de ello con pasión; el *Eclesiastés* dice con un lúcido pesimismo:

«El justo y el malvado, el puro y el impuro, el fiel y el sacrílego, todos tienen el mismo destino; es un mal que llena el corazón del hombre de malicia» (IX). En la vida «todo es vanidad»: la sabiduría, la moral, la fortuna y el placer. ¿Qué queda, pues? En esa existencia insatisfecha, el no perder nunca de vista el pensamiento de Dios y confiarse a él.

«El que tema al Señor no le pesará; será perdonado el día de su muerte.» Habiendo afirmado de este modo la misma confianza y declarado que «el comienzo de la sabiduría es el temor de Dios», Jesús, hijo de Sirach, que escribía en el siglo II, poco antes de los Macabeos, deja de plantearse problemas insolubles y escribe un libro concreto, práctico, que conocemos con el nombre de *Eclesiástico*, y que consta de una serie de preceptos para gobernarse en la vida, a base de ser razonable, desconfiado con respecto a las mujeres, comedido en palabras y sobrio en la comida, pues «nadie se sustrae a Dios».

Y más tarde aún, en el siglo primero antes de Jesucristo, en Alejandría, un pensador desconocido que colocará su libro bajo la protección de Salomón, glorificará la *Sabiduría*, manifestación divina que no sólo exige del hombre la prudencia y la moderación del *Eclesiástico*, sino que dirige todo su destino en este mundo y en el otro. Comentando a la luz de esta idea la historia de Israel, presentirá su sentido sobrenatural, resolverá el enigma de la justicia en la Tierra, atreviéndose a decir que «las almas de los justos están en la mano de Dios» y que «si su salida del mundo parece una desgracia, ellos están en la paz» destinados a brillantes recompensas, mientras que los impíos serán castigados.

Esos matices de opinión subrayan la riqueza de semejante universo espiritual. Su dominio es más amplio que el del yahwismo primitivo, al que le bastaban el monoteísmo y una moral concreta: una vez más — es la cuarta etapa — la historia de Israel nos presenta una ampliación de la conciencia religiosa. Mucho se ha discutido sobre si esta ampliación habría de atribuirse a influencias extranjeras, y la crítica no cristiana pretende discernir en el judaísmo de los últimos siglos verdaderas aportaciones exóticas: la figura de Satanás, las imágenes del Paraíso y de la Gehena serían persas; la doctrina de la recompensa en la otra vida, griega o egipcia. Que Palestina, lugar de paso abierto a tantas influencias, haya tomado de otros pueblos imágenes o elementos de vocabulario, parece tanto más probable cuanto que lo hemos comprobado desde los tiempos más remotos. Mas esas adquisiciones se quedan siempre en la línea espiritual donde se colocaba toda la historia anterior del Pueblo elegido. Nin-

guna interrumpió el natural desarrollo. Si hubo influencia fué sobre todo *a contrario*. Reaccionando frente a las presiones, el alma judía se veía obligada a precisar tales o cuales puntos de su doctrina. Nadie pensaría en decir que el catolicismo ha tomado elementos de Lutero o Calvino, porque las decisiones del concilio de Trento hayan sido consecuencia de la Reforma, puesto que fué ella la que obligó a la Iglesia a precisar aún más sus propias afirmaciones.

Mucho más que las influencias extranjeras, importa en el desarrollo de la espiritualidad judía la poderosa tarea de afirmación y depuración que se realiza en el curso de esos cinco siglos. Grande por lo que descubre, decepcionante por lo que rechaza, el alma de la comunidad se plantea a sí misma cierto número de problemas fundamentales. De las respuestas que dé dependerá su futura actitud y por ellas será definitivamente fijado su destino. Se pueden juzgar severamente las soluciones que adoptó en sus problemas, pero no se puede menospreciar la grandeza y la riqueza de la meditación con que fueron elaboradas.

UNA COMUNIDAD ORGANIZADA

SE comprende que esas respuestas no fuesen formuladas de una sola vez, abstractamente, sino que fueron los resultados de una larga evolución, los frutos lentamente madurados de una historia nacional. Es completamente imposible decir en qué momento preciso de esos cinco siglos prevaleció tal actitud moral o cual concepto metafísico. La organización de la comunidad no fué la consecuencia de una decisión definitiva tomada de una sola vez, sino un perfeccionamiento de las instituciones según su propia lógica y bajo la presión de los acontecimientos. Para comprender plenamente su religión hay que imaginarse a la comunidad judía en relación con la vida.

¿Qué era Judá después de la cautividad? ¿Qué será hasta el fin? Ni una Iglesia, en el sentido cristiano del vocablo, ni un Estado, puesto que ya no es independiente y está sometido a otro. Mas, dentro de los grandes imperios sucesivos, logrando perseverar en la libertad que le es indispensable para su fe, «el judaísmo — ha dicho precisamente el P. Lagrange — era un Estado constituído por la íntima alianza de la raza con la religión, de la legislación civil con la religiosa en una misma ley, y por el gobierno de una sola autoridad representada por el Sumo Pontífice». Este régimen del cual no existe

LA BIBLIA

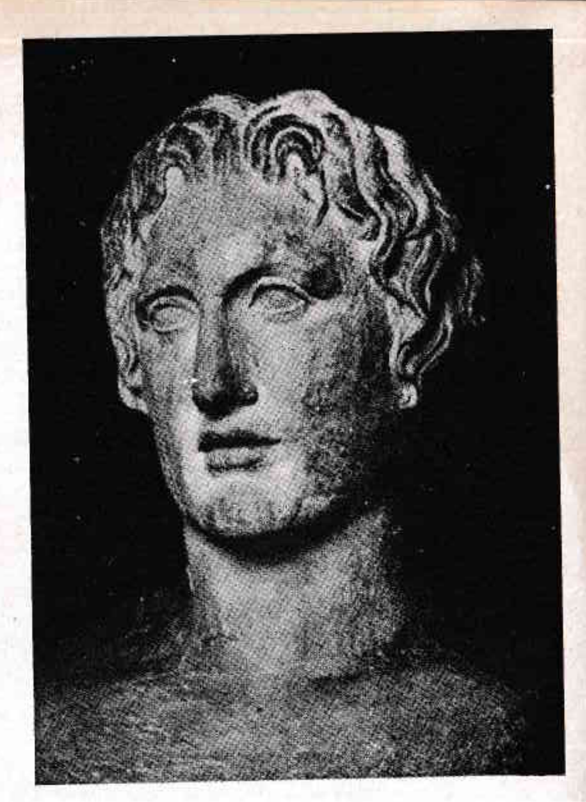
El libro eterno, el más reeditado y leído de todos los libros. Página de la primera Biblia impresa en 1455 por Gutenberg, conocida por el nombre de *Biblia Mazarina*. (Incunable de la Biblioteca Mazarina).



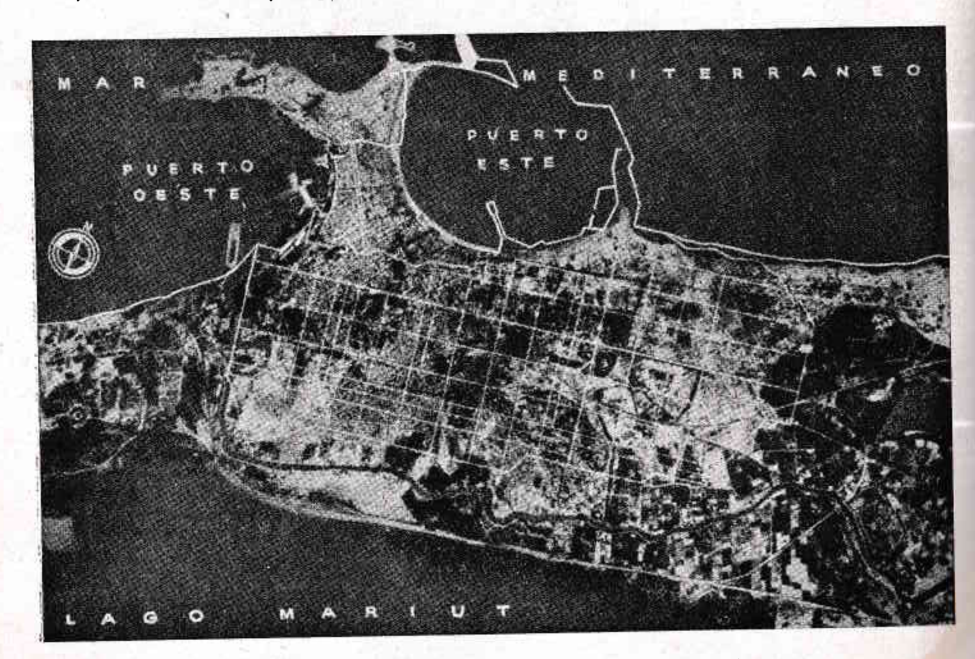


MONEDA DE ALEJANDRO

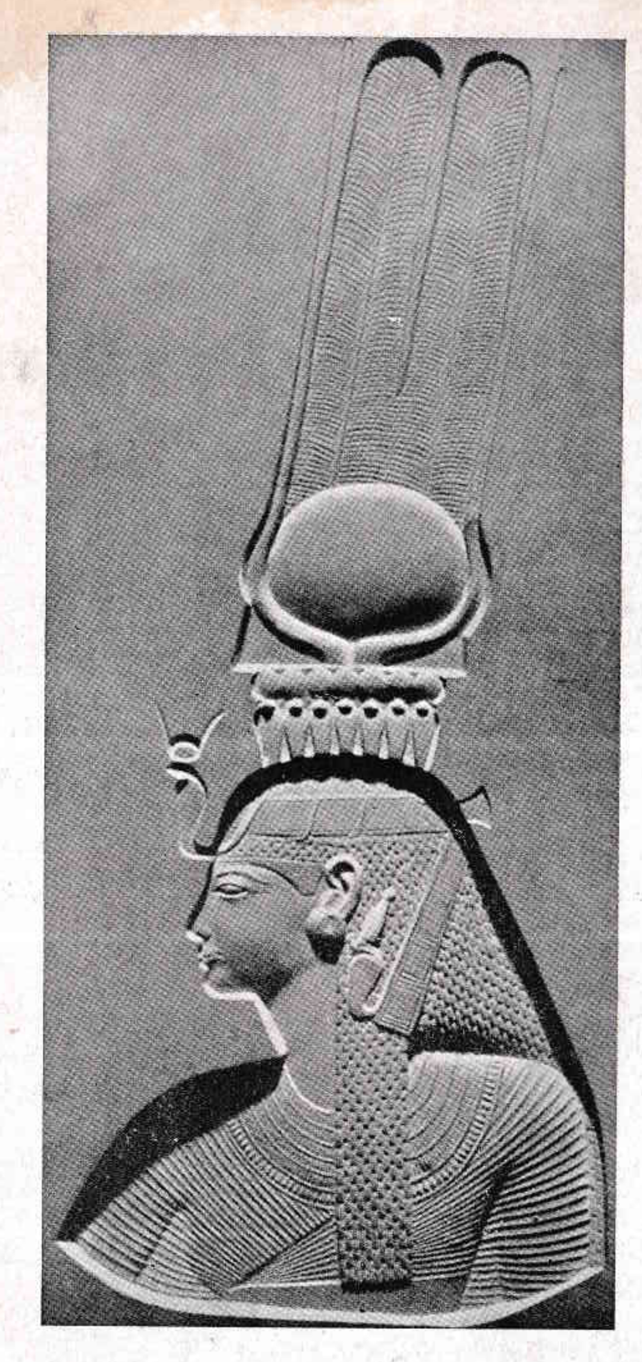
En el anverso, la cabeza del emperador; en el reverso, Zeus y el águila.



ALEJANDRO MAGNO



ANTIGUO EMPLAZAMIENTO DE ALEJANDRIA



CLEOPATRA

Relieve de Denderah



LOS SIGNOS DEL ZODIACO

En torno al Sol, imagen de Dios, acompañado por los cuatro animales fantásticos de Ezequiel. Sinagoga de Beth-alfa.



MONEDA SAGRADA DEL TEMPLO

Acuñada entre 143 y 135, en tiempos de Simón Macabeo. Servía para pagar el diezmo o impuesto ritual. La inscripción reza «Jerusalén la Santa».

otro ejemplo en ninguna época ni en ningún país, había de desembocar forzosamente en un teocratismo político y en un levitismo que, en verdad, llegarán a su colmo. A medida que la comunidad se agrupa frente a las amenazas, en torno a ese principio que es su salvaguarda, aquellos sobre quienes tal régimen se apoya tendrán cada vez más importancia.

¿Quiénes son? Los sacerdotes y los escribas, que son, en esencia, los hombres del culto y los representantes de la Ley.

La clase sacerdotal se ha reducido. En los tiempos más remotos, todos los descendientes de Levi eran sacerdotes; desde la centralización religiosa, que comenzó con David y que, inmediatamente después del retorno, se hizo intransigente, sólo son sacerdotes aquellos que descienden de Aarón. Para servir a Yahweh, hay que probar que se pertenece a la familia sagrada, y quien no puede hacerlo queda excluído. Divididos en veinticuatro clases, los sacerdotes se ocupan de las ceremonias del Templo durante una semana, y por turno. En cuanto a los levitas, sólo tienen una misión de servidores; de su seno salen los guardas del edificio, los tesoreros, los porteros que han de impedir la entrada a los incircuncisos y a los *goyim*, y los numerosos músicos que, en las ceremonias, tocan el arpa, el trombón o el tímpano, instrumentos que tantas veces citan las Sagradas Escrituras.

Todo un mundo religioso que dependía del Templo y vivía en torno a él. Los ritos minuciosos, monótonos, los sacrificios públicos cotidianos, las grandes fiestas que se celebraban anualmente, tenían ocupados a esos veinte o veinticinco mil hombres.

Los sueldos eran sufragados con los enormes fondos que daba todo el judaísmo. Se comprende que, por su número, sus empleos y las sumas que manejaban, su influencia fuera considerable.

Al frente de ellos estaba el Sumo Pontífice, que era el único que poseía la plenitud de los poderes sacerdotales; después de la cautividad, es verdaderamente jefe de los servidores de Yahweh, y no hay rey que le pueda disputar ese título. Sólo él puede penetrar en el tabernáculo; sólo él puede hacer los sacrificios más solemnes; dada la constitución de la comunidad, basada sobre la religión, es, al mismo tiempo, el jefe político y por una evolución muy lógica, los asmoneos, sumos pontífices, llegarán a ser reyes.

Ese teocratismo sacerdotal está tan profundamente arraigado que los dueños extranjeros de Israel lo tienen en cuenta; cuando, a partir de Herodes, los sumos pontífices, en principio nombrados a perpetuidad, son designados y depuestos por los romanos, no se atreve-

rán, sin embargo, a escogerlos en otras familias que no fueren aaronidas, que eran las que tradicionalmente dedicaban hijos al sacerdocio. En tiempo de Cristo, Anás, revocado por Roma, es reemplazado por Caifás, su propio yerno. La casta sacerdotal forma, por decirlo así, cuerpo con Judá y parece que lo domina indiscutiblemente.

En verdad, la cosa no es tan sencilla. A medida que la Ley, la Torah, ocupa en Israel el primer puesto, los que la conocen a fondo ven aumentar su poder. Son esos *escribas*, esos Doctores de la Ley, cuyos comienzos hemos observado en Babilonia. Enseñan el texto, pero también lo comentan y amplían sus aplicaciones. Asientan sus afirmaciones con rigor. Con la enseñanza que dan — y todos tienen alguna escuela, adonde acuden los fieles —, hacen de la Ley, de su lectura y de su meditación, la base de la vida religiosa, es decir, que su influencia tiene un sentido muy diferente a la de los sacerdotes.

Su verdadero lugar de acción es la *sinagoga*, ese centro de reunión que aparece muy modestamente en la cautividad y que luego toma una gran importancia, tanto en Judea como en la *diáspora*. En principio, esta institución no se opone a la del Templo. En la sinagoga no hay culto; en ella sólo se lee la Ley y a los Profetas. Si la tribu sacerdotal se apega a los ritos, los escribas tienen, ciertamente, el sentido de una religión intelectual y espiritual más elevada. Esas dos tendencias tenían el mismo defecto: ambas se sometían demasiado a la letra; fuese por afianzar la exactitud de una ceremonia, o la de un comentario de la Torah, en las dos tribus eran muy minuciosos; y el peligro consistía, como veremos, en que el espíritu de le religión fuese ignorado.

Ambas tendencias, cuando nació Jesús, estaban extrañamente unidas en el consejo supremo de la comunidad: el *Sanedrín*. Esa asamblea, que pretendía ser la continuación del consejo que asistía a Moisés, de hecho se había desarrollado en el curso de los cinco últimos siglos. Al principio fué únicamente sacerdotal y aristocrática, y en ella estaban aún los «Príncipes de los Sacerdotes» de los cuales hablará el Evagelio, los representantes de las familias sacerdotales. Mas, en el curso de las luchas de los últimos siglos, ingresaron los Doctores de la Ley, y éstos, a causa de sus conocimientos jurídicos y religiosos, adquirieron gran importancia. El número tradicional del Sanedrín era de setenta miembros; presidido por el Sumo Pontífice, era al mismo tiempo un tribunal supremo de justicia, un areópago teológico y un consejo de gobierno. Nada mejor que su composición muestra el carácter de la comunidad judía, en el cual están estrechamente unidas la religión y la política.

LOS PARTIDOS Y LAS SECTAS

RESULTA de esa concepción de la comunidad que las oposiciones políticas están inextricablemente mezcladas a los antagonismos religiosos. Dos griegos, dos romanos, podían enfrentarse sobre la noción de la libertad o de los derechos electorales, sin que Atenea o Júpiter tuvieran nada que ver en la disputa; en Jerusalén, todas las discusiones van a parar a la teología, lo que, ciertamente, no contribuye a que sean pacíficas.

Dos grandes partidos, así definidos como religiosos y políticos, ocupaban la escena y llenaban con sus luchas la historia de los últimos siglos antes de Cristo: los saduceos y los fariseos; mas, junto a ellos, las sectas y los grupos se multiplican; el cuadro de los partidos en Judea es tan complejo como el de los grupos parlamentarios de la III República francesa.

Los saduceos estaban afianzados en sus ceremonias, tenían «ideas sanas», eran buenos judíos y muy rígidos al aplicar la Ley, sobre todo cuando les era favorable. Aunque patriotas, su sabiduría rechazaba toda resistencia demasiado violenta frente a las potencias extranjeras, y en el seléucida o el romano, veían de buen grado al garantizador del orden establecido y el ejemplo de una sólida fortuna. Esto en cuanto a política. En materia religiosa, como esos aristócratas eran casi sacerdotes, defendían los ritos y la tradición. ¡La Ley, nada más que la Ley!

Las evoluciones dogmáticas de épocas posteriores les parecían sospechosas y, más aún, las ampliaciones relativas a la vida de ultratumba y a la resurrección de los muertos; la sabiduría desengañada del *Eclesiastés* y el pragmatismo de muchos Proverbios están bastante de acuerdo con su manera de pensar. Poca llama, poco entusiasmo, en aquellos acomodaticios cuya influencia en el pueblo era escasa; y en cuanto al reinado del Mesías, sería injusto decir que no creían en él, pero ciertamente no constituía preocupación para ellos. Es más difícil juzgar con equidad a los fariseos; aún suenan en nuestros oídos las maldiciones de Jesús contra esos «hipócritas», esos «sepulcros blanqueados» (*Mat.*, XXIII, 27). Además de que nada confirma que semejante condena sea general, es interesante estudiar cómo llegaron a merecerla los judíos piadosos. Piadosos lo eran, sin duda alguna; descendían de aquellos *hassidim* que fueron el alma de la resistencia nacional contra las fuerzas de la

disolución; cuando los asmoneos se desviaron de la ruta, muchos de ellos adoptaron una actitud de reserva hostil y se apartaron; les llamaron los «separados», *fariseos*, y en varias ocasiones los persiguieron, pues su influencia en el pueblo era grande. Los Estados nunca han gustado de esa clase de oposición; mas si no hubiese existido su altivez y su santa violencia, ¿no se hubiera perdido en el helenismo gran parte del mensaje de Israel? Sin duda que hubiera sucedido tal fenómeno, por lo cual hemos de considerar con gran comprensión muchos hechos históricos.

Políticamente, los fariseos eran nacionalistas y opuestos a los extranjeros. No predicaban la resistencia por la fuerza, pero, como dirá uno de ellos a un gobernador romano, «preferían perecer que vulnerar la Ley». Su actitud espiritual se expresa por completo en el amor a la Ley; no, como en los saduceos, seguida al pie de la letra, sino continuamente comentada, meditada y enriquecida por los preceptos; una Ley que da reglas continuamente. Esa Torah la conocen mejor que nadie; afirman que la cumplen también mejor que nadie. No todos los escribas son fariseos, pero todos los fariseos son escribas. De la Ley de los Profetas han sacado las conclusiones lógicas referentes a la retribución individual, a la vida del más allá, a la resurrección de la carne. Por eso, de diferentes maneras, ese partido poco numeroso — seis mil, aproximadamente —, reclutado en todas las clases sociales y cuyos jefes espirituales fueron un carnicero, un mercader de especias, un pastor y un herrero, verdadera comunidad cuyos miembros se llamaban «hermanos», fué para el judaísmo un fermento. Con su actitud severa, con sus continuas oraciones, daban dignidad a la sociedad; es indiscutible que gran parte de la evolución espiritual de los últimos tiempos se debe a ellos.

¿Cuáles eran sus profundas doctrinas? Después de mostrarse extremadamente severos con ellos, la Historia y la crítica, católicas o independientes — ¡Renan no tiene ningún miramiento con ellos! —, tienden a matizar sus juicios. En tiempos de Cristo, ¿no enseñaba, un tal Rabbi Hillel, fariseo, preceptos como éstos: «Toda la ley consiste en esto: no hagas al prójimo lo que no quisieras que te hicieren. — Mi alma es huésped en la tierra y tengo deberes de caridad para con ella. — No juzgues a nadie sin ponerte en su lugar. — Mi humildad es mi exaltación. — Donde no haya hombres, sé hombre»? Esa doctrina es noble y muy próxima a la de Cristo. Pero el fariseísmo encerraba muchos peligros, y un sabio fariseo lo sabía bien al distinguir entre sus hermanos siete clases, de las cuales sólo una podía considerarse perfecta. Tal como la concebían, la religión corría el albur de transformarse en intelectualista y especulativa y de llegar a reemplazar la fe por la ciencia. Aun peor; concedía tanta importancia a las observancias que el elemento espiritual estaba amenazado de aplastamiento por ellas. A fuerza de multiplicar los ritos y las fórmulas, creerán que toda religión consiste en pagar el diezmo y repetir versículos estereotipados. En fin — y contra esto arremeterá Cristo —, la naturaleza humana está hecha de tal manera que los rigores aparentes le sirven de máscara para cómodas complacencias.

En el poderoso partido fariseo se perfilaban diversas tendencias, que se caracterizaban por matices religiosos o políticos. El más curioso era el partido de los *zelotos*, fariseos en cuanto a doctrina, pero en política mucho más violentos. «Tienen — dice Josefo — un amor fanático por la libertad y no reconocerán más que a Dios como señor.» Como revolucionarios, se oponían a los poderes establecidos; como terroristas, no vacilaban en matar sin miramientos a aquellos que consideraban traidores a la causa judía y los llamaban *sicarios* o *asesinos*. Mucho habrá de bregar con ellos la policía romana; y serán los responsables de las desastrosas sublevaciones que darán al traste con Israel.

En el plano religioso, en cambio, se diferenciaban los *esenios*. Al formar una verdadera orden, con superiores, un noviciado, votos — entre ellos el del celibato —, comunidad de bienes y traje blanco simbólico, sobrepasan en rigor a los propios fariseos, celebrando el *sabbat* de una manera completa y multiplicando las abluciones. Sus doctrinas eran bastante diferentes a las del judaísmo oficial: para ellos, el alma existía antes que el cuerpo y permanecía provisionalmente en él antes de volver al estado en que se encontraba de antemano. No hacían ningún sacrificio de animales, por ser la religión interior la única necesaria. Esas comunidades *esenianas* estaban dispersas por diversas aldeas: la principal estaba en Engadi, no lejos del mar Muerto.

Sin llegar a tales austeridades, algunos judíos se colocaban momentánea o definitivamente en una situación moral análoga, aunque no se apartaban de la sociedad: eran los *nazirs* o *nazireos*, que mantenían una institución muy antigua.[1] Se consagraban a Dios — por lo menos un mes — y se comprometían a tres cosas: a no cortarse el cabello, a no beber vino y a no aproximarse a las mujeres. Parece ser que esa práctica de votos temporales estaba muy extendida.

1 Como en tiempos de los Jueces, Sansón.

DIOS

TAL es el marco dentro del que se elabora el pensamiento judío. Hay grandeza en convertir esos problemas puramente religiosos en el verdadero centro de interés de la vida. En el texto apócrifo, llamado *Carta de Aristeo,* exclama un rey de Egipto al hablar de los judíos: «De Dios parten todos en sus discursos: de ahí su superioridad». No sólo en sus discursos, sino en su vida. En los últimos siglos, Judá adquiere plena conciencia de su sumisión a Dios; la comunidad vive bajo su mirada y se pueden oír al pie de la letra la voces de amor que suben hacia el Altísimo: «¡No para nosotros, Señor, no para nosotros, sino para tu nombre la gloria!» (*Salmos,* CXV), o también: «¿Qué deseo sino Tú? Que mi carne y mi corazón sean destrozados: Dios será mi roca, mi refugio eterno» (*Salmos,* LXXIII).

Conciben a Dios como lo hicieron siempre sus antepasados: como único. El monoteísmo ha llegado a ser tan indiscutible que nadie lo pone en duda. En las épocas precedentes, el pueblo de «cuello tieso» volvió a menudo a los ídolos. Eso ya pasó. La oración de la mañana y de la tarde, el *Schema* (¡escucha!) tiene ya todo su alcance: «¡Escucha, Israel, Yahweh, nuestro Dios, es un Yahweh único!» La tradición rabínica cuenta con orgullo que uno de sus santos, Agiba, martirizado por su fe y cepillada su carne con una almohaza de hierro, repetía con amor esa oración, prolongando la última palabra *único, echad,* hasta que su alma abandonó su cuerpo.

A la par que la unicidad, todos los atributos divinos son concebidos con mayor lucidez. Esa inmensidad de poder, majestad, inteligencia y amor que presiente un cristiano al pronunciar el nombre de Dios, lo tuvo por profunda intuición la comunidad judía. Es el Grande, el Altísimo, el Señor de gloria, el Dueño del Cielo. Es puro espíritu, pues «ante él no hay comida ni bebida». Es eterno, el «de los siglos». Es «santo de toda santidad», y dice: «¡Sed santos porque soy santo!» Por él, por su voluntad, el Mundo fué creado de la nada, y la liturgia judía desarrolla profundamente esa idea afirmando que la Creación continúa: «Renueva, cada día, con su bondad, la obra de la Creación.» Es también el Dios de piedad y misericordia; su justicia, que es perfecta, no desdice de su mansedumbre; además, como dice el Salmo *De Profundis,* si tomase en cuenta las iniquidades humanas, ¿quién podría subsistir ante él? Toda esa teo-

dicea, cuyas etapas hemos seguido desde Abraham, pasando por Moisés y llegando a los Profetas, logra casi su completa revelación.

Sin embargo, aquí ya se puede analizar una de las más graves contradicciones del Israel de los últimos tiempos. Ese Dios parece inmensamente alto, en relación con la infinita pequeñez del hombre. A partir del siglo III, no se atreven a pronunciar su nombre. En las oraciones, hasta los sacerdotes lo omiten. El sustituto *Adonai* no es generalmente mencionado. Se ve reducido a alusiones, a sinónimos: dicen el *Lugar,* el *Cielo,* la *Presencia,* la *Gloria,* la *Majestad.* Parece como si Dios se alejase del hombre; nadie mantiene con él esa familiaridad sublime de Abraham.

Tal actitud del espíritu tiene su parte buena y su parte mala. La profunda reverencia a Dios es una virtud. Considerándolo como muy alejado del hombre, el espíritu judío se ha visto obligado a reflexionar sobre ciertos aspectos del poder divino que, siendo accesibles a la inteligencia o interviniendo más directamente, serán desde entonces más estudiados y venerados. El *Verbo de Dios,* su palabra, de quien todo procede y que está en el origen de la Creación; el *Espíritu Santo* que, sin ser aún concebido como una persona divina, es considerado ya como la fuerza que se expresa por los Profetas y como la que santifica las almas: hay en ello un ahondamiento espiritual considerable. El hombre siente la necesidad de colmar un poco el abismo que lo separa de Dios.

Por análoga razón el pensamiento judío, en esa época, presta gran atención a los ángeles. Siempre la prestó en la más antigua historia de Israel, desde los tiempos de los Patriarcas, pero a partir de entonces, esos espíritus puros, esas criaturas superiores, innumerables, que participan de los atributos de Dios, ocupan un puesto mucho más importante en la religión. No es preciso explicarlo por una influencia extranjera directa; el concepto está en la trayectoria anterior de Israel. Se nota incluso gran diferencia entre el concepto judío y el de los persas; en la doctrina iraniana, los ángeles y los demonios son emanaciones de dos fuerzas opuestas: el Dios del Bien y el del Mal; en el pensamiento judío, los malos ángeles, así como los buenos, proceden únicamente de Dios, y han caído en el abismo por su culpa, en virtud de su libertad de criaturas.

Así, pues, por un lado, en función de la doctrina del Dios infinitamente poderoso y lejano, se progresa en el conocimiento de las cosas inefables. Mas, por otro lado, se advierten algunas torpezas y ciertas sumisiones que, en el porvenir, pueden tener enormes consecuencias. Ese Dios, ¿no está, en definitiva, demasiado lejos? La reli-

gión de los Patriarcas nos mostraba a Yahweh visitando a sus amigos; la de los Profetas nos comunicaba su enseñanza directa, por medio de algunos hombres: he aquí que Dios ya no se expresa más que bajo la forma fija, rígida, de la Ley. Leyendo los textos rabínicos se tiene la impresión de que algunos sufrían por ese alejamiento y que las almas piadosas experimentaban la necesidad de unirse a Dios con un lazo más tierno. Mas esa aspiración no había triunfado a causa de un excesivo temor, y en la fórmula *Adonai Schebaschaim* no existía ese amor infinito que expresa un cristiano en su lengua: «Padre Nuestro, que estás en los cielos...»

Ese Dios lejano no interviene para nada en el interior del alma humana. La oración, los ritos, las observancias, bastaban; la gracia ocupa menos sitio. El sentimiento punzante de nuestra miseria interior no encuentra aún apaciguamiento en el consuelo de un Dios misteriosamente próximo y que sufre con cada uno de nosotros. Más antropocéntrica que teocéntrica, la doctrina judía acaba por dejar al hombre solo, en la confusión de una angustia contra la cual Dios no puede nada.

Y sobre todo, lleva inexorablemente el espíritu judío a un callejón sin salida: ese Dios tan alto, tan lejano, puesto que se ha expresado por y para Israel, ¿no es el Dios de Israel, en el sentido más egoísta de ese vocablo? El orgullo de la pequeña Judá, orgullosa de su misión, pronto acabará de sacar la conclusión lógica y encerrará al pueblo de la Promesa en un exclusivismo estéril.

EL PUEBLO ELEGIDO

LLEGAMOS aquí a uno de los problemas espirituales ante el cual el pueblo de Israel, acosado, tropieza y se aparta luego, como un caballo ante un obstáculo.

Nadie duda que sea el Pueblo elegido. El más humilde de sus hijos está convencido de ello, porque así lo enseñó la Historia y fué proclamado por los Profetas: en la cautividad fué lo que salvaguardó a la nación y le permitió renacer.

¿De qué procede esa elección de la cual hay tantas pruebas? No se sabe muy bien. ¿Es una gracia espontánea de Dios? Muchos lo creen y algunos llegan incluso hasta decir que la creación del Mundo tenía por objeto supremo esa elección. Otros piensan que los méritos de Israel le valieron ese destino: «Dios dice a los israelitas: Puesto que me convertís en objeto de amor único en el mundo, así haré yo de vosotros, un objeto de amor único en el mundo» (texto talmúdico). En todo caso, la noción de *Alianza* ocupa un lugar fundamental en la doctrina y en la fe; sobre ella descansa el efecto recíproco entre Dios y su pueblo; quien lucha contra Israel lucha contra Dios; el Pueblo elegido ha de ser santo, porque Dios es santo; y las culpas de la nación predestinada, borradas por Dios, sirven para sus intenciones providenciales.

Esa doctrina ha tenido, en la Historia, un alcance tan considerable y ha llevado a Israel a tan elevado ideal, que no puede uno ocultar su admiración. Llega a nosotros incluso bajo su aspecto más temporal. El amor que tienen los hijos de la Promesa por la Tierra Prometida, esa exaltación de Palestina en la hipérbole y la visión poética, la ternura desesperada de la oración rabínica: «Si te olvido, oh Jerusalén...», todo ese haz de sentimientos que proceden en línea recta de la certeza de la elección, conmueven en nosotros el sentido de la verdadera grandeza. Y después de tantos siglos transcurridos desde la ruina del Templo, si hay mucho que hablar de los judíos dispersados por el mundo y de los cuales demasiados han dejado morir, con su fe, la raíz de su vida espiritual, se considera por el contrario con respeto a esos puñados de heroicos colonos del sionismo que, decididos a encontrar una tierra, un lugar de reunión y realidad, no han concebido nunca que pueda ser otra que Palestina, poco fértil, reducida y amenazada, pero que fué el lugar donde la Promesa se manifestó para toda la eternidad.

Mas ese apego fanático a la nación elegida llevaba consigo casi fatalmente una desviación que es muy humana: quien se ama y se estima mucho tiene muchas probabilidades de acabar despreciando al prójimo. «Amarás a tu prójimo», decía el *Levítico*, mas ¿quién es el prójimo? ¿Es el pagano, el prójimo del fiel? De la respuesta que se dé a esa pregunta depende toda la actitud espiritual: universalismo o particularismo, ¿cuál de los dos triunfará?

En verdad, las dos corrientes se encuentran en el judaísmo. Hay creyentes que no toman a la ligera la promesa hecha a Abraham: «En ti serán bendecidas todas las familias de la tierra». ¿No previó Jeremías un tiempo en que todos los pueblos conocerían a Dios? ¿Isaías, una era de paz universal? ¿Malaquías, la salvación para el mundo entero? ¿No oyó Jonás, estupefacto, decir a Dios que perdonaba a las naciones infieles? Y los Salmos ¿no cantaron la infinita misericordia «extendida a todas las criaturas», el amor cuyas «alas cobijan a los hijos de los hombres»? Por eso, los judíos más sabios

aceptan ese universalismo que llevaba en sí el yahwismo. No — escribía un doctor de la Ley —, «los extranjeros no son idólatras cuando siguen las costumbres de sus padres», y otro decía que el *goy* virtuoso, incluso si no conoce la Ley, es «como un Gran Sacerdote». Desde este punto de vista, el Pueblo elegido es el mensajero de la palabra: él es quien, investido por Dios de esa misión, la transmite a costa de tantos sufrimientos; llegará un día en que la recibirán los justos, para dicha del mundo reconciliado.

Parece que esa corriente de universalismo era, en Judá, mucho menos poderosa que la otra, la del particularismo convertido pronto en exageración. No nos apresuremos a lanzar la piedra: acordémonos de las condiciones, tan difíciles, en medio de las cuales ese pequeño pueblo tuvo que salvaguardar su existencia. Los «complejos de inferioridad y de resentimiento», de los cuales habla la psicología contemporánea, no predisponen al hombre a sentirse hermano de la humanidad. Mas si Israel tiene excusas, no se puede olvidar tampoco que estuvo siempre lleno de orgullo y que el desprecio al extranjero ha estado siempre muy arraigado en él.

Cuando el Talmud conteste a la pregunta fundamental: «¡No, un pagano no es tu prójimo!», expresará ciertamente la opinión de la mayoría de los judíos. En la *Carta de Aristeo* encontramos este aserto revelador: «El Legislador nos ha encerrado entre los muros de hierro de la Ley, para que, puros de cuerpo y alma, no nos mezclemos en nada con ninguna de las naciones.» Incluso cuando en la *diáspora*, los judíos hacen proselitismo para sus ideas, no es por sentimiento universalista, sino, por el contrario, con espíritu particularista, imponiendo la circuncisión, incluyendo en el judaísmo a los recién llegados. Todo lo que en la tradición israelita poseía una fuerza de expansión inmensa, estaba paralizado por ese exclusivismo intransigente y sombrío. Esas razas «malditas desde el origen», mancilladas por todos los vicios, apenas hombres, no merecen ninguna estima. La conclusión lógica, es la célebre palabra de un rabino exaltado que, sin embargo, no ha sido codificada por el Talmud: «¡Al mejor de los *goyim*, mátalo!» Se acerca el día en que la gran voz del Sermón en la Montaña responderá a esos estériles excesos: «Yo, os digo: ¡Amad a vuestros enemigos!» (*Mateo*, v, 44); y más tarde, San Pablo abolirá los signos exteriores, obstáculo a la conversión de los gentiles. Cuando lleguen esos días, los judíos, irritados, se negarán a reconocer su más auténtica doctrina en ese grito universalista del amor: crucificarán a Jesús, y se lanzarán contra Pablo para matarlo (*Actos*, XXII, 21). «Los judíos — dirá Tácito —

sienten hacia todos los hombres un odio hostil.» He aquí la primera encrucijada donde judaísmo y cristianismo se separarán.

LA LEY

A esa concepción de la elección divina se une estrechamente el culto de la Ley. San Pablo, señalando los privilegios de Israel, menciona «el don de la Ley y los oráculos de Dios de los cuales ese pueblo es depositario» (*Rom.*, IX, 4; III, 2). ¿Por qué Yahweh ha dado su ley a la descendencia de Abraham y de Jacob? ¿Es por sus méritos? ¿Por qué sólo ese pueblo podía comprenderla? Se discute sobre ello, pero lo que no se discute es el deber imperioso que se impone a Israel de mantener el precioso depósito, de estudiarlo y de poner en práctica sus reglas.

Históricamente, es una concepción perfectamente justa. La Ley ha constituído la armazón firme que ha impedido doblegarse a Israel. Lo ha protegido contra sí y contra los demás. El pueblo lo comprendió instintivamente cuando, al regresar de la cautividad, deseó que las exigencias religiosas fuesen formuladas en términos indiscutibles. La Ley es la constitución de la comunidad políticorreligiosa de los últimos siglos. Es el conjunto de doctrinas en las que está resumido el pensamiento judío. En el momento en que las religiones antiguas exigían tan poco a la inteligencia, forma una suma de conocimientos a la par que un código y un tratado dogmático.

El vocablo *Ley*, que desde los Setenta, Josefo y San Pablo, es empleado corrientemente como traducción de *Torah* (*nomos* en griego), no expresa la riqueza compleja de la palabra hebraica. *Ley*, en español, tiene algo de rígido, formalista. La *Torah*, enseñanza religiosa, revelada por Dios, era tanto luz para los espíritus como regla para las voluntades. Es difícil de comprender el temblor de amor que ponía un judío piadoso en esas dos sílabas. La Torah era objeto de un verdadero culto; era casi considerada como un ser con vida, «la hija mayor de Dios»; se identificaba poco más o menos con la sabiduría; todo el Universo obedecía a su voluntad y la Creación había sido hecha por ella y para ella. Relatos judíos nos muestran a Yahweh, en persona, observando sus preceptos y leyendo los mandamientos el día del *sabbat*. Esa extraña piedad por un texto se expresa, por ejemplo, en el inmenso Salmo LXIX, donde, en veintidós estrofas, que comienzan cada una por una letra del alfabeto, la aplicación

tenaz de un espíritu piadoso expone todos los beneficios que se obtienen sometiéndose a la Ley. Pascal y Bossuet han expresado su admiración por esas sentencias, que corresponden a lo más fundamental del alma judía.

¿Qué es la Torah? Es esencialmente la Sagrada Escritura, el cuerpo doctrinal del cual hemos visto que se forma el canon; los preceptos mosaicos del *Pentateuco* ocupan en ella un lugar preeminente, mas la doctrina de los Profetas también es venerada. Esa ley escrita se completa con una ley oral; a lo largo de los siglos se forma así un comentario, una jurisprudencia, cuya intención es facilitar la aplicación de la Ley adaptándola a los casos específicos, pero cuyo resultado, demasiado a menudo, fué el aumentar vertiginosamente las precisiones, las observancias y las prohibiciones. Los escribas especialistas eminentes del texto, fueron los grandes factores de ese incremento.

En esa tupida espesura de reglas, el judío de la comunidad se pasea con patente felicidad. Hay de todo en ella, desde los más elevados preceptos hasta los más ínfimos ritos. Estudiar la Ley es la tarea más honorable y la única necesaria. La aplicación a la vida de todas esas prescripciones es la única finalidad del fiel. Rige minuciosamente las costumbres, desde la edad del matrimonio, que fija a los dieciocho años, hasta la ornamentación del traje. Es un conjunto de mandamientos «leves o pesados», «preceptivos o prohibidos». Nuestro espíritu de europeos modernos se extraña de su infinita complejidad. No entraríamos en el espíritu de la comunidad judía si considerásemos únicamente el aspecto tiránico de la Ley. Era una carga, y una carga muy pesada. San Pedro dirá: «un yugo insoportable» (*Actos*, xv, 10); mas a los judíos les gustaba llevarlo. Les exaltaba la obediencia a la Ley, les encantaba; cuanto más precisa era, tanto más la querían. Esa alegría del mandamiento muy severo, al cual se somete uno, esa alegría en que se funda la grandeza militar, la experimentaron profundamente los judíos, y sería por completo equivocado creer que ese espíritu de legalismo feroz desembocaba en un sencillo automatismo moral. Había desde luego judíos que reducían su religión a ese frío conformismo al aplicar mecánicamente los preceptos estrictos; los mejores de ellos sabían, sin embargo, evitar ese peligro y disfrutar, aun dentro de la servidumbre del texto, una existencia espiritual libre y una religión interior.

Había otro peligro, del cual escapaban con menos facilidad y en el cual sucumbía la muchedumbre; la Torah, erigida como regla de costumbres, colocaba en el mismo plano los preceptos formales y las

aspiraciones espirituales. Se llegaba incluso a una completa inversión. Es lo que Cristo reprochará a los escribas y fariseos: el cobrar diezmo sobre la menor cosa, pero el violar en cambio las más graves prescripciones de la ley, en lo relativo a la justicia, la misericordia y la buena fe (*Mat.*, xxiii, 23, 25), y creer que ya no debe nada a Dios el que ha cumplido minuciosamente todos los ritos y observancias. ¡Y qué ritos! ¡Qué observancias!

LA LETRA Y EL ESPÍRITU

Un día oficiaba un Gran sacerdote y derramó por el suelo el agua lustral, en lugar de regar con ella el altar: era tanto como tomar partido entre dos maneras de cumplir el rito, y cada una tenía sus fanáticos. Aquel día, los partidarios del «agua en el altar» eran más numerosos que los del «agua en tierra». Era costumbre, en sus fiestas, acudir al Templo con palmas y también con frutas, limones o cidras. El Sumo Pontífice se percató en seguida de lo que cuesta romper con tan venerables tradiciones: una lluvia de proyectiles cayó sobre él; exasperado, llamó a la guardia, y el episodio del agua derramada terminó con gran efusión de sangre.

Tales incidentes eran corrientes en la comunidad judía; se puede incluso decir que formaban parte de la vida cotidiana. Apenas llegaban a Jerusalén débiles ecos de los grandes acontecimientos políticos; la lucha de los Gracos y la conquista de las Galias por César no motivaron sin duda muchos comentarios en el atrio del Templo. En cambio, que un judío religioso se apease de su mula porque un amigo suyo comenzaba a hablarle de cosas santas, para no exponerse a oír hablar de la majestad de Dios, estando sentado, o que otro, el día de la fiesta del Tabernáculo, se negase a comer dos higos que le ofrecían fuera de su tienda, en seguida toda la comunidad se extasiaba y actos tan gloriosos eran inmediatamente consignados.

Los ritos y observancias que recargaban de ese modo la doctrina tenían varios orígenes. Los unos guardaban el recuerdo de preceptos muy antiguos, que se relacionaban con circunstancias olvidadas con el tiempo y que no entendían ya. Era preciso que los Doctores de la Ley tuviesen una imaginación fértil para explicar cómo el agua mezclada con las cenizas de una vaca rojiza — ¡rojiza y no negra, cuidado! — era muy indicada para borrar las deshonras, o por qué el leproso que tocaba un pájaro y lo dejaba marchar luego, se curaba

necesariamente. Algunos de esos ritos tenían un valor de símbolo muy claro: como el del «macho cabrío emisario», al que cargaban con todos los pecados de Israel con fórmulas imprecatorias, y que luego echaban al desierto. Pero otros eran completamente obscuros, mas no por eso dejaban de aplicarse rigurosamente.

La mayoría de ellos había salido de los comentarios y del trabajo de los escribas. ¿No se vanagloriaban de haber «añadido el seto al seto», y haber hecho la Ley «puntiaguda como los clavos»? Ese aumento de los preceptos de mandamientos y prohibiciones desembocaba en una verdadera manía de escrúpulos. ¿Era lícito comer un huevo puesto el día del *sabbat?* ¿Se podía beber agua de un manantial cuando se había metido en él una vasija impura, o no se debía creer que una gota al caer en un cacharro impuro hiciese remontar la impureza hasta su origen? Llenaríamos páginas enteras tomando al azar tales preceptos: ¡novecientos de ellos se refieren sólo a la recogida de la calabaza!

¡Qué casuística, a causa de esa confusión! Si no se debían comer los productos reservados al diezmo del Templo, ¿qué había de hacer un hombre que, al dejar caer un cesto con espárragos de oblación, se daba cuenta de que habían germinado? El día del *sabbat* no se podían hacer ni deshacer nudos, mas ¿de qué nudo se trataba? Para ello, todo un capítulo de comentarios. No había de trazar tampoco más de dos letras, ¿pero qué letras eran y sacadas de qué alfabeto? Una glosa de veinte páginas no era demasiado para ese importante enigma. Y, como ocurre siempre en semejantes casos, cuando las leyes llegan a ser excesivas, el espíritu humano se las ingeniaba para eludirlas. Por ejemplo, para poder llevar un paquete un día de *sabbat,* a una distancia de más de los dos mil codos autorizados, se establecía un domicilio ficticio, y así se hacían etapas. Una vez acostumbrados, sorteaban preceptos mucho más importantes, como los relativos a las verdaderas leyes morales. Así, el antiguo y noble mandamiento que obligaba a dar a los pobres lo que caía mientras se segaba, era cada vez menos practicado; ¿caer?, ¿qué significaba esa palabra? ¿Se refería a lo que se escurría de la mano abierta o cerrada? ¿hacia adelante o hacia atrás?

En ello se advierte el segundo obstáculo que Cristo, en su grandiosa sencillez, colocará al paso de Israel. De un solo golpe, Cristo pondrá todas las cosas en su verdadero lugar. Ya no se podrán confundir los pecados cometidos por odio, violencia o mentira, con las pequeñas faltas a la más minuciosa de las leyes. Jesús rechazará todo lo que era inhumano en la Ley. Limpiará «el orín de la religión»,

como ha dicho tan acertadamente Renan. El cristianismo, al formular el gran precepto: «La letra mata y el espíritu vivifica», condenará irremisiblemente el espíritu estrecho y absurdo del legalismo judío.

LA PIEDAD JUDÍA

Y sin embargo existía, no cabe duda, una piedad judía, sencilla, humana, y que nos conmueve. A través de la «muralla» de preceptos, la fe completa en Dios, la robusta confianza en su amor, pasaban con un ímpetu a menudo admirable. Para los cristianos de hoy, las observancias judaicas son, en su inmensa mayoría, letra muerta, pero nuestra oración cotidiana se sirve aún de varios de esos Salmos a los que la piedad judía supo dar tan bello tono para alabar a Dios.

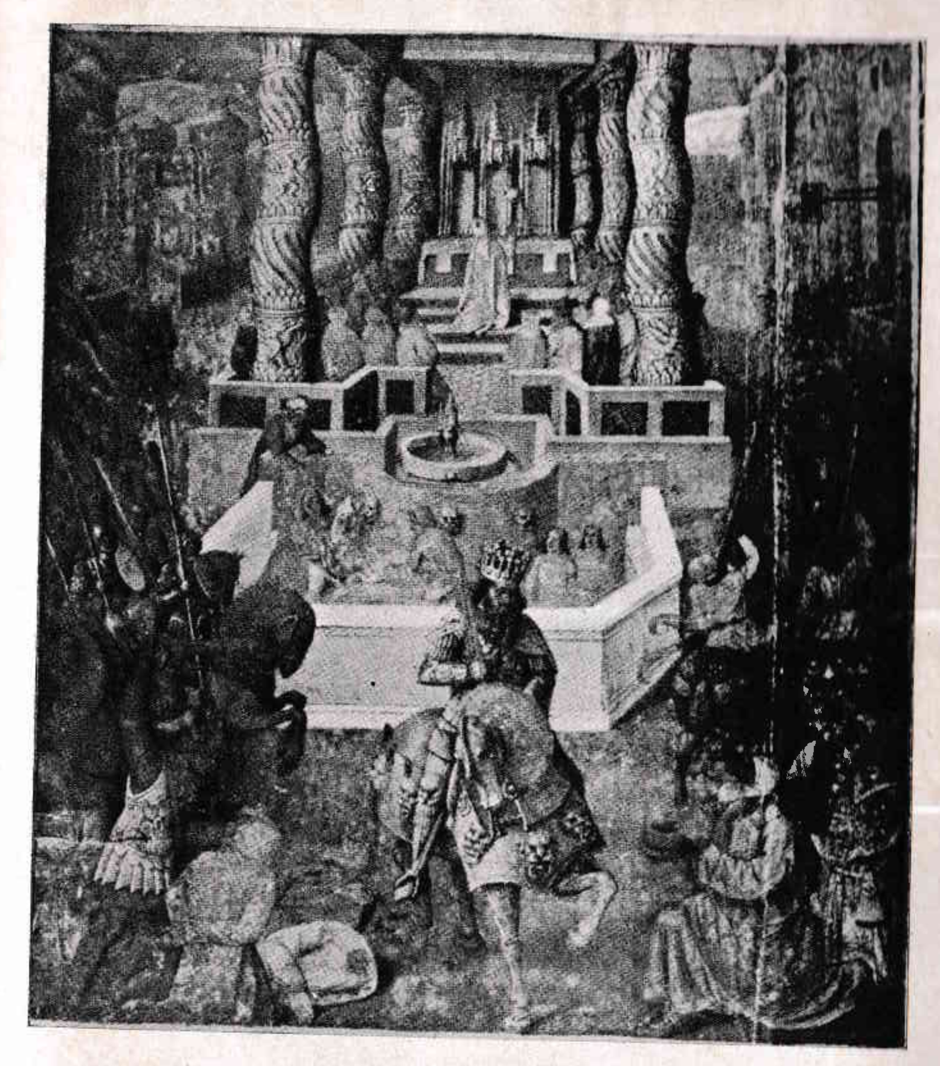
Basta con abrir al azar el tomo de esos ciento cincuenta salmos en los que, durante tantos siglos se manifestó el fervor judío, para sentirse emocionado por la calidad espiritual que contienen. Dudamos que haya existido otra religión con una fe más elevada y fuerte. Si fueron, sin duda, utilizados en las grandes ceremonias muchos de ellos no dejan por eso de tener un tono conmovedor de confidencia. La piedad más personal está expresada en ellos. Todos los sentimientos del hombre cruzan por ellos: el temor, la desesperación, la alegría, el reconocimiento. Hay para todas las circunstancias: para subir las escalinatas del Templo o para ponerse en camino hacia el desierto, pues la vida es una oración continua. ¿Hay místico que haya expresado mejor el magnífico Salmo LI, el deseo de renovación interior con el cual se llena el alma en el amor de Dios?: «Ves, has gozado con la verdad, en lo más íntimo de mí; me has enseñado, en secreto, la sabiduría. ¡Ah! ¡purifícame del pecado con el hisopo! ¡lávame, y seré más blanco que la nieve!»

Lo que nos parece excesivo en el legalismo judío, tenía por finalidad el recordar a las almas piadosas que la vida entera estaba consagrada. La oración ocupaba un gran lugar en la existencia cotidiana. La célebre fórmula del *Schema,* «Escucha, Israel...» obligatoria todas las mañanas y todas las noches, era a menudo repetida en todas las circunstancias. O se rezaban las *Dieciocho bendiciones,* en las que se expresaban los sentimientos más nobles de humanidad, adoración y esperanza. Esas oraciones fijadas no agotaban el fervor de las almas, sino al contrario, y sabemos que los judíos practicaban también ese género de imploración sin fórmula, ese diálogo espon-

táneo del alma con Dios que lleva a los más altos estados espirituales. El ayuno, que muchos se imponían voluntariamente incluso en los días que no era obligatorio (los fariseos ayunaban el martes y el jueves), tenía también el valor de una oración. Y si hemos visto, en la casuística de los escribas, medios para zafarse de los preceptos mosaicos de caridad, sería erróneo creer que la totalidad de los judíos despreciase esa virtud. Repetían piadosamente la máxima de Simeón el Justo, que vivía en el siglo III antes de nuestra era: «El mundo descansa sobre tres bases: la Ley, el culto y la caridad».

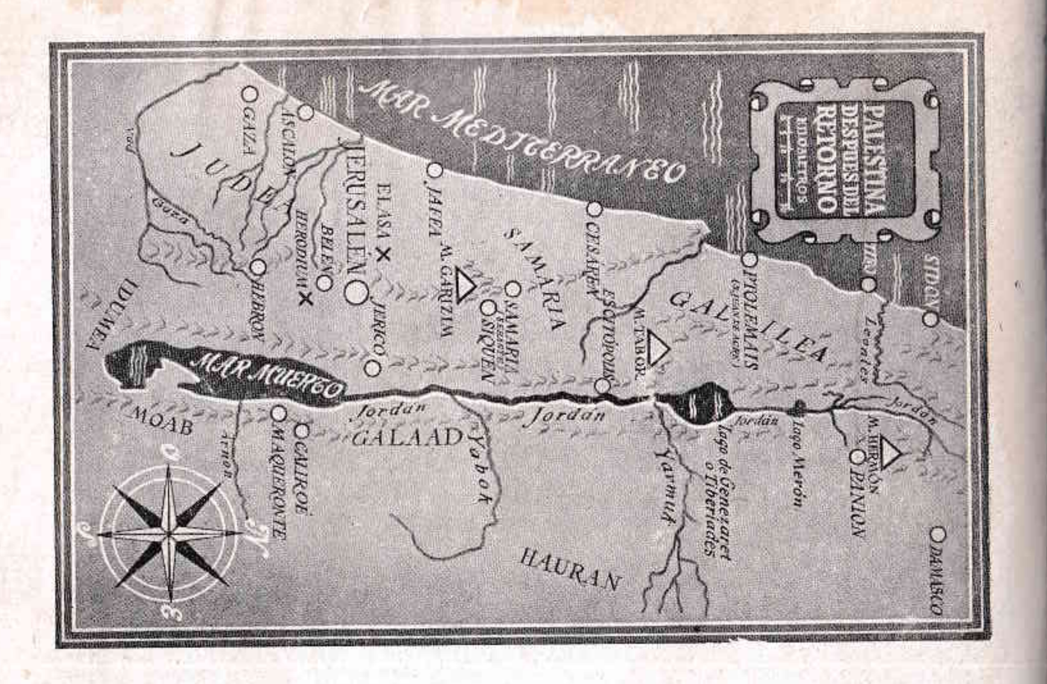
Y de ese culto, que nos parece tan lejano a nosotros, con su inmensa carnicería instalada en el patio del Templo, sus 1.093 cabritos y sus 113 toros inmolados cada año sólo en los sacrificios oficiales, sus minuciosos ritos de purificación legal y sus cantos rítmicos que acompañaban a las ceremonias, sería ciertamente injusto creer que las almas religiosas no comprendían el más hondo significado que alentaba tras sus extrañas o brillantes apariencias. El amor que todo el pueblo profesaba al Templo en que moraba el Altísimo, y que se expresa en tantos salmos, era un sentimiento profundo y sincero, una de las raíces espirituales de Israel, «uno para un Dios uno — dice Josefo — y común para todos, como Dios es común a todos». La observancia del *sabbat,* que, merced a las numerosas prohibiciones que precisaban su carácter, se nos aparece tan seca y desconcertante, cambiada de sentido para quien veía ante todo su alcance espiritual, el de un día en que el hombre, en el recogimiento y descanso completo, no tenía más deseo que el de elevarse hacia Dios.

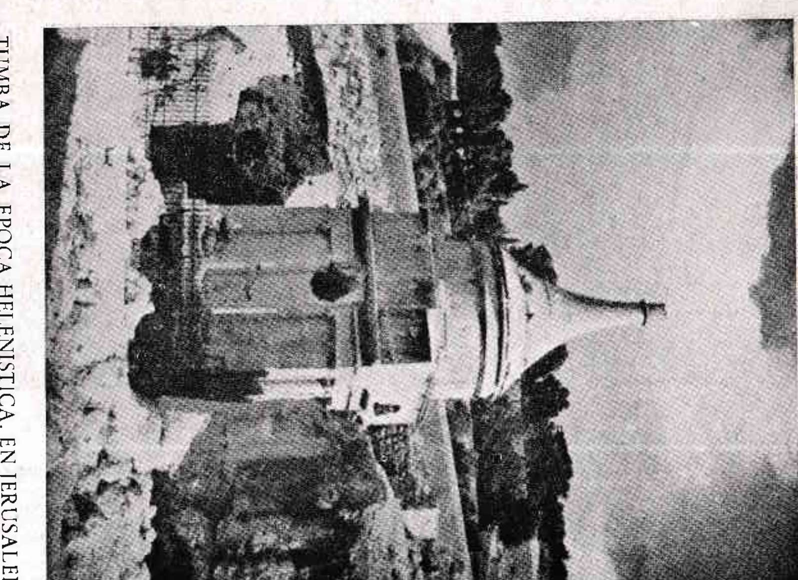
No sólo se exaltaba la piedad individual en aquella religión, sino también la piedad colectiva, la de la comunidad, en la que cada uno se sentía unido a todos sus hermanos y participaba de una realidad que no acababa ni en el espacio ni en el tiempo; el concepto de *iglesia,* de asamblea, que tantos cristianos, en nuestros días han dejado perder desesperadamente... Se sentía ligado a todos sus compatriotas, vivos y muertos, el judío piadoso que acudía a veces de muy lejos al Templo de Jerusalén para asistir a alguna ceremonia o celebrar la Pascua. Cada una de las grandes fiestas judías tenía así un sentido nacional muy marcado. En el día de la Expiación — *kippour* —, la purificación del tabernáculo con sangre y el envío al desierto del macho cabrío como emisario recordaba a cada cual que participaba de los pecados de todos y que tenía que rescatar las culpas de los padres con las suyas. Las tres fiestas llamadas de «peregrinación» conmemoraban, con un antiquísimo ceremonial, grandes fechas de la historia de Israel: la Pascua en la que se inmolaba



ENTRADA DE HERODES EN JERUSALEN

(Al fondo, se ve el templo y la piscina probática.) Miniatura de la obra *Antigüedades y guerra de los judíos* de Flavio Josefo, ilustrada por Jean Fouquet. Siglo XV.





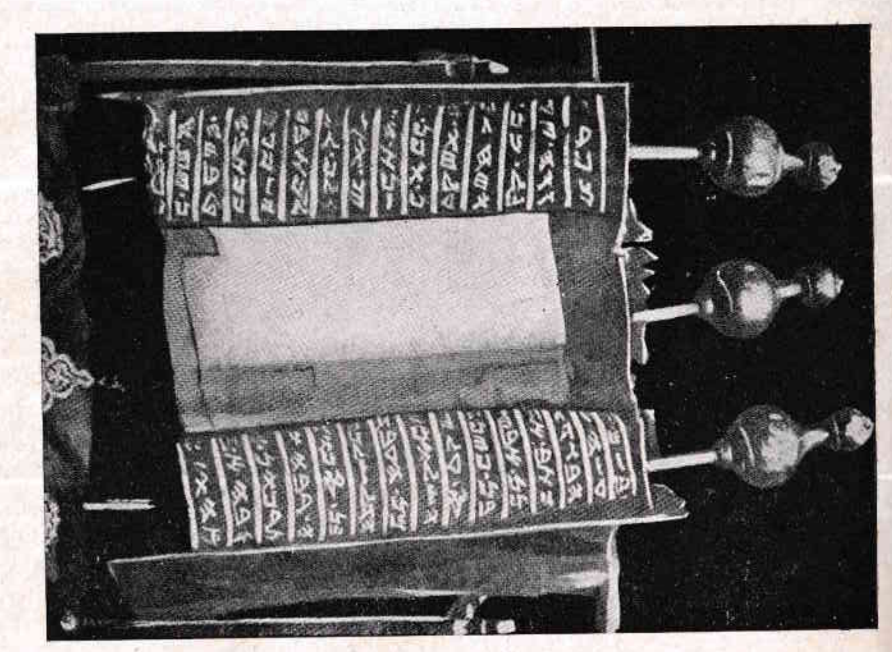
TUMBA DE LA EPOCA HELENISTICA, EN JERUSALEN

EL MESIAS

Detalle del altar de oro de Basilea. Siglo XI

JUDIO LEYENDO LA LEY

Tiene la cabeza cubierta con el velo ritual, o *tabiss*, y lleva en la frente la cajita o filáctera que contiene versículos de las Escrituras.



LA TORAH

un cordero como en tiempos de Moisés, regocijaba el alma con el recuerdo del providencial beneficio de la salida de Egipto; la fiesta de las Semanas, fijada en el día de una remota ceremonia agrícola, se había convertido en la de la promulgación de la Ley, manifestación admirable del Espíritu Santo, y cuya tradición se perpetúa en Pentecostés. La fiesta de los Tabernáculos, en la que se debía vivir bajo una tienda de campaña, recordaba a Israel el esplendor y la pureza de los días del desierto. Otras fiestas indicaban otros aniversarios: la de los Hados, el triunfo de Esther; la de la Dedicación, la reapertura del Templo después del triunfo de Judas Macabeo. Lo mismo que en nuestra Edad Media, la vida judía fué rodeada y acompañada por numerosos signos de piedad que, aunque oficial, no por eso dejaba de penetrar profundamente en el alma.

De esas almas verdaderamente religiosas, dice San Pablo que tienen «el celo de Dios» (*Rom.*, x, 2), y añade con tristeza y no para condenarlas: «pero no siguen los verdaderos principios». Sean los que fuesen los errores en los que cayó el espíritu judío, ¿cómo ser severo con el pueblo que supo encontrar fórmulas tan sencillamente sublimes como éstas?: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios Altísimo, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo iré y pareceré ante Dios?» (*Salmos*, XLII).

DESTINO DEL HOMBRE

MÁS que en el terreno de la piedad, es en lo moral y metafísico en lo que merece admiración la comunidad judía. Sin apartarse de la línea general seguida desde el principio por Israel, supo dar a las antiguas nociones un alcance y profundidad de los cuales ningún pueblo ofrece por entonces ejemplo semejante. La filosofía judía, el humanismo judío, comparados con sus homólogos grecorromanos, tienen, a la vez, una coherencia, un sentido de lo real y una elevación muy superiores. En ese campo, más que en ningún otro, la pequeña comunidad de Judá preparó el camino a Cristo.

Hemos visto cómo, en el curso de los siglos, la idea de la responsabilidad tomó, poco a poco, los atributos que hoy le conocemos. A la concepción primitiva del pecado colectivo que hace recaer sobre todos el castigo merecido por algunos y prohibe a la persona aventurarse fuera de la comunidad, la enseñanza profética enfrentó la de la responsabilidad personal, en la que cada cual es responsable de

su destino. El problema del pecado se planteó entonces a la conciencia judía de una manera más imperiosa y clara. Meditaron sobre las enseñanzas del *Génesis;* el gran tema de la culpa original proporcionó a la meditación sus admirables símbolos y su explicación lógica; sintieron el mal como una herida; vieron en él un ataque a la integridad, a la pureza del alma, pero una herida que podía ser curada, siempre que el hombre intentase hacer prevalecer el bien. Así se estableció ese concepto tan fecundo espiritualmente, de un combate continuo contra el pecado, de un esfuerzo para encontrar de nuevo la inocencia perdida, a través de la penitencia y la expiación.

La ética judía, tal como aparece en los últimos siglos antes de nuestra era, es el signo más claro de la grandeza de Israel. El día, ya muy lejano, en que los nómadas de Abraham y de Moisés la concibieron como asociada a la religión y afirmaron que su Dios era el Dios de la Justicia, pusieron los cimientos de un edificio inmenso sobre el que se apoya, aun hoy, la civilización. Por esa idea no cesó de combatir, desde la cautividad, la comunidad judía. Para agradar a Dios, había que ser bueno, recto, justo, casto y humilde. Ternura en las relaciones humanas y hacia la mujer, piedad para los esclavos, práctica de la caridad. El judaísmo enseñó las leyes de la moral fraternal. Cuando la sociedad antigua se deslizaba hacia un libertinaje que la llevará a la decadencia, se observa, por el contrario, en Judá, un esfuerzo hacia la pureza, la dignidad, la modestia, tanto más notable cuanto que el pueblo semita era propenso en grado sumo a caer en las alegrías de la carne. Señalemos que no se trata de una filosofía reservada a algunos intelectuales, sino de una regla de vida observada por todo un pueblo. Esa moral se encontraba ante un obstáculo: el problema de la recompensa, que siempre preocupó a Israel. Durante mucho tiempo se pensó que el premio por la buena conducta debía ser dado por Dios en la tierra. Era la idea unánime de los antiguos hebreos. El hombre justo goza de una vida larga y feliz. De eso a sacar la conclusión de que las desgracias e infortunios son castigos, no había más que un paso. La más sencilla experiencia prueba que no ocurre así en realidad: conocemos demasiados justos que están abrumados de desgracias y demasiados malvados que son felices. Era preciso encontrar una solución a ese enigma: el dramático diálogo de Job y de sus amigos mostraba, de una manera angustiosa, la gravedad del problema.

Ahí se ve aún el significado de la progresiva revelación que tuvo a Israel por agente y testigo. Todo se cumplió siguiendo una lógica maravillosa. «La ley de Moisés — ha dicho Bossuet — no daba al

hombre más que una primera noción de la naturaleza del alma y de su felicidad.» Sencillamente, continuando en el camino en que se encuentra, el espíritu judío va a indicar en qué dirección está la solución. Ya los sabios de la Ley enseñaban que no había que servir a Dios «como un criado que espera una propina», y que la felicidad del hombre está «en los mandamientos, no en el salario de los mandamientos». Esa idea de una recompensa puramente espiritual se desarrolla y echa raíces. Dios no recompensa a sus siervos justos en esta vida mortal, sino de otra manera y en otro lugar. ¿Dónde?

En este punto, la idea de la muerte, tal como la había concebido Israel, constituía un obstáculo terrible. Hasta la cautividad, la idea que tenían de la vida de ultratumba era muy vaga y pobre. Creían que el alma, o una especie de doble, huía hacia un lugar mal determinado, el *scheol,* «la región de las tinieblas y de las sombras de la muerte» de la cual habla Job, «la estancia del silencio», como dice un salmo. ¿Qué hacía allí? ¿Qué sentía? No se sabía. Se decía de cien maneras distintas que, en todo caso, era triste el morir; parecía que Dios se desinteresaba de los muertos, y la idea de un juicio de ultratumba, que los egipcios conocían desde hacía tanto tiempo, no tenía raíces en el alma judía.

Durante la mísera cautividad de Babilonia y en las tentativas de regreso, fué cuando la metafísica de la vida ultraterrena ocupó en Israel su verdadero puesto, como si la porfiada esperanza que la comunidad había demostrado históricamente, encontrase su correspondencia en el orden sobrenatural. La idea de que la muerte no es un fin sino un paso, que desemboca en otra vida, de que el hombre se libra de la destrucción y de que resucitará un día, en suma, la idea que permite resolver el enigma en el que se detenía el pensamiento judío, progresará lentamente y acabará por iluminar todo el judaísmo. Ya Israel había proclamado: «¡Vuestros muertos vivirán! ¡Los cadáveres resucitarán! ¡Despertaos, cantad, vosotros los que dormís en el polvo!» (XXVI, 19), y Job, en un magnífico arranque, había dicho: «¡Con este esqueleto cubierto de piel, con mi carne veré a Dios!» No todo el mundo aceptaba esta doctrina que renovaba de una manera tan sorprendente, el antiguo judaísmo; los saduceos la rechazaban y el *Eclesiastés* no aclaraba nada. Mas esa concepción llevaba dentro demasiada fuerza y demasiada capacidad de expansión. Pronto, la inmensa mayoría pensará, con Daniel (XII): «Los que duermen en el polvo se despertarán, unos para la vida eterna, otros para la eterna infamia.» Y la *Sabiduría* extraerá de ello grandiosas consecuencias.

De ese modo, la idea de la vida ultraterrena se renovaba maravillosamente. Llenaba de satisfacción al espíritu y entusiasmaba a aquellos que, con confianza plena, esperaban la llegada de Dios. Después de la muerte, el hombre sería juzgado; entraría en una eternidad de dicha o de sufrimiento; un día retornaría a la vida, según lo que hubiera merecido, y esa resurrección, concebida no únicamente como espiritual, sino asociando el alma al cuerpo en un mismo destino eterno, era el sello de toda la grandeza humana, de la carne unida al espíritu por una mutua responsabilidad.

Hay en Orvieto un fresco admirable en el que Signorelli, predecesor de Miguel Ángel, representó ese prodigioso instante en que los hombres nacerán de nuevo. Los muertos salen de sus tumbas; algunos no son más que espantosos esqueletos; otros ya han recuperado sus músculos, su piel, su sonrisa. Hay dos o tres en un estado intermedio: medio cadáveres, retornan a la vida. Vemos aún la huella de sus huesos y los estigmas de la tumba, pero ya se forma en ellos la carne, y se disponen a vivir. Y se hace visible que están en el camino de la eternidad. Ante esa gran imagen, pensamos en aquel pueblo, perdido en agrestes colinas, minúsculo en medio de imperios inmensos, y que, espontáneamente, encerraba en esa creencia lo más profundo que la ética, la metafísica y la fe pueden concebir.

¿Qué era necesario para que tal esfuerzo religioso fuese completo? El defecto fundamental de la doctrina judía consistía en apoyarlo todo sobre el hombre. Los judíos han poseído — Israel siempre lo tuvo — el sentido más elevado de la dignidad de la persona. Mas, para el problema del pecado, el hombre solo no encuentra solución. Bien está indicar cómo hay que combatir el mal y señalar las virtudes que es preciso practicar, pero si el hombre ha sido mutilado por el pecado original, si no puede ya, por sus propias fuerzas, proseguir el camino hacia la pureza perdida, ¿cómo se salvará de la contradicción insoluble que representan un espíritu que le marca la dirección que ha de seguir y un alma que no puede por sí sola mantenerse en su miseria? Pudo Israel encontrar la respuesta en otro aspecto de su pensamiento que estaba en potencia, pero la comunidad judía no sabrá dar todo su desarrollo a la doctrina mesiánica, que procedía de ella, y ése será el tercer obstáculo, el decisivo.

EL MESIANISMO

Se entiende por mesianismo una corriente de pensamiento que siendo muy antigua en Israel, adquirió poco a poco una fuerza y una profundidad considerables, hasta el punto de convertirse en uno de los aspectos característicos de la espiritualidad judía, y que llega a revelar la imagen de un ser al mismo tiempo humano y sobrenatural, cuya aparición sobre la tierra inauguraría una era de salvación.

Fundamental para el estudio de la comunidad de Judá tanto como para el de la figura de Jesús, el problema del mesianismo es ciertamente el más delicado de cuantos presenta el pensamiento de Israel. Al hablar de él hay que evitar la tentación de aclarar demasiado sus datos a la luz del Evangelio, así como la de escuchar, con nuestros oídos de cristianos, vocablos que tenían para los judíos otro sentido. Hay que guardar las perspectivas y que jalonar con fechas la corriente espiritual; mas es casi imposible, pues los redactores bíblicos nunca tuvieron esa preocupación; por eso, cuando se utilizan fórmulas como «esperanza mesiánica» para una época muy remota, como la de los Reyes, por ejemplo, es preciso tener en cuenta que es una manera cómoda de hablar y que Israel no empleaba esos términos en el sentido que hoy les damos.

Muchos manuales piadosos e historias sagradas de buena fe, inducen a sus lectores a creer que entre las predicciones «mesiánicas» y los hechos del Evangelio existe un lazo de perfecta evidencia y de lógica racional. Muchos cristianos sinceros, llenos, desde su más tierna edad, de esa ingenua confianza, sienten un malestar al descubrir que el vocablo *Mesías* no tuvo casi nunca en el Antiguo Testamento el sentido que nosotros le damos; que la imagen del enviado de Dios, sufriendo por todos los hombres, era menos corriente que la que le caracterizaba como un rey poderoso, en ocasiones violento y duro con sus enemigos; y que por fin la idea del Salvador está más sobreentendida que expresada. Para opinar sobre el mesianismo, hay que tomar tres precauciones: Primera, situar dicha corriente espiritual en las circunstancias históricas en que nació; segunda, distinguir con cuidado lo substantivo de ese mensaje de las formas literarias que adopta y cuyo énfasis oriental puede desconcertar, y tercera, ver en él no un sistema de pensamiento coherente, que sale bien expresado del cerebro de un filósofo, sino un inmenso presentimiento que, durante siglos, llenó el alma israelita y se expresó fragmentaria-

mente por medio de la voz de algunos inspirados, pero que no llegó a ser completamente claro y comprensible hasta que la Encarnación de Jesucristo le dió su forma definitiva.

La idea mesiánica aparece como algo admirable, y su incomparable grandeza es uno de los signos más auténticos de la misión de Israel. Tanto como el monoteísmo, el mesianismo es un hecho único en la historia religiosa; ambos son inseparables, y en el más puro yahwismo es donde ha podido surgir la idea de un Mesías. Las comparaciones que se han querido hacer con el tema iraniano del *Seosyant,* descendiente de Zaratustra, que ha de purificar el mundo con el fuego, o con el de Osiris resucitado, del cual esperaban los egipcios el reino del consuelo, no van más allá de las semejanzas exteriores, tan fáciles de trazar en materia religiosa, pero no dan cuenta de la aparición de la corriente mesiánica, cuya fuente está, evidentemente, en lo más hondo del alma hebraica.

El mesianismo está, en su origen, ligado a la certeza que tuvo siempre Israel de su misión. Dios lo eligió como su privilegiado, como su pueblo testigo. Promesas solemnes, «alianzas», determinaron ese compromiso formulado por varios textos. ¿Puede ser infiel Yahweh? No. El profeta Miqueas lo afirma: «Mostrarás tu fidelidad a Jacob, y a Abraham la gracia que juraste a nuestros padres desde tiempos antiguos» (VII, 20). Por tanto, el Dios justo y misericordioso intervendrá, cuando llegue la hora. Asegurará la gloria de su pueblo y el triunfo de su propia causa. Israel, guardián de la Promesa, reinará sobre un mundo en el cual la Ley será conocida por todos.

Ese tema, que contribuyó a dar brillo a la monarquía salomónica y en el cual se podía apreciar la prefiguración de ese reinado glorioso, tuvo otro sentido cuando la desgracia se abatió sobre Canaán. La ruina nacional y la deportación a Babilonia, en vez de destruir la esperanza, la reforzaron. Esa esperanza, por la voz de los Profetas, animó al pueblo desconsolado obligándole a considerar, no el doloroso pasado, sino el porvenir lleno de luz. El regreso al país, la restauración del Templo, la resistencia porfiada a las influencias del helenismo, todos los incidentes de la Historia interpretados en ese sentido, alimentaban la fe en el Verbo; desgraciada, humillada, reducida a casi nada, la raza elegida estaba destinada, sin embargo, a la dominación universal. Testigo del monoteísmo, Israel, que conocía el precio de ese mensaje, dudaba menos que nunca del triunfo de Dios y de su restauración personal.

A esa primera idea, fundamental, se añadió otra a medida que la doctrina de la retribución y del juicio más allá de la muerte se es-

parció en el alma judía. El mundo actual extiende su impiedad; incluso en el Pueblo elegido hay demasiados infieles; la dolorosa situación en que se encuentra Israel es el signo de ese desconcierto general, pero tal situación ha sido merecida por todos los pecados cometidos al violar la «Alianza». ¡Paciencia! Dios sabrá poner las cosas en su lugar. Llegará un día, que será el día de Yahweh: «tinieblas y no luz», dice Amós; «cruel, lleno de furor y ardiente cólera», según Isaías, en el que serán castigados los pecadores. Ciertamente, esa manifestación terrible y gloriosa de la justicia tarda en llegar; Ezequiel cita un proverbio: «El tiempo se prolonga: no se produce ninguna visión.» Mas es segura; se producirá ineludiblemente.

Se estableció así, en el pensamiento de Israel, un concepto misterioso en el que la visión de los fines últimos de la humanidad y la certeza de la restauración de Israel se mezclaban más o menos. El juicio de las almas, la recompensa de los justos, ei retorno del Pueblo elegido al poder, todos esos elementos penetraron en extrañas composiciones, de las cuales ofrecen bellos ejemplos los libros de Ezequiel y Daniel y que multiplicó hasta el exceso, la incoherencia y el absurdo, la literatura judía apócrifa. Se comprende que según la calidad de las almas que se entregaban a esas meditaciones, unas insistían más sobre los goces espirituales de la glorificación de los justos y otras sobre los placeres más temporales de un triunfo en el cual Israel encontraría de nuevo su grandeza.

Las dos corrientes de pensamiento se unieron, pues, en lo que el evangelista San Lucas llamará «el rescate, la redención de Israel» (I, 68; II, 38; XXIV, 47). ¿Cómo se produciría ese fenómeno? Ora pensaban que lo haría Yahweh en persona, ora por medio de un ser privilegiado. Esa segunda concepción ocupó un lugar cada vez más importante a medida que la teología judía, llevando a lo sublime su idea de Dios y apartándose cada vez más de todo antropomorfismo, consideró que un espíritu tan puro no podía rebajarse a intervenir en un mundo tan mezquino; entonces fué cuando la idea de un intermediario se impuso de una manera lógica.

En todo el Antiguo Testamento, los que recibieron una unción santa, por ejemplo, reyes como David, o sumos pontífices, llevaban el título de *ungidos* del Señor, en arameo *Meschiah*, Mesías, en griego *Christos*. Con este vocablo designarán al misterioso mediador que llegará, en nombre de Dios, para asegurar «la redención de Israel» y el juicio. Por tanto, ese nombre de Mesías no se aplicaba únicamente a Aquel a quien hoy llamamos así; unas treinta veces lo encontramos en el Antiguo Testamento designando a un rey, de quien

a veces es nombre personal; en otras circunstancias, designa a un sacerdote o a un patriarca; Isaías se lo concede a Ciro (XLV, 1), y Habacuc a todo el pueblo de Israel (III, 13).

Sólo hay, en toda la Biblia, un párrafo de David en el que el vocablo *Ungido* pueda referirse completamente a nuestro Mesías: es ese párrafo donde el profeta anuncia que, desde el decreto que autorizó la reconstrucción de Jerusalén a la era mesiánica, transcurrirán sesenta y nueve semanas de años (IX, 25).

Esto es lo esencial del tema, pero es evidente que evolucionó en el curso de los siglos. En los orígenes no es más que un lejano presentimiento. En el *Génesis* (IL), cuando Jacob bendice a su hijo antes de morir, exclama: «El cetro no se les escapará a Judá, ni el bastón de mando de entre sus piernas, hasta que llegue el Pacífico, a quien obedecerán las naciones.» Y Balaam, el inspirado, obligado por Dios a no anatemizar al Pueblo elegido, exclamará: «Lo veo, mas no como ahora; lo contemplo, mas no de cerca. ¡Un astro saldrá de Jacob, y levantaráse cetro de Israel!» (*Números*, XXIV, 17).

Al establecerse la monarquía en Israel, era natural que la idea mesiánica adoptase muchos de sus rasgos. ¿No tenía en sí un elevado sentido religioso? ¿No era el Rey el consagrado del Señor? La esperanza mesiánica pudo confundirse, durante algún tiempo, con la admiración a la majestad real, y esa compenetración de ambas nociones será una de las causas esenciales de la negativa que opondrán los judíos a imaginarse al Mesías de otro modo que bajo el aspecto de un monarca majestuoso. En ese período, el mesianismo se manifiesta a través de la idea e imagen de la monarquía. En el Salmo II, por ejemplo, el ungido de Yahweh, el soberano de Sión, que reina en la montaña santa, y que destrozará a los pueblos con un cetro de hierro, es llamado «hijo de Dios, engendrado por Él en el día presente». Por eso aquellos textos han de comprenderse en doble sentido, como refiriéndose a la vez al rey histórico y al mensajero sobrenatural; David, al contar sus sufrimientos, emplea términos que convienen perfectamente al Crucificado.

Con las grandes y dolorosas crisis de la ruina de Israel y de su cautividad, el mesianismo adquiere un nuevo carácter. Se hace más moral, más espiritual. Los Profetas, cuya acción, como hemos visto, consistió en desarrollar la religión por el camino de la vida interior, se representan al Mesías como dominador imperioso menos que como un mediador, un pastor, un ser pacífico. Isaías, al consolar a sus hermanos, habla con ternura de ese servidor de Yahweh que enseñará con dulzura, que no será escuchado y que dará su vida en sacrificio expiatorio. Cuanto más progrese la idea de la religión espiritual y de la responsabilidad personal, más se engrandece la imagen del Mesías. Cuando llegue el Mesías, juzgará a los buenos y a los malvados, y, como dice Isaías, cuando se haya sacudido el olivo, no quedarán muchas olivas, sino «dos o tres junto a la cima, tres o cuatro en las ramas, rebuscos» (XVII). A medida que aumentan las alusiones a la llegada del Mensajero, su carácter se dibuja y así se prepara para la revelación evangélica. Tanto en el Antiguo Testamento como en los Apócrifos, la idea de justicia, íntimamente asociada a la llegada del Mesías, se manifiesta continuamente: «Él reunirá al pueblo de los Santos y lo gobernará con justicia», dice uno de los Salmos (no canónicos) atribuídos a Salomón.

En los últimos tiempos de la comunidad judía, el tema mesiánico se formulaba según un esquema que se puede reducir a algunas grandes líneas, advirtiendo, sin embargo, que toda sistematización, en semejante terreno, deja fuera la infinita variedad de reflexiones y meditaciones individuales. La aparición del Mesías será señalada con grandes tribulaciones y espantos. «Chorreará sangre de la madre; hablarán las piedras, los pueblos estarán turbados. El sol brillará por la noche y saldrá la luna tres veces durante el día. Con las aguas dulces correrán aguas saladas. La razón y la inteligencia quedarán prisioneras en su jaula; las buscarán y no las encontrarán.» Esas líneas de un Apócrifo de Esdrás dan idea de los ensueños que acumulaba la imaginación en torno a la espera mesiánica. Mas tales sufrimientos tendrán una significación. Obligarán a la humanidad a hacer penitencia. Entonces Dios dirá, según Jeremías: «Convertíos, hijos rebeldes, sanaré vuestros males» (III, 22). El Mesías será precedido de un profeta, que será el misterioso Elías, que no ha muerto, como recordamos, sino que fué arrebatado por el Cielo. Malaquías y Jesús, hijos de Sirach, anuncian igualmente su reaparición: «Llevará el corazón de los hijos hacia los padres», «apaciguará la cólera antes que se inflame». Entonces será el reinado de Dios y de su mensajero.

¿Cómo transcurrirá ese reinado? ¿Habrá dos épocas, una era mesiánica que preceda al glorioso advenimiento de Dios?, ¿o estarán confundidas? Lo han discutido, pero, en general, están de acuerdo en admirar su esplendor y en asegurar que ése será el momento de la alianza definitiva entre Yahweh y los hombres, esa alianza cuyas bases dice Jeremías que serán «plantadas para no ser arrancadas nunca». No se da uno perfecta cuenta de los efectos de esa llegada. ¿Será sólo una dominación humana, tan amplia y generosa como

cabe? ¿Será la vuelta a un nuevo paraíso, donde la vida transcurra entre delicias sin fin? ¿Será una exaltación puramente espiritual del alma de los justos? Se multiplican las hipótesis acerca de la duración de los tiempos mesiánicos, que según algunos llegará a mil años. De todos modos, hay unanimidad cuando se trata del escenario de ese retorno a la gloria: no podrá ser más que en Jerusalén, la ciudad santa, en una Tierra Prometida maravillosamente renovada, donde tenga lugar su reinado. Baruch, en el apócrifo, habla incluso de un maná que alimentará a los hombres hasta el fin de los siglos.

Vemos, pues, las complejas imágenes en que desembocaba esa larga meditación que Israel venía elaborando desde hacía siglos. Mucho más que los detalles, lo que hay que considerar es el poderoso impulso, la emocionante aspiración que elevan el alma del Pueblo elegido. A veces ha surgido la cuestión de si la espera mesiánica era igualmente viva en toda la sociedad, de si los rabinos y los escribas le daban gran importancia, de si los ricos y los mimados por la vida, prudentes en política, deseaban de todo corazón la llegada de ese Mesías que hubiese acabado con sus privilegios y, ¿quién sabe?, provocado incidentes con Roma. ¿Hay que tomar al pie de la letra la amarga reflexión de un fariseo: «Si estás haciendo un injerto y, en este momento, te anuncian al Mesías, termina tu injerto: ¡tendrás tiempo de salir a su encuentro!»? Es más probable que se trate de diferencias de interpretación; las gentes cultas pensaban más bien en el juicio final, los humildes en el reinado triunfante de Aquel que les traería consuelo y desquite. Un zeloto y un saduceo no concebían del mismo modo esa esperanza.

Mas no cabe duda que, en general, en los últimos siglos, la comunidad judía la sentía profundamente. Basta con abrir el Evangelio para convencerse de ello: «¿Eres el Mesías?», preguntan a Juan Bautista. «¿Eres el que ha de venir o hemos de esperar a otro?», dijo también el Precursor a Jesús. La Samaritana atestigua, como un hecho admitido por todos: «Yo sé que llegará el Mesías.» Podríamos citar varios textos análogos. El Mesías creyeron verlo casi bajo los rasgos de Ciro, el vencedor de Babilonia, o de Zorobabel, uno de los jefes que sacaron de la cautividad a Israel y hasta de Alejandro; y Josefo, vil adulador, declaró que los versículos proféticos coinciden con el romano Vespasiano.

Reconocer al Mesías será el más importante de los problemas para la comunidad judía. De la solución que dé dependerá su destino.

¿QUIÉN SERÁ EL MESÍAS?

En verdad, la «doctrina mesiánica» —si se puede llamar doctrina a un conjunto de nociones tan complejas—, no contenía nada que permitiese reconocer sin equivocarse al esperado Mesías. Muchos judíos creían como dice el evangelista San Juan de algunos habitantes de Jerusalén, que «cuando llegue el Cristo, nadie sabrá dónde está» (VII, 27).

Había, sin embargo, algunos datos seguros, o muy generalmente admitidos. Los principales eran que el Mesías sería un ser sobrenatural, un «hijo de Dios». En el famoso Salmo II, ¿no se leía esta aserción reveladora: «Yahweh me ha dicho: eres mi hijo; Yo mismo te engendré en el día presente. Hazme tu petición y yo te daré las naciones como dominio, la Tierra de una punta a otra como propiedad»? Otros salmos y profecías, como la de Daniel, confirmaban ese punto de vista. Tal concepción estaba formulada de varias maneras en la literatura apocalíptica donde se expresaba, no sin inextricables delirios de imaginación, lo más ardiente de las aspiraciones judías; los salmos de Salomón, el libro de Enoch, los apócrifos de Esdras, exaltan esa realeza del Mesías. Sin ser exactamente un dios, participa de la majestad divina y de los caracteres grandiosos y a veces terroríficos con los cuales se rodea Yahweh en las Sagradas Escrituras; pero es también, como afirma un salmo atribuído a Salomón, «el rey justo, bajo cuyo reinado no existen iniquidades, el rey piadoso para los pueblos atemorizados, el rey sin pecado, el rey que no desfallece nunca, porque es fuerte en el temor de Dios».

A esa idea se añadía otra: el Mesías sería también un «hijo del hombre». Esa expresión, que apareció en la época del profetismo, con Ezequiel y Daniel, adquirió pronto una significación muy particular. Designó al mensajero misterioso que habría de tener naturaleza humana para intervenir en nombre de Dios entre los hombres. En una de sus visiones, Daniel anunció su llegada: «Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí en las nubes del cielo cómo un hijo de hombre que venía, y llegó hasta el Anciano de gran edad, y fuéle dado señorío, y gloria, y reino; y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron; su señorío, señorío eterno, que no será transitorio, y su reino que no se corromperá» (VII). En el Libro de Enoch, el Mesías está representado como hombre celeste, ser sobrenatural y humano juntamente; engendrado por Dios antes del tiempo y reservado hasta

que llegase su hora. Parece cierto que la mayoría de los judíos esperaban al Mesías en «un hombre de los hombres», como dirá luego Trifón a San Justino. Unos insistían sobre su aspecto divino y trascendental, otros (sobre todo los Doctores de la Ley) más sobre su aspecto humano: pero la idea de una síntesis de los dos elementos estaba muy extendida.

Sin embargo, ello no permitía identificar concretamente al que, entre los «hijos de los hombres», podía llevar en sí la promesa divina. Hay incluso algo de conmovedor, de dramático en esa espera y búsqueda. ¿Habrá nacido ya el Mesías? ¿Y si hubiese comenzado su reinado sin que yo lo supiese? Semejantes preguntas se las harían los judíos piadosos, angustiados por sus meditaciones. ¿Quién será? ¿Se llamará *Emmanuel,* «Dios con nosotros», como lo predijo el profeta Isaías (VII, 14), o *Yahweh sidgenon,* «Dios es nuestra justicia», según la expresión de Jeremías? (XXIII, 5, 6 y XXXIII, 15, 16). A fuerza de escudriñar los textos, se cree encontrar tal o cual rasgo suyo. Será, como dice el Salmo CX, «sacerdote en la Eternidad según el modelo de Melquisedech». Todo indica que será descendiente de David[1]; Isaías lo dijo claramente en el capítulo once, donde describe tan bien al futuro rey: «Una rama saldrá del tronco de Jessé y de sus raíces brotará un retoño» y Jeremías confirmó esa profecía. Como la dinastía de David, nacerá en Belén: «Y tú, Belén la fértil —exclamó el profeta Miqueas—, pequeña entre tantas de Judá, de ti saldrá el futuro dominador de Israel.» Hijo de David, será, sin embargo, mayor que su Sumo Pontífice, puesto que David lo llama su Maestro y los Salmos lo muestran sentado a la diestra de Dios. Esas precisiones no logran más que acrecentar el misterio: todo lo que se refiere a Él se rodea de sombras, y la más luminosa de las esperanzas se resguarda tras mundos de secretos. ¿No escribió Isaías una breve frase desconcertante que a través del evangelista San Mateo toda la tradición católica traduce de la manera siguiente: «Una Virgen concibió y dió a luz un hijo» (VII, 14)?

Por lo menos, cuando llegue, ¿podrán reconocerlo por su modo de reinar? Ni siquiera por eso, pues sobre este particular se enfrentan dos imágenes, que no logrará conciliar toda la inteligencia judía. Para unos, el Mesías será un rey en el sentido temporal del vocablo. Reinará efectivamente. El espíritu judío, en la mayoría de los casos, se lo imagina bajo las apariencias de un soberano tal como lo mostraba la tradición. Un párrafo característico de los *Tagums,* es decir, de las versiones comentadas de los rabinos, lo describe de este modo: «¡Qué hermoso es el rey Mesías que ha de surgir de la Casa de Judá! ¡Erguido avanza por el llano, entabla combate con sus enemigos y mata a los reyes!» Los salmos apócrifos de Salomón no presentan otra imagen y hay que reconocer que los salmos de nuestra Biblia nos desconciertan cuando leemos que el Mesías es un monarca que «aplastará las naciones con una maza de hierro», las pulverizará como «cacharros de barro», «destrozará cráneos, acumulará cadáveres en grandes regiones» y «atravesará con flechas puntiagudas el corazón de sus enemigos» (*Salmos,* II, XX y XLV).

1 Los emperadores romanos Vespasiano, Domiciano y Trajano mandaron identificar a los descendientes de David y vigilarlos.

Tales imágenes son perfectamente comprensibles si las colocamos en su marco histórico y si recordamos lo que era el pueblo que las creaba. ¡Hace tres mil años que Israel comenzaba a guardarlas en su corazón! La evolución de la imagen del Mesías es una de las pruebas más impresionantes de esa «revelación progresiva» de la cual poseemos muchos ejemplos. Era bueno que a aquellas brutales visiones de dominación futura se añadiesen a menudo una esperanza de justicia y la imagen de un rey equitativo, tal como lo pinta el Salmo LXXII, por ejemplo. Poco a poco, el mesianismo, sin desprenderse de sus consideraciones carnales, se aparta de ellas. Se hace cada vez más interior en Jeremías y Ezequiel. Y Nahum, uno de los profetas menores, exclama: «¡He aquí, sobre las montañas, los pies de un mensajero de buenas noticias que anuncia la paz!» (I, 15).

En verdad, se forma otra imagen del Mesías en el inmenso presentimiento de Israel. Será hombre y estará junto al hombre. Será humilde; «llega montado sobre un asno, un pollino, hijo de asna», dice Zacarías (IX, 9), y sin embargo, es el rey, el protegido de Dios. Cosa más extraordinaria aún: ese enviado del Omnipotente conocerá lo que es más corriente en la vida humana: el dolor. En un párrafo prodigioso, admirable, ¿no anunció Isaías, el mayor de los profetas, al Mesías doloroso, al Cristo que sufre?

«Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto: y como que escondimos de Él el rostro, fué menospreciado, y no lo estimamos.

»Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores; y nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

»Mas Él, herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre Él cayó; y por sus llagas fuimos curados.

»Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fué llevado al matadero; y como oveja ante sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca... De la cárcel y del juicio fué quitado» (*Isaías,* LIII, 4, 6).

Esa imagen tan precisa, tan conmovedora, que no puede considerar un cristiano sin que le duela el corazón, ¿representa al verdadero Mesías que debía ser reconocido por Israel? ¿Era Él para quien David escribió, de antemano, ese Salmo XXII cuyo primer versículo murmuró Cristo en su agonía: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?» ¿Era Él ese «traspasado» por quien, según profetizó Zacarías, Israel «se pondría de luto como por un hijo único» (*Zacarías,* XII, 10)? ¿No mostró el autor del *Libro de la Sabiduría* que el sacrificio del «Justo, hijo de Dios», ultrajado y atormentado por la muchedumbre, condenado a «una muerte infame», estaba en los propósitos de Dios, que permitiría vencer el mal, al diablo «por quien la muerte llegó a este mundo? (*Sabiduría,* II, 10, 25.)

Vemos que esa revelación progresiva tenía tendencia a incrementar cada vez más el mesianismo interior. Esa meditación sobre el dolor y su significado cuyas profundas conclusiones fueron sacadas por David, Jeremías y el libro de Job, al proseguirla, el espíritu judío la hacía desembocar en sus consecuencias sobrenaturales. La idea del sufrimiento redentor abría el camino al dogma de la Encarnación, así como las reflexiones filosóficas sobre la Sabiduría, que se inclinaba, cada vez más, a representársela bajo una forma concreta, con un carácter personal, «emanación de la gloria divina, imagen de su bondad» (*Sabiduría,* VII, 22, 26) anunciaba el evangelio de San Juan. El mesianismo encontraba su tercer apoyo; no dependía solo de la certeza de la misión de Israel y de las imágenes de los fines últimos del mundo; en él había penetrado, de una manera imperiosa, la esperanza en Aquel que, por su sufrimiento, redimiría los pecados de los hombres y que sería, en la Tierra, la expresión humana de la voluntad infinitamente sabia de Dios.

El dilema quedaba formulado. Entre esas dos imágenes del Mesías, la del Rey glorioso que daría de nuevo a Israel su poder y la del Cristo doloroso, del Salvador muriendo para expiar los pecados del mundo, la comunidad judía vió una oposición. El cristianismo, en una última revelación, unirá esas dos tesis tan alejadas. Y es preciso reconocer que era natural que el Pueblo elegido no llegase a ello por sí solo.

En tiempos de Cristo, muchos síntomas nos prueban que más bien se imaginaban al Mesías bajo el aspecto temporal y glorioso. «Esperábamos que libertase a Israel», dirán tristemente los discípulos de Emaús (*Luc.,* XXIV, 21) y, el día de la Ascensión, cuando Jesús se disponga a subir al cielo, los Apóstoles le preguntarán: «Señor, ¿restableceréis ahora el reino de Israel?» (*Hechos,* I, 6). Era muy explicable, era humano.

Ese pueblo había vivido con porfiada esperanza. Pegado a su tierra, a la colina sobre la cual se elevaba el Templo, colmada su memoria de los textos que le hablaban de la gloria de sus antepasados, hizo sobrevivir y preservó su mensaje con su exclusivismo feroz. La altivez fué su arma desde hacía mucho, desde siempre, desde los días en que Abraham, bajo su tienda, despreciaba a los cananeos idólatras, hasta aquel, muy cercano, durante el cual la comunidad judía rechazó la civilización helénica de Antíoco Epifanio. Era normal en la evolución de la naturaleza humana que esa arrogancia se tornase orgullo, en cuanto se tratase, en las visiones del porvenir, de dos sentimientos que conmueven violentamente el corazón de los hombres: el deseo de venganza y la amargura que produce la felicidad perdida.

Por eso preferimos ver, en el Mesías, al restaurador y no al salvador; sin gracia sobrenatural, todos los hombres razonan exactamente de la misma manera. Cerraron «los ojos — como dice el Padre Lagrange — ante los textos que anunciaban los sufrimientos del Mesías». Llegaron a preguntarse si los que anunciaban su aparición en un medio humilde no eran susceptibles de más nobles exégesis; un rabino sugirió incluso que el asno que mencionaba Zacarías, como montura del Rey Mesías, fuese reemplazado por un caballo blanco.

La incompresión radical que opondrá el pueblo judío a Cristo se preparaba definitivamente. Aquel que enseñe el espíritu y no la letra, aquel que defienda la idea de la religión universal contra el particularismo judío, será ya un escándalo para los judios; y aun más, ese miserable Mesías, ese pordiosero, ese condenado, que, en lugar de restaurar a Israel en su gloria, agonizará en la infamia de la Cruz.

Los caminos se separarán entonces; por un lado, el que sigue desde el principio el reducido número de alma santas que, en el mensaje del Crucificado, escucharon la respuesta a cuantas aspiraciones, deseos y angustias contiene el corazón humano. Por otro, los que, no siempre de modo bajo, ciertamente, y a veces incluso con grandeza, esperan el resurgir del Reino y la glorificación de un pueblo elegido por Dios para su servicio. Y ese segundo camino es el que llevará a Israel a la catástrofe en el año 70 de nuestra era. Josefo lo ha dicho muy concretamente: «Lo que les excitó a la guerra contra Roma fué una profecía ambigua, hallada en las Sa-

gradas Escrituras, que anunciaba que un hombre de su país dominaría al universo».

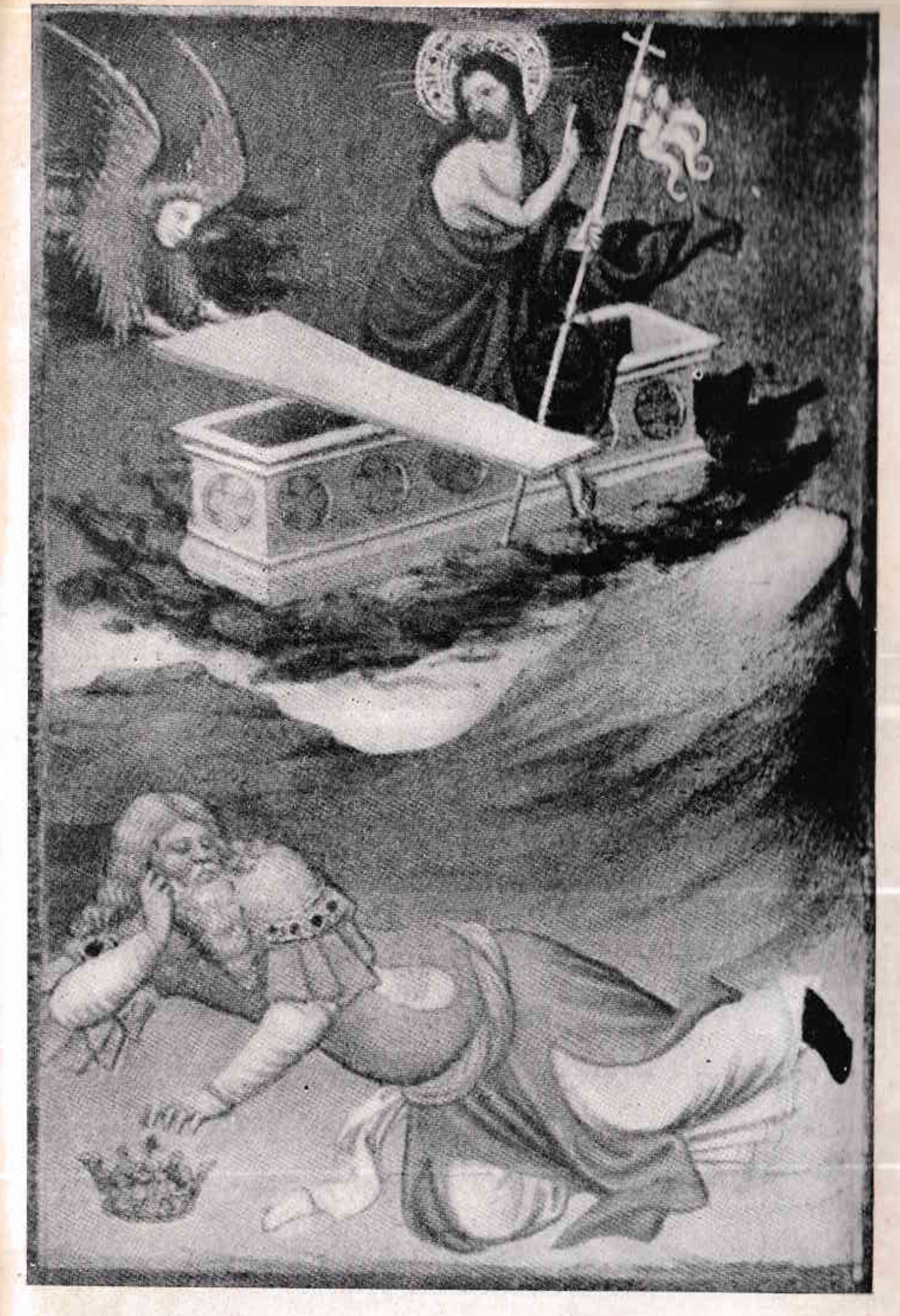
Hasta nuestros días, Israel ha seguido ese segundo camino. Cubierto por tanta sangre, empapado por tantas lágrimas, su historia lleva el sello de esa decisión. Mas no ha de desconocerse que el otro camino sale también de Jerusalén, ni se ha de olvidar el grito que sale de su libro: «¡Y yo, sé que mi Redentor vive!» (*Job.*, XIX, 25, 26).

UNA HISTORIA «SAGRADA»

Desde el momento en que Abraham, en la Ur de los caldeos, recibió la llamada hacia un nuevo destino, hasta aquel en que la esperanza de un salvador colmaba el inmenso presentimiento de un pueblo, habían transcurrido muchos siglos y se habían desarrollado grandes acontecimientos en la Tierra. Dos mil años separan esos dos hechos igualmente místicos, pero el hilo de una lógica irreprochable los une de un modo perfecto. Ninguna historia, más que la de Israel, da la impresión de haber obedecido a un desarrollo interno y de haber aprovechado las circunstancias para realizarse a sí mismo. Y es tan pesada la carga de ese pequeño pueblo y tan considerable la influencia de los temas salidos de él, que estamos como obligados a buscar las causas de su fecundidad espiritual y el significado de tal sucesión de acontecimientos.

Ello supondría salirse de los límites de la Historia y adentrarse en el terreno teológico. Bossuet, en su obra sin duda más fundamental, el *Discurso sobre la Historia Universal*, ha propuesto una explicación lógica: si «ese largo encadenamiento de causas particulares que hacen y deshacen imperios, depende de las órdenes secretas de la divina Providencia», mucho más ha de tener el sentido sobrenatural el destino de ese pueblo que llevó en sí la certeza de la Promesa divina. Los hombres de Israel, a pesar de todos sus defectos, fueron los testigos privilegiados de una verdad única: «toda su historia, cuanto les sucedía cada día, no era más que el perpetuo desarrollo de los oráculos que el Espíritu Santo les había dejado». Conservaban celosamente una gran luz, pero «sería en el día del Mesías cuando esa gran luz habría de aparecer con todo su resplandor.»

Para mantenerse en el plano histórico, se pueden hacer tres observaciones que siguen el pensamiento de Bossuet. La primera se refiere a la indestructibilidad de Israel. Es extraño e incomprensible

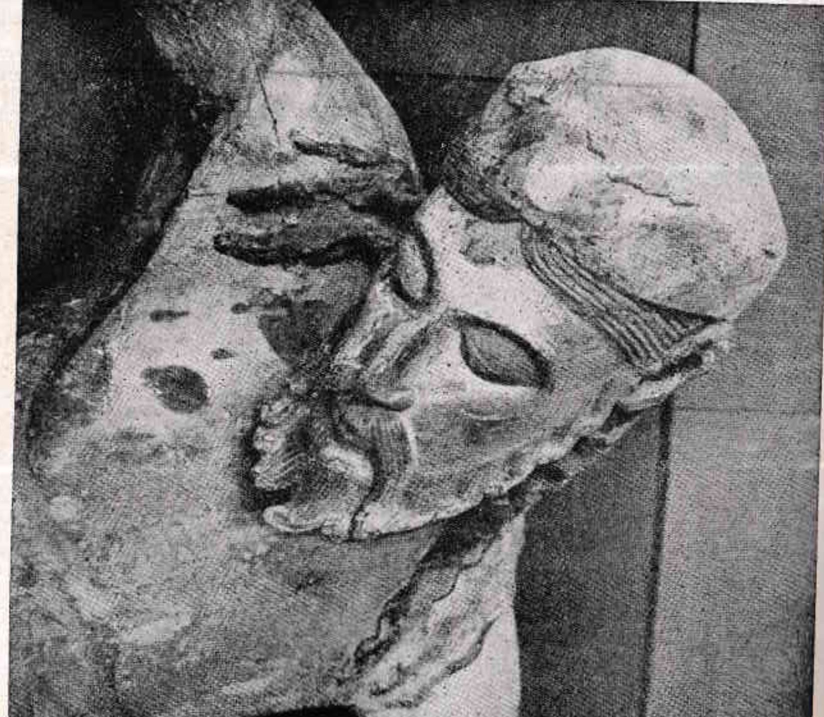


EL REY DAVID TIENE UNA VISION PROFETICA DE SU DESCENDIENTE EL MESIAS RESUCITANDO ENTRE LOS MUERTOS

Ilustración de las *Muy Ricas Horas del Duque de Berry*, obra de Pol de Limburgo.



CRISTO GLORIOSO
Detalle del tímpano de Moissac. Siglo XII



CRISTO DOLOROSO
Detalle de una escultura románica de la crucifixión. Siglo XII

a la luz de la razón que esta pequeña nación haya cruzado los siglos sin desaparecer nunca. ¿Qué ha sido de los hititas, los hiksos, los asirios y los partos? Sin embargo, todos esos pueblos tuvieron grandes imperios y dominaron inmensos territorios. En varias ocasiones, Israel fué reducido a un puñado de hombres, pero ni Egipto, ni Asiria, ni los golpes de Babilonia, ni las seducciones griegas consiguieron terminar con la simiente, siempre dispuesta a nuevas germinaciones. Y, hasta nuestros días, desarraigada de su tierra, dispersada por el mundo, la raza heredera e infiel continúa su existencia indestructible, como una espina en la carne viva de las naciones, a las que inquieta y obliga a preocuparse.

El desarrollo que sigue su historia implica una segunda observación. Hemos señalado a menudo su carácter progresivo. Es indudable. Profundización en las verdades ya adquiridas y aumento de nuevas certidumbres: Israel se enriquece espiritualmente por esos dos métodos. Abraham asienta firmemente la piedra clave del monoteísmo; Moisés formula la Ley y proclama los principios esenciales; los Profetas, al asociar definitivamente la fe y la moral, presentan un modelo a todas las religiones del mundo; después de ellos, la comunidad, de vuelta de la cautividad, descubre, en la inmensidad de su angustia y de su esperanza, una metafísica y una moral nunca igualadas por ningún pueblo, antes de Cristo. Ese carácter de ampliación progresiva es un hecho único: considerando las demás civilizaciones, se observa que el espíritu humano sigue una curva muy diferente. Después de un período de tanteos, alcanza su mayor triunfo; luego viene la decadencia, la caída más o menos rápida. Israel ha llegado por grados sucesivos, y cuando, al final, su espíritu se pierde en callejones sin salida que no le permitirán reconocer a Jesús, no es por traición a sus fidelidades esenciales, sino en virtud de una excesiva valoración de algunos de sus propios elementos espirituales, como para dejar al mensajero crístico su carácter de misterio y revelación.

La tercera observación que podemos hacer es la siguiente: el testimonio de Israel, por grande que sea, aparece sin terminar. Sobre muchos puntos, tenemos, al recibirlo, la impresión de que podría ser más acabado, más decisivo. Claro que sería completamente injusto juzgarlo con relación al cristianismo, que es precisamente su coronamiento; para conocer su verdadero peso, hay que pesarlo en las mismas balanzas que los de las demás sociedades antiguas contemporáneas: y así comprobaremos que es infinitamente superior. Mas esa impresión de algo sin terminar, sugiere de modo irresistible la

conclusión de Bossuet. El espíritu necesita encontrarle su consecuencia lógica, que, desde luego, existe. «*Finis enim legis, Christus*» repetiríamos con San Pablo, o con Pascal: «Jesucristo, a quien los dos Testamentos consideran, el Antiguo como su espera, el Nuevo como su modelo, ambos como su centro» (*Pensamientos*, 740).

No es, pues, solamente una sólida tradición, arraigada en el corazón de nuestra cultura occidental y cristiana, sino también la consideración más objetiva de esos hechos lo que nos justifica cuando, para resumir toda esa larga serie de sucesos significativos, le damos por nombre estas dos palabras: Historia Sagrada.

TABLA CRONOLOGICA

Fechas antes de nuestra era	PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA SAGRADA	PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA UNIVERSAL
Hacia 2000	Vocación de Abraham, su partida de Ur.	Hammurabi reina en Babilonia. En Egipto, XII dinastía, la de Senusrit (Sesostris). En Creta, primeros palacios de Cnoso. Infiltraciones arias ,en el Asia Menor: Los hititas.
Hacia 1800	Jacob.	Invasión de los hiksos en Egipto, consecuencia de una nueva embestida aria. Simultánea decadencia de Mesopotamia. Invasión de los hiksos en Egipto.
¿1740? ¿1630? Hacia 1580	Aventura egipcia de José.	Los faraones de la XVII dinastía expulsan a los hiksos. En Creta, reino de Minos en Cnoso.
Del siglo XVI al XIII		Reinan las dinastías XVIII y XIX en Egipto. La regente Hatsepsú (1500 a 1450).
¿1440?	El Éxodo (siguiendo la hipótesis llamada de la *cronología larga).*	Amenofis II (1450-1420). El faraón revolucionario Akhenaton, y el florecimiento cultural de El Amarna. (1375-1360). Ramsés II (1290-1225) lucha contra los hititas.
¿1225?	El Éxodo (siguiendo la hipótesis llamada de la *cronología corta).*	Meneptah (1225-1215).
A partir de 1400 y durante cuatro siglos		Gran invasión aria, ruina de Creta (1400) y del Imperio hitita (derrotado por el rey Midas a fines del siglo XII). Los aqueos: Micenas, Tirinto.
1180	Josué penetra en Canaán.	La guerra de Troya y los viajes de Ulises. *(Odisea.)* Los filisteos en las costas de Canaán. En Asiria, Teglatfalasar I.
Hacia 1100 Siglos XII y XI	Período de los jueces (Débora, Gedeón, Jefré, Sansón); Samuel hacia 1080. Conquista de la Tierra Prometida; luchas contra cananeos, beduínos y filisteos.	Los grandes imperios de Egipto y Mesopotamia permanecen inactivos. Comienzo de la influencia aramea. Tiro adquiere en Fenicia extraordinaria importancia.
Fin del siglo XI		Gran ola de invasoines arias; los dorios; ruina de Micenas y Tirinto; Marcha de los aqueos hacia el Asia Menor.

Fechas antes de nuestra era	PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA SAGRADA		PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA UNIVERSAL
1040-1012	Saúl, rey de Israel. Lucha contra los filisteos.		
1012-975	David. Toma de Jerusalén en 1005.		El imperio marítimo fenicio.
975-935	Salomón. Construcción del Templo: Canaán, pacificado por completo.		Hiram, rey de Tiro (979-946).
935	Escisión de Israel en dos reinos.		Renacimiento egipcio (XXII dinastía). En el siglo x, el poderío asirio crece notablemente.
	Reino del Norte (Israel)	*Reino del Sur (Judá)*	
	Jeroboam (925-911). (1.ª dinastía).	Roboam (935-915).	Los faraones líbicos realizan incursiones en Canaán.
	Nadab (911-910).	Abias (915-913).	
Siglo IX	Baasa (910-887). (2.ª dinastía).	Asa (913-873).	
	Ela.		
	Zambri (3.ª dinastía).		
	Amri (4.ª dinastía).		
	Acab (875-853), Jezabel, el profeta Elías.	Josafat (873-849).	Asurnasirpal II, rey de Asiria (884-859). Expansión asiria hasta el Mediterráneo.
	Ocozías de Israel.		
	Joram de Israel 852-815). El profeta Eliseo.	Joram de Judá (849-842). Ocozías de Judá.	En Esparta gobierna el legendario Licurgo.
	Jehu (842-815). (5.ª dinastía).	Atalia (842-836). Joas (836-797).	Los tirios fundan Cartago (825).
	Joacaz.		
Siglo VIII	Joas de Israel (799-784).	Amasís.	¿Homero?
	Jeroboam II (784-744); el profeta Amós.	Osías (789-738).	
	Zacarías rey; ¿Jonás?		Fundación de Roma: 21 de abril 753 (fecha legendaria).
	Selum (6.ª dinastía). El profeta Oseas.	El profeta Isaías (a partir de 738).	
	Menahem (774-735). (7.ª dinastía).	Joatam.	Teglatfalasar III, rey de Asiria (745-727).
	Pecahia.		
	Faceas (733-731). (8.ª dinastía). El rey Oseas.	Acaz (733-718).	Comienza la colonización griega.

Fechas antes de nuestra era	PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA SAGRADA		PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA UNIVERSAL
	Caída de Samaria (722).		Sargón II (722-705); apogeo de Asiria.
Siglo VII		Ezequías (718-698), el profeta Miqueas.	En Irán, Zoroastro, reformador religioso.
		En 701, los asirios levantan el sitio de Jerusalén.	Senaquerib (705-681). Revueltas de Melodach-Baladan.
		Manasés (689-641).	Asaradón (681-668). Los faraones etíopes.
		Amón.	Asurbanipal (668-626) en Asiria; en Egipto, Psamético I inaugura la XXVI dinastía.
		Josías (639-609) «descubrimiento» de la Ley.	Nuevas invasiones arias; los medos (Ciaxares, 625-585); los escitas (625).
		Joacaz y Joaim.	En Atenas, Dracón.
		Los profetas Nahum, Sofonías, Habacuc; comienzos de Jeremías.	Babilonia se subleva contra Asiria; Nínive cae (612). Nabucodonosor II (604-528).
Siglo VI		Sedecías (597).	Apogeo de la civilización neobabilónica.
		Caída de Jerusalén (586).	
	Cautividad de los israelitas en Babilonia.		En la India, Buda.
	Los profetas Ezequiel y Daniel.		En Atenas, Solón. En Asia Menor, desarrollo de las ciudades griegas y del reino lidio de Creso. En Occidente, imperios de Cartago, de Marsella y etruscos.
Hacia 570	¿Tobías?		Aquemenes, de Persia, se proclama independiente del reino medo.
			Ciro realiza la unidad persa bajo su dominio y conquista toda la Media Luna fértil.
552			
539	Ciro se apodera de Babilonia.		En Grecia, Pisistrato y sus hijos, tiranos de Atenas (540-510).
538	Decreto de Ciro autorizando a los israelitas a regresar a sus hogares. Palestina se convierte en una provincia del Imperio persa.		Cambises, hijo de Ciro, conquista Egipto (529-522). Darío I (522-485). En Atenas, Clístenes (507).

Fechas antes de nuestra era	PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA SAGRADA	PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA UNIVERSAL
	Los profetas Zacarías y Ageo; reconstrucción del Templo.	Roma se independiza de los reyes etruscos, los Tarquinos, en la revolución del 509.
Siglo v		Primera guerra médica: Maratón, 490.
	¿Judith?	Jerjes (485-465). Segunda guerra médica: Salamina, 480.
	El profeta Malaquías.	Roma lucha contra los latinos, los ecuos y los volscos (episodios de Cincinato y de Coriolano). La Ley de las Doce Tablas (450).
445	Nehemías levanta la murallas de Jerusalén.	Los griegos obligan a los persas a firmar la paz y a liberar la costa del Asia Menor (448). El Partenón es dedicado a Palas Atenea (440). Roma se apodera de Veyes (406). (Camilo, general.) Guerra del Peloponeso (431-404): ruina del imperio marítimo de Atenas (404).
Siglo iv	Esdrás y la redacción de la Ley (398) (A partir de esta fecha, y durante cuatro siglo, se establece el texto del Antiguo Testamento.)	Muerte de Sócrates (399). Esparta domina toda Grecia. Toma de Roma por los galos (387). Pelópidas, Epaminondas, supremacía de Tebas en Grecia. Batalla de Mantinea en 362. Filipo de Macedonia somete a Grecia después de la victoria de Queronea (338).
334		Alejandro desembarca en Asia.
332	Final de la dominación persa. Alejandro Magno atraviesa el país de Canaán.	Derrumbamiento del imperio persa de Darío III.
323		Muerte de Alejandro Magno. Guerra de Roma contra los samnitas (Horcas Caudinas, 321). Roma aplasta a la coalición etruscosamnita. El imperio de Alejandro es repartido entre sus generales, 306: Egipto para los Lágidas; Siria para los Seléucidas.
Siglo iii	Palestina bajo el dominio de los Lágidas.	Guerra de Roma contra Pirro (281-275).
	Los Oníadas y los Tobíadas se disputan el poder.	
	En Alejandría, traducción de la Biblia al griego, los *Setenta.*	Primera guerra púnica (264-241).

Fechas antes de nuestra era	PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA SAGRADA	PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA UNIVERSAL
		Antíoco III el Grande reina en Seleucia (223-187).
	Resistencia de los judíos a la influencia lágida.	Ptolomeo IV, faraón lágida (221-203). Segunda guerra púnica (218-201). Aníbal.
200 Siglo ii	Batalla de Panión: Palestina pasa al dominio seléucida.	Antíoco III derrota al ejército lágida de los Ptolomeos. Primera guerra de Roma en Macedonia (200-197). Victoria romana en Cinocéfalo (197). Antíoco III es vencido por Roma en Magnesia (190).
	Heliodoro es expulsado del Templo.	Seleuco IV (187-175).
	Resistencia judía a la influencia seléucida: los Macabeos.	Antíoco IV, Epífanes (175-163).
166-165	Matatías.	
165-160	Judas Macabeo, después Jonatás (160-143) y Simón (143-134).	Segunda guerra de Macedonia, Pidna, 168. Grecia, provincia romana (149-146).
		Tercera guerra púnica, fin de Cartago (146).
134-104	Juan Hircano.	Roma se instala en Provenza (125). Los Gracos, Tiberio (133) y Cayo (123).
Siglo i	Alejandro Janeo (103-76).	Mario derrota a Yugurta (105), a los cimbrios y a los teutones (102-101). Guerra de Sila contra Mitrídates (87-84). Sila, dictador (82). Pompeyo, vencedor de los piratas y de Mitrídates (69-63).
63	Alejandra Salomé (76-67)	Pompeyo, en Oriente. Primer triunvirato: Pompeyo, César, Craso (60).
	Toma de Jerusalén por Pompeyo.	Conquista de la Galia por César (58-52).
47	César atraviesa Palestina saludado por Antipater.	César en Egipto: Cleopatra.
		Muerte de César (44). Segundo triunvirato: Octavio, Antonio y Lépido (43).
40-4	Herodes.	Batalla de Actium (31); Octavio, dueño del imperio, adopta el nombre de Augusto (año 30).
20	Reconstrucción del Templo.	
¿6?	Nacimiento de Jesucristo.	

INDICE

Primera Parte: LOS PATRIARCAS

CUARTA PARTE